

EL VIRGINIANO

Un caballero de las llanuras

Owen Wister



Frontera



Lectulandia

Historiadores y críticos coinciden en considerar *El Virginiano* (1902), de Owen Wister, como la gran novela americana iniciadora del western, como la obra fundacional del género. Aunque ya en el siglo XIX podemos encontrar en la literatura norteamericana algunas incursiones en el tema del Oeste de grandes escritores como Mark Twain, Bret Harte u O'Henry, lo cierto es que sus obras aún no habían definido al gran protagonista del género, el cowboy.

Inédita en nuestro país hasta la fecha, a pesar de su relevancia histórica, la novela de Owen Wister ha dado lugar a varias adaptaciones cinematográficas, e incluso a una popular serie de televisión que se emitió en los años sesenta y que dio a conocer universalmente al personaje de El Virginiano. Owen Wister nació en Filadelfia en 1860, estudió en Suiza e Inglaterra, y se graduó en Derecho en Harvard. Fue compositor de óperas y canciones, poeta, autor teatral, ensayista político y novelista de éxito, así como amigo personal del presidente Theodore Roosevelt y del pintor Frederic Remington, cuyas pinturas del Oeste inspiraron en buena medida a Wister.

El Virginiano refiere diferentes historias de vaqueros y de su vida en el rancho, y aunque el hilo conductor de la novela es el romance entre El Virginiano —en la novela nunca se revela su nombre— y la maestra del pueblo, Molly Stark Wood, recién llegada del Este, sus páginas recogen episodios variados de la vida en el Oeste: cuatreros, duelos, indios, bailes, vida en el rancho, etc.

Gary Cooper encarnó al legendario personaje de *El Virginiano* en la película del mismo título inspirada en la novela de Owen Wister y dirigida por Victor Fleming en 1929.

Lectulandia

Owen Wister

El Virginiano

Un caballero de las llanuras

Frontera - 17

ePub r1.0

Titivillus 21.04.18

Título original: *The Virginian: A Horseman of the Plains*

Owen Wister, 1902

Traducción: Marta Lila Murillo

Ilustración de cubierta: “Across the Intervening Desert the Eyes of the Two Men Met in Grim Defiance”, William Herbert Dunton (1910)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

La existencia de una edición española de *El Virginiano*, de Owen Wister, quizá no sea una cuestión capital para el conocimiento de la literatura anglosajona en España, pero seguro que ayudará a conquistar «tranquilidad de conciencia» —vamos a decirlo así— a los seriamente aficionados al western en nuestro país. *El Virginiano*, que ve la luz en 1902, es para el western lo que *Cyrano de Bergerac* o *Los tres mosqueteros* para la novela de «capa y espada»: el primer best seller, el primer clásico, la obra fundacional de un género literario. Ciertamente, la gestación de esta rama de la literatura popular venía ya acumulando ingredientes desde unos cuantos años antes. Novelas históricas como *El último mohicano*, que volcaban a la literatura la historia de la expansión del país hacia el Pacífico; «Dime Novels» —novelas de a duro— sobre personajes famosos del Oeste, que escritores como Ned Buntline pergeñaban para solaz de los habitantes del Este, de los estadounidenses «no fronterizos»; también las incursiones temáticas hacia esos parajes de grandes escritores como Mark Twain, Bret Harte u O’Henry... Incluso desde fuera de los propios Estados Unidos, europeos como R. M. Ballantyne, Mayne Reid, Karl May o Gustave Aimard estaban ayudando a crear este género narrativo. Todo eso, siendo casi western, aún no lo era del todo. Los débitos con la novela de aventuras o con la de viajes exóticos eran muy evidentes y, a pesar de ser todo lo anterior «western» y «frontera» en un sentido amplio, aún no había cristalizado en una gran novela, *sensu stricto*, el núcleo duro de la temática western y su protagonista más reconocible: el «cowboy», el «vaquero». De cierto que había algunas biografías seminoveladas de cowboys históricos dando vueltas por ahí y que habrá eruditos que sostengan que tal o cual oscura narración fue la primera novela auténticamente de vaqueros que vio la luz e inició el género western propiamente dicho. Pero entre esa nebulosa de hipotéticos candidatos brilla con luz propia y es comúnmente aceptada como iniciadora, primer best seller y configuradora del género, *El Virginiano* de Owen Wister.

Para hacerse una idea de lo que significó en su momento la aparición de *El Virginiano* en la narrativa estadounidense, podemos echarle un vistazo a las listas que publicaba y aún sigue publicando *Publishers Weekly*. *Publishers Weekly* es una revista semanal estadounidense dirigida específicamente a editores, bibliotecarios, libreros y agentes literarios. Viene llegando a sus lectores desde 1872, y desde una fecha tan temprana como 1895 elabora una lista de libros de éxito en base a su adquisición en los establecimientos dedicados a la venta de los mismos. Esta relación sigue publicándose aún hoy en día, aunque se dividió a partir de 1917 entre «ficción» y «no ficción», con una lista distinta para cada categoría, y a establecer otras especificaciones para hacerla más útil. Algunos aficionados a los libros, entre los que se cuenta quien firma esta presentación, siguen sintiendo curiosidad por saber cuáles

fueron los diez títulos de más éxito en 1953... o en 1911... o si llegó *It* de Stephen King a figurar en dicho ranking y en qué puesto. En 1902 el libro más vendido y popular del año fue *El Virginiano* de Owen Wister; e incluso un año más tarde, en 1903, seguía figurando la novela de Wister en el puesto número cinco entre los más vendidos durante esa docena de meses. Por cierto, que en 1902, cuando *El Virginiano* encabezó la lista, *El sabueso de los Baskerville* de Arthur Conan Doyle quedó en séptimo lugar. Son cosas que pasan. Todo un suceso literario. Un éxito como el alcanzado por esa primera novela de vaqueros solo está al alcance de títulos como *Quo Vadis*, *Sin novedad en el frente*, *Lo que el viento se llevó...* o *It* de Stephen King en 1986. Y bueno, no nos pongamos demasiado estupendos, también podemos encontrar en ella otras obras que hoy en día están bastante olvidadas. No todo perdura... Pero *El Virginiano* sí caló hondo; de hecho, está comúnmente aceptado que con ella se inicia el género de vaqueros, tanto en literatura, como suministrando un arquetipo para el cine. Quizá sea casualidad, o quizá no, pero el primer film considerado un western, *Asalto y robo de un tren (The Great Train Robbery)*, de Edwin S. Porter, vio la luz en 1903, justo el año siguiente al «bombazo» de la novela de Wister y cuando aún perduraba su popularidad. A este éxito literario le siguió una adaptación de *El Virginiano* para el teatro en 1904, que el propio Wister coescribió; una versión cinematográfica de manos de Cecil B. DeMille en 1914; otra buena versión fílmica en 1923 dirigida por Tom Forman; en 1929 la de Victor Fleming, donde el Virginiano era nada menos que un jovencísimo Gary Cooper; otra película en 1946 del realizador Stuart Gilmore; más tarde la serie de televisión que se inicia en 1962 y duró nueve temporadas y 249 episodios protagonizada por James Drury, y finalmente —y de momento— el largometraje del año 2000 donde al propio James Drury se le reserva un papel a modo de entrañable homenaje a la serie de televisión. Todo un logro para una sola obra. Obviamente, estando aún inédita en nuestro país la novela de Wister, su elección para una colección como «Frontera» resultaba algo casi obligado. Una última curiosidad respecto a *El Virginiano* y su influjo, incluso en nuestra literatura popular. En España también hubo un novelista, José Mallorquí, el autor de *El Coyote*, que bebió directamente en las fuentes de la narrativa clásica western norteamericana y que cultivó el género con estándares de calidad equiparables a los de los profesionales estadounidenses del mismo. En una de sus más meritorias series, *Tres hombres buenos*, posteriormente convertida en *Dos hombres buenos* —al convertirse la serie en guión radiofónico primero y colección de novelas después— imaginó como coprotagonista de la serie, junto a don César Guzmán, a un pistolero portugués que solía espetar amenazadoramente a sus rivales esta frase: «Cuando digas eso, sonrío» —un «sonrío», para que yo sepa que estás bromeando y no tenga que pegarte un tiro, vamos...—. Bien, lo que le dice el Virginiano en 1902 a su oponente en una tensa partida de póker, como advertencia antes de tener que desenfundar, es: «cuando me llames eso, sonrío». Una prueba más de lo lejos que llegó el influjo de este western primigenio y de lo incardinado que

estaba Mallorquí —y hay pruebas por decenas— en las fuentes originales de la gran tradición western.

Owen Wister, aunque brilló y es importante para la literatura popular, no fue un escritor de narraciones a destajo, de a tanto la palabra, para el gran público. Su formación cultural es peculiar. Nacido en Filadelfia en 1860 en el seno de una familia acomodada y linajuda, estudió en internados de Nueva Inglaterra, Suiza e Inglaterra. Siguió estudios de composición musical en París durante dos años y se graduó en la Facultad de Derecho en Harvard. Miembro de la American Academy, miembro honorario de la Academia de las Ciencias, las Artes y las Letras de París; miembro honorario de la Royal Society of Literature de Londres... Compositor de óperas y canciones, poeta, autor teatral, ensayista político... amigo personal del presidente Theodore Roosevelt y del pintor Frederic Remington, encomiado por el mismísimo Mark Twain... y, no lo olvidemos, escritor de éxito. Resulta curioso que, con todo ese bagaje cultural y social, lo que realmente le haya colocado en los diccionarios sea ser el autor de *El Virginiano*, su faceta de prohombre, de padre de la patria de la Literatura Western. Aunque eso tampoco es un hecho improbable en Literatura; ahí tenemos los casos contemporáneos de J. R. R. Tolkien y Umberto Eco, eruditos de pro convertidos en fabricantes de iconos de la literatura popular. A veces son las circunstancias y los detalles los que mandan. Y como en Wister los detalles son importantes, podemos ya de paso comentar que además es compositor de una de las baladas vaqueras más conocidas y recopiladas en compilaciones musicales de esta temática. Su *Ten Thousand Cattle Straying* es casi inevitable en los discos de canciones western. Se puede escuchar, aunque sin atribución en los créditos, en la presentación de *La diligencia* de John Ford y en otros cuantos westerns más, pero si quieren oírla en un momento impagable les sugiero que busquen ese en que Linda Darnell se la canta en *Pasión de los fuertes* a Wyatt Earp-Henry Fonda. Desde luego este *Ten Thousand Cattle Straying* ha acabado siendo mucho más conocida que su ópera *Dido and Aeneas* estrenada en 1892. Otro detalle nada menor que da noticia de su relevancia es el hecho de que uno de los principales galardones que se conceden dentro del ámbito del western lleva su nombre; el «Owen Wister Award». Se otorga anualmente a la labor de toda una vida para destacar la contribución de una persona al universo del western y lo han recibido gente como Louis L'Amour, Dorothy M. Johnson, John Ford o Elmore Leonard.

Hay otro aspecto dentro del cual la labor de Wister ha resultado relevante. En *A Literary History of American West*, una extensa obra colectiva sobre el western y las facetas culturales con él relacionadas, Ben Merchant Vorphal, autor de una biografía de Frederic Remington, editor y comentarista de la correspondencia entre Remington y Owen Wister, prologuista de lujo de ediciones de *El Virginiano*, etc., titulaba su contribución a este relevante trabajo comunal de esta manera: «Roosevelt, Wister, Turner y Remington». Para Vorphal, cuando en 1890 la Oficina del Censo de los Estados Unidos informa oficialmente que ya no le es posible identificar una línea de

Frontera en el país, que la emigración ha acabado por borrarla —lo cual significa dar por acabada esa «conquista del Oeste»—, es cuando en Estados Unidos surge el interés por saber cómo ha tenido lugar este proceso, reflexionar sobre el mismo, e integrarlo en la concepción propia de la peculiaridad de ser estadounidenses. En esas décadas finales del siglo XIX y las iniciales del siglo XX se va a crear la memoria colectiva norteamericana sobre el proceso de formación de la nación en aquella zona que se llamó la Frontera. En esta visión que van a adquirir los norteamericanos sobre sí mismos y su expansión hacia el Pacífico van a ser fundamentales las investigaciones, artículos, relatos y pinturas de estas cuatro personas nacidas en torno a 1860, que se conocieron, que colaboraron y que, siguiendo a Vorphal, disfrutaron de «dones» muy distintos. Roosevelt era un político, Turner un humanista, Wister un propagandista y Remington un artista. Roosevelt colaboró a esta elaboración teórica de lo que fue la historia de la Frontera con su inconcluso pero colosal ensayo *The Winning of the West*, del cual se publican los dos primeros volúmenes en 1889, y con las deducciones y pensamientos expresados en *Ranch Life and the Hunting Trail* (1888) y en algunos otros de sus escritos. Turner, con su constante proceso de reelaboración de *The Significance of the Frontier in American History* (1893), también hizo aportaciones fundamentales para explicar cómo la existencia de esta Frontera ayudó a configurar una nación peculiar. Remington proyectaría con sus cuadros, ensayos y artículos una poderosa imagen de ese Oeste hacia las zonas más ricas, urbanas y productoras de cultura de la costa atlántica del país, y Wister con sus ensayos y narrativa popularizaría y haría cuajar en un todo coherente la figura del cowboy, el segundo arquetipo mítico en el orden temporal, tras la figura del cazador y explorador, de las gentes que construyeron este país.

Cuando Owen Wister llega al Oeste en 1885 para pasar una temporada de descanso en Deer Creek, un rancho de Wyoming, queda inmediatamente deslumbrado. El descanso le había sido prescrito por S. Weir Mitchell, un neurólogo amigo de la familia, escritor a su vez de novelas sobre la Revolución Americana, que estaba tratando a Wister de neuralgias y depresión profunda. Creía que la vida en contacto con la Naturaleza y el ejercicio físico podían aportar muy salutíferos beneficios al joven Wister, que en ese momento trabajaba, tras su vuelta de Europa, en un establecimiento bancario de Boston. Wister aterriza en el Oeste imbuido de cultura operística, de visiones grandiosas y solemnes, fruto en buena parte de esa admiración por Wagner adquirida durante su formación musical en Europa. Y llega muy predispuesto a encontrar en el cowboy americano casi a un héroe wagneriano, una especie de caballero a lo Sir Gawain al que su heredado espíritu aventurero sajón, desarrollado en la libertad de las praderas, convertía en un auténtico campeón. Cuando esa vigorosa herencia racial sajona se empantanaba en las ciudades del Este, ese espíritu acababa sepultado por los convencionalismos de la modernidad y despojado de su esencia heroica. Fruto de todas esas especulaciones y de su recolección de materiales folclóricos publica en 1895 su ensayo *The Evolution of the*

Cow-Puncher —el término cowpuncher es bastante similar al de vaquero—. Aquí ya aparece esa configuración del vaquero como caballero de las llanuras, noble y experto por virtud de su herencia racial y cultural, que una gran mayoría de los estadounidenses aún llevan en su corazoncito. Cuando Remington y Wister coinciden en 1893 en Yellowstone y traban amistad, Remington, tras una época de penurias, está por fin triunfando.

Sus *sketchs* de apaches, realizados en Arizona tiempo atrás, le han puesto de moda en el Este gracias a la campaña lanzada por estadounidenses y mexicanos contra el líder apache Gerónimo. Frederic Remington había leído los diarios de la expedición de Lewis y Clarke, las historias de Ojo de Halcón de Fenimore Cooper, los escritos de Washington Irving sobre sus viajes al Oeste, y conocía también la obra del pintor Catlin... Y tenía experiencia directa sobre la Frontera. En la fusión de esa idealización del caballero anglosajón de la pradera que aportaba Wister y el material auténtico, de experiencia directa, que le proporciona Frederic Remington, está la génesis del vaquero mítico que plasmará Wister en *El Virginiano*. Ciertamente que el material recogido por Remington era mucho más variado, multicolor y disparejo que la concreción más uniforme y arquetípica que realizará Wister, pero a Remington le interesaban básicamente los hechos concretos, las experiencias reales. No era ese el camino, mucho más teórico, que se planteaba Wister como objetivo. Nuestro autor tenía más necesidad de difundir sus concepciones teóricas entre el gran público que de presentar una constelación diversa de experiencias ciertas pero disparejas. Con *El Virginiano*, que se publica ya desde inicio en forma de libro individual, y no como serial, Wister consigue sus objetivos, y además conquista la respetabilidad literaria para el western.

Para quienes conocen en España *El Virginiano* solo como la serie de televisión protagonizada por James Drury en los años sesenta y piensen que en el original de Wister van a encontrarse a Trampas, a la pizpireta hija del propietario del rancho Siloh Creek y al apuesto vaquero vestido de negro que la protagonizaba, la sorpresa puede ser realmente grande. Si algo pueden encontrar de todo ello en la novela serán los nombres propios de algunos personajes y lugares y, en cierto modo, la psicología reflexiva y la grandeza ética de su protagonista. Todo lo demás se parece menos que poco si nos empeñamos en comparar la serie de televisión con la creación literaria de origen. Se escogió el escenario inventado por Wister y las resonancias de este mito literario para ambientar una serie del Oeste ambiciosa y de gran presupuesto, y hasta ahí llegan las coincidencias. *El Virginiano* de Wister es mucho más reconocible en las adaptaciones que se hicieron de la novela para la gran pantalla y muchos de sus episodios están fielmente reflejados en ellas. Y hablamos de episodios porque la novela de Wister, más que historia que se pueda contar y resumir, es novela de episodios. Lo es porque en parte es resultado de la refundición de algunas historias cortas previas, encuadrables dentro de lo que se llamó entonces «género Wolfville»; historias cortas de anécdotas de vaqueros y vida en el rancho que ya empezaban a

publicar autores como Alfred Henry Lewis, Rex Beach o Stewart Edward White. Lo importante no era la trama, sino las anécdotas. A grandes rasgos, la novela tiene como argumento la historia de amor entre El Virginiano —su nombre nunca llega a mencionarse— y la maestra del pueblo Molly Stark Wood, recién llegada del Este. Pero lo que cuenta el best seller de Wister no es realmente eso, o no es solo eso. En sus páginas se hacen presentes, de una forma pretendidamente costumbrista, variados episodios de la vida en el Oeste —cuatrerros, duelos, indios, bailes, vida en el rancho, etc.— y, sobre todo, la fascinación del Este por el Oeste. Esa fascinación que Wister sintió sobre el terreno y que, sumada al resultado de sus investigaciones y teorías sobre la vida del cowboy, amalgamó y enhebró con un tenue hilo argumental, para lograr esa mezcla de realismo e idealización que es *El Virginiano*. Esa fascinación se hace presente ya en los párrafos iniciales de la novela. En ellos un viajero procedente del Este llega al andén de la estación de tren de Medicine Bow. Y prácticamente sufre un auténtico «síndrome de Stendhal», de gozo estético y espiritual fruto de su llegada a aquellas tierras. Ese arrobamiento lo encontraremos a lo largo de toda la extensión de sus páginas que, insistimos, más nos relatan una brillante acumulación de episodios ilustrativos de la vida en la frontera que el romance vaquero que pareciera sugerir un resumen ligero de su asunto.

Ha sido frecuente objeto de debate la cuestión de si la visión que da Wister de la vida del cowboy es realista o, por el contrario, peca de ingenua e idealizada. Como mínimo sus contemporáneos, la gente mayor que había conocido el auténtico Oeste, le concedía a este tipo venido del Este el mérito de haber logrado reflejar algunos «códigos fundamentales» del mundo del cowboy, de su manera de ver la vida y del trabajo en los ranchos. Aunque el proceso de idealización y el intento de lograr una buena prosa —en muchos aspectos Wister arrastraba una formación de escritor Victoriano— le alejan del retrato escrupulosamente cierto de ese mundo que pretende reflejar, podría decirse de algunas de sus posibles imprecisiones eso de... «se non è vero, è ben trovato».

El Virginiano no fue la única incursión en la narrativa Western de nuestro autor. Hubo una primera novela en 1897 *Lin McLean*, un tanto pastoril, que aparecía impregnada de melancolía, ante un Oeste que estaba desapareciendo al ser domesticado por la civilización. Aquella primera historia hacía ya gala, cómo no, de multitud de rasgos de esa visión suya del universo del cowboy. También hay que apuntar en su haber todo un buen número de relatos que, salidos de su pluma, fueron apareciendo en *Harper's* y en otras publicaciones. Su narrativa breve ha sido recopilada en colecciones de relatos como *Red Men and Whiteen* (1895) —por cierto, esta ha tenido edición reciente en español: *Pieles rojas y blancos*, ed. Erasmus, Madrid, diciembre de 2015. Estamos de enhorabuena—, *The Jimmyjohn Boss and Other Stories* (1900), *Members of the Family* (1911), y quedaría por mencionar alguna que otra recopilación más. Pero todo ello, a pesar de tener un buen nivel, ha sido oscurecido por su obra maestra *El Virginiano* (1902). Una obra maestra de cuya

publicación han pasado ciento quince años, pero cuya sombra sigue siendo muy larga. Por fin en español: *El Virginiano*.

ALFREDO LARA LÓPEZ

EL VIRGINIANO



I

ENTRA EL HOMBRE

Una escena curiosa atraía a los pasajeros hacia la ventanilla, tanto hombres como mujeres, así que me levanté y crucé el vagón para ver de qué se trataba. Cerca de las vías vi un cercado y alrededor de este había algunos hombres riendo; dentro del cercado había torbellinos de polvo, y en medio del polvo algunos caballos, corcoveando, apiñándose y esquivándose. Eran ponis vaqueros en un corral y uno de ellos no se dejaba atrapar, daba igual quién le lanzara el lazo. Estuvimos un buen rato contemplando aquel espectáculo; nuestro tren había parado para llenar el motor junto al tanque de agua un poco antes de llegar al andén de la estación de Medicine Bow. Ya llevábamos un retraso de seis horas y nos moríamos por algo de entretenimiento. El poni del corral era listo y de patas ligeras. ¿Han visto alguna vez a un boxeador habilidoso estudiando a su antagonista con una mirada silenciosa y fija? Esa mirada era la que el poni clavaba en cualquiera de los hombres que se acercara con el lazo. El jinete podía fingir que miraba hacia el cielo, que lucía espléndido, o que entablaba una animada conversación con un viandante; todo era inútil. El poni lo adivinaba. Ningún amago lo engañaba. Ese animal era todo un hombre de mundo. Sus ojos atentos se clavaban en la amenaza disimulada y la gravedad de su rictus de caballo convertía la situación en una escena de comedia costumbrista. Luego, le lanzaban el lazo, pero el animal ya se encontraba en otro lugar; si los caballos se ríen, debía de abundar la alegría en aquel corral. En ocasiones, el poni daba una vuelta solo, a continuación se deslizaba como un rayo entre sus hermanos, y todos ellos, como un banco de peces juguetones, salían trotando por el corral, pateando el fino polvo y —tal como me pareció— riéndose a carcajadas. A través del cristal de la ventana de nuestro Pullman nos llegaban el golpeteo de sus traviosos cascos y las fuertes y cómicas maldiciones de los vaqueros. Entonces, por primera vez, advertí la presencia de un hombre sentado en lo alto de la puerta del corral, que observaba el espectáculo. En ese momento bajó de la puerta con la sinuosidad de un tigre, suave y tranquilo, como si sus músculos fluyeran bajo la piel. Los otros habían volteado visiblemente el lazo, algunos incluso por encima del hombro. Pero no vi que el brazo de aquel hombre se elevara o se moviera. Parecía sostener el lazo bajo, junto a la pierna. Pero, como una serpiente, vi que este se desplegaba en toda su longitud y acertaba de lleno, y todo acabó. Mientras el poni capturado paseaba al trote con una expresión dulce de misa de domingo, nuestro tren se movió lentamente hasta la estación y un pasajero comentó: «Ese hombre sabe lo que se hace».

Pero me vi obligado a perderme la disertación del pasajero sobre la técnica del lazo porque Medicine Bow era mi estación de destino. Me despedí de mis compañeros de viaje y descendí del tren, un extraño en el gran territorio ganadero. Y allí, en menos de diez minutos, averigüé algo que me hizo sentir en efecto como un

extraño.

Mi equipaje se había extraviado; este no había viajado en mi tren, estaba perdido en algún lugar de las dos mil millas que había dejado a mis espaldas. Y para reconfortarme, el encargado de los equipajes comentó que los pasajeros perdían con frecuencia el rastro de sus maletas, pero que las maletas la mayoría de las veces los encontraban a ellos pasado un tiempo. Tras ofrecerme este consuelo, se dio media vuelta silbando para seguir con sus asuntos y me dejó plantado en la sala de equipajes de la estación de Medicine Bow. Me quedé solo entre cajas y paquetes, sujetando confuso mi boleto, furioso y abandonado. Miré el cielo y las llanuras a través de la puerta, pero no llegaba a ver los berrendos brillando entre la artemisa, ni la fantástica luz de la puesta de sol de Wyoming. El enfado cegó mis ojos y solo era capaz de ver mis problemas: no veía más que una maleta extraviada. Y murmuraba a media voz: «¡Menudo condenado agujero es este lugar!» cuando de repente, afuera en el andén, escuché una voz parsimoniosa:

—¿Te vas de boda *otra vez*? ¡Oh, no!

La voz era sureña, suave, y arrastraba las palabras; una segunda voz respondió inmediatamente, rota y lastimera:

—No es otra vez. ¿Quién dices que lo ha dicho? ¿Y a ti quién te lo dijo?

Y la primera voz respondió despreocupadamente:

—Caramba, tus ropas de domingo me lo dijeron, tío Hughey.

Hablan alto y claro de nupcias.

—¡Deja de darme la tabarra! —exclamó tío Hughey con una voz aguda y acalorada.

Y el otro hombre, suavemente, continuó hablando.

—¿No son esos los mismos guantes que llevaste en tu última boda?

—¡Deja de darme la murga! ¡Deja de darme la murga! —gritó entonces el tío Hughey.

Ya me había olvidado de mi maleta; las preocupaciones se evaporaron; percibí entonces la puesta de sol y solo deseaba escuchar más de aquella conversación. Porque no se parecía a nada que hubiera escuchado en toda mi vida hasta entonces. Me dirigí a la puerta y miré hacia el andén de la estación.

Apoyado allí cómodamente en la pared había un joven y delgado gigante, más bello que un cuadro. Su sombrero suave de ala ancha echado hacia atrás, un pañuelo rojo desvaído anudado alrededor del cuello y un pulgar despreocupado enganchado en la cartuchera que colgaba ladeada de sus caderas. Era obvio que había viajado muchas millas desde algún lugar de aquel vasto horizonte, como indicaba el polvo que lo cubría. Tenía las botas totalmente blancas. Y el abrigo gris. El rubor curtido de su rostro brillaba tenuemente a través del polvo, como el rubor de los melocotones en los árboles durante la estación seca. Pero ni los rigores del viaje ni su atuendo raído mermaban el esplendor que irradiaban su juventud y su fuerza. El anciano al que tanto mortificaban sus comentarios iba repeinado y acicalado, un novio limpio como

una patena, pero ¡ay, su edad! Si yo hubiera sido la novia, habría elegido sin dudarlo al gigante, con polvo y todo.

El joven no había acabado en absoluto con el anciano.

—¡Vaya, llevas puesta ropa de boda en todas tus extremidades! —dijo ahora arrastrando las palabras y con admiración—. ¿Quién es la afortunada en esta ocasión?

El anciano pareció temblar.

—¡Ya te he dicho que no ha habido ninguna otra! ¿Me tomas por un mormón?

—Caramba, que...

—¿Me tomas por un mormón? Entonces, nombra a algunas de mis mujeres. Nombra a dos. Nombra a una. ¡Te reto a que lo hagas!

—... esa viuda de Laramie con la que te prometiste...

—¡Caramba!

—... pero su doctor de repente le recetó el clima del sur y...

—¡Caray! ¡Eres un mentiroso!

—... así que solo sus pulmones se interpusieron entre vosotros. Y, a continuación, intimaste mucho con Cattle Kate, pero...

—¡Te digo que eres un mentiroso!

—... pero la ahorcaron.

—¿Y dónde están las esposas en todo esto? ¡Enséñame a todas esas esposas! ¡Venga!

—Esa camarera que no comía más que maíz en Rawlins, a la que le regalaste el canario...

—Nunca me casé. Jamás me casé...

—Pero estuviste muy cerca de hacerlo, tío Hughey. Esa es la que te dejó una carta explicándote que se había casado con un joven tahúr un día antes del día de vuestra boda, y...

—Oh, eres un patán, un niño, no llegas ni a...

—... y que nunca, nunca se olvidaría de alimentar al canario.

—Este territorio se está llenando de niños —afirmó el anciano, fulminándolo con la mirada—. Está condenado.

Resultaba obvio que esa afirmación demoledora le satisfizo. Entonces, parpadeó con renovado ímpetu. Su alto torturador continuó con el semblante marcado por una impasible seriedad y, con un suave tono de preocupación, prosiguió:

—¿Cómo está de salud aquella desafortunada...?

—¡Eso es! ¡Escupe tus insultos! ¡Escúpeselos a una mujer enferma y afligida! —parpadeó con ansia combativa.

—¿Insultos? ¡Oh, no, tío Hughey!

—¡Y tanto que sí! ¡Son insultos!

—Caramba, me alivió mucho saber que comenzó a recuperar la memoria. Lo último que supe de ella es que la había recuperado casi del todo. Recordaba a su padre y a su madre, a sus hermanas y hermanos y a sus amigos, y su feliz infancia, y

toda su vida, a excepción de tu cara. Los chicos apostaban a que terminaría por recordarla, si se le daba más tiempo. Pero supongo que, tras una enfermedad tan terrible como la que ella sufrió, sería pedir demasiado.

Al oír esto, el tío Hughey sacó un pequeño paquete.

—Esto demuestra lo poco que sabes —cacareó—. ¡Mira! ¡Mira esto! Este es el anillo que ella me devolvió por correo, demasiado nerviosa para el matrimonio. Así que ella no me recuerda, ¿verdad? ¡Ja, ja! Siempre dije que eras un mentiroso.

El sureño imprimió mayor ansiedad a su tono de voz.

—¡Y ahora le llevas a la siguiente el mismo anillo! —exclamó—. ¡Oh, no vuelvas a casarte, tío Hughey! ¿De qué sirve estar casado?

—¿De qué sirve? —repitió el novio, con desdén—. ¡Hum! Cuando crezcas cambiarás de idea.

—Claro, espero cambiar de idea cuando cambie de edad. Ahora tengo las ideas apropiadas para un hombre de veinticuatro y tú tienes las ideas apropiadas para un hombre de sesenta.

—¡Cincuenta! —chilló tío Hughey.

El sureño adoptó un tono de reproche.

—Vaya, ¡cómo puedo haberme olvidado de que tienes cincuenta —murmuró—, con el esmero con el que se lo llevas diciendo a los chicos durante los últimos diez años!

¿Han visto ustedes alguna vez a una cacatúa —de las que tienen el penacho en la cabeza— enfurecida por un insulto? El pájaro estira todas las plumas de su cuerpo, inflándose. Y de la misma manera pareció inflarse el tío Hughey, la ropa, el bigote y la lanuda barba blanca y, sin mediar más palabras, se subió al tren que iba hacia el Este, que ahora llegaba por la vía de acceso a tiempo para recogerle.

Sin embargo, no fue por esto por lo que el viejo no se había ido antes. En cualquier momento, podría haberse refugiado en la consigna o haberse apartado una distancia prudencial hasta que el tren hubiera llegado. Pero el anciano evidentemente disfrutaba de alguna forma con aquellas bromas. Había alcanzado esa inevitable edad en la que nos halaga que nos relacionen con asuntos de faldas, da igual de qué manera.

Con él a bordo, el tren del Este partió lentamente hacia la lejanía de donde yo había llegado. Lo contemplé mientras se perdía de camino hacia las lejanas orillas de la civilización. Fue disminuyendo en el interminable abismo de espacio, hasta que el último rastro de su presencia se esfumó, a excepción de una pequeña nube de humo que se elevaba hacia el cielo. Y ahora mi equipaje extraviado regresó a mis pensamientos y Medicine Bow volvió a parecerme un lugar solitario, una especie de barco a la deriva en un océano extraño; el Pullman humeaba confortablemente de regreso a puerto, mientras que yo... ¿cómo iba a lograr encontrar el rancho del juez Henry? ¿Dónde, en este anodino territorio salvaje, estaba Sunk Creek? No fluía allí ningún arroyo o ningún otro tipo de vía de agua que pudiera ver. Mi anfitrión me

informó por carta de que nos encontraríamos en la estación y me llevaría hasta su rancho. Eso es lo único que sabía. Y él no estaba allí. El encargado de la consigna no lo había visto últimamente. El rancho estaba demasiado lejos para llegar andando hasta allí, de noche. Mi equipaje... me sorprendí todavía mirando con pesar el desaparecido tren del Este y, en el mismo instante, advertí que el hombre alto me miraba con semblante serio... tan serio como había mirado a tío Hughey durante su sorprendente conversación.

Al ver su mirada clavada en mí y el pulgar todavía enganchado en su cartuchera, me vinieron a la mente ciertos cuentos inquietantes de exploradores por esos lares. Ahora que tío Hughey se había marchado, ¿iba yo a ocupar su lugar y, por ejemplo, ser invitado a bailar sobre el andén al ritmo de sus disparos perfectamente atinados?

—Supongo que le busco a usted, señor —comentó entonces el hombre alto.

II

«CUANDO ME LLAMES ESO, ¡SONRÍE!»

No podemos vernos como nos ven los demás, o yo habría sabido qué cara se me puso al escuchar las palabras del hombre alto. No dije nada, solo me sentí desconcertado.

—Supongo que le busco a usted, señor —repitió con educación.

—Busco al juez Henry —respondí entonces.

El hombre se acercó a mí y advertí que no era un gigante. No medía más de un metro ochenta. Era tío Hughey el que le había hecho parecer tan alto. Pero en su mirada, en su rostro, en su andar, en todo él, se adivinaba una fuerza que sin duda cualquier hombre o mujer podía detectar.

—El juez me envió para que le recogiera, señor —me explicó con su cortés acento sureño y, a continuación, me entregó una carta de mi anfitrión. Si no hubiera sido testigo de su actitud burlona con tío Hughey, le habría juzgado incapaz de gustar bromas. Ahora mostraba una naturaleza seria como el que más. Pero yo había sido testigo de su lado jocoso y, por lo tanto, creyendo que, a pesar de su apariencia, yo era conoedor, por llamarlo de alguna manera, de su secreto y podía hacerle un guiño de confianza, adopté un tono cordial. Resultaba agradable mostrarse cordial con un extraño tan corpulento que, en lugar de dispararte a los zapatos, te ofrecía cortésmente una carta.

—Usted es de la vieja Virginia, supongo —pregunté.

—Entonces supone usted bien, señor —respondió él con lentitud.

Una leve ráfaga de frialdad templó mi cordialidad, pero continué jovialmente con otra pregunta.

—¿Se encuentran muchos tipos raros como tío Hughey por aquí?

—Sí, señor, hay un montón de tipos raros por aquí. Llegan aquí en cada tren.

En este punto, abandoné mi táctica de la cordialidad.

—Ojalá también los equipajes vinieran hasta aquí en el tren —dije, y le puse al tanto de mi situación.

No es que esperase que se conmoviera mucho por mi pérdida, pero ni tan siquiera hizo un comentario al respecto.

—Esperaremos en la ciudad hasta que llegue —dijo él, perfectamente cortés en todo momento.

Bueno, lo que había podido ver de la «ciudad» con mis ojos de recién llegado me pareció un horror. Si era posible dormir en el rancho del juez, lo prefería.

—¿Hay mucha distancia que cabalgar hasta allí esta noche? —pregunté.

El hombre me miró desconcertado.

—En esta bolsa de viaje —expliqué— llevo todo lo que necesito de momento; de hecho, puedo pasar sin mi equipaje durante uno o dos días, si no es posible enviarlo antes. Así que, si pudiéramos partir de inmediato y llegar allí lo antes posible... —

hice una pausa.

—Son doscientas sesenta y tres millas —dijo el virginiano.

Tras mi fuerte exclamación de sorpresa, se quedó callado. Simplemente, me miró durante unos segundos y luego dijo:

—La cena ya debe de estar casi a punto.

Cogió mi bolsa de viaje y le seguí hacia la cantina en silencio. Me sentía aturdido.

Mientras caminábamos, leí la carta de mi anfitrión... un breve mensaje de bienvenida. Lamentaba mucho no haber podido recibirme en persona. Estaba preparándose para salir cuando el agrimensor apareció y lo retuvo. Por lo tanto, en su lugar enviaba a la ciudad a un hombre de su total confianza, el cual me atendería y me conduciría hasta allí. Estaban deseosos de disfrutar de mi visita con sumo placer. Eso era todo.

Sí, estaba perplejo. ¿Cómo calculaban las distancias en este territorio? Uno hablaba de ir a la ciudad como si estuviera en el vecindario, y en realidad significaba... no sé cuántos días de viaje. ¿Y qué significaría para ellos la expresión «pasarse por casa»? me pregunté. ¿Y cuántas millas eran necesarias para que se considerase que un lugar estaba realmente lejos? Me abstuve de formular más preguntas al «hombre de confianza». Mis preguntas no habían tenido mucho éxito hasta el momento. Aquel hombre no tenía intención de hacerme bailar, eso estaba claro; no sería en absoluto apropiado para un hombre de confianza. Pero tampoco tenía intención de mostrarme ninguna familiaridad. ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo para merecer ese sarcasmo velado e ingenioso sobre tipos raros llegando en cada tren? Le habían encargado que me atendiera y lo haría, e incluso me llevaría la bolsa de viaje, pero no iba a permitir que bromeara con él. Ese atractivo e iletrado hijo de aquella tierra había levantado entre nosotros el muro de su fría y perfecta cortesía. Ninguna persona cultivada podría haberlo hecho mejor. ¿Cuál era el problema? Le miré y, de repente, se me ocurrió. Si hubiera intentado tomarse demasiada confianza conmigo durante los dos primeros minutos de nuestra relación, seguramente yo me lo habría tomado a mal. ¿Por qué, entonces, me sentía yo con el derecho a hacerlo con él? Apeataba a condescendencia; en esta ocasión, él había sido el más caballero de los dos. Esa, en carne y hueso, era una verdad que había creído en teoría durante mucho tiempo, pero que jamás había experimentado. La criatura a la que denominamos *caballero* subyace en lo más profundo de los corazones de miles de nacidos sin las oportunidades necesarias para alcanzar el refinamiento exterior del prototipo.

Entre la estación y la cantina tuve tiempo de reflexionar con franqueza largo y tendido. Pero mis pensamientos estaban condenados a quedar ahogados por la admiración ante aquel extraño personaje cuya compañía me había deparado el azar.

La ciudad, como la llamaban, me agradaba menos cuanto más veía de ella. Pero hasta que nuestro idioma se perfeccione y adopte una palabra más ajustada, ciudad tendrá que ser el nombre que se le asigne a lugares como Medicine Bow. He visto y he dormido en muchas ciudades como esta desde entonces. Diseminadas por todo el

territorio, se expandían a lo largo de la frontera desde el Columbia hasta Río Grande, desde el Misuri hasta las Sierras. Allí se alzaban desnudas, esparcidas en un planeta de tierra sin árboles, como barajas de cartas cubiertas de polvo. Y todas se parecían entre sí, como un cinco de tréboles se parece a otro. Casas, botellas vacías y basura, todas seguían siempre el mismo patrón. Más desamparadas que unos huesos pelados. Parecían haber sido diseminadas allí por el viento a la espera de que el viento soplara de nuevo y se las llevara volando. Sin embargo, por encima de sus inmundicias flotaba serena una luz pura y silenciosa jamás vista en el Este; perfectamente podrían haber estado envueltas en el aire primigenio de la primera mañana de la creación. Bajo el sol y las estrellas, los días y las noches de estas ciudades eran inmaculados y maravillosos.

Medicine Bow fue la primera en mi caso, y examiné sus dimensiones; veintinueve edificios en total: un almacén de carbón, un depósito de agua, la estación, una tienda, dos cantinas, un salón de billares, dos ferreterías, un establo y otros doce establecimientos que, por uno u otro motivo, no mencionaré. Sin embargo, en ese horrible cascarón de miseria se había intentado en cierta manera guardar las apariencias; muchas casas tenían una falsa fachada que aparentaba dos pisos de altura. Y allí estaban, empinando sus penosas caretas rodeadas por un reguero de viejas latas de metal, mientras en sus mismos umbrales comenzaba un mundo de luz cristalina, una tierra sin fin, un espacio en el cual Noé y Adán podrían aparecer directamente salidos del Génesis. Ese espacio era surcado por una sinuosa carretera que subía por la colina y desaparecía para volver a aparecer más pequeña en la distancia, y descendía una vez más hasta donde alcanzaba la vista para desaparecer de nuevo.

Luego oí que un tipo saludaba al virginiano. Salió con expresión jovial por una puerta y lanzó la mano hacia el sombrero del virginiano. El sureño le esquivó y volvió a ver el sinuoso movimiento de un tigre, y entonces supe que mi escolta había nacido para el lazo y el corral.

—¿Cómo te va, Steve? —le dijo al bromista. Y en su tono pude apreciar ahora que hablaba con un viejo amigo. Con Steve sí que ofrecía y aceptaba cierta familiaridad.

Steve me miró y apartó la mirada... y eso fue todo. Pero fue suficiente. Con ninguna otra compañía me había sentido tanto un extraño. Y, sin embargo, me gustaba esa compañía, y deseaba que me aceptaran.

—¿Acabas de llegar a la ciudad? —preguntó Steve al virginiano.

—Llevo aquí desde el mediodía. He estado esperando a que llegara el tren.

—¿Vas a salir esta noche?

—Supongo que partiré mañana.

—Las camas están todas cogidas —informó Steve. Esto lo dijo dirigiéndose a mí.

—¡Dios santo! —exclamé.

—Pero supongo que alguno de esos vendedores ambulantes os dejará compartir la

cama con él.

Me dio la impresión de que Steve estaba disfrutando el momento. Él tenía su silla de montar y sus mantas, y las camas le daban igual.

—¿Son vendedores? —preguntó el virginiano.

—Dos judíos que venden puros, un norteamericano con un remedio para la tuberculosis y un holandés con joyas.

El virginiano dejó en el suelo mi bolsa de viaje y pareció reflexionar.

—Me apetecía mucho una cama esta noche —murmuró en voz baja.

—Bueno —sugirió Steve—, el norteamericano parece el más limpio de todos.

—Eso me da igual —comentó el sureño.

—Supongo que no te dará igual cuando los veas.

—Oh, no me refería a eso. Quería una cama para mí solo.

—Entonces tendrás que fabricártela.

—Qué te apuestas a que me quedo con la del holandés.

—Elige a un hombre que no se asuste fácilmente. Me apuesto unas copas a que no consigues quedarte con la del norteamericano.

—Te tomo la palabra —dijo el virginiano—. Me quedaré con su cama sin mayor problema. Una ronda para todos.

—Supongo que ganarás la apuesta —dijo Steve, sonriéndole con afecto—. Eres todo un hijo de perra cuando te lo propones. Bueno, ¡hasta la vista! Voy a arreglar los cascos de mi caballo.

Temí que el hombre acabara malparado. Se había dirigido al virginiano con un grave insulto, pensé. Me maravilló escucharlo tan inesperadamente de los joviales labios de Steve. Y aún me maravillé más. Evidentemente, no lo había usado con intención de ofender, y por tanto no causó ninguna ofensa. Estaba claro que ese lenguaje era un intercambio de cortesías. Acababa de entrar en un mundo nuevo para mí, y las novedades se sucedían casi sin darme tiempo a recobrar el aliento entre cada una de ellas. En cuanto adónde iba a dormir, la curiosidad hizo que me olvidara por completo de ese problema. ¿Qué iba a hacer ahora el virginiano? Comencé a percibir que el silencio de aquel hombre era explosivo.

—¿Quiere lavarse antes, señor?

Estábamos delante de la puerta de la cantina y dejó mi bolsa de viaje dentro. En mi inocente ignorancia, me puse a buscar en el interior el lugar para lavarme.

—Es aquí fuera, señor —me informó con semblante grave, pero con un fuerte acento sureño. Por lo visto, cuando algo le divertía, se acentuaba su acento local. En otras ocasiones apenas se percibía en él un acento o defecto acusado en su gramática.

Había un lavadero a mi derecha, con el suelo resbaladizo por el agua jabonosa, y colgando de un rollo en lo alto de un extremo había un trapo de aspecto desalentador. El virginiano lo cogió y tirando de él lo hizo rodar en el rollo. No había ni una sola pulgada limpia en él. Se quitó el sombrero y se asomó por la puerta.

—La toalla, señora —dijo—, está demasiado usada.

La señora salió; era una mujer bonita. Sus ojos se posaron en él durante un segundo y luego en mí con desaprobación y, a continuación, regresaron al cabello negro del virginiano.

—El servicio es de una toalla al día —dijo ella, en voz baja—. Pero cuando los clientes son tan exigentes... —completó la frase llevándose la toalla vieja y trayendo una limpia.

—Gracias, señora —dijo el vaquero.

Ella volvió a mirar una vez más su cabello negro y sin responder nada regresó a la cena con sus comensales.

Había un cubo en el lavadero, casi vacío, y el vaquero lo llenó con agua de un pozo para mí. Había unos cuantos jabones en el lavadero, pero yo tenía el mío. Y luego en una pileta metálica lavé todas las manchas del viaje que pude. No me lavé a fondo en la primera *toilette* en mi vida en un lavadero, pero tendría que bastar y tomé mi asiento a la mesa de la cena.

Era carne en conserva... *corned beef*. Y uno de mis compañeros de mesa expresó la verdad sobre esta.

—Cuando le hincó el diente a eso —comentó—, me da la impresión de estar mascando una correa.

Tomamos un extraño café y leche condensada, y jamás en mi vida vi tantas moscas. No me esforcé por hablar, ya que nadie de este territorio se mostraba amistoso conmigo. Por algún motivo —mi ropa, mi sombrero, mi acento, fuera lo que fuera—, poseía el secreto de espantar a la gente a primera vista. Sin embargo, me estaba yendo mejor de lo que pensaba; mi constante silencio y total atención a la carne enlatada me dejaba a los ojos de los vaqueros en mejor posición que los viajantes comerciales, demasiado habladores.

La entrada del virginiano provocó un breve silencio. Había hecho maravillas con su *toilette* en el lavadero y había logrado cepillarse la ropa. A pesar de la tosquedad de su vestimenta, ahora él era el más limpio de los dos. Asintió con la cabeza a algunos de los otros vaqueros y se puso a comer en silencio.

Pero el silencio no es el hábitat natural del vendedor ambulante. Un pez normal puede pasar más tiempo fuera del agua que esta estirpe de profesionales sin abrir la boca. Uno de ellos miró desde el otro lado de la mesa al serio virginiano con camisa de franela; le inspeccionó y llegó a la imprudente conclusión de que comprendía a aquel hombre.

—Buenas noches —dijo animadamente.

—Buenas noches —respondió el virginiano.

—¿Acaba de llegar a la ciudad? —continuó el vendedor.

—Acabo de llegar a la ciudad —confirmó gentilmente el virginiano.

—Hay un montón de oportunidades en el negocio ganadero por aquí, ¿verdad? —preguntó el vendedor.

—Oh, bastantes —y el virginiano tomó un poco más de carne enlatada.

—Le abre a uno el apetito, en todo caso —sugirió el vendedor.

El virginiano bebió un poco de café. Finalmente, la mujer bonita volvió a llenarle la taza sin que él se lo pidiera.

—Creo que le he visto antes —dijo a continuación el vendedor.

El virginiano le miró fugazmente.

—¿No es así? ¿No le he visto en algún otro sitio? Míreme. Ha estado en Chicago, ¿verdad? Míreme bien. Recuerda el Ikey's, ¿verdad?

—No creo que lo recuerde.

—¡Lo ve! Sabía que había estado en Chicago. Hace cuatro o cinco años. O, tal vez, hace dos años. No me aclaro con el tiempo. Pero nunca olvido una cara. Sí, señor. Él y yo nos conocimos en el Ikey's, claro que sí. —El vendedor compartió este importante dato con todos nosotros. Habíamos sido llamados a apreciar su habilidad para reconocer viejos conocidos—. ¡Pero qué pequeño es el mundo! —exclamó con complacencia—. Cuando conoces a alguien, puedes estar seguro de que volverás a encontrarlo. Eso es así. No es una fanfarronada de bar.

Y la mirada del vendedor nos incluyó a todos en esta confidencia. Me pregunté si había alcanzado tanta perfección gracias a que se creía sus propias mentiras.

El virginiano no parecía muy interesado. Prestaba atención a su comida, muy tranquilo, mientras nuestra casera se movía entre el comedor y la cocina y el vendedor se explayaba.

—¡Sí, señor! El Ikey's está junto a los corrales, frecuentado por todos los ganaderos de pro. Allí es donde lo vi. Hace tal vez unos tres años. Nunca se me ha dado bien calcular el tiempo. ¡Pero las caras! Caramba, no puedo olvidarlas. Adultos o niños, hombres o mujeres, una vez que los he visto jamás puedo borrarlos de mi recuerdo, ni aunque me pagaran cinco dólares por cara. Hombres blancos, me refiero. No se me dan bien los negros ni los chinos. Pero usted es blanco, sin duda alguna. —El vendedor se había vuelto de nuevo hacia el virginiano con este cumplido. El vaquero había sacado una pipa y la frotaba con parsimonia. El cumplido pareció pasarle inadvertido y el vendedor continuó—. Sé reconocer a un hombre cuando es blanco, ya sea en el Ikey's o perdido por aquí entre la artemisa —e hizo rodar un puro por la mesa hacia el plato del virginiano.

—¿Los vende? —preguntó el virginiano.

—Producto de primera, amigo mío, liados de La Habana, la mejor oferta de tabaco por cinco centavos que podrá encontrar. Tómelo, Pruébalo, enciéndalo y mire cómo arde. Tome —y le ofreció un puñado de cerillas.

El virginiano le lanzó una moneda de cinco centavos.

—¡Oh, no, amigo mío! ¡Usted no! No después de conocerle en el Ikey's. No le he olvidado. ¿Lo ve? Reconocí su cara enseguida. ¿Comprende? Eso es así. Le vi en Chicago, sin ninguna duda.

—Tal vez fue así —dijo el virginiano—. A veces me olvido pronto de las cosas que veo.

—¡Vaya, maldita sea! —exclamó entonces de buen humor el vendedor holandés—. Qué decepción. Yo tenía la esperanza de poder venderle algunas cosas.

—No es mi caso —afirmó el norteamericano—. Se le ve demasiado sano para mí. Lo descarté en cuanto le vi.

Ahí estaba el vendedor norteamericano, en cuya cama el virginiano había puesto el ojo. Era un hombre inteligente y había hablado menos que sus colegas de profesión. Yo tenía pocas dudas de quién terminaría durmiendo en su cama, pero me interesaba más que nunca saber cómo lo lograría.

El virginiano miró jovialmente a su víctima e hizo uno o dos comentarios sobre medicinas patentadas. Debía de haber bastante dinero en ese sector, suponía, con alguien espabilado para distribuir las. La víctima se sintió halagada. Nadie en la mesa había sido honrado ni con la más fugaz mirada por parte del alto vaquero. Le respondió y entablaron una agradable conversación. No adiviné que el virginiano estaba empleando su ingenio incluso entonces y que todo formaba parte de su endiablada estrategia. Pero Steve debió de adivinarlo. Mientras unos cuantos aún estábamos sentados terminando la cena, el jinete guasón, que había reparado ya los cascos de su caballo, asomó la cabeza por la puerta del comedor, advirtió la manera en la que el virginiano enredaba a su víctima con la conversación y exclamó en voz alta:

—¡He perdido! —Y acto seguido cerró de nuevo la puerta.

—¿Qué ha perdido? —preguntó el comerciante norteamericano.

—Oh, no le haga caso —le aconsejó el virginiano arrastrando las palabras—. Es como uno de esos bromistas de cabeza hueca que van por ahí abriendo y cerrando puertas. Lo consideramos inofensivo. Bueno —hizo una pausa—, supongo. Iré fuera a fumar. No está permitido aquí dentro, ¿no?

Este último comentario iba dirigido a la casera, con un tono especialmente cortés. Ella negó con la cabeza y le siguió con la mirada mientras salía.

Ya a solas, reflexioné un rato acerca de mi alojamiento para pasar la noche y me fumé un puro para consolarme mientras daba una vuelta. El lugar donde habíamos cenado no era un hotel. No parecía haber ningún hotel en Medicine Bow. Pero junto a la cantina había un edificio donde, según Steve, todas las camas habían sido ocupadas, y allí me dirigí para verlo por mí mismo. Steve había dicho la verdad. Era un cuarto con cuatro o cinco camas, y nada más. Y cuando eché un vistazo a aquellas camas, mi pesar por no poder dormir en ninguna disminuyó. Dormir solo en una no resultaba nada tentador, ¡no digamos ya, por cortesía del territorio, compartirla!

—Bueno, se nos han adelantado. —El que hablaba era el virginiano, de pie junto a mí. Asentí—. Y, por lo visto ya han reclamado su parte.

En ese dormitorio público, habían hecho lo que uno hace para asegurarse el asiento en un tren. Sobre cada cama, indicando así su ocupación, había algún objeto de viaje o prenda de ropa. Mientras estábamos allí, los dos judíos entraron, se pusieron a organizar sus bolsas de viaje y doblaron cuidadosamente sus guardapolvos

de lino. Luego, un empleado del ferrocarril entró y se preparó para meterse en la cama antes de que el crepúsculo hubiera oscurecido del todo convirtiéndose en noche. Para él, ir a la cama significaba quitarse las botas y colocar su peto y chaleco debajo de la almohada. No llevaba abrigo. Comenzaba a trabajar a las tres de la mañana e, incluso cuando aún estábamos hablando, se echó a roncar.

—El encargado de la tienda es amigo mío —dijo el virginiano—. Usted puede dormir en el mostrador bastante cómodamente. ¿Tiene mantas?

Yo no tenía mantas.

—¿Buscan una cama? —preguntó el comerciante norteamericano que llegaba en ese momento.

—Sí, él está buscando una cama —dijo Steve a sus espaldas.

—Me parece que es una pérdida de tiempo —comentó el virginiano. Miró pensativamente de una cama a otra—. No sabía que tendría que dormir tirado aquí. Bueno, ya he dormido sentado en otras ocasiones.

—Esta de aquí es mía —dijo el vendedor, sentándose sobre una cama—. La mitad es más que suficiente espacio para mí.

—Es muy amable —dijo el vaquero—. Pero no me gustaría molestar.

—No es molestia. La otra mitad es suya. Métase ahora si le apetece.

—No. Me parece que no voy a meterme todavía. Mejor quédese su cama.

—Escuche —insistió el vendedor—, si acepto que duerma aquí me aseguro de que no se apunte otro peor. Esta proposición para dormir es una lotería.

—Bueno —dijo el virginiano (y vaciló con verdadera maestría)—, visto de esa manera...

—Claro que es de esa manera. Caramba, ¡al menos está limpio! Se acaba de afeitar ahora mismo. ¡Venga cuando le apetezca, amigo mío! Yo aún no voy a retirarme.

El vendedor había desentonado con ese último comentario. No debería haber dicho «amigo mío». Hasta entonces, había pensado que era simplemente una persona amigable que deseaba hacer un favor. Pero lo de «amigo mío» no encajaba. Tenía un odioso tufillo a su profesión; esa excesiva solicitud con cualquiera, ese tipo de amistad de hojalata que se hacía pasar por marfil para nueve de cada diez hombres de la ciudad. Pero no era el caso con los hijos de la artemisa. Estos vivían más cerca de la naturaleza y sabían lo que les convenía.

Pero el virginiano aceptó dócilmente ese «amigo mío» por parte de su víctima; tenía una mano que jugar.

—Bueno, se lo agradezco mucho —dijo—. En un rato, me beneficiaré de su amable oferta.

Yo estaba sorprendido. Siendo la posesión del camastro lo más importante, parecía que era su oportunidad para atrincherarse en la cama. Pero el vaquero había planeado una campaña sin necesidad de atrincherarse. Además, acostarse antes de las nueve en punto la primera noche desde hacía semanas que tenía a mano las

diversiones de una ciudad sería estúpido. Toda nuestra compañía, incluido el comerciante, nos dirigimos entonces a la tienda y allí se organizó rápidamente mi alojamiento para la noche. Esa tienda era el lugar más limpio y aseado de Medicine Bow y habría sido un excelente comercio en cualquier parte; ofrecía una multitud de productos y la regentaba un amable propietario. Me invitó a que me acomodara y puso sus dos mostradores a mi disposición. En el de productos de alimentación había un queso demasiado grande y oloroso para dormir cerca de él confortablemente, y por ello elegí el mostrador de los artículos de confección. Allí, mi anfitrión desenrolló unos edredones gruesos para hacer el lecho mullido y no me impuso ninguna condición más allá de que debía quitarme las botas porque los edredones eran nuevos, estaban limpios y a la venta. Así que ahora que tenía asegurado mi descanso ninguna otra cosa ocupaba mis pensamientos y estos se centraron en la cama del otro hombre y cómo iba a perderla.

Creo que Steve tenía incluso más curiosidad que yo. El tiempo pasaba volando. Debían decidir la apuesta y disfrutar de las bebidas. Steve estaba de pie, apoyado en el mostrador de alimentos, contemplando al virginiano. Pero fue a mí a quien dirigió sus palabras. Sin embargo, el virginiano escuchaba todo lo que decía.

—¿Su primera visita a esta región?

Le dije que sí.

—¿Y qué le parece?

Esperaba que me llegara a gustar mucho.

—¿Y qué le parece el clima?

Pensaba que el clima era bueno.

—Pero da mucha sed.

Este era el meollo de la cuestión que el virginiano había estado esperando escuchar. Pero él, como Steve, se dirigió a mí.

—Sí —interrumpió—, se tiene sed mientras uno aún está tierno. Ya se curtirá.

—Supongo que le parece un territorio más seco de lo que pensaba —dijo Steve.

—Si es que ha tenido un hábito regular en ese sentido —replicó el virginiano.

—Hay partes de Wyoming —continuó Steve—, en las que se puede viajar durante horas y horas sin ver ni una sola gota de agua.

—Y si uno se obsesiona pensando en ello —dijo el virginiano—, parecerán días y días.

Steve, tras esta estocada, se rindió y le dio una palmadita en el hombro con una risotada jovial.

—¡Viejo hijo de perra! —exclamó con afecto.

—Ahora toca beber —dijo el virginiano—. Yo pago la primera ronda, Steve. Pero supongo que el suspense tendrá que durar un poco más.

Volvieron a hablarse directamente, abandonando aquel extraño diálogo en el que a mí me usaban de intermediario.

—¿Hay alguna partida de cartas esta noche? —preguntó el virginiano.

—Póquer descubierto y tapado —le informó Steve—. Unos extranjeros están jugando.

—Creo que me apetece jugar un rato —dijo el sureño—. ¿Extranjeros, has dicho?

Y entonces, antes de salir de la tienda, se preparó para esa mano de póquer. Era una preparación simple. Desenfundó la pistola, la examinó, luego se la guardó entre los vaqueros y la camisa por la parte delantera y se puso el chaleco por encima. Podría perfectamente haber estado peinándose a juzgar por la atención que le prestaron el resto de los hombres, excepto yo. A continuación, los dos amigos salieron y me acordé de ese epíteto que Steve había usado de nuevo con el virginiano cuando le dio una palmada en el hombro. Sin duda alguna, este territorio salvaje hablaba una lengua que no era la mía... la palabra aquí era una expresión de cariño. Esa fue la conclusión a la que llegué.

Los comerciantes habían terminado de hacer sus negocios con el propietario y ahora chismorreaban apiñados junto a la puerta cuando salió el virginiano.

—¡Nos vemos luego, amigo mío! —Este era el comerciante norteamericano dirigiéndose a su futuro compañero de cama.

—Oh, sí —respondió el compañero de cama, y desapareció.

El comerciante norteamericano guiñó triunfalmente un ojo a sus compañeros.

—Es un buen tipo —comentó, señalando con el pulgar al virginiano—. Es pacífico. Solo tienes que conocerlo para hacerte con él. Eso es todo.

—¿Y qué quieres probar? —preguntó el comerciante alemán.

—Lo que quiero probar es... que no nos robará ninguna mercancía ni a ti ni a mí; pero hablará del remedio a cualquier tuberculoso con el que se tope. Todavía no he acabado con él. ¡Eh! —Ahora se dirigió al propietario—, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

—La mujer que lleva la cantina.

—Glen. Señora Glen.

—¿No es nueva?

—Lleva instalada aquí un mes aproximadamente. El marido es transportista.

—Ya decía yo que no la había visto antes. Es atractiva.

—¡Hum! Sí. La clase de atractivo que prefiero más en la mujer de otro hombre que en la mía.

—Así que es un poco ligera de cascos, ¿no?

—¡Hum! Vaya, no lo parece. Llegó aquí con esa reputación. Pero ha sido una decepción general.

—¿Entonces no le han faltado pretendientes?

—¿Que si le han faltado? ¿Es que no conoces a los vaqueros?

—¿Y ella los ha rechazado? ¿Tal vez le gusta su marido?

—¡Hum! Bueno, ¿cómo diablos saberlo con esa clase tan silenciosa de personas?

—Hablando de transportistas —comenzó el vendedor ambulante. Y escuchamos su anécdota. Divirtió a su audiencia, pero cuando se lanzó con fluidez a contar la

segunda, me fui. Este narrador no tenía el suficiente ingenio como para justificar su indecencia, y sentí vergüenza por haberme sorprendido riendo con él.

Abandoné su compañía mientras seguían compartiendo sus historias lascivas cada vez más subidas de tono y busqué el salón. Estaba en silencio y en paz. Vendían una cerveza que jamás había probado en cuartos de botella de un dólar, pero, salvo el precio, no le encontré ninguna pega. A través de unas puertas batientes pasé del espacio del bar propiamente dicho, con sus botellas y la cabeza de alce en la pared, a la sala con varias mesas. Vi a un hombre sacando cartas de una caja y frente a él, sentado a la mesa, había otro hombre colocando las fichas. Cerca había un segundo crupier sacando cartas de debajo de una baraja y frente a él un solemne anciano de campo apilaba y cambiaba monedas sobre las cartas que ya estaban expuestas.

Pero entonces escuché una voz que atrajo mi mirada al rincón más alejado de la sala.

—¿Por qué no te quedaste en Arizona?

Unas palabras aparentemente inofensivas ahora que las leo aquí escritas. Sin embargo, al oírlas, los ojos de los otros se dirigieron hacia aquel rincón. No escuché la respuesta que recibieron, ni tampoco vi quién había hablado. Luego se oyó otra afirmación.

—Bueno, Arizona no es un lugar para aficionados.

En esta ocasión, los dos crupieres que estaban cerca comenzaron a prestar atención al grupo sentado en el rincón. Me entraron ganas de abandonar el salón. Hasta el momento, las horas que había pasado en Medicine Bow habían parecido transcurrir bajo un rayo de sol jubiloso, de alegría relajada. Esta de repente había desaparecido, como el viento virando del norte en mitad de un día cálido. Pero me quedé, avergonzado de irme.

Cinco o seis jugadores estaban sentados en el rincón alrededor de una mesa redonda, donde había fichas apiladas. Los ojos estaban clavados en las cartas y uno parecía estar sacando una carta para cada uno de ellos, con pausas y apuestas entremedias. Steve estaba allí, y el virginiano; el resto eran caras nuevas.

—No es lugar para aficionados —repitió la voz, y ahora vi que era la voz del que repartía. Su rostro era igual de desabrido que sus palabras.

—¿Quién está hablando? —dijo uno de los hombres cerca de mí en voz baja.

—Trampas.

—¿Quién es?

—Un vaquero, un domador de potros salvajes, un fanfarrón, un cualquiera.

—¿A quién habla?

—Creo que está hablando con el tipo de pelo negro.

—No creo que sea muy seguro, ¿no?

—Supongo que lo descubriremos en los próximos minutos.

—¿Ha habido problemas entre ellos?

—No se conocían de antes. A Trampas no le gusta perder contra un desconocido.

—¿Y el tipo es de Arizona, dices?

—No. De Virginia. Acaba de regresar de darse una vuelta por Arizona. Viajó allí abajo el año pasado para cambiar de aires. Trabaja para el puesto de Sunk Creek.

Y, entonces, el que repartía cartas bajó la voz aún más y dijo algo al oído del otro hombre, haciéndole sonreír. Tras lo cual, ambos me miraron.

Se había hecho el silencio en el rincón, pero ahora el tal Trampas volvió a hablar.

—Y diez —dijo, deslizando algunas fichas delante de él. Resultaba muy extraño escucharle, la manera en la que se las ingeniaba para que aquellas palabras sonaran como una provocación personal. El virginiano miraba sus cartas. Podría haber pasado por sordo.

—Y veinte —dijo el siguiente jugador, relajadamente.

El siguiente tiró las cartas boca abajo.

Ahora le tocaba al virginiano apostar o abandonar la mano, pero se tomó su tiempo para hablar.

Por lo tanto, lo hizo Trampas.

—Tu apuesta, hijo de perra.

La pistola del virginiano apareció y la apoyó en la mesa, sujetándola con una mano pero sin apuntar. Y con una voz más suave que nunca, una voz que sonaba casi como una caricia, pero arrastrando las palabras un poco más de lo habitual, de manera que casi había una pausa entre ellas, comunicó sus órdenes al tal Trampas:

—Cuando me llames eso, ¡sonríe! —y miró a Trampas al otro lado de la mesa.

Sí, la voz era suave. Pero en mis oídos fue como si en algún lugar sonara un toque a muertos, y el silencio, como un mazazo, cayó sobre la sala. Todos los hombres presentes, como si estuvieran conectados por una corriente magnética, habían advertido la situación crítica. En mi ignorancia, y con la mente totalmente paralizada, me quedé inmóvil y advertí que varios hombres se agachaban o cambiaban de posición.

—Siéntate en silencio —dijo el crupier con desdén al hombre que estaba a mi lado—. ¡No ves que no quiere provocar problemas! Ha ofrecido a Trampas la elección de retractarse o sacar su arma.

Entonces, tan repentina y rápidamente, la sala salió de su estupor. Las voces y las cartas, el repiqueteo de las fichas, las volutas de humo de tabaco, las copas alzadas para beber... aquel nivel de cordial relajación dejaba entrever tan poco de lo que subyacía como la superficie del mar deja ver el fondo.

Porque Trampas había hecho una elección. Y esa elección no fue «sacar su arma». Si lo que buscaba era información, la había encontrado, ¡sin duda! No escuchamos ninguna otra alusión a lo que él había denominado como «aficionados». Bajo ningún concepto iba a consentir el hombre de pelo negro que había visitado Arizona que lo tildaran en público de novato en el frío arte de la supervivencia.

Pero quedó una duda en el aire: ¿qué clase de hombre era Trampas? Una retirada en público siempre es un asunto inconcluso... al menos, para algunas personas. Le

miré a la cara y tenía una expresión de resentimiento, más traicionera que valiente.

Algo se había sumado también a mis conocimientos. Había escuchado de nuevo aquel epíteto dirigido al virginiano que Steve empleaba tan despreocupadamente. Las mismas palabras, idénticas hasta la última letra. Pero, en esta ocasión, habían provocado la aparición de una pistola. «Cuando me llames eso, ¡sonríe!». Y así, percibí un nuevo ejemplo de una vieja verdad: que las palabras no significan nada hasta que el espíritu les insufla vida.

III

STEVE PAGA

Tardé varios minutos, supongo, en extraer estas silenciosas conclusiones. Nadie se ocupaba de mí. Las voces bajas, los juegos de azar y los vasos alzados para beber continuaron siendo la pacífica atmósfera de la noche. Y mis pensamientos se vieron interrumpidos por la voz del crupier que ya había hablado tan sabiamente. Él también se tomó su tiempo en sacar una moraleja.

—¿Qué le dije? —comentó al hombre para el que seguía repartiendo, y que seguía perdiendo dinero.

—¿Cuándo?

—¿No le dije que no dispararía? —El crupier continuó complacido—. Usted se había colocado en posición para esquivar las balas. Pero no era necesario preocuparse. Él no es de esa clase de hombres a los que uno debe temer.

El jugador miró dubitativo al virginiano.

—Bueno —dijo—, no sé lo que aquí consideráis un hombre peligroso.

—¡Desde luego, él no! —exclamó el crupier con admiración—. Él es un valiente. Eso es distinto.

El jugador pareció entenderle incluso menos que yo.

—No son los hombres valientes los peligrosos —continuó el crupier—. Son los cobardes los que me dan miedo. —Hizo una pausa para que su afirmación calase en su interlocutor—. Un tipo vino aquí el pasado martes —continuó—. Hubo un malentendido sobre las bebidas. Bueno, señor, antes de que pudiéramos cargarnoslo hirió a dos espectadores inocentes. Y tenían lo mismo que ver con el asunto que usted —me explicó el crupier.

—¿Resultaron heridos de gravedad? —pregunté.

—Uno de ellos sí. Ya ha muerto.

—¿Qué le ocurrió al hombre?

—Vaya, nos lo cargamos, ya le dije. Murió esa noche. Pero no había necesidad, y por eso no me gusta estar cerca de un cobarde. Nunca se sabe. Siempre puede ponerse a disparar antes de que sea necesario y no hay certeza de a quién puede herir. Pero un hombre como el del pelo negro (el crupier señaló al virginiano) jamás debe preocuparle. Y existe otra razón por la cual no debe preocuparse por él: *¡en el momento que se preocupe ya será demasiado tarde!*

Estas sabias palabras remataron la perorata del crupier. Nos había prestado una mínima parte de su mente. Y ahora puso toda su atención en repartir cartas. Yo vagué de un lado a otro, ni invitado ni rechazado de momento, observando jugar a los vaqueros. A excepción de Trampas, no había ningún rostro entre ellos que no tuviera algún rasgo agradable. Ahí estaban, lozanos jinetes curtidos por el calor del sol y la humedad de la tormenta, para distraerse un rato. Recordé los salones de la gran

ciudad e inmediatamente preferí aquel lugar de las Montañas Rocosas. Sin duda, se veía allí más muerte pero menos vicio que en los locales equivalentes de Nueva York. Y la muerte es algo mucho más limpio que el vicio. Además, sin duda no era vicio lo que llevaban escrito aquellos rostros salvajes y viriles. Incluso cuando la bajeza asomaba, no era lo que más resaltaba en ellos. Riesgo, risas y capacidad de aguante; esto era lo que veía en los semblantes de aquellos vaqueros. Y este primer encuentro me marcó. Algo en ellos, y en el recuerdo de ellos, golpeaba mi corazón norteamericano y nunca lo he olvidado, ni jamás lo olvidaré mientras viva. Bajo sus pieles nuestras pasiones naturales corrían embravecidas, pero con frecuencia en sus almas existía oculta una verdadera nobleza, y bajo su inesperado brillo sus figuras adquirirían una altura heroica.

El crupier se había referido al virginiano como «un tipo de pelo negro». Desde luego no era una mala descripción, aunque no muy halagüeña. El hombre de confianza del juez Henry, con el que iba a viajar doscientas sesenta y tres millas, sin duda tenía una mata de pelo muy negro. Ahora era lo primero que uno advertía si echaba una vista general a la mesa donde jugaba a las cartas. Pero la mirada regresaba a él... atraída por ese algo inexplicable que había hecho que el crupier hablara sobre él largo y tendido.

Pero «el tipo de pelo negro» era una buena descripción del virginiano y su siguiente actuación. Había planeado esto como un verdadero y —debo decir— ingenioso demonio. Y, ahora, la agradecida ciudad de Medicine Bow iba a disfrutar de una muestra de su ingenio.

Allí permaneció sentado jugando al póquer descubierto. Tras un periodo razonable perdiendo y ganando, lo cual proporcionó a Trampas el tiempo necesario para un cambio de suerte que le permitió recuperar su fortuna, miró a Steve y dijo cordialmente:

—¿Qué te parece si vamos a dormir?

Yo estaba junto a la mesa, aprendiendo poco a poco que el póquer descubierto tenía algo más de, digamos, «pimienta roja» que nuestro juego allá en el Este. El virginiano se respondió a sí mismo:

—La cama me llama.

Steve fingió indiferencia. Estaba bastante más atento a la apuesta y al vendedor norteamericano que al juego; pero decidió sacar un grueso y florido reloj de oro, consultarlo con exagerada atención y replicar:

—Solo son las once.

—Te olvidas de que soy de campo —dijo el hombre de cabello negro—. Los pollos llevan durmiendo un buen rato.

Su alegre acento sureño volvía a sonar con fuerza. En ese breve intercambio con Trampas había desaparecido casi por completo. Pero los diferentes estados de ánimo provocan diferentes cualidades en la pronunciación... cuando uno las adopta de forma natural. El virginiano cobró sus fichas.

—No hace mucho —dijo Steve—, habrías jugado hasta ganar el salario de tres meses.

—Me voy con veinte dólares a mi favor —dijo el virginiano—. Es mejor que una pierna rota.

De nuevo, de una manera tácita y silenciosa, la mayoría de los reunidos en el salón habían percibido que algo estaba a punto de ocurrir. Algunos abandonaron sus juegos y se acercaron a la barra.

—Si todavía no está acostado... —reflexionaba el virginiano.

—Lo averiguaré —dije y salí corriendo hacia el dormitorio en penumbra, feliz de formar parte del asunto.

Estaban todos acostados y en algunas camas había dos hombres durmiendo. Lo cual era habitual... pero en aquellos tiempos yo era más escrupuloso. El norteamericano había entrado en el cuarto hacía poco y todavía estaba despierto.

—Pensé que usted dormía en la tienda —dijo.

Me inventé una pequeña mentira y le expliqué que buscaba al virginiano.

—Será mejor que busques en algún antro —dijo—. Estos vaqueros no vienen a la ciudad con mucha frecuencia.

Entonces me tropecé con algo y me golpeé con fuerza.

—Es mi caja de remedios contra la tuberculosis —explicó el vendedor—. Bueno, supongo que ese hombre pasará fuera toda la noche.

—¿Es estrecha la cama? —pregunté.

—Para dos personas, lo es. Y las almohadas son muy finas. Hacen falta dos para sentir algo debajo de la cabeza.

El hombre bostezó y le deseé felices sueños.

Tras informarle, el virginiano dejó el bar inmediatamente y se dirigió al dormitorio. Steve y yo le seguimos sigilosos y detrás de ellos otros hombres nos seguían expectantes en fila india. «¿Qué va a ocurrir?», se preguntaban con curiosidad unos a otros. Y al enterarse de la gran novedad se apiñaban en silencio junto a la puerta por la que había entrado el virginiano.

Escuchamos la voz del comerciante, advirtiendo a su compañero de cama.

—Cuidado, no se tropiece con el Remedio —decía—. El Príncipe de Gales acaba de golpear la espinilla justo ahora.

Por lo visto, mis ropas inglesas me habían hecho merecedor de ese título.

Las botas del virginiano fueron lo siguiente que se escuchó caer.

—¿Puede ver qué está haciendo? —susurró Steve.

Claramente, se estaba desvistiendo. El crujido al desabotonarse la ropa nos indicó que el tipo de pelo negro ahora debía de estar quitándose los vaqueros.

—Vaya, gracias, no —contestó a una pregunta del vendedor—. Fuera o dentro, me da igual.

—Entonces, si no le importa quedarse en la pared...

—Vaya, claro.

Se escuchó el sonido de las sábanas crujiendo.

—Esta almohada necesita un clima sureño —fue el siguiente comentario del virginiano.

Ahora ya se había congregado mucho público junto a la puerta. El crupier y el jugador también estaban allí. El tendero estaba presente y reconocí al agente del Ferrocarril de Union Pacific entre la muchedumbre. Formábamos un grupo nutrido y sentí esa sensación vibrante habitual cuando una cámara está a punto de fotografiar a un grupo.

—Estoy seguro —dijo entonces el vendedor— de que podría notar el cuchillo y la pistola a través de esa almohada.

—Y los noto —respondió el virginiano.

—Creo que sería mejor que los dejara sobre una silla para estar más cómodo.

—Entonces, estaría incómodo.

—Está habituado a sentirlos cerca, ¿no?

—Eso es. Estoy acostumbrado a sentirlos cerca. Los echaría de menos y eso me desvelaría.

—Bien. Buenas noches.

—Buenas noches. Si me pongo a hablar o a revolverme o lo que sea, entenderá que debe...

—Sí, le despertaré.

—¡No, no lo haga, por Dios Bendito!

—¿No?

—No me toque.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ruede rápidamente hacia su lado. Solo durará un minuto.

El virginiano habló arrastrando las palabras y con tono tranquilizador. Tras lo cual, se produjo un breve silencio y entonces escuché que el vendedor se aclaraba la garganta una o dos veces.

—Simplemente pesadillas, supongo —dijo tras el carraspeo.

—Por Dios, sí. Solo eso. Y me ocurre menos de dos veces al año. ¿Pensaba que se trataba de ataques?

—¡Oh, no! Solo quería saberlo. Me dijeron en una ocasión que no era seguro despertar bruscamente a una persona de una pesadilla.

—Sí, yo también lo he oído. Pero nunca me causa ningún daño. Solo quiero que usted no corra riesgos.

—¿Yo?

—Oh, no pasará nada ahora que ya lo sabe —farfulló lentamente el virginiano, lleno de confianza.

Se hizo una segunda pausa, tras la cual el vendedor dijo:

—Dígame otra vez cómo es.

El virginiano le respondió somnoliento.

—Oh, solo asegúrese de no tocarme el brazo o la pierna cuando me ponga a dar saltos. Estoy soñando con indios cuando hago eso. Y si algo me toca, entonces tiendo a echar mano del cuchillo en sueños.

—Oh, entiendo —dijo el comerciante, aclarándose la garganta—. Sí.

Steve estaba susurrando juramentos asombrados para sus adentros y, en su júbilo, se refería al virginiano con un apelativo irreproducible tras otro.

Volvimos a prestar atención, pero no se escucharon más palabras. Aguzando mucho el oído, pude oír a medias una respiración pesada y percibí claramente un movimiento constante de inquietud. Era el desdichado comerciante. Estaba a la espera. Pero no esperó mucho más tiempo. De nuevo, se escuchó un leve crujido y tras él unos pasos ligeros. Ni siquiera se atrevió a ponerse las botas en la letal cercanía del soñador. En un feliz arranque de ingenio las gentes de Medicine Bow se colocaron en dos hileras, formando una avenida desde la puerta. Y luego el comerciante se olvidó de su Remedio contra la Tuberculosis. Se tropezó con él y cayó pesadamente.

De inmediato, el virginiano dejó escapar un terrible aullido desde la cama.

Y, entonces, todo ocurrió a un mismo tiempo; ¿cómo narrarlo solo con palabras? La puerta se abrió de par en par y el comerciante salió huyendo en calcetines. Con una mano sujetaba su abrigo y sus pantalones con tirantes colgando hechos una madeja y con la otra agarraba un par de botas. Al vernos, paró su carrera en seco. Mientras nos miraba, se le cayeron las botas de la mano y, tras su estallido de blasfemias y maldiciones, las gentes de Medicine Bow comenzaron a emitir al unísono un sonido sobrenatural y se pusieron a bailar a la rueda de Virginia con él^[1]. Los otros ocupantes de las camas ya habían saltado de estas, ataviados principalmente con sus pistolas y preparados para la guerra.

—¿Qué ocurre? —preguntaron—. ¿Qué ocurre?

—Vaya, supongo que las bebidas van a cuenta de Steve —dijo el virginiano desde su cama. Y luego ofreció la primera sonrisa amplia que vi en su rostro.

—¡Les daré de beber toda la noche! —gritó Steve, mientras la rueda continuaba haciendo caso omiso. El vendedor se desgañitaba para que le dejaran al menos ponerse las botas. «Por aquí, compañero», era la respuesta, y otro hombre lo hacía girar. «¡Por aquí, venga!», le llamaban. «¡Por aquí, amigo!», y así se lo pasaban como una pelota a lo largo de las hileras. De repente, los líderes entraron en tromba en el dormitorio. «¡Alimentad la máquina!», decían. «¡Alimentadla!». Y, tras atrapar al vendedor alemán que vendía joyería, lo lanzaron al centro de la rueda. Lo vi alejarse saltando como una mazorca a punto de ser deshojada y la danza lo engulló. Vi a uno de los judíos empujado tras él y a continuación metieron en el baile al empleado del ferrocarril y al otro judío y, mientras yo miraba hechizado la escena, mis propios pies se despegaron del suelo. Salí disparado de la habitación como un tapón dando vueltas hacia aquel torbellino, girando tras los demás entre gritos de «¡Aquí llega el Príncipe de Gales!». Pronto quedó poco de la elegancia inglesa en mi vestimenta.

Ahora gritaban pidiendo música. Medicine Bow al completo avanzó como una nube de polvo hasta un salón donde estaba tocando un violinista y, al reunirse violinista y bailarines, salieron en tromba otra vez, un Medicine Bow más grande, creciendo todo el tiempo. Steve nos ofreció barra libre, a todo el mundo. Nos imploró que le pidiéramos cualquier cosa que nos apeteciera y tantas veces como nos apeteciera. Ordenó que se inspeccionara la ciudad en busca de más ciudadanos para que acudieran y le ayudaran a pagar la apuesta. Pero, tras cambiar de idea, cargamos con barriles y botellas. Habíamos encontrado a tres violinistas y estos ahora tocaban afanosamente para nosotros y, así, nos dispusimos a visitar todas las cabañas y casas donde milagrosamente pudiera haber gente todavía durmiendo. El primer hombre asomó la cabeza con la intención de declinar la invitación. Pero tal eventualidad había sido prevista por el propietario de la tienda. El aparentemente respetable tendero llegó arrastrando alguna clase de aparato de su casa, ayudado por el virginiano. Los vaqueros les vitorearon, porque sabían de qué se trataba. El hombre asomado a la ventana también lo reconoció y, tras dejar escapar un gruñido, salió inmediatamente y se unió a nosotros. En unos pocos minutos averigüé de qué se trataba. Encontramos una casa cuyos habitantes no respondían ni a nuestros violines ni a nuestras llamadas a la puerta. Entonces prepararon la máquina infernal para usarla. Sus componentes parecían ser un simple barril vacío y un tablón. Algún ciudadano me comentó que pronto cambiaría mi idea de lo que era el ruido y me preparé para escuchar un verdadero estruendo parecido a un estallido de pólvora. Pero el virginiano y el propietario se sentaron en el suelo sujetando el barril por cada extremo y otros dos pusieron encima el tablón, aparentemente para jugar a hacer equilibrios sobre el barril. Pero el barril y el tablón habían sido recubiertos con resina y los hombres frotaron el tablón contra el barril. ¿Conocen el ruido que produce un carromato cargado de barras de hierro en un callejón estrecho? Ese ruido es una nana en comparación con el asombroso y atroz mugido producido por el barril. Si a uno se le ocurriera tocarlo en su ciudad natal, simplemente le arrestarían, le ahorcarían, todos se alegrarían y el cura se negaría a enterrarle. Mi cabeza, mis dientes, toda mi estructura ósea se sacudía y castañeteaba con el estruendo. Finalmente, de la casa, como lágrimas exprimidas de un limón, salieron un hombre y su mujer. No les dieron tiempo. Los arrastraron con los demás y, tras haber sido arrancados de su propio lecho, ahora asaltaban con más empeño el resto de los hogares de Medicine Bow. Todo el mundo debía salir. Muchos cabalgaban al galope hacia las llanuras y de regreso, mientras la procesión del tablón y el barril continuaba su trayectoria y los violinistas tocaban sin parar.

De repente, se hizo el silencio. No vi quién trajo el mensaje, pero se corrió la voz de que había una mujer —la esposa del ingeniero, que vivía allá abajo junto al depósito de agua— muy enferma. El médico había venido a examinarla desde Laramie. A todo el mundo le gustaba el ingeniero. El chirrido del tablón y el barril paró por completo. Los jinetes contuvieron sus cabriolas cuando se enteraron.

Medicine Bow, poco a poco, fue retirándose a su hogar. Vi las puertas cerrándose y las luces apagándose; vi a unos cuantos noctámbulos reunirse de nuevo alrededor de las mesas de cartas y los vendedores se agruparon para ir a dormir; el propietario de la tienda (no había por allí una persona de aspecto más respetable) esperaba que yo estuviera cómodo sobre los edredones y escuché a Steve azuzando al virginiano para que se tomara una copa más.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo.

Pero el virginiano, el tipo de pelo negro que había iniciado toda aquella locura, le dijo que no a Steve.

—Tengo que ser responsable —fue la excusa que dio a su amigo. Y el amigo me miró. Por lo tanto, supuse que el hombre de confianza del juez me consideraba un obstáculo para su diversión. Pero, si era así, jamás me lo hizo notar. Había sido enviado para recoger a un forastero y conducirlo sano y salvo a Sunk Creek, y no iba a permitir que ninguna tentación pusiera en peligro aquel encargo. Asintió hacia mí deseándome buenas noches.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, dígamelo.

Se lo agradecí.

—¡Qué velada más agradable! —añadí.

—Me alegra que le haya gustado.

De nuevo, sus frías maneras levantaron una barrera a mi acercamiento. A pesar de que lo había visto retozar como un salvaje, esas eran cuestiones que él había decidido no compartir conmigo.

En Medicine Bow reinaba el silencio cuando me dirigí a mi lecho, tanto que en el aire llegaban los profundos silbidos de los trenes de mercancía de más allá del horizonte, a través de muchas millas de silencio. Pasé junto a vaqueros, a los que hacía media hora había visto brincando y rugiendo y que ahora se enrollaban en sus mantas al raso bajo la noche brillante.

—¿En qué mundo estoy? —dije en voz alta—. ¿Tiene este planeta una Quinta Avenida?

Y me fui a dormir, meditando sobre mi tierra natal.

IV

EN PLENO TERRITORIO GANADERO

La mañana era un hervidero desde hacía un buen rato antes de que me levantara del lecho de edredones. El nuevo día y sus tareas se desplegaban a mi alrededor, principalmente en el mostrador de alimentos. Los artículos de confección no eran muy solicitados. Los vaqueros mañaneros ya habían retomado sus tareas y aquellos a quienes la fiesta nocturna había dejado algún dólar lo gastaban ahora en tabaco, cartuchos o provisiones enlatadas para el viaje a sus lejanos campamentos. Las sardinas eran necesarias, como el fiambre de pollo y el lomo adobado: un alimento sofisticado, a primera vista, para estos hijos de la artemisa. Pero la comida transportable ya preparada juega por necesidad un papel importante en la conquista de un nuevo territorio. Estos tarros y latas para los desplazamientos fue el primero de los triunfos que la Civilización instauró en la tierra virgen de Wyoming. Ahora el vaquero ha desaparecido en mundos invisibles; el viento se ha llevado volando las blancas cenizas de sus hogueras, pero la lata de sardinas vacía sigue oxidada sobre la superficie del territorio del Oeste.

Así que, con los ojos medio cerrados, observé la venta de esas latas y empecé a familiarizarme con la inevitable marca de jamón... la de la etiqueta con el demonio de cuernos, pezuñas y cola desproporcionados, todo ello coloreado de rojo chillón. Cuando cada jinete acababa la compra, se oía a continuación el repiqueteo de las espuelas en el suelo, y el sonido de los cascos del caballo era lo último que se escuchaba de él. A través de mi amodorrada atención me llegaron varios fragmentos de conversaciones y, en ocasiones, algunas informaciones útiles. Por ejemplo, averigüé cuál era el verdadero valor de los tomates en aquel territorio. Un tipo estaba comprando dos latas de estos.

—¿Y el Meadow Creek ya se ha secado? —preguntó el tendero.

—Lleva seco diez días —le informó el joven vaquero.

Al parecer, por el camino que iba a tomar no tendría acceso al agua antes del ocaso, pues ya no corría agua por el cauce del Meadow Creek. Los tomates que se llevaba eran para saciar la sed. Desde entonces, los tomates enlatados me han refrescado muchas veces.

—¿Cerveza? —sugirió el propietario.

El chico hizo una mueca, estremeciéndose.

—¡No pronuncies esa palabra delante de mí! —exclamó—. O no voy a ser capaz de retener el desayuno en el estómago. —Dejó caer unas monedas de plata sobre el mostrador—. He jurado que no voy a volver a probarla en tres meses —afirmó—. ¡Voy a estar más sano que una manzana!

Y se marchó repiqueteando las espuelas, dispuesto a cabalgar setenta y cinco millas. Tres meses más de duro trabajo a merced de las inclemencias del tiempo y

volvería a cabalgar a la ciudad con su sangre adolescente aullando por algo de diversión.

—Muchas gracias —dijo otra voz, despertándome de una nueva cabezada—. Se encuentra mejor esta mañana, desde que tomó la medicina.

Era el ingeniero, cuya esposa enferma redujo al silencio el alboroto de los disturbios.

—Le daré esas flores en cuanto se despierte —añadió.

—¿Flores? —preguntó el propietario.

—¿No dejó usted ese ramo en nuestra puerta?

—Ojalá se me hubiera ocurrido.

—A ella le gustan las flores —dijo el ingeniero. Y salió del comercio lentamente, tras ver frustrado su intento de dar las gracias. Regresó poco después con el virginiano, porque en la cinta del sombrero de este había dos o tres flores.

—No es necesario que me lo agradezca —decía el sureño, avergonzado ante cualquier manifestación de agradecimiento—. Si lo hubiéramos sabido ayer noche...

—No la molestaron en absoluto —le interrumpió el ingeniero—. Se encuentra mejor esta mañana. Le contaré lo de las flores.

—Vaya, no hace falta que se lo mencione —volvió a protestar el virginiano, casi enfadado—. Las florecillas parecían frescas y arranqué unas cuantas. —Ahora su mirada se posó en mí, que estaba echado sobre el mostrador—. Me imagino que ya van a dar el desayuno.

No tardé en llegar al lavadero. Solo eran las seis y media, pero muchos otros ya habían estado allí... una mirada al toallero me lo confirmó. No me atreví a pedir a la casera que trajera otra toalla; busqué un pañuelo limpio y me dispuse a lavarme superficialmente. Mientras tanto, los vendedores se unieron a mí, uno tras otro, y todos usaron la toalla sucia sin dudarle ni un segundo. En cierta manera, me superaban; la suciedad no les importaba.

Fuimos los últimos en levantarnos en Medicine Bow y nos sentamos juntos a la mesa del desayuno. Los vendedores se tomaron cierta confianza cordial con la casera, pero sus intentos fracasaron. Los ojos de la mujer no los veían, y sus oídos tampoco los oían. Sacó el café y el beicon con una calma que ni el mayor de los decoros podría haber superado. Sin embargo, la falta de decoro la acechaba ruidosamente por todas partes. No se habría podido señalar en qué detalles concretos, pero esta serenidad se entremezclaba con toda su persona. El silencio era aparentemente su costumbre y su arma, pero el vendedor norteamericano descubrió que era capaz de hablar cuando era necesario. Durante la comida, él había estado alabando su cabello dorado. En efecto, era dorado y merecedor de un cumplido; pero los hombres de su clase disgustaban a la mujer y lo dejó pasar con una mirada fría. Al marcharse, el hombre se acercó para pagarle la comida y fue demasiado lejos.

—Una pena que sea esta la última vez que nos veamos —dijo, y como la mujer no respondió, continuó—: ¿Ha viajado alguna vez? —preguntó—. Donde voy, hay

suficiente espacio para dos.

—Entonces será mejor que se busque a otro zopenco —respondió ella en voz baja.

En ese momento me alegré de no haberle pedido una toalla limpia.

Después me separé de los comerciantes y paseé a solas disfrutando del plácido silencio. Eran las siete en punto. Medicine Bow se erguía muda y despoblada. Los habitantes estaban en las casas, ocupados con las tareas o el descanso de la mañana. No se advertía ningún movimiento. Ni una concha entre arenas secas podría yacer más inanimada que Medicine Bow. Miré en el interior de la tienda y vi que el propietario estaba sentado con la pipa apagada. Asomé la cabeza en el salón y vi al crupier repartiéndose cartas a sí mismo en silencio. Arriba en el cielo no había nubes ni pájaros, y sobre la tierra hasta la más ligera brizna de hierba permanecía inmóvil. Vi en alguna ocasión al virginiano junto a la puerta abierta, donde la casera de cabello dorado hablaba con él. A veces paseaba por la ciudad, y a veces por la llanura, donde me echaba y soñaba despierto entre la artemisa. Había pálidas manadas de berrendos en la distancia, y más cerca los tímidos perros de las praderas se erguían y me examinaban. Steve, Trampas, la algarabía de los jinetes, mi equipaje extraviado, tío Hughey y sus esposas fallidas... todo se mezcló en mi mente en una enorme y deliciosa uniformidad. Era como nadar lentamente sin rumbo en un océano sedoso ni demasiado frío ni demasiado caliente. Y antes de que me diera cuenta, habían transcurrido cinco horas. Allí estaba el tren de Union Pacific como si arribara de orillas olvidadas.

Su llegada fue silenciosa e interminable. No me costó llegar a la ciudad y al andén antes de que hubieran acabado de llenar de agua el tanque. Se aproximó a la estación, hizo una corta parada, vi que mi equipaje salía de él y luego se alejó en silencio, tal como había venido, humeando y perdiéndose en la ignota lejanía.

Junto a mi equipaje había otro, con un extravagante lazo blanco. El ondeante lazo captó mi atención y entonces, de repente, vi algo inesperado. El virginiano estaba un poco más allá en el andén, doblado por la risa. Era bueno saber que, con un motivo suficiente, aquel hombre era capaz de reír de aquella manera; una sonrisa había sido hasta el momento el máximo de su expresión de alegría. Entonces un puñado de arroz voló por encima de mi sombrero y más ráfagas silbantes de arroz se derramaron por el andén. Todos los hombres que quedaban en Medicine Bow aparecieron por arte de magia y el cielo se llenó de más arroz. A través del barullo general, una voz cascada dijo:

—¡No se lo lancéis a ella, chicos!

Y tío Hughey pasó a toda velocidad junto a mí agarrado del brazo de una esposa de verdad. La joven podría perfectamente haber sido su nieta. Entraron de inmediato en una carroza. Colocaron el equipaje en el portamaletas trasero. Y entre vítores, arroz, zapatos y felicitaciones por doquier, la pareja se alejó de la ciudad; tío Hughey aullando a los caballos y la esposa despidiéndose con la mano sin inmutarse.

La noticia llegó por cable desde Laramie: «Tío Hughey lo ha logrado en esta ocasión. Esperen su llegada en el primer tren del día». Y Medicine Bow lo había esperado.

Muchas palabras se dijeron tras la marcha de la pareja de recién casados.

—¿Quién es ella?

—¿Qué le puede ofrecer él?

—Le puede ofrecer una mina de oro en Bear Creek.

Y tras comentarios y profecías, las gentes de Medicine Bow regresaron a comer.

Esta fue mi última comida allí durante un largo periodo de tiempo. El virginiano asumió de nuevo sus responsabilidades; su sentido del deber hizo que el hombre de confianza del juez volviera a hacerse cargo de mí. No había buscado mi compañía en ningún momento; el desagrado que sentía por lo que suponía que yo representaba — no sé exactamente qué— seguía intacto. He llegado a la conclusión de que ni la indumentaria ni la forma de hablar debieran de provocar tanta desconfianza en nuestra democracia; a los ladrones se les presupone inocentes hasta que se prueba que son culpables, pero un cuello de camisa almidonado es condenado de inmediato. Del virginiano sin duda recibí una perfecta cortesía y todo tipo de atenciones, pero ni una sola palabra de simpatía. Puso los arreos a los caballos, cogió mi equipaje y me dio algunos consejos acerca de llevar algunas provisiones para nuestro viaje, algo más apetecible que el tipo de alimento que encontraríamos por el camino. Era una idea excelente y compré un paquete grande de exquisiteces, temiendo que él las despreciara tanto como a mí. Así pues, tomé asiento junto a él, preguntándome sobre lo que podríamos hablar a lo largo de doscientas sesenta y tres millas.

En aquellos tiempos, jamás se usaba la palabra «adiós» en el Territorio Ganadero. Los conocidos contemplaron nuestra marcha con un movimiento de cabeza o sin hacer aprecio, y lo más parecido a un «adiós» que recibimos fue el «hasta luego» del propietario de la tienda. Sin embargo, capté un adiós sin palabras.

Mientras pasábamos frente a la casa de comidas, se descorrieron las cortinas de una de las ventanas laterales y la casera lanzó una última mirada al virginiano. Tenía los labios levemente abiertos y nunca los ojos de una mujer dijeron más a las claras: «Yo soy una de tus posesiones». Parecía haberse olvidado de que podían verla. En ese momento su mirada se cruzó con la mía y retrocedió escondiéndose en la penumbra de la habitación. No vi la mirada que ella pudo recibir de él, si es que él le ofreció alguna en ese momento demasiado público. El sureño parecía tener la mirada puesta en los caballos y continuó conduciendo el carro con la misma diestra tranquilidad con la que enlazó al poni salvaje el día anterior. Pasamos junto a los terraplenes de Medicine Bow... montones e hileras de latas y montículos escalonados de botellas al este de los salones. El sol se reflejaba en ellos en cientos de puntos brillantes. Y en un segundo nos encontramos en la llanura abierta, con los perros de las praderas y las pálidas manadas de berrendos. El ancho y apacible aire nos bañaba, puro como el agua y fuerte como el vino; la luz del sol inundaba el mundo y, brillando sobre el

pecho de la camisa de franela del virginiano, ¡colgaba un largo y dorado mechón de pelo! El ruidoso vendedor norteamericano había cosechado una derrota, pero este silencioso trabajador independiente había logrado fácilmente la victoria.

Debieron de transcurrir cinco millas de viaje en silencio, perdiendo y recuperando el horizonte entre las incesantes ondulaciones del terreno. Luego eché la vista atrás y contemplé Medicine Bow, aparentemente a tan solo un tiro de piedra a nuestras espaldas. Pasó media hora antes de que volviera a mirar hacia atrás, y allí seguía impertérrita Medicine Bow. Una o dos tallas menos, de acuerdo, pero visible hasta en el más mínimo detalle, como si la viera a través del extremo equivocado de un catalejo. El expreso hacia el Este llegaba a la ciudad y advertí el hilo de vapor blanco saliendo del silbato; pero cuando el sonido nos llegó, el tren ya casi había parado. Y en respuesta a mi comentario sobre este hecho, el virginiano se dignó a responder que aún era peor en Arizona.

—Un hombre vino a Arizona —dijo— con uno de esos telescopios para examinar los cuerpos celestes. Era un yanqui, sí, un tipo muy listo. Una noche se puso a buscar una lluvia de estrellas que decía que debía caer, y entonces vi que unas luces se movían por la mesa a mucha velocidad y le avisé. Pero me dijo que solo era el tren. Le dije que no sabía que se pudieran ver las estrellas tan claramente desde el lugar donde estaba situado. «Las puedes ver», me dijo, «pero son las estrellas de la noche anterior las que estás viendo ahora».

Entonces, el virginiano reprendió severamente a uno de los caballos.

—Por supuesto —me explicó entonces—, ese yanqui no quería decir exactamente lo que dijo—... ¡Eh, Buck! —volvió a reprender de repente al caballo—. Pero Arizona, sí —continuó—, sin duda, tiene un cielo engañoso. Otro hombre me dijo que había visto cómo le guiñaba el ojo una dama que se encontraba a dos minutos de distancia a la carrera.

En esta ocasión, el virginiano fustigó a Buck.

—¿Y qué efecto —pregunté con la misma seriedad que la suya— produce este extraordinario fenómeno visual de escorzo en un cuarto de whisky?

—Si no lo tienes dentro del buche, señor, ninguna distancia es demasiada para correr a por él.

Me lanzó una mirada que contenía más confianza de la que me había mostrado hasta el momento. Había logrado avanzar un paso para ganarme su aprobación. Pero todavía tenía muchos más que dar. Aquel día, él prefirió sus propios pensamientos a mi conversación, y lo mismo ocurrió todos los días de este primer viaje; aunque yo habría preferido mucho más su conversación a mis pensamientos. Obvió mis intentos por abordar el tema de tío Hughey, así que no tuve el suficiente coraje para tratar el tema de Trampas y ese breve y frío enfrentamiento que podría haber acabado con un muerto. ¡Trampas! Lo había olvidado por completo hasta este silencioso viaje que ahora comenzaba. Me pregunté si lo volvería a ver, o a Steve, o a cualquiera de aquellas otras personas. Y expresé esta duda en voz alta.

—En este territorio es imposible saberlo —respondió el virginiano—. La gente va y viene constantemente. En lugares ya establecidos, como en los Estados, incluso un hombre pobre posee una casa. Da igual si es solo un barril en un descampado, el tipo seguirá frecuentando ese descampado, y si quieres verle siempre puedes encontrarle. Pero aquí fuera, en los campos de artemisa, el hogar de un hombre puede ser la manta de su silla de montar. En cuanto te das la vuelta, ya se ha largado a Texas.

—Usted mismo ha viajado bastante —sugerí.

Estas palabras le devolvieron a su mutismo habitual.

—He echado un vistazo al territorio —fue todo lo que dijo, y volvimos a quedarnos en silencio.

Sin embargo, permítanme que les diga, llegados a este punto, que partió para «echar un vistazo al territorio» cuando contaba catorce años de edad, y que a sus veinticuatro años había visto Arkansas, Texas, Nuevo México, Arizona, California, Oregón, Idaho, Montana y Wyoming. En todas partes supo cuidarse de sí mismo y sobrevivió, y en su corazón no se había avivado aún ningún ansia por poseer un hogar. Permítanme también decirles que era uno de los miles que vagaban sin rumbo y vivían de esta manera nómada, pero era más hombre que muchos de sus hermanos nómadas.

Medicine Bow no permaneció eternamente visible. Cuando volví a pensar en ella y eché la vista atrás, ya no había nada allí a excepción del camino que habíamos recorrido; este se extendía como la estela de un barco a través del enorme oleaje de la tierra. Habíamos sido engullidos por una vasta soledad. Un poco antes del ocaso, apareció una cabaña y pasamos nuestra primera noche en ella. Allí vivían dos hombres jóvenes que cuidaban ganado. Les gustaban los animales. Junto al establo, un coyote encadenado corría nerviosamente en círculos o se sentaba sobre las patas traseras y mordisqueaba de mala gana restos de comida. Un alce joven domesticado entraba y salía por la puerta de la cabaña y durante la cena intentó empujarme de mi asiento. Un carnero de las Rocosas medio domado practicaba el salto desde el suelo al tejado. Las paredes de la cabaña estaban cubiertas de carteles de circo, y pieles de oso y zorro plateado cubrían el suelo. Hasta las nueve en punto, el virginiano estuvo hablando con uno de los hombres mientras el otro tocaba alegremente un acordeón. Luego nos fuimos todos a dormir. El aire era frío como el de diciembre, pero bajo las sábanas y una piel de búfalo me mantuve caliente y disfruté del silencio de las Montañas Rocosas. Cuando fui a lavarme antes del desayuno, encontré carámbanos de hielo en un balde. En este paraje salvaje, vasto y espléndido —sin una sola cumbre a la vista desde allí— era fácil olvidar que en realidad se encontraba a seis mil pies de altura. Cuando acabamos de desayunar, ya no quedaba ni rastro del mes de diciembre, y cuando el virginiano y yo hubimos avanzado diez millas de nuestro camino hacía un calor de junio. Pero siempre, cada vez que respiraba, el aire era puro como el agua y fuerte como el vino.

No nos cruzamos con ningún ser humano ese día. Algunas cabezas de ganado

salvaje pasaron corriendo junto a nosotros y se alejaron; unos berrendos nos observaron desde una distancia de cien yardas; algunos coyotes corrieron escondidos tras los arbustos de artemisa para vigilarnos desde una colina; durante el almuerzo, matamos una serpiente cascabel y cazamos unos cuantos urogallos, muy buenos para la cena, asados en la hoguera de nuestro campamento.

A las ocho y media ya estábamos durmiendo bajo las estrellas, y a las cuatro y media estaba bebiendo café y temblando. Fue difícil atrapar al caballo Buck esa segunda mañana. No sabría decir si las colinas en las que ahora nos encontrábamos lo habían excitado o si el agua pura del lugar había causado tal efervescencia en su espíritu. Pero, cuando logramos ajustarle el arnés, o más bien, colocarlo de cualquier manera, ya hacía tanto calor como en el mes de julio. Porque Buck, en el misterioso lenguaje de los caballos, comunicó su maldad a su compañero de viaje y hacia las once en punto juntaron las testas malvadas y decidieron rompernos el cuello.

Como ya he dicho, estábamos atravesando una sierra de montes bajos. Era un rincón recogido donde los árboles crecían, el agua corría y la llanura desaparecía durante un tiempo. El camino tenía cuestas pronunciadas y había lugares acá y allá donde uno podía caer y desplomarse rebotando hasta el fondo sobre las piedras. Pero Buck, por algún motivo, no consideró que estas circunstancias fueran lo suficientemente buenas para él. Eligió otro momento más melodramático. De repente, salimos de un estrecho cañón y fuimos a toparnos con quinientas cabezas de ganado y algunos vaqueros marcando reses junto a una hoguera en un corral. Era una visión que Buck sin duda conocía de memoria. Pero reaccionó inmediatamente ante ella como si fuera un fenómeno atroz. Lo vi cocear en siete direcciones distintas, también vi a Muggins cocear en cinco direcciones distintas; el traqueteo furioso me sacudió la espalda como un látigo. Me agarré al asiento. Algo emitió un chirrido desesperado. Era el freno.

—¡No salte! —ordenó el hombre de confianza.

—No —respondí cuando mi sombrero salió volando.

La ayuda se encontraba demasiado lejos como para que pudiera hacer nada por nosotros. Atravesamos ilesos parte de la manada; vi pasar los cuernos y las grupas de los animales. La tierra se deshacía a nuestro paso y descendimos a plomo hacia el agua, balanceándonos sobre las piedras, y volvimos a ascender sobre más tierra suelta. Oí un golpe y vi que mi equipaje aterrizaba sobre el riachuelo.

—Ahí está más seguro —dijo el hombre de confianza.

—Cierto —dije.

—Regresaremos para recogerlo —dijo él con la mirada puesta en los caballos y el pie en el freno bloqueado. Nos aproximábamos a un barranco seco y no había espacio para girar. Y en el extremo nos esperaban unos bancales de piedra. Probablemente volcaríamos hacia atrás, eso si no volcábamos hacia delante primero. El virginiano dirigió los caballos directamente hasta el final y justo en el último momento los desvió con una sorprendente habilidad hacia la derecha por el barro cocido del

terreno. Los caballos nos llevaron por el barranco hasta la cabecera del cauce seco y a través de un bosquecillo de álamos temblones. Los finos árboles se doblaron al cargar contra ellos y golpearon los bajos del carromato al pasar por encima. Pero sus ramas se engancharon entre las patas de los caballos y finalmente frenamos ilesos bajo una lluvia de hojas.

Miré al hombre de confianza y sonreí confundido. Él me examinó un segundo.

—Supongo —dijo— que se siente entre el «¡Oh, Dios mío!» y el «¡Gracias a Dios!».

—Se aproxima bastante, sí —dije, mientras él bajaba a tierra.

—No hay nada roto —dijo tras una revisión. Y se permitió un impropio genuinamente virginiano—. ¡Caballeros, chitón! —murmuró suavemente mirándome con ojos serios; hubo un momento en el que casi me asustó—. Tú, Buck —continuó—, algunos ahora te apalearían hasta que no supieras si eres un caballo o un amasijo de huesos. Y lo haría gustosamente, pero eso no te curaría.

Entonces le dije que le debía la vida. Pero el virginiano detestaba los halagos. Murmuró algo entre dientes y condujo los caballos fuera del bosquecillo. Buck, me explicó, era un buen caballo, al igual que Muggins. Normalmente se portaban bien y por eso el juez los había enviado para recogerme. Pero esos broncos también tenían días malos. Esos días malos no eran muy frecuentes, pero cuando les invadía el mal humor había que dejar que se desfogaran. A partir de ahora Buck se comportaría como debía portarse un caballo durante probablemente dos meses.

—Son exactamente como humanos —concluyó el virginiano.

Varios vaqueros llegaron al galope para averiguar en cuántos trozos nos habíamos partido. Bajamos por la colina y cuando llegamos a mi equipaje resultó sorprendente comprobar la distancia que habíamos recorrido a la carrera. También encontraron mi sombrero y continuamos nuestro camino.

Buck y Muggins se comportaron como auténticos modelos de discreción durante el resto de la travesía por las montañas. Cuando acampamos esa noche, pensé que era extraño que el virginiano permitiera otra vez a Buck que pastara a sus anchas, en lugar de dejarlo atado mientras dormíamos. Pero esta sorpresa se debía a mi ignorancia. Con el duro trabajo que el animal desempeñaba tan valerosamente, el caballo necesitaba más pasto que el que podía pastar si hubiera estado atado. Por lo tanto, se quedó libre y por la mañana volvimos a tener algunas dificultades para atraparlo.

Vademos un río al mediodía y lejos al norte vimos las Montañas Bow Leg, pálidas bajo el sol radiante. El Sunk Creek fluía desde su vertiente occidental y nuestras doscientas sesenta y tres millas comenzaron a parecerme poca cosa. Creo que Buck y Muggins sabían perfectamente que al día siguiente verían su hogar. Reconocían esta región y en una ocasión viraron en una bifurcación del camino. El virginiano los frenó en seco.

—¿Es que queréis volver con Balaam? —les preguntó—. Pensé que erais más

sensatos.

Le pregunté quién era Balaam.

—Un maltratador de caballos —contestó el vaquero—. Su rancho está junto al Butte Creek, más allá —y señaló hacia donde la carretera que se separaba se desvanecía en el horizonte—. El juez le compró a Buck y Muggins en primavera.

—¿Así que maltrata a los caballos? —repetí.

—Eso es lo que se cuenta en este territorio. Un hombre capaz de hacer lo que dicen que Balaam hace a los caballos cuando se enfada, no merece ser llamado humano.

El virginiano me comentó algunos detalles.

—¡Oh! —casi grité por el horror que me causó, y poco después—: ¡Caramba!

—Probablemente habría hecho eso a Buck en cuanto dejó de huir. Si alguna vez sorprende a un hombre haciéndolo...

Nos interrumpió un viajero con aspecto relajado que cabalgaba sobre un caballo igualmente tranquilo.

—Buenos días, Taylor —dijo el virginiano mientras se detenía para charlar un poco—. ¿No te has desviado demasiado de tu territorio?

—¡Menudo pájaro estás hecho! —contestó el señor Taylor, al tiempo que detenía el caballo y sonreía jovialmente.

—Dime algo que no sepa —replicó el virginiano.

—Mira que desplumar a un hombre a las cartas y atracarle —continuó el señor Taylor—. ¡Oh, las noticias han llegado antes que tú!

—Trampas ha estado contándolo por aquí, ¿verdad? —dijo el virginiano con una sonrisa.

—¿Es ese el nombre de tu víctima? —preguntó el señor Taylor burlescamente—. No, no fue él quien trajo las noticias. Pero dime, ¿qué le hiciste en realidad?

—Así que el rumor ha llegado hasta aquí —murmuró el virginiano—. Bueno, tampoco merecía tanto revuelo.

Y entonces expuso los hechos a Taylor mientras yo me asombraba por los poderes de contagio del Rumor. Allí, a través de esta tierra sin voz, de este vacío, se había expandido como una tormenta.

—¿Alguna novedad en vuestro territorio? —concluyó el virginiano.

El semblante del señor Taylor adquirió una expresión de solemnidad.

—Van a construir un colegio en Bear Creek —dijo.

—¡Válgame el cielo! —dijo el virginiano arrastrando las sílabas—. ¿Para qué?

El señor Taylor llevaba casado ya unos años.

—Para educar a la prole de Bear Creek —anunció orgulloso.

—La prole de Bear Creek... —repitió el virginiano pensativo—. No recuerdo haber visto mucha prole. Había unas crías de ciervo de cola blanca y un montón de conejos.

—Los Swinton se han mudado aquí desde Drybone —dijo el señor Taylor, con el

semblante serio en todo momento—. Aquel no les parecía un buen lugar para criar niños. Y también está tío Carmody con seis, y Ben Dow. Y Westfall ahora es un hombre de familia, y...

—¡Jim Westfall! —exclamó el virginiano—. ¿Él, un hombre de familia? Bueno, si este territorio se va a llenar de hombres de familia y se va a vaciar de caza, creo que yo...

—Cásate —le sugirió el señor Taylor.

—¡Yo! Aún no tengo edad para casarme. ¡No, señor! Pero tío Hughey por fin lo ha logrado, ¿lo sabías?

—¡Tío Hughey! —gritó el señor Taylor.

No lo había oído. Los rumores son muy caprichosos. Por lo tanto, el virginiano se lo contó y el hombre de familia se balanceó divertido sobre la silla de montar.

—Construye tu escuela —dijo el virginiano—. Tío Hughey ya está cualificado para suscribirse a tal propuesta. ¿Ya le habéis echado el ojo a alguna maestra?

V

ENTRA LA MUJER

—Estamos tomando medidas al respecto —dijo el señor Taylor—. En Bear Creek no queremos precipitarnos con la elección de la maestra.

—Claro —asintió el virginiano—. Los niños no querrán que os deis mucha prisa.

Pero el señor Taylor era, como ya he indicado, un hombre de familia serio. Solo podía abordar el problema de la educación de sus hijos desde la sobriedad.

—En Bear Creek —dijo— no queremos que nos ocurra lo que pasó en Calif. No debemos contratar a una ignorante.

—¡Claro! —asintió de nuevo el virginiano.

—Ni tampoco queremos una coqueta empedernida —dijo el señor Taylor.

—Debe mantener la mirada en la pizarra —dijo el virginiano en voz baja.

—Bueno, podemos esperar hasta conseguir un producto con garantías —dijo el señor Taylor—. Y eso es lo que vamos a hacer. No podrá ser este año, y tampoco hace falta. Ninguno de los niños ha crecido mucho y todavía tenemos que construir la escuela.

Entonces sacó una carta del bolsillo y me miró.

—¿Conoce a la señorita Mary Stark Wood de Bennington, Vermont? —preguntó.

Yo no la conocía por aquel entonces.

—Esta es en la que estamos pensando. Mantiene correspondencia con la señora Balaam. —Taylor me pasó la carta—. Escribió a la señora Balaam, y la señora Balaam dijo que lo mejor era dejarme ver la carta y que juzgara por mí mismo. Ahora se la iba a devolver a la señora Balaam. Quizás pueda darme su opinión comparándola con las cartas que se escriben allí en el Este.

La comunicación era principalmente de carácter profesional, pero también personal y de estilo informal. No creo que su autora esperara que fuera exhibida como documento. La escritora tenía unas ganas tremendas de ver el Oeste. Pero no podía satisfacer este deseo simplemente por placer, o haría ya mucho tiempo que habría aceptado la amable invitación para visitar el rancho de la señora Balaam. Enseñar en la escuela era algo que le gustaría hacer, si fuera apta para ello. «Desde que los aserraderos cerraron —escribía la autora— todos nos hemos puesto a trabajar y a hacer muchas cosas para que madre pueda seguir viviendo en la casa vieja. Sí, el salario podría ser una tentación. Pero, querida, ¿no es terrible para el cutis el clima de Wyoming? ¿Y podría demandarles si el mío resulta dañado? Todavía despierta admiración. ¡Podría encontrar *al menos* a un testigo varón para probarlo!». Luego la autora retomó el tono profesional. Incluso si se sintiera capaz de abandonar su hogar, no estaba segura de saber enseñar en la escuela. Tampoco pensaba que fuera correcto aceptar un puesto en el que ella no tenía ninguna experiencia. «Me encantan los niños, los chicos especialmente», continuaba explicando. «Mi sobrino pequeño y yo

nos llevamos de maravilla. ¡Pero imagina que un banco repleto de chicos comienzan a hacer preguntas que yo no pueda responder! ¿Qué haría? ¡Porque no podría abofetear a todos, ya sabes! Y madre dice que no debería enseñar a nadie a deletrear porque siempre me olvido de la *u* en *honor*^[2]».

Pude asegurar al señor Taylor que la carta, en general, era muy buena en comparación con las cartas que se escribían en mi territorio de los Estados Unidos. Y estaba firmada. «Tu muy sincera solterona, Molly Stark Wood».

—Jamás he visto *honor* deletreado con *u* —aseguró el señor Taylor, para cuya cabeza no muy cultivada algunas partes de la carta habían pasado inadvertidas.

Le indiqué que algunas personas anticuadas todavía escribían la palabra así.

—En cualquier caso, a Bear Creek le convence —dijo el señor Taylor—, si cumple el resto de los requisitos.

El virginiano ahora estaba examinando la carta pensativamente y con un interés renovado.

—«Tu muy sincera solterona» —leyó en voz alta, despacio.

—Supongo que eso significa que tiene cuarenta años —dijo el señor Taylor.

—Yo le echo unos veinte —dijo el virginiano.

Y, de nuevo, se quedó pensativo mirando el papel que sostenía.

—Su caligrafía no se parece a ninguna de las que haya visto antes —continuó el señor Taylor—. Pero en Bear Creek no tenemos ningún problema con ello, siempre que sepa de ‘ritmética, de George Washington y de ese tipo de cosas.

—No creo que sea una horrible solterona sincera —reflexionó el virginiano, todavía mirando la carta y sujetándola como si fuera un obsequio.

¿Ha determinado algún botánico qué clase de semilla es el amor? ¿Se ha determinado ya de cuántas maneras distintas esa semilla puede germinar? ¿En qué distintos recipientes sutiles puede transportarse a través de amplios espacios? ¿O sobre qué terrenos puede caer y vivir ignorada a la espera del momento oportuno para florecer?

El virginiano devolvió a Taylor la nota de papel donde la joven hablaba de forma totalmente distinta a las mujeres que él había conocido. Si alguna vez había visto a este tipo de damas, jamás se le ocurrió cruzar miradas con ellas, y si tales damas alguna vez le dirigieron la palabra, siempre mantuvo una distancia formal durante la conversación. Pero ahí había un lenguaje desenfadado, nuevo para él. Sin embargo, resultaba ser menos extraño para su entendimiento que para el del señor Taylor.

Continuamos el camino, una milla tal vez, y luego dos. Últimamente no había parado de hablar, pero ahora apenas me respondía, de manera que cayó un manto de silencio sobre nosotros. Debimos de avanzar unas diez millas cuando finalmente habló *motu proprio*.

—Vuestras solteronas de verdad no hablan de sus cosas con tanta soltura —comentó. A continuación, citó la frase sobre el cutis, «¿Podría demandarles si el mío resulta dañado?», y sonrió para sus adentros por el comentario al tiempo que sacudía

la cabeza—. ¿Qué podría hacer ella en Bear Creek? —dijo a continuación. Y, finalmente—: Supongo que ese testigo que menciona la retendrá en Vermont. Y su madre continuará viviendo en la casa vieja.

¿Había pasado realmente? ¿Era posible que la flecha eterna, encarnada en una carta, le hubiera alcanzado ese mismo día tan sutilmente como para que no sintiera la delicada herida?

Por la mañana llegamos a Sunk Creek. El recibimiento del juez Henry y de su esposa habría bastado para que olvidase cualquier dificultad del camino, si es que hubiera sufrido alguna en absoluto.

Durante un tiempo no vi mucho al virginiano. Él retomó su forma dialectal de dirigirse a mí ocasionalmente con el «señor»... un hábito repudiado por esta tierra de igualdad. Lo sentí mucho. El peligro compartido durante la espantada de Buck y Muggins había creado entre nosotros una familiaridad que pensaba destinada a perdurar. Pero creo que no hubiera ido mucho más allá si no llega a ser por cierto personaje —debo llamarla personaje—. Y como le estoy agradecido por permitirme ganar un amigo cuyos prejuicios contra mí de otra manera tal vez jamás hubieran sido superados, les contaré su breve historia, y cómo sus desventuras y final hicieron que el virginiano y yo llegáramos a sentir un aprecio mutuo. Sin ella probablemente no habría prestado tanta atención a la historia de la maestra y de cómo la dama por fin llegó a Bear Creek.

VI

EM'LY

Mi personaje era una gallina y vivía en el rancho de Sunk Creek. El rancho del juez Henry era famoso porque tenía varios lujos. Leche, por ejemplo. En aquel tiempo sus hermanos rancheros con frecuencia poseían miles de cabezas de ganado, pero ni una sola gota de leche, a excepción de la leche condensada. Por lo tanto, tampoco tenían mantequilla. El juez tenía mucha. Y lo segundo más escaso después de la mantequilla y la leche en el territorio ganadero eran los huevos. Pero mi anfitrión tenía pollos. No sé si esto se debía a que había sido aficionado a las peleas de gallos en su juventud o a la señora Henry. Solo sé que, cuando comía en cualquier otro lugar, lo más probable es que no encontrara nada más que el sempiterno «cerdo en salmuera», alubias y café; mientras que en Sun Creek la tortilla y las natillas eran frecuentes. El viajero que pasaba se alegraba de atar el caballo a la cerca y sentarse a la mesa del juez, porque su fama se extendía por todo Wyoming. Era un oasis en la desoladora dieta del Territorio.

El largo cercado del rancho del juez Henry comenzaba a orillas del Sunk Creek, poco después de que el río saliera del cañón a través de Bow Leg. Era una hacienda siempre bien atendida por su dueño, incluso en sus años de soltero. Los plácidos regimientos de ganado estaban echados bajo la sombra fresca de los álamos junto al agua, o se movían lentamente entre la artemisa, alimentándose de hierba que en aquellos años que ya nunca regresarán era abundante y alta. Los novillos salían ya gordos de su pequeño corral y aún engordaban más en el prado grande; mientras en el pequeño prado, un campo de unas ocho millas cuadradas, por diferentes motivos estaba destinado a los caballos del juez, y en este amplio espacio jugaban y se convertían en los excelentes potros que criaba de Paladín, su semental importado. Me aseguran que después de casarse la influencia de su esposa se hizo patente dentro y fuera de la casa. Se plantaron árboles para dar sombra, se intentó cultivar flores y a los pollos se añadieron los pavos, más difíciles de criar. Yo, el visitante, me vi obligado a hacer algo útil cuando llegué totalmente inexperto del Este. Me hice cargo de la granja y me dediqué a mejorar el gallinero, mientras el juez partía para ampliar la zona de pasto en su terreno de vegetación gris y amarilla. Cuando algún vaquero andaba desocupado, se acercaba por donde yo estaba y observaba en silencio mis tareas de carpintería.

Estos vaqueros se apodaban de formas pintorescas: Honey Wiggin, Nebrasky, Dollar Bill y Chalkeye. Y procedían de granjas y ciudades de Maine y de California. Pero el romanticismo de la aventura americana los había atraído a todos por igual a aquel enorme patio de recreo para jóvenes vaqueros, y en su deferencia, generosidad y curiosidad por mi persona todos se parecían. Observaban en silencio mis progresos con el martillo y el cincel. Luego se retiraban al barracón y finalmente se oían risas.

Pero esto era solo por la mañana. Por la tarde, muchos de los días de verano que pasé en el rancho de Sunk Creek me marchaba a cazar, o cabalgaba hasta la boca del cañón y observaba a los hombres trabajando en las acequias de riego. Refrescantes vías de agua corrían por canales que surcaban la tierra y se escuchaba un borboteo aquí y allá entre el grano amarillo; la verde y espesa hierba de alfalfa ondeaba casi por voluntad propia, o eso parecía, porque nunca soplaban el viento, y cuando al anochecer el sol se ponía por la llanura, la grieta del cañón se inundaba con una luz violeta, y las montañas Bow Leg se transformaban con tonalidades de colores ondulantes e inimaginables. El sol brillaba en un cielo límpido en el que jamás pasaba una nube, y al mediodía no hacía demasiado calor ni de noche demasiado frío. Así, durante dos meses, pasé estos agradables y tranquilos días, mejorando con los pollos, algo por lo que alegrarse, viviendo al aire libre y disfrutando de la perfección del bienestar.

Fui justamente etiquetado como un novato. La señora Henry en un principio se esforzó por protegerme de aquella humillación, pero cuando descubrió que yo me empeñaba tozudamente en mostrar mi inexperiencia ante todo el mundo sobre cuestiones del Oeste, suplicando que me ilustraran sobre las serpientes cascabel, los perros de las praderas, los búhos, los gallos de las Rocosas, los lagópodos y los urogallos, sobre cómo poner los arreos a un caballo o ajustar la correa delantera de mi silla, y que mis ánimos se inflamaban hasta el entusiasmo por el simple avistamiento de un animal tan común como un ciervo de cola blanca, la mujer me dejó corretear con mis armas de fuego y desistió en su esfuerzo por evitarme el ridículo en el que mis meteduras de pata me dejaban constantemente frente a los peones del rancho, a su propio esposo divertido y a cualquier visitante que paraba a comer o que se quedara a dormir.

No me llamaban por mi nombre, no después de las primeras horas de leve etiqueta social debidas a un extraño. Se referían a mí simplemente como «el novato». Me presentaban a los lugareños (vecinos en un radio de ochenta millas) como «el novato». Y fue ese apodo con el que Balaam, el maltratador de caballos, se dirigió a mí cuando viajó durante dos días para hacerme una visita. Y fueron ese apodo y mi notoria torpeza los que propiciaron que cualquier relación que tuviera con el virginiano acabara. Porque, cuando el juez comprobó que no había manera de evitar que pudiera perderme, que con frecuencia salía a pasear después del desayuno con un arma y en treinta minutos ya no sabía distinguir el norte del sur, decidió que necesitaba protección. Designó un escolta para mí y ese escolta fue una vez más ¡su hombre de confianza! El pobre virginiano se vio obligado a abandonar su trabajo y a sus compañeros y se le asignó la tarea de cuidarme. Y durante un tiempo esta humillación mortificó su alma indómita. Su funesto sino era acompañarme durante mis caminatas, responsabilizarse de mis meteduras de pata y evitar que pasara desastrosamente a mejor vida. Lo aguantaba todo con un silencio educado, menos cuando era necesario hablar. Me mostró el vado río abajo, el cual jamás hubiera

encontrado por mí mismo al confundirlo con una zona de arenas movedizas. Ataba mi caballo correctamente. Me recomendaba que no disparara con el rifle a un ciervo de cola blanca justo en el instante en el que un carromato del rancho pasara por detrás del animal y de la maleza. Raras veces pasaba un día que no se viera obligado a venir corriendo a salvarme de una muerte rápida o, lo que es peor, del ridículo. Y, sin embargo, ni en una sola ocasión perdió los nervios; siempre hablaba con voz lenta y suave y mantenía una actitud aparentemente relajada, tanto cuando estábamos sentados juntos a la mesa o arriba en las montañas durante una cacería, o cuando me devolvía el caballo que se había escapado porque, de nuevo, se me había olvidado lanzar las riendas por encima de la cabeza del animal para dejarlas colgar.

—Siempre se quedará quieto si hace eso —decía el virginiano—. Mire qué quieto está mi caballo.

Tras dicha advertencia, ya no me decía nada más. Pero este papel de dócil cuidador sin duda le irritaba. Porque, a pesar de ser un hombre profundamente contenido y con la suficiente calma para que jamás le sorprendieran desprevenido, seguía sintiéndose puerilmente orgulloso de su naturaleza salvaje, se dejaba puestas las chaparreras de cuero y tintineaba sus espuelas con obvio placer. La flexibilidad felina de su cuerpo y su belleza bullían de tersa juventud, y esa fuerza que subyacía bajo su calma con frecuencia debió de reprimir el rechazo que sentía por mí. A pesar de lo que suponía que debía de ser su opinión sobre mí, el novato, mi simpatía por él fue en aumento y su compañía silenciosa cada vez me agradaba más. Ya había descubierto en Medicine Bow que tenía momentos en los que hablaba. Pero la seriedad que ahora mostraba podría haber borrado del todo esta impresión si no hubiera pasado una noche junto al barracón, cuando Honey Wiggin y el resto de los vaqueros estaban allí reunidos.

Esa tarde, el virginiano y yo habíamos ido a cazar patos. Encontramos varios en una presa de castores y disparé a dos que nadaban juntos; pero sus cuerpos flotaron hacia la estructura de palos en el río de más de un metro de profundidad, donde la corriente los llevaba río abajo. La setter de pelo rojo del juez no nos acompañaba porque estaba a punto de parir.

—De todas formas, es mejor que no venga —me había explicado el vaquero—. Corretea por todos lados de forma irresponsable y no para de perseguir a los perros de las praderas tanto como a los pájaros. Es una frívola.

Mi entusiasmo por hacerme con los patos hizo que me lanzara al agua totalmente vestido y después salí arrastrándome hecho un amasijo de ropa resbaladizo, enfangado y triunfal. El virginiano posó su grave mirada en ese espectáculo de barro, pero, como de costumbre, no hizo ningún comentario.

—No son muy buenos para comer —afirmó mientras ataba las aves a su silla—. Son buceadores.

—¡Buceadores! —exclamé—. ¿Y por qué no bucearon?

—Supongo que eran pequeños y aún no tenían suficiente experiencia.

—Bueno —dije decepcionado, pero intentando ser gracioso—, al menos yo sí que bucéé.

Pero el virginiano se abstuvo de hacer ningún comentario. Me devolvió el arma inglesa de doble cañón, que a punto estaba de dejar abandonada en el suelo a mis espaldas y cabalgamos a casa en nuestro silencio habitual, con los escuálidos patos buceadores de pecho blanco y pico afilado colgando de su silla de montar.

Fue en el barracón donde se vengó. Cuando pasaba cerca de allí, escuché su voz suave relatando en voz baja una historia a un público atento, y justo cuando pasé junto a la ventana abierta donde él estaba sentado de espaldas sobre la cama en camiseta y calzones, escuché las últimas palabras:

—Y el sombrero en la cabeza era la única señal de que aquello no era una tortuga de tierra.

La anécdota tuvo un éxito inmediato entre la audiencia y yo me alejé de prisa hacia la oscuridad.

A la mañana siguiente me ocupé de los pollos. Dos gallinas se peleaban por sentarse sobre algunos huevos que una tercera estaba empollando y que yo no quería que incubaran, y por tercera vez eché a Em'ly a puntapiés de encima de siete patatas que había juntado haciéndolas rodar y que estaba decidida a incubar para criar no sé qué clase de progenie. Em'ly chillaba desesperada por el gallinero cuando el virginiano entró para observar (sospeché) lo que estaba haciendo ahora y así poder mencionarlo luego en el barracón.

Permaneció de pie un rato y, por fin, dijo:

—Nos quedamos sin nuestro mejor gallo cuando la señora Henry vino a vivir aquí.

No le presté atención.

—Era un dominicano elegante, ese gallo —continuó.

Yo seguía un poco molesto por lo de la tortuga y no mostré ningún interés en lo que me contaba, simplemente continué atareado entre las gallinas. Este silencio inusual pareció producir en él una inusual locuacidad.

—¿Sabe? Ese gallo siempre había vivido aquí cuando el juez aún estaba soltero, y nunca había visto a ninguna dama o cualquier persona que llevara ropas femeninas. No tendrá usted reumatismo, señor.

—¿Yo? No.

—Pensé que tal vez después de que se mojara entero para coger a esos buceadores... —hizo una pausa.

—Oh, no, en absoluto, gracias.

—Parece un poco serio esta mañana y me alegro mucho de que no sea por culpa de los buceadores.

—¿Y qué me contaba del gallo? —pregunté, finalmente.

—¡Oh, sí! Donde lo criaron no se veían muchas faldas. La señora Henry llegó aquí en el tren con el juez una noche. A la mañana siguiente, muy pronto, ella salió

para contemplar su nuevo hogar; el gallo estaba comiendo junto a la puerta y la vio. Bueno, señor, el gallo dejó escapar un chillido tan fuerte que salí corriendo del barracón. Lo vi apoyado encima de la cerca y luego bajó hacia el Sunk Creek echando chispas. Jamás regresó.

—Pues aquí hay una gallina que ha perdido totalmente el juicio —dije señalando a Em'ly.

Ahora se encontraba fuera del gallinero y estaba sobre los tablones del corral; su fuerte cacareo había quedado reducido a algún graznido intermitente. Le conté lo que había ocurrido con las patatas.

—No sabía su nombre —dijo—. Ese gallo fugitivo la odiaba. Y ella lo odiaba tanto como odia a todas las demás gallinas.

—Yo le puse el nombre —dije— en cuanto me llamó la atención. Hay una vieja criada en casa muy compasiva que pertenece a la Asociación contra la Crueldad a los Animales y nunca sabe si debe cruzar o esperar delante de un tranvía. Le puse el nombre a la gallina en su honor. ¿Sabe si pone huevos?

El virginiano no le había «dado vueltas» al tema de las aves de corral.

—Bueno —dije—, creo que no sabe cómo hacerlo. Me parece que estuvo a punto de nacer gallo.

—No hay duda de que tiene aspecto de macho —comentó el Virginiano.

Nos acercamos al corral y ahora examinaba a Em'ly con interés.

Era un ave magnífica. Enorme y delgada, con un gran pico amarillo, permanecía erguida y alerta como una persona al mando. Le pasaba algo en la cola. Se inclinaba demasiado hacia un lado y una de sus plumas era el doble de larga que las demás. No tenía plumas en el pecho. Se le habían caído todas debido a su costumbre de sentarse encima de patatas y otros objetos ásperos anómalos. Y esto le aportaba a su apariencia un aire de escote descocado que contradecía peculiarmente su figura por lo demás recatada. Sus ojos eran sorprendentemente brillantes, pero tenía una constante expresión de indignación. Era como si fuera por el mundo perpetuamente escandalizada por lo que veía. Sus patas eran azules, largas y sorprendentemente robustas.

—Debería llevar bombachos —murmuró el virginiano—. Tendría mucho mejor aspecto que los universitarios. ¿Y dice que se puso a empollar unas patatas?

—Se cree que puede incubar lo que le dé la gana. La he encontrado encima de unas cebollas, y el martes pasado la pillé sobre dos pastillas de jabón.

Por la tarde, el alto vaquero y yo salimos a caballo para cazar berrendos.

Tras una hora de camino, durante la cual se mostró completamente taciturno, dijo:

—Supongo que tal vez este territorio solitario no es muy sano para Em'ly. Ni siquiera lo es para algunos humanos. Los viejos tramperos de las montañas pierden la chaveta con frecuencia y hablan en voz alta cuando no hay nadie a menos de cien millas a la redonda.

—Em'ly no ha estado nunca sola —contesté—. Hay cuarenta aves aquí.

—Siendo así —dijo él—, entonces no me lo explico.

Volvió a quedarse en silencio, cabalgando a mi lado, relajado e indolente en la silla de montar. Su larga figura parecía tan lacia e inerte que el rápido y ágil salto que dio para saltar a tierra me pareció una hazaña imposible. Había visto un berrendo donde yo no veía nada.

—Dispare —le animé mientras él me indicaba que bajara rápido—. Nunca dispara cuando estamos juntos.

—No estoy aquí para eso —respondió—. ¡Y ahora ha dejado que se escape!

El berrendo ciertamente había huido.

—Vaya —respondió ante mis protestas—, yo puedo venir a disparar a esos bichos cualquier día. ¿Y, entonces, qué conclusión ha sacado sobre Em'ly?

—No le encuentro ninguna explicación —contesté.

—Bueno —dijo con aire pensativo, y luego su mente tomó uno de esos virajes que tanto me hacían apreciarle—. Taylor debería pasarse a visitarla. ¡Sería la maestra perfecta para Bear Creek!

—No es muy parecida a esa dama de la cantina de Medicine Bow —dije, pensando en ese revelador mechón dorado que vi en la camisa del sureño a las primeras horas de conocerle.

Dejó escapar una risotada divertida.

—No, Em'ly no sabe nada de los gozos naturales. ¿Así que no sabe lo que le pasa? Bueno, pues yo tengo una explicación. Supongo que tal vez rompió el cascarón tras una gran tormenta.

—¡Una gran tormenta! —exclamé.

—Sí. ¿No sabe lo que pasa con las tormentas y lo que le hacen a los huevos? Una fuerte tormenta con rayos y truenos confunde a los polluelos e impide que rompan el cascarón. Creo que hubo una enorme y todos los otros huevos de la nidada de Em'ly no rompieron el cascarón y se quedaron confundidos, pero ella no quedó tan aturdida y logró romper el cascarón. Sin duda, no está muy bien de la cabeza.

—Eso me temo —dije.

—Desde luego tiene muy buenas intenciones —comentó—. Aunque no pueda dar vida a nada, quiere incubar algo y ser madre de todas formas.

—Me pregunto qué relación familiar tiene una gallina con el pollo que ella incubó pero no puso —dije.

El virginiano no respondió a este frívolo comentario. Contemplaba el ancho paisaje con gesto serio y una evidente falta de atención. Siempre veía la presa antes que yo, saltó del caballo y se agachó entre la artemisa mientras yo todavía estaba intentando sacar el pie izquierdo del estribo. Logré cazar un berrendo y cabalgamos a casa con la cabeza y los cuartos traseros.

—No —dijo él—. Sin duda fue el trueno y no la soledad lo que afectó a esa gallina. ¿Qué tal lleva usted la soledad?

Le dije que me gustaba.

—Yo no podría vivir sin ella ahora —dijo—. Se me ha metido en el cuerpo —barrió con la mano el vasto espacio del territorio—. Hace un tiempo volví a casa para ver a mi gente. Mi madre se estaba muriendo y quería que me quedara allí. Me quedé un año. Pero las montañas de Virginia ya no me complacían. Después de que mi madre muriera, dije adiós a mis hermanos y hermanas. Nos tenemos mucho aprecio, pero supongo que jamás regresaré.

Encontramos a Em'ly empollando un montón de melocotones de California verdes que el juez había traído del ferrocarril.

—Ya no me molesta —le dije—. Me da pena.

—Y a mí me lleva dando pena desde hace mucho —dijo el virginiano—. Odia tanto a los gallos...

Y añadió que estaba haciendo una colección con todos los objetos que intentaba incubar.

Pero la labor de Em'ly con los huevos llegó a su fin abruptamente una mañana en la que desvió sus inexplicables energías hacia un nuevo objetivo. Una pava que había estado empollando sus huevos en el almacén de patatas apareció con doce crías, y casi al mismo tiempo nació otra camada de gallinitas de Bantam. Em'ly estaba arañando solemnemente la tierra en el interior del corral del semental Paladín, cuando la tribu de gallinitas de Bantam recién nacidas bajó por el camino y Em'ly captó su presencia a través de los barrotes. Cruzó el corral a la carrera e interceptó a dos de los pollos que intentaban seguir a su verdadera mamá. Se había propuesto apropiárselos y se puso brava con la madre, que era más pequeña y por lo tanto se vio obligada a retirarse con su familia todavía numerosa. Tomé cartas en el asunto y puse las cosas en su sitio, pero los cambios solo fueron temporales. Una hora más tarde vi a Em'ly atareada con dos pollos más, guiándolos y cuidándolos de forma, debo admitir, perfectamente eficaz.

Y entonces ocurrió el primer incidente que me hizo sospechar que aquella gallina estaba demente.

Se dirigió con sus crías robadas hacia la parte trasera de la cocina, por donde discurría una de las acequias de riego que pasaba por debajo de la cerca desde el campo de heno para suministrar agua a la casa. A cierta distancia por esta acequia y aún dentro del cercado había doce pavos en el terreno de rastros recién cortados. De nuevo, Em'ly salió corriendo inmediatamente como un ciervo. Dejó a los consternados polluelos detrás. Cruzó la acequia de un solo salto con sus fuertes patas azules, voló a ras de la hierba y se instaló rápidamente entre los pavos, donde, con un instinto maternal tan indiscriminado como imprudente, intentó separar algunas de las crías. Pero esta otra mamá no era una gallinita bantam y en pocos segundos Em'ly fue derrotada en su intento de adquirir una nueva variedad de familia.

El espectáculo estaba siendo presenciado por el virginiano y yo mismo, y le superó. Se marchó mudo al barracón, solo, y se sentó en la cama, mientras yo llevaba los bantam abandonados de regreso a su propio círculo familiar.

Con frecuencia me he preguntado qué pensaban de todo esto las otras aves. Sin duda, alguna impresión causó en ellas. La idea podría parecer una locura a aquellos que no han tratado de cerca nunca a ningún otro ser vivo que no fuera humano, pero estoy convencido de que cualquier comunidad que comparte algunos de nuestros instintos debe de compartir también algunos de los sentimientos resultantes, y esas aves y animales poseen convenciones cuyo incumplimiento los sobresalta. Si hay algo de cierto en la evolución, esta conclusión parece inevitable. En cualquier caso, el gallinero estuvo revolucionado durante varios días. Em'ly molestaba ahora a los bantam, ahora a los pavos y varios de estos últimos murieron, aunque no me atrevería a afirmar que esto se debiera a las atenciones que les dispensó Em'ly. Sin embargo, estaba pensando seriamente en encerrarla hasta que las crías fueran un poco mayores, cuando tuvo lugar otro suceso y todo se calmó de repente.

La setter del juez se acercó una mañana moviendo la cola. Ya había dado a luz a sus cachorros y ahora nos llevó a su madriguera, un agujero entre el suelo de un edificio y la tierra. Em'ly estaba sentada en medio de toda la basura.

—No —le dije al juez—. No me sorprende. Esa gallina es capaz de cualquier cosa.

En su nueva elección de crías, esta gallina por fin había dado con una madre irresponsable. La setter estaba aburrida de sus propios cachorros. Aquel agujero bajo la casa le parecía una residencia oscura y monótona en comparación con el comedor, y nuestra compañía más estimulante y agradable que la de sus cachorros. Un contacto íntimo con nuestra raza superior había desarrollado su inteligencia perruna muy por encima de los niveles normales y la convirtió en una madre desnaturalizada y descuidada que siempre se olvidaba de atender a sus crías por disfrutar de otros placeres más mundanos.

Durante ciertos periodos del día regresaba con los cachorros y los alimentaba, pero se apartaba en cuanto cumplía con el trámite del ritual, y parecía bastante contenta de tener a una institutriz para criarlos. Jamás se peleó con Em'ly y las dos se entendían perfectamente. Jamás he visto entre animales un acuerdo tan civilizado ni tan perverso. Em'ly estaba completamente feliz. Verla sentada todo el día desplegando celosamente las alas por encima de unos cachorrillos ciegos ya resultaba bastante curioso, pero cuando estos se hicieron lo suficientemente grandes para salir de debajo de la casa y corretear siguiendo la estela de la gallina, eché en falta la presencia de algún naturalista distinguido. Presentía que nuestra ignorancia nos hacía torpes espectadores de tal fenómeno. Em'ly rascaba el suelo y cloqueaba y los cachorros acudían corriendo hacia ella, le echaban sus pequeñas zarpas y se escondían bajo sus alas jugando al escondite. ¡Imaginen, si pueden, la confusión que debía de reinar en sus tiernas cabecitas en cuanto a quién era la setter!

—Supongo que creen que es el ama de cría —dijo el virginiano.

Cuando los cachorros se hicieron más escandalosos, sentí que la misión de Em'ly estaba llegando a su final. Eran demasiado pesados para ella, y sus juegos, que

ampliaban cada vez más el rango de acción, no iban con ella. En una o dos ocasiones la tiraron, tras lo cual ella se levantó y los picoteó severamente y los cachorros se retiraron a una distancia prudencial, se sentaron en círculo y le ladraron. Creo que fue entonces cuando comenzaron a sospechar que, después de todo, tan solo era una gallina. Así que Em'ly se resignó a su indiferencia, lo cual me sorprendió, hasta que pensé que, si hubieran sido pollos, también habría dejado de cuidarlos a estas alturas.

Pero ahí estaba otra vez, «en paro», como decía el virginiano.

—Ella solita ha criado esos cachorros para esa setter frívola y ahora se pondrá a buscar alguna otra cosa útil que hacer y que no sea asunto suyo.

Ahora había otras nidadas de pollos por nacer en el gallinero y no deseaba más espectáculos con las bantam o los pavos. Así que, para evitar cualquier confusión, tendí una trampa a Em'ly. Bajé al Sunk Creek y cogí algunas piedras ovaladas y suaves. Ella pareció bastante contenta con estas y pasó un día tranquilo en una caja. Aquello no era justo, afirmó el virginiano.

—No irás a dejarla engañada de esa manera...

Yo no veía por qué no.

—Caramba, ha criado esos cachorros estupendamente. ¿Es que no ha demostrado ya lo suficiente que sabe cómo ser madre? No voy a permitir que Em'ly pierda así el tiempo por nada mientras pueda evitarlo —dijo el vaquero.

Sujetó con suavidad a Em'ly y la dejó en el suelo. Ella, por supuesto, corrió ruidosamente por el corral hecha un manojito de nervios.

—No sirve de nada que te entrometas —protesté.

No se dignó a responder a este comentario, pero quitó las piedras inertes de entre la paja.

—¡Caramba, ni tan siquiera están calientes! —exclamó lastimeramente—. ¡La pobre hija de perra engañada!

Y con esta inusitada descripción de una dama, lanzó las piedras contra una hilera de pájaros.

—Me obsesiona todo el rato Em'ly —continuó el virginiano—. No es necesario que te rías. ¿Es que no ves que tiene sentimientos y deseos humanos? Siempre supe que los caballos eran como las personas y, por supuesto, mi collie. Supongo que es una idiotez, pero esa gallina va a tener un huevo real para empollarlo ahora mismo —tras lo cual, sacó un huevo de debajo de otra gallina—. Dejaremos que Em'ly críe este de aquí, para que le aproveche el tiempo.

No fue fácil conseguirlo porque, extrañamente, Em'ly se negaba a quedarse en la caja de donde la habían sacado. Por fin, encontramos otro refugio para ella y en este nuevo ambiente, con una nueva tarea en la que mantenerse ocupada, Em'ly se sentó sobre el huevo que el virginiano le había proporcionado con tanto cuidado.

Como en todas las verdaderas tragedias, el golpe de la Fortuna fue provocado por el azar y las mejores intenciones.

Em'ly comenzó a empollar el huevo la tarde del viernes, a la caída del sol. A

primera hora de la mañana siguiente mi sueño fue desvaneciéndose gradualmente por un sonido sobrenatural y continuo. Ahora disminuyó, alejándose en la distancia y, de nuevo sonó cerca, giró y se alejó hacia el otro lado de la casa; luego, claramente, fuera lo que fuese, pasó junto a mi puerta cerrada y de un saltó me senté en la cama. La alta y tensa vibración, casi como un acorde musical, era como el amenazador chirrido de una máquina, aunque más débil, y entonces salí disparado de la casa en pijama.

Y allí estaba Em'ly, alborotada, saltando de un lado a otro; su único huevo se había incubado y había roto el cascarón en solo diez horas. La pequeña y solitaria bola amarilla de plumón piaba tras ella, siguiendo a su madre lo mejor que podía. ¿Qué había pasado con el periodo establecido de incubación? Durante un segundo, era como si estuviera teniendo lugar algún terrible fenómeno y a punto estuve de unirme a Em'ly en su horrible sorpresa, pero entonces comprendí lo que había pasado. El virginiano había cogido el huevo de una gallina que ya había estado empollando durante tres semanas.

Me vestí a toda prisa, escuchando el alarido enajenado de Em'ly. Sonaba constantemente, sin una pausa audible para respirar, y marcaba su viaje errático de un lado a otro a través de los establos, los senderos y los corrales. El agudo estruendo hizo que todos saliéramos a verla y en el gallinero descubrí a la cría haciendo su aparición puntualmente.

Pero esta explicación natural no podía ser comunicada a la gallina enloquecida. Esta continuó dando tumbos por el recinto; su cola torcida con la enorme pluma se agitaba mientras corría sin rumbo y con sus fuertes patas daba zancadas altas con un movimiento antinatural, con la cabeza elevada hasta casi salirse del cuello, y en sus brillantes ojos amarillos una expresión de suma indignación por esta anomalía de una ley natural. A sus espaldas, totalmente ignorado y descuidado, le seguía su pequeña progenie. Em'ly ni siquiera la miraba. Fuimos a realizar nuestras distintas tareas y durante todo aquel azul y soleado día aquel interminable chillido metálico invadió el recinto. El virginiano le puso comida y agua, pero ella no probó bocado. Me alegra decir que el pequeño polluelo sí lo hizo. No creo que la gallina pudiera ver con sus ojos, excepto a la manera en la que ven los sonámbulos.

El calor se disipó del aire y en el cañón la luz violeta comenzó a prender. Habían pasado muchas horas, pero Em'ly no paró ni un momento. Entonces, de repente, voló a un árbol y se posó allí emitiendo aún aquel sonido, pero en las últimas horas había aumentado de tono varias notas; ahora era un fino e intenso gemido de terror y ya no sonaba a maquinaria, ni a ningún sonido que hubiera oído antes o después. Bajo el árbol estaba el desconcertado polluelo, piando y dando pequeños saltitos para llegar hasta su madre.

—Sí —dijo el virginiano—, resulta cómico. Hasta su huevo se comportó de forma distinta a los de las demás. —Hizo una pausa y dirigió la mirada a la amplia y suave llanura con la expresión de relajada seriedad tan común en él. Luego miró a

Em'ly en el árbol y al pollito amarillo—. Pero no tiene maldita gracia.

Fuimos a cenar y al salir de la casa encontramos a la gallina tirada en el suelo, muerta. Me llevé el polluelo con su familia al gallinero.

No, no era para nada divertido. Y no me decepcionó el virginiano cuando lo encontré cavando en secreto un pequeño agujero en el campo para enterrarla.

—He enterrado a unos cuantos ciudadanos aquí y allá —dijo—, a los que respetaba bastante menos.

Y cuando llegó el momento de marcharme de Sunk Creek, las últimas palabras que dirigí al virginiano fueron:

—No olvides a Em'ly.

—No creo que lo haga —respondió el vaquero—. Ella es justamente una de esas parábolas.

A excepción de alguna expresión de su tierra natal (que, según me contaron, su vida errante había casi borrado hasta que regresó ese mismo año a su casa y revivió su habla), hacía ya tiempo que había dejado de usar el tratamiento de «señor» y el resto de las barreras que había entre nosotros dos. Nos hicimos grandes amigos e intercambiamos muchas confidencias, tanto de lo divino como de lo humano. Incluso llegó a decir que me escribiría para informarme de las noticias de Sunk Creek si yo le enviaba algunas líneas de vez en cuando. Ahora tengo muchas de sus cartas. Su ortografía finalmente llegó a ser impecable, pero al principio era tan solo un poco peor que la de George Washington.

El propio juez me llevó hasta el ferrocarril por una ruta distinta —a través de las montañas Bow Leg y al sur por el rancho de Balaam y Drybone hasta Rock Creek—.

—Echaré de menos este lugar —le dije.

—Ven y tira del cordel de la cerca cuando quieras —me dijo al despedirse.

¡Ojalá pudiera! Ninguna tierra de lotos jamás logró hechizar el corazón de un hombre más de lo que Wyoming hechizó al mío.

VII

DURANTE DOS NEVADAS

«Estimado amigo [así me escribió el virginiano en primavera], recibí tu carta. Debe de ser horrible estar enfermo. Aquella vez que me dispararon en Cañada de Oro habría enfermado si me hubieran dado un poco más abajo o si hubiera sido un bebedor habitual. Te pondrás mejor si abandonas la vida de ciudad y te vienes a cazar conmigo en agosto, o mejor septiembre, porque entonces el alce ya habrá perdido el terciopelo^[3].

»Las cosas no me van muy bien aquí en estos momentos y he decidido largarme. Pero me gustaría verte. Para mí sería un placer y no un trabajo enseñarte un montón de alces y ayudarte a recobrar fuerzas. No voy a ir a llorarle al juez ni voy a armar ningún lío por nada. Me pedirá que vuelva tras tragarse un poco de jarabe de tiempo. Es la mejor medicina que conozco.

»Ahora, en respuesta a tus preguntas: Sí, la gallina Emily podría haber comido *loco weed*^[4], si es que las gallinas comen de eso. No, la escuela todavía no ha sido construida. Siempre han sido gente de hablar mucho aquí en Bear Creek. No, no he visto a Steve. Está por aquí pero lo siento por él. Sí, he estado en Medicine Bow. Sí, la volví a ver. Tuve el recibimiento que quería. ¿Recuerdas a aquel hombre con el que jugué al póquer y que no le gustó nada? Trabaja en el rancho de montaña cerca de Ten Sleep. No se atreve con nadie excepto con los peleles. El tío Hewie ha tenido gemelos. Los chicos le hicieron enfadar, pero yo sí creo que son suyos. Por el momento, esto es todo lo que sé a día de hoy y me gustaría verte en poco^[5], como dicen en Los Cruces. No tiene sentido que sigas enfermado».

En el resto de la carta debatía sobre el mejor punto de encuentro, en caso de que yo decidiera unirme a él en la cacería.

Esa cacería se realizó, y durante las semanas de su duración el virginiano explicó un poco más en detalle sus dificultades en el rancho Sunk Creek y las razones para abandonar a su excelente patrón el juez. Sin duda, no dijo mucho; el virginiano pocas veces hablaba sobre sus propios problemas. Pero, por lo visto, debido a la envidia del capataz, o del ayudante del capataz, se encontraba constantemente haciendo el trabajo de otro hombre, pero en circunstancias tan hábilmente dispuestas que no conseguía ni reconocimiento ni paga por ello. No iba a rebajarse a empezar a contar chismes de patio de colegio. Por lo tanto, su mente ágil y profética recurrió al fácil recurso de marcharse de allí. Confiaba en que el juez Henry poco a poco percibiera la conexión entre su partida y el deterioro del trabajo. Tras un tiempo prudencial, planeaba aparecer otra vez en el vecindario de Sunk Creek y esperar a ver los resultados.

En cuanto a Steve, no dijo mucho más de lo que ya había escrito. Pero estaba claro que, por algún motivo, esa amistad se había roto.

Se negó en redondo a aceptar dinero a cambio de sus servicios durante la cacería,

afirmando que no había trabajado lo suficiente para ganarse el jornal. Y la expedición finalizó en un rincón poco transitado del Parque de Yellowstone, cerca del cañón Pitchstone, donde él, el joven Lin McLean y otros fueron testigos de un triste y terrible drama que ha sido posteriormente descrito en infinidad de crónicas.

Gracias a su mente profética, el virginiano adivinó el curso de los acontecimientos en Sunk Creek. Lo único que no previó fue el efecto que su conducta tendría en la mente del juez.

Hacia el final de ese invierno, el juez y la señora Henry viajaron al Este. Gracias a ellos, muchas cosas se aclararon. El virginiano había regresado a Sunk Creek.

—Y —dijo la señora Henry— ¡nunca se habría marchado si me hubiera salido con la mía, juez Henry!

—No, señora jueza —replicó su esposo—, soy consciente de ello. Porque a ti siempre te han gustado los hombres bien parecidos.

—Eso es cierto —confesó la dama, alborozada—. Y la manera en la que solía traerme el caballo, con su pelo negro tan cuidadosamente peinado y su pañuelo de lunares azules atado con fuerza en el cuello, eso era algo que eché de menos cuando se marchó.

—Gracias, querida, por avisarme. Ya tengo planes para mantenerle ausente en el futuro.

Y luego retomaron un tono más serio.

—Siempre supe —dijo la dama— que habías encontrado un tesoro cuando ese hombre apareció.

El juez se rio.

—Cuando me di cuenta —dijo— de lo astutamente que me había hecho depender de sus servicios al privarme de ellos, dudé que fuera seguro volver a contratarlo.

—¡Seguro! —exclamó la señora Henry.

—Sí, seguro, querida. Porque me temo que es tan astuto como yo. Y eso es bastante peligroso en un subordinado. —El juez volvió a reírse—. Pero su comportamiento en el asunto de Steve me ha hecho sentirme mejor.

Y entonces salió a luz que se suponía que el virginiano había descubierto de alguna forma que Steve había abandonado la honesta costumbre de respetar el ganado ajeno. No tenían total certeza de esto. Pero habían comenzado a desaparecer terneros en el Territorio Ganadero y se encontraron vacas muertas. Y también se encontraron terneros con marcas distintas a las de sus madres, que llevaban la marca de otros propietarios. Estos tejemanajes estaban haciéndose habituales en el Territorio Ganadero y se empezaba a sospechar de aquellos que los practicaban. Steve todavía no era del todo sospechoso. Pero se sabía con toda seguridad que el virginiano ya no se relacionaba con él. Y ninguno de los dos hombres hablaba del motivo.

Además, habían llegado noticias de que la escuela de Bear Creek por fin estaba

acabada: el suelo, las paredes y el techo, y que una dama de Bennington, Vermont, amiga de la señora Balaam, había decidido repentinamente que intentaría instruir a la nueva generación.

El juez y la señora Henry lo sabían porque la señora Balaam les habló de la pena que tenía por estar ausente del rancho en Butte Creek cuando su amiga llegó, y por no poder agasajarla. Su amiga había tomado la decisión de repente, lo cual constituye el tema del próximo capítulo.

VIII

LA SOLTERONA SINCERA

No sé con cuál de los dos cálculos —el del señor Taylor o el del virginiano— estarían ustedes de acuerdo. ¿Creyeron que la tal señorita Mary Stark Wood de Bennington, Vermont, tenía cuarenta años? Se habrían equivocado. Cuando escribió la carta a la señora Balaam, de la cual he transcrito varios párrafos en estas páginas, tenía veintiún años o, para ser más precisos, veinte años y ocho meses.

Bueno, no es muy habitual que las damas jóvenes veinteañeras contemplen la posibilidad de viajar casi dos mil millas hacia un territorio donde los indios y los animales salvajes viven sueltos, a menos que vayan a realizar tal viaje con un protector, o si van hacia los brazos de algún protector al final del camino. Ni tampoco enseñar en la escuela de Bear Creek es una ambición para tal tipo de jóvenes damas.

Pero la señorita Mary Stark Wood no era una joven dama al uso por dos razones.

La primera era su ascendencia. Si lo hubiera deseado, podría haber pertenecido a cualquiera de las sociedades patrióticas de las que en Norteamérica tanto hemos oído hablar. Podría haberse asociado al Boston Tea Party, al Ethan Allen Ticonderogas, a las Green Mountain Daughters, al Saratoga Sacred Circle o a las Confederated Colonial Chatelaines. Era descendiente directa de la histórica dama cuyo nombre llevaba, aquella Molly Stark que no enviudó tras la batalla en la que su señor, su capitán John luchó tan valientemente que su nombre ha perdurado a través de generaciones de escolares. Este antepasado era su principal reclamo para ser miembro de todas esas brillantes sociedades que he enumerado. Pero ella no sintió deseo de unirse a ninguna de ellas, aunque no le faltaron invitaciones para hacerlo. No podría decirles cuáles fueron sus motivos. Sin embargo, sí puedo decirles esto. Cuando se hablaba bien de estas sociedades en su presencia, su semblante vivaz se avivaba aún más y añadía palabras de elogio o respeto a las alabanzas generales. Pero cuando recibía una invitación para unirse a alguna de estas organizaciones, su semblante, cuando leía la carta, adoptaba una expresión conocida por sus amistades como la de «levantar al aire la nariz». No creo que las razones de Molly para rechazar las invitaciones pudieran ser acertadas. Debo añadir que su posesión más preciada —un tesoro que la acompañaba incluso cuando pasaba una noche fuera de casa— era una reliquia familiar, un retrato en miniatura de la original Molly Stark pintado cuando su antepasada apenas contaba con más de veinte años. Y cuando cada verano la joven Molly iba a Dunbarton, New Hampshire, para realizar la consabida visita familiar a los últimos supervivientes de su conexión con el apellido Stark, nada de lo que oía en las casas de Dunbarton la complacía más que, cuando cierta tía abuela la tomaba por la mano y, tras examinarla detenidamente, afirmaba:

—Querida, cada año que pasa te pareces más a la esposa del General.

—Supongo que lo dices por mi nariz —le contestaba entonces Molly.

—Tonterías, niña. Tienes la longitud de nariz de la familia y nunca he oído que eso nos desfavoreciera.

—Pero no creo que sea lo suficientemente alta.

—Venga, corre a tu habitación y vístete para el té. Los Stark siempre han sido puntuales.

Y, tras esta conversación, Molly corría a su habitación y allí, a solas e incluso arriesgándose a llegar más tarde que los Stark, examinaba dos objetos durante un minuto antes de empezar a vestirse. Estos objetos, como ya habrán adivinado correctamente, eran el retrato en miniatura de la esposa del General y el espejo.

Esto en cuanto al linaje de la señorita Molly Stark Wood.

La segunda razón por la que no era una joven normal se debía a su carácter. Un carácter que era producto del conflicto entre el orgullo y la alcurnia y las estrecheces familiares.

Tan solo un año antes estaba a punto de ser presentada en sociedad —no una gran sociedad metropolitana, sino una sociedad que la habría recibido y acogido en sus pequeños bailes y pequeñas comidas en Troy y Albany y Williamstown—, pero la fortuna le había dado la espalda a los Wood. Nunca tuvieron grandes posesiones, pero les bastaba con lo que tenían. Generación tras generación, la familia había ido a colegios de buenas familias, solían hablar y comportarse como las buenas familias y vivían y morían como las buenas familias. Y, entonces, los aserraderos quebraron.

En lugar de pensar en su primer traje de largo, Molly encontró algunos alumnos a los que enseñar música. Bordaba iniciales en los pañuelos por encargo. Y recogía fruta para hacer conservas. Ese artilugio llamado máquina de escribir ya existía por aquel entonces, pero los tiempos de las mujeres mecanógrafas apenas habían comenzado tímidamente, de lo contrario creo que Molly habría preferido ese trabajo a los pañuelos y las conservas.

Algunos en Bennington se preguntaban «cómo era posible que la señorita Wood fuera de casa en casa dando clases de piano teniendo en cuenta que era una dama». Siempre ha existido esa clase de personas, supongo, porque la sociedad siempre alberga cierta cantidad de basura. Pero no es necesario que perdamos más tiempo con ellas, más allá de mencionar otro de los rumores en relación a Molly. Todas, a una misma voz, afirmaban que Sam Bannett era lo suficientemente bueno para una joven que se dedicaba a bordar a cinco céntimos la letra.

—Me atrevería a decir que él tenía una bisabuela tan buena como la de ella —afirmaba la señora Flynt, esposa del pastor baptista.

—Es lo más probable —respondía el rector episcopal de Hoosic—, aunque la cuestión es que no sabemos quién fue.

El rector era amigo de Molly. Tras esta sutil observación, la señora Flynt no volvió a decir nada más y continuó sus compras en la tienda en la que ella y el rector habían coincidido. Más tarde, confesó a una amiga que siempre había pensado que la Iglesia Episcopal era demasiado esnob y que ahora estaba segura de ello.

Y de esta manera la opinión pública continuó mostrando su indignación por la conducta de Molly. Podía rebajarse a trabajar por dinero y, sin embargo, pretender estar por encima del joven más prometedor de Hoosic Falls, ¡y todo porque sus abuelas eran diferentes!

¿Era esta la razón en el fondo? ¿En el verdadero fondo? No puedo estar seguro, porque nunca he sido mujer. Quizás pensaba que el trabajo no era rebajarse y que el matrimonio en cambio podría serlo. Quizás... lo único que sé con certeza es que Molly Wood continuó felizmente bordando pañuelos, haciendo conservas y enseñando a sus alumnos... y rechazó en firme a Sam Bannett.

Y así continuó hasta que cumplió veinte años. Luego, algunos miembros de su familia empezaron a comentar lo rico que Sam iba a ser... y, de hecho, ya era. Fue en esa época cuando escribió a la señora Balaam sobre sus dudas y deseos de migrar a Bear Creek; su rostro palideció, sus amigos llegaron a pensar que estaba sobrecargada por el trabajo y la señora Flynt temía que perdiera su atractivo. También fue en esta época cuando estrechó su relación con la tía abuela de Dunbarton y recibió mucho consuelo y apoyo por parte de ella.

—¡Jamás! —dijo la anciana—, sobre todo si no puedes amarle.

—Me gusta —dijo Molly—, y es muy atento.

—¡Jamás! —repitió la anciana—. Cuando yo muera, heredarás algo... y no falta mucho para eso.

Molly abrazó impulsivamente a su tía e interrumpió sus palabras con un beso.

Y, entonces, una tarde de invierno, dos años más tarde, se precipitó la gota que colmó el vaso.

La puerta de entrada de la vieja casa se cerró. Y por ella había salido el persistente pretendiente. La señora Flynt lo vio marcharse en su elegante carroza.

—¡Esa chica es idiota! —dijo furiosa, y se apartó de la ventana del dormitorio donde había estado apostada observando.

Dentro de la vieja casa también se había cerrado una puerta. Era la puerta de la habitación de la propia Molly. Y allí estaba sentada ahora, deshecha en lágrimas. Porque no soportaba herir a un hombre que la amaba con todas sus fuerzas.

Fue al anochecer cuando se abrió su puerta y una anciana entró sigilosamente.

—Querida —se atrevió a decir—, y no pudiste...

—¡Oh, madre! —gritó la joven—, ¿has venido a decirme eso, también?

Al día siguiente, la señorita Wood endureció su semblante. En tres semanas aceptó el puesto en Bear Creek. En dos meses partió, con el corazón compungido, pero con el espíritu ansiando lo desconocido.

IX

LA SOLTERONA CONOCE LO DESCONOCIDO

Un lunes a mediodía un grupo pequeño de jinetes avanzaba en fila por la ruta de Sunk Creek para recoger el ganado en la extensión de prado asignada. La primavera había regresado y ellos, mientras galopaban y se reunían tras la faena de la fría semana, maldecían alegremente y en ocasiones cantaban. El semblante del virginiano estaba serio y hablaba poco, pero iba cantando una cancioncilla... unos setenta y nueve versos. Setenta y nueve versos poco reproducibles aquí, y sus compañeros vaqueros los jaleaban con gran regocijo. Estos, sabiendo que era un hombre peculiar, evitaban presionarle y esperaban que él sacara el buen humor para que así no se cansara de la canción; pero, tras un día de silencio aparentemente taciturno, elevaba su voz suave y cantaba:

Si vas a tontear con mi Lulú^[6]
Te voy a decir lo que haré:
Te sacaré el corazón con
Mi cuchillo,
Y te dispararé con mi
Pistola también...

Entonces, todos entonaban estridentemente el último verso y lo continuaban cantando tres, cuatro, diez veces mientras pateaban el suelo siguiendo el ritmo.

A la altura de las llanuras del Bear Creek, que se abren como ensenadas entre los promontorios de las solitarias colinas, llegaron a la escuela, ya con el techo y preparada para recibir a la primera camada nativa de Wyoming. Simbolizaba el amanecer de una comunidad y había provocado un cambio en el aire salvaje. A los espíritus libres de los vaqueros esta visión los dejó fríos y se dijeron unos a otros que, con tantas mujeres, niños y cercas metálicas aquel territorio iba a dejar de ser una tierra para hombres. Pararon a comer en el rancho de un antiguo compañero. Echaron un vistazo por encima de la verja y allí estaba, entretenido entre los surcos de tierra del huerto.

—¿Recogiendo florecillas? —preguntó el virginiano, y el antiguo compañero le preguntó si es que no era capaz de reconocer unas patatas a menos que estuvieran puestas encima de un plato. Pero también les sonrió avergonzado, porque sabían que él no siempre había vivido en un huerto. Luego, los invitó a entrar en su casa, donde vieron una cosa gateando por el suelo con un puñado de cerillas. Él se dispuso a quitarle las cerillas, pero paró alarmado por el vociferante resultado y su esposa asomó la cabeza por la puerta de la cocina para regañarle por hacer llorar al pequeño Christopher.

Cuando la mujer vio las cerillas se quedó horrorizada, pero luego, al ver que el bebé se quedaba callado en los brazos del virginiano, sonrió al vaquero y regresó a la cocina.

Entonces, el virginiano volvió a hablar lentamente:

—¿Cuántos extraños bajitos tienes por aquí, James?

—Solo dos.

—¡Caramba! ¿No hace ya casi tres años desde que os casasteis? No debes dejar que se te eche el tiempo encima, James.

El padre volvió a sonreír a sus invitados, quienes a su vez se volvieron tímidos y educados; porque la señora Westfall acababa de entrar, vivaz y jovial, y colocó la carne encima de la mesa. Después de eso, fue ella la que habló. Los invitados comían escrupulosamente, murmurando «Sí, señora» y «No, señora» sobre sus platos, mientras su anfitriona les hablaba de incrementar el número de familias en Bear Creek y de la esperada llegada de la maestra, y de la dentición precoz del pequeño Alfred y de que ya era hora de que todos ellos se casaran como James. Los solteros de silla de montar la escucharon, siempre tímidamente, pero devorando la comida hasta no dejar ni una miga, y poco después se marcharon pensativos cabalgando en grupo. Las esposas de Bear Creek todavía escaseaban, y las casas eran pocas y dispersas; la escuela solo era una pequeña brizna en la vasta extensión de una tierra de alces, osos e indios impredecibles; pero esa noche, cuando la tierra cerca de la hoguera se llenó de mantas de vaqueros, se escuchó al virginiano murmurando para sus adentros:

—Alfred y Christopher, ¡madre mía!

Disfrutaron el matiz cuidadosamente elegido de ese juramento. También les recitó un verso nuevo sobre cómo llevó a su Lulú a la escuela para aprender el abecé, y como era bastante original e irreproducible, el campamento al completo rio y maldijo jovialmente, y luego se envolvieron en sus mantas para dormir bajo las estrellas.

También a mediodía de un lunes, un grupo lloroso de personas con faldas agitaban pañuelos hacia un tren a punto de partir de Bennington, Vermont. El rostro de una joven les sonrió una vez y luego se retiró rápidamente porque no quería que vieran cómo se apagaba esa sonrisa.

Llevaba con ella un poco de dinero, unas cuantas prendas de ropa y una firme determinación en la mente de no ser una carga para su madre ni de plegarse a sus deseos. Solo la distancia le permitiría mantener esta decisión. Aparte de esto, no poseía mucho más, a excepción de algunos libros de ortografía, un retrato en miniatura colonial y esa ansia por lo desconocido que ya se ha mencionado. Si los antepasados que llevamos dentro en silencio se turnan para dictarnos nuestras acciones y estados de ánimo, sin duda la abuela Stark era la dueña del espíritu de Molly ese lunes.

En Hoosic Junction, adonde llegó pronto, pasó junto al tren que iba de regreso a su hogar, y al ver al maquinista y al conductor —rostros que conocía bien—, le falló el valor y cerró los ojos para no ver esa fugaz visión de las cosas familiares que dejaba atrás. Para mantenerse en calma, agarró con fuerza un ramo de flores que llevaba en la mano.

Pero algo hizo que abriera los ojos y allí, ante ella, se encontraba Sam Bannett, preguntándole si podía acompañarla hasta Rotterdam Junction.

—¡No! —le dijo con un tono severo provocado por la lucha contra la pena que la consumía—. Ni una sola milla conmigo. Ni siquiera hasta Eagle Bridge. Adiós.

Y Sam... ¿qué hizo? La obedeció. Me gustaría sentir pena por él, pero la obediencia no era la respuesta de un amante en esta situación. Vaciló, su ocasión de oro pasó flotando, el conductor gritó «¡Todos a bordo!», el tren partió y allí en la plataforma siguió Sam de pie, obedientemente, tras haber pasado su ocasión de oro volando como una mariposa.

Tras Rotterdam Junction, unos cuarenta minutos más tarde, Molly Wood seguía sentada valientemente en el coche del tren, reflexionando sobre lo desconocido. Creía haber entrado en Ohio el martes por la mañana y escribió una carta sobre ello a Bennington. El miércoles por la tarde se sentía segura y escribió una carta mucho más pintoresca. Pero al día siguiente, tras desayunar en North Platte, Nebraska, escribió una carta muy larga y le contó a su madre que había visto un cerdo negro sobre un montón de blancos huesos de búfalo intentando atrapar en el aire las gotas de agua que caían de la cisterna del ferrocarril. También escribió que escaseaban los árboles. Cada hora que se adentraba más al oeste de aquel cerdo, se fue confirmando este hecho, y cuando bajó del tren en Rock Creek, ya tarde esa cuarta noche —en aquellos tiempos los trenes eran más lentos—, sintió que ya casi había llegado a lo desconocido, y envió un caro telegrama para informar de que se encontraba bien.

A las seis de la mañana, la diligencia partió hacia las artemisas y ella era la única pasajera. Al ocaso ya había pasado a través de algunos de los peligros primigenios del mundo. El segundo tiro de caballos, desacostumbrado a los arneses y en desacuerdo con la novedad, intentó quitárselos y ambos cayeron hasta el fondo de un barranco sobre sus ocho patas traseras, mientras la señorita Wood permanecía sentada en silencio y sin pestañear junto al conductor. Por todo ello, cuando se arregló el desaguisado y retomaron la carretera, el conductor estuvo proponiéndole matrimonio durante la mayor parte de las siguientes quince millas, y le habló de su acogedora cabaña, sus caballos y su mina. Entonces, Molly bajó del pescante y siguió el camino dentro de la diligencia reivindicando su independencia y con la mirada de la abuela Stark brillando en sus ojos. En Point of Rocks, donde cenaron y acabó su viaje en la diligencia, el rostro de Molly le robó el corazón al conductor y este le habló una vez más de su cabaña y que esperaba que ella le recordara. Ella le respondió dulcemente que lo intentaría y le tendió la mano. Después de todo, era un chico de franca mirada que le había regalado el mayor cumplido que un chico o un hombre —en este sentido

— conoce; y, en todo caso, se dice que Molly Stark, en su tiempo, no era una de las Nuevas Mujeres^[7].

El nuevo conductor hizo que el primero se esfumara por completo de la mente de la joven. No era un chico de mirada franca y además había estado bebiendo whisky. Y lo bebió durante toda la noche, mientras su pasajera, indefensa e insomne dentro de la traqueteante diligencia, iba sentada tan recta como podía; tampoco la voz que oyó en Drybone la tranquilizó. El amanecer sorprendió a la blanqueada diligencia avanzando a bandazos eternamente a través del caliche con un conductor y una botella en el asiento, y una pálida joven observando la llanura y haciendo un nudo con su pañuelo y unas cuantas flores muertas. Llegaron a un río y el conductor no logró vadearlo. Dos ruedas se hundieron por debajo del nivel del agua y la lona se desprendió y cayó como una cometa en picado. Las ondas de agua lamían los radios superiores de la rueda y, cuando notó que su asiento se escoraba, Molly sacó la cabeza y preguntó con voz temblorosa si algo iba mal. Pero el conductor se limitaba a soltar improperios y latigazos sobre los caballos.

Entonces, un jinete alto apareció junto a los ejes hundidos y, sin bajar del caballo, la sacó de la diligencia tan repentinamente que Molly dejó escapar un grito. Sintió las salpicaduras, vio la corriente de agua y luego aterrizó en la orilla. El jinete le dijo algo sobre que se animara y que todo había pasado, pero sus sentidos estaban paralizados, así que no pudo reaccionar para agradecerse. Tras cuatro días de tren y treinta horas de diligencia, su dosis de lo desconocido era demasiado alta para tomarla de una sola vez. El hombre alto se retiró en silencio, dejando que la joven se recompusiera. Molly contempló con mirada ausente el río que corría alrededor de la diligencia y a un grupo de jinetes con cuerdas que enderezaron el vehículo, lo llevaron rápidamente a tierra seca y desaparecieron de inmediato con el ganado dejando escapar vigorosos gritos.

Molly vio que el jinete alto se demoraba junto al conductor y hablaba con él. Hablaba en voz tan baja que no pudo escuchar ninguna palabra, hasta que de repente el conductor protestó en voz alta. El hombre había lanzado algo, que resultó ser una botella. Esta dio un giro en el aire y se hundió en la corriente. El jinete dijo algo más al conductor y luego colocó la mano en el cuerno de la silla de montar, lanzó una mirada que se demoró ligeramente en la pasajera de la orilla, bajó los ojos al cruzarlos con los de ella y, volviendo su montura, emprendió de nuevo su camino justo cuando la pasajera logró abrir la boca y con un hilo de voz murmuró: «¡Oh, gracias!».

El conductor puso la diligencia en movimiento, escarmentado. Ayudó a subir a la señorita Wood y le preguntó, con la cabeza gacha, si se encontraba bien; luego, manso como sus caballos empapados, escaló al asiento, asió las riendas y condujo con sumo cuidado la diligencia hasta las montañas Bow Leg, como si fuera un cochecito de niños.

En cuanto a la señorita Wood, se fue recuperando mientras se preguntaba qué

debía de haber pensado de ella el jinete. Molly no era una persona desagradecida, y si él le hubiera dado la oportunidad se lo habría explicado. Tal vez se llevó la impresión de que no apreciaba su ayuda... y aquí, en medio de estas reflexiones, recordó de repente que había gritado... pero no estaba segura de cuándo. Repasó el incidente desde el principio y detectó uno o dos recuerdos confusos más... lo que había sucedido mientras ella estuvo sobre el caballo, por ejemplo. Le resultaba difícil determinar con exactitud lo que ella misma había hecho con los brazos. Sabía dónde había puesto él uno de los suyos. Y el pañuelo con flores había desaparecido. Molly hundió el brazo varias veces para buscarlo. ¿Había visto, o no, al jinete metiéndose algo en el bolsillo? ¿Y por qué se había comportado de una forma tan poco habitual en ella? En unas pocas millas, la señorita Wood ya abrigaba sentimientos de pudoroso resentimiento hacia su rescatador, y de castas esperanzas de volver a verlo.

Regresó a ese vado del río, solo, cuando los días se hacían cada vez más cortos. El vado era arena seca y el caudal una serpenteante senda de guijarros. Encontró una charca —en este cauce sobrevivían charcas durante todo el año— y, tras dejar que el poni bebiera, almorzó cerca del lugar donde había salvado a la pasajera aquel día. Donde la corriente había estado, allí se sentó, contemplando el cauce ahora totalmente seguro.

—Sin duda no le haría falta sujetarme tan fuerte esta mañana —se dijo pensativo mientras comía—. Supongo que le sorprenderá mucho cuando le cuente lo inofensivo que se ve ahora el torrente.

Ofreció al poni un trozo de pan relleno de sardinas, que el animal aceptó con pericia.

—Eres un glotón, Monte —continuó. Monte frotó los belfos contra el hombro de su amo—. No me fiaría de ti cerca de unas fresas con nata. No, señor; ni aunque hayas rescatado a una dama que se ahogaba.

Se quedó allí sentado un rato. Ella tenía los ojos azules. No le había dicho nada. Pobre chica asustada. ¿Sería la que escribió la carta a la señora Balaam? Supuso que podría ser. Bennington, Vermont. Por supuesto, era ella. La solterona sincera.

Por fin, aseguró la cincha delantera, se subió a la silla y el poni retomó su trote mecánico; porque había recorrido un largo camino y ahora iba a recorrerlo de nuevo, y lo conocía tan bien como su amo.

Por usar la jerga del Territorio Ganadero, los novillos «saltaron hasta setenta y cinco dólares». Este era un incremento en su valor enorme y sorprendente. Para haber nacido en esa época de oro no es necesario estar muerto ahora, ni siquiera ser de mediana edad; pero ya forma parte de la mitología de Wyoming... tan fabulosa como el potro saltador. En efecto, las gentes se reunían y se comportaban de la misma manera agradable e inverosímil. En el condado de Johnson y las ciudades de Natrona y Converse y otras, por no hablar del Club de Cheyenne, habían estado dando brincos

de alegría durante varias semanas, todo por los novillos; y con el ímpetu de este vigoroso precio de setenta y cinco, los hermanos Swinton ofrecían una barbacoa en el puesto de Goose Egg, su rancho en Bear Creek. Por supuesto, todo el vecindario estaba invitado y acudieron todos los habitantes en cuarenta millas a la redonda; algunos incluso desde más lejos... el virginiano había viajado ciento dieciocho. De repente, se le ocurrió que le gustaría saber cómo le iba a la gente de Bear Creek. «La gente» es como él se refería a sus amistades. Sus amistades no sabían que el sureño se había comprado unos pantalones y un pañuelo nuevos, excesivamente elegantes para una visita de ese tipo. No sabían que en primavera, dos días después del incidente con la diligencia, había averiguado accidentalmente que la dama de la diligencia iba a ser la maestra. Se había callado este hecho, y tampoco el campamento advirtió que dejó de cantar esa estrofa ochenta que había compuesto sobre Lulú y su abecé... la estrofa no reproducible. La borró casi imperceptiblemente, ofreciendo a los chicos las otras setenta y nueve a prudentes intervalos. No se imaginaban ninguna argucia. Tanto cuando frecuentaba el campamento como la ciudad, veían al mismo compañero no demasiado angelical de siempre, a quien valoraban, aunque no comprendieran del todo.

Había estado en ruta durante toda la primavera, había trabajado en las acequias durante el verano y ahora acababa de terminar el rodeo de novillos. El día anterior, mientras estaba gastando una buena cantidad de dinero en el rancho de cerdos de Drybone, un viajero del norte trajo ciertos rumores de Bear Creek y de las cercas y las cosechas de por allí, de los Westfall y la joven maestra de Vermont, para la que los Taylor habían construido una cabaña junto a la de ellos. El viajero no la había visto, pero la señora Taylor y todas las damas la tenían en gran estima, y Lin McLean le había dicho que era una mujer atractiva. Sin duda tendría un montón de acompañantes para la barbacoa de los Swinton. Un año excelente para el territorio, ¿verdad? Con el precio de los novillos por las nubes.

El virginiano le escuchó sin hacerle ninguna pregunta y abandonó la ciudad una hora más tarde, con el pañuelo y los pantalones atados y enrollados en su lona detrás de la silla de montar. Tras echar de nuevo un vistazo al vado, aunque estaba seco y no parecía en absoluto el mismo lugar, partió distraídamente. Cuando has estado meses trabajando duro, sin apenas tiempo para pensar, está claro que piensas mucho durante tus primeros días libres.

—¡Arre, Monte! —dijo, espabilándose tras un rato cabalgando. Le lanzó un latigazo a Monte, el cual amusgó las orejas afectadamente y resopló—. Vaya, ¿no te estarás creyendo en serio que eres un héroe? En realidad, ella no se estaba ahogando, glotón... —Posó su grave mirada en el caliche—. Seguramente no habrá olvidado todavía ese accidente. Supongo que será mejor que no le recuerde que me agarró y todo lo demás. No parece el tipo de mujer con la que se pueda bromear sobre tales cosas. Tenía los ojos muy azules.

Relajado y ágil en la silla, continuó trotando las sesenta millas que todavía le

separaban del baile.

X

¿DE DÓNDE SURGE EL DESEO?

Tras dos acampadas a cielo abierto, el caballo Monte del virginiano le condujo hasta el rancho de los Swinton a tiempo para la barbacoa. El caballo por fin recibió una buena comida mientras el jinete era agasajado con whisky de calidad. Whisky *de calidad*... porque, ¿no habían saltado los novillos hasta los setenta y cinco?

En la cocina de Goose Egg se estaban preparando muchas exquisiteces y fuera había un buey entero asándose. El lecho de llamas bajo la carne iba aumentando de brillo a medida que la oscuridad cubría las tierras bajas. La gran cantidad de invitados iba y venía, mientras unos hombres permanecían de pie y otros echados junto a la lumbre. Chalkeye estaba allí, y Nebrasky y Trampas y Honey Wiggin, además de otros, disfrutando de la ocasión; pero Honey Wiggin disfrutaba de sí mismo: tenía una audiencia y él estaba sentado soltándoles un discurso.

—¡Hola! —dijo al advertir la presencia del virginiano—. ¡Así que te has acercado para coger turno! El número seis, ¿no es cierto, chicos?

—Depende de quién esté llevando la cuenta —respondió el virginiano, y se echó estirado entre la audiencia.

—He visto al número uno cuando no había nadie por aquí —dijo Trampas.

—¿A qué distancia estabas cuando viste eso? —preguntó el sureño, reclinado.

—Bueno, chicos —dijo Wiggin—, yo espero que sea la señorita maestra la que diga quién es el número uno esta noche.

—¿Así que ya ha llegado al territorio? —preguntó el virginiano despreocupadamente.

—¡Que si ha llegado! —habló Trampas otra vez—. ¿Dónde has estado pastando últimamente?

—A bastante distancia de los mulos.

—Nebrasky y los chicos me dijeron que te echaron a faltar en la pradera —volvió a interrumpir Wiggin—. Dinos, Nebrasky, ¿a quién le has dado el canario que la maestra se negó a aceptar?

Nebrasky sonrió desconsolado.

—Bueno, es una dama y va de cara; no aceptará el regalo de un hombre si no va a quedarse con él. Pero tú deberías pedirle que te devolviera todas las cartas que le escribiste. Sin duda, tendrías que pedirle que te devolviera todos esos chismorreos.

—¡Ah, puff, Honey! —protestó el joven. Era bien sabido que ni tan siquiera sabía escribir su nombre.

—¡Caramba, que me aspen si ese de ahí no es Bokay Baldy! —gritó el ingenioso Wiggin, lanzándose hacia una nueva presa—. ¿Has encontrado ya los patucos, Baldy? En serio, chicos, Baldy ha tenido una suerte terrible. ¿No lo habéis oído? Baldy, ya sabéis, monta a caballo casi tan bien como la maestra. ¡Pero dadle un par de agujas de

tejer y ya veréis como les saca humo! Tejió un elegante par de patucos con pompones rosa para la señorita Wood.

—Los compré en Medicine Bow —dijo bruscamente Baldy.

—¡Vaya! ¿En serio? —asintió el hábil cómico—. Baldy los compró. De camino a la cabaña de la señorita junto a la de los Taylor empezó a pensar que tal vez eran demasiado grandes y analizó la situación. Y se decidió a decirle que no estaba seguro de la talla y que si se le caían se los podría cambiar, y cuando llegó a la cabaña, vaya, no tuvo el valor suficiente. Así que no se le ocurre otra cosa que esconder el paquete entre los arbustos y ponerse a cantarle una serenata. Pero resulta que ella ni tan siquiera está dentro de la cabaña. Está cenando en la cabaña de al lado con los Taylor, y Baldy cantando «El amor ha vencido al orgullo y a la ira» a una casa vacía. Lin McLean se estaba acercando por el corral de los Taylor, donde estaba el toro texano de Taylor. Pues bien, fue un desastre terrible. El animal enganchó a Baldy por el pantalón, pero él cayó dentro de la cerca, y Lin distrajo al toro y lo apartó, y entonces alguien robó los patucos de Medicine Bow. ¿Le vas a tejer otros, Bokay?

—La mitad de lo que cuentas no es cierto —comentó Baldy, suavemente.

—¿La mitad acerca de que te arrancó los pantalones? Bueno, da igual, Baldy; plantará a Lin también, como a todos vosotros.

—¿Hay muchos? —preguntó el virginiano. Seguía echado boca arriba, mirando al cielo.

—No sé con cuántos ha tratado allí donde creció —respondió Wiggin—. Un joven conductor de diligencias vino desde Point of Rocks un día y se marchó al día siguiente. Luego, el capataz del puesto 76 y el jinete del Bar-Circle-L, y dos ayudantes del marshall, y unos cuantos vaqueros formando fila india... y a todos les ha dado con la puerta en las narices. El viejo juez Burrage de Cheyenne vino en agosto a una cacería y se quedó por aquí merodeando y no cazó nada de nada. También está ese ladrón de caballos... un tipo muy atractivo. Taylor quería advertirle sobre él, pero la señora Taylor dijo que ella cuidaría de la chica si era necesario. El señor robacaballos se dio por vencido más rápido que la mayoría, pero la maestra seguro que nunca supo que había una señora robacaballos en Poison Spider desde entonces. Ella no salía a cabalgar con él. Sí permite ir con algunos, siempre llevándose a un crío de carabina.

—¡Bah! —exclamó Trampas.

El virginiano dejó de mirar al cielo y observó a Trampas desde donde estaba tumbado.

—Creo que ella da falsas esperanzas a los hombres —dijo el desdichado Nebrasky.

—¿Falsas esperanzas? ¿Porque te deja que le enseñes a disparar? —dijo Wiggin—. Bueno, supongo que no soy quién para juzgar. Siempre he mantenido las distancias con las mujeres de bien. No se me ocurre de qué hablar con ellas. A los únicos a los que da esperanzas es a los críos del colegio. Les da besos.

—Cabalgando, disparando y besando a los niños —se burló Trampas—. Demasiado suelta de cascos para mí.

Todos se rieron. El público de la artemisa tiende al cinismo.

—Busca al hombre —siguió Trampas—. Y, cómo no, allí está. Deja a Baldy con un palmo de narices mientras ella y Lin McLean...

Se rieron ruidosamente por la descripción soez que ofreció, pero las risas se cortaron en seco porque ahora el virginiano estaba de pie junto a Trampas.

—Puedes levantarte ahora mismo y decirles que mientes —dijo.

El hombre se quedó en un silencio mortal durante un segundo.

—Pensé que dijiste que no la conocías —dijo entonces.

—¡Ponte de pie, zorro apestoso, y reconoce que eres un mentiroso!

Trampas se echó las manos hacia la espalda.

—Deja eso —dijo el sureño—. ¡O te rompo el cuello!

Los ojos de un hombre son las mejores armas letales. Trampas miró a los del virginiano y se levantó lentamente.

—No quise decir... —comenzó, y luego hizo una pausa con el rostro congestionado.

—Bueno, supongo que es suficiente. Sigue de pie. No voy a molestarte mucho rato. Al admitir que eres un mentiroso por fin has dicho la verdad ante Dios. Honey Wiggin, tú, yo y los chicos hemos ido a la ciudad demasiadas veces para que actuemos como una banda de salvajes este domingo. —Hizo una pausa y calibró la opinión general de los hombres sentados a su alrededor que le prestaban atención con estudiada inexpresividad—. Desde luego, no somos un grupo de cristianos y tal vez casi todos hemos olvidado qué es la decencia. Pero supongo que no hemos olvidado *completamente* lo que significa. Ya puedes sentarte, si quieres.

El mentiroso continuó de pie y sonrió desdeñosamente con cautela, mirando al público en general. Pero esta cambiante deidad ya no lo apoyaba a él y escuchó cómo asentían algunos. «Eso es cierto» y «Es una dama», y todo tipo de exquisitos reproches moralistas. Así pues, guardó silencio. Sin embargo, cuando el virginiano se apartó hacia el asado y la opinión general se relajó con ese alivio que experimentamos cuando acaba el sermón, Trampas se sentó en medio del renovado júbilo general y se atrevió de nuevo a hacer bromas.

—Cierra tu sucia boca —le dijo Wiggin jovialmente—. Me da igual si la conoce o si lo ha hecho por una cuestión de principios. Acepto la bronca que nos ha echado... ¡Y, por cierto, también vosotros tendréis que tragaros vuestra dosis! Venga, chicos, apoyémosle en esto.

Así pues, Trampas tragó saliva. ¿Y el virginiano?

Él había defendido la débil y cacareada honorabilidad en la reunión, y según todas las constituciones y las normas de moralidad él debería haberse sentido envuelto en esa calma especial del virtuoso. Pero ¡qué va! Había hablado; les había dejado mirar por la cerradura a su verdadero yo, y mientras se alejaba del grupo ante

el cual se declaraba culpable de decencia, se sintió más ruin que virtuoso. También le preocupaban otras cuestiones... De modo que Lin McLean rondaba a la maestra... Sin embargo, se unió a Ben Swinton aparentemente con buen talante. Tomó un poco de whisky y alabó el tamaño del barril, comentando a su anfitrión lo siguiente:

—Sin duda, no va a haber problema para servirse una segunda copa.

—Eso espero. Pero deberíamos tener más guarnición. Nos han faltado patos.

—Tú tienes el barril. ¿No los ha traído Lin McLean?

—No. Llegamos hasta el puesto Laparel intentando cazar patos. Una barbacoa de verdad...

—Hay muchos sedientos en Bear Creek. Lin McLean seguro que pasa del pato.

—Lin ya no tiene sed este mes.

—Ha firmado el contrato por un mes, ¿no?

—¡Firmado...! ¡Si ha estado haciendo arrumacos a nuestra maestra!

—Dicen que es una chica muy bonita.

—Sí, sí, muy agradable. Y antes de que te des cuenta ya te ha dado con la puerta en las narices.

—¿En serio?

—No hace más que enseñar a los malditos niños, y parece que no hay manera de que ningún adulto de buen parecer pueda llegar a interesarle.

—¡¿En serio?!

—Antes había todos los patos que uno quisiera en el Laparel, pero el idiota del cocinero está empeñado en criar pavos este año.

—Debe de ser muy cerca de donde la maestra se hundió en el agua del South Fork.

—Caramba, creo que no. ¿Cuándo? Jamás ha comentado ningún incidente... que yo sepa.

—Lo más probable es que el conductor de la diligencia se equivocara al contarlos, entonces.

—Sí. Debió de ahogar a algún otro. ¡Aquí llegan! Esa es, la que viene a caballo. Y también están los Westfall. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—A arreglarme. ¿Tienes jabón por aquí?

—Sí —gritó Swinton, porque el virginiano ahora ya se encontraba a bastante distancia—, toallas y todo lo demás en el retrete —le dijo, y se marchó a recibir a sus primeros invitados formales.

El virginiano retiró la silla de montar bajo techado.

«Así que jamás lo ha mencionado», se dijo mientras desenrollaba su manta para sacar los pantalones y el pañuelo. «No vi que Lin estuviera merodeándola». Ya había llegado al retrete y se estaba quitando el mono. Pronto, estuvo pulcramente limpio y preparado, a excepción del nudo del pañuelo y la raya del pelo. «La hubiera reconocido hasta en Groenlandia», afirmó.

Movió la vela arriba y abajo, frente al espejo, y luego movió el espejo arriba y

abajo, frente a su rostro.

—Es muy extraño que ella no lo haya mencionado.

Dobló el pañuelo una o dos veces más y, por fin, más que satisfecho con su apariencia, partió relajado hacia el sonido de los violines, que los músicos estaban afinando. Pasó por el trastero en la parte trasera de la cocina pisando con cuidado para no despertar a los diez o doce bebés echados sobre la mesa o bajo esta. En Bear Creek, los bebés y los niños siempre iban con sus padres al baile, porque se ignoraba lo que era una niñera. Así que el pequeño Alfred y Christopher estaban echados allí entre chales, en paralelo o atravesados con los pequeños Taylor, los pequeños Carmody y los Lee, y todos los vástagos de Bear Creek que todavía no podían correr a sus anchas y molestar a sus indulgentes mayores durante el baile.

«¡Vaya, Lin todavía no ha llegado!», dijo el virginiano echando un vistazo a la gente. Allí estaba la señorita Wood, de pie para bailar la cuadrilla. «No recordaba lo bonito que es su pelo. ¡Pero si solo es una chiquilla muy muy pequeña!».

Lo cierto es que ella medía un metro sesenta centímetros, pero él podía bajar la mirada y verle la coronilla.

—¡Saluden a su amorcito! —anunció el primer violinista.

Todas las parejas se hicieron una reverencia y, al girar la señorita Wood, vio al hombre en la entrada. De nuevo, como ocurrió aquel día en el South Fork, los ojos de él se apartaron de los de ella, y ella, adivinando inmediatamente por qué él había acudido allí medio año más tarde, se acordó del pañuelo y de su grito en el río, y la invadió la tiranía y el nerviosismo; porque, en efecto, él era un hombre de agradable apariencia. Así que ella se alejó bailando, obviando escrupulosamente su existencia.

—¡Primero la dama al centro! —dijo su pareja de baile, recordándole su turno—. ¿Es que ha olvidado cómo era desde la última vez?

Molly Wood ya no se volvió a olvidar y se dedicó a bailar la cuadrilla con viva devoción.

—Veo algunas caras nuevas esta noche —dijo ella, finalmente.

—Siempre olvida nuestras desgraciadas caras —respondió su pareja.

—¡Oh, no! Se trata de un forastero... ¿Quién es ese hombre negro?

—Bueno... es de Virginia, y no creo que admita ser negro.

—Supongo que algún novato...

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso ha tenido gracia, también!

Y, a continuación, la sencilla pareja de baile habló en detalle del virginiano a Molly Wood. Al final del baile, vio que el hombre junto a la puerta daba un paso hacia ella.

—Oh —dijo rápidamente a su compañero de baile—, ¡qué calor hace aquí! Debo ir a ver qué tal están los bebés.

Tras lo cual, pasó junto al virginiano mostrando una total indiferencia.

Los ojos de él permanecieron unos segundos donde ella había estado.

«Me ha reconocido de inmediato», pensó. Echó una rápida mirada y luego se

apoyó contra el vano de la puerta. «“¡Qué calor hace!” , ha dicho. Bueno, pues bien, no hace tanto calor aquí dentro, y eso de ir corriendo a cuidar a Alfred y Christopher cuando su madre natural anda saltando por aquí cerca y la tiene tan a mano... no será que se siente ofendida, ¿verdad?». Se separó de nuevo de la pared y volvió a mirar hacia el lugar por donde ella se había marchado. Y, entonces, la señorita Wood pasó por su lado resplandeciente y comenzó a bailar el *schottische* casi de inmediato. «Oh, sí, ella me conoce», pensó el vaquero moreno. «Se está tomando muchas molestias para no verme. Y todo este alboroto es muy interesante».

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió Lin McLean, agriamente. Acababa de echar un vistazo a la cocina.

—¿No bailas? —le preguntó el sureño.

—No sé cómo.

—¿Es que te ha entrado la escarlatina y has olvidado tu pasado? —preguntó el virginiano, y Lin sonrió—. Será mejor que convenzas a la maestra para que te enseñe. Ella me va a dar unas clases.

—¡Bah! —dijo el señor McLean, y se arrimó al barril.

—¡Vaya, dicen que ya has estado bebiendo este mes! —dijo su amigo, siguiéndole.

—Bueno, eso hago. ¡Ya ves qué suerte! —Los dos chocaron sus tazas de metal—. Pero no voy a sacarla a bailar —le espetó el señor McLean, con tono serio—. Me ha vetado.

—Bailar —repitió el virginiano rápidamente, y al escuchar los violines se marchó a toda prisa.

Pocos en el condado de Bear Creek sabían bailar, y los pocos que sabían en su mayor parte tan solo lograban moverse pesadamente y sin ritmo; por lo tanto, el sureño esperaba poder sacar provecho de sus habilidades. Entró en el salón. Su dama lo vio aproximarse desde el lugar donde estaba sentada y la cabeza comenzó a darle vueltas.

—¿Le apetece un baile, señora?

—¿Disculpe? —Alzó hacia él una mirada estudiadamente distante y controlada.

—Si le gustaría bailar un vals, señora, ¿querría bailar conmigo?

—Tengo entendido que es usted de Virginia —dijo Molly Wood mientras le miraba cortésmente, pero sin levantarse. Uno gana una autoridad inmensa si se mantiene sentado. Todos los buenos profesores lo saben.

—Sí, señora, de Virginia.

—He oído decir que ustedes los sureños tienen excelentes modales.

—Eso es cierto. —El vaquero se ruborizó, pero habló con su voz siempre suave.

—Pues, ¿sabe?, en Nueva Inglaterra —continuó la señorita Molly, advirtiéndole en ese momento su pañuelo nuevo y la barbilla afeitada, y luego volviendo a mirarle fijamente a los ojos— los caballeros piden ser presentados a las damas antes de

invitarlas a bailar.

Él permaneció un segundo frente a ella, cada vez más ruborizado y, cuanto más miraba ella su atractivo rostro, más crecía su propio entusiasmo. Esperaba que él sacara el tema del incidente en el río, para así mostrarse sorprendida y hacer que recordaba poco a poco y finalmente volver a ser agradable con él. Pero el virginiano no esperó.

—Mis disculpas, señora —dijo, a continuación hizo una reverencia y se marchó dejándola preocupada por que no regresara. Pero se había equivocado con aquel hombre. Regresó con gesto sereno junto al señor Taylor y fueron debidamente presentados; y así se reivindicaron las convenciones.

Nunca podremos saber qué iba a decir a continuación el vaquero, porque tío Hughey entró en escena con un vaso de agua que había ido a buscar para la señorita Wood; pidió su turno de baile y, gentilmente, se le concedió. Ella se alejó bailando de una situación en la que comenzaba a pensar que no estaba saliendo muy bien parada. Durante un segundo el virginiano observó a su dama mientras giraba ágilmente y luego salió fuera junto al tonel.

¡Que lo rechazara por el tío Hughey! Los celos son algo profundo y delicado y nutrían su rencor de muchas maneras. El virginiano se había preparado para mostrarse hostil con Lin McLean, pero al encontrarlo ahora junto al tonel sintió un hermanamiento con él y su hostilidad tomó una nueva y caprichosa dirección.

—¡Pues aquí estamos! —le dijo a McLean. Y chocaron sus copas de metal.

—¿Ya te han dado las clases? —le preguntó McLean sonriendo—. Creo que te vi aprendiéndote los pasos por la ventana.

—A tu salud —contestó el sureño y, una vez más, brindaron cordialmente.

—¿Es que te ha vetado a ti también? —preguntó Lin.

—Bueno, yo diría que debe de estar a punto, sí.

—¡Pues aquí estamos, entonces! —exclamó Lin mirándole encantado por encima de la taza—. Solo porque venga de Vermont —continuó el señor McLean— no le da derecho a sentirse el doble de orgullosa. ¡Caramba! Yo me crié en Massachusetts y también se han criado allí grandes hombres: Daniel Webster e Israel Putnam y muchos de todos esos políticos.

—Virginia es un estado pequeño pero muy decente —comentó el sureño.

—Ambos a muchísima distancia de Vermont. Me dijo que yo era el primero al que había vetado.

—¿Y qué regla estabas intentando probar en esta ocasión, Lin?

—Bueno, comencé a besarla.

—¡Estás de broma!

—¡Caramba! No intenté nada más.

—¿Supongo que paraste en seco?

—Vaya, había estado montando a caballo con ella... de la escuela a casa y de casa a la escuela, y yendo de un lado a otro, y ella me hablaba animada y me hacía un

montón de preguntas sobre mí todos los días, y yo además solo le mentí un poco. Así que pensé que no le importaría. A muchas les gusta. Pero a ella no. ¡Te lo aseguro!

—No —dijo el virginiano, profundamente orgulloso de que su dama le hubiera rechazado. La había sacado del agua en una ocasión y desde entonces él había sido su caballero andante sin recibir recompensa alguna, y ahora sintió tristeza, pero no le dijo nada a Lin; porque él, además, en sus recuerdos, sentía los brazos alrededor del cuerpo mientras la llevaba a la orilla a caballo. Por el contrario, murmuró: «¡Es totalmente ridículo!» al recordar la injusticia que ella había cometido con él mientras el indignado McLean relataba su historia.

—Esta noche me ha pisoteado, eso es lo que ha hecho, y sin previo aviso. Cuando partía hacia aquí, el señor y la señora Taylor estaban ya sentados delante en la calesa y yo estaba sujetándole el caballo y ayudándola a subirse a la silla, como había estado haciendo durante días y días. ¿Quién iba a vernos? Y pensé que no le importaría, ¡y ella va y me rechaza! Deberías haberla oído hablar de los hombres del oeste que respetan a las mujeres. Así que esas fueron las últimas palabras que intercambiamos. Hemos cabalgado veinticinco millas, ella al galope por delante mientras su caballo me tiraba toda la arena a la cara. La señora Taylor adivinó que pasaba algo, pero ella no le contó nada.

—¿La señorita Wood no lo contó?

—¡Ella no! Jamás se abre a los demás. ¡Pero desde luego que sabe cuidarse sola!

Los violines sonaban animados en la casa, y también los pies. Ya habían calentado todos juntos y sus figuras danzantes pasaban junto a las ventanas para atrás y para adelante. Los dos vaqueros se arrimaron a una ventana y miraron adentro melancólicos.

—Por allí va —dijo Lin.

—Otra vez con tío Hughey —dijo el virginiano, amargamente—. Por cómo retoza, cualquiera pensaría que el tipo no tiene esposa ni gemelos.

—Ahora es Westfall quien tiene el turno de baile —dijo McLean.

—¡James! —exclamó el virginiano—. Otro con esposa y familia, y también se pone a bailar.

—Y allá va con Taylor —dijo Lin, finalmente.

—¡Otro hombre casado! —comentó el sureño.

Rodearon el almacén y cruzaron la cocina para llegar donde los bailarines pateaban el suelo con fuerza. La señorita Wood todavía bailaba con el señor Taylor.

—Tomemos un poco de whisky —dijo el virginiano.

Se lo tomaron y regresaron, y el enfado y los sentimientos heridos aumentaron.

—El viejo Carmody la tiene ahora —balbuceó—. Ese hombre baila la polca como un terremoto. La maestra enseña a sus polluelos a deletrear perro y vaca todas las mañanas. El viejo Carmody debería estar ya bien arropado en su cama a estas horas.

Estaban de pie en el lugar apartado donde dormían los niños y justo en ese momento dos de los bebés echados bajo una silla dejaron escapar un llanto

somnoliento. Un grito mucho más fuerte, o incluso un coro al completo de lamentos, habría sido necesario para que alcanzara los oídos de los padres en el salón, tal era el jaleo que reinaba en el baile. Pero, en aquel lugar apartado, el ligero sonido llamó la atención de McLean y se volvió para ver si pasaba algo. Sin embargo, ambos bebés dormían plácidamente.

—Esos son los gemelos de tío Hughey —dijo.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó el virginiano, de repente interesado.

—Vi a su esposa ponerlos bajo la silla para poder encontrarlos rápidamente cuando se fueran a casa.

—Oh —dijo el virginiano, pensativo—. Vaya, para encontrarlos rápidamente. Sí. Los gemelos de tío Hughey. —Se acercó a un rincón desde donde podía contemplar el baile.

—Bueno —continuó, al tiempo que se daba la vuelta—, la maestra debe de tener en gran estima a tío Hughey. Está bailando con él esta cuadrilla.

El virginiano ahora hablaba con rencor, pero sus palabras se arrastraron más de lo normal y esto en él era un mal presagio. Entonces volvió la mirada a los bebés allí reunidos y envueltos en chales y mantillas de lana de distintos colores.

—Nueve, diez, once preciosos desconocidos durmiendo —contó en voz baja—. ¿Ninguno de ellos es tuyo, Lin?

—No, que yo sepa —dijo sonriendo el señor McLean.

—Once, doce. Este de aquí es el pequeño Christopher, con la mantilla de rayas azules... o tal vez sea ese rubio de ahí. Estos angelitos han empezado a visitarnos por todo Bear Creek, Lin.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Si son tan sorprendentemente parecidos en el jardín celestial —continuó el sureño con voz suave—, no me gustaría ser uno de los tipos que deben separarlos del rebaño. Además, eso me ha dado una idea bastante curiosa —añadió en voz baja—. Me has dicho que esos de debajo de la silla son los de tío Hughey, ¿no? —A continuación se agachó, levantó a los aletargados bebés y los colocó debajo de una mesa—. No, hace falta algo más —murmuró, y con una maravillosa habilidad y sumo cuidado, los desenvolvió de los chales que los abrigaban y a continuación comenzó un arduo proceso de intercambio. Durante unos segundos el señor McLean observó al virginiano, confundido. Luego, dejando escapar un aullido de júbilo al comprender, dio un brinco para secundarle.

Y mientras ambos estaban atareados con los chales y las rocas, los padres incautos continuaron bailando frenéticamente y los débiles y ocasionales lloros de su progenie no les llegaron a los oídos.

XI

«VA A QUERERME ANTES DE QUE HAYAMOS ACABADO»

La barbacoa de los Swinton acabó. Los violines se quedaron en silencio, ya se habían comido el buey y vaciado el tonel, o la mayor parte de este, y las velas ya se habían apagado; alrededor de la casa y de la hoguera en brasas no se veía movimiento de invitados, las familias hacía ya tiempo que se habían marchado a sus casas y, tras tan hospitalaria turbulencia, los Swinton dormían.

El señor y la señora Westfall cabalgaban surcando la noche y cuando ya se acercaban a su cabaña les llegó una débil voz de entre los pliegues de la mantilla.

—Jim —dijo su esposa—, te dije que Alfred se iba a resfriar.

—¡Tonterías! Lizzie, no te preocupes. No es más que un becerrillo, es normal que resople —y besó amorosamente al pequeño James.

—Pero bueno, ¡cómo puedes hablar de Alfred de esa manera, llamándole becerrillo, como si fuera un ternero, y tan hijo tuyo como mío, en serio, James Westfall!

—Caramba ¿de qué diablos estás hablando?

—¡Otra vez lo ha hecho! Corre a casa, Jim. Tiene una tos muy extraña.

Así que corrieron a casa. Pronto recorrieron las nueve millas y el bueno de James desenganchó el tiro del carro a la luz del farol del establo mientras su esposa en la casa se apresuraba a acostar a los niños. Las correas del carro ya habían caído y los caballos ahora se adelantaban para que les despojaran del resto de arreos cuando James oyó que le llamaban. En efecto, escuchó algo en la voz de su esposa que le hizo desenfundar rápidamente la pistola mientras corría. Pero no era ni un oso ni un indio... solo dos niños desconocidos sobre la cama. Su mujer los miraba aterrada.

Suspiró aliviado y dejó la pistola.

—Coge otra vez la pistola, James Westfall. La necesitarás. ¡Mira esto!

—Bueno, no creo que muerdan. ¿De quién son? ¿Dónde has metido a los nuestros?

—¿Que dónde he...? —Aquella madre se quedó sin habla durante unos segundos—. ¡Y tú me lo preguntas! —continuó—. Pregunta a Lin McLean. Pregúntale a ese que lanza a los toros a la gente y roba patucos qué es lo que ha hecho con nuestros inocentes corderillos, mezclándolos con los niños enfermos y resfriados de otras personas. Ese de ahí es Charlie Taylor tapado con las ropas de Alfred, y sé que Alfred nunca ha tosido de esa manera. Te dije que me resultaba extraño; ¡y ese otro que lleva la mantilla de Christopher en realidad no es ni siquiera un... un... chico!

Mientras este crimen contra la sociedad se despejaba en la mente de James Westfall, se sentó en la silla más cercana y haciendo caso omiso de las lágrimas de su esposa y de sus hijos intercambiados, rompió en una risotada impenitente. Sin duda, tras la repentina alarma por el peligro de un oso, se había relajado demasiado. Su

esposa, sin embargo, volvió a ponerle tenso, y para cuando volvieron a meter en el carro a los niños sustituidos que ahora berreaban a pleno pulmón y traqueteaban de regreso a casa de los Taylor, comenzó a compartir el sentimiento de indignación de su esposa, como un buen esposo y padre. Cuando llegaron a casa de los Taylor y supieron por boca de la señorita Wood que en esa casa había un niño sin mantilla a quien nadie podía identificar, y que el señor y la señora Taylor ya estaban lejos en dirección a la casa de los Swinton, James Westfall arreó a los caballos y le invadió una sed de venganza casi tan enorme como la de su esposa.

En el lugar donde se había estado asando el buey las cenizas ya estaban blanquecinas y el señor McLean, olfateando en sueños el cambio en el aire que traía el amanecer, se incorporó cuidadosamente entre los que dormían a cielo abierto y despertó a su vecino.

—Pronto amanecerá —susurró—. Tenemos que salir pitando de aquí. Nunca sospeché que tuvieras tanta maldad dentro.

—Supongo que algunos de los hombres se pondrán bravos —murmuró el virginiano perezosamente, envuelto en la calidez de las mantas.

—Te digo que tenemos que evitarles —dijo Lin por segunda vez, y frotó con la mano la negra cabellera del virginiano, que era lo único visible.

—Pues evítalos tú —fue todo lo que salió de entre las mantas—, y quítate de en medio hasta que se les pase el cabreo y puedan apreciar nuestra broma.

El sureño se hundió aún más en las mantas y el señor McLean, tras informarle de que estaba loco, se levantó y ensilló su montura. Sacó un paquete de la alforja, y tras depositarlo sigilosamente junto a Bokay Baldy, montó y desapareció. Cuando, más tarde, Baldy se despertó, descubrió que el paquete contenía un par de zapatillas floreadas.

Al pensar que el virginiano inerte era el loco, el señor McLean no demostró mucha inteligencia; siempre es el ausente el que se lleva la culpa.

Incluso antes de que Lin se hubiera alejado una milla, el repiqueteo de las ruedas los despertó a todos, y entonces llegaron los Taylor. Antes de que los Taylor despertaran a los Swinton, sonaron otras ruedas; allí estaban también el señor y la señora Carmody, y el tío Hughey con su esposa, y poco después el señor Dow, que venía solo porque su esposa había tenido otro de sus ataques de nervios... y el doctor Barker de Drybone le había recomendado que se abstuviera de cualquier excitación. Comenzaron a elevarse voces de mujeres y niños; los Westfall llegaron echando humo por las orejas, y los Thomas, y al amanecer, con todos los padres, madres, espectadores y la ruidosa prole, se había congregado tal multitud que en pocas ocasiones antes se había visto entre generaciones de hombres. Hoy en día aún se escuchan leyendas sobre esta congregación desde Texas hasta Montana; pero yo les estoy ofreciendo todos los detalles.

Por supuesto, le echaron la culpa al pobre Lin. Y allí estaba el virginiano ayudando en todo lo posible, sujetando caballos y ayudando a desmontar a las damas, mientras el nombre de McLean empezó a ser mencionado junto a frases amenazadoras. En breve, una partida dirigida por el señor Dow marchó en su búsqueda y el sureño sopesó durante un segundo si no sería mejor que les diera una pista falsa. Pero llegó a la conclusión de que sería más seguro que fueran a buscarlo.

La señora Westfall encontró a Christopher rápidamente envuelto en el chal verde de Anna María Dow, pero no se solucionaron las cosas así de rápido. El señor McLean, por lo visto, y como James Westfall afirmó lúgubrementemente, no solo había «cambiado a los críos; además, había barajado bien todo el maldito mazo», y maldijeron su diabólica treta. Los padres no fueron de mucha ayuda; fueron las madres las que hicieron el trabajo más pesado, y hacia las diez en punto algunos problemas por resolver se volvieron tan delicados que se organizó un comité de damas en una habitación con mayor privacidad —prohibiendo la entrada a los hombres—, y lo que tuvo lugar allí dentro solo lo puedo suponer.

Durante el cónclave, la partida de búsqueda regresó. No habían encontrado al señor McLean, pero sí hallaron un árbol con una nota clavada en él, en la que se leía: «¡Que Dios bendiga nuestro hogar!». Lo requisaron.

Pero el comité sí tuvo éxito; todas las madres salieron de allí, convencidas de que habían recuperado a su prole y todos los padres, ahora que sus familias habían vuelto a su ser, comenzaron a mirar de soslayo a su vecino. Una vez que un hombre se ha enfurecido tanto como para matar a otro hombre, tras el fuego de un linchamiento justo que había ardido en su corazón como sin duda había ardido durante varias horas en los corazones de estos padres, la llama habitualmente se apaga. Esto ocurre con las naturalezas generosas, a menos que la causa de la ira continúe intacta. Pero los niños habían sido identificados y ninguno había resultado herido. Todos habían recibido su nutrición materna. El incidente había acabado. El día era hermoso. Aún quedaba un tentador banquete de la barbacoa de la noche anterior. Estos padres de Bear Creek no eran capaces de mantener la ira al rojo vivo. La mayoría de ellos, como eran todavía más amantes de sus esposas que padres de sus hijos, comenzaron a ver el lado divertido de la aventura y dejaron de sentir tanto rencor contra Lin McLean.

Pero no fue así en el caso de las mujeres. Estas clamaban pidiendo venganza; pero gritaron en vano y les respondieron con sonrisas.

La señora Westfall discutió durante un buen rato que se debía castigar al delincuente.

—De todas formas —insistía—, fue una provocación por su parte clavar esa nota en el árbol. Lo podría perdonar si no fuera por eso.

—Sí —habló el virginiano en medio de ellos—, no fue nada correcto. Especialmente porque yo soy el hombre al que estáis buscando.

Se quedaron en silencio ante su afirmación.

—Venid y matadme —continuó, mirando a la gente a su alrededor—. No me

resistiré.

Pero ellos no pudieron resistirse a la manera en la que el virginiano había mirado a su alrededor. Había elegido el momento adecuado para su confesión, como un capitán de caballería espera el momento adecuado para ordenar la carga. Sin duda, recibió algunos reproches; los peores vinieron por parte de las madres. Y lo único que pudo decir en su defensa fue: «me dejo llevar muy fácilmente».

—¿Pero qué querías demostrar? —preguntó Westfall.

—Que me aspen si lo sé a estas alturas. Supongo que la culpa la tuvo el whisky.

—Me importaría menos —dijo la señora Westfall— si se te viera un poco arrepentido o avergonzado.

El virginiano sacudió la cabeza con aire de arrepentimiento.

—Lo intento —dijo.

Se sentó, desarmando a sus acusadores, hasta que se pusieron a dar cuenta de las copiosas sobras de la barbacoa. Él no se unió a ellos durante la comida. Reconozco haber cometido un descuido al decirles que la señora Dow fue la única dama ausente esa mañana histórica. Hubo otra ausente.

El virginiano se alejó cabalgando relajadamente bajo el sol de otoño, y mientras avanzaba hizo una pregunta a su caballo Monte.

—¿Crees que ella también te habrá olvidado a ti, zampabollos? —dijo. En lugar de los pantalones nuevos, el vaquero llevaba las piernas cubiertas por las chaparreras de cuero. Pero llevaba el pañuelo nuevo atado al cuello. La mayoría de los hombres hubieran deseado igualar su aspecto.

—Eh, Monte —dijo—, ¿estará en casa?

Era domingo y no había colegio; la encontró en su cabaña, junto a la casa de los Taylor. Le brillaban mucho los ojos.

—Pensé en hacer una visita —dijo él.

—Vaya, ¡es una pena! El señor y la señora Taylor han salido.

—Sí, han estado muy ocupados. Por eso pensé en hacer una visita. ¿Le gustaría venir a cabalgar, señora?

—¡Válgame el cielo! Yo...

—Puede montar mi caballo. Es dócil.

—¡Vaya! ¿Y usted pasea?

—No, señora, ni tampoco lo montaremos los dos juntos en *esta* ocasión. —Al decir esto, ella se ruborizó profundamente y él, tras advertirlo, continuó en voz baja —: Yo montaré uno de los caballos de Taylor. Taylor me conoce.

—No. No creo que pudiera hacerlo. Pero gracias. Muchas gracias. Ahora debo irme y ver qué tal va la chimenea de la señora Taylor.

—Yo me ocuparé de eso, señora. Me gustaría mucho que viniera a cabalgar. No tiene que andar preocupada por los niños esta mañana.

Al sentir ese dardo, la abuela Stark revivió en lo más hondo del espíritu de su descendiente y Molly le declaró altivamente la guerra.

—No sé a qué se refiere, señor —respondió.

Ahora él estaba en peligro; porque lo fácil era caer en la cruda impertinencia de preguntarle a ella por qué, entonces, le hablaba con tanta brusquedad. Había varias respuestas fáciles de este tipo a su disposición. Y cualquier descortesía le haría perder la batalla. Pero el virginiano no era de la clase de hombres que pierden las batallas de esa manera. Su dardo había acertado. Ella pensaba que se refería a aquellos bebés con los que la pasada noche ella había mostrado tan innecesaria atención. Que se sintiera culpable. Eso es lo que él había deseado antes de comenzar sus tejemanajes con los bebés.

—Caramba, quiero decir —replicó él, al tiempo que se sentaba cerca de la puerta—, que es domingo. Y que la escuela no le impedirá disfrutar de una vuelta a caballo hoy. Mañana enseñará a los niños con más ganas, señora. Puede que incluso sea su deber hacerlo —y le sonrió.

—¡Mi deber! Me parece bastante original que un extraño...

—¿Soy un extraño? —le interrumpió él, disparando su primer ataque—. Nos presentaron, señora —continuó, advirtiendo que ella se había vuelto a ruborizar—. Y no me gustaría incomodarla por nada del mundo. Me marcharé si así lo desea.

Tras lo cual, se levantó en silencio y permaneció erguido con el sombrero en la mano.

Molly se puso nerviosa. No quería en absoluto que se marchara. Ninguno de sus previos admiradores había sido como aquella criatura. Las chaparreras de cuero con flecos, la cartuchera, la camisa de franela, el pañuelo atado al cuello, todo aquello ya le resultaba más que familiar. Desde su llegada, había visto a los jóvenes y los viejos ataviados de aquella manera. Pero esas mismas prendas en aquel hombre que ahora se erguía junto a su puerta parecían irradiar romanticismo. Molly no quería que se fuera... pero también deseaba ganar la batalla. Y entonces, inquieta, endureció su rostro de repente, como le ocurrió en Hoosic Junction. ¡Aquel hombre iba a tener un castigo que no olvidaría!

—Y usted se considera un hombre, supongo —dijo ella.

Pero él no vaciló ni un segundo. La fiereza de Molly le resultaba de lo más placentera, y un tierno deseo de posesión lo invadió.

—Un hombre maduro y responsable —insistió ella.

—Sí, señora. Eso creo. —Ahora él volvió a sentarse.

—Y usted les dejó que creyeran que... que el señor McLean... ¡no se atreva a decirme mirándome a los ojos que el señor McLean hizo aquello ayer por la noche!

—Supongo que no lo haré.

—¡Vaya! ¡Lo sabía! ¡Lo dije desde el principio!

—¡Y eso que soy un extraño para usted! —murmuró él.

Era su segundo ataque. La dejó gravemente tocada. Molly se quedó en silencio.

—¿Y a quién se lo mencionó, señora?

Ella pensó que esta era su ocasión para vencerle.

—¿Por qué?, ¿le preocupa? —y dejó escapar una risita.

—Yo mismo se lo dije a ellos. Y la sorpresa de todos parecía tan auténtica que me mortifica pensar que me engañaran tan perfectamente cuando en realidad ya lo sabían por usted.

—Yo no le vi. Supe que debía ser así... Por supuesto, no se lo dije a nadie. Cuando dije que lo dije desde el principio, me refería... bueno, usted sabe perfectamente a lo que me refería.

—Sí, señora.

La pobre Molly estaba a punto de dar una patada al suelo. Y se apresuró a decir:

—¿Y qué clase de broma es esa? ¿Considera que es de hombres asustar y disgustar a mujeres por... por ninguna razón en absoluto? Jamás hubiera imaginado que una persona que lleva pistola y cabalga un gran caballo fuera capaz de tales actos. Me daría miedo salir a cabalgar con un protector tan inmaduro.

—Sí, aquello sin duda fue una niñería. Sus palabras me hieren, porque tal vez sí ha habido otras veces en las que actué de forma bastante parecida a como actuaría un hombre. Pero, sin duda, me olvidé de que nos presentaran antes de hablar con usted ayer noche. Porque, caramba, ha acertado conmigo al menos en una cosa. ¿No quiere adivinar también de qué se trata?

—No puedo quedarme aquí sentada adivinando por qué personas que debieran tener más sentido común no se comportan como deben...

—Bueno, señora, he sido claro y lo he reconocido. Y no me está pagando con la misma moneda. Me disculparé si le digo lo que tengo derecho a decirle en un lenguaje no tan refinado como el que me gustaría usar con usted. Pero, en South Fork Crossing, ¿quién hizo las presentaciones? ¿Se quejó entonces de que yo fuera un desconocido?

—Yo... ¡no! —dijo rápidamente y, a continuación, con tono dulce—: El conductor me dijo que, *en realidad*, no corrimos tanto peligro allí, ¿sabe?

—Pero no es eso lo que quiero decir. Usted es una mujer madura, una mujer responsable. Ha venido desde tan lejos sola a estas tierras inhóspitas para enseñar a niños que juegan... al corre que te pillo, al escondite y a otras tonterías a las que deberán renunciar cuando crezcan. ¿No cree que fingir que no conoce a un hombre —su nombre no importa, sino *él*—, un hombre al que estaba lo suficientemente agradecida por haberla ayudado cuando lo necesitaba...? ¿No cree que se parece bastante al escondite que juegan los niños? No estoy tan seguro de que en este cuarto no estemos comportándonos como tales.

Molly Wood le miró con desdén.

—Me parece que usted no me gusta —dijo ella.

—Me parece justo. Pero va a quererme antes de que hayamos acabado. Me gustaría que viniera a cabalgar, señora.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Así que voy a quererle? ¿Y cómo lo logrará? Sé que algunos hombres piensan que solo les hace falta sentarse, mirar fijamente y soltar ingeniosos comentarios a una chica...

—¡Por Dios Bendito! ¡Yo no le estoy lanzando ningún comentario ingenioso! — La risa se apoderó de él durante unos segundos y a la señorita Wood le gustó mucho su risa—. Por favor, venga a cabalgar —le conminó—. Hace un día de lo más agradable.

Ella le lanzó una mirada franca e hizo una pausa.

—Me retractaré de dos cosas que le he dicho —le respondió por fin—. Creo que sí me gusta. Y sé que, si saliera a cabalgar con usted, no sería un protector inmaduro —y, entonces, con un gesto de saludo, le ofreció su mano—. Y siempre he querido agradecerle lo que hizo en el río.

Él tomó su mano y el corazón le dio un vuelco.

—¡Está hecha todo un caballero! —exclamó él.

Y ahora fue el turno de ella de dejarse llevar por la alegría.

—Siempre quise ser un hombre —dijo ella.

—Pues estoy muy contento de que no lo sea —dijo él, mirándola.

Pero Molly ya había recibido suficientes ataques en un solo día. Ya no podía admitir ni uno más y retomó competentemente el control de sus emociones.

—¿Dónde aprendió a hacer unos discursos tan bonitos? —le preguntó—. Bueno, da igual. Está claro que tiene mucha práctica para ser tan joven.

—Tengo veintisiete años —explotó el virginiano, y de repente supo que había hablado como un idiota.

—¡Quién se lo habría imaginado! —dijo Molly, con tono de burla contenida. Sabía que por fin había ganado un tanto, y que ese día ella saldría victoriosa—. No esté tan seguro de alegrarse de que no sea un hombre —le dijo, y se percibía cierto tono retador en su voz.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —afirmó él.

—Y es que ya tengo casi veintitrés años —concluyó ella, y le lanzó una mirada para comprobar su reacción.

—¿Y no vendrá a cabalgar? —insistió él.

—No —le respondió ella—; no.

Y él supo que no iba a poder convencerla.

—Entonces me despido de usted —dijo él—. Pero volveré. Y la próxima vez traeré un caballo dócil para que lo monte usted.

—¡La próxima vez! ¡La próxima vez! Bueno, tal vez entonces vaya. ¿Vive muy lejos?

—Vivo en el rancho del juez Henry, allá al otro lado —señaló las montañas—. Está junto al Sunk Creek. Una ruta bastante agreste, pero calculo que puedo venir a verla dentro de un día. Bueno, espero que disfrute de buena salud, señora.

—¡Oh, una cosa! —dijo Molly Wood, alzando la voz rápidamente mientras él se

alejaba—. No... no tengo miedo a los caballos. No es necesario que traiga uno demasiado dócil. Yo... estaba cansada ese día y... y en situaciones normales no suelo gritar.

Él se volvió y la miró de tal forma que hizo que ella apartara la mirada.

—¡Que Dios la bendiga! —dijo él—. ¿Podría regalarme una de esas flores?

—¡Oh, por supuesto! Me alegra mucho ver que le gustan a la gente.

—Son de un color muy parecido al de sus ojos.

—Deje en paz mis ojos.

—No puedo evitarlo, señora. No desde South Fork.

Se colocó la flor en la banda de cuero del sombrero y se alejó cabalgando sobre su caballo Monte. La señorita Wood se quedó un momento mirando y luego dio unos pasos hacia su verja, desde donde todavía podía verlo, y luego, con una leve sacudida de cabeza, entró y cerró la puerta.

Más tarde ese mismo día, el virginiano se encontró con el señor McLean, que echó un vistazo al sombrero e inocentemente canturreó «Mi Lulú cogió una margarita».

—Ni se te ocurra, Lin —dijo el sureño.

—Entonces, ni se me ocurrirá —dijo Lin.

Cuando nos dormimos por la noche, nuestros pensamientos con frecuencia vagan entre los dos mundos.

«¿De qué color eran sus ojos?», se preguntó Molly recostada en su almohada. «El bigote no es tan espeso como el de la mayoría de ellos. Sam jamás me miró de esa manera... ¿Azules?... no... ¿Grisas?... sí... Grises... ¿Lo eran?... Hoosic Junction... No... No puede venir conmigo... Bájese de su caballo... todos los pasajeros están mirando...».

Y mientras Molly soñaba que el virginiano había entrado a caballo dentro del vagón del tren y se había sentado junto a ella, el fuego en la gran chimenea de piedra de su cabaña parpadeaba en silencio y sus destellos de vez en cuando iluminaban el retrato en miniatura de la abuela Stark que colgaba de la pared.

Acampado en la ruta del Sunk Creek, el virginiano se decía a sí mismo bajo las mantas:

«No soy muy mayor para educarme. Tal vez ella me preste libros. Y observaré sus maneras y aprenderé... quieto ahí, Monte... Puedo aprender mucho más que los niños sobre eso... Eh, Monte... zampabollos, para... Se ha comido su libro, señora, pero yo lo traeré...».

Y, entonces, el virginiano se quedó profundamente dormido.

XII

EQUIDAD E IGUALDAD

Para el círculo social de Bennington, una carta de Bear Creek siempre era una bienvenida excusa para reunirse y escuchar acontecimientos tan extraños para las gentes de Vermont. Y cuando la historia de los bebés cambiados llegó debidamente por correo produjo un revuelo mayor del habitual y se leyó a un gran número de vecinos complacidos y escandalizados.

—Detesto que ella esté en un lugar donde ocurren tales cosas —comentó la señora Wood.

—Ojalá hubiera podido estar allí —dijo su yerno, Andrew Bell.

—No menciona quién llevó a cabo la broma —señaló la señora de Andrew Bell.

—Tampoco nos serviría de mucho saber quién fue —afirmó la señora Wood.

—Me gustaría toparme con el autor —dijo Andrew.

—¡Oh, ni hablar! —respondió la señora Wood—. Son todos horribles.

Y escribió una respuesta de inmediato, suplicando a su hija que se cuidara mucho y que se pasara a ver a la señora Balaam siempre que pudiera. «Y a otras damas que vivan cerca de ti. Porque me da la impresión de que estás en una comunidad de matones. Ojalá dejaras todo aquello. ¿Es que esperabas que me riera con el incidente de los bebés?».

La señora Flynt, cuando conoció la historia (no había sido invitada a la lectura de la carta) comentó que siempre le había parecido que Molly Wood era un tanto vulgar, justo cuando comenzó a dar clases de música como cualquier alemana de tres al cuarto.

Pero la señora Wood sintió un profundo alivio cuando llegó la siguiente carta. Esta no contenía nada horrible sobre barbacoas o bebés. Mencionaba la gran belleza del tiempo y lo bien y fuerte que se sentía la escritora gracias al excelente aire de la región. Y pedía que le enviaran libros, muchos libros de todo tipo, novelas, poesía y todos los clásicos buenos y cualquier otro nuevo que pudieran donar. Ediciones baratas, por supuesto.

—¡Claro que los conseguiremos! —dijo la señora Wood—. ¡Su mente debe estar ávida de conocimiento en ese lugar tan horrible!

La carta no era muy larga y, además de los libros, se hablaba de poco más a excepción del tiempo excelente que hacía y las buenas condiciones para realizar ejercicio al aire libre. «No tienes ni idea», decía, «de lo placentero que resulta cabalgar, especialmente sobre un caballo brioso, lo cual ahora se me da bastante bien».

—¡Qué agradable es todo! —dijo la señora Wood dejando a un lado la carta—. Espero que el caballo no sea demasiado brioso.

—¿Y con quién sale a cabalgar? —preguntó la señora Bell.

—No lo dice, Sarah, ¿por qué?

—Oh, por nada. Extrañamente, de vez en cuando se olvida de mencionar cosas.

—¡Sarah! —exclamó la señora Wood, con tono de reproche—. Oh, bueno, madre, sabes tan bien como yo que puede ser una mujer muy independiente y poco convencional.

—Sí, pero no en ese sentido. Nunca quería salir a cabalgar con el pobre Sam Bannett y, después de todo, era una compañía adecuada.

Sin embargo, en la siguiente carta, la señora Wood aconsejaba a su hija que no se pusiera en manos de nadie que la señora Balaam no aprobara totalmente. La buena dama nunca sería capaz de entender que la señora Balaam vivía a un largo día de viaje de Bear Creek y que Molly solo la veía una vez cada tres meses. «Te hemos enviado libros», le escribió su madre; «todo el mundo ha contribuido con lo que tenía: Shakespeare, Tennyson, Browning, Longfellow y una cantidad de novelas de Scott, Thackeray, Hawthorne, y otros escritores menores; algunos volúmenes de Emerson, y la obra de Jane Austen completa, ya que te gusta tanto en particular».

Este envío de obras literarias llegó a Bear Creek una semana antes de la Navidad.

Para cuando llegó el Año Nuevo, el virginiano ya había iniciado su educación.

—Bueno, he logrado acabármelos —dijo tras entrar en la cabaña de Molly en febrero. Y dejó sobre la mesa dos libros.

—¿Y qué piensa de ellos? —preguntó ella.

—Pienso que hoy sin ninguna duda me he ganado un largo paseo a caballo.

—Georgie Taylor se ha lesionado el tobillo.

—No, no me refiero a esa clase de paseo a caballo. Me he ganado un paseo de nosotros dos a solas. He leído todas y cada una de las palabras que hay en esos libros, ¿sabe?

—Me lo pensaré. ¿Le han gustado?

—No... No mucho... Si hubiera sabido que uno era una historia de detectives, le habría pedido que me diera alguna otra cosa. ¿Puede adivinar quién es el asesino, o es el autor demasiado listo para usted? Eso es todo lo que pueden ofrecer. Bueno, en esta ocasión el escritor era demasiado listo para mí, pero no me angustió en absoluto. Y ese otro libro tiene demasiadas palabras...

Molly se mostró escandalizada y le dijo que se trataba de una obra maestra.

—Oh, sí, sí. Un libro excelente. Pero el autor podría dejarse de tanta cháchara. No le deja a uno en paz.

—¿No sintió lástima por la pobre Maggie Tulliver^[8]?

—Hum. Sí. Lo sentí por ella, y también por Tawmmy. Pero el escritor hizo lo correcto al ahogarlos a ambos.

—No lo escribió un hombre. Fue una mujer.

—¡Una mujer! Bueno, ya entiendo por qué habla demasiado.

—¡No voy a ir a cabalgar con usted! —chilló Molly.

Pero sí fue. Y él regresó a Sunk Creek, no con una historia de detectives en esta

ocasión, sino con una novela rusa.

Era casi abril cuando se la devolvió... y una densa ventisca hizo que se perdieran su paseo a caballo. Así pues, se pasaron el rato dentro de la casa, sin hablar ni una sola palabra de amor. Cuando se dispuso a partir, le pidió algún otro libro del mismo ruso. Pero ella no tenía ninguno más.

—Ojalá tuviera otro —dijo él—. Nunca leí un libro que supiera decir la verdad como este.

—Vaya, ¿y qué le ha gustado tanto? —exclamó Molly; a ella le parecía una obra de mal gusto.

—Todo —respondió él—. Ese joven renegado y su familia^[9], que no puede entenderle... porque él va por vía ancha, ¿comprende?, y el resto por vía estrecha. —El virginiano miró a Molly unos segundos casi tímidamente—. ¿Sabe? —dijo, y el rubor se extendió por su rostro—, estuve a punto de llorar cuando aquel descastado agonizaba y pensé: «Fue un gigante». La vida lo hizo ir por la vía ancha, ¿comprende? Y luego le arrebató cualquier salida.

A Molly le gustó ver que el virginiano se ruborizaba. Le hacía parecer más atractivo. Pero pensó que probablemente se debía a su confesión de haber estado «a punto de llorar». No llegó a adivinar la causa profunda de ese rubor; que él, como el héroe moribundo de la novela, se sentía un gigante a quien la vida le había puesto en la «vía ancha» y luego le negó cualquier oportunidad. Una naturaleza fecunda engendra y malgasta miles de estas valiosas semillas en el páramo de la vida.

Se llevó en esta ocasión un libro de Shakespeare.

—He visto buenas obras de este autor —comentó.

La amable señora Taylor, desde la puerta de su cabaña, lo vio alejarse cabalgando bajo la ventisca en dirección a la solitaria ruta de montaña.

—Si esa chica no tiene en mente aceptarle pronto —le comentó a su esposo—, le haré saber lo que pienso.

Taylor se quedó atónito.

—¿Es que él piensa en *ella*?, —preguntó.

—Dios mío, señor Taylor, ¿y por qué no debería hacerlo?

El señor Taylor se rascó la cabeza y volvió a prestar atención al periódico.

Hacía un día caluroso... un día caluroso y bello en Bear Creek. La nieve brillaba en las cumbres de la sierra de Bow Leg; un poco más abajo, en las laderas, los pinos se agitaban produciendo una suave canción y a sus pies las flores abrían los pétalos en las amplias llanuras.

Molly y su virginiano se sentaron junto a un manantial al que ya habían cabalgado ambos con frecuencia. Ese día, él se estaba despidiendo de ella antes de partir para cumplir con la misión más importante que el juez Henry le había encomendado nunca. Para este viaje, ella le había dejado el *Kenilworth* de Sir Walter

Scott. Le devolvió el de Shakespeare. Se lo había comprado para tenerlo.

—En cuanto empecé a leerlo —le dijo a Molly—, estuve totalmente seguro de que me gustaba leer por placer.

Pero no fue de libros de lo que más habló ese día. Había estado muy callado. Le había pedido a Molly que escuchara la alondra cuando su trino rompió el silencio como gotas de música. Le había mostrado el lugar donde se ocultaba un nido de pequeños urogallos de los sauces cuando pasaron en los caballos. Y luego, sin previo aviso, mientras estaban sentados junto al manantial, le habló ardorosamente de su amor.

Ella no le interrumpió. Esperó hasta que hubo acabado del todo.

—No soy la clase de esposa que quiere —dijo ella, intentando mostrar un aire de ligereza.

—Yo soy quien ha de juzgar eso —respondió él bruscamente. Y su brusquedad complació a Molly y, a un mismo tiempo, temió por su propia reacción. Cuando él se ausentaba, y ella se sentaba en su cabaña y miraba a la abuela Stark y leía las cartas de casa, entonces podía imaginarse fácilmente haciendo el papel que ella misma se había otorgado con relación a él: el papel de guía y de compañera superior e indulgente. Pero cuando él estaba a su lado, le resultaba difícil representar ese papel. Una fuerza desconocida removía los cimientos de su fortaleza de mujer. Sam Barnett jamás podría tener el aspecto de ese hombre, cuando el frío brillo de sus ojos ardía con un fuego interno. Todavía se sentía perpleja por el color de aquellos ojos. «¿Es posible que cambien de color?», se preguntó. En ocasiones tenía la impresión de que era el mismo color que surgía de las profundidades de la límpida agua marina al mirar desde lo alto de una roca. «¿Son verdes, o son grises?» se preguntaba, pero no se volvió para comprobarlo. Mantuvo el rostro hacia el paisaje.

—Todos los hombres nacen iguales —afirmó él lentamente.

—Sí —respondió ella con ánimo combativo—. ¿Y bien?

—¿Tal vez eso no incluya a las mujeres? —sugirió él.

—Creo que sí las incluye.

—¿Les cuenta eso a los niños?

—Por supuesto, ¡les enseñe en lo que creo!

El virginiano reflexionó.

—Yo solía estudiar la Declaración de Independencia. De niño odiaba los libros y las verduras.

—Pero ya no.

—No, desde luego que no. Pero solían dejarme en un rincón por ser tan burro. Casi siempre era el último de la clase. En cambio, mi hermano casi siempre era el primero.

—El pequeño George Taylor es mi mejor alumno —dijo Molly.

—Sabe hacer sus tareas, ¿verdad?

—Siempre. Y le sigue Henry Dow.

—¿Quién es el último?

—El pobre Bob Carmody. Paso más tiempo ocupándome de él que de todos los demás juntos.

—¡Vaya! —dijo el virginiano—. ¡Qué extraño!

Ella le miró, sorprendida por su tono de voz.

—No resulta extraño cuando uno conoce a Bob —dijo ella.

—Es muy extraño —dijo el virginiano arrastrando las palabras—. Conocer a Bob no ayuda en absoluto.

—Creo que no le entiendo —dijo Molly fríamente.

—Bueno, es confuso. George Taylor, él es su mejor alumno y el pobre Bob es el peor, y hay un montón en medio... ¡y me dice que todos nacemos iguales!

Molly no pudo más que soltar una risilla al verse metida en una trampa tan cuidadosamente tendida.

—Le diré una cosa —continuó el vaquero, con una intensidad pausada y creciente—, la igualdad es una gran mentira. Se cae por sí sola.

—No me refería... —comenzó a decir Molly.

—Espere, déjeme explicarle a qué me refiero. —Hizo un gesto firme con la mano—. Conozco a un hombre que casi siempre gana a las cartas. Y conozco a un hombre que casi siempre pierde. Dicen que es la suerte. De acuerdo. Digamos que es mala suerte. Conozco a un hombre que trabaja duro y cada vez es más rico, y conozco a otro que trabaja duro y cada vez es más pobre. Dicen que es mala suerte. De acuerdo. Digamos que es mala suerte. Miro a mi alrededor y veo a gente subiendo y bajando, ganadores y perdedores por todas partes. Y siempre es la suerte, por supuesto. Pero si la gente puede nacer con suertes tan distintas, ¿dónde está su igualdad? ¡No, señor! Uno puede achacar su fracaso a la suerte, o a la pereza, da igual cómo llamarlo o desde qué punto de vista examinarlo, siempre se llega al mismo viejo sendero de la desigualdad. —Se detuvo un segundo y la miró—. A algunos les reparten cuatro ases —continuó—, y a otros no les reparten nada, y a algunos hombres pobres les reparten ases pero no les muestran cómo jugar con ellos; pero un hombre debe probar que es mi igual antes de poder creer en él.

Molly permaneció sentada mirándole, en silencio.

—Ya sé a lo que se refiere —le dijo a continuación—, al decir que no es la esposa que busco. Pero yo soy de la clase de hombres que progresa. Voy a ser su mejor alumno.

Entonces él se volvió hacia ella y esa fortaleza del interior de Molly comenzó a temblar.

—No —murmuró—. No, por favor.

—¿No qué?

—¿Por qué... estropear esto?

—¿Estropearlo?

—Estos paseos a caballo... no le amo... usted no puede... pero estos paseos

son...

—¿Qué son?

—Mi mayor placer. ¡Ya lo dije! Y, por favor, quiero que continúen.

—¡Que continúen! Creo que no sabe lo que me está pidiendo. Sería lo mismo que pedirle a la fruta que no madure. Si la relación que tenemos ahora es ya más que suficiente para usted, no lo es para mí. ¿Un placer para usted, dice? Bueno, también lo es para mí... no sé cómo llamarlo. Vengo aquí y lo detesto, y vengo otra vez y lo detesto y me duele y me entristece cuando me marcho. ¡No! Tendrá que pensar en algo más que invitarme a que no madure.

—Si acepto verle... —comenzó a decir Molly.

—No va a aceptar verme. No de esta manera. Me resultaría más fácil mantenerme alejado que lo que hago ahora.

—¿Le importaría hacerme un favor, uno enorme? —preguntó ella entonces.

—¡Pídame lo imposible! —exclamó él. Pensó que se trataba de hacer alguna cosa.

—Continúe viniendo. Pero no me hable de... no me hable de esa manera... si puede evitarlo.

Él se rio en voz alta, reprimiendo una maldición.

—Pero —continuó ella—, si no puede evitar hablar de esa manera, en ocasiones, le prometo que le escucharé. Eso es lo único que le puedo prometer.

—Me parece una ganga —dijo él.

Luego la ayudó a montar en el caballo, conteniéndose como un espartano y regresaron a su cabaña.

—Me lo ha puesto casi imposible —dijo antes de marchar—. Pero hoy ha sido clara conmigo y le demostraré que yo también puedo ser claro cuando regrese. Tan solo le preguntaré si sigue pensando lo mismo. Y ahora no la veré durante un tiempo. Voy a hacer un largo viaje y estaré bastante ocupado. Y estar ocupado siempre evita que me entristezca demasiado pensando en usted.

¡Qué extrañas son las mujeres! Molly habría preferido cualquier otro comentario final.

—¡Oh, estupendo! —dijo ella—. Yo tampoco le echaré de menos.

El hombre sonrió.

—Dudo mucho que pueda evitar echarme de menos —afirmó, e inmediatamente se alejó al galope en su caballo Monte.

¿Cuál de los dos salió victorioso ese día?

XIII

EL NEGOCIO Y LA NACIÓN - PRIMER ACTO

No hay ninguna duda de lo siguiente:

Toda Norteamérica está dividida en dos clases: la equidad y la igualdad. Esta última siempre reconoce a la primera cuando se la confunde con ella. Ambas seguirán con nosotros hasta que nuestras mujeres tan solo den a luz a reyes.

Fue a través de la Declaración de Independencia por la que nosotros los norteamericanos reconocimos la *eterna desigualdad* del hombre. Gracias a ella abolimos una aristocracia asentada. Habíamos visto a pequeños hombres nombrados para altos puestos de forma arbitraria, y a grandes hombres en bajos puestos condenados a ellos también de forma arbitraria, y nuestros corazones amantes de la justicia detestan esta violación contra la naturaleza humana. Por lo tanto, decretamos que todos los hombres deberían a partir de ese momento poseer la misma libertad para encontrar su propio nivel. Con este mismo decreto reconocimos y dimos libertad a la verdadera aristocracia, diciendo: «¡Que gane el mejor, sea quien sea!». ¡Que gane el mejor! Ese es el lema de Norteamérica. Esa es la verdadera democracia. Y la verdadera democracia y la verdadera aristocracia son una y la misma cosa. Si alguien es incapaz de ver esto, que vaya a que le vea un oculista.

Las reflexiones anteriores se me ocurrieron antes de llegar a Billings, Montana, tres semanas después de mi inesperado encuentro con el virginiano en Omaha, Nebraska. No sabía por aquel entonces del encargo de confianza que le había encomendado el juez Henry y que le llevaba al Este. Esperaba poder cabalgar con él en breve entre las colinas vírgenes del Sunk Creek. Supuse que estaría allí. Pero me encontré de nuevo con él una mañana en la cantina del coronel Cyrus Jones.

¿Conocieron el palacio? Se alzaba en Omaha, cerca de los trenes y la construcción tendría unos diez años de antigüedad (lo cual es la edad media en Omaha) cuando lo vi por primera vez. Era un almacén de madera, pintado con emblemas dorados —el barco de vapor, el águila, el Yosemite— y un oso vivo comía restos de comida a la entrada. Si el tiempo lo permitía, se abría al mundo como un escenario ante su público. Uno se sentaba contemplando todo el panorama y comía, mientras el polvo de Omaha llegaba y se posaba en el refrigerio. Ya ha desaparecido, al igual que desaparecieron los indios y los búfalos, ya que el Oeste se hace viejo. Deberían haber visto el palacio y haberse sentado allí. Por delante pasaba una muchedumbre de lo más variopinta: chinos, jefes indios, africanos, el general Miles, hijos más jóvenes, nobles austríacos, mujeres de vida alegre vestidas de rosa. Hubo un tiempo en el que nuestro continente desaguaba todo su colorido en Omaha.

Así pues, yo también estuve de paso por aquel lugar, dando un paseo para estirarme un poco desde el coche cama hacia el baño, cuando escuché las palabras del coronel Cyrus Jones. Nunca antes había visto al verdadero coronel. Estaba en la parte

trasera de su palacio con un florido bigote gris y un uniforme confederado, informando de los pedidos de sus clientes al cocinero a través de un agujero. Uno siempre tenía que comprar los tickets de comida de inmediato o de lo contrario no era bien recibido. En ocasiones los comensales llegaban allí con apuros económicos y una huida rápida resultaba de lo más fácil. Ya habían pasado una primavera y un verano desde la última vez que escuché algo semejante al dialecto del coronel. El Misuri todavía no había inundado el dialecto de Nueva York y su vocabulario me refrescó como la brisa de las llanuras. Así que entré para que me abanicara con él y allí sentado a una mesa estaba el virginiano, a solas.

Su saludo se ajustó al código de indiferencia habitual en las llanuras; pero finalmente dijo:

—Me alegra ver a alguien —lo cual ya era mucho—. Los que entran aquí no comen. Devoran. —A continuación, miró a los comensales con sombría atención—. ¿Cree que podrán disfrutar de una buena digestión después de engullir de esa manera?

—¿Y qué hace por aquí? —pregunté.

—¡Bah! Cuando uno no puede elegir lo que quiere, se debe conformar con elegir lo que tiene —y tomó el menú.

Entonces intuí que algo le rondaba la cabeza, así que no le molesté más.

Mientras tanto, él continuó examinando el menú.

—¿Alguna vez ha oído esto? —preguntó, entregándome la carta manchada.

En el menú se incluían los platos más extravagantes: salamis, canapés supremos... todos perfectamente deletreados y absolutamente transparentes. Era el viejo truco de copiar algún menú metropolitano para atraer a los viajeros más inocentes; siempre que se hace, la comida suele ser de lo más terrible, lo cual el vaquero sabía tan bien como cualquiera.

—Así que siguen con esto por aquí —dije.

—Pero ¿y esto? —insistió. Con el dedo señalaba un plato especial: *Ranas a lo Delmonico*—. ¿Son auténticas en algún lugar? —preguntó.

Y le contesté que así era. También le hablé sobre *Delmonico* de Nueva York y sobre Augustin de Filadelfia.

—No le servirá de nada venirme con cuentos chinos esta mañana —dijo, con su encantadora sonrisa—. No pienso pedir las patas de ningún animal.

—Bueno, veamos cómo salen de esta —dije, recordando la vieja leyenda texana (ya saben, la del viajero que leyó el menú y pidió un *vol-au-vent*. Y el propietario miró al viajero y, tras meterle el cañón de la pistola en la oreja, comentó: «Tomará carne con verduras»). Estaba pensando en esto y preguntándome qué podría ocurrirme. Así que di el paso.

—Oh, así que quiere ancas de rana —gritó el coronel Cyrus Jones. Clavó su mirada en mí y entrecerró los ojos hasta dejarlos convertidos en dos ranuras—. Han venido muchos intelectuales hoy a desayunar antes que usted, señor catedrático —

dijo—. Un misionero se acaba de comer la última anca. ¡Tuesta el trigo! —gritó al cocinero a través del agujero, porque alguien había pedido panecillos calientes.

—Yo tomaré huevos fritos —dijo el virginiano—. Hecho por las dos caras.

—¡Alas blancas! —gritó el coronel por el agujero—. Que vuelen y caigan boca abajo.

—Café solo —dijo el virginiano.

—¡Pon un oscuro! —rugió el coronel.

—Y un filete de ternera poco hecho.

—¡Una de masacre en sartén, y deja que sangre!

—¿Me podría traer un vaso de agua, por favor? —dije.

El coronel me lanzó una mirada apenada.

—¡Un Misuri con hielo para el catedrático! —dijo.

—Ese tipo está rebosante de vitalidad —comentó el virginiano. Pero parecía pensativo. Finalmente, preguntó—: ¿Y dice que era extranjero y que aprendió a cocinar platos finos en Nueva York?

Era habitual en este vaquero. Pocas veces dejaba un tema que le resultara novedoso hasta haber sacado toda la información posible. Así que le conté la historia de Lorenzo Delmonico y su visionaria obra, al menos todo lo que sabía, y el sureño escuchó atentamente.

—Es muy interesante —dijo—, mucho. Podía conseguir simples ranas comunes y aderezarlas al gusto de los señoritos de alcurnia. Muy interesante. Aunque supongo que su cocina debía de hacer verdaderas escabechinas en los estómagos de los hombres comunes.

—Si desea aprender más sobre el tema —dije a modo de experimento—, la señorita Molly Wood sin duda tendrá en su haber libros sobre cocina francesa.

Pero el virginiano no se inmutó.

—Me parece que no debe de tener ninguno —respondió—. Fue criada en Vermont. Allí en Vermont no andan preocupados por lo que comen o dejan de comer. Esto es lo que la señorita Wood me recomendó la última vez que la vi —añadió el vaquero y al mismo tiempo sacó el *Kenilworth* del bolsillo—. Una historia estupenda. La tal reina Isabel sin duda alguna debió de ser una mujer muy competente.

—Lo fue —respondí. Pero aquí acabó toda conversación. Una cuadrilla polvorienta, la mayoría de cuyos miembros procedía claramente de las llanuras, entró en ese momento y se dirigió a una mesa, y cada uno de aquellos hombres ofreció al virginiano un cuarto de perezoso movimiento de cabeza. El saludo de este fue muy relajado. Solo el *Kenilworth* retornó al bolsillo y continuó desayunando en silencio. Entre aquellos a quienes había saludado ahora reconocí un rostro.

—Vaya, ¡ese es el hombre con el que jugó a las cartas en Medicine Bow! —dije.

—Sí. Trampas. Ahora trabaja en el rancho.

El virginiano no dijo nada más y continuó desayunando.

Su aspecto había cambiado. No diría que había envejecido mucho, porque esto

implicaría que su aspecto no era juvenil. Pero me pareció que la inmadurez del joven había desaparecido por completo de su rostro... aquel muchacho cuya jugarreta con Steve había puesto Medicine Bow patas arriba, y cuya broma con los bebés había indignado a todo Bear Creek, el joven al que le encantaba hacer tintinear sus espuelas. Pero la madurez no había roto su juventud, solo la había domado. Estaba todo allí, solo que obediente y con las riendas y la brida echadas.

Finalmente fuimos juntos al solar de la estación.

—El juez está haciendo muy buen negocio este año —comenzó, sin duda muy despreocupadamente, de manera que supe que se trataba de algo importante.

Además de las campanas y el humo de carbón, hacia el cielo se alzaban el olor y los tumultuosos sonidos del ganado a nuestro alrededor.

—Esta es nuestra primera remesa de terneros en el rancho —continuó el virginiano—. Todas las reses han sido enviadas en dos partes a Chicago al otro lado del Burlington. El juez está viajando por Elkhorn Road.

Pasamos lentamente junto a los dos trenes; veinte vagones abarrotados de bueyes apiñados y con los ojos abiertos como platos. Echó un vistazo para ver si había muerto algún animal.

—No han comido ni bebido nada, que se sepa —dijo, mientras las aterradas bestias nos observaban a través de los listones—. No desde que llegaron al ferrocarril, no han bebido. Uno pensaría que saben qué les espera en Chicago.

Y, desenfadadamente en todo momento, me contó el resto. El juez Henry no podía prescindir de su capataz para recoger la segunda remesa de ganado. Por lo tanto, esos dos trenes de diez vagones con su cuadrilla doble de vaqueros eran responsabilidad del virginiano. Después de Chicago, debía regresar a St. Paul en el Pacífico Norte, porque el juez quería que se viera con los directores de la ruta para explicarles de manera persuasiva lo bueno que sería para ellos que ofrecieran unas tarifas especialmente reducidas al puesto de Sunk Creek a partir de ese momento. Esto fue todo lo que el virginiano me contó y, sin duda, era todo lo que se podía saber sobre el tema.

—Así que actúa de capataz —dije.

—Vaya, alguien tiene que tomar las decisiones, supongo.

—Y, por supuesto, le fastidió un montón el ascenso.

—No sé nada de ascensos —contestó—. Los chicos se han acostumbrado a verme como uno de ellos. ¿Por qué no viene con nosotros hasta Plattsmouth?

Y así desvió la conversación de su persona; me señaló las locomotoras que arrastraban sus vagones y me recordó que desde Plattsmouth podía elegir cualquiera de los dos trenes que regresaban. Pero no podía ocultar o hacer de menos la confianza que su patrón había depositado en él. Se trataba de cuidar varios miles de dólares percederos y controlar a los hombres. Para él, esta confianza de su patrón era todo un cumplido. Había más reses que hombres de los que responsabilizarse, pero ninguna de estas había sido de repente elegida de entre la manada y encumbrada por

encima de sus compañeras. Además, en Chicago se quitaría de encima el ganado, pero después el flamante ayudante de capataz debía conducir a sus seis compañeros desocupados, alejarlos de las ciudades y llevarlos de regreso sanos y salvos al rancho, o decepcionar al juez, que precisaba de sus servicios. Estas cosas a veces se tuercen en un territorio donde dicen que todos nacen iguales, y ese cuarto de movimiento de cabeza en la cantina del coronel Cyrus Jones denotaba más igualdad que cualquier otro saludo que uno pudiera contemplar. Pero el virginiano no lo vio, siempre hay un tiempo para cada cosa.

Avanzamos lentamente siguiendo el curso sinuoso y lleno de meandros del Misuri hasta Plattsmouth, y allí nos hicieron retroceder a una vía muerta, ya que se esperaba que el *Christian Endeavour* pasara por allí. Y mientras los iguales se distraían con un intenso pero inofensivo juego de póquer junto a las vías, el virginiano y yo nos sentamos en la parte superior de un vagón y contemplamos los arenosos bancos del Platte.

—Pensé que le gustaría echar unas cartas —dije.

—¿Al póquer? ¿Con esos cachorrillos? —Un destello de su yo interior brilló en los ojos del sureño y se apagó, y luego acabó con unas palabras suaves y arrastradas —: Cuando juego quiero que sea interesante.

Sacó el *Kenilworth* de Sir Walter de nuevo y giró el libro una y otra vez sin abrirlo. No podría decir si su espíritu ahora vagaba por Bear Creek con la joven propietaria del libro. El espíritu iba por un camino y el pensamiento por otro, y el cuerpo por el suyo propio en ocasiones.

—La reina Isabel seguro que hubiera tenido buena mano para las cartas —fue su comentario.

—¿Póquer? —pregunté.

—Sí, señor. ¿Cree que Europa tiene ahora alguna reina comparable a ella?

Le dije que lo dudaba.

—Victoria se quedaría muerta si apostara contra Isabel. Aunque lo más probable es que insistiera en establecer un límite en la apuesta de medio centavo. ¿Ha leído usted este libro, *Kenilworth*? Bueno, si se le hubiera repartido a Isabel un as podría haber desplumado a Robert Dudley hasta con un full.

Dije que creía que sin duda hubiera podido hacerlo.

—Y —dijo el virginiano—, si el drama de Essex se hubiera representado cerca de ella, supongo que habría amañado la baraja. Dígame, ¿recuerda al hombre gordo de Shakespeare?

—¿Falstaff? Oh, sí, por supuesto.

—¿No es genial? Caramba, hace que los hombres hablen como hablan en la vida real. Supongo que hoy en día no podrían publicarlo. Es una verdadera pena que Shakespeare no conociera el juego del póquer. Hubiera puesto a Falstaff a jugar todo el día en ese local de Tearsheet. Y el príncipe le habría ganado.

—El príncipe era el que tenía cerebro —afirmé.

—¿Cerebro?

—Bueno, ¿no lo cree?

—Nunca lo advertí. Probablemente lo tuviera.

—Y Falstaff no, supongo.

—¡Oh, sí, señor! Falstaff hubiera podido jugar al whist.

—Supongo que sabrá de lo que está hablando, porque yo no —dije, y es que ya había comenzado a arrastrar las palabras otra vez.

La mirada del vaquero se posó afable en mí.

—Uno solo puede jugar al whist con su cerebro —reflexionó—... con cerebro y con cartas. Veamos, las cartas son solo una de las manifestaciones del póquer en este mundo. Una de las maneras de pasar el rato cuando se ha acabado la faena del día. Si un hombre se ha criado como ese joven príncipe (algo más profundo que tener cerebro), siempre ganará al póquer sea cual sea la mano que tenga cuando las cosas se ponen feas. Quizá solo tenga un pequeño y miserable ejército, o un revólver descargado, o un caballo renqueante, o tal vez nada, solo su compostura natural. Cualquier viejo truco le servirá para jugar al póquer a un tipo como el joven príncipe.

—Entonces le agradecería que me diera su definición de póquer —dije yo.

De nuevo, el virginiano me miró amigablemente.

—Usted mismo seguro que sería un buen jugador de whist —afirmó—. ¿No le produce eso cierta satisfacción?

Y antes de que tuviera una respuesta que darle, el Christian Endeavour apareció sobre el puente. Tres vagones cruzaron el Misuri desde Pacific Junction, en dirección a Pike's Peak, todos ellos envueltos en banderolas brillantes y a cada ventanilla se asomaba un cristiano con un pañuelo, gritando jubiloso. Luego el tren de ganado recibió la señal de paso y yo me bajé.

—Dígale al juez que los bueyes han llegado bien hasta aquí —dijo el virginiano.

Y esa es la última vez que vi al ayudante de capataz durante un tiempo.

XIV

ENTREACTO

Mi camino hacia Sunk Creek no avanzaba en línea recta. Me desvié en tren hacia el noroeste en dirección a Fort Meade y desde allí, tras una estancia con los amables militares, seguí el camino a caballo. Aquí arriba, en las Black Hills, llovía a cántaros y la marcha se hacía intolerable. El caballo y yo disfrutamos de la campiña, pero no mucho, y cuando finalmente cambié la silla de montar por una diligencia, capté una expresión de agradecimiento en el rostro del animal y yo le devolví la misma mirada.

—¿Seis piernas dentro de esta tartana esta noche? —dijo alguien cuando subí a la rueda—. Bueno, pues demos gracias por no ser ocho —añadió jovialmente—. Grábate esto en la mollera, Shorty. —Y, a continuación, dio una palmada en el hombro de su vecino.

Naturalmente, tomé a aquellos dos hombres por dos viejos compañeros. Pero en realidad todos éramos completos desconocidos. Me hablaron de la nueva fiebre del oro en Rawhide y suponían que el Northern Pacific terminaría llegando hasta allí. Cuando les hablé de los millones que se les debía a los accionistas de esa línea de ferrocarril, todos convinieron en que un alemán podría hacer mayor fortuna en Rawhide. Hablamos de todo tipo de cosas y durante los silencios me deleité pensando en las vacaciones otoñales que me prometió el juez Henry. En su última carta me contaba que un destacamento iba a dirigirse a su rancho desde Billings el día siete y que tendría preparado un caballo allí para mí. Este era el día cinco. Así que las seis piernas viajamos en armonía sufriendo el traqueteo de la diligencia sobre la carretera anegada de agua, sin conocernos en mayor profundidad que lo que nuestra apariencia pudiera implicar.

Y no es que escondiéramos nada. El hombre que había dado una palmada a Shorty se presentó pronto.

—Scipio Le Moyne, de Gallipolice, Ohio —dijo—. El mayor de nosotros siempre recibe el nombre de Scipio. Es francés. Pero mi gente lleva siendo blanca desde hace cien años.

Era ágil y de músculos flexibles y caía con pericia evitando así moratones cuando la diligencia se tambaleaba o botaba. Tenía una extraña nariz larga y cómica, una expresión de desconfianza y ojos de color azul claro. Se dedicaba al ganado, en general, pero últimamente había estado «buscando algo» y parecía rondarle en la cabeza marchar a Rawhide. Shorty también me pareció que estaba «buscando algo». En efecto, era bastante bajo de estatura y salía malparado con cada traqueteo. Tenía el pelo rubio y facciones suaves. Piensen en un perro de pelaje dorado que se ha perdido y que jalea a todo recién llegado a la vista porque cree que será su dueño, y se harán una idea de cómo era Shorty.

Fue el Northern Pacific el que rompió nuestra intimidad. Estábamos llegando a

Medora. Nos habíamos organizado para estirar las piernas. Yo estaba echado en silencio y plácidamente al saber que pronto acabaría aquello. Así que me dormí. De repente, sentí algo, y al despertarme vi que Scipio pasaba volando por encima de mi cabeza. Entonces, mientras Shorty salía a continuación de un salto de la diligencia, vi el humo y la locomotora. El Northern Pacific había cambiado su horario. Tener que cargar con una maleta no ayuda mucho cuando se quiere coger un tren a tiempo. Nuestro atajo estaba lleno de surcos de arena y matorrales que llegaban hasta las rodillas. Un trozo de cable suelto procedente de algún agujero se enganchó alrededor de mi tobillo y se quedó allí colgando. Unas cuantas latas salieron rodando a mi paso. Sin duda, debíamos de ofrecer una estampa pintoresca. Dos de nosotros sacudíamos los sombreros y en todo momento alguno de nosotros gritaba. Significaba perder veinticuatro horas de viaje.

Quizás no logramos atraer la atención del tren, pero la hipótesis *parece* inverosímil. Mientras se alejaba delante de nuestras narices, suave, plácido e insultante, Scipio dejó de correr, y nosotros dos le tomamos la delantera hasta llegar desesperadamente al andén vacío. Y allí se alejaba el tren. Las bocanadas de humo eran esas bocanadas separadas del principio, esa clase de bocanada entrecortada y furiosa... Entonces, el sudor y nuestras verdaderas naturalezas brotaron libremente.

Le di una patada a mi maleta y luego me senté en ella, en silencio.

Shorty se desahogó en voz alta. Todos los humildes secretos que guardaba salieron por su boca. Deambulaba de un lado a otro, lamentándose. Había perdido el trabajo y mencionó el rancho. Había jugado a las cartas y mencionó al hombre. Había vendido el caballo y la silla de montar para encontrarse con un amigo en ese tren y mencionó lo que el amigo hubiera hecho por él. Lanzó al aire un rosario de lamentaciones y nombres como si el aire los conociera de algo.

Mientras tanto, Scipio llegó tranquilamente a las vías. Metió las manos en los bolsillos y asomó la cabeza para observar el pequeño tren que se alejaba. Sus ojos azul claro se entrecerraron en dos ranuras mientras observaba el último vagón envuelto en una nube de humo que se esfumaba hacia el oeste entre los riscos apiñados. «Suerte que está fuera de nuestro alcance», pensé. Pero ahora Scipio se puso a hablar al tren.

—Caramba, te crees que me has dejado atrás —comenzó jovialmente con tono suave—. Estás demasiado verde para albergar esos pensamientos. Madura un poco. —Su siguiente comentario fue menos lisonjero—. No me sentiría nada orgulloso de conocerte. ¡Vaya, si me vieran viajando contigo tendría que explicárselo a mis amigos! Te creías que me dejarías aquí abandonado, ¿verdad? ¿Solo porque viajas por este territorio encima de unas vías ya piensas que puedes valerte por ti solo? ¡Podría sacarte diez yardas por la maleza y perderte en diez segundos, vagabundo de techo reluciente! ¿Dejarme *a mí* tirado? ¡Petro novato hipotecado hasta la última tuerca! Retrete silbante acolchado y cromado, ¿te crees que no puedo ir al este igual de fácilmente que al oeste? O me quedaré aquí, si me place, ¡cafetera abarrotada de

petimetres! Diantre, ¡calzonazos conducido por un mapache...!

Pero a partir de aquí fue aumentando la originalidad de sus exabruptos, los cuales no reproduciré aquí ante ustedes, hasta dejarme horrorizado y embelesado al mismo tiempo. Al final se calmó y acabó con algunas frases de conmiseración porque aquel potro jamás tuvo una madre.

—¿Es que esperas que aparezca un padre de improviso? —preguntó alguien con voz parsimoniosa a nuestras espaldas. Me di media vuelta de un salto y allí estaba el virginiano.

—¡Un padre! —se mofó el raudo Scipio—. ¿Es que aún no has oído hablar de ellos?

—¿Ellos? ¿Había dos?

—¿Dos? La maldita cosa fue engendrada por todo un dichoso sindicato danés.

—¡Caramba, el bastardo hijo de perra! —respondió el virginiano con dulzura—. Logré llevar a los bueyes sanos y salvos —me comentó—. Lamento encontrarle sin aliento por coger el tren. ¿Ha sufrido algún daño su maleta?

—¿Quién es? —preguntó Scipio con curiosidad, al tiempo que se volvía hacia mí.

El sureño se sentó con un periódico en la plataforma trasera del furgón de cola. Este estaba enganchado a una milla aproximadamente del tren de carga y el tren se dirigía al oeste. Así que allí estaba el ayudante de capataz tras haber entregado el ganado en Chicago; sus hombres (los podía oír) a salvo en el furgón de cola, el papel en su regazo y las piernas colgando relajadas por la barandilla. Tenía el aspecto de un hombre a quien las cosas le estaban saliendo bien. Y para mí el camino hacia Billings ahora también tenía buenas perspectivas.

—¿Quién es? —repitió Scipio.

Pero desde el interior del furgón una risa estruendosa y un ruido nos hicieron guardar silencio. Alguien estaba recitando «Y esta es mi noche para aullar».

—Todos aullaremos cuando llegemos a Rawhide —dijo otro, y entonces todos se pusieron a aullar.

—Estas locomotoras de motor —dijo el virginiano a Scipio— hacen que la lengua de un hombre vaya casi tan rápido como la velocidad a la que viaja.

Ignoró a Shorty... casi tanto como las celebraciones del interior del furgón de carga.

—Así que me ha escuchado hablando con el tren —dijo Scipio—. Bueno, supongo que en ocasiones yo... mire —exclamó, mientras el virginiano le observaba con semblante serio—, tal vez dije algo, pero no corrí tras él. Al menos, no *malgasté* velocidad. En cuanto...

—Ya lo vi —dijo el virginiano—, se lo pensó antes de echar a correr.

Me alegraba no ser Shorty y que no me estuviera juzgando simplemente por mi manera de perder un tren. Y, por supuesto, ahora me arrepentía de haberle dado una patada a mi maleta.

—¡Oh, ya veo que ha estado pasando un buen rato mirándonos! —dijo Scipio—.

Observar a alguien en apuros también me relaja. Tal vez sea usted un filósofo, pero quizás los dos hayamos sacado algo en este asunto.

Una expresión de aprobación apareció claramente en el rostro del virginiano.

—A juzgar por sus piernas —dijo—, veo que está acostumbrado a la silla de montar.

—Supongo que se puede decir que estoy acostumbrado a ella.

—Por sus manos —volvió a hablar el sureño—, no parece que haya atado muchos bueyes últimamente. ¿Ha estado cocinando o algo parecido?

—Vaya —respondió Scipio—, y ahora cuénteme algo de mi futuro. Algo con lo que refrescarme la boca.

—Lo lamento muchísimo —respondió el gentil sureño—, no nos queda ni una gota en la cuadrilla.

—¡Oh, pues beba conmigo en la ciudad! —exclamó Scipio—. Estoy más que encantado con usted.

El virginiano echó una mirada a los salones que había justo detrás de la estación y sacudió la cabeza.

—¡Venga, no estamos lejos de un buen trago de whisky! —insistió el otro hombre con tono lastimero—. Baje, ahora. Mi nombre es Scipio Le Moyne. Sí, sé que está buscando mis pendientes de latón. Pero no llevo ningún pendiente. Hemos sido blancos desde hace cien años. Baje. Tengo una sed de cuarenta dólares.

—Sin duda, es blanco —comenzó a decir el virginiano—. Pero...

Y entonces desde dentro del furgón de carga retomaron los cantos:

Soy salvaje y lanuda y estoy llena de pulgas,
y difícil de curtir por encima de las rodillas;
soy una loba de Bitter Creek,
y esta es mi noche para au-u-llar.

Y mientras aullaban y pateaban el suelo, las ruedas del furgón de carga comenzaron a girar y a susurrar suavemente.

El virginiano se puso de pie de repente.

—¿Querrá ahorrarse esa sed y aceptar un trabajo de cuarenta dólares?

—¿De perder trenes, de decir palabrotas o de qué? —preguntó Scipio.

—Se lo diré en cuanto lo decida.

Al oír esto, Scipio miró fijamente al virginiano.

—¡Caramba, me está ofreciendo un trabajo! —dijo y saltó al furgón de carga, donde yo ya estaba—. *Pensaba* ir a Rawhide —añadió—, pero ya no.

—¡Eh, buena suerte! —dijo Shorty, aún en las vías detrás de nosotros.

—¡Oh, escuche! —dijo Scipio—, él quería ir en ese tren, igual que yo.

—Suba —le llamó el virginiano—. Pero en cuanto a lo de conseguir un trabajo, él no es como usted.

Así que Shorty se subió, como un perro perdido al que le silban.

Nuestras ruedas traquetearon sobre la aguja de la línea principal. Un operario del tren la cerró tras pasar nosotros, saltó al vagón y regresó a la cabeza del tren por el techo de los vagones. Dentro del furgón de carga ya habían alcanzado el tercer aullido de la loba.

—¿Son amigos suyos? —preguntó Scipio.

—Mi cuadrilla —dijo el virginiano.

—¿Siempre viaja aquí fuera? —preguntó Scipio.

—Me siento solo allí dentro —respondió el ayudante de capataz. En ese momento uno de los hombres salió y cerró la portezuela con fuerza.

—¡Demonios! —exclamó al ver la lejana ciudad. Entonces, malhumorado, se dirigió al virginiano—: Te dije que quería comprar una botella aquí.

—Pues cómpratela, entonces —dijo el ayudante de capataz, y acto seguido lo lanzó de un puntapié a Dakota (todavía no era Dakota del Norte, no había sido dividida aún). El virginiano había desenfundado la pistola al tiempo que le propinaba la patada. Por lo tanto, el hombre se quedó sentado en Dakota en silencio, observando cómo nos alejábamos hacia Montana y sin expresar ninguna objeción. Justo antes de que se hiciera demasiado pequeño para divisarlo, lo vimos levantarse y alejarse hacia los salones.

XV

EL NEGOCIO Y LA NACIÓN - SEGUNDO ACTO

—Esa es la única medida que he tenido que tomar durante todo este viaje —dijo el virginiano y enfundó la pistola con una sacudida—. He estado temiendo que me obligara a hacerlo —y miró con indignación el vacío territorio de Dakota que ya se alejaba en la distancia—. ¡Tan cerca ya de casa! —susurró.

—¿Hace mucho que conoce a su amigo? —me susurró Scipio.

—Bastante —respondí.

Los ojos claros de Scipio se iluminaron con admiración mientras observaba la espalda del sureño.

—Bueno —afirmó juiciosamente—, si vas a enfadarle es mejor que empieces pronto, o te hará llegar tarde.

—Logré retenerlos a todos durante la mayor parte de las tres mil millas —dijo el virginiano ladeando la cabeza hacia el ruido del furgón de carga—. Y me he esforzado por entregarlos al patrón tal como los recibí. Todos ellos. Y lo hubiera logrado. Pero él echó por tierra cualquier esperanza. —El ayudante de capataz volvió a mirar hacia Dakota—. Es una decepción —añadió—. Usted debe de saber a lo que me refiero.

Yo había intuido una parte, pero no el nivel del orgullo del hombre y el esfuerzo que había dedicado a este encargo. Scipio intentó consolarle.

—Debe de haber todavía una gran parte de ellos con usted —dijo Scipio, jovialmente.

—Todos los chicos estaban satisfechos —continuó el ayudante de capataz, dolido por tener que hablar de sí mismo—. Y a nuestra llegada a Saint Paul ya había logrado hacerles aceptar mi autoridad. Entonces estallaron estas noticias sobre el oro.

—Y ahora están soñando con pepitas y bulevares parisinos —sugirió Scipio.

El virginiano le sonrió agradecido.

—La fortuna brilla intensamente y ciega sus delicados y jóvenes ojos —dijo, recobrando su habitual expresión.

Durante unos segundos escuchamos el júbilo del interior del vagón.

—¡Sí que tienen energía, eh! —dijo el sureño—. Pero ninguno de ellos ha sido apaleado con la suficiente violencia para desarrollar una sed por la sangre. Y aunque luchan con todas sus fuerzas por no ser domados, regresan conmigo a Sunk Creek siguiendo las órdenes del juez. Ni uno solo de sus terneros desertará y huirá a Rawhide, por el peligro que correrían; ni tampoco voy a tolerar ninguna discusión sobre el tema. Solo uno de ellos no canta ahora. Tal vez deba tomar alguna decisión sobre él. El hombre que nos acaba de dejar —dijo, mirando de nuevo hacia Dakota—, era nuestro cocinero, y le pediré que sea usted quien lo reemplace, coronel.

Scipio abrió los ojos como platos.

—¡Coronel! ¡Caramba! —miró al virginiano—. ¿Es que lo conocí en el palacio?

—Bueno, no es que nos conociéramos exactamente —contestó el sureño—. Yo estaba presente una mañana del pasado mes cuando este caballero pidió ancas de rana para comer.

—¡Por todos los santos, pero aquella era una labor de lo más ingrata! —estalló Scipio—. Tenía que soltar excusas de todo tipo a la gente durante todo el día. Ponerme de pie y soltarles lo primero que se me viniera a la cabeza. Y la paga no compensaba en absoluto el desgaste físico. Me da igual lo bueno que sea un hombre; si dejas que tenga que sacar continuamente fuerzas de flaqueza sin un solo día de descanso, enfermará. Sí, señor. Sus nervios acabarán destrozados. Así que les dije que podían contratar a otro porque yo iba a volver a transportar ganado o a luchar contra los indios, o a tomarme un descanso, porque no tenía intención de consumirme con tan solo veinticinco años. Ya no existe un coronel Cyrus Jones de verdad, ya sabe. Una flecha cheyene le atravesó el corazón en el setenta y cuatro y lo enterraron. Pero su palacio estaba yendo tan bien, y él mismo había sido una de las atracciones del local, así que siempre tienen un oso vivo fuera y algún desgraciado que se hace pasar por el coronel dentro. Y es un trabajo terrible. Por supuesto que cocinaré para usted. ¡Tiene una mente privilegiada para recordar caras!

—No estaba convencido del todo hasta que tiré a este hombre del vagón y usted volvió a achinar los ojos —dijo el virginiano.

De nuevo, la puerta se abrió. Un hombre con finas cejas negras, fino bigote negro, una camisa negra y un pañuelo blanco atado paseaba su mirada sobre cada uno de nosotros.

—¡Buen día! —exclamó a modo de saludo general y sin mucho entusiasmo—. ¿Dónde está Schoffner? —dijo dirigiéndose al virginiano.

—Supongo que ya tendrá su botella, Trampas.

Trampas volvió a mirarnos uno a uno.

—¿No dijo si iba a regresar?

—Me recordó que iba a comprar una botella y después de eso no se esperó a decir nada más.

Trampas echó un vistazo a la plataforma, la barandilla y los escalones.

—Me dijo que volvería —insistió.

—No creo que haya regresado, no a menos que se subiera en un vagón más adelantado. Y debo decir que cuando se bajó me pareció que no tenía intención de regresar.

Al oír esto, Scipio tosió y empezó a cortarse las uñas cuidadosamente. Ya habíamos estado evitando mirarnos a los ojos unos a otros. Shorty no contaba. Desde que subió al tren, se había sentado sumisamente en el escalón más bajo.

Trampas parecía tener ciertas dificultades en aclarar sus pensamientos.

—¿Cuánto tiempo lleva este tren en marcha? —preguntó.

—¿Este tren? —El virginiano miró el reloj—. Vaya, lleva ya un buen rato

echando humo —dijo, sin poner énfasis en ninguna de sus indolentes sílabas.

—¡Huh! —dijo Trampas. Nos lanzó una última mirada escrutadora—. Esto parece haberse convertido en un tren de pasajeros —dijo, y regresó súbitamente al interior del furgón de carga.

—¿Es ese el miembro que no canta? —preguntó Scipio.

—Ese es el espécimen —contestó el sureño.

—Por su rostro, no diría que es muy musical —dijo Scipio.

—¡Bah! —contestó el virginiano—. ¡Estoy seguro de que no eres del tipo de hombres que se guía por las caras!

El ruido en el interior se silenció de repente. Apenas se alcanzaba a oír el sonido de una conversación. Nuestro furgón rodaba suavemente hacia el oeste, riel tras riel, milla tras milla, mientras la noche comenzaba a ascender desde la tierra hacia el cielo nublado.

—Me pregunto si estarán organizando una partida para buscar a Schoffner —dijo el virginiano—. Creo que voy a unirme a su reunión. —Abrió la puerta y aparecieron los hombres—. Está un poco oscuro aquí dentro, ¿no? —dijo. Y tras encender un quinqué, cerró la puerta dejándonos fuera.

—¿Qué piensa? —me preguntó Scipio—. ¿Logrará llevarlos a Sunk Creek?

—Él evidentemente cree que lo hará —respondí—. Dice que lo hará y tiene el coraje que le da esta convicción.

—¡Pues ese no es suficiente coraje! —exclamó Scipio—. Hay ocasiones en la vida en las que un hombre debe tener coraje *sin* convicciones... *sin* ellas, o no logrará nada. Pero su amigo está tan encerrado en sí mismo que uno no sabe lo que piensa de todo esto.

—Si finalmente hay algún tiroteo —intervino el magnífico Shorty—, me tendrá a su lado.

—¡Ah, vete a la porra con tu tiroteo! —replicó Scipio de buen humor—. ¿Y el juez va a pagar por un vagón de vaqueros muertos para que recojan su ganado? Además, esta no es una situación en la que valga la pena salir herido.

—Así es —asintió Shorty.

—No —reflexionó Scipio, y advertí que la noche se cerraba sobre nosotros y que el furgón de cola repiqueteaba una y otra vez sobre las juntas de los raíles—, él espera que otro aborde el tema. Me apuesto lo que sea a que a estas alturas solo sabe una cosa, y esta cosa es que nadie más debe saber que él no sabe nada.

Scipio terminó su discurso. Encendió un cigarrillo y de su boca no salió más sabiduría. La noche ya se había asentado. Los ondulantes desiertos desaparecieron bajo su capa. Un operario del tren llegó por encima del techo y, tras colgar las luces rojas en la parte trasera, nos dejó otra vez a solas sin mediar palabra ni mostrar curiosidad alguna. Los operarios del tren tan solo parecían estar interesados en la compañía de sus colegas de profesión y vivían en su propio furgón de carga. Un frío helado con agua llegó soplando desde los riscos invisibles y nos trajo el aire de

montañas lejanas.

—¡Eso es Montana! —dijo Scipio, olfateando—. Me alegra tenerla dentro de mis pulmones otra vez.

—¿No tienen frío ahí fuera? —se escuchó la voz del virginiano—. Hay mucho espacio aquí dentro.

Tal vez había pensado que le seguiríamos cuando él entró, o tal vez había tenido la intención de retrasar nuestra presencia allí dentro para que no pareciéramos una cuadrilla de refuerzo.

—Estos caballeros perdieron el expreso en Medora —comentó a sus hombres, sin más.

No sabría decir qué idea se hicieron de nosotros al vernos aparecer, ni lo que creyeron. El ambiente del furgón estaba cargado con silenciosas ráfagas de pensamientos. A modo de amigable inicio de las trescientas millas de furgón que ahora íbamos a compartir de forma tan íntima, me volví a presentar a ellos recordándoles que ya nos habíamos encontrado en otra ocasión. Confiaba en que el Christian Endeavour no los hubiera retrasado más.

—Soy muy afortunado por haber podido tomar este tren —concluí—. Temía que se me hubiera escapado la última oportunidad de llegar al rancho del juez.

Así pues, mencioné algunas otras cosas con la intención de mostrarme agradable, pero ellos respondieron a mi charla trivial con la más breve de las charlas triviales. «Sí», por ejemplo, y también «Bastante bien, supongo»; unos cuantos se limitaron a encender solemnemente una cerilla y otros a mirar pensativamente al suelo. Calculo que ya habíamos viajado unas veinte millas escuchando únicamente el traqueteo del furgón cuando por fin uno le preguntó a su vecino si alguna vez había estado en Nueva York.

—No —respondió el otro—. Inundada de petimetres, ¿no?

—Oleadas de ellos —dijo el primero.

—Y oleadas saliendo también —dijo el tercero.

—¡Vaya, qué divertido! —dijo un cuarto, y se palmeó la rodilla riendo para sus adentros. Ninguno de ellos me miró ni una sola vez. Por algún motivo, comencé a sentirme muy incómodo.

—Buena ropa en Nueva York —dijo el tercero.

—Y buena comida —dijo el primero.

—Y además huevos frescos —dijo el tercero.

—¡Caramba, qué divertido! —dijo el cuarto, golpeándose de nuevo la rodilla.

—Vaya, pues sí —comentó el virginiano inesperadamente—, me han contado que los huevos allí no se pudren tanto como en este territorio.

Ninguno tenía respuesta a su comentario y el tema de Nueva York fue abandonado. Por algún motivo, me sentí mucho mejor.

A continuación, adoptaron una nueva estrategia, liderada por Trampas.

—¿Van al meollo? —preguntó, dirigiéndose a Shorty.

—¿Al meollo? —preguntó Shorty, levantando la mirada.

—¿Van a Rawhide? —insistió Trampas. Y todos miraron a Shorty.

—Vaya, yo me quedé a la deriva al perder ese expreso —dijo Shorty.

—Tal vez yo pueda ofrecerle empleo —sugirió el virginiano—. Voy a dirigir una cuadrilla por la cuenca.

—Verá que la mayoría se están yendo a Rawhide, si lo que busca es compañía —siguió Trampas, intentando pescar un recluta para su causa.

—¿Y qué pasa en Rawhide, de todas formas? —dijo Scipio, interrumpiendo hábilmente el trabajo misionero de Trampas—. ¿Están sacando mucho mineral? ¿Han visto alguna roca?

—¿Roca? —intervino el entusiasta que se golpeaba la rodilla—. ¡Aquí! —y a continuación sacó algo del bolsillo.

—Siempre andas enseñando tu roca —dijo Trampas malhumorado; y es que Scipio ahora controlaba la conversación y Shorty retomó de nuevo su cabezada.

—¡Hum! —dijo Scipio al ver la roca. La hizo rodar en la palma de la mano examinándola, luego la lanzó hacia arriba, la atrapó con gesto despectivo en el aire y se la devolvió al hombre.

—Pórfido, por lo que veo. —Eso fue lo único que dijo. Habló jovialmente. Y no dejó tiempo para la discusión. No podría haberlo puesto en peor lugar—. ¿Alguna vez ha estado en Santa Rita? —continuó Scipio, mientras el entusiasta se guardaba lentamente la roca en el bolsillo—. Está abajo en Nuevo México. ¿Ha estado alguna vez en Globe, Arizona?

Y Scipio continuó hablando sobre las minas que había conocido. Ya no habría manera de captar a Shorty para la causa esa noche. Trampas estaba frustrado por su pez, o más bien al saber hacia dónde se inclinaba el corazón del pez. Y por la mañana Shorty había sido cuidadosamente aleccionado para que cambiara de opinión aproximadamente una vez cada hora. Esto es más que suficiente para desalentar hasta al más bueno de los misioneros. Y yo también me escapé durante el resto de la noche. En Glendive tomamos una cena ligera y compré unas mantas, y después de eso ya era tarde y el sueño ocupó la atención de todos nosotros.

Nos tumbamos en los estantes del furgón, una visión aparentemente pacífica, mecidos por el suave y lento vaivén. Me dormí casi inmediatamente; estaba tan cansado que ni las paradas ni ninguna otra cosa me despertó, a excepción de una ocasión, cuando el aire que respiraba de repente se volvió puro y me desperté. Sentado en la puerta estaba la solitaria figura del virginiano. Estaba apoyado contemplando silenciosamente la luna y bajo esta los rápidos del Yellowstone. En los estantes del furgón los otros dormían profundamente y en silencio, estirados o acurrucados según la postura en la que cayeron rendidos. No parecían gente de la que uno debiera desconfiar, todos menos Trampas. Se podría sacar la conclusión de que el resto de aquellos jóvenes humanos eran los típicos varones duros, que solo necesitaban que les dijeran las cosas apropiadas en el momento adecuado; un enorme

calcetín enrollado del entusiasta sobresalía por debajo de su manta, solemne e inocente, y me reí al verlo. Escuché un leve ruido junto a la puerta y vi que el virginiano tenía puesta la mirada en mí. Al ver quién era, asintió y con un gesto me indicó que volviera a dormir. Y así lo hice mientras seguía mirándole, allí apoyado en la puerta por la que se divisaba la luna y la inmensa cuenca del Yellowstone.

XVI

EL NEGOCIO Y LA NACIÓN - ÚLTIMO ACTO

Seguro que les ha ocurrido a ustedes despertarse por la mañana y preguntarse durante unos segundos dónde demonios se encuentran. Y así fue como medio desperté en el furgón de cola, oyendo voces pero no las palabras.

Finalmente, alguien dijo claramente: «¡Hathaway! ¡Portland 1291!».

Estas palabras no despertaron ningún pensamiento en mi mente y volví a dormirme con el agradable ritmo de las ruedas. El pequeño sobresalto de la siguiente parada volvió a traerme levemente las voces que seguían sonando a mi alrededor, y cuando volvimos a ponernos en marcha, escuché: «¡Rosebud! ¡Portland 1279!».

Estas cifras me despertaron bruscamente y dije: «Pero si era 1291 antes», mientras me incorporaba sobre las mantas.

El saludo que me ofrecieron y la visión de todos ellos apiñados con rostros inexpresivos en el furgón de cola me trajo a la mente el incómodo recuerdo de la noche anterior. Nuestra siguiente parada reveló cómo iban las cosas ese día.

—Forsythe —leyó uno de ellos en la estación—. Portland 1266.

La distancia iba decreciendo a medida que avanzábamos al oeste. Esto debía de tener un trasfondo bélico. Se me ocurrió cuando fui a buscar agua fresca en Forsythe; después, me lavé rápidamente ante la imperturbable presencia de los hombres. Nos acercábamos a la estación de Rawhide... me refiero al lugar donde uno se bajaba del tren para acudir a las nuevas minas. Ahora la estación de Rawhide se encontraba a este lado de Billings. El ancho camino de la deserción se abría ante ellos cuando todavía quedaban unas cincuenta millas hasta el angosto camino del deber y de Sunk Creek. Ahí residía la gran fuerza de Trampas; no necesitaba hacer nada mientras tanto, tan solo tratar de pasar desapercibido hasta que llegara la tentación, y entonces tomar la delantera y ganarle la batalla al ayudante de capataz. Pero el virginiano, esa soleada mañana de septiembre, solo parecía encontrar diversión y desayunó plácidamente en Forsythe.

Tras acabar la comida y partir de aquella estación, nuestro furgón volvió a retomar el suave y lento avance bordeando el Yellowstone. Los amotinados permanecieron sentados durante un rato, tragándose el ansia en silencio.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —preguntó uno finalmente mientras examinaba el cuello de su vecino.

—Por estupidez —respondió el otro.

—¿Tuya?

—Mía.

—Bueno, no sé tú, pero yo prefiero tener que agradecer algo así a mí mismo que a otro —dijo el primero.

—Estaba pavoneándome —continuó el segundo—. Ocurrió el verano pasado.

Nos topamos con una serpiente enorme en el corral de Torrey Creek. Los chicos comenzaron a apostar muy animados a que no cumplía mi palabra de que era capaz de matarla, así que espoleé mi cayuse a todo galope hasta donde estaba la señora serpiente, me agaché y la recogí del suelo sujetándola por la cola y la sacudí como si fuera un látigo para arrancarle la cabeza de cuajo. ¿Lo habéis visto hacer alguna vez? —preguntó a su público.

El público asintió lacónicamente.

—Pero la cabeza suelta voló hacia mí y me clavó los colmillos. Estuve bastante tiempo enfermo.

—No sale a cuenta meter la pata —dijo el primer hombre.

—Si hubieras sacudido la serpiente alejándola de ti en lugar de hacia ti, la cabeza habría salido rodando hacia los árboles, como hago yo.

—¡Cuánto se parece su cicatriz a un corte de cuchillo! —dije.

—¿Verdad que sí? —dijo el cazador de serpientes—. Muchos se confunden.

—El berrendo sabe que la serpiente es su enemiga —me dijo otro—. ¿Nunca ha visto a un macho dando vueltas alrededor de una serpiente cascabel?

—Siempre he querido ver algo así —dije efusivamente. Porque tenía total convencimiento de que decía la verdad.

—Merece la pena verlo —continuó el hombre—. Una vez que el macho se acerca lo suficiente, salta muy alto en el aire y cae con sus cuatro pezuñas hechas un racimo justo encima de la señora serpiente. La hace picadillo. Ahora dígame cómo es posible que un becerro sepa eso.

Por supuesto, no pude explicárselo. Y, una vez más, volvimos al silencio durante un rato... aunque un silencio más amigable, pensé.

—Una mofeta puede matarte de una forma más horrible que un mordisco de serpiente —dijo otro, por fin—. No, no me refiero a esa manera —añadió al verme sonreír—. Hay una mofeta parda en Arkansas. Una especie de perro de las praderas marrón, más pequeño que la variedad que hay por aquí. Y está rabioso todo el año, lo mismo que un perro. Pero al perro suele darle un ataque y muere; en cambio, esta mofeta de Arkansas está rabiosa todo el tiempo, y no parece que eso le afecte en cualquier otro aspecto. Bueno, pues supongamos que va a acampar al raso y supongamos que es una noche calurosa, o que por las prisas ha acampado tarde, o por cualquier otra razón no se ha metido dentro de una tienda de campaña y va a dormir a cielo abierto. La mofeta se traslada hasta donde ha acampado y se pone encima de las mantas. Usted está caliente. A la mofeta le gusta eso, igual que un gato. Y se acomoda encima con placer y cómodamente, igual que un gato. Y entonces, usted se mueve. Y el bicho le muerde, eso es todo. Al poco puede morir de rabia. Pregúntele a cualquiera.

—¡Asombroso! —dije—. ¿Pero alguna vez vio a alguna persona morir de eso?

—No, señor. Nunca me ocurrió. Pero a mi primo en Bald Knob sí.

—¿Murió?

—No, señor. Vio a un hombre morir.

—Pero ¿cómo sabe que no son mofetas enfermas?

—¡No, señor! Son mofetas sanas. Sanas como manzanas. No encontrará ninguna mofeta en ningún estado de la Unión más robusta que las de Arkansas. Y gordas.

—Es terrible, pero cierto —suspiró otro—. He enterrado cientos de dólares en ropa en Arkansas.

—¿Por qué no viajó dentro de una lona impermeable? —preguntó Scipio. Y esto creó un breve silencio.

—Hablando de mordiscos —intervino otro hombre—, ¿qué les parece esto? —Y al tiempo levantó el pulgar.

—¡Caramba! —susurró Scipio—. Debió de ser un león.

El hombre le lanzó una mirada dolida.

—Estaba intentando atrapar huevos de búho para un botánico de Boston —me explicó.

—¿Seguro que no era un callista? —preguntó Scipio—. ¿O, tal vez, un sonámbulo?

—No, en serio —protestó el hombre del pulgar; sentí lástima por él y le pedí que continuara.

—Yo le escucharé —le aseguré.

Y me pregunté por qué mi cortesía provocó que uno o dos de ellos soltaran unas risas nerviosas. Scipio, por otro lado, me lanzó una mirada furiosa y se sentó con gesto hosco durante unos segundos; a continuación, salió al andén, donde el virginiano descansaba.

—El joven llevaba pantalones hasta la rodilla y unas gafas de cristal grueso con medias lunas talladas en ellas —continuó el narrador—, y llevaba una lata colgada de una correa en la cual creí que llevaba su almuerzo hasta que se abrió de golpe y un lagarto cornudo salió a rastras de dentro. Entonces me convencí de que era un botánico... o como quiera que diga usted que se llaman. Bueno, él quería huevos de búho... esos pequeños búhos de las praderas que algunos dicen que pueden girar la cabeza totalmente y seguir mirándote, aunque eso no son más que tonterías. Estábamos atravesando una colonia de perros de las praderas que solía estar en la llanura, justo después de cruzar el ramal sur del río Powder en la ruta de Buffalo, y dije que le desenterraría un nido de búhos si deseaba acampar hasta que lo encontrara. También yo tenía curiosidad por saber cosas de los búhos... si eran capaces de vivir con los perros y las serpientes, ya sabe —se interrumpió, dirigiéndose a mí.

—Oh, sí —le dije con entusiasmo.

—Así que, mientras el botánico se fue a echar un vistazo a la colonia con su catalejo para ver si divisaba algún perro de las praderas y un búho usando la misma madriguera, yo escarbaba en un agujero donde había visto que se había metido un búho. Y esto es lo que me pasó —y volvió a mostrar en alto el pulgar.

—¡La serpiente! —exclamé.

—Sí, señor. La señora cascabel estaba en casa ese día. Me pilló justo en un segundo. La levanté del suelo colgando de mi dedo. Ocho cascabeles.

—¡Ocho! —dije—. Una grande.

—Sí, señor. Pensé que había muerto. Pero la mujer...

—¿La mujer? —pregunté.

—Sí, la mujer. ¿No le dije que el botánico se había llevado a su esposa? Bueno, pues eso hizo. Y ella se portó mejor que su hombre, porque este perdió la cabeza y gritaba que no tenía whisky y que su cuchillo no estaba lo suficientemente afilado para amputar el pulgar; y ninguno de nosotros chupó el mordisco, y el médico se encontraba a veinte millas... y si al menos se hubiera acordado de traerse el amoníaco... Bueno, el hombre se desgañitaba gritando todo lo que podía al mundo sin llegar a ninguna solución. Pero la mujer tiró del bolsillo del hombre, hurgó allí y gritó: «¡Dale la piedra, Augustus!». Y sacó entonces una de esas piedras medicina de los indios —la primera que había visto—, y la pegó a mi pulgar y comenzó a funcionar inmediatamente.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Lo absorbió. Como un papel secante. Era suave y extraña, y gris. Las sacan de los estómagos de los alces, ¿sabe? Y cuando terminó de absorber el veneno de la herida, ¡se cayó del pulgar por sí sola! Y agradecí que la mujer que me salvó la vida hubiera mantenido la cabeza fría. No me di cuenta de lo nerviosa que estaba hasta más tarde. La pobre se quedó terriblemente asustada.

—Supongo que empezó a hablar cuando hubo pasado el peligro —dije, y un profundo silencio reinaba ahora a mi alrededor.

—No, no me dijo nada. Pero su siguiente hijo nació con siete cascabeles.

El jaleo ahora se alzó violentamente en el furgón de cola. Todos se balanceaban juntos. El entusiasta se golpeaba la rodilla apoteósicamente. Y yo me uní a ellos. ¿Quién podría haberse resistido? El engaño había sido perpetrado desde el principio de forma totalmente imperceptible. La realidad y la ficción estaban mezcladas con perfecto arte. Y, por último, el efecto final, ¡tan nuevo pero hecho con material tan del viejo mundo! Me daba igual haber sido la víctima y me uní a ellos; pero me callé al sentirme de repente un tanto distanciado o frío. Era la risa de aquellos hombres. El ruido era demasiado fuerte. Y entonces capté la mirada de Trampas clavada en el virginiano, de una maldad exultante. Scipio había fijado su mirada indignada en mí desde la entrada.

Aturdido por todas estas señales, salí al andén para huir de aquel ruido. Allí el virginiano me dijo:

—¡Anímese! No será una presa tan fácil para ellos a estas alturas de la próxima temporada.

No dijo nada más, y con las piernas colgando por la barandilla pareció retomar la lectura del periódico.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Scipio.

—Oh, no me importa si a él no le importa —respondió Scipio—. ¿Es que no lo ha visto? Intenté distraerles todo lo que pude, pero usted solo se lanzó a sus brazos. ¿Es que no lo ha visto? No paró de cortarme y echar por tierra mi táctica cuando se lanzó a toda prisa a hacer esas preguntas... ¡Caramba, no me quedó otra que dejarle salirse con la suya! ¡Vaya, la forma en la que le trataron a usted no es la habitual broma que gastan a los novatos! ¡Usted no es un novato cualquiera en este viaje! Usted es amigo del capataz. Le han querido herir a él a través de usted. Así es como ellos lo ven. Y usted les dio pie. ¿Es que no se ha dado cuenta?

Scipio lo expresó claramente. Y cuando llegamos a la siguiente estación, todos gritaron con fuerza: «¡Howard! ¡Portland 1256!».

Habíamos estado pasando junto a grupos de trabajadores atareados en las vías. Tras ese grito final, el virginiano se levantó.

—Supongo que tendré que unirme a la reunión otra vez —dijo—. Todos estos trabajos de reparación parecen indicar que lo del tramo inundado podría ser verdad.

—¿Tramo inundado? —dijo Scipio.

—El puente del Big Horn, eso decían... hace cuatro días.

—Entonces, ojalá la inundación pasara por este lado de la estación de Rawhide.

—¿En serio? —preguntó el virginiano lentamente.

Y sonriendo a Scipio, se metió en el furgón de carga.

—No consigo entenderle —dijo Scipio sacudiendo la cabeza—. Es tan difícil saber qué va a hacer...

Escuchamos.

—Por lo visto están haciendo algunas obras en las vías —decía el virginiano en tono muy amigable y coloquial.

—Ya lo hemos visto. —Era la voz de Trampas.

—Parece que están intentando desnivelar el terreno.

—Como con las carreteras.

—Sería más barato colocar los raíles tal como los necesitan desde un principio, o eso pienso —sugirió el virginiano con tono cordial—. Y por allí van más italianos.

—Son chinos —dijo Trampas.

—Oh, es cierto —reconoció el virginiano al tiempo que reía.

—¿Qué está tramando ahora? —susurró Scipio.

—Al no tener mano de obra extranjera barata, no pudieron pagar el trabajo de desnivelar el terreno —continuó el sureño.

—¡Desnivelar el terreno! ¿Es que no ves que la inundación se ha estado comiendo las riberas?

—Claro que sí —dijo el virginiano con un tono dulce como la miel—. ¿Pero no has oído hablar de las nuevas mejoras al oeste de Big Timber hasta Missoula esta temporada? Me refiero a eso.

—¡Oh! Hablas de eso. Sí, lo he oído.

—Es una buena manera de ahorrar, ¿verdad? —dijo el virginiano—. Dejar que un

tren de mercancías baje pendiente abajo y luego suba por la siguiente hasta donde pueda llegar sin usar vapor y ahorrando en las bajadas hasta ese punto —esto era un hecho probado de ingeniería—. Es mejor poner a unos cuantos tipos mirando por telescopios y calculando las pendientes de más de un uno por ciento —comentó el sureño.

—Es de sentido común —reconoció Trampas—. ¿Has oído algo sobre el nuevo proyecto de cisternas de agua?

—No estoy seguro —dijo el sureño.

—Debo ver esto —dijo Scipio—, o voy a explotar.

Se metió en el furgón y yo le seguí. Estaban todos sentados y discutiendo sobre la reciente política de la Northern Pacific en cuanto a las mejoras de la línea, como si fueran la junta de directores de la empresa. Podría haberse oído caer un alfiler. Aunque nadie estaba interesado en oír el ruido de un alfiler.

—Solían poner todos los tanques de agua al final de las vías —dijo Trampas.

—Caramba, es más fácil que llegue el agua desde arriba abajo.

—Pero puedes bombearla arriba —dijo Trampas, creciéndose—. Y es más barato.

—No lo pillo —dijo el virginiano, interesado.

—Ahora, tras cargar agua, los trenes pueden empezar el trayecto colina abajo y beneficiarse de la gravedad. Esto reduce muchísimo los gastos de funcionamiento.

—¡Eso sí que es sentido común! —exclamó el virginiano, totalmente atento—. ¿Pero no hace que sean más lentos?

—Siempre se aprende algo nuevo. De esta manera también ganan velocidad. Alta velocidad con la mitad del carbón esta temporada, hasta el accidente.

—¡El accidente! —exclamó el virginiano.

—El Yellowstone Limited. Un hombre disparó al conductor del tren. El tren iba tan rápido que la bala rompió todas las ventanas y mató a un pasajero en la plataforma trasera. Llevas mucho tiempo codeándote con aristócratas —terminó Trampas, y se giró sobre sus talones.

—¡Ja, ja! —comenzó el entusiasta, pero el vecino le apretó el brazo para que callara. Era un triunfo demasiado serio para que nadie hablara. Ni un solo amotinado se movió y sentí que me recorría un escalofrío.

—Trampas —dijo el virginiano—, pensé que no te atreverías a intentar colármela a mí.

Trampas se giró en redondo. Tenía la mano en el cinturón.

—¿Que no me atrevería? —dijo con desdén.

—¡Shorty! —dijo Scipio severamente y, saltando sobre el joven, le arrebató la pistola que ya había medio desenfundado.

—Gracias —dijo el virginiano a Scipio.

Trampas separó la mano del cinturón. Lanzó una mirada fugaz y relajada a sus hombres y, dando la espalda al virginiano, salió a la plataforma y se sentó en la silla donde el virginiano había estado tanto tiempo sentado.

—¿No comprendes —dijo el virginiano dirigiéndose a Shorty amistosamente— que esta es una discusión pacífica entre ciudadanos civilizados? Ahora siéntate y pórtate bien, y el señor Le Moyne te devolverá la pistola cuando hayamos pasado al otro lado del puente roto, si es que ya lo han reparado para el paso de trenes pesados.

—Este tren irá más ligero cuando llegue al puente —exclamó Trampas, que estaba sentado fuera.

—¡Caramba, es cierto! —dijo el virginiano—. Tal vez ninguno cruce ahora el puente del Big Horn, menos yo. ¡Sería gracioso que acabarais convenciéndome para que dejara el trabajo y me fuera también a Rawhide! Pero supongo que no lo haré. Supongo que tendré que andar preocupado hasta que llegue a Sunk Creek.

—No olvide que yo cocino para usted —dijo Scipio, bruscamente.

—Se lo agradezco —dijo el sureño.

—También hablé de un trabajo para mí —dijo Shorty.

—También me siento en deuda contigo. Pero, mira... no soy exactamente un capataz que pueda emplearte, y mi promesa no implica que el juez Henry acabe pagando un salario.

Un frenazo sacudió el tren desde delante. Estábamos parando en la estación de Rawhide y todos comenzaron a moverse y a hablar. «¿Vamos a las minas hoy?», «Oh, vamos a comer algo primero». «Supongo que, de todas formas, es muy tarde». Y otras cosas por el estilo, mientras enrollaban y guardaban sus mantas y se ponían los abrigos con amplios movimientos de codos y se pavoneaban de esto y aquello. Un esfuerzo inútil. El virginiano no sabía lo que estaba pasando en el furgón de cola. Estaba apoyado y mirando hacia delante y la mirada desconcertada de Scipio no se apartaba de él. Y cuando paramos junto al tanque de agua, el sureño exclamó: «¡Todavía no se han ido!», como si fueran buenas noticias.

Se refería a los trenes retrasados. Delante de nosotros había cuatro expresos estacionados, además de varios trenes de mercancías. Y aún faltaban al menos dos horas antes de que el puente estuviera listo.

Los viajeros estaban sentados y de pie con aire de desamparo, cerca de los vagones, fuera en la artemisa, por todas partes. Personas con sombreros y espuelas los observaban y los jefes indios les ofrecían arcos pintados, flechas y cuernos pulidos.

—Supongo que los pasajeros preferirían una pierna de cordero —comentó el virginiano a un hombre que descansaba cerca del furgón de cola.

—¡Ya lo creo! —dijo el hombre—. El primer grupo lleva aquí parado desde hace cuatro días.

—Deben de estar hambrientos, ¿verdad? —dijo el virginiano mirando la ciudad —, supongo que ya se han acabado toda la comida de los coches restaurante y de esta ciudad. Bueno, creo que los coches restaurante habrán alimentado a más.

—¡Caramba, pues resulta que tiene razón! —dijo el hombre, el cual se había acercado al furgón de cola mientras rodábamos lentamente hacia el tanque de agua

situado en un lateral—. Se habría hecho un buen negocio aquí si hubiéramos estado preparados —continuó—. Y el agente crow ha dejado que estos indios vengan de todas partes de la reserva. Han traído un poco de ternera, y caza y pescado. ¡Y me apuesto lo que sea a que se podría haber hecho una fortuna! Esos pasajeros del Este acaban de ser atracados. ¡Ojalá tuviera algo que venderles!

—¿Hay algún transporte que vaya a Rawhide esta tarde? —preguntó Trampas, asomado a la entrada del furgón de cola.

—No hasta mañana —dijo el hombre—. ¿Va a las minas? —dijo, dirigiéndose de nuevo al virginiano.

—¡Vaya! —respondió el sureño, lenta y despreocupadamente, dirigiéndose al hombre, mientras Trampas, a su lado, dejaba patente su falta de atención—: Mire usted, este retraso podría alterar un poco nuestros planes. Pero será una u otra cosa: o todos vamos a Rawhide o todos vamos a Billings. Somos un solo grupo, ¿comprende?

Trampas se rio ostensiblemente dentro del furgón mientras se unía a sus hombres.

—Dejemos que guarde las apariencias —le oí decirles—. No nos hace daño lo que pueda decir a los extraños.

—Pero, en cualquier caso, pienso comer bien —continuó el virginiano—. Y no estoy dispuesto a que me roben. He estado jurando que me daría un banquete si parábamos aquí.

—La comida de la ciudad se ha acabado —dijo el hombre.

—Ya me lo dijo. Pero todos han olvidado una fuente de ingresos que tienen muy cerca y a mano. Si tiene un saco de arpillera, le mostraré cómo ganar algo de dinero.

—¡Y tanto que sí! —dijo el hombre.

—Señor Le Moyne —dijo el virginiano—, el material de cocina de la cuadrilla está a bordo, y si prepara un fuego, probaremos a ver cómo se fríen las ancas de rana. —Y a continuación se alejó mientras el hombre le seguía como un perrillo.

Dentro del furgón de cola estalló un rugido de risas.

—¡Ranas! —murmuró Scipio. Y luego, volviendo su rostro inexpresivo hacia mí —: ¿Ranas?

—El coronel Cyrus Jones las ofrecía en su menú —dije—. *Ancas de rana a lo Delmonico*.

—¡Venga, hombre! Jamás preparé ese plato. Ya lo tenían cuando llegué. Jamás lo vi. ¿Ranas? —Subió los escalones muy lentamente, con el ceño fruncido. Al volver a saltar al suelo, sacudió la cabeza—. Desde luego que resulta difícil saber lo que va a hacer ese hombre —dijo—. Pero debo apresurarme con el fuego. Por lo que parece, tiene prisa —concluyó Scipio, y se puso a trabajar rápidamente. Shorty le ayudó y llevó madera. Trampas y los otros se largaron hacia la estación en un grupo compacto.

Encendimos nuestra pequeña hoguera junto al furgón de cola para así poder tener a mano los utensilios de cocina. Nadie creería que tales preparativos pudieran tener

algún interés, ni tan siquiera para los hambrientos, cuando no parecía que hubiera nada que cocinar. Unos cuantos palitos ardiendo a fuego lento sobre la tierra, una sartén, un cubo medio lleno de manteca, un poco de agua y unos platos vacíos con cuchillos y tenedores, y tres hombres en silencio atareados... eso era todo. Pero los viajeros se acercaron a ver. Estas almas abandonadas se acercaron a nosotros y se quedaron allí de pie; una triste, desamparada y variable hilera de público; cuatro al principio y luego dos de ellos se alejaron; finalmente, uno regresó al no encontrar mejor sitio adonde ir.

—¿La cena, chicos? —preguntó.

—El desayuno —contestó Scipio malhumorado.

Y nadie más se dirigió a nosotros. Los oí mencionar con añoranza Wall Street y el Saratoga; e incluso escuché el nombre de Bryn Mawr, que está cerca de Filadelfia. Pero estos fragmentos del hogar allí en medio de las tierras salvajes de Montana y junto al furgón de mercancías ya no me interesaban.

—Además, parece que sí puede que haya ranas allá abajo —dijo Scipio—. ¿Ve aquellos remansos pantanosos llenos de juncos? —Nos volvimos levemente y entonces vimos al virginiano bastante atareado entre los marjales—. ¡Silencio! Estoy pensando —continuó Scipio—. No lo sintió lo suficiente... No me interrumpa.

—No lo estoy haciendo —dije.

—No. Pero casi lo tenía —y Scipio murmuró para sus adentros otra vez—. No lo sintió lo suficiente... —Finalmente, maldijo en voz alta y con el rostro radiante—: ¡Se lo dije! —gritó—. ¿Qué le dijo a Trampas tras la conversación que tuvieron sobre las mejoras ferroviarias y la broma que le gastó? ¿No es cierto que dijo «Trampas, pensé que no te atreverías a intentar colármela a mí»? Pues bien, señor, más le valdría a Trampas no haberse atrevido. Y eso es lo que quiso decir el virginiano. Y ahí es donde quería llegar. Trampas quedó entonces en una terrible posición. Espere... ¡Vaya por Dios, este hombre es un sabio! Claro que no lo sentía. Supongo que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para aparentar lamentarlo tan bien como lo hizo. Espere.

—¿Que espere qué? ¡Venga, hombre! ¿Qué?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! Ahora es el momento de sacar el as que se ha estado guardando en la manga. Ha estado capeando la situación para afrontarla aquí antes de que el furgón de cola llegue al puente. Regresemos junto al fuego o Shorty dejará que se apague. ¡Alégrate, Shorty! —exclamó al llegar, y apoyó la mano con fuerza en el hombro de Shorty—. Cena a la vista, Shorty. Alimento para la mente.

—¿Y nada para el estómago? —preguntó el pasajero que había hablado antes.

—También estamos en ello —respondió Scipio. Su malhumor se había esfumado.

—¡Caramba, si son vaqueros! —exclamó otro pasajero al tiempo que se acercaba.

Ahora Trampas regresaba de la estación y su rebaño le seguía, aunque menos compacto que antes. Tan solo habían encontrado hambruna y ninguna esperanza de conseguir provisiones hasta el siguiente tren procedente del Este. No era culpa de

Trampas, pero ahora los hombres le seguían en un grupo menos compacto. Llevaban un trozo de queso, del tamaño de un puño, el peso de un ladrillo y la tonalidad de un cadáver. Y los pasajeros, al verlo, exclamaron: «¡Hombre, el viejo colega otra vez!», y se quitaron los sombreros.

—Ah, ¿entonces, caballeros, ya han sido presentados a ese queso? —preguntó Scipio, encantado.

—Me lo han ofrecido tres veces al día durante cuatro días —dijo el pasajero—. ¿Pedían un dólar o un dólar y medio por él?

—¡Dos dólares! —exclamó el entusiasta. Y todos nosotros, a excepción de Trampas, explotamos con risas flojas.

—De todas formas, por ahí viene nuestra comida —dijo Scipio echando una mirada al pantano. E inmediatamente adoptó gesto serio.

—Bueno, el tren llegará pronto —afirmó Trampas—. Supongo que entonces conseguiremos una buena cena sin ranas.

Toda la atención estaba ahora puesta en el virginiano. Regresaba con su hombre y el saco de arpillera, y el saco que llevaba colgaba del hombro pesadamente, tal como pesaría un saco lleno. No prestó atención a la gente que se había congregado, se sentó y vació medio saco.

—Tome —dijo a su ayudante, adoptando un tono profesional—, eso es todo lo que necesitaremos. Creo que encontrará un buen mercado para vender el resto.

—¡Caramba, que me aspen! —dijo el entusiasta—. ¿Y qué clase de locos comen ranas?

—¡Oh, yo estoy lo suficientemente loco ahora como para comerme un sapo! —exclamó el pasajero.

Y entonces comenzaron a sacar sus billeteras.

—Pueden cocinar sus ancas aquí mismo, caballeros —dijo el virginiano con su pausada cortesía sureña—. No parece que tengan encendidos los fogones en los coches restaurante.

—¿Por cuánto venderías un par de ellas? —preguntó el entusiasta.

El virginiano le miró con afable sorpresa.

—¡Qué caray, sírvete tú mismo! Vamos a estar todos juntos durante un buen rato. Servios —repitió dirigiéndose a Trampas y a sus seguidores.

Estos esperaron unos segundos y luego, con disimulo, dejaron el queso en el suelo y se aproximaron al fuego para conseguir su cena.

—No serán ni de lejos como las de Delmonico —dijo el virginiano a los pasajeros—, ni tampoco como las de Saynt Augustine.

Se refería al gran Augustine, el *chef* tradicional de Filadelfia, cuya historia le había resumido en la casa-palacio de comidas del coronel Cyrus Jones.

Y ahora ofició Scipio. La sartén estaba llena y despedía unos olores deliciosos.

—Corre a por un cubo de agua, Shorty —continuó el virginiano, comenzando a comer—. Coronel, no cocina nada mal. Si las hubiera vendido tal como se ofrecían en

el menú, sin duda se hubiera hecho famoso.

Varios hombres comían ahora con satisfacción, pero no Scipio. Era todo lo que podía hacer para cocinar bien. Todo él parecía brillar. Tenía otra vez los ojos entrecerrados en unas finas ranuras, mientras los inocentes pasajeros tragaban agradecidos.

—Vea, ahora ya ha ganado dinero —comenzó el virginiano dirigiéndose al nativo que le había ayudado a cazar las ranas.

—¡Y tanto que sí! —exclamó el hombre—. Dividimos, ¿no?

Y sacó la mitad de sus ganancias.

—No, quédeselo —respondió el sureño—. Creo que estamos en paz. Aunque, supongo que no son tan buenas como las de Delmonico, ¿verdad señor? —dijo dirigiéndose a un pasajero.

—¡No confíe en la opinión de un hombre tan hambriento como yo! —exclamó el viajero, riéndose. Luego se volvió a sus compañeros de viaje—. ¿Alguna vez disfrutaron más una cena en Delmonico que esta?

—¡Jamás! —suspiraron.

—Caramba, mira esto —dijo el viajero—, ¡qué ignorantes son las gentes de esta ciudad! ¡Aquí hemos estado muriéndonos de hambre durante días, llega usted y en un segundo les da sopas con ondas!

—Eso se explica fácilmente —dijo el virginiano—. He estado en lugares donde se saca mucho dinero con las ranas, y ellos no. Todos los de aquí son gente de ganado. Hablan de ganado, piensan solo en el ganado y, en consecuencia, terminan en la bancarrota. Todo se fue a pique. ¿No es así? —preguntó al nativo.

—Así fue más o menos —dijo el hombre.

—Es muy difícil hacer lo que tu vecino no hace —continuó el virginiano—. En Montana solo hay ganado y estas gentes solo saben trabajar el ganado; jamás se percataron de que este territorio es demasiado pequeño para el pasto, y muy pantanoso, justo perfecto para la cría de ranas.

Al escuchar esto, todos adoptaron un gesto de escepticismo.

—No estoy diciendo que sea más listo que todos ustedes, amigos —dijo el virginiano con gesto arrepentido dirigiéndose a su ayudante—. Pero al viajar uno observa muchas costumbres. No sería tan buen negocio como el de Tulare, California, al norte del lago. Allí sin duda se sacó un buen provecho de aquellos pantanos inservibles. Por supuesto, invirtieron mucho dinero y aplicaron las técnicas que les recomendó el consejo a la Comisión Agropecuaria del gobierno y otros conocimientos de ese tipo. Tenían un mercado muy grande para vender ranas: San Francisco, Los Ángeles y hasta Nueva York después de que terminaran la línea del South Pacific. Pero aquí en el norte podría venderlas a los pasajeros todos los días igual que hizo hoy. Lo conocerían por toda la línea del ferrocarril. No hay muchas ciénagas que puedan competir por aquí. Los coches restaurante comprarían las ranas y tendría a su disposición el Parque de Yellowstone durante cuatro meses al año. Los

hoteles quieren agradar a sus huéspedes, y también comprarían un producto que sus huéspedes del Este consideran tan refinado. Al menos estarían vendiendo algo en lugar de nada.

—Esa es una buena idea —dijo un viajero—. Y con pocos costes.

—Y pocos costes —dijo el virginiano.

—¿Y los del Este se comerían las ranas? —preguntó el nativo.

—¡Mírenos! —dijo el viajero.

—¡Ni en Delmonico encuentra uno tal manjar! —dijo el virginiano.

—¡Desde luego no es lo mismo! —exclamó el viajero.

—¿Y a cuánto se pagarían las ranas? —le preguntó Trampas. Y vi entonces que Scipio hundía aún más la cabeza en sus fogones.

—Oh, no lo sé —dijo el viajero—. Nosotros hemos pagado bastante bien, ¿sabe?

—Ya llegas tarde para ir a Tulare, Trampas —dijo el virginiano.

—No estoy pensando en Tulare —replicó Trampas.

La nariz de Scipio estaba casi rozando la sartén.

—¡Es el lugar más cómico que encontrarán! —les aseguró el virginiano mirando a los hombres que le rodeaban. Dejó escapar una amplia sonrisa al recordarlo—. ¡Oír a los de Tulare hablar de ranas! Igual que otros hablan de caballos o bueyes o lo que sea que críen para vender. Y todos ustedes hablarían de igual manera si entraran en el negocio. Sea cual sea el producto del que depende el sustento de un hombre, no duden que hablará de él con total seriedad. Da igual que sean ranas.

—Vaya —dijo el nativo—. ¿Y se pagan bien?

—El único dinero del territorio estaba en ese negocio —respondió el virginiano—. Era un territorio totalmente muerto y solo el negocio de las ranas se movía. Pero ese negocio era como tener un póquer en la mano. Te hacía sentir extraño, como ya dije. Y es que todos ellos habían sido hombres de ganado en un momento u otro de sus vidas. Hasta que uno se acostumbraba, siempre te asombraba oírlos hablar de «llevar los toros a pastar a su aire». —El virginiano dejó escapar otra sonrisa, pero ahora se puso de nuevo serio—. Esa era su política —exclamó—. Excepto ciertas épocas del año, mantenían a las ranas toro separadas. La Comisión Agropecuaria les dijo que les iría mejor, y en efecto funcionó a la perfección. Eso u otra cosa lo hizo... porque, caballeros, ¡escuchen esto! Había millones de ellas. Uno habría pensado que todas las ranas del mundo se habían concentrado en Tulare. ¡Y el dinero entró a mansalva! ¡Escuchen, caballeros! Fue una mina de oro para los propietarios. Algunos años sacaron un beneficio limpio del cuarenta por ciento. Y pagaban salarios generosos. Porque podían vender a todos los restaurantes de San Francisco, ¿comprenden? Y también estaba la Cliff House. Y el Hotel Palace convirtió las ancas de rana de Tulare en una de sus especialidades. Y los funcionarios comían ranas en Presidio, en Angel Island, en Alcatraz y en Benicia. La ciudad de Los Ángeles comenzaba a despuntar. Los más avezados en ese cruce de líneas de ferrocarriles querían algo de lustre. Y, por ello, deslumbraron a unos cuantos inversores del Este

para que publicitaran las ranas de Tulare hasta Nueva Orleans e incluso Nueva York. Solo en Sacramento las ranas no funcionaron. Supongo que las leyes de California eran demasiado ordinarias para los lujos de los pudientes. Cuentan de uno de aquellos senadores que se llevó un millón del dinero público de Los Ángeles y preparó todo un banquete con champán. Quería repartir su nuevo oro a manos llenas y rápido. Pero se perdió entre todos aquellos platos refinados y simplemente gritó delante de las damas: «¡Maldita sea! ¡Tráiganme cuarenta dólares de lomo y huevos!». Todo un personaje, ese senador.

El virginiano hizo una pausa y terminó de comerse un anca. Y luego, con una destreza diabólica, fingió pasar casualmente a nuevos aspectos de la anécdota.

—Hablando de senadores —continuó—, el senador Wise...

—¿Cuánto dijiste que pagaban en Tulare? —preguntó uno de los seguidores de Trampas.

—¿Cuánto? Vaya, jamás averigüé cuánto sacaba un capataz. Los peones normales sacaban cien. Pues el tal senador Wise...

—¿Cien *al mes*?

—Caramba, era un trabajo muy fatigoso y lleno de barro, ¿comprendes? Siempre acababan padeciendo reumatismo. Y se jugaban bastante. Bueno, como iba diciendo, cuando el tal senador Wise hablaba de visitar Alaska...

—¿Un cuarenta por ciento dijiste? —dijo Trampas.

—¡Oh, debo llamar a mi esposa! —dijo el viajero a mis espaldas—. Para esto es para lo que vine al Oeste —y se alejó corriendo.

—No se sacaban un cuarenta por ciento los años malos —respondió el virginiano—. Las ranas tenían enemigos, al igual que el ganado. Recuerdo una vez que un pelícano se metió en los terrenos de cría de primavera y la manada rompió la verja...

—¿La verja? —preguntó el pasajero.

—Una zanja, señor, rodeada por tela de alambre. Cada zona de cría era un marjal cuadrado con una zanja alrededor y la tela de alambre. ¿Ha escuchado alguna vez el barullo de mugidos tristes de una gran manada de ganado? Bueno, señor, cuando uno pasaba en tren cerca de la granja de ranas, se las podía oír en una milla a la redonda. En primavera, cantaban como niñas en la galería de un órgano y en agosto sus voces ya sonaban más de contrabajos. Y todas ellas podrían haber sido solistas, si tuviera que ser yo el juez. Pero si se daba un mal año quizás solo se sacaba el veinte por ciento. El pelícano las hizo huir desde el vivero hasta el río San Joaquín, cercano a los terrenos. La mayor parte de la cría salió en estampida y, aunque por supuesto emergieron de nuevo en las orillas, la noticia se corrió y la gente río abajo en Hemlen se las comieron casi todas solo para vengarse de la empresa de ranas. Lo cierto es que una rana en un río está más desvalida que cualquier ternero no marcado en campo abierto. Y jamás llegaron a desarrollar un plan para marcarlas y así poder probar que eran sus dueños.

—Bueno, un veinte por ciento ya me parece más que suficiente —dijo Trampas

—, si decido no quedarme en Rawhide.

—¡Cien al mes! —exclamó el entusiasta, y empezaron a hacer cálculos entre ellos.

—Subió hasta un cincuenta por ciento —continuó el virginiano—, cuando Nueva York y Filadelfia comenzaron a competir por el producto. Ambas ciudades estaban plagadas de carteles anunciando que servían las ancas de ranas de Tulare. Y en ambos casos decían la verdad. Y lo mismo que ocurre con los trenes de ganado, se veían trenes de ranas surcando el territorio de Arizona, con enormes tanques de cristal cubiertos con alambres por arriba, en dirección a Nueva York, y las ranas allí, mirando el paisaje.

—Caramba, George —susurró la voz de una mujer a mis espaldas—, ¡simplemente les está engañando! Se lo está inventando todo.

—Sí, querida, eso es justamente lo que está haciendo.

—Bueno, pues no sé por qué has pensado que esto podría interesarme. Me vuelvo al vagón.

—Es mejor que veamos lo que ocurre, Daisy. Esto es mejor que los géiseres o cualquier cosa que podamos encontrar en Yellowstone.

—Entonces, ojalá hubiéramos ido de viaje a Bar Harbor, como hacemos normalmente —dijo la dama, y regresó a su coche.

Pero el marido se quedó. En efecto, el grupo de hombres ahora era todo paz y armonía; la forma en que los hacían una pifia, unidos por algo que compartían. Sus distintas clases de pies confirmaban la fuerza del vínculo... las zapatillas de dormir del coche cama inmóviles junto a un par de espuelas mexicanas. Todos los ojos estaban puestos en el virginiano y le ofrecían sus simpatías. Aunque no eran conscientes de cuál era el motivo, lo que él hacía les había envuelto sutilmente... a todos excepto a los excitados calculadores. Estos estaban haciendo ruidosamente una fortuna tanto en Rawhide como en Tulare, drogados por una sed de oro satánica, haciendo caso omiso de las zapatillas y las espuelas. Si algún hombre les hubiera dado alguna señal de advertencia, creo que lo habrían linchado. Incluso los jefes indios habían acudido para ver aquello con sus tocados de guerra y mantas a la venta. Por supuesto, no entendían nada, pero por el magnetismo que desprendía sabían que el virginiano era el gran hombre. Y lo observaban complacidos. Este estaba sentado junto a la hoguera con la sartén, con su habitual aspecto... atractivo y taciturno. Y entonces, mientras Trampas declaraba que los billetes para California debían ser caros y que sería mejor ir primero a Rawhide, el sureño dejó a un lado su virtuosa ensoñación.

—Hay una razón mejor para elegir Rawhide que el precio de los billetes, Trampas —dijo—. Ya te dije que era demasiado tarde para Tulare.

—Ya te escuché —dijo Trampas—. Pero puede que haya distintas opiniones. Tú y yo no pensamos de igual forma en muchos aspectos.

—¡Por Dios, Trampas! —dijo el virginiano—, ¿crees que me estaría pudriendo

aquí ganando cuarenta dólares si Tulare fuera como era antes? Tulare ahora está en la bancarrota.

—¿Qué hizo que fracasara? ¿Que te fueras tú de allí?

—La venganza lo hizo, y las enfermedades —dijo el virginiano, golpeando la sartén en la rodilla, porque ya se habían acabado de freír todas las ranas. Al escuchar esas palabras escabrosas, sus mentes infantiles y aún por domesticar se encendieron, y todos se apiñaron a su alrededor para escuchar una historia sangrienta. La multitud pareció acercarse aún más.

Pero durante unos breves instantes, a punto estuvo de estropearse el momento. Un pasajero llegó, exigiendo a viva voz «¿Dónde están esas ranas?». Era un importante orador de Nueva York, me susurraron, de vacaciones en su vagón privado. Cuando llegó hasta nosotros y se acercó al virginiano, dijo alegremente:

—¿Cuánto quiere que le pague por sus ranas, amigo?

—¿Es que tiene algún amigo aquí? —dijo el virginiano—. Eso está bien, porque necesita que le cuiden.

Y el importante orador no volvió a molestarnos.

—Ya solo por esto ha valido la pena el viaje —me susurró un pasajero de Nueva York.

—Sí, se debió a una venganza —continuó el virginiano—, y a la enfermedad. Había un hombre llamado Saynt Augustine que salió huyendo de Domingo, que es una isla española. Llegó a Filadelfia y estaba sin blanca. Pero Saynt Augustine era un hombre espabilado y vio que Filadelfia estaba llena de cuáqueros vestidos sin ningún estilo y que comían siempre lo mismo. Así que comenzó a cocinar al estilo de Domingo para ellos, y estos se aficionaron a su comida inmediatamente. Les daba galápagos y grillos y usaba cuarenta pollos para hacer un caldo que llamaba consommay. Y se hizo rico y Filadelfia ganó fama, y Delmonico de Nueva York se puso celoso. Él era el cocinero que daba el visto bueno en Nueva York.

—¿Era Delmonico uno de esos italianos? —preguntó fascinado uno de los amotinados.

—No lo sé. Pero se comportaba como uno de ellos. Lorenzo era su nombre de pila. Estaba dispuesto a cortar...

—¿El pescuezo a Domingo? —susurró el entusiasta.

—Estaba dispuesto a cargarse el negocio de Saynt Augustine y poner a Filadelfia de nuevo donde pensaba que debía estar. Las ranas estaban de moda por aquel entonces. Estos cocineros extranjeros impusieron la moda en la comida, lo mismo que los modistos extranjeros hacen con la ropa de las mujeres. Ambas ciudades pescaban y devoraban todas las ranas que Tulare les enviaba. Así que él...

—¿Lorenzo? —preguntó el entusiasta.

—Sí, Lorenzo Delmonico. Ofreció un dólar más por tanque. Y Saynt Augustine subió la apuesta cincuenta céntimos más. Y Lorenzo lo subió un dólar. Y Saynt Augustine entonces tiró la casa por la ventana y ofreció tres. Lorenzo no esperaba que

Filadelfia pudiera subir tanto la puja y se cogió un enfado monumental, le dio un vuelco a su cocina en Nueva York y afirmó que se adelantaría a la comida de Domingo de Saynt Augustine y reventaría su anquilosada organización. Lorenzo fue subiendo de tono en sus afirmaciones, dicen. Y, entonces, sin previo aviso, partió a Tulare. Se compró unos billetes para Santa Fe y allá que se fue abanicándose y echando humo. Pero, caballeros, ¡escuchen! El mismo día, Saynt Augustine partió de Filadelfia. Viajó por Washington y luego llegó abanicándose y echando humo en el Southern Pacific. Por supuesto, los de Tulare no sabían nada de esto. Lo único que sabían era que el precio de las ranas estaba por las nubes y parecía seguir subiendo como un cohete. Si al menos hubiera habido alguna preparación —un telegrama, o algo— el desastre jamás habría tenido lugar. Pero Lorenzo y Saynt Augustine estaban absortos vigilándose mutuamente —porque, vean ustedes, el Santa Fe y el Southern Pacific coinciden en Mojave, y los dos gallos viajaron unas doscientas diez millas en el mismo coche— y no se les ocurrió enviar un telegrama. Cuando llegaron, sin aliento, y se pusieron manos a la obra anunciando lo que ofrecían por el monopolio, caramba, estos chicos confiados de Tulare se divirtieron con ellos. No me enteré de todo lo que les obligaron a hacer, pero consiguieron que Lorenzo cantara y bailara, mientras Saynt Augustine lo acompañaba al violín. Y los tacones de Lorenzo se desgastaron un poco. Bueno, los dos cocineros se marcharon del rancho sin revelar sus identidades y en cuanto estuvieron a una distancia prudencial se juraron amistad eterna, en esa forma efusiva de los extranjeros. Y se fueron a casa en el Union Pacific, en el mismo compartimento del tren. Su venganza acabó con las ranas. La enfermedad...

—¿Cómo acabó con las ranas? —preguntó Trampas.

—Simplemente, acabó con el negocio. Delmonico y Saynt Augustine declararon que las ranas ya no estaban de moda. Ni un solo banquero de la Quinta Avenida tocaba ni una sola rana si había algún otro banquero mirándole. Y si alguna vez has visto a algún hombre que esconde los pies y no se quita los calcetines en público es que ha trabajado en aquellas ciénagas de Tulare y contrajo la enfermedad. Si lo pillas nadando, verás que tiene pies con membranas como los patos. Las ranas están acabadas, Trampas, y tú también.

—¡Levantaos, mentirosos del mundo, y salud a vuestro rey! —exclamó Scipio—. ¡Oh, cuánto lo estimo!

Y le dio un abrazo al virginiano.

—Permítame que le dé la mano —dijo el viajero que no había logrado interesar a su esposa en estos asuntos—. Ojalá pudiera disfrutar más tiempo de su compañía.

—Gracias, señor —dijo el virginiano.

Otros pasajeros le saludaron y los jefes indios se acercaron y dijeron «¡Jau!», aunque se guiaban más por sus sentimientos que por su entendimiento.

—No os pongáis así, chicos —dijo el ayudante de capataz a su avergonzada cuadrilla—. Estos caballeros del Este han estado disfrutando a vuestra costa durante

un buen rato, lo sé. Pero pensad en la agotadora espera que han tenido que soportar aquí. Y vosotros insististeis en tomarme el pelo. No me dejasteis alternativa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Os diré algo que os consolará; cuando llegué a la mitad de la historia de las ranas, hasta yo estuve a punto de creérmela —y dejó escapar la primera risa que le oí.

El entusiasta se acercó y le estrechó la mano. Él dio la señal y el resto le siguió, Trampas el último. La corriente era demasiado fuerte para luchar contra ella. Trampas no era un perdedor elegante, pero logró salvar la situación y el virginiano le dio un respiro tratándolo exactamente como al resto... en apariencia. Posiblemente, el momento supremo —más americano— de todos fue cuando llegaron noticias de que el puente ya estaba abierto y los trenes, ruidosos y triunfales, comenzaron a moverse por fin hacia el oeste. Todos se despidieron de todos, sacando las cabezas por las plataformas y las ventanas, de manera que los vagones rebosaban júbilo y en veinte minutos toda la procesión pasó y nos llegó el turno.

—Último aviso para Rawhide —dijo el virginiano.

—Último aviso para Sunk Creek —dijo el rebelde ya repuesto de su derrota, y todos saltaron al furgón de cola. No cabía duda alguna de quién se había ganado las espuelas en este caso.

Nuestro furgón de cola continuó su lento avance hacia Billings, junto al pedregoso Yellowstone lleno de álamos y, a medida que las llanuras, los riscos y la nieve lejana comenzaban a hacerse familiares, incluso para mí, nos dedicamos a preparar el equipaje que íbamos a llevar, ya que el campamento comenzaría por la mañana. Vi al virginiano envolviendo cuidadosamente su *Kenilworth* para poder devolverlo a su propietaria en buenas condiciones, y entonces dije:

—¿No cree que podría haber jugado al póquer con la reina Isabel?

—No, creo que ella me habría ganado —contestó—. Era toda una dama.

Fue en Billings, ese mismo día, cuando estaba reflexionando sobre la igualdad. Porque el virginiano había estado a igual altura que la requerida para la ocasión: esa es la única clase de igualdad que reconozco.

XVII

LA MORAL DE SCIPIO

¿Cuál era ahora el estado de ánimo del virginiano? Al estar menos atareado, ¿había empezado a «echar de menos» a la joven de Bear Creek? Solo sé que después de hablar tanto recayó en nueve días de silencio. Su parte habladora se sumió en un profundo y continuo sueño.

Por supuesto, pronunció las frases de rigor cuando cabalgábamos hacia el sur desde las vías del tren, mientras reuníamos el ganado desperdigado del juez. Durante las largas semanas que pasaron desde el rodeo de primavera, algunos de estos animales se habían alejado de su prado y la principal tarea de nuestra partida era recuperarlos y llevarlos de vuelta.

Las indicaciones y órdenes —cualquier tipo de comunicación que necesitara mantener con sus subordinados— las daba debidamente. Pero, en ninguna parte del mundo, jamás se ha podido hacer pasar por conversación un puñado de frases rutinarias. Frases suyas como «daremos una vuelta por Willo' Creek mañana», o «quiero que el carro esté con los de Stinkin' Water para el jueves», aunque en ocasiones lo suficientemente hiladas para parecer un discurso, jamás quebraron su verdadero silencio. Aparentando mantener una buena armonía en el campamento, seguía encerrado en sí mismo. Esa parte habladora de él —ese estado de ánimo que hace florecer el alma o la mente de un amigo con un regalo o una conversación— estaba encerrada en alguna oscura cueva de su naturaleza, escondida. Quizás había estado soñando, tal vez, reposando. El virginiano era una de esas raras personas que son capaces de descansar por partes. Tener algo en mente no impedía que su cuerpo descansara. Durante nuestro reciente viaje —¡ahora ya parecía que hacía años de él! —, mientras nuestro furgón de cola del tren de mercancías avanzaba eternamente hacia el oeste y los hombres estaban todos en tensión, en el mismo momento decisivo de amotinamiento y posible asesinato, lo vi dormir como un bebé. Aprovechaba los momentos en los que no necesitaba estar despierto. También lo vi sentado toda la noche de guardia, listo para saltar y clavar los dientes. Y ahora que los había vencido en su propio terreno, sus poderes parecían estar profundamente adormecidos. Esa enconada lucha final de ingenios había hecho a los hombres sus cautivos y admiradores... a todos excepto a Trampas. Pero el virginiano no parecía prestarle mucha atención.

Scipio Le Moyne me decía de vez en cuando:

—Si yo fuera Trampas, me largaría a otra parte.

Y en una ocasión, añadió:

—Lo haría despreocupado, ya sabes, como si no me diera cuenta de que lo estoy haciendo.

—Sí —murmuró elocuentemente nuestro amigo Shorty, con los ojos puestos en el

silencioso virginiano—, sin duda debe de estar tramando su venganza.

—Tramando... ¡y un cuerno! —dijo Scipio—. Ya sabe lo que va a hacer. Pero aún no ha llegado el momento.

Así era como él lo sentía, y no es de extrañar que yo, un inexperto del Este, lo sintiera así. Era fácil adivinar que Trampas también. Como la levadura que hace levantar toda la masa, un solo punto de malhumor en un campamento extiende su sabor rancio entre toda la compañía que se halla sentada cerca, y nosotros tuvimos que sentarnos cerca de Trampas en las comidas durante nueve días.

Desde luego que su malhumor no era ninguna maravilla. Sentirse abandonado por sus recientes seguidores, ver cómo se marchaban con el enemigo, no debió de provocarle pensamientos agradables. ¿Por qué no se marchó a otros climas... por qué no «se largaba a otra parte despreocupadamente», como había dicho Scipio?... Solo puedo explicarlo de la siguiente manera: le debían el jornal, como decían en territorio vaquero; si quería su dinero, debía permanecer bajo el mando del virginiano hasta que llegaran al rancho del juez en Sunk Creek; mientras tanto, cada día de trabajo aumentaba el sueldo que le correspondía y, al final, cuando estuvieran en Sunk Creek, el virginiano ya no sería su jefe, sino el verdadero capataz del rancho. En el rancho el virginiano volvería a ser su igual y ambos obedecerían órdenes de un superior oficialmente reconocido, el capataz. Las palabras de Shorty sobre «venganza» me dieron la impresión de que enfocaban el asunto desde el lado equivocado. La venganza, como le dije a Scipio, es en lo que yo estaría pensando si fuera Trampas.

—Trampas no piensa así —fue el rápido comentario de Scipio—. No hasta que se haga fuerte otra vez. Quedó totalmente en ridículo frente aquellos transeúntes y todo su temple se hizo añicos delante de nosotros. Tendrá que recuperarse.

Scipio siguió hablando de la actitud del virginiano.

—Tal vez venganza no sea la palabra adecuada para la situación a la que ha llegado ahora con Trampas. Cuando uno logra vencer a otro hombre en su propio juego como ha hecho él con Trampas, caramba, ya te has vengado todo lo que te podías vengar, a menos que seas un cerdo. Y él no lo es. Pero ya le ha cogido manía a Trampas. Todavía no han acabado. ¿Dejarías que un hombre intentara atacarte con tanto resentimiento y acto seguido dejarías de pensar en él solo porque lo has vapuleado?

A esta pregunta le respondí con su misma idea sobre los cerdos y quedar satisfecho.

—¡Cerdos! —respondió Scipio, de una forma que desbarató por completo mi sugerencia—. Los cerdos no tienen nada que ver en este caso. Tiene que enfrentarse a Trampas de alguna manera, de hombre a hombre. Trampas y él no pueden continuar de esta forma cuando regresen y se pongan a trabajar como antes. No, señor; he visto su mirada en dos ocasiones y sé que está esperando el enfrentamiento final.

En opinión de Scipio, yo tardaba demasiado en comprender sus palabras, cuando la tarde que siguió a esa conversación le pedí que me explicara a qué tipo de «final»

se refería, después de la estocada final que ya había sufrido Trampas. Haber quedado «totalmente en ridículo frente a unos transeúntes» (tomé prestada su expresión exagerada), me parecía que era un final por todo lo alto. Mientras le comentaba mis impresiones, Scipio se levantó y, sujetando la sartén que había estado lavando, se acercó lentamente a mí.

—Creo que usted no debería viajar solo, tal como está haciendo —dijo, aproximando su cara a la mía. Aquella larga nariz fue haciéndose cada vez más persuasiva con su astucia, mientras el fuego de sus ojos de color azul pálido ardía con amigable ironía—. Lo que ha ocurrido entre ellos dos tan solo ha dejado sentado uno de los puntos que él deseaba dejar claros. Fue nombrado jefe de esta cuadrilla por la ausencia del capataz habitual. Desde entonces, todo lo que ha estado haciendo es intentar por todos los medios llevar a sus hombres de regreso al rancho sanos y salvos, tal como se los entregaron a él, y sin perder a ninguno en el camino por deserción, o por un tiroteo o cualquier otra causa. Tuvo que tirar del tren al cocinero ese día, y la pérdida lo entristeció, pude verlo. Pero resulta que aparecí yo y me colocó rápidamente en el puesto vacante, y supongo que eso le consoló bastante. Y como jefe de la cuadrilla ganó a Trampas, que aspiraba a jefe de la oposición. Y la cuadrilla parece más que convencida de que esto terminará así, y se van a quedar con él, y los llevará hasta el rancho en buenas condiciones, a excepción del cocinero perdido. Así que, por el momento, se ha salido con la suya, ¿comprende? Pero mire un poco más allá. Tal vez no tenga que mirar mucho más adelante. Regresamos al rancho. Él allí ya no es el jefe. Su responsabilidad habrá acabado. Volverá a ser uno de nosotros y obedecerá las órdenes de un capataz que me dicen que ha mostrado cierto favoritismo hacia Trampas en bastantes ocasiones. ¡Favoritismo! Eso es en lo que Trampas confía. Al contar con ello, él saldrá ganando y su enemigo perdiendo. De otra manera, no se atrevería a mostrarse tan agrio como lo hace. ¡Favoritismo! ¿Piensa usted que eso ahuyentará a su enemigo? —Scipio lanzó la mirada al otro lado del arroyo, donde el virginiano ayudaba a dirigir el ganado por el cauce del río y, señalando con la sartén hacia el sureño, dijo—: ¿Qué daño cree que podría hacer a un hombre como él el hecho de que Trampas esté bajo la protección del capataz? Ajustará cuentas con el señor Trampas y sus tejemanejes si logra apartarlo de esa protección, o incluso si aparta al mismísimo protector en el proceso. Y, por cierto, voy a aconsejar a su familia —concluyó Scipio— que no le dejen a usted viajar a solas... al menos no hasta que haya aprendido un poco más de la vida.

Me había hecho sentir mi inexperiencia y me convenció de mi candor, sin duda alguna, y durante los últimos días de nuestro viaje ya no volví a recurrir a él para comentar mis reflexiones sobre este tema en concreto. ¿Qué le haría el virginiano a Trampas? ¿Volvería a machacarlo intelectualmente, como lo hizo con la historia de las ranas, o de alguna forma más física... incluyendo músculos o incluso pólvora? Y, de todas formas, ¿acaso Scipio era infalible? Nunca fingí entender al virginiano; después de varios años continuaba siendo un enigma para mí. La experiencia de

Scipio con el virginiano no era todavía ni de tres semanas. Así que lo dejé a solas con este asunto, aunque seguí comentando con él acerca de lo bueno y lo malo del mundo y convenciéndome al mismo tiempo de mi propia bisonñez; porque, a sus veintitantos años, Scipio era, sin duda alguna, toda una biblioteca andante sobre el mundo y la vida. Jamás conocí un corazón tan grande, ni un ingenio tan aguzado, ni una moral tan relajada, aunque a un mismo tiempo atesoraba un sentido instintivo de la decencia y el deber.

Pero reflexionaba sobre el virginiano todo el tiempo; comía con él, dormía con él (aunque no tan profundamente como él) y cabalgaba junto a él frecuentemente durante muchas horas.

Hice varios intentos de entablar una conversación... y fracasé. Un día en especial, después de que una repentina granizada enfriase la tierra y la cubriese de blanco como en invierno durante quince minutos, nos sentamos para secarnos y calentarnos junto a la hoguera que habíamos encendido y saqué el tema de la igualdad en el que yo sabía que mantenía unas ideas tan firmes como las mías. Y él respondía, «oh», y «sin duda», y cuando le pregunté qué era lo que convertía a un hombre en líder, sacudió la cabeza y dio unas caladas a su pipa. Entonces, advirtiendo cómo el sol nos había llevado en tan solo media hora desde el invierno al verano, hablé sobre nuestro clima norteamericano.

Es una droga potente, dije, que millones de personas digieren todos los días.

—Sí —dijo él, limpiando la humedad de su rifle Winchester.

Al menos, nuestro clima americano, dije, había conseguido producir cambios asombrosos. «Sí», dijo él, pero no preguntó qué cambios eran esos.

Así que se lo dije.

—Ha hecho que los irlandeses lleguen a ser políticos poderosos. Ese es uno. Y ha aportado a toda nuestra raza el hábito del póquer.

Y entonces su Winchester detonó. La bala impactó a mi izquierda. Me incorporé enfadado.

—¡Esta es la primera estupidez que le he visto cometer desde que le conozco! —dije.

—Sí —dijo arrastrando las palabras—, debería haber disparado más rápido. Aún no estaba muerta del todo.

Y acto seguido recogió del suelo una serpiente cascabel a un metro de mí. Se había quedado adormecida por el granizo y luego el sol la reanimó parcialmente; el virginiano le había reventado la cabeza.

XVIII

¿SE HARÍA USTED PÁRROCO?

Tras esta experiencia, abandoné todo esfuerzo por entablar una conversación. Así pues, la última tarde de nuestro viaje, cuando ya se avistaba el Sunk Creek y los enormes saltamontes chirriaban su reseca canción en la artemisa, y a punto de que el virginiano y Trampas se enfrentaran «de hombre a hombre», comencé a hacer todo tipo de especulaciones.

Y ahora esa faceta habladora del virginiano, que había estado nueve días adormecida, bostezó y se desperezó tras el sueño. Sin preámbulo alguno, de repente me preguntó:

—¿Se haría usted párroco?

Yo estaba mentalmente tan distante que no pude regresar a tiempo para comprender o responder antes de que él repitiera:

—¿Qué tendría que hacer para ser un párroco?

Lo pronunció lenta y suavemente, exactamente como si no existieran nueve días entre ese momento y nuestra última conversación de verdad.

—¿Hacer? —seguía moviéndome en la distancia—. ¿Cómo?

Su siguiente pregunta me hizo bajar a tierra.

—¿Es el papa el cargo religioso más alto al que uno puede llegar?

—¡Oh! —exclamé captando ahora la idea—. Bueno, sí; en efecto, el más alto.

—¿Más que el inglés? El arzobispo... ¿no es así?... de Canterbury. ¿El papa está por encima de él?

—Su Santidad así lo diría si Su Eminencia no lo hiciera.

El virginiano se giró en la silla de montar para ver mi cara —en ese momento yo cabalgaba un poco rezagado— y vi el brillo de sus dientes bajo el bigote. Pocas veces había logrado hacerle sonreír, ni siquiera tan levemente como ahora. Pero sus ojos se abrieron al mencionar las siguientes palabras, de nuevo con expresión distante mientras reflexionaba.

—Su Santidad y Su Eminencia. Caramba, si los oyera llamarme así todas las mañanas, jamás me pondría a la faena.

—Oh, uno se acostumbra al honor del cargo.

—No es el honor. Lo que me echaría a perder sería la risa. Tendría que hacer un enorme esfuerzo para evitar reírme cada vez que lo oyera. El arzobispo —y aquí tomó uno de sus vericuetos mentales— suele ser un gran hombre en las obras de Shakespeare. Los reyes aceptan que él les hable como no lo hace nadie más, y habla sabiamente con frecuencia. Por ejemplo, sobre las abejas, cuando Enrique va a luchar contra Francia. Él le dice que un panal es similar a un reino. Me aprendí ese pasaje.

El virginiano debió de sorprenderse al ruborizarse cuando pronunció esas últimas palabras. Sabía que su repentino rubor sin duda me revelaba de qué libro había

sacado ese pasaje. ¿O es que no atesoraba aún en su bolsillo el ejemplar de *Kenilworth* que ella le había prestado? Y ahora, para disimular su rubor, me recitó muy resueltamente el discurso del arzobispo sobre las abejas y su reino:

unos son magistrados y hacen cumplir las leyes;
otros, igual que mercaderes, se aventuran
muy lejos del hogar; otros, como los soldados,
armados de aguijón, saquean
los aterciopelados capullos del verano
y llevan el botín con alegría
al pabellón del soberano, que, ocupado
con los quehaceres de la Majestad, observa
a las obreras que cantando construyen
los techos de oro...^[10]

—¿No es esa una elegante descripción de las abejas trabajando? «¡Las obreras que cantando construyen los techos de oro!». Es como si las tuviera delante, y es poético sin resultar ridículo. Su Santidad y Su Eminencia. Bueno, seguro que no me contratarían para ninguno de esos dos cargos. ¿Cuántas religiones hay?

—¿En todo el mundo?

—Bueno, puede empezar con nosotros. Aquí mismo, en casa, sé que están los católicos y la iglesia episcopal.

—¡Dos solo! —interrumpí—. Hay al menos dos tipos de episcopalianos.

—Eso hacen tres. Luego los metodistas y los baptistas, y...

—¡Tres tipos de metodistas!

—Bueno, haga usted la cuenta.

Y así lo hice, aunque notaba que mi mente fallaba una y otra vez en el recuento.

—En cualquier caso, no menos de quince.

—Quince... —reflexionó sobre este hecho unos segundos—. ¿Y no adoran a un montón de dioses diferentes como hacían en la Antigüedad?

—¡Oh, no!

—¿Es siempre el mismo?

—El mismo.

El virginiano entrecruzó las manos sobre el cuerno de la silla y se inclinó hacia delante apoyándose en ellas mientras contemplaba el ancho y bello paisaje.

—Un Dios y quince religiones —fue su conclusión—. Es un montón de religiones para tan solo un Dios.

Esta forma de generalizar, aunque a él le resultara natural, para mí era tan novedosa que la risa que se me escapó le pareció una respuesta excesivamente ruidosa y animada. Se volvió hacia mí mirándome como si hubiera pervertido de alguna manera el espíritu de sus palabras.

—No soy una persona religiosa. Lo sé. Pero tampoco soy ateo. Y eso también lo

sé.

—Lo mismo sé yo, amigo mío.

—¿Y piensa que debería haber quince variedades de buenas personas? —Su voz, aunque ahora pareció tan incisiva que podría haber cortado acero, no sonó fuerte—. No hay quince. Ni siquiera dos. Solo hay una clase. Y cuando me encuentro con una de esas personas, la respeto. No es el rezo ni los sermones los que me han hecho sentirme avergonzado alguna vez, solo una o dos personas que he conocido que jamás se creyeron mejores que yo. Tenían un concepto de mí que yo no merecía y eso me hacía comportarme mejor que si me hubiera dejado guiar por el instinto. En una ocasión me convencieron de que dejara a una chica para que no perdiera su buen nombre. Y esa es una de las cosas que nunca he hecho. Si alguna vez fuera a tener un hijo u otro ser querido, me gustaría que conociera muy bien a una o dos personas buenas... hombres o mujeres... mujeres preferentemente.

Había vuelto a mirar hacia las colinas tras el rancho de Sunk Creek, donde nuestros caballos ahora casi habían llegado al trote.

—En cuanto a los párrocos —hizo un gesto de desprecio con el brazo—, supongo que algunos tal vez tengan derecho a pedir a la gente que sea buena. El obispo de este territorio tiene derecho. Pero, escúcheme bien: un doctor mediocre es algo malo, y un abogado mediocre es algo malo; pero jamás se le ocurra acercarse a un hombre de Dios mediocre.

De nuevo había generalizado, pero en esta ocasión no me reí. Pensé que realmente una mala praxis con las almas debía de producir graves daños. Pero el tono encendido de sus palabras y la visión que revelaron de su fuero interno se desvanecieron súbitamente.

—¿Qué le parece la propuesta de ahí? —dijo, al tiempo que señalaba hacia el motivo de esta pregunta y volvía a adoptar su habitual personalidad atractiva y taciturna.

Entonces, al otro lado del vallado del prado, que ahora teníamos cerca, vi lo que él se deleitaba en llamar «la propuesta». Propuesta en el Oeste, de hecho, significa cualquier cosa que uno desee en cada momento... una oferta para venderte una mina, un chaparrón, una copa de whisky, un barco de vapor. En esta ocasión significaba un extraño con indumentaria negra y aire clerical que en ese clima y para un observador vigilante resultaba visible desde una o dos millas.

—Supuse que no lo había visto —fue la respuesta del virginiano a mi exclamación—. Sí. Ha sido él quien hizo que comenzara a hablar sobre el asunto hace ya un rato. Supongo que será otro misionero dedicado a salvar nuestras pobres almas de vaqueros.

Me pareció entonces que, ya desde unas cien yardas de distancia, notaba la enérgica personalidad del desconocido. Era su forma de andar —o, más bien, debería decir de acechar— mientras paseaba junto al río. Llevaba las manos atrás en la espalda, y tenía un aire de espera, de una espera contrariada, en sus movimientos.

—Sí, será un misionero —dijo el virginiano, con total certeza, y comenzó a cantar o, más bien, gemir con la cabeza ladeada en un absurdo ángulo hacia arriba:

Hay un gran negro en Carolina,
del tamaño de este niño o tal vez un poco más grande,
conocido por la gente blanca
como Jim Crow.
Cada vez que lo veo, le vapuleo
solo para que los blancos vean
que un animal como él
no puede pasearse por las calles escandalizándome.

El sendero que nos llevaba hasta el grupo de edificios del rancho ahora tomaba una curva que bordeaba el prado y el virginiano continuó con la segunda estrofa:

El gran gigante tonto no tenía conocimientos.
¡Caramba! ¿Cómo iba a tenerlos si nunca fue a la escuela?
Ni tampoco yo los tengo, pero estuve muy cerca;
asomaba la cabeza por la puerta cuando pasaba por allí.

Iba a acometer una tercera estrofa, pero paró en seco; un caballo se puso a nuestra zaga.

—Trampas —dijo el sureño sin volver la cabeza—, ya estamos en casa.

—Eso parece.

Había unas diez yardas entre nosotros y Trampas, que nos seguía.

—Me gustaría preguntarte si cogiste mi sogá esta mañana en lugar de la tuya.

—No sé si es tu sogá la que tengo.

Trampas lo expresó hábilmente de manera que, de sus palabras, se desprendía el significado contrario.

Pero, si lo que pretendía era provocar una pelea, fracasó. El virginiano movió la mano y durante un tenso y breve instante mis pensamientos coincidieron evidentemente con los de Trampas. Pero el virginiano se limitó a coger y ofrecer la sogá que llevaba colgada en la silla.

—Aparta la mano de tu arma, Trampas. Si hubiera querido matarte, ya llevarías nueve días muerto en el camino. Aquí tienes tu sogá. ¿Es que pensabas que no lo sabría? Es la única sogá de todo el campamento que aún no está reblandecida. ¿O es que piensas que no me daría cuenta...?

—No pierdo el tiempo pensando en lo que tú puedas pensar. Si...

El virginiano hizo virar el caballo deteniéndolo en medio del camino.

—Estás hablando demasiado antes de llegar a lugar seguro, Trampas. No te pedí que me dieras esa sogá esta mañana porque estaba ocupado. Ahora ya no soy capataz, y quiero esa sogá.

En el rostro de Trampas se dibujó una sonrisa tan taimada como su voz.

—Bueno, supongo que tienes suficientes pruebas de que esta es la tuya.

Se aproximó a caballo, tomó la soga que el virginiano le ofrecía y soltó la soga en disputa de su silla de montar. Si había tenido intención de perpetrar algún escarnio evasivo y sibilino, no había insulto más ofensivo en territorio vaquero que arrebatarle a un hombre su soga. Y son estas pequeñas ofensas las que acaban a balazos. Trampas le dio cierta pátina de credibilidad a toda la transacción.

—Después del rodeo de esta mañana —su tono era de burlona explicación—, las sogas estaban tiradas por todo el campamento, y con las prisas, yo...

—Discúlpenme —se escuchó una sonora voz a nuestras espaldas—, no habrán visto por un casual al juez Henry, ¿verdad? —Era el caballero reverendo que estaba en el prado, junto a la cerca. Mientras nos dábamos la vuelta, continuó hablando con una expresión de gran autoridad—. Por su respuesta a mi carta, el juez Henry sin duda me espera. Acabo de llegar de Fetterman, según el plan previsto que ya le anuncié a él, y ahora resulta que lleva ausente todo el día... todo el día.

El virginiano se sentó de lado para hablar; una pierna estirada apoyada en el estribo y la otra doblada cómodamente con la bota un poco levantada del estribo colgante. Era la perfecta cortesía personificada.

—El juez suele ausentarse toda la noche, señor.

—Pero no esta noche, creo. Pensé que ustedes podrían saber algo sobre su paradero.

—Yo también he estado ausente, señor.

—¡Ah! ¿Vacaciones, tal vez? —El hombre de Dios tenía las mejillas rubicundas. Su mirada penetrante era directa, franca y sin temor; pero su sonrisa me recordaba demasiado a tiempos pasados, cuando solíamos regresar al colegio de las vacaciones de Navidades y los maestros nos daban la mano y nos recibían con un «¡Robert, John, Edward, me alegra verlos tan bien! ¡Descansados y listos para un duro trabajo, no tengo ninguna duda!».

Esa sonrisa ni siquiera gusta a niños buenos y obedientes, y el virginiano ya tenía casi treinta años.

—Este viaje no ha sido por vacaciones, señor —dijo, colocándose erguido en la silla—. Ahí llega el juez en el carro, a tiempo para responderle a todas las preguntas que desee hacerle.

Su caballo dio un paso, pero se paró en seco. Allí estaba la soga del virginiano en el suelo. Yo había advertido la apropiada partida de Trampas durante la conversación, y mientras se iba, también me pareció verle colocar el rollo de soga en el borren trasero de la silla de su dueño. ¿La dejó a propósito así para que cayera y tuviera que ser recogida? Otro de sus sibilinos tejemanejes, y con bastante éxito en este caso si lo que deseaba era fastidiar al propietario de la soga. A unos cientos de yardas frente a nosotros, Trampas ahora lanzaba fuertes gritos de vaquero. ¿Quería anunciar con ellos su regreso a los que estuvieran en casa, o pretendía burlarse? El virginiano se

inclinó sentado en el caballo y, bajando con un balanceo el brazo, atrapó la soga y la colocó en la silla con sumo cuidado. Pero el rubor de la ira se extendió por su rostro.

Desde su cercado, el hombre de Dios habló ahora, mostrando su aprobación, pero con otra de esas sonrisas forzadas y sin alegría.

—Recoge esa soga como si hubiera estado entrenando para hacerlo.

—Es parte de nuestro trabajo, señor, e intentamos hacerlo tan bien como el resto.

Pero este comentario, expresado suave y lentamente, no logró penetrar a través de la dura piel del misionero; su aire de superioridad era demasiado espeso.

Continuamos avanzando y me impresionó la robusta y autoritaria espalda del caballero reverendo mientras recorríamos un atajo a campo través hasta el rancho. En él solo se veía a un hombre dominante sincero y vigoroso, con las más altas de las aspiraciones. Pero fuera cual fuera su credo, ya dudaba que fuera el correcto para plantar y cultivar en estos nuevos campos indómitos. Parecía más bien la clase de jardinero que mantiene los viejos senderos y las parras bien podadas con su añeja rigidez. Lo admiraba por haber llegado hasta allí con sus pulcras patillas canosas cortas y su traje negro y bien cepillado. Y me recordó una potente locomotora subiendo a marchas forzadas por una pendiente.

Mientras tanto, el virginiano cabalgaba junto a mí, sumido en tal silencio de ira volcánica que yo no lo percibí. La llegada del misionero, además del asunto de Trampas, había sido más de lo que el virginiano podía soportar. Pero yo no lo sabía y le hablé con inocente jovialidad.

—¿Es que el párroco va a salvarnos? —pregunté, y casi salté al oír su voz.

—¡No hable tanto! —estalló.

¡Así que yo había pagado el pato!

—¿Quién ha estado hablando? —respondí, con el mismo tono iracundo—. Yo no intento salvarle. Ni tampoco le quité la soga.

Y, tras soltar estas palabras, espoleé mi caballo.

Pero él espoleó el suyo a mi lado y vi que ahora estaba reprimiendo una sonrisa. Por ello, bajé de velocidad y retomé el trote, y él recobró la seriedad.

—Le estoy muy agradecido —dijo apoyando su guante de gamuza sobre la crin de mi caballo mientras hablaba—, por hacerme ver mi estupidez. Ahora me calmaré como un corderillo... hagan lo que hagan. Un hombre —afirmó pensativamente—, cualquier hombre ya maduro, debería poseer mucho temperamento. Y como una de sus posesiones más valiosas, debería mantenerlo guardado y no perderlo. —Esta fue toda su disculpa—. En cuanto a la salvación, he llegado a esta conclusión: alguien — y ahora barrió con el brazo la puesta de sol y las montañas— debe de haber creado todo esto, lo sé. Pero también sé otra cosa que le diría a la cara: si no puedo hacer nada el tiempo suficiente y lo suficientemente bien para ganarme la felicidad eterna, tampoco puedo hacer nada el tiempo suficiente y lo suficientemente mal para ganarme la condena. Supongo que Él nos trata justamente, si es que nos trata de alguna manera, y no pienso perder el tiempo pensando en otros mundos.

Cuando llegamos a los establos, el virginiano se había convertido en el corderillo que había prometido, y continuó nostálgicamente:

El sol está hecho de barro del fondo del río;
la luna está hecha de *hongos de miel*, como veréis,
las estrellas como los ojos de las damas,
vuelan por todo el mundo
para dar un poco de luz cuando la luna está ausente.

Si se supone que las palabras sirven para ocultar nuestros pensamientos, la melodía, tal vez, es un velo aún más tupido. El temperamento que había perdido sin duda lo recuperó, pero todo esto le vendría bien cuando tuviera que enfrentarse a Trampas. Pensé que debía hablar con el juez, aunque me pareció que el tema no era un asunto que un mero visitante debiera tratar. Además, nuestro misionero estaba en ese momento hablando con el juez Henry en la puerta de la casa del rancho.

—Supongo que estará explicándole que le ha estado esperando —dijo el virginiano mientras retiraba la silla de montar y yo aflojaba las cinchas—. Y el juez no parece muy desconsolado.

Ahora observé la distante conversación, y el juez, subido al carro lleno de invitados a quienes obviamente había llevado de excursión, me saludó dándome la bienvenida, saludo que le devolví.

—¡Ahí va montada la señorita Molly Wood! —exclamé.

—Sí. —El virginiano no se explayó más sobre el tema—. Yo me encargo de su silla de montar. Vaya y conozca a los invitados.

Acepté este favor; era la manera que eligió para decir que esperaba, tras nuestro reciente roce, que todo volviera a estar bien entre nosotros. Así que, de momento, le dejé con sus caballos y sus rodeos y su Trampas y su capataz, y su preocupación más acuciante.

XIX

EL DOCTOR MACBRIDE PIDE DISCULPAS

El juez y la señora Henry, Molly Wood y dos desconocidos conformaban el grupo montado en el gran carromato de tres bancos. Parecían alegres. Pero cuando pude oír lo que hablaban, fue un fragmento de la sonora voz del predicador lo que primero me llegó a los oídos: «... más oportunidades para que ellos se beneficien al escuchar sermones con cierta regularidad», fue la frase que le escuché finalizar.

—Sí, sin duda alguna, señor. —El juez Henry me ofreció (o eso me pareció) una bienvenida aún más calurosa por interrumpir la presente conversación con mi llegada—. Permítame que le presente al reverendo doctor Alexander MacBride. Doctor, otro invitado al que deseábamos poder ver en esta ocasión.

Esa fue la cordial explicación de mi anfitrión sobre mí. Y todavía quedaban el caballero y su esposa de Nueva York, a los que saludé con una inclinación de cabeza. Pero no logré interrumpir del todo aquella conversación.

—Podríamos decir que ya nos hemos conocido.

El doctor MacBride había clavado en mí su mirada penetrante y dominadora, y se me ocurrió entonces que, si tenían una fuerza armada en el cielo, él sería al menos un centurión en sus filas. Pero no tenía intención de resultar desagradable, solo que, para una mente llena de cuestiones menos mundanas, el placer siempre quedaba fuera.

—Observé que su compañero es un avezado jinete —continuó—. Le decía al juez Henry que ojalá unos jinetes tan habilidosos vinieran cabalgando a una iglesia para el Sabbath. Es decir, una iglesia de la doctrina verdadera, donde tendrían oportunidad de escuchar sermones con frecuencia.

—Sí —dijo el juez Henry—, sí. Sería algo bueno.

La señora Henry, murmurando algo sobre la cocina, se metió en la casa.

—Me informaron —dijo el doctor MacBride dirigiéndose al resto de los invitados—, antes de partir de viaje, que iba a encontrar un territorio desolado y principalmente impío. Pero nadie me dio a entender que desde Medicine Bow iba a viajar trescientas millas y no ver ni una sola iglesia de ninguna fe.

El juez le explicó que había habido unas cuantas por el camino a derecha y a izquierda.

—Pero tiene razón. Aunque tampoco olvide que esta es la parte más nueva del mundo.

—Juez —dijo su esposa, asomando por la puerta—, ¿cómo puedes dejar a tus invitados en medio del polvo con tus monsergas?

Esta intervención logró interrumpir con eficacia el discurso del párroco. En cuanto a nuestro pequeño grupo, con las sonrisas y la cortés contención de los recién conocidos, nos trasladamos al interior de la casa; el juez me detuvo y nos quedamos rezagados el tiempo suficiente para que me susurrara lastimeramente:

—Se va a quedar toda la semana.

Todavía albergaba la esperanza de que no se quedara toda la semana cuando, finalmente, con profusas y hospitalarias disculpas, nuestros anfitriones me informaron de sus planes para poder alojarnos a todos en tan pequeño espacio. Estaban encantados de recibirnos, pero no habían previsto que llegaríamos todos al mismo tiempo. Habían preparado la casa del capataz para nosotros dos, no nos importaba, ¿verdad? Y nosotros dos éramos el doctor MacBride y yo mismo; y deseé que a él sí le importara. Pero me había equivocado bastante con él. El párroco afirmó entonces que sería mucho mejor que dormir sobre la paja de un establo, como había tenido que hacer en varias ocasiones, y estaba preparado para ello. Así comprendí que, aunque mantenía su vigoroso cuerpo limpio, no se preocupaba lo más mínimo de él si se trataba de llevar a cabo su misión. No era asunto mío cómo el capataz y su esposa se habían tomado mudarse durante una semana para dejarnos sitio al misionero y a mí, aunque mientras nos arreglábamos para la cena allí pensé que debió de ser duro para ellos. La habitación, con sus dos camas y otro mueble era todo lo bonita que uno pudiera esperar y cerramos la puerta de la habitación contigua, que, sin embargo, también parecía desocupada.

La señora Henry nos ofreció una comida tan buena que aún la recuerdo, y su esposo el juez hizo todo lo posible para que la cena transcurriera felizmente. Empezó a contar un raudal de historias, tal como si escanciara vino, y sin duda nos habría embriagado pronto, pero el doctor MacBride estaba sentado entre nosotros, soltando algún que otro circunspecto ja-ja, que, tal como me susurró la señorita Molly Wood, producía un «sonido terriblemente cavernoso». Nos preguntamos si no estaría dándole vueltas a su sermón. Le dije a la señorita Wood que había visto al predicador sacando un grueso fajo de sermones de su cartera cuando estábamos en la cabaña del capataz.

—¡Dios mío! —dijo ella—. ¿Es que vamos a tener que escuchar un sermón cada noche?

Le dije que lo dudaba; probablemente había estado eligiendo el más apropiado para la ocasión. La señorita Wood comentó que tal vez estuviera intentando mostrarnos su mejor cara.

—Supongo que debe de tener una cara mejor, como el resto de nosotros. —Entonces, se puso encantadoramente incisiva—. ¿Sabe? Cuando le oí hablar por primera vez pensé que tenía una voz cordial. Pero, si se escucha atentamente, uno se da cuenta de que es meramente el entusiasmo del militante. Nunca llega a tocarle con su voz. Siempre está en su colina, observando el campo de batalla todo el tiempo.

—Pues va a encontrarse con un consumado pagano por estos lares.

—¿El juez Henry?

—¡Oh, no! El hombre salvaje al que usted está domando. Ha traído su *Kenilworth* sano y salvo.

Ella respondió con voz suave.

—¡Oh! ¿Domándolo? ¿Es que no le parece inteligente?

De repente, de alguna forma, supe que ella no quería domarlo. Pero, entonces, ¿qué quería hacer? Aquella tarde, al pensar en ella, el sureño se había sonrojado. Pero ahora, cuando ella pensó en él, no se sonrojó.

Una gran risotada del resto de los convidados hizo que me percatara de que el juez había acabado su historia del «Único superviviente».

—Así pues —concluyó—, todos se pusieron furiosos porque no había sido una masacre.

El señor y la señora Ogden, los neoyorquinos, aplaudieron efusivamente esta historia y el doctor MacBride, medio minuto más tarde, dejó caer su «ja-ja» como una losa sobre la alegría de la concurrencia.

—Jamás seré capaz de aguantar siete sermones —me dijo la señorita Wood.

—Hablando de masacres —ahora me apresuré a dirigirme a los apagados convidados—, recientemente yo mismo he escapado de una.

Al juez ya se le habían acabado todos los recursos.

—¡Oh, por favor, cuéntenoslo! —suplicó.

—En serio, señor, creo que rozamos la tragedia, pero su extraordinario hombre de confianza nos llevó de nuevo a la comedia sanos y secos.

Este comentario me granjeó la atención de los invitados, así que les conté mi experiencia desde aquella tarde en Dakota, cuando puse el pie por primera vez en el furgón de cola: cómo me di cuenta rápidamente de que no todo iba bien cuando el virginiano tuvo que echar de una patada al cocinero del tren; cómo, mientras viajábamos, la oscura amenaza de un motín iba en aumento ante mis ojos a cada hora que pasaba, y cómo, cuando se avecinaba ya una asonada, el virginiano logró desinflarla con humor, así que todo quedó en unas risas inofensivas.

Las miradas de los invitados siguieron con atención mis aventuras; los neoyorquinos, porque este tipo de acontecimientos no tenían lugar a orillas del Hudson; la señora Henry, porque era mi anfitriona; la señorita Wood también las seguía por cualesquiera que fueran sus razones... no alcanzaba a ver sus ojos; más bien, la *sentía* escuchando atentamente las hazañas y peligros del hombre al que no quería domar. Pero fueron los ojos del juez y el misionero los que se clavaron en mí hasta el final; y ambos dejaron claras sus diferentes opiniones.

El juez Henry golpeó la mesa suavemente con el puño.

—¡Lo sabía! —y luego se reclinó hacia atrás en su silla con expresión de satisfacción. Había confiado en su hombre, y este había demostrado ser merecedor de su confianza.

—Discúlpenme. —El doctor MacBride tenía una manera de decir «discúlpenme» que hacía casi imposible disculparle. El juez esperó a que hablara—. ¿Debo entender que estos vaqueros intentaron amotinarse y fueron disuadidos de ello al verse menos habilidosos en la mentira que el hombre al que pretendían defenestrar?

—Eso que llama usted mentir eran cualidades, señor, que finalmente se revelaron

e impusieron... —respondí.

—¿Y cómo quiere que lo llame si no es mentir? Una competición en engaño en la que, lo admito, él fue el mejor de todos.

—Es su manera de...

—Discúlpeme. ¿Su manera de mentir? ¿Se someten al que miente mejor?

—Oh —me dijo la señorita Wood al oído—, no vale la pena intentarlo.

El juez intervino.

—Bueno, doctor... —pareció quedarse en blanco.

El señor Ogden acudió hábilmente en su ayuda.

—Usted mismo ha dicho la palabra, doctor. Es una competición, ¿no lo entiende? Es una prueba de fuerza, sea lo que sea aquello con lo que se la compare.

—Sí —dijo inesperadamente la señorita Wood—. Y no es que George Washington no supiera decir mentiras. Lo que pasa es que no las decía. Estoy segura de que si se lo hubiera propuesto habría contado mejores mentiras incluso que las del propio Cornwallis.

—¡Ja-ja, señora! Sutil ingenio el que ha aprendido usted de sus libros.

—Me resulta evidente —continuó Ogden—. Los hombres dudaban. Este capataz estaba en minoría. Los engatusó para que soltaran una sarta de cuentos y él contó el cuento más increíble de todos. Y cuando descubrieron que se lo habían tragado entero... bueno, desde luego que a mí se me quitaría de un plumazo cualquier arrogancia que pudiera quedarme —y concluyó—. No podría considerarme un amotinado serio después de eso.

El doctor MacBride habló con su tono más grave.

—Discúlpeme. No puedo aceptar tal punto de vista, señor. Esta tierra está llena de una frivolidad que no puedo más que deplorar. Da igual la importancia que quieran restarle al asunto, al final tenemos el espectáculo de una lucha entre hombres en la que la mentira decide la supervivencia del más fuerte. Habría sido mucho, mucho mejor, si el enfrentamiento era inevitable, que se hubieran disparado balas honestas. Hay males peores que la guerra.

El doctor paseó una mirada furibunda a su alrededor. Ninguno de nosotros, creo, tembló y, si lo hicimos, fue más por reprimir otras emociones distintas al miedo. La señora Henry introdujo en la conversación el tema de la pesca de truchas y de esa manera nos apartó jovialmente del borde de cualquiera que fuera el precipicio al que suponía que nos habíamos arrimado; porque el doctor MacBride llevaba su caña. Se extendió hablando sobre este deporte con fervor y le aseguramos que las aguas que bajaban por la ladera occidental de las montañas Bow Leg estaban repletas de truchas. Acabamos nuestra comida en una cuidadosa y reservada concordia.

XX

EL JUEZ HACE CASO OMISO A LOS DETALLES

—¿Estas visitas son frecuentes? —preguntó Ogden al juez Henry.

Nuestro anfitrión nos había ofrecido un whisky en su despacho, y MacBride, mientras fumábamos separados de las damas, se había retirado a su cuarto en la casa del capataz antes del servicio que pronto iba a celebrar.

El juez rio.

—Vienen y van todo el año. Me gusta que venga el obispo. Y a los hombres siempre les gusta su compañía. Pero me temo que nuestro amigo no les va a gustar tanto.

—No cree que los hombres vayan a...

—Oh, no. Se mantendrán callados. La cuestión es que ellos tienen mejores maneras que el predicador; si al menos él supiera esto... Pero podrán soportarlo. En cuanto al bien que pueda hacerles él a ellos...

—Dudo mucho que sepa ni una sola palabra de ciencias —dije, reflexionando sobre el Doctor.

—¡Ciencia! Si todavía no sabe lo que es el cristianismo. He recibido aquí a muchos invitados, pero ninguno... El secreto —se interrumpió el juez Henry— reside en la manera en la que tratas a las personas. En cuanto tratas a los hombres como tus hermanos, ellos están dispuestos a reconocerte, si lo mereces, como su superior. Y de eso trata en el fondo el cristianismo, y es algo que nuestro misionero jamás sabrá.

Se escuchó entonces un golpe fuerte en la puerta del despacho y creo que todos temimos que fuera el doctor MacBride. Pero cuando el juez abrió, allí estaba el virginiano de pie, en la oscuridad.

—¡Vaya! —El juez abrió la puerta de par en par. Se mostró muy efusivo con el hombre en el que había depositado su confianza—. Por fin está de vuelta.

—He venido para informar.

Mientras estrechaban las manos, Ogden me dio un codazo.

—¿Es ese el tipo? —Yo asentí—. ¿El tipo que tiró del tren de una patada al cocinero? —Volví a asentir y el neoyorquino miró al virginiano.

El juez Henry, profundamente democrático, ahora le presentó a Ogden.

El neoyorquino también tenía intención de mostrarse correctamente democrático.

—Ah, usted es el hombre del que tanto he oído hablar.

Pero la familiaridad no significa igualdad.

—Entonces supongo que me lleva ventaja, señor —dijo el virginiano, muy educadamente—. ¿Quiere que informe mañana? —Su seria mirada volvió a posarse en el juez. A mí no me prestó ninguna atención; estaba allí como un empleado frente a su patrón.

—Sí, sí; me gustará que me cuente qué tal le fue con el ganado mañana. Pero

ahora entre un momento. Hay una cuestión. —El virginiano entró y se quitó el sombrero—. Siéntese. Tuvo problemas... me han contado algo al respecto —comentó el juez.

El virginiano se sentó, con gesto serio y sereno. Pero sujetaba el sombrero por el ala todo el tiempo. Primero miró a Ogden, luego a mí y luego de nuevo a su patrón. Había cierta reticencia en su mirada. Me pregunté si el patrón le haría contar sus propias hazañas en presencia de extraños, y entonces me recordó la mirada del tigre de Bengala de un circo que vi en una ocasión.

—Tuvo ciertos problemas —repitió el juez.

—Bueno, hubo momentos en los que tal vez se les metiera algo en la cabeza. Pero son buenos chicos —y sonrió levemente.

La satisfacción iluminó aún más el rostro del juez.

—¿Y Trampas también es un buen chico?

En esta ocasión, el tigre de Bengala no sonrió. Se quedó con la mirada clavada en los ojos de su patrón.

El juez pasó rápidamente al siguiente punto.

—Pero entiendo que los has traído a todos de vuelta, sanos y salvos y sin un solo rasguño.

El virginiano bajó la mirada al sombrero y luego volvió a mirar al juez, con gesto dócil.

—Tuve que despedir al cocinero.

Fue imposible; Ogden y yo mismo estallamos. E incluso en el rostro del avergonzado virginiano se abrió paso una amplia sonrisa.

—Supongo que ya lo saben —murmuró. Luego me miró con gesto de reproche. Sabía que había sido yo quien se había chivado.

—Lo único que puedo decir —dijo Ogden con ánimo conciliador— es que estoy seguro de que yo no habría sido capaz de manejar a esos hombres.

El virginiano se relajó.

—Nunca lo ha intentado, señor.

El juez había permanecido serio hasta el momento, pero cada vez se mostraba más complacido.

—Tiene toda la razón —dijo—. Tuvo que despedir al cocinero. Cuando pongo un hombre al mando, lo pongo al mando. Y no me entrometo en los detalles. Siempre son asunto suyo. ¿Lo entiende?

—Gracias. —El virginiano entendió que su patrón estaba alabando su gestión de la expedición. Pero no creo que se diera cuenta del todo, a diferencia de mí, de que su patrón le acababa de poner otra prueba; le había tentado para que se quejara de un compañero de trabajo y darse bombo, y le agradó la reticencia de su hombre. Este hizo ademán de levantarse.

—Todavía no he acabado —dijo el juez—. Ahora estaba llegando al tema en cuestión. Hay algo en concreto... ya que me lo han contado. Me parece que Trampas

se ha enterado de algo que no se esperaba.

En esta ocasión, el virginiano evidentemente no le entendió, ni yo tampoco. Con una mano, jugueteaba con el sombrero girándolo de forma mecánica.

—Me refiero a Roberts —explicó el juez.

Un leve gesto de triunfo se iluminó en el rostro del sureño, volviéndolo salvaje durante ese fugaz instante. Ahora lo entendió, y no pudo reprimir esta reacción. Pero se quedó en silencio.

—Vea usted —me explicó el juez—, me he visto obligado a dejar que Roberts, mi antiguo capataz, se vaya la próxima semana. Su esposa no podría aguantar otro invierno aquí y le han ofrecido un buen trabajo cerca de Los Ángeles.

Ahora comprendí. Comprendí una serie de cosas. Comprendí por qué la cabaña del capataz había estado vacía para recibirnos al doctor MacBride y a mí. Y comprendí que el juez lo había dejado bastante claro. El caso es que yo me había abstenido de contarle nada acerca de los sentimientos entre Trampas y el virginiano, pero el juez los había adivinado. Buen juicio tuvo al decir que los «detalles» a él no le incumbían; era evidente que poseía un profundo conocimiento de las corrientes subterráneas que fluían por su rancho. Sabía que, con la marcha de Roberts, Trampas había perdido a su más poderoso aliado. Y esto es lo que más llamó mi atención, este último hecho, que Trampas ya no tuviera ningún escudo protector. Él y el virginiano ahora, en efecto, eran hombre contra hombre.

—Así pues —continuó el juez, dirigiéndose a mí—, aquí me encuentro en el peor momento posible sin un capataz. A menos —advertí el brillo en sus ojos antes de que los dirigiera al virginiano—, a menos que usted acepte el puesto. ¿Lo acepta?

Vi que el sureño apretaba aún con más fuerza el sombrero que giraba. Ahora dejó de darle vueltas y con la otra mano poco a poco fue hundiendo la blanda corona. Aquello lo era todo para él: reconocimiento, un estatus más alto, una mayor fortuna, una casa separada para él solo y —tal vez— un paso más cerca de la mujer que amaba. No sé qué palabras habría dicho al juez si hubieran estado a solas, pero el juez había decidido hacerlo en nuestra presencia, desde el principio hasta el final. El virginiano se quedó sentado con la frente sudorosa y bajó la mirada apartándola de la de su patrón.

—Gracias —fue lo que por fin logró decir.

—¡Bien, estupendo, es un alivio! —exclamó el juez al tiempo que se ponía de pie a toda prisa. Habló rápidamente y con viveza—. Excelente. Me ha sacado de un buen aprieto —nos dijo a Ogden y a mí—, una cosa menos de la que preocuparme. Y me ahorra tener que ocuparme de un montón de detalles —añadió jocosamente dirigiéndose al virginiano, que ahora también se había puesto de pie—. Comience ahora mismo. Deje el barracón. A los caballeros seguro que no les importa que duerma en su propia casa.

Y de esta manera despidió a su nuevo capataz alegremente. Pero el nuevo capataz, cuando salió de la estancia, se dio la vuelta para gruñir unas palabras.

—Intentaré complacerle.

Y eso fue todo. Se alejó en la oscuridad. Pero había la suficiente luz para que yo pudiera verle alejarse, apoyar una mano en una cerca que le llegaba hasta el hombro y saltarla como si fuera ligero como el viento. Unos segundos más tarde se escuchó el sonido de vítores desde el barracón. Evidentemente, había comenzado inmediatamente, tal como el juez le había ordenado. Había informado a sus hermanos vaqueros sobre su buena suerte y esa fue la respuesta de los hombres.

—Me pregunto si Trampas también estará celebrándolo —comentó Ogden.

—¡Hum! —dijo el juez—. Ese es uno de los detalles en el que yo me lavo las manos.

Y supe que esa era su verdadera intención. Supe que, una vez tomada la decisión de designar al virginiano como su lugarteniente, como un sabio comandante en jefe, confiaría en su lugarteniente para que se ocupara de sus propios asuntos.

—Bueno —continuó Ogden con interés—, ¿no ha dejado así a Trampas a los pies de los caballos?

La frase le hizo gracia al juez.

—¡Ahí justamente es donde lo he puesto! —afirmó—. Oh, y aquí está el doctor MacBride.

XXI

EN PECADO

Unos truenos inminentes se dibujaban en la frente del misionero. Pronto, muchos iban a estar a su merced. Pero para nosotros todavía le quedaba algún que otro rayo de sol.

—Siento muchísimo poner el lugar patas arriba —dijo—. Pero parece ser el mejor sitio para celebrar el servicio. —Habla de las mesas que habían tenido que retirar y las sillas apiladas en el vestíbulo, donde finalmente desataría la tormenta sobre la congregación. Entonces, preguntó—: ¿Ocho y media?

Esa era la hora acordada y tan solo faltaban veinte minutos. Tiramos los puros a medio fumar y regresamos con los demás para ofrecer nuestra ayuda a las damas. Esto las divirtió. Ya se las habían apañado sin nosotros. Todo estaba listo en el vestíbulo.

—Hemos contado con la ayuda del cocinero —me dijo la señora Ogden—, para no interrumpir sus puros. A pesar de los vaqueros, todavía reconozco mi tierra natal.

—¿En el cocinero? —pregunté confundido.

—¡Oh, no! No dispongo de un asistente. Lo digo por las prolongadas tertulias para fumar de después de la cena.

—Si hubiera estado fumando —respondí—, el puro se le habría hecho corto esta noche.

—Pues me lo pone peor —dijo la dama—, nosotras solo hemos tenido al doctor MacBride.

—Lo compartiremos con ustedes ahora —exclamé.

—¿Ha anunciado ya su sermón? Yo tengo uno para él —dijo Molly Wood, tras unirse a nosotros. Estaba de puntillas y nos hablaba divertida a la oreja—. Le sugerí a toda prisa: «todos los hombres son mentirosos».

Dejé a las damas y me dirigí al barracón. Había escuchado los vítores, pero tenía curiosidad por ver a los hombres y comprobar cómo se lo habían tomado. Aunque poco se podía ver allí. Había mucho ruido en la estancia. Estaban acicalándose para asistir al sermón —se cepillaban el pelo, se afeitaban y se aseaban pronunciando ocasionalmente alguna irreverencia y bromeando constantemente—.

—Bueno, de todas formas, soy cristiano —afirmó uno.

—Yo supongo que soy mormón —dijo otro.

—Yo pertenezco a los Caballeros de Pythias —dijo un tercero.

—Yo soy mahometano —dijo un cuarto—; espero no escuchar nada que me escandalice.

Y así continuaron bromeando. Pero Trampas no participaba en las bromas. Estaba echado en la cama leyendo el periódico y no se esforzaba lo más mínimo en mostrarse agradable. Mientras tenía puesta la mirada en él, el risueño Scipio entró.

—No seas tímido —dijo él—. Aquí solo estamos las chicas.

Había estado ayudando al virginiano a llevar sus pertenencias desde el barracón a la cabaña del capataz. Él mismo iba a ocupar la antigua cama del virginiano.

—Y espero que dormir aquí me traiga la misma suerte que a él —dijo Scipio—. Deberías haberle visto cuando nos lo dijo con su habitual parsimonia. Bueno —Scipio suspiró levemente—, debe de ser una sensación estupenda ver cómo se alegran tus amigos a tu alrededor.

—Especialmente Trampas —dije, y añadí—: El juez lo sabe todo.

—Lo sabe, ¿verdad? ¿Qué dijo? —Scipio me sacó rápidamente del barracón.

—Dice que no es asunto suyo.

—¿Solo dijo eso? —La curiosidad de Scipio me pareció extrañamente intensa—. ¿No hizo ninguna sugerencia? ¿Nada más?

—Nada más. Dijo que no quería saber nada y que no le interesaba.

—¿Y cómo es que sabía lo de Trampas? —saltó Scipio—. ¡Tú se lo dijiste!... Él nunca se lo había dicho —dijo Scipio apuntando con el pulgar hacia el virginiano, que apareció durante unos segundos por la ventana iluminada del nuevo hogar que ahora ordenaba—. Él nunca se lo habría dicho —repitió Scipio—. Vaya, entonces el juez nunca se lo sugirió —murmuró, asintiendo en la oscuridad—. Así que el propio juez lo adivinó. Bueno, muy propio de él, si uno piensa en ello. Aunque no esperaba que... supongo que es un hombre capaz de sorprenderme en cualquier momento.

—Tú ahora me sorprendes a mí —dije yo—. ¿De qué va todo esto?

—Oh, él y Trampas.

—¿Qué? Todavía no ha pasado nada, ¿verdad? —Me invadió la misma curiosidad que había mostrado antes Scipio.

—No, todavía no. Pero pasará.

—¡Por todos los Santos, amigo! ¿Cuándo?

—En cuanto Trampas dé el primer paso —contestó Scipio despreocupadamente.

Entonces me puse serio. Obviamente, el virginiano le había contado cosas a Scipio.

—Sí, me acerqué a él y se lo pregunté directamente —respondió Scipio—. Estaba levantando su baúl para pasarlo por la puerta y no pude aguantarme más; se lo pregunté a bocajarro. «Ahora sí que tienes a Trampas donde lo querías». Eso es lo que le dije. Y él entonces me respondió y me lo dijo. Por eso lo sé.

En este punto, Scipio se calló; yo no debía saberlo.

—No tenía ni idea —dije— de que pudieras ser tan malvado.

—¡Oh, no es maldad! —y se rio, entusiasmado.

—¿Y cómo lo llamas entonces?

—Él lo llamaría discreción —dijo Scipio y, a continuación, se puso serio—. Es demasiado importante para contártelo. Dejaré que lo veas con tus propios ojos. Mantente cerca, eso es todo. Mantente cerca. Casi preferiría no saberlo ni yo mismo.

Con los sentimientos que me habían provocado la discreción de Scipio y mi

curiosidad humana no tenía el ánimo para muchos sermones. Sin embargo, aunque Scipio me dejó cruelmente con la miel en los labios, no estaba seguro de si realmente quería «mantenerme cerca». Por ello, entenderán que el doctor MacBride pudiera pronunciar su sermón y leer las Escrituras sin que yo fuera consciente ni de una sola de las palabras que pronunció. Fue en el momento en el que le vi desplegar el manuscrito de su sermón cuando de repente recordé que estaba sentado en una iglesia improvisada y centré otra vez mis pensamientos en el predicador y su congregación. Nuestros asientos estaban en la primera fila, por supuesto, pero al estar cerca de la pared podía ver a los vaqueros detrás de mí. Se habían acicalado apropiadamente para la ocasión. Si la señora Ogden había esperado pistolas, actitudes temerarias y ese tipo de cosas, debió de quedar bastante decepcionada. A excepción de sus mejillas y ojos curtidos, eran simplemente jóvenes norteamericanos con bigotes y sin ellos, y podrían haber estado sentados, digamos, en Danbury, Connecticut. Incluso Trampas se fundió silenciosamente en la plácida atmósfera general. El virginiano, sin duda, no parecía de Danbury, y su porte y rasgos destacaban por encima del resto; pero tenía los ojos puestos en el doctor MacBride con apacible compostura.

Nuestro misionero no eligió el texto de la señorita Wood. Hizo su selección de otro de los Salmos, y cuando comenzó no me atreví a mirar a nadie; manifestaba una conducta bastante más inapropiada que los propios vaqueros. El doctor MacBride nos ofreció su discurso grandilocuente: «Pero todos se han pervertido; no hay ni uno que haga el bien, ni uno solo».

Y con su mirada nos indicaba claramente que la compañía presente no era una excepción. Repitió el texto una vez más y a continuación se lanzó con un discurso en el que no aportaba a nadie ni un solo rayo de esperanza.

Todo esto lo había oído antes en muchas ocasiones; pero, dirigido a aquellos vaqueros, adquiriría una nueva pátina de inoportunidad, de grotesca sensación a discurso anticuado... como si alguien dijera: «Permítanme convencerles de que admiren a la mujer» e inmediatamente después te ofreciera sus blanquecinos huesos. A los vaqueros les dijo no solo que no podían hacer ningún bien, sino que, aunque lo intentaran, eso tampoco les ayudaría. No, aún peor: no solo los actos honestos no les servirían de nada, sino que incluso aceptando este credo especial que les decía que era tan necesario para la salvación, aun así no podrían salvarse. El pecado que ellos albergaban era en efecto la causa de su condena y, a pesar de mantenerse alejados del pecado, se condenarían. Todo había quedado decidido no solo antes de que nacieran, sino incluso antes de que Adán fuera moldeado. Tras haberles dicho esto, les invitaba a glorificar al Creador de tal plan. A pesar de estar condenados, debían venerar a la persona que les había creado expresamente para ser condenados. Eso es lo que le oí intentar exponer de forma lógica a estos vaqueros. Piedra a piedra, construyó así el negro sótano de su teología, dejando fuera su bello parque y los rayos de sol de su jardín. No les habló del esplendor de su pasado, de la noble fortaleza del bien que había sido, ni cómo su fuerza había beneficiado a generaciones de sus antepasados.

No; solo les habló de la ira y ni una sola vez del amor. Yo sabía bien que el obispo tenía por costumbre atraer a los vaqueros con su acogedor discurso acerca de las durezas y tentaciones especiales de aquellos hombres. Y cuando ellos caían rendidos, entonces les hablaba del perdón y les daba ánimos. Pero el doctor MacBride no pensó ni una sola vez en las vidas de aquellos chicos abandonados. Como él mismo, como toda la humanidad, eran puntos invisibles en la creación; como él, debían de sentirse menos que nada y así poder ser arrastrados por el ardor de su fe. De manera que les lanzó tan solo lo amargo y nada de lo dulce de su credo, desnudo y severo como el hierro. El dogma lo era todo para él, y la pobre humanidad no era más que carne de cañón para el dogma.

Así pues, echar por tierra cualquier oportunidad de ser útil a los demás me parecía más censurable que lo que evidentemente les parecía a ellos. La atención de los vaqueros simplemente iba de un lado a otro. Hace trescientos años se habrían asustado; pero no en la era de la electricidad. Vi que Scipio reprimía una sonrisa cuando el predicador abordó la doctrina del pecado original.

—Sabemos que es verdad —dijo el doctor MacBride—, por los graves problemas y agonías que padecen con frecuencia los bebés y la muerte que les llega antes incluso de que sean capaces de pecar.

Sin embargo, yo sabía que era un buen hombre, y también sabía que si un misionero carecía de tacto es que no era un buen misionero.

He dicho que la atención de los hombres iba de un lado a otro, pero me olvidaba del virginiano. Al principio, su actitud había sido simplemente correcta. Se puede estar mirando respetuosamente a un predicador y por dentro estar quebrantando todos y cada uno de los mandamientos. Pero incluso durante la lectura del texto vi que el virginiano estaba verdaderamente atento por el brillo de sus ojos. Y, observando la concentración creciente en él cada minuto que pasaba, el sermón se me hizo corto. No se perdió ni una sola palabra. Antes de que concluyera, su mirada estaba clavada en el predicador. ¿Era un converso o un crítico? Lo de converso resultaba increíble. Y así pasó una hora antes de que me diera cuenta de qué hora era.

Cuando hubo acabado, cada uno de los allí presentes se lo tomó de distinta forma. El predicador se mostró entusiasmado y habló de que ya había roto el hielo para las enseñanzas que esperaba poder inculcar. Habló durante un rato sobre la pesca de la trucha y sobre los rumores acerca del descontento de los indios del norte hacia donde se dirigía. Estaba claro que no le preocupaba en absoluto su integridad física. Pronto nos dio las buenas noches. Los Ogden se encogieron de hombros y parecían divertidos. Esa fue su manera de tomarse el sermón. El doctor MacBride abrumaba demasiado al juez para que este pudiera tomárselo a la ligera. Como ciudadano destacado del Territorio, siempre tenía su casa abierta a cualquiera que llegara. La política y una buena predisposición le hacían acoger a una amplia variedad de viajeros. El vaquero en paro siempre encontraba una cama y comida para él y para su caballo, y los misioneros ya habían sido bien recibidos bastantes veces antes en el

rancho de Sunk Creek.

—Supongo que tendré que llevarlo a pescar —dijo el juez, apesadumbrado.

—Sí, querido —dijo su esposa—, lo llevarás. Y yo tendré que prepararle el té durante seis días.

—De lo contrario —comentó Ogden—, os podrían denunciar por ser enemigos de la religión.

—Ya he tenido bastante —dijo el juez—. Me llevo bien con la mayoría de la gente. Pero los elefantes me deprimen.

Así que apodamos al doctor «Jumbo» y me marché a mis aposentos.

En el barracón se produjeron similares comentarios, aunque más subidos de tono. Los hombres se iban a dormir. A pesar de la aparente corrección que habían guardado durante el servicio, no les había gustado nada que les dijeran «que se habían pervertido». Era fácil insultar a la gente, también ellos podían hacerlo. Y todos me interpelaban, varios hablando al mismo tiempo, como un concierto en la ópera: «Oiga, ¿cree que los bebés van al infierno?»... «Ah, claro que no»... «No hay nada después, de todas formas»... «¿Verdad?»... «¿Quién te lo ha dicho?»... «El mismo hombre que le dijo al predicador que todos éramos un puñado de patanes»... «Bueno, creo que voy a seguir siendo mormón»... «Pues bueno, yo voy a dejar de huir de las tentaciones»... «¡Y tanto! Mejor quedarse tieso después de haber pasado un buen rato que uno malo». Y cosas por el estilo. No es que fueran muy ingeniosos, pero me habría gustado que el doctor MacBride los hubiera oído. Un tipo logró reflejar en palabras bastante acertadamente su espíritu natural: «¡Si llegara a saber lo que estaba predestinado a hacer, haría justamente lo contrario, solo por darles su merecido!».

¿Y Trampas? ¿Y el virginiano? Ambos se habían quedado apartados de esto. El virginiano se había ido directamente a su nuevo hogar. Trampas estaba echado en la cama, no dormía, pero se le veía más huraño que nunca.

—Se ve que la religión no le ha calmado el ánimo en esta ocasión —me dijo Scipio.

—¿Y al nuevo capataz le calmó? —pregunté.

—¡Vaya! Te estaría contando demasiado. Mantente atento, eso es todo. Mantente atento.

Scipio no iba a desvelar nada y me marché a descansar todavía desconcertado.

No había ninguna luz encendida en la cabaña cuando llegué a la puerta.

La habitación del virginiano estaba en silencio y a oscuras, y por los sonidos me quedó bastante claro que el doctor MacBride ya dormía, incluso antes de que entrara. ¡Ir de pesca con él!, pensé mientras me desvestía. Y, de forma egoísta, pensé que el juez podía disfrutar de ese honor totalmente a solas. Pronto el sueño me envolvió, a pesar del doctor. Me desperté al notar que mi cama era sacudida, algo nada agradable de noche. Debí de dar un respingo. Y entonces escuché la suave voz del virginiano, que se disculpó por haberme molestado accidentalmente. Y esto me despertó aún más. Pero sus pasos no se dirigieron al barracón, tal como mi desatada imaginación

me había sugerido. No llevaba mucho puesto y en la oscuridad parecía más alto de lo normal. A continuación, distinguí que se inclinaba sobre el doctor MacBride. El santo varón por fin se incorporó de un salto.

—Voy armado —dijo—. Tenga cuidado. ¿Quién es?

—Puede bajar la pistola, señor. Tengo la sensación de que mi alma quiere rendir cuentas ante Dios. Siento que podría tener una revelación.

Estaba empleando el mismo vocabulario que el misionero. El desconcierto que Scipio había provocado en mí se quedó en nada en comparación a lo que sentí ahora. Si los seres humanos fueran capaces de petrificarse, me habría convertido en un mineral bajo las sábanas. El doctor se levantó de la cama, encendió su quinqué, buscó un libro y ambos se retiraron a la habitación del virginiano, donde pude oír atónito las exhortaciones desde mi cama. Finalmente, el doctor regresó, apagó su quinqué y se dispuso a retomar el sueño. Yo había estado del todo despierto, pero estaba a punto de volver a dormirme cuando la puerta crujió y el virginiano volvió a acercarse al doctor.

—¿Está despierto, señor?

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Discúlpeme, señor. El enemigo está ganando la batalla. Me siento interiormente menos proclive a luchar contra el pecado.

El doctor encendió la lámpara y escuché algunas exhortaciones más. Probablemente duraron una media hora. Cuando el doctor volvió a meterse en la cama, me pareció oírle suspirar. Esto hizo peligrar mi compostura en la oscuridad, pero me tumbé con la cabeza hundida en la almohada y pronto escuché de nuevo los ronquidos del doctor. Lo envidié durante un rato por su capacidad para dormirse tan rápido. Pero debí de quedarme dormido otra vez, porque fue la luz del quinqué lo que me despertó por tercera vez, cuando el doctor volvía por tercera vez de la habitación del virginiano. Antes de apagar la luz, miró el reloj. Entonces, le pregunté la hora.

—Las tres —contestó.

Ahora ya me fue imposible volver a dormirme y me quedé echado observando la oscuridad.

—¡Me da miedo estar solo! —Finalmente oí la voz del virginiano en la habitación contigua—. Tengo miedo. —Hubo una breve pausa y luego el sureño gritó con todas sus fuerzas—: ¡Estoy perdiendo el deseo por la leche pura de la Santa Palabra!

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa? —El camastro del doctor volvió a crujiir cuando se incorporó, y entonces hundí el rostro en la almohada.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡El pecado ya ha dejado de darme ardor de estómago!

—Sea valiente, mi buen amigo. —El doctor volvía a estar fuera de la cama con el quinqué, y cerró la puerta tras entrar. En esta ocasión estuvieron un buen rato allí dentro. Vi el gris que asomaba por la ventana, luego las esquinas de los muebles se hicieron visibles y fuera el áspero coro de mirlos comenzó a llenar el amanecer. A esto se añadieron los ruidos de los pollos y los cascos impacientes de los caballos en

el establo, y alguna vaca que vagaba llamando ruidosamente a su ternero. A continuación, alguien pasó cerca silbando y luego se perdió en la distancia. Pero, aunque las frías tonalidades que contemplaba por la ventana cambiaban y se hacían más cálidas, el doctor continuó trabajando afanosamente con su paciente en la habitación contigua. Solo distinguía alguna que otra palabra, pero estaba claro por las intervenciones menos frecuentes del virginiano que el pecado en su barriga ahora lo alarmaba menos. Sí, en esta ocasión pasó un buen rato. Pero, en efecto, resultó ser el último. Y aunque alguna clase de catástrofe por fuerza iba a recaer sobre nosotros, fui yo mismo el que precipitó los hechos que finalmente tuvieron lugar.

El día ya había amanecido del todo. Miré el reloj y vi que eran las seis. Había pasado unas siete horas echado en la cama y el doctor llevaba ya unas siete horas fuera de la suya. La puerta se abrió y salió con el libro y la lámpara. Parecía temblar levemente y lo vi lanzar una mirada melancólica a su camastro. Pero el virginiano le siguió incluso antes de que pudiera apagar la innecesaria luz del quinqué. Sin duda, formaban una curiosa pareja en ropa interior: el virginiano con sus estrechos calzones de montar que le llegaban hasta los tobillos, y el doctor con su barriga y sus gruesas pantorrillas sedentarias.

—Pronto tendrá que ir a desayunar con las damas, señor, muy pronto —dijo el virginiano, con tono escarmentado—. Pero me entretendré durante el día de alguna manera sin usted. Y esta noche podrá soltarme los perros otra vez.

Una vez más, no pude evitarlo. Tenía el rostro fuertemente apretado contra la almohada, pero hacía el mismo ruido que una gallina que acaba de poner un huevo. Toda la situación se le reveló al doctor como un fuerte e instantáneo golpe, muy parecido a cuando se casca un huevo.

Intentó hablar con calma.

—Esto es una vergüenza. Una infame vergüenza. Jamás en toda mi vida... —Las palabras lo abandonaron y su rostro enrojció—. Jamás en toda mi vida... —Volvió a callarse, porque, al verle todo indignado con sus calzones rojos, ahora yo emitía el sonido de una docena de gallinas. Y, entonces, el virginiano no pudo aguantar más. Corrió a su cuarto y allí se tiró al suelo con la cabeza entre las manos. El doctor cerró inmediatamente la puerta de un portazo tras salir el sureño, y esto hizo que me entrara tal ataque de risa que perfectamente en mi estado podría haber sido admitido en un manicomio. Lloré con el rostro pegado a la almohada y me pregunté si el doctor vendría a matarme. Pero él no me hizo ningún caso. Podía escuchar las convulsiones de risa del virginiano al otro lado de la puerta, y también al doctor que se aseaba furiosamente a tres pies de mi cabeza; y permanecí inmóvil con el rostro vuelto hacia el otro lado, porque realmente temía mirarle. Cuando le oí dirigirse a la puerta con las botas puestas, me atreví a echar un vistazo, y allí estaba, saliendo por la puerta con la bolsa en la mano. Mientras seguía inmóvil allí tumbado, débil y dolorido, y con la mente a punto de dejar de funcionar, la puerta del virginiano se abrió. Estaba aseado, bien vestido y decente, pero la maldad todavía iluminaba su mirada. Jamás he visto

una criatura más irresistiblemente atractiva.

Entonces mi mente volvió a funcionar.

—Así que lo has logrado —dije—. Ha recogido su maleta y se ha ido. No volverá a dormir aquí.

El virginiano echó una rápida mirada a la puerta.

—¡Caramba, nos deja! —exclamó—. ¡Se va montado ahora mismo en su pequeña y vieja tartana!

Entonces se volvió hacia mí y nuestras miradas se cruzaron compartiendo la gravedad del hecho. Creí percibir una leve nota de consternación en los rasgos del nuevo capataz responsable y de fiar del juez Henry. Este había sido su primer acto administrativo. De nuevo, volvió a mirar al misionero que ya se alejaba.

—Bueno —declaró con tono vengativo—, desde luego que no pienso salir corriendo detrás de él —y volvió a mirarme.

—¿Crees que el juez lo sabe? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Las contraventanas están echadas todavía en la casa —hizo una pausa—, y me da igual —declaró, como si fuera un chaval de diez años. Luego sonrió con aire de culpabilidad—. Fui de lo más respetuoso con él durante toda la noche.

—¡Oh, sí, respetuoso! Especialmente cuando le invitaste a que te echara los perros.

El virginiano dejó escapar un jovial resoplido. Entonces se acercó y se sentó al borde de mi cama.

—Le hablé en un inglés de lo más educado durante casi todo el tiempo —dijo—. Ya sabes, sé hacerlo cuando me pongo a ello. Sí, sin duda alguna, le hablé en un perfecto inglés. ¡Ni siquiera entendía lo que estaba diciendo!

Ahora parecía estar francamente encantado con su broma. Le había salido mucho mejor de lo que pensaba. Se levantó y miró fuera, al cristalino mundo de luz.

—El doctor debe de estar ya en el cruce de una milla —dijo—. Seguramente tome el desayuno en el N-lazy-Y.

Se dio la vuelta y se sentó de nuevo en mi cama y comenzó a hablarme con el corazón en la mano.

—Nunca me he sentido mejor que otros. Ni siquiera para mis adentros. Mi mente no está preparada para viajar de un lado a otro haciendo comparaciones. Y no debería extrañarme que mi mente haya prestado tan poca atención a las mezquindades que yo haya podido cometer como a las acciones de otros hombres. Pero tener que sentarme como un corderillo y dejar que un extraño me diga durante una hora que soy escoria y un cerdo, justo después de haberme comportado de una manera que aquellos que conocen los hechos considerarían casi piadosa...

—¡Trampas! —no pude evitar exclamar. Y es que hay momentos reveladores cuando una intuición se convierte en certeza.

—¿Te ha contado Scipio...?

—No. Ni una sola palabra. Se negó a decirme nada.

—Bueno, pues bien, llegué a casa esta noche con varios pensamientos rondándome la cabeza. Y ninguno de esos pensamientos podrían ser, digamos, que muy cristianos. No estoy en absoluto avergonzado por ellos. Soy humano. Pero después de que el juez... bueno, ya lo oíste. Así que cuando me marché de allí y vi cómo habían cambiado las posiciones...

Unos pasos fuera de la cabaña le hicieron callarse. Nada más pudo leerse en su rostro porque allí estaba el propio Trampas asomado a la puerta abierta.

—Buenos días —dijo Trampas sin mirarnos. Habló con la misma hosca frialdad del día anterior.

Le devolvimos el saludo.

—Creo que llego tarde para felicitarte por tu ascenso —dijo.

El virginiano miró su reloj.

—Son solo las seis y media —le respondió.

Su carácter hosco se oscureció aún más.

—Todo hombre debe ser felicitado por su ascenso, supongo.

En esta ocasión, el virginiano le dejó salirse con la suya.

—Sin duda. Y no voy a olvidar cuánto te debo a ti por ello.

A Trampas le habría gustado poder relajarse.

—No he venido aquí para pedir perdón —dijo con despecho.

—¿Y cuándo pensaste que necesitabas pedirlo? —El virginiano era impenetrable.

Trampas pareció advertir lo poco que le convenía seguir por ese camino. Y entonces se expresó sin tapujos.

—Oh, no tengo a ningún juez que me cubra las espaldas, lo sé. He oído que vas a pagar a los chicos esta mañana y he venido a recoger mis honorarios.

—¿Piensas dejarnos? —preguntó el nuevo capataz—. ¿Qué es lo que te incomoda?

—Oh, no voy a necesitar que nadie me apoye. Sabré arreglármelas solo.

Y así reveló que esperaba ser despedido por su enemigo.

Esto habría bastado para borrar de mi corazón cualquier premeditada generosidad por mi parte. Pero yo no era el virginiano. Este cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, se echó ligeramente hacia atrás y se rio.

—Regresa a tu trabajo, Trampas, si eso es todo lo que te preocupa. Tienes razón al decir que he tenido suerte. Pero tal vez seamos dos los que estamos en racha.

Era esto lo que Scipio había preferido que viera con mis propios ojos. La lucha ya no era entre iguales. Ya no había posibilidad de perdón, pero el virginiano no podía usar su puesto para aplastar a un subordinado.

Trampas se marchó después de susurrar algo que no escuché y el virginiano concluyó la conversación privada diciendo:

—Llegarás tarde al desayuno.

Tras lo cual, también él salió.

Las damas se escandalizaron, pero no el juez. Cuando hube acabado toda la historia, el juez golpeó la mesa con el puño, y no suavemente en esta ocasión.

—¡Lo haría teniente general si en el rancho existiera tal cargo! —afirmó.

La señorita Molly Wood no dijo nada. Pero por la tarde, según sus deseos, la joven se fue de pesca y el virginiano recibió el encargo de escoltarla. Cabalgué con ellos un rato. Pero no iba a continuar siendo el tercero del grupo; el virginiano iba demasiado bien vestido y observé que el *Kenilworth* sobresalía de su bolsillo. Yo tenía intención de estar pescando a solas cuando aquel libro fuera devuelto a su dueña.

Pero la señorita Wood habló con hábil franqueza mientras cabalgábamos.

—Ya me han contado todo sobre lo de usted y el doctor MacBride —dijo—. ¿Cómo fue capaz de hacerlo, cuando el juez ha depositado tanta confianza en usted?

A él pareció agradaarle el comentario.

—Supongo —dijo— que no podría ser tan bueno si no fuera malo de vez en cuando.

—Caramba, una mofeta —dije al advertir el hermoso y pequeño animal que trotaba delante de nosotros por el borde de los arbustos.

—Oh, ¿dónde está? ¡No me dejen verla! —gritó Molly.

Y al escuchar este comentario tan profundamente femenino, el virginiano la miró con una sonrisa tan hermosa que, si yo hubiera sido mujer, habría logrado que hiciera lo que quisiera conmigo en ese mismo instante.

Sin embargo, no pareció causar tanta impresión en la dama. O, más bien debería decir que, cualesquiera que fueran los sentimientos de Molly, no los mostró de forma natural y se las ingenió para pasar por alto esa expresión que ahora se dibujaba en el rostro del virginiano.

Más tarde, las siguientes palabras llegaron a mis oídos mientras pescaba a solas:

—¿Tiene ya algo distinto que decirme? —le escuché decir a él.

—Sí, lo tengo. —Ella hablaba con un tono suave y firme—. Deseo decirle que nunca me ha gustado un hombre tanto como usted. ¡Aunque espero que haya alguno que me guste más!

Él no debió de tomarse muy bien una respuesta como esa. Pero se rio a carcajada limpia:

—¡Mejor será que no apueste por eso!

Entonces las palabras dejaron de oírse claramente, y solo se escucharon sus voces vagando por los meandros del río.

XXII

¿QUÉ ES UN CUATRERO?

Todos sabemos lo que hacen los que son de la misma condición. Y podríamos suponer sin temor a equivocarnos que, si un pájaro de un plumaje en particular lleva tiempo sin poder ver otros pájaros de su mismo plumaje, acudirá a ellos con mayor entusiasmo cuando estos se posen en las proximidades.

Los Ogden eran pájaros del mismo plumaje que Molly. Llevaban plumas del Este, no del Oeste, y su trino era diferente al que sonaba en Bear Creek. Sin duda alguna, el gorjeo del pequeño George Taylor despertaba en ella un esperanzado interés, y muchas otras especies, tan sorprendentes como melodiosas, se alzaban en el territorio vaquero y producían placer en los oídos de Molly. Pero, aunque los indios, los osos y los terneros no marcados eran los temas que ocupaban sus trinos, estos no eran los únicos trinos del mundo. Por lo tanto, los trinos de los Ogden sonaban el doble de armoniosos a oídos de Molly Wood. Palabras como Newport, Bar Harbor y Tiffany's la excitaban enormemente. Daba igual que jamás hubiera estado en Newport o Bar Harbor, y había visitado Tiffany's más para admirar los productos que para comprarlos. Esto hacía aún más embriagadora la música de los Ogden. Y Molly, cuyo trino del Este había estado en silencio en esas tierras extrañas, comenzó a gorjear de nuevo durante la visita que hizo al rancho de Sunk Creek.

Así pues, la misión del virginiano no prosperó de ninguna manera durante ese tiempo. Sus fuerzas estaban dispersas, mientras que las de Molly estaban concentradas. La joven no había llegado a ese punto en el que la ausencia hace que el corazón arda con más fuerza. Mientras el virginiano recorría aquellas largas millas en el furgón de cola llevando el ganado a Chicago, derrotando a Trampas junto al Yellowstone, ella recobraba su antiguo ser.

Y esto es lo que ella pudo decirle de forma tan despreocupada durante esas primeras horas en las que permanecieron a solas tras el regreso del sureño: «Aunque espero que otro hombre me guste más que usted».

La ausencia la había reclutado en sus filas. Y luego los Ogden habían reforzado su independencia. Le habían traído vívidos recuerdos del Este y sus pensamientos vagaron hacia allí. La pareja de Nueva York no podía imaginarse que estaban ayudando en ninguna batalla. Nadie antes tuvo unos aliados más inconscientes de serlo que los que tuvo Molly por aquel entonces. Pero ella los usó conscientemente, o casi. Los frecuentaba, hablaba de asuntos del Este y descubrió que tenían conocidos comunes que solía introducir en las conversaciones. Y es que se podría decir, creo, que libraba una batalla... o, mejor dicho, una campaña entera. Y tal vez esta fuera una señal esperanzadora para el virginiano (si la hubiera podido detectar); el hecho de que la joven tuviera que recurrir a aliados. Se rodeó, se parapetó en el Este, para tener en realidad algún tipo de contrapeso contra el hechizo que ejercía sobre ella el jinete

de cabello negro.

Pero las fuerzas del virginiano estaban, como he dicho, dispersas. Su ascenso no le dejaba mucho tiempo para enamoramientos. Ahora era capataz. Le había dicho al juez Henry: «Intentaré complacerle». Y bajo el temblor de emoción que aquellas palabras habían ocultado y al mismo tiempo revelado, le invadió esa clase de ansia por ganar que se convierte en certeza. ¡Sí, complacería al juez Henry!

Pero no sabía hasta qué punto ya le había agradado. No sabía que el juez dudaba sobre qué primera medida de su nuevo capataz le había complacido más: su actuación con el misionero o su magnanimidad con Trampas.

—Los buenos sentimientos son algo positivo en cualquier persona —decía el juez—, pero me gusta saber que mi capataz posee tanto sentido común.

—Yo, personalmente, le estoy muy agradecida —dijo la señora Henry.

Y, en efecto, también el resto de los invitados. Tener que soportar al doctor MacBride una noche en lugar de seis resultó una enorme liberación para todos.

Pero el virginiano no volvió a ver a su amada a solas. Mientras ella se encontraba en el rancho de Sunk Creek, los deberes como capataz lo mantenían fuera tanto tiempo que no tuvo ocasión. Peor aún, ese hábito de las aves de un mismo plumaje hizo que su separación se agrandara: Molly se preparó para marchar al Este con los Ogden. ¡Era una oportunidad tan buena poder viajar con amigos en lugar de hacer el viaje sola!

La temporada lectiva de Molly en la escuela había agradado tanto a las gentes de Bear Creek que todos la animaron efusivamente para que se tomara unas vacaciones. La escuela podía permitirse comenzar un poco más tarde. De modo que Molly partió para el Este.

Cuando se despidieron, el virginiano le ocultó su corazón herido.

—No, no voy a querer más libros —dijo—, hasta que regrese —y entonces adoptó un aire alegre—. ¡Vaya, es justo al revés!

—¿Al revés?

—Vaya, la última vez era yo el que se iba de viaje, y usted la que se quedaba aquí.

—¡Eso es cierto! —y entonces, ella le propinó el último arañazo—. Pero usted andará más atareado que nunca; ¡seguro que no le queda tiempo para echarme de menos!

Ella podía herirle, y lo sabía. Nadie más podía. Por eso lo hacía.

Pero él también le ofreció algo que Molly recordaría.

—La próxima vez —dijo— ninguno de los dos se quedará. Iremos juntos.

Pero no la miró sonriente al pronunciar estas palabras. Fue una mirada que se fundió con las palabras; de manera que, de vez en cuando, en el tren, tanto la sonrisa como las palabras acudían a la mente de Molly, y se quedaba pensativa cada vez más cerca de Bennington, escuchando su voz y viendo sus ojos.

No sé cómo era posible que esta joven fuera capaz de llorar cuando le dijo a Sam Bannett que no podía corresponder a su amor y luego tratara a otro enamorado como

trataba al virginiano. No sabría decirles porque, como ya he dicho anteriormente, nunca he sido mujer.

Bennington acogió a su hija pródiga aventurera con los brazos abiertos. Hubo gran revuelo por la llegada de Molly Wood. Rostros y lugares conocidos le dieron la bienvenida. Se celebraron cenas de distintas dimensiones. Y, aunque estas pueden adoptar las más diversas formas (en ocasiones champán y perdices, y otras veces pasteles y licor de pasas), tras cada forma siempre identificaba la misma celebración. La joven de Bear Creek se reencontraba con su tierra natal al doblar cada esquina.

Los Bannett de Hoosic Falls ofrecieron a Molly una gran celebración; una cena (tal vez debería denominarlo banquete) de veinticuatro personas. Y Sam Bannett, por supuesto, la llevó de paseo en más de una ocasión.

«Me apetece ir a ver Hoosic Bridge», decía ella, y cuando llegaban a ese punto de su relación tan recordado, exclamaba: «¡Es precioso!». Y mientras contemplaba el paisaje recorriendo con la mirada el valle, se quedaba pensativa. «Qué armoniosa se ve la iglesia», decía. Y luego, tras cruzar ambos puentes: «¡Oh, ahí está esa vieja cerca de maderos!». O, en una ocasión, mientras cabalgaban por el valle del pequeño Hoosic: «Me había olvidado de lo agradable y solitario que es este lugar. Después de todo, no hay bosques más interesantes que aquellos en los que se ven osos o alces». Y en otra ocasión, tras dejar escapar un grito entusiasmado al contemplar la cima del monte Anthony:

—Es precioso, precioso, precioso —dijo, con una entonación decreciente y acabando con expresión pensativa una vez más. Y más tarde—: ¿Ves ese pajarito de allí? No, no donde están los árboles... ese claro pardo reseco bajo el sol. Con unos cuantos arbustos de artemisa se parecería mucho a un lugar que conozco en Bear Creek. Aunque, por supuesto, aquí el aire no está tan limpio.

—No puedo olvidarte —dijo Sam—. ¿Te acuerdas tú de mí? ¿U ojos que no ven, corazón que no siente?

Tras lo cual, él volvió a renovar su ofrecimiento. Ella le dijo que no había olvidado a nadie; que siempre regresaría para que nadie se olvidara de ella.

—¡Regresar siempre! —exclamó él—. Hablas como si ya hubieras echado el ancla en otro lugar.

¿Era eso cierto? En todo caso, Sam fracasó de nuevo en su intento.

En la casa de Dunbarton, la anciana sostuvo la mano de Molly y la miró un buen rato.

—Has cambiado mucho —dijo, por fin.

—Soy un año más vieja —dijo la chica.

—¡Ja, querida! —dijo la tía abuela—. ¿Y quién es él?

—¡Nadie! —gritó Molly indignada.

—Si fuera así no me responderías tan alto —dijo la tía abuela.

La joven de repente ocultó el rostro.

—No creo que pueda amar a nadie —dijo—, excepto a mí misma.

Y entonces, aquella anciana, que en sus buenos tiempos recibía visitas de cortesía de Lafayette, comenzó a acariciar la cabeza hundida de su sobrina, porque la entendía perfectamente. Y como la entendía tanto, no la acosó con preguntas inoportunas, sino que se acordó de los días de su propia juventud y habló solo con palabras de amor sereno y confianza hacia Molly.

—Yo soy una mujer muy vieja —dijo—. Pero aún no lo he olvidado. Mi familia lo rechazó porque no tenía fortuna. Pero era valiente y atractivo, y le amé, querida. Pero debería haberle querido aún más. Le prometí que lo pensaría. Y él y su barco zarparon y se perdió para siempre. —La voz de la tía abuela se había vuelto sedosa e íntima, y hablaba haciendo muchas pausas—. Y, entonces, lo supe. Si yo hubiera, si yo... tal vez lo habría perdido igualmente; pero habría sido después de que... ¡oh, bueno! ¡Siempre que puedas evitarlo, no te cases jamás! Pero cuando no puedas evitarlo ni un segundo más, entonces escucha solo ese deseo; porque, querida mía, estoy segura de que tu elección estará a la altura del apellido Stark. Y ahora... déjame que vea su foto.

—¡Caramba, tía! —exclamó Molly.

—Bueno, no voy a fingir que tengo poderes sobrenaturales —dijo la tía—, pero me pareció que te guardabas una foto cuando estuviste enseñándonos aquellos paisajes del oeste ayer noche.

Era cierto. Molly se había llevado un montón de fotografías de Wyoming para mostrárselas a sus amigos en casa. Sin embargo, solo una de esas fotos era un retrato. La mayoría mostraban vistas del paisaje y de los rodeos de ganado y otras escenas características de la vida en el rancho. De hombres jóvenes tenía varias fotografías, pero se las había dejado todas excepto una de ellas. La perspicacia de su tía de alguna manera la hipnotizó; se levantó obedientemente y buscó la fotografía del virginiano. Era de cuerpo entero y lo mostraba en su atuendo vaquero: las perneras de cuero, el cinto y la pistola, y en la mano, una soga enrollada.

Nadie de su familia la había visto, ni sospechaba de su existencia. Pero ahora la bajó del piso de arriba y se la mostró a su tía.

—¡Dios mío! —exclamó la anciana.

Molly se quedó en silencio, pero su mirada fue haciéndose más belicosa.

—Y es así como... —comenzó a decir la tía—. ¡Dios mío! —murmuró, y se quedó observando la fotografía.

Molly permaneció en silencio.

Su tía levantó lentamente la mirada hacia ella.

—Y un hombre como ese piensa que puede...

—No es en absoluto así. Bueno, sí, es exactamente así —dijo Molly, y le entraron ganas de arrebatarse la fotografía a su tía, pero esta la retuvo.

—Bueno —dijo—, supongo que habrá días en los que no matará a gente.

—¡Jamás ha matado a nadie! —dijo Molly, y luego se rio.

—Así que vas en serio... —dijo la anciana.

—Pues casi podría... en ocasiones. Es un hombre magnífico.

—Querida mía, te has enamorado de su ropa.

—No es su ropa. Y no estoy enamorada. Normalmente lleva otra ropa. Lleva camisas de cuello blanco como cualquier otro hombre.

—Bueno, esa sería una indumentaria más apropiada para hacerse una fotografía, creo yo. No podría andar por aquí vestido de esa manera. Ni tan siquiera a mí se me ocurriría recibirlo en mi casa.

—Nunca haría algo así. Vaya, hablas de él como si fuera un salvaje.

La anciana examinó la fotografía con más atención durante un minuto.

—Creo que su rostro es bondadoso —comentó finalmente—, ¿es tan atractivo como aparece ahí, querida?

Aún más, pensó Molly. ¿Y quién era él? ¿Y sus expectativas? Esas fueron las siguientes preguntas de su tía. Y sacudió la cabeza al escuchar las respuestas que recibió; y también sacudió la cabeza cuando su sobrina negó enfáticamente que aquel hombre hubiera ganado su corazón. Pero cuando se despidieron la anciana dijo:

—Que Dios te bendiga y te guarde, querida mía. No voy a intentar organizar tu vida. Ya me la organizaron a mí demasiado... —Un suspiro acabó el resto de la frase—. Pero no estoy preocupada por ti... al menos, no demasiado. Nunca has hecho nada que no estuviera a la altura de un Stark. Y si vas a aceptar a ese hombre, hazlo antes de que yo muera para que así pueda recibirlo en la familia por tu propio bien. Dios te bendiga, querida mía.

Y después de que la joven regresara a Bennington, la tía abuela reflexionó de la siguiente manera:

—Ella es como todas nosotras. Quiere que su hombre sea un hombre.

La anciana tampoco reveló la información a ningún miembro de la familia. Porque era un alma leal y la confianza de su niña era sagrada para ella.

«Además», reflexionó, «si ni siquiera yo puedo hacer nada por ella, ¡qué desastre podrían provocar todos *ellos* en este asunto! Lo siguiente sería oír que Molly se ha fugado con él».

Así que la familia más próxima de Molly nunca vio esa fotografía y nunca escuchó ni una sola palabra de su tía sobre este tema. Pero el día que Molly partió hacia Bear Creek, cuando se reunieron por la noche echándola de menos y comentando su visita, la señora Bell dijo:

—Madre, ¿cómo la has visto?

—Nunca la he visto mejor, Sarah. Ese lugar horrible parece sentarle bien.

—Oh, sí, estoy de acuerdo. Aunque me parece que...

—¿Qué?

—Oh, solo que se la veía un poco pensativa.

—¿Pensativa?

—Bueno, creo que tiene algo metido en la cabeza.

—¿Te refieres a un hombre? —dijo Andrew Bell.

—¿Un hombre, Andrew?

—Sí, señora Wood, eso es a lo que Sarah se refiere siempre.

Debo mencionar que las insinuaciones de Sarah no ayudaron mucho a tranquilizar a su madre. Y los rumores son algo tan extraño que finalmente desde el malicioso exterior llegó una ambigua y terrible palabra... una de esas palabras cuya fuente no se puede rastrear. Alguien le dijo a Andrew Bell que había oído que la señorita Molly Wood estaba prometida a un *cuatrero*.

—¡Por todos los cielos, Andrew! —dijo su esposa—, ¿qué es un cuatrero?

La palabra no se encontraba en ningún diccionario y las traducciones disponibles del término no concordaban. Un hombre de Hoosic Falls afirmaba que había pasado por Cheyenne y había oído que aplicaban el término de forma positiva para designar a gente espabilada y emprendedora. Otro hombre pensaba que se refería a algún tipo de caballo. Pero la versión más alarmante era la de que un cuatrero era un ladrón de ganado.

En realidad, todos estos significados eran correctos. La palabra había evolucionado en territorio ganadero, adoptando nuevas acepciones con su uso. Sin embargo, aún adoptó más en Bennington. En pocos días, corrían rumores de que Molly estaba prometida a un tahúr, a un buscador de oro, a un forajido asaltante de diligencias y a un bandido mexicano; mientras que la señora temía que se hubiera casado con un mormón.

Sin embargo, a orillas del Bear Creek, Molly y su «cuatrero» pronto salieron a cabalgar tras el regreso de ella. No estaban casados ni prometidos, y ella le habló sobre su estancia en Vermont.

—Nunca he estado allí —dijo él—. Nunca tuve que ir en esa dirección.

—¿Y qué decidía su dirección?

—Oh, las oportunidades que se presentaran. Supongo que yo era más ambicioso que mis hermanos... o más inquieto. Ellos se quedaron trabajando en las granjas de los alrededores. Pero yo me fui. Cuando regresé seis años más tarde, ya tenía veinte años. Y ellos seguían hablando de las mismas cosas. Hombres de veinticinco y treinta años... se limitaban a quedarse ahí sentados hablando siempre de lo mismo. Le contaba a mi madre lo que había visto por esos mundos y a ella le gustaba oírme, justo hasta que falleció. Pero los otros... bueno, cuando vi que el mundo para ellos se reducía a cerdos y pavos, con un poco de pistolas y caza, me puse el sombrero una mañana y les dije que tal vez cuando cumpliera cincuenta años volvería para verlos por si se les habían ocurrido nuevos temas. Pero nunca cambiarán. Mis hermanos no parecen muy interesados en explorar nuevas oportunidades.

—Pues usted parece haber perdido unas cuantas también —dijo Molly.

—Eso es cierto.

—Y, sin embargo —dijo ella—, a veces creo que sabe mucho más de lo que yo jamás llegaré a saber.

—Caramba, claro que sé más —dijo él, sin rodeos—. Llevo ganándome la vida

desde que tenía catorce años. Y he viajado desde el viejo México hasta la Columbia Británica. Nunca he robado ni he mendigado un solo centavo. Y no me gustaría que usted supiera las cosas que yo sé.

Ella lo estaba mirando, medio escuchándole y medio pensando en su tía abuela.

—Pero ya no pienso perder más oportunidades —continuó él—. Y usted es la mejor que tengo.

Molly se sintió aliviada al ver que Georgie Taylor se acercaba al galope en ese momento y se unía a ellos. Pero el virginiano maldijo en voz baja. Y durante este paseo no ocurrió nada más.

XXIII

VARIAS CUESTIONES

El amor quedó interrumpido por la nieve durante muchas semanas. Antes de este encarcelamiento, el cortejo no había sido ni fluido ni accidentado, por lo que uno podía observar; de hecho, no había sido de ninguna manera, o, en todo caso, solo una corriente oculta e invisible. Durante sus paseos a caballo, durante sus conversaciones, el amor había quedado mudo, al menos en cuanto a palabras se refiere, ya que el virginiano se había impuesto la dura tarea del silencio y la paciencia. Entonces, cuando el invierno impidió sus visitas a Bear Creek y por un tiempo no hubo ninguna responsabilidad o trabajo en el rancho que llenara su mente y su sangre de acción, se encomendó una tarea mucho más ligera. Con frecuencia, en lugar de leer a Shakespeare o historias de ficción, abría sobre la mesa de su cabaña libros de texto y la caligrafía y ortografía le ayudaron a pasar largas horas. Llenó muchas hojas de papel con ejercicios y la señora Henry le prestó ayuda con sus consejos y correcciones.

—Al final, hasta yo voy a enamorarme de él —le dijo al juez—. Y ya es hora de que te pongas nervioso.

—Estoy más que tranquilo —replicó el juez—. Para él ya solo existe una mujer.

—No es lo suficientemente buena para él —afirmó la señora Henry—. Pero nunca lo advertirá.

Así pues, la nieve siguió cayendo, el mundo se congeló y los libros de ortografía y ejercicios continuaron llenando su tiempo. Pero este no era el único caso en el que la educación iba progresando en el rancho de Sunk Creek mientras el amor seguía interrumpido por la nieve.

* * *

Una mañana, Scipio Le Moyne entró en el cuarto de estar del virginiano... aquella estancia donde el doctor MacBride había luchado contra el pecado con tanto coraje durante toda una noche.

El virginiano estaba escribiendo en el escritorio. Tenía libros abiertos a su alrededor; un texto a medio acabar bajo su puño; los dedos manchados de tinta. Se podría decir que la educación lo envolvía, aunque en ese momento no había ninguna en su mirada, la cual estaba dirigida ahora a la ventana, mirando a lo lejos, al otro lado de la fría llanura.

El capataz no se movió cuando Scipio entró y el espíritu bromista de este se sonrió para sus adentros. «Es Bear Creek lo que está contemplando en su visión», concluyó. Pero supo inmediatamente que no era así. El virginiano miraba algo real y Scipio se arrimó a la ventana para verlo con sus propios ojos.

—Bueno —dijo, tras asomarse—, ¿cuándo va a dejarnos?

El capataz siguió mirando a los dos jinetes que cabalgaban juntos. Sus siluetas, pequeñas en la distancia, contrastaban sobre la blancura general del paisaje.

—¿Cuándo piensas que nos dejará? —repitió Scipio.

—Él —murmuró el virginiano, siempre con la mirada puesta en los lejanos jinetes, y de nuevo dijo—: él.

Scipio se arrellanó con toda confianza en la silla. El virginiano y Scipio habían llegado a entablar una relación muy estrecha desde la primera vez que se vieron en Medora. Eran pájaros de plumajes muy parecidos y el virginiano con frecuencia se explayaba con él sin reservas. En consecuencia, Scipio en ese momento entendió a la perfección las dos sílabas que el virginiano había pronunciado tal como si las frases entremedias hubieran quedado perfectamente explícitas.

—Hum —dijo—. Bueno, uno de ellos supondrá un beneficio para el rancho y el otro no supondrá ninguna pérdida.

—¡Pobre Shorty! —dijo el virginiano—. ¡Pobre idiota!

Scipio se mostró entonces menos compasivo.

—No —insistió—. No lo siento por él. Cualquier hombre lo suficientemente grande como para dejarse crecer barba debería darse cuenta de quién es Trampas en realidad.

El virginiano volvió a mirar por la ventana y observó a Shorty y Trampas mientras cabalgaban en la lejanía.

—Shorty es bueno con los animales —dijo—. Ha logrado domar ese caballo, Pedro, que compró con su primera paga. Lo domó maravillosamente. Cuando un hombre es bueno con los animales estúpidos, siempre digo que algo bueno tiene en su interior.

—Sí —admitió Scipio a su pesar—. Cierto. Pero siempre he detestado a los idiotas.

—Este es un territorio cruel —continuó el virginiano—. Para los animales, es decir. ¡Piensa en ello! ¡Piensa en lo que hacemos a cientos y miles de pequeños terneros! Los lanzamos a tierra, los marcamos, los cortamos, les marcamos las orejas, los soltamos y a por el siguiente. Y así tiene que ser, por supuesto. Pero yo digo que, si un hombre puede ir por ahí clavando hierros candentes a pequeños terneros y cortándole trozos con su cuchillo, y vivir con ello al tiempo que siente amor por los animales, ese hombre debe de tener algo de bondad dentro de él. Y eso es lo que Shorty tiene. Pero está permitiendo que Trampas lo enrede y los dos nos abandonarán.

Entonces, el virginiano volvió a mirar a la distancia a través de la inmensa blancura invernal. Pero los jinetes ya habían desaparecido tras unas colinas.

Scipio se quedó sentado en silencio. Nunca se había planteado estas cuestiones sobre los hombres y los animales, y cuando se las planteó el virginiano comprendió que eran ciertas.

—Es extraño —comentó, por fin.

—¿El qué?

—Todo.

—Nada es extraño —afirmó el virginiano—, excepto el matrimonio y los relámpagos. Esas dos cosas todavía pueden provocarme sorpresas.

—Aun así, resulta extraño —insistió Scipio.

—Bueno, pues sorpréndeme.

—Vaya, me refiero a Trampas. Te ha hecho todo tipo de jugarretas. Y tú las has pasado por alto. Podrías haberle despedido, pero le dejaste quedarse con su empleo. Eso es una buena acción. Así que la maldad procede de esta, directamente. Maldad causada directamente por un acto bondadoso.

—Creo que has perdido totalmente el rumbo —dijo el virginiano.

—¿Y dónde me he perdido, entonces?

—En el norte, el sur, el este y el oeste. Primera cuestión: no esperaba hacerle a Trampas un favor por no matarlo, lo cual estuve a punto de hacer en tres ocasiones. Ni tampoco esperaba hacerle un favor manteniéndole en su puesto de trabajo. Pero soy el capataz de este rancho. Y puedo sentarme y decirle a cada hombre a la cara: «Yo estoy por encima de esas mezquindades». Segunda cuestión: no es de ninguna *acción buena*, es de Trampas de donde procede la maldad. Ponlo donde quieras y terminará igual. Ponlo bajo mi supervisión, y al menos puedo controlar sus movimientos hasta cierto punto, en todo caso. Tal vez hayas advertido que desde que tú y yo encontramos a esa vaca cruce de Angus que todavía estaba caliente cuando llegamos, no hemos encontrado más vacas sacrificadas. Estuvimos muy cerca de atrapar a quienquiera que mató a aquella vaca y se llevó el ternero para su propia manada. No debieron de pasar ni diez minutos desde que se marchó cuando llegamos. No podemos probar nada, y él lo sabe tan bien como nosotros. Pero nuestras vacas han dejado de morir sacrificadas. Y Trampas se está preparando para cambiar de residencia. En cuanto las cuadrillas comiencen a contratar peones en primavera, Trampas nos dejará y aceptará algún trabajo. Y tal vez nuestras vacas comiencen a morir de nuevo, y entonces tendremos que tomar medidas más contundentes... tal vez.

Scipio meditó unos segundos.

—Me pregunto cómo debe de sentirse uno tras matar a un hombre —dijo.

—Vaya... nada que deba preocuparte, cuando no queda más remedio. Siguiendo cuestión: Trampas se llevará a Shorty con él, lo cual es, sin duda alguna, algo malo para Shorty. Pero soy yo quien ha mantenido a Shorty sano y salvo hasta ahora. Si hubiera despedido a Trampas, este habría logrado envenenar a Shorty mucho más rápidamente.

Scipio volvió a reflexionar.

—Sabía que Trampas terminaría largándose —dijo—. Pero jamás lo pensé de Shorty. ¿Por qué crees que lo hará?

—Me pidió un aumento de paga.

—Pero si no vale ni la paga que recibe ahora.

—Por lo visto, Trampas le ha convencido de lo contrario.

—Cuando un hombre no tiene sus propias ideas —dijo Scipio—, debería al menos tener cuidado de quién las toma prestadas.

—Estás en lo cierto —dijo el virginiano—. ¡Pobre Shorty! Me habló de su vida. Muy penoso todo. Pero nunca aprenderá. Ya era demasiado tarde para que aprendiera cuando nació. ¿Y sabes para qué quiere un aumento de salario? Envía casi todo el dinero al Este.

—No sé para qué lo quiere Trampas a su lado —dijo Scipio.

—Oh, puede serle útil más adelante.

—No demasiado útil, diría yo —replicó Scipio.

—Bueno, Trampas tiene intención de entrenarle. Mira, supongamos que estás planeando convertirte en ladrón profesional. En ese caso buscarías a tu alrededor a un agradable y joven cómplice que sea de fiar para que cargue él con toda la culpa y tú puedas llevarte todo lo demás.

—¡Jamás haría algo así! —exclamó Scipio, airado—. No soy ningún maleante —y luego, advirtiendo la expresión del virginiano, rompió a reír—. Bueno —exclamó—, esta vez me has confundido.

—Eso parece. Pero sí lo creo de Trampas.

Finalmente, Scipio se levantó y vio el ejercicio a medio terminar sobre el escritorio del virginiano.

—Trampas es un culo de mal asiento —dijo.

—Una escoria de mal asiento —le corrigió el virginiano.

—¡Escoria! Eso es. Yo soy un culo de mal asiento. A veces casi preferiría no serlo.

—Eso tiene fácil solución —dijo el virginiano.

—Sin duda, cuando has encontrado el musgo que quieres recoger... —Scipio echó un vistazo otra vez a los libros y un brillo asomó en sus ojos azul claro—. Sé algo de cuentas —dijo—. Pero creo que tengo mis propias reglas de ortografía.

—Yo aún guardo algunas ideas propias sobre el tema, sí —comentó el virginiano inocentemente, y el brillo en los ojos de Scipio aumentó de intensidad.

»En cuanto a mi geografía —continuó—, esa anda por ahí salvaje entre la maleza. ¿Es Bennington la capital de Vermont? ¿Y cómo se deletrea novio?

»Y la última cuestión —exclamó el virginiano al tiempo que lanzaba un libro a Scipio—: no dejes que la bondad o la maldad te preocupen mucho, porque nunca serás buen juez de ellas.

Pero Scipio había esquivado el libro y ya había desaparecido. Mientras se alejaba, se dijo a sí mismo: «De todas formas, debe de valer la pena enamorarse». En el barracón, esa tarde, todos se dieron cuenta de que estaba inusualmente silencioso.

Su salida de la cabaña del capataz había dejado entrar una ráfaga de frío invernal

tan gélida que el virginiano fue a comprobar el termómetro, un regalo de Navidad de la señora Henry. Marcaba veinte bajo cero. Tras reavivar el fuego hasta lograr una llamarada blanca, el capataz se sentó reflexionando sobre la historia de Shorty: cómo había sido su incierto y fútil pasado y cómo sería su incierto y fútil futuro. Sacudió la cabeza mientras se hacía la sombría pregunta: ¿Había alguna manera en la que Shorty pudiera salir de esta? «Tal vez», reflexionó, «aquellos cuyo placer te trae a la vida, al menos deberían procurarte una. Pero esto no hace responsable al resto del mundo. El mundo no te engendró. Supongo que los hombres ayudan a los que se ayudan a sí mismos. En cuanto al universo, me parece que hizo una fabricación demasiado al por mayor para poder sacar un producto que cumpliera con todas las expectativas. Sí, es una lástima. Porque Shorty es muy bueno con los caballos».

Por la noche, el virginiano llamó a Shorty a su habitación. Normalmente sabía lo que tenía que decir; normalmente, le resultaba fácil organizar las ideas, y tras organizarlas las palabras salían por sí solas. Pero, cuando miró a Shorty, esto no ocurrió. No había ni una sola marca de maldad en aquel rostro y, sin embargo, tampoco había ni una sola marca de fortaleza; ninguna promesa en su mirada, nariz o barbilla; todo él se fundía en un ser mediocre, bajito y anodino. Era un rostro como otros miles de rostros, y la desesperanza embargó al virginiano mientras contemplaba a su perro abandonado y aquella mirada nostálgica y apagada.

Pero de alguna manera debía comenzar.

—Me pregunto cuánto marcará el termómetro —dijo—. Puedes verlo ahí, si levantas el quinqué a la derecha de la ventana.

Shorty levantó el quinqué.

—Nunca he usado ninguno —dijo, mirando el instrumento.

El virginiano se había olvidado de que Shorty no sabía leer. Así que se acercó él mismo a la ventana y vio que marcaba veintidós bajo cero.

—Este tabaco es muy bueno —comentó, y Shorty se sirvió y llenó la pipa.

—Hoy he tenido que frotarme la oreja izquierda con nieve —dijo—. Justo a tiempo.

—Me pareció que hacía un frío tremendo allí por donde estuviste cabalgando —dijo el capataz.

Los ojos de perro abandonado le lanzaron una mirada francamente sorprendida.

—No te vimos por allí —dijo Shorty.

—Bueno —dijo el capataz—, pronto dejará de hacer este frío y nos mantendremos calientes con el trabajo por hacer. Todos los hombres trabajarán vigilando el terreno. Ojalá conociera a alguien con mucho trabajo estable que ofrecer. Sin duda, eso espero por tu propio bien.

—¿Por qué? —dijo Shorty.

—Porque es el trabajo adecuado para ti.

—Yo puedo hacer algo más... —dijo Shorty, y luego se calló.

—Llegará un momento —dijo el virginiano— en el que necesitaré a alguien que

sepa cómo hacerse amigo de los caballos. Me gustaría que se encargase de algunos caballos especiales para los que el juez tiene planes. El juez Henry pagaría cincuenta al mes por ese servicio.

—Puedo ganar más —dijo Shorty, en esta ocasión tozudamente.

—Bueno, sí. A veces uno puede ganar más... cuando no sirve para nada, quiero decir. Pero no durará mucho en ese puesto.

Shorty se quedó en silencio.

—Yo antes ganaba más —dijo el virginiano.

—Ahora ganas mucho más —dijo Shorty.

—Oh, sí. Pero me refiero a cuando andaba haciendo el tonto por esos mundos, saltando de un trabajo a otro y quemándolo todo en las ciudades entremedias. Entonces, no merecía ganar más de cincuenta al mes, ni siquiera veinticinco. Pero había noches que sacaba mucho más jugando a las cartas.

Los ojos de Shorty se hicieron aún más grandes.

—Pero entonces, ¡bang! Lo despilfarraba todo invitando a los hombres y a las chicas.

—Yo no siempre... —dijo Shorty, y calló de nuevo.

El virginiano sabía que estaba pensando en el dinero que enviaba al Este.

—Pasado un tiempo —continuó—, advertí un hecho muy extraño. El dinero que no merecía y gané fácilmente, también desaparecía fácilmente. No tenía límite para obtenerlo y luego gastarlo. Pero el dinero que me costaba ganar y que realmente merecía, caramba, empecé a tratarlo con más cuidado. Y ahora tengo ahorros guardados. Si alguna vez llegas a saber lo bien que se siente uno...

—Lo sabría —dijo Shorty—, si tuviera tu suerte.

—¿Y cuál es esa suerte? —dijo el virginiano con expresión severa.

—Bueno, si hubiera ocupado un terreno junto a un río que nunca se seca y consiguiera reclamarlo como mío, tal como tú has hecho, y si hubiera visto cómo el terreno sube de valor sin necesidad de mover un dedo...

—¿Y por qué tú no moviste un dedo? —le interrumpió el virginiano—. ¿Qué te impidió que ocuparas un terreno? Si lo tenías delante, detrás, a tu alrededor, la oportunidad más grande y clara que tenías a la vista. Ese fue el momento en el que yo moví un dedo; pero tú no.

Shorty continuó con gesto tozudo.

—Pero eso da lo mismo —dijo el virginiano—. Quítame el terreno mañana, y todavía tendría mis ahorros en el banco. Porque, mira, tuve que trabajar muy duro para reunirlos. Descubrí lo que sabía hacer bien, me puse a ello y lo hice. Tú también puedes hacer lo mismo. La única dificultad es averiguar en qué eres bueno. Y en tu caso, está claro. Si decides trabajar en lo que sabes hacer, y domas esos caballos para el juez, tú mismo podrás tener ahorros en el banco.

—Puedo ganar más —repitió el perro abandonado.

El virginiano estuvo a punto de decir: «¡Entonces, sal de aquí!», pero en lugar de

eso, le habló amablemente hasta el final.

—Todavía hace frío —dijo—, y va para largo. Tómate tu tiempo y avísame si cambias de idea.

Tras la conversación, Shorty regresó al barracón y el virginiano comprendió que el chico se había aprendido el discurso despechado de Trampas tan bien que ya era imposible que lo olvidara. Esta pequeña victoria del mal no parecía ser lo bastante rotunda para contar como una victoria sobre el virginiano. Pero muchos hombres se agarran a un clavo ardiendo. Desde aquel primer momento, cuando en el salón de Medicine Bow el sureño hizo callar a Trampas con una palabra, había estado intentando vengarse sin arriesgarse demasiado, y en cada choque sucesivo de armas contra el virginiano simplemente había logrado una humillación pública tras otra. Por lo tanto, ahora en el rancho de Sunk Creek durante estos fríos días blancos, una cierta insolencia en su caminar mostraba a las claras su convencimiento de que al sembrar la semilla de la desconfianza en Shorty se había cobrado algún tipo de venganza.

En efecto, logró envenenar al perro abandonado. En primavera, cuando los ranchos vecinos necesitaron más mano de obra, ocurrió lo que el virginiano ya había previsto: Trampas se marchó en busca de un «trabajo mejor», como se molestaba en repetir constantemente, y con él se marchó el dócil Shorty cabalgando su caballo Pedro.

La nieve ya no bloqueaba el amor. Las rutas de montaña estaban lo suficientemente abiertas para que las transitaran los pasos seguros del corcel del amante... ese caballo llamado Monte. Fue el deber el que bloqueó el camino del amor. En lugar de dirigir su mirada a Bear Creek, el capataz se vio obligado a realizar otros viajes, cargados de duro trabajo, constante vigilancia y reuniones con el juez. Los ladrones de ganado cada vez se arriesgaban más y el invierno había diseminado las reses a lo ancho de una amplia extensión. Por lo tanto, en lugar de ir a verla, el virginiano escribió una carta a su amada. Fue la primera.

XXIV

UNA CARTA CON MORALEJA

La carta que el virginiano escribió a Molly Wood era, como ya hemos dicho, la primera que le envió. Creo que quizás se sentía cohibido por falta de habilidades en el arte epistolar, un poco nervioso de que lo que produjera con su pluma pudiera contener errores que recordaran demasiado a Molly su escasa educación académica. Podía presentar sin problemas un escrito de negocios sobre ganado y vagones de transporte, o cualquier otro tema de su profesión, con una brevedad y claridad que hizo que el juez confiara tres cuartas partes de dicha correspondencia a su capataz. «Escribe a la cuadrilla 76», le decía el juez, «y diles que mi caravana no puede empezar las rondas hasta...», etc.; o «Escribe a Cheyenne y diles que, si pueden reunirse el lunes de la próxima semana, iré», etc. Y el virginiano escribía estos textos sin dificultad.

Pero este primer mensaje a su dama no puede decirse que le resultara fácil. Creo que la carta debería ser clasificada como escrito «*de estilo literario*». La escribió primero con lápiz antes de pasarla a tinta, y ese primer borrador en lápiz resultaba casi ilegible por los borrones y correcciones. El estado mental del escritor durante su composición podría ser resumido sin mayor descripción por mi parte a partir de una leve interrupción que tuvo lugar en mitad de su escritura.

La puerta se abrió y Scipio asomó la cabeza.

—¿Vienes a cenar? —preguntó.

—Vete al infierno —contestó el virginiano.

—¡Cáspita! —dijo Scipio, en voz baja, y cerró la puerta sin decir nada más.

En honor a la verdad, dudo si esa carta habría sido acometida, no digamos ya acabada y enviada, si el corazón del amante no hubiera estado atormentado por la tristeza. Durante todo el invierno había ansiado ese día en el que llamaría a la puerta de la joven y escucharía su voz invitándole a entrar. Durante todo el invierno había estado eligiendo la ruta por donde la llevaría a caballo. Había imaginado una tarde soleada, un bosquecillo escondido, una cueva resguardada, un manantial y algunas palabras que la conquistaran por fin y le permitieran posar sus labios en los de ella. Y mientras este fuego reprimido ardía en su interior, había contado los días y los había tachado en su calendario todas las noches con tal fuerza que en una o dos ocasiones rompió el lápiz. Luego, cuando la ruta volvió a abrirse, el encuentro tendría que ser postergado aún más por una cantidad indefinida de días, o semanas; el sureño no sabía cuánto tiempo tardaría. Así pues, agarrando con fuerza el lápiz y escribiendo pesarasas palabras, trató de consolarse como mejor pudo escribiéndole una carta.

Esta, debidamente sellada y remitida a Bear Creek, partió por esos caminos largos y sinuosos. Cuando llegó a su destino, ya tenía veinte días de antigüedad. Había sido entregada a manos privadas en un principio, luego viajó en diligencia hasta un cruce

de caminos, llegó tarde en esa diligencia, arribó a una oficina de reparto y esperó allí a que el jefe de correos comenzara, siguiera, acabara y se recuperara de una partida de póquer mezclada con whisky. Entonces, retomó el camino, fue depositada en el cruce de caminos correcto y llevada de nuevo por manos privadas hasta Bear Creek. Sin embargo, la aventura de esta carta no era algo especial en aquella época por el territorio de Wyoming.

Molly Wood examinó el sobre. Jamás había visto la caligrafía del virginiano. La reconoció inmediatamente. Cerró la puerta y se sentó para leerla con el corazón agitado.

SUNKCREEK,
RANCHO,
5 de mayo, 188—.

Mi querida señorita Wood: lo siento. Tenía otros planes que, si hubieran salido bien, a estas alturas o incluso antes ya habría regresado y estaríamos paseando a caballo. Este año la primavera llega pronto. La nieve de las llanuras a este lado del territorio ya se ha derretido, y donde el sol alcanza la tierra calentándola con fuerza todo el día la hierba ya ha brotado y también hay flores, un montón de flores. Se las puede ver cabeceando y agitándose al viento. Los álamos temblones en el límite sur ya tienen rebrotes y pronto brillarán como las flores brillan ahora. Había planeado ir a ver este lugar con usted y desde luego que era mucho mejor plan que lo que me veo obligado a hacer. Las aguas aún están altas, pero podría haber cruzado el río, y en cuanto a la nieve de la cima de la montaña, un hombre me dijo que nadie podría cruzarla hasta dentro de una semana, porque él lo acababa de hacer. Un tipo de lo más raro. Debería ver cómo han pasado las aves por el cielo mientras llegaba la primavera. Aunque usted debe de haberlas visto pasar en su lado de la montaña. Pero no puedo ir ahora, señorita Wood. Tengo demasiadas cosas que hacer y el juez Henry necesita más de dos ojos en estos momentos. No podría volver a mirarme a la cara si le abandonara para hacer lo que realmente deseo.

Pero hará más calor cuando regrese. No tendremos que concluir los paseos a las cinco, y además podremos descabalgarnos y sentarnos. Ahora no podríamos sentarnos a menos que fuera por poco tiempo. En cuanto sepa cuándo puedo ir, se lo haré saber, pero creo que será de la siguiente manera. Creo que simplemente un buen día me verá llegar, porque tengo cosas que hacer de naturaleza incierta, un considerable número de ellas. No crea ninguna noticia sobre indios. Los periodistas se las inventan para mantener a los soldados en el territorio. De esa manera, los amigos de los editores consiguen muchos contratos de heno y carne. Los indios no acuden a lugares tan poblados como Bear Creek. Son los editores y los políticos.

No ha pasado nada que valga la pena contarle. He leído esa obra de Otelo. Ningún hombre debería escribir tal cosa. ¿Sabe si es un hecho real? He visto un drama incluso peor en Arizona. Mató a su bebé y a su esposa, pero esas cosas no deberían ser descritas con un lenguaje tan cuidado y para el público. He leído Romeo y Julieta. Un hermoso lenguaje, pero Romeo no es lo suficientemente hombre. Me gusta más su amigo Mercutio, que termina asesinado. Él sí es un hombre. Si se hubiera quedado con Julieta no se habría desatado tanta locura ni tantos problemas.

Bueno, señorita Wood, me gustaría verla hoy mismo. ¿Sabe lo que creo que haría Monte si lo llevara a cabalgar y le dejara las riendas sueltas? Iría directo hasta su patio, porque es un caballo con mucho buen juicio («Esto es lo primero que ha escrito mal», pensó Molly). Supongo que está sentada con George Taylor y todos esos niños ahora mismo. Luego George se hará lo suficientemente grande para ayudar a su padre, pero los gemelos de tío Hewie ya estarán listos para entonces y el suministro de niños continuará desde todos los rincones, de todos los tamaños y edades para que usted pueda enseñarles la A mayúscula y la a minúscula. Aquí no hay noticias que contar. Solo terneros y vacas y las gallinas que ahora están empollando, lo cual siempre resulta una novedad para cualquier gallina cuando pone un huevo. ¿Alguna vez le he hablado de la gallina Emily que teníamos aquí? Era valiente como ninguna, pero con muy poco juicio e incapaz de tener familia. Siempre estaba intentando entrometerse en las familias de otros encargándose de los polluelos, las gallinitas Bantam y los pavos, y en una ocasión hasta cachorros de perro, y se creía que casi cualquier cosa era un huevo que empollar. Ya le hablaré de ella en otra ocasión. Murió sin familia un día, mientras yo estaba construyéndole una casa para que enseñara a los polluelos («¡Pero tendrá caradura!», exclamó Molly. Y sus mejillas se tiñeron de un rosa oscuro allí sentada con la carta de su amado en las manos).

Iré en cuanto quede libre. Estaré a unas cien millas de usted la mayor parte del tiempo, si no más, pero cabalgaré cien millas durante una hora... y Monte está preparado para ello. Después de tanto tiempo sin haberla visto, las recorreré en una hora si es necesario. Ahí va una flor que acabo de cortar mientras paseaba. La he besado. Eso es todo lo que puedo hacer por ahora.

Molly dejó la carta sobre el regazo y miró la flor. Entonces, de repente, se puso de pie y la posó sobre sus labios; pasados unos segundos, la apartó.

—No —dijo—. No, no, no —y volvió a sentarse.

Tardó un buen rato en acabar la carta. Entonces, una vez más, se levantó y se puso el sombrero.

La señora Taylor se preguntó adónde podría dirigirse la joven con tanta prisa. Pero en realidad no se dirigía a ninguna parte, y media hora más tarde regresó con las mejillas encendidas por el ejercicio, pero con el alma tan perturbada como antes de

salir de la cabaña. A la mañana siguiente, a las seis, cuando miró por la ventana, allí se encontraba Monte, atado a la cerca de los Taylor.

Contuvo el aliento.

—Si hubiera llegado cuando estaba leyendo la carta —susurró—, yo... oh, menos mal que no lo hizo.

XXV

EL PROGRESO DEL PERRO ABANDONADO

No fue ni siquiera una hora lo que el virginiano pudo estar con su amada. Pero, en esta ocasión, no había recorrido las cien millas para verla. El azar quiso que los deberes de su trabajo itinerante le hicieran pasar lo suficientemente cerca para poder verla fugazmente, y disfrutó de esa efímera visión casi al vuelo, porque debía encontrarse de inmediato con un grupo de hombres.

—¿Recibió mi carta? —preguntó el sureño.

—Ayer.

—¡Ayer! La escribí hace tres semanas. Bueno, en cualquier caso, ya la tiene. Esta no va a poder ser la hora que quería pasar con usted y que mencioné en la carta. Pronto llegará, tal vez, muy pronto.

Ella no pudo decir nada. Sintió alivio y, sin embargo, algo parecido a una punzada.

—Hoy no cuenta —dijo él—, aunque cualquier segundo en su compañía cuenta para mí. Pero esta no será la hora a la que me refería.

Las pocas cosas más que se dijeron a esas primeras horas de la mañana se narrarán a su debido tiempo. Porque esta visita, con el paso del tiempo, sí que contó en sus vidas de forma crucial, aunque ambos se lo tomaron a la ligera mientras pasaron aquellos fugaces minutos. Él le devolvió dos libros que ella le había prestado hacía ya tiempo y le dejó a Taylor un caballo que había llevado para que ella lo montara. A modo de despedida, puso un ramo de flores en su mano. Luego, se marchó y ella lo vio partir entre los espesos arbustos a orillas del río. Estaban teñidos de rojo con rosas silvestres, y los estorninos, invisibles entre la hierba como coristas escondidas, lanzaban a una vacía milla de aire a la redonda su inesperada canción. La tierra y el cielo les habrían sido propicios si él hubiera podido quedarse, y tal vez una parte del corazón de Molly también le hubiera sido propicio. Así pues, mientras se alejaba cabalgando en Monte, ella lo observó, medio contenida por la razón y medio derretida por la pasión, frustrada consigo misma, enfadada consigo misma, indecisa. Por lo tanto, los días por venir iban a ser desdichados para ella, mientras que para él estarían llenos de trabajo bien hecho y de un inalterable deseo de verla.

Llegó el día en que todo indicaba que pronto llegaría una calma, una pausa en la que podría disfrutar por fin de esa hora con ella. Abandonó el campamento y volvió el rostro hacia Bear Creek. El sendero avanzaba a orillas del Butte Creek. Al otro lado del río se encontraba el enorme rancho de Balaam y, más adelante divisó al propio Balaam en la otra orilla y frenó a Monte unos segundos para observar lo que hacía.

—Eso es lo que había oído —murmuró para sus adentros. Ya que Balaam había

llevado algunos caballos hasta la orilla y estaba fustigándolos con fuerza porque se negaban a beber. Observó el espectáculo con tanta atención que no vio que Shorty se acercaba por el sendero.

—Buenos días —le dijo Shorty, con ciertas reservas.

Pero el virginiano le respondió con un saludo cordial.

—Temí no alcanzarte tan rápido —dijo Shorty—. Esto es para ti.

Y ofreció al nuevo capataz una carta bastante maltrecha. Era del juez. No había llegado directamente, sino poco a poco, en los bolsillos de tres vaqueros sucesivos. Cuando el virginiano la ojeó y vio que el destinatario era Balaam, el corazón se le encogió. Allí había órdenes para él y no podría ir a ver a su amada.

—¡Hola, Shorty! —dijo Balaam desde el otro lado del río. Al virginiano le dirigió un leve movimiento de cabeza. No lo conocía, aunque sabía muy bien quién era.

—Aquí tenemos una carta del juez Henry para usted —dijo el virginiano, y cruzó el río.

Bastantes semanas antes, a principios de primavera, Balaam había tomado prestados dos caballos del juez y le había prometido devolvérselos pronto. Pero el juez, por supuesto, le escribió con mucho civismo. Esperaba que disculpara «esta nota de requerimiento». Cuando Balaam leyó el recordatorio, deseó haber enviado los caballos antes. El juez era más importante que él en el Territorio. Balaam no pudo más que disculpar aquella «nota de requerimiento»... pero no dudaba en mostrarse desagradable con cualquiera.

—Bueno —dijo, reflexionando en voz alta, un tanto airado—, el juez Henry los quiere allí el día 30. Estamos a 24 y todavía queda tiempo.

—Hoy es 27 —dijo el virginiano rápidamente.

¡Y esa era una gran diferencia! ¡No era tan fácil llegar a Sunk Creek a tiempo para el día 30! Balaam se había retrasado tres amaneceres ese mes. Los días parecen todos iguales y normalmente pierden hasta su nombre en las silenciosas profundidades del Territorio Ganadero. Los caballos ni siquiera estaban allí en el rancho. Balaam se mostró ahora muy desagradable. De repente, se fijó en la fecha de la carta del juez Henry. Se la señaló al virginiano y golpeó el papel con el dedo.

—¿Cómo se le ocurre traer esto aquí con dos semanas de retraso? —preguntó.

Cuando golpeó el papel, Shorty miró al virginiano. Pero no pasó nada más que un cambio en el brillo de los ojos del sureño. Y cuando habló, lo hizo con su habitual amabilidad y civismo. Explicó que la carta acababa de ser entregada en mano por Shorty en ese mismo momento.

—Oh —dijo Balaam. Luego miró a Shorty; ¿cómo le habían hecho mensajero?—. ¿Trabajas otra vez en el rancho de Sunk Creek? —preguntó.

—No —dijo Shorty.

Balaam se volvió hacia el virginiano otra vez.

—¿Y cómo esperan que llegue con esos caballos a Sunk Creek el día 30?

El virginiano lanzó una mirada ociosa a Balaam.

—Yo no espero nada —dijo; su dialecto nativo destacaba hoy por encima de todo —. El juez espera a unos amigos de Nueva York que viajan por la Cuenca —añadió —. Los caballos son para ellos.

Balaam gruñó disgustado y pensó en los sesenta o setenta días que habían pasado desde la última vez que le dijo al juez que le devolvería los caballos enseguida. Miró a Shorty, que estaba sentado a la sombra y, tras sus enojados pensamientos, su instinto advirtió el buen caballo que cabalgaba el joven. Era el mismo animal que había visto una o dos veces antes. Pero debía hacer algo. Los caballos del juez estaban lejos en la gran extensión de su rancho y debían encontrarlos y conducirlos al redil, lo cual le llevaría el resto del día y posiblemente parte del siguiente.

Balaam llamó a uno de sus hombres y le dio órdenes claras, subrayando los detalles, y le recomendó encarecidamente que se diera prisa, mientras el virginiano permanecía apoyado sobre su caballo, con un brazo sobre la silla de montar, escuchando y entendiendo, pero sin sonreír de forma abierta. El hombre de Balaam partió para iniciar la búsqueda y Balaam volvió a desenganchar el tiro del carro.

—¿Así que ahora ya no trabajas para Sunk Creek? —preguntó a Shorty, ignorando totalmente al virginiano—. ¿Para Goose Egg entonces?

—No —respondió Shorty.

—¿La cuadrilla de Sand Hill, entonces?

—No —dijo Shorty.

Balaam sonrió. Advirtió que un mechón de pelo rubio de Shorty asomaba por un agujero del sombrero, y también su peto viejo y raído. Shorty se había alegrado de la paga inesperada que consiguió por hacer de mensajero y llevar la carta al virginiano. Pero ya no tenía ni siquiera esa cantidad. Había pasado por Drybone de camino, y en Drybone se organizó una timba de póquer. El dinero de Shorty ahora estaba en el bolsillo de Trampas. Pero todavía le quedaba una valiosa posesión en el mundo, su caballo Pedro.

—Muy buen caballo —le dijo Balaam ahora desde la otra orilla del Butte Creek. Y, a continuación, propinó un puñetazo en la mandíbula de su propio caballo porque no se arribaba al agua como habían hecho los otros.

—La correa no está desenganchada —comentó el virginiano al tiempo que se lo señalaba.

Balaam soltó la correa que se había olvidado y fustigó de nuevo al caballo para no perder la costumbre. El animal, espantado, bajó ahora hasta el agua con la cabeza en el aire y bufando mientras daba pequeños y cortos pasos.

El virginiano observó todo esto, en silencio y con semblante sombrío. No podía interferir entre otro hombre y su propio animal. Ni él ni Balaam eran de los que rezaban sus oraciones. Pero en esta cuestión no eran iguales. Un poeta de cierta relevancia en una ocasión y en un día glorioso tuvo la genialidad de escribir un poema que ha sobrevivido y se ha convertido, junto a muchos otros, en expresión familiar. Lo tituló *La Balada del Viejo Marinero*. Y tiene muchos versos que se

quedan grabados en la memoria, pero estos que siguen son los más valiosos:

Reza bien quien bien ama
Tanto a hombre como a ave y bestia.
Y reza mejor quien mejor ama
A todas las cosas, tanto grandes como pequeñas;
Porque nuestro amado Dios,
Nos hizo a todos y a todos amó.

Estos versos son oro puro. Son buenos para que los niños los aprendan, porque cuando esos niños se hagan hombres tal vez una parte de esa enseñanza quede en ellos. El virginiano no conocía esos versos... pero su corazón le había enseñado muchas cosas. Dudo si Balaam los conocía. Pero con él hubieran sido como echar margaritas a los cerdos.

—¿Así que ya no trabajas en ranchos? —preguntó a Shorty.

Shorty asintió y miró de soslayo al virginiano.

El caso es que el virginiano sabía que le habían echado del trabajo por dormirse mientras hacía la vigilancia nocturna del ganado.

Entonces Balaam lanzó otra mirada a Pedro, el caballo.

—¡Vaya, Shorty! —gritó, porque el chico ya estaba alejándose—. ¿Es que ya no te apetece cenar? Está casi lista.

Shorty vadeó el río y retiró la silla de montar de Pedro; al oír la invitación dirigió al animal, su ruano castaño, hacia el pasto de Balaam. Este era verde, mientras que el resto del extenso terreno estaba pardo, a excepción de las revueltas del Butte Creek que se alejaban hacia el desierto en la distancia como una interminable serpiente verde. El virginiano también dirigió su caballo hacia el pasto. Debía permanecer en el rancho hasta que recuperaran los caballos del juez.

—La señora Balaam sigue en el Este —dijo su esposo, conduciéndoles hasta el comedor.

Quería que Shorty cenara con él, pero no podía excluir al virginiano, aunque lo hubiera hecho de buen grado.

—¿Han visto a algún indio? —preguntó.

—¡Naa! —dijo Shorty, con desdén por los rumores recientes.

—Se dirigen hacia el otro lado —comentó el virginiano—. En la sierra de Bow Leg es donde se ha informado de su presencia.

—Me gustaría saber qué se les ha perdido fuera de la reserva —dijo el rancharo—, en Bow Leg o en cualquier otra parte.

—Oh, es solo una cacería, y una especie de visita a sus amigos de la reserva sur —explicó Shorty—. Se llevan a las squaws y todo.

—Bueno, si los tipos de Washington no mantienen a las squaws y todo lo demás donde deben estar —dijo Balaam enojado—, la gente del territorio de Wyoming se las apañará sin su ayuda.

—Ya se ha enviado una petición —dijo Shorty—. El documento va de camino al Este con un montón de nombres en él. Pero no tienen malas intenciones, al menos no esos indios.

—¿Que no tienen malas intenciones? —rugió Balaam—. ¿Es que fueron hombres blancos los que se llevaron los yearlings de O.C.?

La gramática del Este de Balaam en ocasiones quedaba a merced de sus sentimientos del Oeste. La idea del anquilosamiento perenne en los asuntos de Washington, bien por parte de políticos o de filántropos, siempre lo enervaba. Se paseaba nervioso mientras hablaba y se detuvo nervioso junto a la ventana. Allá en el mundo exterior brillaba un día sin nubes y la mirada de Balaam viajó a través de las llanuras, donde una línea azul, borrosa y pálida, se extendía al final de la vasta y amarilla distancia. Aquello era el comienzo de las Montañas de Bow Leg. Allá, en algún lugar, estaban los pieles rojas, recorriendo los poco concurridos caminos de rocas y pinos... Su lugar secreto.

La cena estaba lista y se sentaron a la mesa.

—Y supongo —continuó Balaam, todavía enojado con el asunto— que ahora me dirás que los indios en realidad no tienen intención de matar a un hombre blanco cuando se topan con él lejos de cualquier ayuda humana. Estos pacíficos indios son los peores de todos.

—Y tanto —asintió Shorty, que era fácil de convencer, exactamente como si siempre hubiera mantenido esa opinión—. Un tipo partió hacia Sunk Creek hace tres semanas. Un trampero viejo, con una camisa roja. Uno de sus caballos llegó al rodeo del martes. Nadie había oído hablar de él antes. —Comió en silencio durante un rato, evidentemente dándole vueltas en su mente infantil, y entonces dijo en tono lastimero—: Pues antes me fío yo de uno de esos indios que de Trampas.

Balaamladeó su enorme cabeza apepinada hacia un lado y, tras dejar la cuchara sobre la mesa (había abierto unas uvas enlatadas), empezó a reírse de su invitado con un ácido regusto irónico.

El invitado se comió una uva y, al advertir que lo habían pillado, devolvió la sonrisa bastante abatido.

—Dime, Shorty —dijo Balaam con la cabeza todavía ladeada—, ¿cuáles son las cifras de tu cuenta bancaria ahora?

—No uso bancos —murmuró el joven.

Balaam puso más uvas en el plato de Shorty y, tras sacar un puro del chaleco, lo hizo rodar hacia su invitado.

—Tienes las cerillas detrás de ti —añadió. Tras pensárselo un segundo, ofreció otro puro al virginiano, pero, para su enfado, el virginiano se lo metió en el bolsillo y se encendió la pipa.

Balaam acompañó a su invitado, Shorty, cuando fue al pasto para ensillar su caballo y partir.

—¿Tienes una cuerda? —preguntó a su invitado cuando descolgaban los postes

de la puerta del cercado.

—No me hace falta echarle el lazo. Puedo andar hasta Pedro. Vosotros quedaos atrás.

Escondiendo las bridas en la espalda, Shorty se aproximó a la orilla del río, donde el poni agitaba la larga cola a la sombra; después de hablarle persuasivamente, se acercó un poco más, hasta que pudo posar la mano en la oscura crin de Pedro, bastantes tonos más oscura que el pelaje del animal. Este se volvió expectante y su amo cumplió sus expectativas cuando le ofreció un trozo de pan.

—Así que come de eso, ¿eh? —dijo Balaam, por encima de los postes.

—Le gusta la sal —dijo Shorty—. Vamos, vamos, ¡aquí! Ni te imaginas que te voy a poner la brida, ¿verdad? ¡Abre la boca! ¿Te gustaría andar por ahí jugando como si no fueras de nadie y vivir libre? ¿O tal vez prefieres ser el dueño de un salón?

A Pedro, evidentemente, le agradaba esa cháchara y que dejara a un lado el bocado. Una vez firmemente en la boca, ya aceptó lo inevitable y siguió a Shorty hasta la cerca. Luego Shorty se volvió y extendió la mano.

—¡Chócala! —le dijo al poni, que a su vez levantó la pata delantera en silencio y la colocó en la mano de su amo. Luego el amo le hizo cosquillas en la nariz y el animal la arrugó y amusgó las orejas, fingiendo morder. Su rostro mantuvo una expresión de placer familiar durante todo ese ritual—. Ahora la otra pata —dijo Shorty, y caballo y amo se dieron la mano con la izquierda—. Le he enseñado a hacer esto —dijo el vaquero, con orgullo y afecto—. Dime, Pede —continuó hablando al caballo al oído—, ¿verdad que eres el mejor caballito de todo el territorio? ¿Qué? ¡Fuera de ahí, vago! Ya no hay más pan —y pellizcó la nariz del poni, que ya tenía tres cuartos de morro dentro de su bolsillo.

—¡Vaya, es como un perrito faldero! —dijo Balaam, con voz bronca—. Es una pena que esto no sea Nueva York, allí sí que hay un buen mercado para los caballos domesticados. Caballitos de feria, los llaman los niños.

—No es ningún caballito de feria —dijo Shorty, ofendido—. Es capaz de ganar a cualquier caballo vaquero de los que tienes. Puedes hacerlo girar en una baldosa. No hace falta ni tocar las riendas. Las cuelgas en un dedo y balanceas el cuerpo, y él se gira.

Balaam lo sabía, y sabía que el caballo solo tenía cuatro años.

—Bueno —dijo—. Este año no ha ido el circo a Drybone. Tal vez quieran comprar entradas para ver a Pedro. Se le da bien, de todas formas.

Shorty se puso serio. El virginiano fumaba con tristeza. Allí estaba ocurriendo otra cosa que no le agradaba, pero que no era asunto suyo.

—Intenta lo del circo —insistió Balaam—. Cambia tus planes de gastarte el dinero en la ciudad y gana algo de dinero, para variar.

Shorty, que no tenía planes que cambiar ni dinero que gastar, todavía se puso más serio.

—¿Por cuánto venderías ese poni? —preguntó Balaam.

Shorty respondió inmediatamente.

—Ni cien dólares podrían pagar ese barro reseco que tiene Pedro en el lomo —afirmó, al tiempo que miraba hacia el cielo presuntuosamente.

Pero Balaam miró a Shorty.

—Vale, te puedes quedar con el barro seco —dijo—, y te pago treinta dólares por el caballo.

Shorty dejó escapar una risilla forzada y comenzó a andar hacia la silla de montar.

—Te doy treinta dólares —repitió Balaam al tiempo que recogía un guijarro del suelo y lo lanzaba al río.

—¿A cuánta distancia dirías que está Drybone? —comentó Shorty mientras se agachaba para examinar la correa que sujetaba la silla de montar al vientre de Pedro... algo totalmente innecesario, porque Pedro jamás corcoveaba.

—No tendrás que ir andando —dijo Balaam—. Quédate aquí a pasar la noche y te llevaré hasta allí cómodamente por la mañana, cuando envíe el carro a buscar el correo.

—¡Andar! —replicó Shorty—. Drybone está a veinticinco millas. Pedro me llevaría hasta allí en tres horas y ni siquiera sé si podría. —Levantó la silla y la colocó sobre el lomo del caballo, y dijo—: Vamos, Pedro.

—Vamos, Pedro —se burló Balaam.

Siguió un breve silencio.

—No, señor —farfulló Shorty con la cabeza aún bajo la barriga de Pedro, atareado con la correa—. Cien dólares es el mínimo.

Balaam, a su vez, ahora apropiadamente dejó escapar una risa forzada, lo cual Shorty advirtió bajo el caballo. Se enderezó y se volvió sobre sus talones mirando a Balaam.

—Bueno, entonces —dijo—, ¿cuánto me daría por él?

—Treinta dólares —dijo Balaam, mirando lejos al cielo, tal como había mirado Shorty.

—Oh, venga, vamos —exclamó Shorty.

Era él ahora el que tanteaba una oferta, y esto era lo que Balaam quería ver.

—Caramba, sí —dijo—, treinta —y le miró sorprendido por tener que mencionar la cantidad tantas veces.

—Pensé que subirías esa primera cifra —dijo el vaquero—, porque ya sabes que no voy a aceptarla.

Balaam se subió a la cerca y se sentó allí.

—No voy a suplicarte por Pedro —comentó sin apasionamiento—. Solo se me ocurrió que estás sin blanca y quería que tuvieras algo de dinero para poder aguantar hasta que encuentres un trabajo y puedas recuperarlo de nuevo. —Metió un pulgar en uno de los bolsillos del chaleco—. Pero no voy a suplicarte por él —repitió—. Se quedaría aquí mismo, por supuesto. No lo vendería. ¿Por qué se pone así? ¡Caramba!

—Balaam, de repente, se enderezó como si hubiera hecho un descubrimiento.

—¿Caramba qué? —preguntó Shorty, a la defensiva.

Balaam observaba a Pedro con el ceño fruncido y gesto de desaprobación. Luego, arrimó un dedo al caballo, con el pulgar todavía dentro del bolsillo. Un gesto tan pequeño fue tomado por el irritado Shorty como una forma nada apropiada de señalar a Pedro.

—¿Qué le pasa en esa pata delantera? —preguntó Balaam.

—¿Cuál? ¡No le pasa nada! —replicó Shorty.

Balaam bajó de la cerca y se aproximó con premeditada lentitud. Pasó la mano por la pata delantera. Luego escupió y dijo escuetamente:

—¡Hum! —dijo pensativo, y añadió con un atisbo de tristeza—: siempre es de esperar cuando se les pone a trabajar demasiado jóvenes.

Shorty deslizó la mano lentamente por la pata en cuestión.

—¿Qué es de esperar? —preguntó—... ¿que sea de buen comer? Bueno, pues lo es.

Tras esta réplica, el virginiano se permitió reír en alto mostrando su simpatía por el joven.

—Un esguince —continuó Balaam con un suspiro—. Girar cuando sus huesos todavía estaban blandos lo provocó. Sí.

—¡Un esguince! —dijo Shorty con un ladrido de indignación—. Vamos, Pede, tú y yo salimos pitando a la ciudad.

Agarró el cuerno de la silla de montar, se subió de un salto y salió al galope.

—¡O-ee! ¡Oi-yup, yup, yup! —cantó Shorty con el agudo dialecto vacuno. Hizo que Pedro realizara una exhibición de velocidad pasando cerca de Balaam en un amplio círculo y luego desapareció tras el polvo por el sendero de la orilla izquierda.

Balaam lo vio marcharse y dejó escapar una risa desabrida. Había visto saltar truchas de esa manera cuando el anzuelo que se clava en sus branquias las sorprende al principio. Sabía que Shorty haría que su caballo se luciera y también sabía que su amor por Pedro no igualaba su necesidad de dinero. Llamó a uno de sus hombres, le preguntó algo sobre la presa en la embocadura del cañón, desde donde partía la primera acequia de riego, hizo un comentario sobre la prolongada sequía y luego se dirigió a la puerta del comedor, donde, como esperaba, Shorty lo recibió.

—Dime —dijo el joven—, ¿crees que esa es manera de hablar de un buen caballo?

—Cualquiera puede ver que tiene la pata lesionada —dijo Balaam. Pero miró la cruz de Pedro, con la crin bien peinada hacia atrás, y admiró sus puntas, oscuras en contraste con el pelaje ruano castaño, y también la anchura entre los ojos.

—Ahora ya sabes —dijo Shorty con tono lastimero— que está igual de lisiado que tu pata de palo. Si te refieres a la pata derecha, no está totalmente recta, pero te aseguro que nació así. Y no le afecta en nada, porque no la tiene débil. Móntalo una vez. Tan bueno y fuerte como el hierro. Nunca se tropieza. Y nunca se pone a dar

brincos cuando lo montas. Es amable y listo. —Shorty acarició a su poni, que a su vez levantó una pata para volver a dársela a su amo.

Por supuesto, Balaam jamás pensó que estuviera lisiado y ahora adoptó un aire de querer creer abiertamente en las afirmaciones de Shorty en cuanto le diera una oportunidad.

—Tal vez sean necesarios dos años de trabajo en esa pata —dijo ahora.

—Será mejor que regales tu caballo, Shorty —dijo el virginiano.

—¿Es esto asunto suyo, amigo? —preguntó Balaam, y ladeó la cabeza apegada hacia el virginiano.

—Regálalo, Shorty —dijo el virginiano arrastrando las palabras—. Tiene la pata fastidiada. El señor Balaam lo dice.

El rostro de Balaam fue adoptando una expresión maligna llena de perpleja furia. Pero el virginiano miraba seriamente a Pedro. Tampoco el animal parecía muy feliz. Pero no podía interferir. Ya había traspasado la línea que permitía el código en estas cuestiones. Sin duda le hubiera gustado —por razones buenas y malas, rencor y piedad entremezclados— echar por tierra el negocio que pretendía hacer Balaam, haber ofrecido un precio razonable, o incluso no razonable, por Pedro, y haberse quedado el caballo. Pero esto no podía ser. En las apuestas, en los juegos de cartas, en todas las transacciones de caballos, un hombre debe saber valerse por sí mismo, y los observadores más avezados deben guardarse su sabiduría y mantenerse al margen.

Esa noche, Shorty volvía a tener un puro. Había vendido a Pedro por cuarenta dólares, una manta a rayas mexicana y unas espuelas. Mientras se desvestía en el barracón, dijo al virginiano:

—No tengo ninguna duda de que podré recuperar a Pedro en cuanto reúna un poco de dinero.

El virginiano gruñó. Estaba pensando en que iba a tener que cabalgar a toda prisa para que los caballos le llegaran al juez el día 30, y bajo ese pensamiento latía dolorosamente la decepción y el deseo de estar en Bear Creek.

En cuanto amaneció, Shorty se incorporó entre las mantas sobre el suelo del barracón y observó a varios hombres durmiendo acurrucados o tumbados en las camas; sus respiraciones todavía no se habían vuelto agitadas por la proximidad del día. Se dirigió a la puerta sigilosamente y vio que los mirlos arracimados comenzaban su paseo y parloteo por el barro del suelo sucio y pisoteado de los corrales. Desde el otro lado de los álamos llegaba el constante murmullo de las palomas invisibles respondiéndose, y recortándose sobre la vacía cima de la ribera del río se posaba la luna, que ya no brillaba porque se había asentado otra luz en el cielo. Pedro estaba en el prado, cerca de la valla. El vaquero cerró lentamente la puerta a sus espaldas y, tras sentarse en el escalón, sacó el dinero y lo contó, sin sentir ningún consuelo en ese momento. Luego lo volvió a guardar y arrastrando las botas cruzó hacia el prado y mantuvo una última conversación con su poni, limpiándole los trozos de barro seco de su pelaje, por donde se había frotado con la tierra, y pasando lentamente una mano

por la crin. Cuando fueron llegando los sonidos de la mañana desde los árboles y la llanura, Shorty echó la vista atrás para comprobar que no había salido nadie de la cabaña, y luego rodeó el cuello del caballo con sus brazos y apoyó la cabeza contra él. Durante un segundo, el insignificante rostro del vaquero quedó embargado por una emoción que jamás permitiría ver a nadie más. Abrazó con fuerza a aquel animal, al que amaba más que a nadie en el mundo.

—Adiós, Pedro —dijo—... adiós.

Pedro buscó un trozo de pan.

—No —dijo su amo con tristeza—, ya no más. Sabes bien que te lo daría si lo tuviera. Ni tú ni yo nos imaginábamos esto, ¿verdad, Pedro? ¡Adiós!

Volvió a abrazar a su poni y se alejó hasta la cerca del prado, pero dio la vuelta y regresó.

—Adiós, mi pequeño caballo, mi querido caballo, mi pequeño Pedro —dijo, mientras las lágrimas mojaban el cuello del caballo. Luego se las secó con la mano y regresó al barracón. Después del desayuno, él y sus pertenencias partieron hacia Drybone y Pedro, desde su pasto, calmadamente, lo observó marcharse; porque los caballos deben de advertir incluso menos que los hombres los oscuros vericuetos que pueden tomar sus destinos. El caballo dejó de comer para mirar el paso del carro del correo, pero el amo sentado en el carro evitó volver la cabeza.

XXVI

BALAAM Y PEDRO

Resignado a esperar a que recogieran los caballos del juez, Balaam entró en su despacho aquella mañana seca y soleada y leyó los nueve periódicos que se le habían acumulado; se había quedado atrasado con la lectura. Luego cabalgó hasta las acequias y se reunió con uno de sus hombres que, por fin, regresaba con los animales en disputa. Corrió a la casa y ordenó que avisaran al virginiano. Había tomado una decisión.

—Mire —dijo—, los caballos ya vienen. ¿Qué camino va a tomar para ir al rancho del juez?

—El camino más corto es a través de las montañas de Bow Leg —dijo el capataz con su suave tono de voz.

—Supongo que tiene razón. Es hora de comer. Saldremos justo después. Pararemos en el cruce de Little Muddy hacia el ocaso y el Sunk Creek mañana, y llegaremos al final del día. ¿Puede pasar un carro por el cañón del Sunk Creek?

El virginiano sonrió.

—Creo que no, señor, al menos no si quiere que siga pareciendo un carro.

Balaam ordenó que le ensillaran a Pedro y uno de los caballos de carga y que llevaran el grupo de caballos al corral y ataran los dos del juez, que resultaron ser extremadamente salvajes. Había decidido realizar él mismo ese viaje al recordar ciertas políticas que estaban a punto de entrar en vigor en Cheyenne. Porque el juez Henry, sin duda, era un hombre más influyente que Balaam.

Esta entrega en persona de los caballos recompensaría en parte la tardanza y, además, ver a algunos de los visitantes de Nueva York sería bueno para él tras siete meses sin mayor contacto con la metrópoli que el que le ofrecía el *Sunday Herald*, que llegaba al rancho del Butte Creek con ocho días de retraso.

Vadearon el Butte Creek y, tras cruzar el concurrido camino que lleva hasta Drybone, volvieron los rostros hacia el territorio inhabitado que comenzaba inmediatamente, tal como comienza el océano en una orilla de arena. Y como único mástil en el que no brilla vela alguna, destacando en el horizonte y aportando aún más soledad al mar que lo rodeaba, la larga y gris línea de la cerca que marcaba el fin del terreno de Balaam a este lado del río, a casi una milla de distancia, se extendía por la tierra baldía y añadía más desolación a la llanura. Ningún río solitario con una ribera de álamos o un bosquecillo de sauces rompía el deprimente mundo amarillo con refrescante verde, ni se divisaba ganado punteando la distancia, ni ningún otro objeto en movimiento, ni pájaros en el cielo infinito. El virginiano cerró la última cerca, miró a sus espaldas hacia los agradables árboles del rancho, y luego siguieron la marcha en fila india por el caliche en Tierra de Nadie.

No había ni una sola nube en el cielo. El adusto sol del mediodía brillaba

lúgubrementemente tanto sobre el llano como sobre las colinas. La artemisa estaba mate como el zinc. Un calor espeso se elevaba rozando el caliche seco y una bruma de calor pálida envolvía las cumbres lejanas.

Había cinco caballos. Balaam encabezaba la marcha montado en Pedro; su silueta pequeña se erguía tiesa en la silla, pero era sólida como una roca, y se inclinaba un poco hacia delante, tal como estaba habituado a hacer. Uno de los caballos del juez iba detrás, un alazán, tirando continuamente hacia atrás de la cuerda con la que estaba atado. Tras él, avanzando lentamente iba el sabio animal de carga de Balaam, que llevaba la ligera carga de alimentos y equipo para pernoctar dos días. Era una yegua vieja que podía perfectamente largarse cuando quisiera, pero que había sido entrenada durante años y se mantenía en el camino sin dar ningún problema al virginiano, que cabalgaba detrás de ella. Él también estaba sentado en la silla tan sólido como una roca y, sin embargo, inclinaba sutilmente el cuerpo con los tirones que le daba el caballo salvaje que llevaba sujeto con una cuerda, como un muelle de acero se dobla y equilibra y vuelve a su posición original.

Y así avanzaron lentamente, y cuando remontaron la última anodina elevación de tierra y recorrieron con la mirada la larga subida de tierra agrietada y reseca hasta el cruce de Little Muddy, con su único árbol y unos cuantos matorrales, la distancia última donde alcanzaba la vista se había oscurecido tornando en violeta el pálido azul constante que habían estado observando durante tantas horas, y todo el calor desapareció de aquella sequedad general. Los caballos bebieron durante un buen rato de la escasa agua amarillenta y su regusto a caliche y alta temperatura fueron igualmente bien recibidos por los hombres. Encendieron una pequeña hoguera y cuando terminaron de cenar fumaron en silencio antes de meterse bajo las mantas ya extendidas en un lugar llano cerca del agua.

Habían atado los dos caballos del juez junto a la mejor hierba que pudieron encontrar, dejando que los otros descansaran libres y encontraran el pasto por sí mismos. Cuando llegaron las primeras luces, el virginiano se puso a preparar el desayuno, mientras Balaam cabalgaba en el alazán para reunir los caballos sueltos. Habían desaparecido de su campo de visión y cuando regresó con ellos, unas dos horas más tarde, iba montado en Pedro. Pedro estaba empapado de sudor y le salía espuma roja de la boca. El virginiano vio que tuvo que ser difícil reconducir a los caballos, teniendo en cuenta que Balaam los había traído utilizando al alazán salvaje como líder.

—Si hubiera seguido cabalgando al alazán en lugar de andar cambiando de caballo, se habrían comportado mejor —dijo el capataz.

—Un consejo de lo más oportuno —dijo Balaam, sarcásticamente—. Yo mismo hubiera podido decirlo ahora mismo.

—Yo podría habérselo dicho antes de partir —dijo el virginiano mientras calentaba el café para Balaam.

Balaam abundó sobre el intolerable comportamiento de los caballos. Había dado

con ellos obviamente de regreso en el Butte Creek, con la vieja yegua liderándolos.

—Pero pronto le mostré el camino por el que tenía que ir —dijo, mientras los conducía a la orilla del río.

El virginiano advirtió una leve cojera en la yegua y observó que tenía la cuartilla golpeada, como si le hubieran dado una pedrada o una patada con el tacón de una bota.

—Supongo que la yegua no tiene ninguna prisa en viajar excepto cuando se le ordena —continuó Balaam. Se sentó y con gesto resentido se sirvió un poco de café—. Tendremos suerte si llegamos al Sunk Creek esta noche.

Continuó desayunando, pensando en voz alta para beneficio de su compañero, que no hizo ningún comentario, prefiriendo el silencio a la incomodidad de hablar con un hombre cuyo humor vengativo siempre destacaba por encima de todo. Ni siquiera escuchaba con atención, y continuó con los preparativos para partir, lavando platos, enrollando mantas y moviéndose con su habitual ánimo relajado y afable.

—Ya son las seis en punto —dijo Balaam al tiempo que ensillaba los caballos—. Y no partiremos al menos hasta dentro de diez minutos. —Luego, se acercó a Pedro—. Así que aún no has dejado de hacer el tonto, ¿eh? —exclamó, y el poni se encogió cuando él levantó la brida—. ¡Toma, eso para que no te duela! —y le metió el bocado con fuerza en la boca, tras lo cual Pedro dio un tirón hacia atrás y reculó.

—Vaya, jamás había visto a Pedro actuar de esa manera —dijo el virginiano.

—¡Ah, tonterías! —dijo Balaam—. Todos son iguales. No hay ni uno solo de estos bastardos que no aprovechen la mínima oportunidad para jugártela. Algunos te tiran corcoveando, otros caen rodando contigo y algunos incluso te atacan con las patas delanteras. Puede que finjan ser buenos durante un año, pero el poni del oeste es enemigo del hombre, y en cuanto vea la ocasión te la jugará. Y si sales vivo de esa no será gracias a él. —Balaam se calló durante un rato mientras preparaba los fardos y los cargaba—. Uno tiene que hacer que le teman —y siguió—: eso es lo que tienes que hacer si no quieres problemas. Ese caballo Pedro ha sido alimentado con la mano, y lo han mimado como un maldito perrillo faldero, ¿y de qué ha servido esa táctica? Pues para que se ponga hecho una furia cuando cree que ha llegado la ocasión y decide que no va a conducir a ninguno de estos caballos hasta el campamento esta mañana. Pero ahora ya ha aprendido la lección.

—Señor Balaam —dijo el virginiano—, quiero que me venda ese caballo ahora mismo.

Balaam sacudió la cabeza.

—No voy hacerlo ni ahora mismo ni en ningún otro momento —dijo—. Resulta que lo quiero.

El virginiano no pudo hacer nada más. Había oído decir a algunos vaqueros cuando intentaban enseñar a sus obstinados caballos: «¡O te quedas quieto, o te hago un Balaam!», y era ahora cuando entendía lo acertado de esa expresión.

Mientras tanto, Balaam dirigió a Pedro hacia el río para que bebiera por última

vez antes de atravesar aquel tórrido secarral. El caballo se resistió levemente y Balaam se giró y le lanzó el látigo a la frente. Siguió un forcejeo hacia delante y hacia atrás, mientras el virginiano, ya montado, esperaba. Pasaban los minutos y no estaban más cerca de Sunk Creek.

—No va a seguirle mientras continúe golpeándole la cabeza —dijo por fin el sureño.

—¿Acaso cree que puede enseñarme algo sobre caballos? —replicó Balaam.

—Bueno, no parece que vaya a lograrlo —dijo el virginiano, perezosamente.

—Entonces, no lo intente, porque no es su caballo, amigo.

De nuevo, el sureño clavó la mirada en Balaam.

—De acuerdo —dijo, con el mismo tono suave—. Y no me llame amigo. Ya se ha equivocado dos veces.

El camino no ofrecía sombra donde resguardarse, como desde un principio, y la marcha era lenta. Durante las primeras horas, cualquier frescor se desvaneció de la cristalina mañana y otro día de sol infinito recubrió el mundo con su fulgor. La pálida sierra de Bow Leg iba acercándose, pero sus duras y abrasadoras pendientes y cañones no sugerían ninguna frescura y los pinos que se extendían vastas millas por las laderas cerca de la cima no aliviaban el calor en la distancia y el fulgor omnipresente, tan solo parecían trozos de desvaída y seca decoloración. Los dos viajeros no intercambiaron ni una sola palabra, porque el vaquero no tenía nada que decir y Balaam estaba malhumorado, así que avanzaron aguantando en silencio la compañía del otro y el tedio del viaje.

Pero la lenta sucesión de subidas y bajadas de la llanura cambió y fue haciéndose más rápida. La superficie de la tierra se hizo abrupta y se elevaba en lomas y cadenas de empinadas y pequeñas colinas separadas por quebradas secas y arenosas por donde el agua discurría en primavera durante el deshielo. Más tarde, ascendieron atravesando el cañón entre colinas hasta que la llanura a sus pies quedó oculta durante un tiempo, pero volvió a aparecer de nuevo en toda su amplitud, lejana y como algo del pasado, mientras unas urracas descendían planeando para recibirlos desde el nuevo territorio al que ahora llegaban. Pasaron a través de un pequeño bosque de árboles secos, desnudos y blancos, y un poco más arriba apareció una fina capa de vaho que atravesaba el camino y formaba una laguna entre los bosquecillos de sauces. Se desviaron a un lado para que los caballos bebieran. Cerca del lago encontraron un círculo de cenizas y algunos palos alrededor, y junto a estos en el suelo había algo parecido a una jaula hecha de varas de sauce.

—Un campamento indio —comentó el virginiano.

Se veían las pisadas de cinco o seis caballos al otro lado del lago y no se dirigían al camino, sino que se alejaban entre las rocas siguiendo su propia senda.

—Son de una semana —dijo Balaam—. Es parte de esa partida que ha estado cazando.

—Han ido a visitar a sus amigos —añadió el vaquero.

—Sí, a la Reserva del Sur. ¿A cuánta distancia calcula que está ahora Sunk Creek de aquí?

—Bueno —dijo el virginiano, haciendo cálculos—, habrá unas cuarenta millas desde Muddy Crossin', y supongo que ya hemos recorrido dieciocho.

—Aproximadamente. Ya es mediodía. —Balaam cerró con un chasquido el reloj—. Descansaremos aquí hasta las 12:30.

Cuando llegó la hora de retomar la ruta, el virginiano miró pensativamente hacia las montañas.

—Tendremos que viajar ligeros y con cabeza si queremos atravesar el cañón esta noche —dijo.

—Le diré lo que haremos —dijo Balaam—; ataremos los caballos del juez juntos y los conduciremos delante de nosotros. Eso nos permitirá ir más rápido.

—Pero, entonces, podrían escaparse —comentó el virginiano—. Están demasiado asilvestrados.

—Bueno, no pueden separarse mucho de mí —dijo Balaam, y se dispuso de la manera que había sugerido—. Somos los primeros en pasar por esta ruta esta estación —afirmó finalmente.

Su compañero ya había examinado el terreno y asintió. No había huellas por ninguna parte sobre las que el invierno no se hubiera posado y marchado desde que quedaran marcadas. Finalmente, el camino penetró en una sofocante quebrada que bordeaba las colinas ardientes y parecía atraer los rayos del sol que caían allí a plomo. El caballo alazán eligió ese lugar para intentar escapar hacia su libertad. De repente, se desvió del camino arrastrando con él a sus compañeros menos aventureros. Dejando al virginiano con la vieja yegua, Balaam los interceptó gracias a la rapidez de Pedro; los fugitivos bajaron saltando por la ribera juntos, pero rápidamente cruzaron a la otra orilla y escalaron la ladera a mucha más altura que antes. No era un terreno muy seguro para practicar ese tipo de juegos; las paredes de la quebrada estaban surcadas por profundos canales, plagados de prominentes afloramientos de roca e intransitables por chaparros y retorcidos pinos que brotaban de las raíces horizontalmente sobre la pendiente de la colina. El virginiano le ayudó, pero usó su caballo con más juicio, manteniéndose lo más cerca posible y esforzándose por anticiparse al siguiente movimiento de los escapados, mientras Balaam intentaba seguirlos de cerca atajando cuando estos cambiaban el rumbo y escalaban lentamente por la pared de la pendiente, para girar de nuevo y bajar hasta el punto de partida. En cuanto notaba que Pedro empezaba a flaquear, clavaba las espuelas en el caballo y le forzaba a mantener el paso. Se había propuesto dar alcance y capturar en la ladera del monte a aquellos dos animales que habían estado trotando libres durante muchas semanas y que ahora no portaban más peso que el de sus cuerpos, pero su creciente y pertinaz mal genio no le permitía darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Se había empeñado en no darse por vencido. El virginiano había decidido avanzar lentamente en un primer momento, evitando así que los

caballos salvajes volvieran a atravesar la quebrada y, a un mismo tiempo, ahorrando una innecesaria fatiga a su propia montura. Vio que Pedro estaba empapado de sudor, con la boca abierta y que tropezaba constantemente, aunque seguía galopando. El vaquero mantenía al grupo de caballos en su campo de visión y llevaba al caballo de carga delante de él mientras observaba las tácticas del alazán, que ahora sin duda se había convertido en el líder de la expedición y estaba en la parte superior de la quebrada, intentando en vano encontrar una salida a través de la rocosa ladera hacia las alturas. Pronto consideró que no era un camino transitable y, tras cambiar de planes, trotó ladera abajo hasta los pies de la quebrada y volvió a subir por el otro lado; porque en este nuevo descenso Pedro se había caído en dos ocasiones. Luego, el alazán mostró la astucia de un caballo realmente salvaje. El virginiano vio cómo se paraba y cómo comenzaba a cocear a continuación a su compañero con toda la energía que la sogá corta que los unía le permitía. La sogá se soltó y ambos, liberados, llegaron a la cima y desaparecieron. Tras dejar el caballo de carga al cuidado de Balaam, el virginiano comenzó a perseguirlos y llegó hasta una meseta desde la que arrancaban de verdad las montañas. Los fugitivos avanzaban hacia estas a trote rápido. Los siguió durante un rato, pero entonces, al echar la vista atrás y no ver rastro de Balaam, esperó, porque sin duda los caballos no avanzarían muy rápido en cuanto encontraran un buen pasto o agua.

Bajó de la silla y se sentó en tierra, observándolos, hasta que vio aparecer a la yegua y a Balaam tras ella. Cuando ya estuvieron cerca, Balaam desmontó y golpeó a Pedro terriblemente, hasta que el palo se rompió. Entonces, el rancharo levantó la mitad astillada para continuar con la paliza.

Al ver al poni en tales condiciones, el virginiano dijo:

—Yo que usted dejaría a ese caballo en paz.

Balaam se volvió hacia él, pero totalmente poseído por la furia, no parecía oírle, y el sureño advirtió la lividez de su rostro que parecía el de un maniaco. Dejó caer el palo al suelo.

—Fingió estar cansado —dijo Balaam, mirando al virginiano con los ojos vidriosos. La violencia de su ira le afectaba físicamente, como si hubiera enfermado—. Me la jugó adrede —dijo con voz áspera y aguda—. Ahora está descansado —continuó, y se volvió de nuevo hacia el caballo que se tambaleaba y tosía con los ojos cerrados.

Sin el palo, agarró la cabeza inerte del animal y la sacudió. El virginiano lo observó unos segundos y luego se levantó decidido a parar aquel espectáculo. Entonces, como si fuera consciente de que no estaba causando ningún daño real al animal, Balaam paró y, volviéndose de nuevo lentamente, miró hacia las alturas donde todavía se podía ver a los fugitivos.

—Tendré que llevarme su caballo —dijo—, el mío me la ha jugado.

—Usted no va a tocar a mi caballo.

De nuevo, Balaam no pareció captar del todo el significado de las palabras, tan

embotados tenía sus sentidos por la ira que lo invadía. No respondió, simplemente se montó de nuevo en Pedro y el poni tambaleante avanzó mecánicamente, mientras el virginiano, atónito, continuaba mirándole. Balaam no parecía seguir un rumbo fijo y se detuvo unos segundos. De repente, comenzó a afanarse en algo. Esta visión resultaba extraña y nueva. Durante unos segundos, el virginiano no entendía lo que estaba sucediendo. Pero entonces su mente captó el horror, demasiado tarde. A pesar de su imprecación y el salto de tigre que dio para detener a Balaam, la monstruosidad ya se había consumado. Pedro se desplomó inerte, dejando caer la cabeza sobre la tierra. Balaam se quedó atrapado bajo él. El hombre logró ponerse de pie antes de que el virginiano llegara y el caballo levantó la cabeza y la volvió lastimeramente.

Entonces, la venganza, como una explosión, abatió a Balaam. El virginiano lo derribó, lo levantó y volvió a lanzarlo al suelo, lo levantó y le golpeó la cara propinándole un puñetazo en la mandíbula. Los forcejeos de buey recio del rancho no le sirvieron de nada. Se protegió los ojos lo mejor que pudo para evitar los mazazos justicieros. Echó mano ciegamente de su pistola. El sureño le agarró el brazo, se lo aplastó y se lo dobló por detrás. El rancho creyó oír sus propios huesos crujiendo y dejó escapar un terrible grito de odio y dolor. Entonces, por fin desenfundó el arma, pero el virginiano la aplastó junto a la mano que la empuñaba contra la tierra. De nuevo, el vaquero levantó al individuo y lo lanzó contra la silla de montar de Pedro y el barro húmedo y sucio.

La venganza llegó y pasó. El hombre y el caballo estaban inmóviles. A su alrededor, el silencio pareció arremolinarse como un testigo mudo.

—Si está muerto —dijo el virginiano—, me alegro.

Se quedó mirando a Balaam y a Pedro, tendidos en medio de la meseta. Luego vio a Balaam mirándole. Tenía su silenciosa mirada puesta en él, pero no reflejaba ningún pensamiento o sentimiento en ella, tan solo el sentido visual, y dicha disociación de su propio yo resultaba casi aterradora. Pero mientras observaba aquellos ojos, el yo regresó a ellos.

—No le he matado —dijo el virginiano—. Bueno, no pienso hacerle nada más... si eso le consuela.

A continuación, se puso a atender a Balaam con una fría profesionalidad, como si le hubieran contratado para tal fin.

—No está gravemente herido —afirmó en voz alta, como si el hombre fuera un paciente sin nombre, y luego dirigiéndose a Balaam dijo—: supongo que habría dejado fuera de combate durante un buen rato a un hombre menos duro que usted. Voy a por un poco de agua.

Cuando regresó con el agua, Balaam estaba sentado y mirando a su alrededor. Todavía no había hablado, ni tampoco habló ahora. La luz del sol se reflejó en el revólver y el virginiano lo cogió.

—No está en tan buenas condiciones como estaba —comentó al tiempo que examinaba el arma—. Pero todavía se le puede dar buen uso.

Pedro estaba recobrando poco a poco las fuerzas. Era un caballo joven y ni el agotamiento por el dolor ni el largo viaje eran suficientes para afectarle gravemente durante mucho tiempo. Se puso de pie, avanzó tambaleante hacia la vieja yegua y permaneció junto a ella para recibir consuelo. El vaquero se acercó al animal y Pedro, tras recular ligeramente, pareció comprender que estaba en buenas manos. Estaba claro que pronto podría viajar a paso lento si no se le cargaba con peso y que volvería a ser una buena montura.

Tanto si abandonaban a los fugitivos a su suerte como si no, no habría manera de permanecer allí a pernoctar para darles alcance sin comida o agua. El sol todavía estaba alto y el virginiano no sabía qué podrían depararles las próximas horas de luz, así que dejó que pasaran, y mientras tanto decidió que se pondría al mando de momento y mantendría la postura que había adoptado tanto con relación a Balaam como a Pedro. Retiró la silla de montar de Pedro, retiró los fardos de la yegua y los dejó en el suelo, ensilló la yegua con la silla de Balaam y sobre esta ató los fardos originales, ya que eran bastante ligeros. Luego se acercó a Balaam, que aún estaba sentado.

—Me imagino que usted puede cabalgar —dijo—. Y su caballo también. Si va a venir conmigo, cabalgará en su yegua. Yo tiraré de esos caballos. Si no va a venir, su caballo se viene conmigo y tendrá que aceptar cincuenta dólares por él.

Balaam se mostró indiferente ante tan buena oferta. No miró al sureño, ni habló, simplemente se levantó y echó una mirada a su alrededor. El virginiano también mostró su indiferencia en cuanto a si Balaam contestaba o no. Al ver que Balaam buscaba algo con la mirada clavada en el suelo, terminó de decir lo que debía.

—Tengo su revólver y se lo devolveré cuando yo decida que lo tenga. Ahora, me voy —terminó.

La mente de Balaam ya estaba lo suficientemente clara y comprendió que, aunque el resto del viaje iba a ser casi insoportable, debía continuar. Miró al impassible vaquero mientras se preparaba para marcharse y ataba una cuerda al cuello de Pedro para tirar de él, luego miró a las montañas donde los caballos fugitivos habían desaparecido y le pareció increíble haber acabado en tal tesitura. El virginiano le ayudó a subir rígidamente en la yegua y los tres caballos en fila india retomaron el viaje una vez más, avanzando lentamente entre las montañas. El desierto eterno terminó y cruzaron un pequeño arroyo donde perdieron el rastro. El virginiano desmontó para averiguar por dónde se habían desviado los caballos y descubrió que se habían dirigido directamente al risco junto al arroyo.

—Un hombre ha acampado aquí hace menos de un mes —dijo, dando una patada a un retal de franela.

—Un hombre blanco y dos caballos. Los nuestros han regresado a la antigua ruta.

A Balaam todavía no le resultaba fácil hablar, y guardó silencio. Pero recordó que Shorty había comentado algo sobre un trampero que partió hacia Sunk Creek.

Durante tres horas siguieron la ruta de los fugitivos por un terreno más blando, y

mientras ascendían de forma gradual por fin cruzaron uno o dos manantiales donde el barro todavía no se había secado alrededor de las huellas de los cascos. Después atravesaron uno de los límites de un pinar y bajaron por una empinada ladera entre álamos temblones hasta llegar a un prado verde. Allí los caballos fugitivos comían pasto plácidamente junto a un arroyo, pero advirtieron la llegada de los hombres y volvieron a salir al galope siguiendo el curso del río. De momento, lo único que debían hacer era mantenerlos al alcance de la vista. Aquel arroyo recibía las aguas de varios afluentes y se ensanchaba creando así su propio valle. Por encima del lecho, bordeando el primer bancale de la cresta de la colina, comenzaba el pinar que se extendía ininterrumpido por la cumbre y la cuenca intermedias para acabar donde presidían los picos más altos.

—Esta de aquí es la bifurcación media del Sunk Creek —informó el virginiano—. Retomaremos el camino correcto donde se juntan las aguas.

Pronto apareció un paso de animales junto al arroyo. Si continuaba, los fugitivos sin duda lo seguirían hasta el cañón. En ese caso ya no les quedaría más remedio que continuar y salir del cañón en su propio territorio, desde donde terminarían llegando al rancho del juez por voluntad propia. Lo más importante era llegar al cañón antes de que oscureciera. Entraron en una penumbra permanente, porque, aunque en la otra orilla del arroyo brillaba el sol a plena luz, este se había ocultado tras las crestas bajo las cuales avanzaban los hombres ahora. El frescor invadió el aire y el silencio, que en aquel valle profundo invadido por las sombras se hacía demasiado denso, se aliviaba por el sonido de los pájaros. No eran pájaros cantores, sino una extraña bandada de observadores parlanchines que llegaron llamando y graznando en los pinos mientras inspeccionaban el desfile, acompañándolo durante un rato y luego volando de regreso al bosque. Los viajeros doblaron una curva en un pequeño terreno pantanoso y desde algún lugar en medio de aquel paraje salió volando un águila ratonera que planeó con las negras alas desplegadas en el aire, trazando círculos una y otra vez, pero no se alejó. Mientras planeaba sobre el camino, algo cayó de una de sus garras; un trozo de franela roja, y ambos hombres lo observaron mientras sus caballos avanzaban.

—Me pregunto si hay muchos alces y ciervos por aquí —dijo el virginiano.

—Supongo que sí —contestó Balaam, que por fin habló.

Los viajeros se habían reconciliado extrañamente.

—Hay caza casi por todos estos montes —continuó el virginiano—; el territorio todavía no ha sido tomado por los colonos el tiempo suficiente para espantarla.

Y de esta manera iniciaron una conversación intrascendente y por primera vez se alegraron de la compañía del otro.

El sonido de un ave nueva sonó por encima de sus voces entre los pinos —el ulular de un búho—, que a su vez recibió una respuesta desde otro lado del bosque. Los hombres en un principio no repararon en ello, pero pronto oyeron el mismo sonido, inesperadamente lejano, como un eco. La senda de animales, que ahora era un

camino bien definido que transcurría junto al río, no parecía cambiar su curso o desaparecer, como ocurre con estas rutas inciertas con bastante frecuencia. Los llevaba con paso firme en la dirección deseada y los dos hombres se sintieron aliviados al ver que continuaba. De esta manera, no solo sería más fácil seguir el rastro de los caballos fugitivos, sino que además podrían hacerlo a más velocidad por aquel valle. La abrumadora inminencia de la noche hizo desaparecer el cielo de la tarde poco a poco, aunque todavía no se divisaba el crepúsculo en terreno abierto, y los altos picos frente a ellos resplandecían aún amarillos por los rayos del sol ya invisible. Pero ahora los búhos volvieron a ulular. Sus cantos tenían algo que hizo que tanto el virginiano como Balaam levantaran la mirada a los pinos y desearan ya que aquel valle terminara. Quizás era aún demasiado pronto para empezar a oír aves nocturnas, o quizás era el hecho de que el sonido siempre parecía seguir sus pasos y se mantenía junto a ellos entre los árboles de la parte alta mientras avanzaban sin pausa por el valle; algo hizo que el rostro de los viajeros adoptara una expresión grave. El mal agüero que el vuelo en círculos del halcón ratonero había iniciado, se acrecentó a medida que transcurría la noche, mientras de vez en cuando, junto al río, la peculiar llamada y respuesta de los búhos flotaba entre la oscuridad de los árboles.

El sol había desaparecido bajo las cumbres cuando por fin se abrió ante ellos el otro extremo del río, que ahora se ensanchaba en una larga y ancha pradera. El rastro que seguían tras cruzar un bosquecillo de sauces junto al agua daba paso ahora a un denso pinar, que por primera vez alcanzaba allí hasta la orilla del agua. Los dos hombres dejaron atrás los sauces, cuando vieron a los caprichosos fugitivos abandonando la pradera, subiendo por la colina y entrando en el denso bosque.

—Debemos detenerlos —dijo el virginiano, y a continuación dejó caer la cuerda de Pedro—. Ahí tiene su revólver. No se aparte del camino y acampe por aquí —señaló donde los árboles llegaban hasta la orilla del río—... hasta que desvíe a los caballos. Puede que tarde un poco en regresar.

Marchó al galope por la colina y entró en el pinar por donde los animales rebeldes habían desaparecido.

Balaam desmontó y, tras desenfundar el revólver, tomó la cuerda de Pedro y lo condujo lentamente hacia el linde del bosque. En el interior de este ya reinaba la penumbra y Balaam pensó que aquel debía de ser el lugar donde pernoctarían, ya que no había manera de saber la amplitud de aquella franja de pinos antes de llegar a su límite y a otro terreno apropiado para acampar. Pedro había recuperado fuerzas y ahora se mostraba inquieto. Reculaba ante una simple piedra en el camino y finalmente giró en redondo. Balaam pensó que iba a echar a correr por donde habían venido, pero el caballo se quedó inmóvil respirando agitadamente. Volvió a espolearlo para que avanzara, pero el animal se dio la vuelta más de una vez. Cuando se encontraban a unos pocos pasos del bosque y Balaam desmontó para preparar el campamento, el caballo bufó y corrió hacia el agua, y al llegar allí se quedó inmóvil. Balaam, perplejo, le siguió para traerlo de vuelta, pero Pedro parecía estar a punto de

perder el control y se lanzó al río con la intención evidente de cruzarlo. Temiendo que escapara al prado de la otra orilla añadiendo así más problemas a los que ya tenían, Balaam desenfundó el revólver en un intento por detenerlo y disparó justo delante del caballo, descubriendo con el fulgor de la detonación el misterio que se ocultaba allí... allí estaban los indios, pero ya era demasiado tarde. Su mano herida estaba agarrotada y falló el tiro; entonces vio que Pedro se lanzaba al agua, luego se levantaba y salía a duras penas a la orilla opuesta, hacia donde corrió él también para descubrir que le había roto la pata al poni.

No necesitaba ningún intérprete para entender los sonidos de lo que parecían ser búhos y que les habían estado acechando durante la última hora de su viaje, y comprendió que el aguzado instinto del animal había percibido la destrucción que les aguardaba en el interior del bosque. La historia del trampero cuyo caballo regresó sin él podría haber sido —y todavía podría ser— la suya propia; y entonces le vino a la mente el trozo de tela que había caído de las garras del halcón cuando le espantaron mientras se daba un festín en el pantano. Esos «pacíficos» indios seguían en las montañas y algunos de ellos, durante la última hora, habían estado siguiéndoles a escondidas, y ahora lo aguardaban en el bosque esperando que entrara. Habían tenido mucho cuidado de no usar los rifles o de dejarse ver, no fuera que aquellos viajeros formaran parte de una cuadrilla más grande que les seguía y que podría oír el estallido de un disparo y atraparlos cuando estuvieran a punto de asesinarlos. Así pues, al resguardo de los pinos, aquellos salvajes habían planeado echar su silencioso cebo y separar al hombre blanco de su caballo mientras avanzaba entre los árboles.

Balaam echó un vistazo a la orilla opuesta del río, hacia el lúgubre bosque, y luego miró a Pedro, el caballo al que en un primer momento había lisiado y ahora había arruinado por completo, y al que probablemente debía la vida. Estaba tumbado en el suelo, mirando en silencio el verde prado, donde las sombras se arremolinaban. Tal vez todavía no le dolía la herida, allí en tierra, y a su cerebro animal probablemente se le escapaba que aquel era el golpe final de su destino. En cualquier caso, no emitió ni un solo gemido y su amigable y suave mirada siguió fija en la pradera. Una vez más, Balaam disparó el arma y en esta ocasión dio de pleno en la diana y el caballo rodó sobre un costado cuando la bala le atravesó el cerebro. Era el mejor premio que podía recibir.

Entonces Balaam regresó junto a la vieja yegua y se apartó de la bifurcación media del Sunk Creek. Corrió por el ancho campo, remontó la ribera y se abrió camino de noche hasta que llegó al viejo sendero... el camino que nunca debería haber abandonado si no hubiera sido por su maldita obstinación. Retiró la silla de la yegua cansada junto al Sunk Creek, donde comenzaba el cañón y dejó que arrastrara la cuerda y encontrara pasto y agua, mientras él, sin encender ningún fuego que lo delatara, se agachó bajo un árbol hasta que llegó la luz. Pensó en el virginiano allá en el bosque. Pero ¿qué podrían haber hecho el uno por el otro si el sureño se hubiera quedado para buscarle entre los pinos? Si el vaquero regresaba a la bifurcación,

¿seguiría las huellas de Balaam o no? En todo caso, se encontrarían donde los afluentes se unían.

Pero no se encontraron. Y entonces, la idea de continuar el camino hasta el rancho de Sunk Creek se le hizo insoportable. Llegar de esa manera, y sin los caballos, para encontrarse con el juez Henry y conocer a sus invitados, con el aspecto que ahora presentaba tras el castigo que le había infligido el virginiano; tener que informar acerca del hombre favorito del juez... No, ¿cómo iba a poder contar una historia así? Balaam avanzó solo hasta encontrar una cabaña, donde se echó a dormir, y donde escribió una carta al juez, la cual fue entregada a su destinatario por el propietario de la cabaña. Y así, tras comunicar los acontecimientos que provocarían que se iniciara la búsqueda inmediata del virginiano, y tras haber escrito las excusas que dieran a entender al juez que había caído enfermo y no deseaba ser una carga en Sunk Creek, Balaam dio media vuelta y tomó el camino a casa en solitario. Para cuando regresó a Butte Creek, su desastrosa apariencia no resultaba tan evidente. ¡Y allí estaba Shorty, esperándole!

De una manera u otra, el perro abandonado había sido capaz de reunir cierta cantidad de dinero. Estaba contento por tener la billetera llena.

—Ya ves que he venido —dijo—. Porque cuando te lo vendí tenía intención de recuperar a Pedro en cuanto pudiera.

—Pues llegas tarde, Shorty —dijo Balaam.

Shorty le miró con expresión vacía.

—Pero no puedes haber vendido a Pedro —exclamó.

—Los indios —dijo Balaam— me persiguieron en la ruta de Bow Leg. Me persiguieron a mí y al virginiano. Pero no lograron atraparme.

Balaam meneó la cabeza afebrada en un gesto que implicaba que su escapada se debía a su inteligencia superior. El virginiano había sido estúpido y por ello los indios le habían atrapado.

—Y dispararon a tu caballo —acabó Balaam—. Quédate a cenar con los chicos.

Tras la cena, Shorty se marchó con el corazón roto. Porque había estado seguro de que volvería a montar y a hablar con Pedro, su amigo, al que había enseñado a saludar con las patas.

XXVII

LA ABUELA STARK

A excepción de la silla y la cama, la cabaña estaba casi vacía. En esa sensación de vacío de estantes, paredes y suelo desmantelados, solo la diminuta antepasada seguía colgada en su lugar; el último vestigio del hogar que aquella cabaña había sido. Ese retrato en miniatura, clavado en las paredes desnudas, y su descendiente, la joven enojada con la mano posada sobre la tapa de una caja, formaban una especie de pareja en soledad: la de la pared, dulce y serena, y la que estaba junto a la caja, dulce y atormentada. El retrato era su último tesoro, esperando a ser embalado para el viaje. En todas las estancias que en alguna ocasión consideró suyas desde que era una niña, el retrato también la había acompañado y la había observado, ni demasiado confiada ni demasiado sonriente, pero delicada en sus acicaladas tonalidades coloniales, como una flor prensada. Su pálido óvalo, de color azul, rosado y rubio, en un bello aunque maltrecho marco dorado, impregnaba cualquier estancia con algo parecido a la lavanda del año anterior. Hasta ayer, un tocado de guerra de los indios crow había colgado junto al retrato, una exuberante cascada de plumas; al otro lado, había colgado un arco con flechas; enfrente, la piel de un zorro plateado; sobre la puerta se desplegaban los cuernos de un ciervo de cola negra y una piel de oso extendida bajo estos. Así había estado decorada la acogedora cabaña, pródiga en trofeos de la frontera y, sin embargo, los visitantes siempre se detenían frente al retrato en miniatura.

Silenciosamente resplandeciente ahora en la negrura de la cabaña de aquel día de verano, la reliquia presidía aquella estancia hasta el final. Y cuando los ojos de Molly Wood se posaron en su antepasada de Bennington, 1777, un destello acerado se reflejó en ellos, sola allí en la habitación que iba a abandonar para siempre. No daría más clases en la escuela de Bear Creek, Wyoming; regresaba a su hogar en Bennington, Vermont. Cuando comenzara el nuevo curso escolar, habría una nueva maestra.

Ese era el resultado trascendental de la última visita del virginiano. Él le había dicho que pronto regresaría para disfrutar de aquella hora. Y desde ese momento, ella había decidido escapar. Huía de su propio corazón. No se atrevía a confiar en sí misma si se encontraba de nuevo cara a cara con su poderoso e indomable amado. Ella lo deseaba y, por ello, no volvería a verle. ¡Ninguna tía abuela de Dunbarton, ni ninguno de sus conocidos o familiares debía decir jamás que se había casado por debajo de su estatus social o que no había sido una digna Stark! Así pues, escribió al virginiano para despedirse de él y transmitirle sus mejores deseos. Como era consciente de que le estaba arrebatando todo lo que para él importaba en el mundo, no le resultó nada fácil escribir aquella carta. Pero se expresó con palabras amables. Sí, era una misiva profundamente amable. Y todo por culpa de aquella visita rápida,

cuando él le devolvió dos de sus novelas, *Emma* y *Orgullo y Prejuicio*.

—¿Le han gustado? —preguntó ella, y él le sonrió lentamente. Entonces ella exclamó—: ¡No las ha leído!

—No.

—Y ahora me dirá que no ha tenido tiempo.

—No.

Entonces, Molly regañó a su vaquero y él la escuchó sin disimular su placer mientras escuchaba atentamente cada una de las palabras que ella pronunciaba.

—Vaya, creo que he llegado demasiado tarde —dijo cuando terminó de reñirle—. Supongo que si yo fuera uno de sus pequeños escolares de Bear Creek podría enseñarme a apreciar tales florituras. Pero tan solo soy un hombre ignorante.

—¡Pues peor para usted! —dijo Molly.

—No. Me alegro mucho de ser un hombre. De no ser así, jamás habría aprendido las cosas que me ha enseñado.

Pero ella apretó los labios y apartó la mirada. En el escritorio había una carta de Vermont. «Si no me comunicas de inmediato tu decisión», había escrito la picara autora de la carta, «no esperes que vuelva a dirigirte la palabra. Mary Wood, en serio, tengo muchas sospechas. ¿Por qué últimamente no lo mencionas nunca? ¡Qué emoción si trajeras a un vaquero en carne y hueso hasta Bennington! Todos iríamos a cenar. Aunque, por supuesto, ahora comprendo que muchos de ellos muestran unos modales excelentes. Pero ¿se sentaría a la mesa con la pistola?». Y así continuaba la carta. Informaba sobre los últimos cotilleos y bromas en el hogar. Al responderle, Molly Wood hizo caso omiso al tono infantil de la misiva.

—Tome, las flores de cactus que quería —dijo el virginiano. Su voz hizo que la joven casi diera un respingo—. He traído también un buen caballo que he domado para usted, y Taylor lo tendrá aquí hasta que lo necesite.

—¡Muchísimas gracias! Pero preferiría...

—Supongo que no puede prohibirme que preste un caballo a Taylor. Además, sin duda enfermará dando clases si no sale un poco al campo. Adiós... hasta la próxima.

—Sí, siempre hay una próxima vez —respondió ella, con un tono tan desenfadado como pudo.

—Siempre la habrá. ¿Es que no lo sabe ya?

Ella no respondió.

—En ocasiones me he sentido desanimado —continuó él—, pero lo he superado. Le dije que me amaría. Le enseñaré a amarme como usted me ha enseñado a amarla. No le estoy pidiendo nada ahora; no quiero que me diga ni una sola palabra. Pero no me daré por vencido hasta que «la próxima vez» ya no exista, y sea «todo el tiempo» para usted y para mí.

Tras decir esto, se marchó cabalgando sin tan siquiera tocar su mano. Mucho tiempo después de que él partiera ella siguió sentada en la silla y su mirada se detuvo en las flores amarillas que él le había llevado, ese ramillete de flores de chumbera.

Por fin, se levantó impaciente, cogió las flores, se dirigió con ellas a la ventana abierta... y luego las colocó cuidadosamente en un jarrón de agua.

Pero ahora Bear Creek se había acabado. Iba a regresar a su casa. A finales de esa semana partiría. Para cuando el correo entregara la carta de despedida al sureño, ella ya se habría ido. Había tomado una decisión.

Para Bear Creek, sus habitantes amables, amistosos y confundidos, esta decisión llegó de una forma inesperada y les produjo pesar. Tan solo unas palabras de reproche le llegaron a Molly, y fueron las que le dirigió su vecina y amiga más querida. La joven había entrado y salido de la casa de la señora Taylor como si fuera una hija, y la dama abordó el tema de la siguiente manera:

—Cuando acepté casarme con Taylor —dijo, sentada mientras Robert Browning y Jane Austen eran depositados en su caja—, me casé por amor.

—¿Habrías preferido casarte por dinero? —preguntó Molly, agachada mientras seguía guardando cosas.

—Nos conoces a los dos lo suficiente para pensar eso, niña.

—Conozco a personas en mi ciudad natal que no serían capaces de casarse por ninguna otra razón. Y parecían bastante satisfechas con su decisión.

—¡Tal vez a esas pobres ignorantes les bastara con eso!

—Y por eso nunca he estado segura de qué podría elegir yo.

—Sí, estás segura, querida. ¿Es que crees que no te conozco? Cuando le entra algún ataque a Taylor y me dice que soy lo mejor que tiene en la vida, y yo le digo que él no solo es lo mejor, sino lo único que tengo en mi vida —él y los niños—, vaya, los dos estamos de acuerdo en que volveríamos a hacer lo mismo otra vez si tuviéramos la oportunidad.

Molly continuó con sus tareas.

—Y por eso —dijo la señora Taylor— quiero que cualquier joven dama a la que quiero sepa apreciar la suerte que tiene cuando se presenta. ¡Porque yo estuve a punto de rechazar a Taylor!

—Si alguna vez tengo esa suerte —dijo Molly, de espaldas a su amiga—, le daré el «Sí, quiero» de inmediato.

—Entonces lo darás en Bennington la próxima semana.

Molly se dio media vuelta.

—Caramba, sin duda lo harás. ¿O es que piensas que él se va a quedar aquí sabiendo que tú estás en Bennington?

Tras lo cual, la defensora se reclinó sobre el respaldo de la silla.

—¿Él? ¡Dios mío! ¿Quién es él?

—Niña, niña, hoy hablas así de airada porque estás fuera de tus casillas. Llevas así desde que se te metió la idea de dejar la escuela y a nosotros y todo lo demás de esta forma tan innecesaria. No te has portado bien con él. Y, caramba, no entiendo nada. ¿Qué has averiguado ahora de repente? Si él no era lo suficientemente bueno para ti, yo... Pero, oh, estás rechazando al mejor de los hombres, Molly. Cuando un

hombre como ese es fiel a pesar de todas las oportunidades que se le presentan, entonces debes saber que tu suerte ha llegado.

—¡Oh, mi suerte! La gente tiene distintas ideas sobre lo que es la suerte.

—¡Ideas!

—Él ha sido muy amable.

—¡Amable! —y sin más contemplaciones, la ira de la señora Taylor rebosó y cayó abundantemente sobre Molly Wood—. ¡Amable! Esa es una palabra que no deberías usar, querida. Sin duda sabes deletrearla. Pero no creo que sepas mucho más acerca de su significado. Algunos de nosotros podemos enseñarles a los niños lo que significa, aunque tal vez no sepamos deletrearla tan correctamente.

—Señora Taylor, señora Taylor...

—No puedo esperar, querida. Ya que piensas que hay más de bruto que de diamante en ese hombre, será mejor que regreses a Vermont. Y espero que allí encuentres mejor gramática que aquí, querida.

La buena mujer salió indignada y sin decir palabra, cruzó el patio hacia su propia cabaña y dejó a la airada joven entre las cajas. En vano Molly intentó retomar la faena de llenarlas. Finalmente, tuvo que rehacer de nuevo el trabajo y, cuando lo hubo hecho, la caja contenía unas cuantas pertenencias menos que antes del reajuste. Parecía jugar una especie de juego de dominó a la desesperada intentando meter todos aquellos objetos en el espacio de la caja, pero aún tenía un pisapapeles, una carpeta y dos libros deteriorados que no cabían en ninguna de las rendijas libres de la caja; tras dejarlos caer súbitamente al suelo, se enderezó, todavía atormentada por la indignación, con las mejillas aún calientes por el aguijón de la verdad evitada durante tanto tiempo. Allí, todavía en la pared, estaba colgado el retrato en miniatura, la pequeña y silenciosa antepasada, y la mirada de la joven se posó en ella. Era como si suplicara a la abuela Stark que la apoyara y reconfortara a través de los cien años que las separaban. Así que la joven rubia de la pared y ella, rodeada de cajas, permanecieron cara a cara en aparente comunión; y entonces la sucesora volvió a sus tareas. Pero tras un desgano toque aquí y allá, dejó escapar un largo suspiro y se dirigió a la puerta abierta. ¿Qué necesidad había de terminar hoy cuando le quedaba casi una semana entera? Este primer impulso de trabajo había dejado la cabaña despojada de cualquier encanto doméstico y el ambiente era frío. Al otro lado del camino, su caballo, el que él había «domesticado» para ella, pastaba plácidamente. Molly se acercó a él y lo condujo a la cerca de su patio. La señora Taylor la vio entrar y poco después salir vestida con ropa de montar, y vio a la joven lanzar la silla con soltura y rapidez... la soltura que el virginiano le había enseñado. La señora Taylor también vio el fuerte latigazo que dio al caballo y se rio con tristeza para sus adentros, asomada a la ventana, mientras el caballo y la amazona galopaban alejándose hacia la bella y luminosa soledad.

Para el animal aquellos latigazos eran algo nuevo, y al recibir el tercero volvió la cabeza sorprendido, pero le hizo el mismo caso que las lomas y las flores que

pasaban en la ruta por la que el animal había elegido avanzar. El caballo la llevó hacia lugares que Molly conocía de memoria: la mesa Corncliff, Crowheart Butte, Westfall's Crossing, Pupar Canyon; campo abierto y bosques, pinos y artemisa, todo silencioso, solemne y resplandeciente bajo el sol. De vez en cuando, algún ranchero la saludaba al tiempo que se preguntaba si se habría olvidado de quién era; en una ocasión pasó junto a unos vaqueros con una pequeña manada de novillos y también ellos la vieron marchar. El Bear Creek se estrechó y las paredes de las montañas se cerraron mientras pequeñas cascadas rompían las aguas con espuma blanca a la sombra del mediodía, y el caballo de repente aguzó las orejas. Sin guía alguna, el animal aprovechaba esta circunstancia para volver a casa. Aunque había avanzado poco —simplemente había iniciado el camino— por aquella senda hacia el Sunk Creek, pronto encontraron un amigo del Sunk Creek que relincho unos buenos días, así que él respondió al relincho con otro y aceleró el paso; entonces Molly volvió a la vida. ¿Qué estaba haciendo allí Monte? Vio el caballo negro que conocía tan bien, ensillado y con las riendas colgando sobre el camino tal como las había dejado el jinete al desmontar. Un frío manantial borboteaba al otro lado de la siguiente roca y supuso que el caballo de su amado estaba esperando mientras este bebía. Molly tiró de las riendas, pero luego las aflojó, porque dar la vuelta y escapar ahora sería ridículo. Cabalgó directamente hacia la roca y lo encontró junto al manantial. Uno de los brazos se hundía hasta el codo en el agua, el otro estaba doblado bajo la cabeza, pero tenía el rostro al resguardo de la roca, de manera que solo podía ver su cabello negro y enmarañado. Cuando el caballo que montaba resopló y sacudió la cabeza, la joven rápidamente miró a Monte, como si estuviera dirigiéndole una pregunta. Al observar ahora el sudor que apelmazaba el pelaje del animal y el borde blanco en sus ojos, la joven desmontó de un salto y corrió hacia la figura inerte. Se veía un manchón de sangre en la parte trasera de la suave camisa de franela a la altura del hombro que bajaba hacia el cinturón, y el cuerpo fornido del hombre yacía desmadejado y penosamente desvalido.

Tocó la mano bajo la cabeza, pero no le pareció ni caliente ni fría; buscó el pulso intentando hacerlo lo más parecido posible a como había visto hacer a los médicos, pero no estaba segura de si había imaginado o no que estaba parado. En dos ocasiones, posando con cuidado los dedos, buscó y aguzó el tacto para notar el latido y el rostro de la joven se paralizó durante la escucha. Se inclinó y sacó el otro brazo y la mano del agua, y cuando notó la gelidez de esta, vio claramente que la mancha junto al hombro que había movido se había humedecido con sangre nueva; al verlo, se apoyó en unas rocas, a punto de desmayarse. Se sujetó con fuerza entre dos rocas y se sentó a su lado, observándole y murmurando en voz alta: «No voy a desmayarme; no voy a desmayarme», y los caballos la miraron, aguzando las orejas.

En ese ensanchamiento con forma de cuenco de la quebrada el sol brillaba cálidamente, los pinos eran una pantalla caliente que filtraba la luz tiñéndola de verde; al sol, en la otra orilla del Bear Creek, se alzaba la empinada aunque gradual

colina amarilla, que se elevaba cálida hacia el cielo azul, y el Bear Creek retozaba sobre las piedras que reflejaban los rayos del sol. Los dos caballos al borde del camino todavía estaban mirando el manantial y los árboles, donde la joven y pulcra rubia estaba sentada con el cuerpo rígido junto al laxo cuerpo tendido con la camisa de franela y las perneras de cuero. De repente, el rostro de Molly se animó.

—¡Pero la sangre corre! —exclamó, como si hablara a los caballos, sus compañeros de aventura. Se acercó a él y metió la mano bajo la camisa de franela sobre el corazón.

Un segundo después se levantó de un salto y corrió a la silla de montar del sureño, a continuación se apresuró a ir a la suya propia, sacó una pequeña petaca y volvió junto a él. Ahí estaba el agua fresca que él había buscado, la colocó sobre la frente del hombre y le empapó el hombro con ella. En tres ocasiones intentó moverlo para colocarlo en una posición más cómoda, pero la cabeza pesaba demasiado, así que desistió en sus intentos y se contentó con quedarse sentada junto a él y apoyar la cabeza sobre su regazo. Advirtió entonces la sangre que manaba también por la parte delantera del hombro, pero ni se le pasó por la cabeza desmayarse. Rasgó unas cuantas tiras de tela de su vestido, las empapó manteniéndolas frías y húmedas sobre las entradas de la herida, y las enjuagó y limpió la herida varias veces. Observó las pestañas del joven, largas, suaves y espesas, pero no se movían. De nuevo, intentó reanimarlo con la petaca, pero no funcionaba porque era demasiado suave; entonces examinó los alrededores y descubrió unas cenizas junto a la laguna. El viento no las había removido aún y seguían allí los restos chamuscados de una hoguera, como la que en una ocasión encendieron juntos para hacer café y freír unas truchas. Ahora encendió otra hoguera; cuando las llamas prendieron bien, llenó el tazón de su termo con agua del manantial y lo puso a calentar. Mientras tanto, volvió a acomodar la cabeza del sureño y a curar la herida. El agua fría había detenido la hemorragia. Luego escanció un chorro de brandy en la taza humeante y con un movimiento brusco debido a la desesperación que la embargaba, colocó el brebaje entre los labios y los dientes.

Casi inmediatamente sintió que el cuerpo recuperaba un temblor de vida y, cuando sus profundos ojos se posaron en ella, Molly se quedó inmóvil y muda. Pero la mirada parecía luminosa y tranquila, aunque con una expresión confusa, y dudó si la había reconocido. Buscó la claridad interior de su mirada, sin atreverse apenas a respirar, hasta que él finalmente empezó a hablar con ese tono impersonal, profundo y claro, que imprimía a sus palabras.

—Pensé que me habían encontrado... Creí que iban a matarme. —Hizo una pausa y ella le dio un poco más de la bebida caliente, que él sorbió, todavía tumbado y mirándola como si el presente no llegara aún a sus sentidos—. Sentí que unas manos me tocaban... Supongo que no estaba muerto. Las noté en cuanto me tocaron, pero no podía evitarlo... —Volvió a esperar—. Es muy raro dónde he estado: No... Muy natural.

Después retornó a su ensueño y permaneció tumbado con los ojos aún abiertos y posados en ella, que seguía sentada e inmóvil.

Ante aquella expresión ausente, Molly sintió un temor más agudo que cuando había visto su cuerpo inerte con la mano helada, y en voz baja pronunció su nombre sin atreverse a alzar la voz más que un susurro.

Al oírla, algo más familiar brilló en la mirada del sureño.

—Pero eras tú todo el tiempo —volvió a hablar—. Y eres tú ahora. No debes quedarte aquí... —La debilidad lo invadió y cerró los ojos. Ella continuó curándolo y, cuando volvió a despertar, se puso a hablar de forma atropellada—: No debes quedarte. Te cogerán a ti también.

Ella le miró con un destello de dureza, luego cogió el arma del virginiano, pero en el cargador solo había cartuchos chamuscados y vacíos. Los tiró y sacó seis más del cinturón de él, cargó el arma y la cerró con un chasquido.

—Por favor, llévatela —dijo el virginiano, más nervioso y más él mismo—. No vale la pena que me salves. ¡Mírame!

—¿Es que vas a rendirte? —preguntó ella intentando mostrar desdén. Luego se sentó.

—De qué sirve que los dos...

—Será mejor que ahorres fuerzas —le interrumpió ella. Él intentó incorporarse—. ¡Échate! —le ordenó.

El sureño se tumbó obedientemente y comenzó a sonreír.

Cuando ella lo vio también sonrió y le tomó de la mano inesperadamente.

—Escucha, amigo —dijo ella—. Nadie va a atraparte, ni van a atraparme a mí. Venga, bebe un poco más de brandy.

—Debe de ser mediodía —dijo el vaquero cuando ella retiró la mano—. Recuerdo que era de noche cuando... cuando... desde la última vez que recuerdo. Supongo que no se atrevieron a seguirme hasta tan cerca de los asentamientos. De lo contrario, estarían aquí.

—Debes descansar —comentó ella.

Partió las puntas suaves de unas acacias y las colocó bajo la cabeza del joven, después se dirigió a los caballos, aflojó las cinchas, retiró las bridas, los llevó a beber y los ató en una zona de hierba para que pastaran. Aún más, para que nada de lo que estuviera en su mano quedara por hacer, retiró las sillas de los caballos para doblar las mantas y llevárselas a él. Pero el virginiano las apartó. Estaba sentado con la espalda apoyada en una roca, evidentemente más fuerte, y le pidió agua fría. Tenía la frente ardiendo y la palidez bajo su tez morena se había tornado en un rubor intenso.

—¡Son solo cinco millas! —le dijo ella mientras le mojaba la cabeza.

—Sí. Debo resistir —respondió, señalando con la mano hacia el acantilado.

Ella le dijo que intentara resistir hasta llegar a casa.

—Sí —repitió él—. Solo cinco millas. Aunque todo podría cambiar por completo. Medio consciente de que estaba mareándose, miró la roca y luego a ella y luego

de nuevo a la roca con las pupilas dilatadas.

—Podemos resistir juntos —dijo ella—. Debes montar en tu caballo.

Desató el pañuelo que llevaba él alrededor del cuello y lo ató al suyo, y para hacer más vendas desató el rollo de ropa que había detrás de la silla de montar del sureño y fue haciendo tiras con una camisa limpia. Entonces cayó al suelo un pañuelo y al examinarlo vio sus propias iniciales bordadas en él. Le vino a la memoria la primera vez que se vieron, el río caudaloso, la diligencia inclinada, el jinete desconocido que la llevó hasta la orilla sobre su silla de montar y luego se marchó sin que ella siquiera le diera las gracias —su primera aventura el día de su llegada a ese territorio salvaje—, y ahora supo cómo había desaparecido aquel pañuelo hace ya tiempo olvidado. Lo volvió a doblar delicadamente y lo metió de nuevo en el hatillo, porque ya tenía suficiente tela para las vendas. No le dijo nada a él y él interpretó erróneamente la mirada que ella le lanzó cuando regresó para vendarle el hombro.

—No duele tanto —dijo el sureño, tranquilizándola (aunque un dolor extremo dejó en blanco su cabeza durante unos segundos y apenas logró sujetarse a la pared para no caerse)—. No desperdicies tu pena.

—Y tú no desperdicies tus fuerzas —replicó ella.

—¡Oh, ahora podría enfrentarme a lo que fuera!

Como un loco, se puso a trotar para demostrarle lo fuerte que estaba y ella le dijo que, después de todo, todavía se comportaba como un niño.

—Sí —dijo él lentamente, mirándola mientras Molly iba a por su caballo—, el mismo niño que quería tocar la luna, supongo —y, durante la lenta subida a la silla desde una roca a la que ella le ayudó a subir, añadió—: Vas a tener que ser el hombre durante todo este lío.

Molly vio que apretaba los dientes. Los músculos laxos de sus extremidades se movían a fuerza de voluntad y, mientras él cabalgaba y ella caminaba a su lado para darle apoyo, tirando de su propio caballo con la mano izquierda extendida hacia atrás, iba informándole constantemente de la distancia: la pendiente que aumentaba, la carretera que se estrechaba, los obstáculos naturales a los que se aproximaban y que quedaban atrás; allí estaba el árbol donde había un avispero; luego pasaron la cabaña quemada; más adelante se veían ya los álamos del vado. Él permanecía en silencio y se sujetaba al cuerno de la silla, inclinándose cada vez más sobre las dos manos con las que se aferraba al cuerno y, justo después de pasar el cruce, cayó sin hacer ruido, se resbaló sobre la hierba y ella logró frenar su descenso. Pero la caída hizo que volviera a sangrar un poco y Molly no se atrevía a dejarlo para ir a buscar ayuda. Le dio el último trago de la petaca y toda el agua que necesitó.

Reanimado, logró esbozar una sonrisa.

—¿Lo ves?, no vale la pena salvarme.

—Solo queda una milla —respondió ella.

Molly encontró un tronco, un árbol seco, y el virginiano se arrastró hasta él y desde allí trepó a su silla de montar. Molly continuó andando a su lado, hablando,

haciéndole notar todos los pasos que iban dando. Durante la siguiente media milla continuaron así, el hombre en silencio y aferrado al caballo, y a su lado la joven andando y animándolo para que avanzara, cuando de repente él comenzó a hablar:

—Tendré que decir adiós ahora, señora.

Ella no entendió en un principio el significado de ese comentario.

—Se va a escapar —continuó el virginiano—. Debo pedirle que me excuse, señora.

Hacía ya mucho rato que no se había dirigido a ella como «señora». Mientras le miraba cada vez más atemorizada, él giró a Monte y habría salido cabalgando si ella no hubiera estado sujetando la brida.

—Debe llevarme a casa —dijo Molly, repentinamente inspirada—. Me dan miedo los indios.

—Caramba... usted... vaya, todos se han ido. Por allá va. Señora... ese caballo...

—No —dijo ella, sujetando firmemente las riendas y apresurando el paso—. Un caballero no invita a una dama a salir a cabalgar y luego la deja.

La mirada de él perdió su determinación.

—Sin duda, la llevaré a casa. Ese alazán se ha metido por el vado y el juez Henry lo entenderá.

Mientras sus ojos veían objetos imaginarios, continuó cabalgando y desvariando, y ahora era la joven la que permanecía en silencio y solo abría la boca para sacarle de la cabeza la idea fija del alazán. A medida que se ponía más hablador, Molly se apresuraba más, atenta para prevenir que volviera a ocurrírsele regresar; se las ingeniaba para inventarse preguntas que le mantuvieran entretenido, de manera que cuando llegaron a la puerta de la cerca de su cabaña lo tenía en cierta manera subyugado, respondiendo fielmente a las sagaces mentiras que iba pergeñando, cualquier cosa improvisada que su mente pudiera encontrar, y un segundo más tarde lo tenía ya dentro de la cabaña, sentado dócilmente, aunque ahora desvariaba totalmente. Entonces descubrió que no iba a poder contar con ayuda. Había ido a buscarla a la cabaña vecina, pero la cabaña de los Taylor estaba cerrada y en silencio; eso significaba que padres e hijos habían salido a pasear; y probablemente tampoco tendría más suerte en la cabaña de los vecinos más cercanos si se aventuraba a recorrer la milla que la separaba de ellos. Debatándose una vez más en la incertidumbre, regresó a la habitación y observó un cambio en él. La fiebre lo había invadido; su rostro no era como el que había dejado al salir y todo su cuerpo, el espléndido y ágil cuerpo del jinete, revelaba debilidad en cada arruga y cada miembro; y las espuelas, la pistola y las perneras de cuero eran una pantomima de atrezo. Lo miró y volvió a recobrar su seguridad, clara y firme. Le ayudó a llegar hasta la cama y lo tumbó allí. La cabeza se hundió en la almohada y sus brazos lacios y sin nervio se quedaron tal cual ella los dejó. Luego, entre las cajas de embalaje y bajo el pequeño retrato azul y dorado en aquella solitaria pared, Molly lo desvistió. Estaba frío y lo tapó hasta la cabeza; ahuecó la almohada y de una de las cajas sacó la

manta de los navajos escarlata y negra y cubrió al sureño con ella. No podía hacer nada más, así que se sentó a su lado a esperar. Entre las muchas cosas que se le pasaron por la cabeza había una palabra que él le había dicho suavemente hacía ya un rato. «Los vaqueros no viven lo suficiente para llegar a viejos». Y ahora contempló aquel rostro sobre la almohada, serio y fuerte, pero todavía el rostro de una juventud nueva y espléndida.

En cuanto escuchó el lejano tintineo del carromato en el camino, salió de la cabaña y fue al encuentro de sus vecinos que regresaban. La escucharon alarmados y corrieron tras ella junto a la cama; entonces Taylor partió para informar sobre los indios y traer al médico que se encontraba a veinticinco millas. Las dos amigas volvieron a quedarse a solas, tal como lo habían estado por la mañana cuando la ira se interpuso entre ellas.

—Dame un beso, querida —dijo la señora Taylor—. Ahora yo cuidaré de él... Y tú necesitas también cuidarte un poco.

Pero al regresar de su cabaña con todas las reservas que tenía de vendas y reconstituyentes, se encontró con una Molly rebelde y más independiente que nunca. La joven no quería ni oír hablar de que reservara fuerzas, no permanecería en ninguna habitación más que en esa hasta que el médico llegara; y luego, tal vez, fuera el momento de pensar en descansar. Así que juntas, la mujer y la joven, limpiaron la herida del hombre, lo vistieron con ropa limpia y le suministraron todos los cuidados que sabían... que era, en realidad, lo que verdaderamente se necesitaba. Luego se quedaron sentadas mirándolo revolverse y susurrar. Ya no parecía hablar sobre los indios o el alazán, ni de ningún acontecimiento reciente, a excepción de su trabajo. Este fue mezclándose sutilmente con cualquiera que fuera la escena que imaginaba o que revivía, vagando interminablemente en ese mundo contradictorio de nuestros sueños. A través del batiburrillo de acontecimientos y nombres —a menudo mencionados de forma incoherente, pero que se elevaban en ocasiones alcanzando una grotesca coherencia—, las dos mujeres de vez en cuando podían inferir las menciones que hacía a partir de lo que conocían. «Monte», por ejemplo, al que hablaba continuamente; y Molly escuchó su propio nombre, pero en todo momento se refería a ella como «señorita Wood»; nada irrespetuoso salió de sus labios y con frecuencia respondía a alguien como «señora». Al oír todos esos fragmentos, la señora Taylor se abstuvo de hablar y miró a Molly Wood con una expresión de mordaz reproche. A medida que fue pasando la noche, fueron intercalándose momentos de silencio y las cuidadoras se engañaron al pensar que la fiebre podría estar remitiendo. Y cuando el virginiano se incorporó en silencio en la cama, intentó mover el vendaje y se quedó mirando fijamente a la señora Taylor, esta se levantó rápidamente y se acercó a él mientras le preguntaba qué tal estaba.

—Ponte de pie, zorro apestoso —dijo él—, y diles que eres un mentiroso.

La buena mujer ahogó un grito y luego hizo que se volviera a echar; él la obedeció con esa extraña doble consciencia de los que deliran, y mientras se sometía

murmuraba «mentiroso», «zorro apestoso», y luego «Trampas».

Al escuchar ese nombre, un destello brilló en los ojos de la señora Taylor, que se volvió hacia Molly; y allí estaba la joven, intentando reprimir un arrebato de regocijo, pero a medida que la risa iba convirtiéndose en un ataque doloroso de hilaridad, la señora Taylor la cogió del brazo y la hizo andar de un lado a otro, hablando con ella rápidamente para atraer su atención.

—Ya que se ha mencionado, será mejor que lo sepas —dijo—. Él me reprocharía que te lo contara, pero ¿qué daño puede hacer, de todas formas? Jamás saldría de sus labios. Molly, chiquilla, dicen que Trampas lo asesinaría si tuviera el suficiente coraje, y eso se debe a ti.

—Nunca he visto a Trampas —dijo Molly, clavando los ojos en su interlocutora.

—No, querida. Pero Trampas habló de ti de forma muy poco respetuosa en público (Taylor me lo ha contado), y él obligó a Trampas a reconocer que era un mentiroso ante todos los presentes. Eso es lo que hizo cuando tú aún eras una extraña entre nosotros y él no había empezado a frecuentar tu compañía. Supongo que Trampas es el único enemigo que ha tenido en este territorio. Pero jamás te lo contaría.

—No —susurró Molly—. No lo sabía.

—¡Steve! —exclamó el enfermo con un grito lastimero—. ¡Steve! —Para las mujeres, aquel nombre era desconocido... desconocido como lo era también aquella corriente interna de sentimientos que el sureño era incapaz de ocultar porque ya no era él mismo—. No, Steve —dijo a continuación, y luego le siguió un murmullo—: Steve, he mentado por ti.

Finalmente, la señora Taylor le dio un consejo.

—Será mejor que te vayas a la cama, niña. Por tu aspecto se diría que tú también necesitas al doctor.

—Entonces, le esperaré despierta —dijo Molly.

Las dos enfermeras continuaron sentadas hasta que la oscuridad de las ventanas dio paso a un tono gris y la lámpara ya no fue necesaria. El paciente volvía a desvariar. Sin embargo, en cualquiera que fuera el escenario en el que entraba, encarnado en una forma u otra, siempre le seguía claramente el latido de su dolor, y permaneció echado sacudiendo su enorme hombro como si quisiera quitarse un peso de encima. Esperaron al médico, sin atreverse a otra cosa que dar la vuelta a las almohadas y ofrecerse el consuelo que pudieran darse mutuamente. Entonces, en lugar del médico llegó un mensajero, hacia el mediodía, para informarles de que el médico había tenido que acudir a una visita a unas treinta millas, adonde Taylor se había dirigido para traerlo en cuanto pudiera. Al oír esto, Molly consintió en acostarse un rato y vigilar al enfermo por turnos. Pero en cuanto se encontró en la cabaña de su amiga y se tumbó en la cama y, cuando, como último recurso, la señora Taylor la conminó empleando la carta del decoro y las convenciones, la pálida joven de Vermont se rio, sacudió la cabeza y regresó para sentarse junto al enfermo. A

medida que llegaba la segunda noche, por lo visto, la fiebre fue en aumento y le fue dominando con más fuerza que antes, hasta que, finalmente, lo enervó de tal manera que tuvieron que pedir la ayuda de brazos más fuertes para sujetarlo. Había momentos en los que se ponía a hablar con la jerga de los rodeos y la señora Taylor retomó sus protestas.

—Caramba —dijo Molly—, ¿es que crees que no sabía que blasfemaba?

Y de esa manera, la mujer, profundamente sorprendida y afectuosa, dejó de echar mano de estas apelaciones al decoro. Tampoco el delirio llevó al sureño a revelar las cuestiones más íntimas y crudas que ella temía escuchar. El vaquero había vivido como los de su clase, pero sus pensamientos más habituales eran limpios y así salieron de la mente indómita pero inmaculada de aquel hombre. Ya entrada la mañana, mientras era el turno de la señora Taylor, de repente preguntó si llevaba mucho tiempo enfermo y la miró con ojos centrados. El desvarío parecía haberse evaporado de golpe, y daba la impresión de que había vuelto a su ser. Yacía muy débil y preguntó una o dos veces acerca de su estado y de cómo había llegado hasta allí; también se había evaporado de su memoria su llegada al manantial, donde Molly lo había encontrado.

Cuando por fin llegó el médico, afirmó que llevaría o mucho tiempo... o muy poco. Alabó el tratamiento con agua fría; la herida afortunadamente estaba situada en la parte alta del hombro y hasta el momento no mostraba ninguna mala señal, de hecho, no detectaba ningún mal síntoma, y la sangre y la fuerza del paciente habían demostrado ser fuera de lo común; cada hora que pasaba era una hora más cerca de la certidumbre y, mientras tanto... mientras tanto, el médico se quedaría tanto tiempo como le fuera posible. Tuvo que atender a muchas personas que acudieron a preguntarle. Tipos polvorientos llegaban cabalgando, le escuchaban, le contestaban y luego se marchaban otra vez al galope: «No permita que muera, Doc». Y el juez Henry envió a alguien desde Sunk Creek para responder por el coste de cualquier cuidado o medicina que pudiera ayudar a su capataz. El territorio al completo se estremeció preocupado e interesado, y en los oídos de Molly sus palabras bienintencionadas parecían a un mismo tiempo unirse y añadir una carga más. «No permita que muera, Doc». Los indios que habían hecho aquello ya estaban bajo arresto militar. Habían llegado ilegalmente hasta la reserva del sur, para cazar y a continuación robar, y cuando el espíritu de los sueños se avivó en uno o dos de los indios jóvenes y ambiciosos, se adentraron en las montañas secretas y, tal vez, mataron al trampero que encontraron allí. Los editoriales de los periódicos pusieron inmediatamente el grito en el cielo por el asunto presentándolo como toda una guerra; pero con solo cinco indios en un cuartel esperando el castigo, ni un solo editor puede vender una guerra durante más de dos editoriales seguidos, y aunque todavía se comentaba la reciente alarma por todo el territorio, desde luego que no se comentó en el cuarto del enfermo. Cualquiera que fuera la realidad del caso, fue gracias a Molly y solo por ella (le dijo el médico) que el herido tuviera alguna posibilidad de salvarse...

una buena posibilidad, repitió. Y también le dijo que no había hecho el trabajo esperado de una mujer, sino el de un hombre, y que ahora ya no tenía que hacer nada más, nada más hasta que el paciente mejorara y pudiera agradecerse como le placiera, dijo el doctor sonriendo y suponiendo cosas que no eran tales... confundido tal vez por la señora Taylor.

—Me temo que me habré ido cuando él ya esté bien —dijo Molly fríamente, y el discreto doctor dijo «ah», y que sin duda Bennington iba a resultar un gran cambio para ella.

Pero la señora Taylor le contradijo y al oírla la joven exclamó con vehemencia:

—Me quedaré todo el tiempo que sea necesario. Le cuidaré. Quiero cuidarle. ¡Haré todo lo que pueda por él!

—Y eso no será nada, querida —le espetó la señora Taylor con dureza—. Un año de cuidados no iguala ni de lejos a un solo día de cariño.

La joven salió a dar un paseo (ya no se precisaban sus servicios en la habitación por el momento), pero no se alejó demasiado; la señora Taylor la observó a escondidas y la vio apoyarse sobre el cercado del pasto mientras contemplaba a los dos caballos: el que el virginiano había «domesticado» para ella y el propio Monte. Mientras tanto, llegaron otros hombres en busca del doctor; los vecinos aprovechaban su estancia en Bear Creek. La señora Taylor vio una buena señal al verlo marchar con ellos en esta ocasión, no sin antes prometer que regresaría pronto. Mantuvo su palabra tan escrupulosamente como le fue posible y llegó unas seis horas más tarde con gesto confiado, para atender ahora al enfermo con unos cuidados que ya no precisaba, tan solo para tranquilizar a los que le rodeaban. Dio su opinión acerca de que todo iba incluso mejor de lo que podría haber esperado, y tan rápido. Ya se iniciaba el quinto día; el aspecto de la herida era bueno, no se habían producido más delirios y la fiebre había bajado un grado desde la ausencia del médico. Pensaba que su vida había dejado de estar en peligro y (más pronto de lo previsto) la fuerza intacta y profunda del hombre se impondría y tomaría el control de su cuerpo. Aún debía producir mucha sangre y tendría que ser atendido durante semanas: tres, cuatro, cinco... todavía era pronto para poder saberlo. Durante los próximos días, debía estar lo más tranquilo posible; no debía hablar ni oír nada que pudiera inquietarle, y con el tiempo llegaría el momento de las alegrías y de mayor compañía... el doctor creía que esto sería más pronto que tarde. Así pues, se marchó y al día siguiente envió algunos frascos junto a algunos consejos con relación a la herida y su limpieza e informando de que regresaría en dos días.

En esa ocasión, encontró dos pacientes. Molly Wood estaba postrada en cama en la cabaña de la señora Taylor, contrita e indignada. Con pocas cosas que hacer y privada del gran estímulo de la ansiedad y la acción, las fuerzas de repente abandonaron su cuerpo, de manera que solo era capaz de hablar con una especie de susurro. Pero al despertar tras un largo sueño, después de que la señora Taylor se la llevara con firmeza y casi severidad de la mano, su voz natural retornó y ahora el

principal remedio que el médico le recetó fue una pequeña reprimenda, la cual complació a la señora Taylor. El médico incluso dejó caer una frase con relación a la arrogancia de pensarse con fuertes nervios en un cuerpo tan delgado y de arrogarse el trabajo de varias personas cuando había gente a mano para hacerlo, y esto complació mucho a la señora Taylor. En cuanto al herido, evolucionaba de la forma adecuada. Tal vez en una semana podrían trasladarlo a una habitación más alegre. Pero, de momento, con limpieza y aire puro cualquier granero podría servir.

—Lo cierto es que tenemos mucha suerte de tener en el territorio a un médico con tan buen juicio —comentó la señora Taylor tras la partida del doctor.

—Sin duda —dijo Molly—. Dijo que mi cabaña era un granero.

—Y en eso la has convertido, querida. Pero los hombres enfermos no reparan tanto en esos asuntos.

Sin embargo, uno podría llegar a pensar, sin andar demasiado errado, que la enfermedad ni mucho menos cubre, sino que con frecuencia agudiza las percepciones... al menos aquellas percepciones de los que poseen una agudeza natural. Un poco más tarde —y el intervalo fue corto—, mientras Molly estaba en su segundo paseo para tomar el aire con la señora Taylor, la dama la informó de que el enfermo había reparado en la situación.

—Y yo no podía decirle cosas que pudieran inquietarle —dijo ella— y por eso yo... bueno, supongo que no le conté todos los hechos exactamente. Le dije que sí, que estabas recogiendo todo para hacer una breve visita a tu gente. Hacía ya mucho tiempo que no te veían, le dije. Y él miró aquellas cajas en silencio.

—No hace falta que lo movamos de allí —dijo Molly—. Es más sencillo apartar las cajas. Puedo sacar algunas de mis cosas, ya sabes, al menos mientras tenga que quedarse allí. Quiero decir... como dice el doctor, la habitación tendría que ser un poco más alegre...

—Sí, querida.

—Le preguntaré al médico la próxima vez que venga —dijo Molly— si piensa que soy lo suficientemente competente para extender una alfombra en el suelo.

Últimamente, las referencias de Molly al médico eran más bien sarcásticas. Aunque este no llegó a percibir el sarcasmo cuando le respondió a su regreso que, caramba, ¡claro que sí! ¡Eso mismo! Y que si pudiera jugar a las cartas o leerle en voz alta, o permitirle algún que otro entretenimiento ligero, siempre que no hiciera que el paciente hablara o se cansara, sin duda sería de lo más útil en su recuperación. En consecuencia, ella tomó el tablero de *cribbage* y se presentó vacilante cara a cara con el hombre moreno al que ella misma había afeitado y cuidado. No estaba tan moreno ahora; pero limpio, con la barbilla afeitada y el pelo y el bigote recortados y suaves, estaba incorporado sobre la cama y apoyado en unas almohadas mirándola.

—Está mejor —dijo ella, tomando la palabra con voz insegura.

—Sí. Me han dado órdenes de no hablar —dijo el sureño sonriendo.

—Oh, sí. Por favor no hable... hoy no.

—No. Solo quiero decir esto —la miró y le pareció que la joven se encogía—, gracias por lo que ha hecho —dijo, simplemente.

Molly tomó cariñosamente la mano que él le tendió y en estos términos comenzaron a jugar a *cribbage*. Ella ganó y volvió a ganar, y la tercera vez dejó las cartas y le reprochó que la dejara ganar.

—No —dijo él, y su mirada se desvió hacia las cajas—. Pero pierdo la concentración. Estaré lo suficientemente fuerte para mantener la atención en las cartas la próxima vez, supongo.

Ella había oído muchos tonos en la voz del sureño, pero nunca antes de ese momento había escuchado aquella tristeza.

Jugaron un poco más y finalmente ella dejó a un lado el tablero por primera vez.

—¿Se va ya? —preguntó él.

—Cuando haya conseguido que este cuarto se vea un poco menos desolado. No han querido tocar mis cosas, supongo.

Molly se agachó de nuevo entre las pertenencias que iban destinadas a Vermont. Y de allí salieron varias cosas; la piel de oso volvió a cubrir el suelo, algunos enseres y adornos regresaron a sus antiguos lugares, las estanterías se mostraron más acogedoras con los libros y, finalmente, un ramo de flores adornaba la mesa.

—Se ve más como en los viejos tiempos —dijo el virginiano, pero con tristeza.

—Me apena —dijo Molly— que tuviera que ser alojado en un lugar así.

—Y su gente la espera —dijo él.

—Oh, ya les visitaré más adelante —dijo Molly mientras enderezaba la alfombra.

—¿Me permite que le pregunte algo? —le suplicó el virginiano. Al escuchar la dulzura en aquella voz, el rostro de la joven se ruborizó y clavó la mirada en él con una expresión de leve temor.

—Cualquier cosa que pueda responderle —dijo ella.

—Oh, sí. ¿Le pedí que me dejara allí y usted entonces cargó mi arma y se quedó? ¿Fue eso real? Tengo un enorme lío en la cabeza.

—Eso fue real —dijo Molly—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ninguna otra cosa... ¡para alguien como usted! —exclamó él—. Tengo la cabeza totalmente loca y esa pequeña abuela de usted ahí colgada, ella... pero no soy capaz de retener estas cosas —se pasó una mano por la frente—... tantas cosas, o más bien, una sola todo el tiempo... bueno, ¡no digo más que tonterías! —concluyó con un tono casi fiero en la voz.

Cuando la joven se marchó de la cabaña, permaneció echado inmóvil, mirando el retrato en miniatura de la pared.

En la siguiente visita, el virginiano parecía encontrarse en otro estado de ánimo y el *cribbage* apenas le interesaba.

—Su gente se estará preguntando dónde anda —dijo él.

—No creo que les importe qué mes vaya con ellos —dijo Molly—. Especialmente, cuando sepan la razón.

—No quiero retenerla aquí, señora —dijo él. Molly le miró; pero él continuó hablando con el mismo tono acerado acechando en sus lentas palabras—: Aunque jamás la olvidaré. ¿Cómo podría olvidar todo lo que ha hecho... y ha sido? Y si no hubiera pasado nada de todo esto, caramba, ¡aún tendría suficiente para recordarla! Pero, por favor, no se quede, señora. Es cierto que le debo que me encontrara casi muerto, pero ahora estoy mejor, ya lo ve... ¡y bastante espabilado, también!

—No puedo entenderle, en serio, no le entiendo —dijo Molly—. ¡Por qué me habla así!

Él parecía mostrarle cierta animosidad cuando se dirigía a ella con lo de «señora», y a ella no le gustaba, pero no podía evitarlo.

—Oh, un hombre enfermo siempre resulta difícil de entender. Y sabe que le estoy agradecido.

—Por favor, no hable más de eso, o me iré esta misma tarde. No quiero irme. No estoy lista. Será mejor que le lea algo ahora.

—Caramba, sí. Esa es sin duda una buena idea. Vaya, esta es la mejor ocasión para que pueda enseñarme algo. ¿Le gustaría intentarlo con ese libro, *Emma*, ahora, señora? Si se lo escucho leer, seguro que será diferente.

Esto lo pronunció con dulzura y humildad.

Insegura —como siempre la hacía sentir la seriedad del vaquero— de lo que quiso decir con esas palabras, Molly empezó a leer *Emma*, reticente en un principio, pero pronto con el entusiasmo que la señorita Austen siempre provocaba en ella. Sostuvo el libro y leyó sus páginas, dejando caer algún que otro comentario, y entonces, cuando acabó el capítulo del animado clásico, encontró a su alumno durmiendo plácidamente. Sobre eso no tuvo ninguna duda.

—No podrías estar haciendo nada más saludable por él, querida —dijo la señora Taylor—. Si te cuesta que se mantenga despierto, intenta con algo más fuerte.

Esta fue la sugerencia nada indulgente de la dama.

Pero resultó que no existía ninguna sombra pecaminosa en la prosa de Austen.

Cuando Molly apareció de nuevo en la entrada del virginiano, él dijo con tono lastimero:

—Supongo que soy un zopenco —y a continuación pidió disculpas—. Cuando me desperté —dijo—, me sentí avergonzado de mí mismo durante media hora.

Y ella, desde luego, no dudó ese día de que él hablaba en serio. Volvía a mostrarse sereno y afable, y sin referirse a las peculiares palabras que le había dirigido, le hizo sentir su arrepentimiento, incluso con su silencio.

—Me alegro muchísimo de que haya venido —dijo, y al verla dirigirse a la estantería, continuó hablando tímidamente—. En cuanto a ese libro, *Emma*, verá... verá usted, lo que hacen y dicen gentes como esas me supera. Pero creo —habló casi con timidez— que si pudiera leer algo que tratara *sobre* alguna cosa, creo... creo que así podría mantenerme despierto —y, a continuación, sonrió con cierta timidez.

—¿Que trate *sobre* algo? —preguntó Molly confusa.

—Vaya, sí. Como Shakespeare. *Enrique IV*. El rey británico lucha y ahí está su hijo el príncipe. Sin duda, aquel chico debió de ser todo un personaje si lo que se cuenta es cierto. Aunque se paseaba por la ciudad con una pandilla de perdedores. Eran unos juerguistas y desplumaban a los ciudadanos. Y su padre detestaba sus andanzas con basura como esa. Eran personajes totalmente reales: ¡el chico y el anciano! Pero el chico demostró ser un hombre. Mató a un gran luchador de la otra facción que también era todo un personaje... y lamentó tener que hacerlo —el virginiano se animó con su recital—. Lo entiendo casi todo. Había un hombre gordo que hacía reír a todo el mundo. Él también era real, aunque uno normalmente no conoce a alguien tan gordo. Pero el príncipe... ¡Esa obra es fundamental, señora! ¿Tiene algo parecido?

—Sí, eso creo —contestó ella—. Creo que sé lo que podría gustarle.

Cogió a Browning, su ídolo, su imaginaria alma gemela. Porque la pálida decadencia de Nueva Inglaterra en cierta manera había apaciguado la añeja y buena sangre revolucionaria de la joven, que tendía a pensar en su torre de marfil y a vivir plácidamente... ¡cuando no había indios a los que disparar! Le habría encantado arriesgarse con “Paracelsus” y algunos largos discursos rimados, y afectuosamente pasó páginas y páginas de sus análisis humorísticos favoritos. “Pippa pasa” y otros que tuvo que saltarse por motivos de discreción... páginas con las que él sin duda hubiera permanecido despierto; pero, finalmente, eligió un poema. Él comentó que aquello era mejor que *Emma*. Y corto. El caballo era un buen caballo. Pensaba que un hombre con un caballo fiel debía vigilar el terreno por el que galopaba en busca de agujeros, sin ver las cuencas de los ojos del caballo. Si uno se sentaba debidamente para una galopada tan dura, no debía poder verlas. Del siguiente fragmento que ella le leyó, todavía se llevó una mejor impresión.

—Y es corto —dijo él—. Pero al final decae un poco.

Molly inmediatamente le pidió detalles.

—El soldado no debería haberle dicho al general que le habían matado —afirmó el vaquero.

—¿Y qué debería haberle dicho, me pregunto? —dijo Molly.

—Vaya, simplemente nada. Si el soldado pudo salir al galope de la batalla con el cuerpo lleno de balas e informar al general de la toma de la ciudad... eso hubiera mostrado coraje, ¿comprende? Pero ese giro al final... ¿podría leerlo otra vez?

Así pues, Molly leyó:

«¡Estás herido!». «No»,
El orgullo del soldado
Rápidamente avivado, habló:
«¡Me han matado, señor!»
Y, con el Jefe a su lado,
Sonriendo, el joven cayó Muerto.

—«No», «¡Me han matado, señor!» —repitió el virginiano jovialmente, arrastrando las palabras; el caso es que, como resultado de su larga convalecencia, había recobrado su extravagante ironía—. Veamos, un soldado lo suficientemente hombre como para actuar como él actuó caería muerto sin mencionarlo ¿comprende?

Ninguna de las dulces amigas de Molly había cuestionado así al señor Browning. Normalmente, todas se adherían a él con una jubilosa admiración cuya intensidad aumentaba proporcionalmente a su falta de entendimiento. Molly se paró para reflexionar este novedoso punto de vista sobre el soldado.

—Él era francés, ya sabe —dijo ella, inspirada.

—Francés —murmuró el vaquero con gesto serio—. Jamás he conocido a un francés, pero supongo que quizás hagan esa clase de tonterías.

—Pero ¿por qué es una tontería? —exclamó ella—. Su orgullo de soldado... ¿es que no lo ve?

—No.

Molly entonces se enredó en una enconada discusión. Se inclinó hacia su vaquero con ojos brillantes buscando los de él; con un codo apoyado en la rodilla y la mano sujetándose la barbilla, su regazo se convirtió en una rampa, y por esa rampa Browning el poeta resbaló, dio una voltereta y cayó sin poder ser rescatado. Porque el lento vaquero reveló sus ideas sobre la valentía y la modestia masculinas (aunque él no se expresó con palabras tan sonoras), y Molly olvidó todo para escucharle, y él se olvidó de sí mismo y de su recalcitrante timidez y se volvió parlanchín con ella. «¡Jamás lo habría imaginado!», exclamaba mientras le escuchaba, y de nuevo, «¡Jamás pensé que fuera así!». Y la mente de la joven se abrió con deleite a estas novedades que salían de la mente del hombre de una forma tan simple y tan directa. Retomaron a Browning, pero el virginiano, aunque interesado, comenzó a tomarle cierta manía. «Es un listillo», dijo en una o dos ocasiones.

—Oh, aquí tengo uno —dijo Molly—. Nunca he sabido qué pensar.

—¡Oh, cielos! —murmuró el enfermo, sonriendo—. ¿Es corto?

—Muy corto. Ahora, por favor, escuche.

Y ella le leyó doce versos sobre un amante que remaba hacia una playa de noche, cruzaba un campo, daba unos golpes al cristal de una ventana y le abrían la puerta.

—Ese es el mejor hasta ahora —afirmó el virginiano—. Solo hay una cosa que se pueda pensar al leerlo.

—Pero, espere —dijo la joven, rápidamente—. Aquí viene su partida:

Al doblar el cabo de repente apareció el mar,
Y el sol despuntaba por el borde de la montaña...
Y frente a él se extendía un camino dorado
Y la necesidad de un mundo de hombres para mí.

—Eso es muy, muy cierto —murmuró el virginiano al tiempo que bajaba los ojos apartándolos de la mirada insistente de la joven.

—¿Se han peleado? —preguntó Molly.

—¡Oh, no!

—Pero...

—Han sido felices. Y siguen felices. Pero él tiene que marcharse.

—Entonces, ¿está seguro de que no se han peleado?

—Totalmente seguro, señora. Él va a volver más tarde, después de haber jugado un poco más.

—¿Qué juego?

—El de la vida, señora. Cualquier cosa que haga en el mundo de los hombres. ¡Es un poema esencial, señora!

—Bueno, no veo por qué piensa que es mucho mejor que algunos de los otros.

—Apenas sé explicarlo —respondió el hombre—. Pero tiene verdad. Ese escritor desde luego que sabe algo de su oficio.

—Me alegro de que no se hayan peleado —dijo Molly pensativa, y empezó a gustarle que le rebatieran sus opiniones.

Los vendajes le estaban molestando, así que tuvieron que cambiarlos y esto hizo que su conversación dejara a un lado la literatura y se dirigiera a Wyoming; Molly le preguntó si había disparado anteriormente. Solo una vez, le contestó él.

—He tenido suerte de no meterme en muchos líos —dijo él—. Detesto las peleas. Si alguien debe morir...

—Usted nunca... —le interrumpió Molly; la joven se había echado hacia atrás ligeramente—. Bueno —añadió ella apresuradamente—, no me lo diga si...

—No me extrañaría si me enterara de que disparé a alguno de esos indios —dijo en voz baja—. ¡Pero no iba a quedarme para comprobarlo! Sin embargo, ese mismo día estuve a punto de hacérselo a un hombre blanco. Había estado torturando a un caballo.

—¿Torturando? —preguntó Molly.

—Pegándole. No le voy a hablar sobre ese asunto. Le haría daño oír tales cosas. Los caballos... dependen totalmente de nosotros. ¿No son algo parecido a los niños? No dejé al hombre en muy malas condiciones. Pudo seguir cabalgando casi inmediatamente. ¡Vaya, usted misma habría querido matarlo!

Así hablaba el virginiano, sin saber lo que provocaba en la joven. Y tampoco ella era consciente de lo que recibía de él mientras el sureño se abría a ella tan inconscientemente en estas reuniones sobre Browning que mantenían a diario. Pero la señora Taylor cada vez estaba más encantada. La gentil dama, en ocasiones, cruzaba la carretera para ver si la necesitaban y se marchaba sigilosamente tras echar un vistazo por la ventana. Allí dentro, entre los tesoros del hogar recolocados, estaban sentados los dos: la joven, toda dulzura mientras le hablaba o le leía, y el hombre, serio, aún débil entre las sábanas, observándola.

Él no volvió a hablarle del retraso de su visita al hogar, ni a ella ni a la señora Taylor, y Molly siempre evitaba cualquier giro de la conversación que ella creyera

que pudiera llevar a ese tema. Pero en aquellas horas en las que no tenía visitas y él se quedaba a solas y en silencio, yacía echado con gesto sombrío, contemplando el cuarto de la joven, sus pequeños y finos adornos, las fotografías de su hogar, todas las delicadas manifestaciones de cuáles eran sus orígenes y cómo era ella.

Iba recobrando fuerzas día a día y el último mensajero del juez Henry le llevó ropa y correo de Sunk Creek y muchas preguntas amables sobre su estado, y regresó llevando la noticia de la mejora del vaquero y lo pronto que este podría salir a respirar aire fresco. Así pues, Molly lo encontró un día esperando con su camisa de franela de un color muy llamativo y un pañuelo anudado al cuello; y este le dijo lo bien que le sentaba volver a sentirse respetable.

Molly había llegado para leerle a la hora acordada y le colocó sobre los hombros la manta escarlata y negra de los navajos, con un espléndido diseño de rayas que formaban bárbaros zigzags mientras él estaba medio echado medio incorporado, lánguido pero tranquilo. Sobre el regazo del sureño descansaba una de las cartas que le había llevado el mensajero, y aunque ella se encontraba hacia la mitad de un libro que concitaba toda su atención —*David Copperfield*—, su silencio y su mirada ausente la hicieron detenerse y acusarle de que no le prestaba atención.

—No —admitió él—. Estoy pensando en otra cosa.

Ella le miró con ese temor que él ya había detectado antes en sus ojos.

—Tenía que pasar —dijo él—. Y hoy tengo las ideas más claras que desde... desde que se me aclaró la cabeza. Y ahora debo expresar estos pensamientos... ¡si es que puedo! —Hizo una pausa. Tenía los ojos clavados en ella y se aferraba con una mano al brazo de su asiento.

—Usted prometió... —dijo Molly temblorosa.

—Prometí que me amaría —le interrumpió él con voz severa—. Me lo prometí a mí mismo. He incumplido mi palabra.

Ella cerró *David Copperfield* mecánicamente y palideció.

—Su carta me ha llegado aquí —continuó él, de nuevo con tono suave.

—Dios... —Molly la había olvidado.

—La carta que me escribió para despedirse de mí. La escribió hace ya tiempo... menos de un mes, pero para mí hace ya mucho que pasó.

—Nunca he dejado que supiera... —comenzó Molly.

—El médico —le interrumpió una vez más, pero ahora con mayor suavidad— dio órdenes de que yo estuviera tranquilo. Supongo que usted pensó que si me lo decía yo podría...

—¡Perdóneme! —exclamó la joven—. ¡Sin duda debería habérselo dicho antes! ¡Sin duda no tengo excusa alguna!

—¿Y por qué debería decírmelo si prefería no hacerlo? Usted lo escribió. Y usted habla —levantó la carta— de que no podrá corresponderme jamás; pero usted le ha dado la vuelta a la situación. ¡Jamás podré pagarle con nada lo que ha hecho por mí! ¡Con nada! Así que pensé que regresaría a Sunk Creek y la dejaría marcharse, en caso

de que no quisiera darme esa clase de adiós. He visto las cajas. La señora Taylor es una mujer demasiado buena para dominar el arte de mentir y no fue capaz de ocultármelo. He sabido que se marchaba para siempre desde la primera vez que vi esas cajas. Pero, de repente, llegó su carta, y no parece dejarme otra elección más que sincerarme con usted. He pensado mucho tiempo mientras he estado en este cuarto. Y hoy puedo expresar lo que he pensado. Yo no podría hacerla feliz... —Hizo una pausa, pero ella no intervino; la voz del sureño se había ido debilitando hasta convertirse casi en un susurro.

Al escuchar esas palabras, Molly apartó su rostro, cegada de repente por las lágrimas.

—En otro tiempo pensé que el amor sin duda debía bastar —continuó—. Y pensé que, si lograba que me amara, podría enseñarme a ser menos... menos... más como los de su clase. Y creo que yo podría darle un amor de los buenos. Pero eso no evita los pequeños y molestos detalles del día a día que provocan las asperezas entre personas unidas de forma tan íntima. La señora Taylor... ella no conoce nada mejor que lo que conoce el señor Taylor. Ella no desea nada que él no pueda darle. Los amigos de ella harán cualquier cosa por él y los de él por ella. Y cuando soñaba con usted en mi hogar... —Cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro; finalmente, volvió a mirarla—. Esta no es tierra para una dama. ¿Será capaz de olvidar y perdonar todas las inconveniencias que le he causado?

—¡Oh! —gritó Molly—. ¡Oh! —y se cubrió los ojos con las manos. Se había levantado y permaneció de pie con el rostro cubierto.

—Sin duda debía contarle todo esto, ¿no cree? —dijo el vaquero con voz débil.

—¡Oh! —repitió Molly.

—Ya he dejado claras las cosas —continuó—. Debería haber visto desde el principio que yo no era la clase de hombre que la haría feliz.

—Pero —dijo Molly—, pero yo... usted debería... ¡por favor, intente que sea feliz!

Y arrodillándose junto al asiento del sureño, escondió el rostro en sus rodillas.

Sin palabras, el sureño se inclinó hacia delante y la abrazó, posando las manos en aquel cabello que tanto le había deleitado. Finalmente, susurró:

—Me ha ganado, ¿cómo puedo luchar contra esto?

Ella no respondió. El retrato de la abuela Stark en su marco, rosada, melancólica y muy rubia, no demasiado confiada, ni demasiado sonriente, presidía la estancia silenciosa.

XXVIII

NINGÚN SUEÑO DEL QUE DESPERTAR

Mucho tiempo después de que Molly se marchara, él permaneció inmóvil, estirado en la silla. Tenía los ojos clavados en la ventana abierta y en el sol allá fuera. Contemplaba el movimiento de las hojas de los verdes álamos. ¿Qué le había dicho al marchar? «Ahora sé lo desdichada que he sido». Repetía mentalmente estas dulces palabras una y otra vez, temiendo de alguna manera perderlas. Y, en ocasiones, a punto estaba de hacerlo, pero con un salto mental las recuperaba y las guardaba... y entonces:

—Todavía no me siento fuerte —murmuró—. Debo de haber estado muy enfermo.

Debilitado por la herida de bala y la fiebre, cerró los ojos sin darse cuenta. Y allí estaban los álamos otra vez, meciéndose, meciéndose, y sentía el aire frío y agradable que llegaba de la ventana. Vio haces de luz agitándose sobre las cenizas en la hoguera de la gran piedra.

—He estado dormido —dijo—. Pero sin duda ella estuvo aquí. Oh, sí. Sin duda alguna. Se tiene que ir todos los días porque el doctor dice... ¡caramba, me estuvo leyendo! —exclamó en voz alta—. *David Copperfield* —y ahí estaba en el suelo—. ¡Ajá! ¡Te pillé! —dijo—. ¡Pero cuánto me temo!... Eres un idiota. Por supuesto que es cierto. Ningún delirio lograría hacerte sentir así.

Posó la mirada unos instantes en la chimenea, junto a la cornamenta de ciervo, y luego la dirigió hacia el estante donde estaban los libros de Molly; pero se detuvo antes de llegar a ellos.

—Será mejor que deje claros los nombres antes de mirar —dijo—. He sufrido un montón de visiones engañosas. Y, suponiendo que todo esto no sea más que la enfermedad engañando mis sentidos... querría morir. ¡Me moriría! Bueno, veamos. Si *Copperfield* está en el suelo —miró con cautela el libro para asegurarse de que así era—, entonces ella me lo estaba leyendo cuando ocurrió todo y, entonces, tendría que haber un hueco en la hilera de libros, el estante superior a la izquierda. Arriba, izquierda —repitió, y levantó temeroso la mirada a aquel lugar—. ¡Ahí está la prueba! —exclamó—. ¡Todo es cierto!

Y entonces advirtió el retrato en miniatura de la abuela Stark.

—Te pareces tanto a ella —susurró—. Sin duda, sois terriblemente parecidas. ¿Me permite que la bese a usted también, señora?

Entonces, se levantó de su asiento tambaleándose. La manta de los navajos cayó de sus hombros y, poco a poco, probándose, se incorporó. Apoyándose en la mano fue avanzando lentamente por la pared de la habitación y bordeando el rincón llegó hasta la pared opuesta haciendo muchas pausas; por fin alcanzó el cuadro y tocó suavemente la frente de la dama ancestral con los labios.

—Le prometo que haré feliz a su niña —susurró.

Casi se cayó al inclinarse hacia el retrato, pero logró sujetarse y permaneció de pie con mucho cuidado, tembloroso y hablando para sus adentros.

—¿Dónde está tu fuerza? —se preguntó—. Supongo que es la alegría la que te ha debilitado las piernas.

La puerta se abrió. Era ella, que regresaba con la cena para él.

—¡Por todos los santos! —exclamó, y tras dejar la bandeja sobre la mesa, corrió hacia él. Le ayudó a sentarse otra vez y lo volvió a tapar. No había sufrido ningún daño, pero ella siguió abrazada a él, y finalmente él se movió y se permitió besarla con toda la pasión.

—Seré bueno —susurró él.

—Debes serlo —dijo ella—. ¡Se te veía tan pálido!

—Estás hablando bajito como yo —respondió él—. Pero no tenemos ningún sueño del que despertar.

—Era yo —susurró ella otra vez.

—¿Tú?

—Yo era la que dormía.

—¿Y yo por fin te he despertado?

Ella asintió levemente.

—Me encantaría escuchártelo decir una y otra y otra vez —dijo él. Ella sacudió la cabeza y rio—. ¿Entonces, solo merezco una vez? Bueno, tal vez sí, al menos por hoy. Mira esa pequeña dama en la pared. ¿Me oíste decirle que te haría feliz?

XXIX

LAS NOTICIAS LLEGAN A BENNINGTON

Mantuvieron su secreto durante un tiempo o, al menos, disfrutaban de ese placer especial de creer que nadie en todo el mundo a excepción de ellos sabía lo que les había sucedido. Pero creo que había una persona que sabía mantener aún mejor un secreto que nuestros dos amantes. La señora Taylor no comentó el asunto con ninguna persona. Sin embargo, no había nadie en Bear Creek más alegre y serena que ella. Esa peculiar severidad que había mostrado los días en los que Molly había estado guardando sus pertenencias en cajas se había esfumado por completo. Últimamente trataba cariñosa e indulgentemente a su «querida». Aunque, como ama de casa, la señora Taylor valoraba mucho la puntualidad a la hora de sentarse a la mesa y castigaba a sus vástagos cuando llegaban tarde sin una buena excusa, Molly ahora se libraba hasta de la más mínima reprimenda.

—Y no es porque no seas su madre —se quejó amargamente George Taylor—. Antes también la reñías. Y ahora solo a nosotros. ¡Ahí viene, justo cuando estamos a punto de acabar! ¿No le vas a decir nada?

—George —respondió la madre—, cuando hayas salvado la vida de un hombre, podrás hablar.

Así que Molly llegaba a las comidas con mucha irregularidad de horarios y sus comentarios sobre los problemas con su reloj solo encontraban silencio por respuesta. Sin embargo, resultaba extraordinaria la rapidez con la que la señora Taylor se había transformado de un día para otro en todo un dechado de delicadeza. Siempre había un hecho que despertaba inexorablemente en ella sentimientos hostiles. Cuando veía que llegaba una carta con el matasellos de Bennington sacudía el puño frente a la carta.

—¿Qué es esa tontería del orgullo familiar? —se decía—. Taylor podría ser un Hijo de la Revolución si se lo hubiera propuesto. Me pregunto si Molly ya se lo ha contado a su familia.

También salían cartas hacia Bennington, que la señora Taylor inspeccionaba como si el sobre pudiera transparentarse bajo su atenta mirada y así desentrañar su gran secreto, si es que había alguno. Pero, en realidad, esas cartas no contenían ningún gran secreto que desentrañar, hasta que un día... sí, un día la señora Taylor estuvo a punto de explotar, en un lugar donde explotar era una cosa que la gente hacía con frecuencia. Tres cartas fueron las causantes de tal emoción en la señora Taylor; una dirigida a Bennington, otra a Dunbarton y la tercera —y era esta la que mayor emoción le produjo— a Bennington, pero no con la delicada y pequeña caligrafía de la maestra de escuela. Era la mano de un hombre la que había escrito aquellas vocales y consonantes simples y firmes.

—¡Por fin! —exclamó la señora Taylor al verla—. Él mismo ha escrito a la madre de Molly.

Y eso es lo que el virginiano había hecho... y así es como llegó a escribir esa carta.

El periodo de convalecencia había llegado a su fin. Las semanas le devolvieron, tal vez no todas sus fuerzas (estas solo las terminaría de recobrar con millas de paseos al aire libre sobre la grupa de Monte), pero estaba lo suficientemente recuperado para iniciar el proceso. Cuando un paciente alcanza esta fase, sin duda ya se encuentra fuera de peligro.

Había salido a dar un corto paseo con su enfermera. Siguiendo indicaciones del médico, había dado ya algunos cuantos paseos cortos, comenzando por uno de cinco minutos y, por fin, hoy había logrado recorrer tres millas.

—No, no hemos ido muy lejos —dijo él—. Me temo que podría andar dos veces esta distancia.

—¿Lo temes?

—Sí. Porque significa que ya puedo regresar al trabajo. Y esta situación en la que hemos estado juntos se acaba.

Por toda respuesta, ella se apoyó en él.

—¡Mírate! —dijo él—. Hace tan solo unos días eras tú la que me tenías que ayudar a ponerme de pie. Y ahora... —Durante unos segundos se hizo el silencio entre ellos—. Nunca había estado tan enfermo —y continuó—: No que yo recuerde, quiero decir. Si alguien alguna vez me hubiera dicho que disfrutaría algo así... —y se calló, porque Molly se puso de puntillas y ya no fue posible ninguna otra palabra.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó él a continuación.

Ella se lo dijo.

—Bueno, si pudiera ser para siempre... no. Pero no de esta manera. ¡Imagino que entonces volvería a enfermarme! Pero podría ser para siempre solos tú y yo, y nadie más de quien preocuparse. Pero no creo que sea justo para tu madre que pase más tiempo. Entonces tendría un motivo para pensar mal de mí.

—¡Oh! —dijo la joven—. Mantengámoslo en secreto.

—No después de que me haya ido. Debemos informar a tu madre.

—Eso parece... ¿no podemos...? Oh, ¿por qué tiene que saberlo la gente?

—Tu madre no es «gente». Es tu madre. Me siento responsable ante ella por lo que he hecho.

—¡Pero lo hice yo!

—¿Eso crees? Tu madre no pensará así. Voy a escribirle hoy mismo.

—¿Tú? ¿Escribir a mi madre? ¡Oh, entonces, todo será tan diferente! Todos sabrán... —Molly se calló ante la imagen de Bennington. Contra el cuento de hadas en el que había estado viviendo con su amante vaquero resonaron las voces del mundo. Podía oírlas desde la lejanía. Podía ver los ojos de Bennington observando al vaquero a su lado. Podía imaginar los oídos de Bennington atentos a cualquier desliz en su inglés. Ya le abrumaba la ronda de visitas que tendrían que hacer. El timbre de las puertas, la espera en las salas de estar hasta que descendiera la señora de la casa y

pronunciara sus ya preparadas felicitaciones, mientras con disimulo devoraría con la mirada la apariencia del virginiano, su forma de estar de pie y de sentarse. Él llevaría guantes de seda en lugar de los guantes de ante con flecos. Con un suave abrigo y chaleco negros ¿cómo podrían percibir el hombre que era? Durante esas cortas visitas formales, ¿qué adivinarían de las cosas que ella conocía de él? Él hablaría poco y con palabras sencillas, y ellos dirían, «¡Oh, sí!», y «¡Este lugar debe de parecerle tan distinto a Wyoming!»... y luego, una vez cerrada la puerta, a sus espaldas, murmurarían... Lo menospreciarían, sin comprenderle en absoluto. ¿Por qué tendría que pasar él por todo aquello? ¡Jamás debería estar obligado a hacerlo!

Abrumada con todos estos pensamientos medio formados, apresurados y perturbadores que cruzaban su mente, la joven había olvidado por completo una verdad. Era cierto que la voz del mundo hablaría tal como ella había imaginado. Era cierto que, a los ojos de su familia y amistades, el hombre que había elegido sería examinado como un *espécimen* más que otros enamorados en estas ocasiones, y todos los enamorados para ser aceptados deben enfrentarse a este trago de ser tratados como especímenes por la otra familia. Pero ¡válgame el Cielo! La mayoría somos capaces de soportarlo, ¿no es cierto? Tal vez, no sea la experiencia más agradable que recordemos de nuestro matrimonio. Pero no es nada grave. De alguna manera, sobrevivimos a ello. Cenamos con tía Jane y tomamos una copa de vino con el tío Joseph, recibimos un corte de mangas del viejo primo Horatio, cuya enorme fortuna resulta ser de enorme importancia para todo el mundo. Y, tal vez, fragmentos de la valoración de la familia del otro nos llegan posteriormente a nuestros oídos. Pero si el elegido no puede soportar ser tratado como un espécimen por la otra familia, es que entonces es un recipiente tan frágil que no merece el amor de ninguna buena mujer. Y eso siendo magnánimo.

Pero el virginiano no era en absoluto lo que hasta su peor enemigo hubiera calificado de un recipiente frágil, y la intranquilidad que Molly sentía por la impresión que pudiera causar en Bennington era del todo innecesaria. Debería haber sabido que él, sin duda, se esforzaría por causar una buena impresión, pero también que la principal preocupación de su amado sería ella, que a ojos de las amistades de su amada ella viera justificada la elección de su recién casado. Por él, aparte de ella, ya podrían la tía Jane y el tío Joseph decir lo que quisieran, o pensar lo que desearan. Su persona estaba abierta al escrutinio de todos ellos. El juez Henry podría responder por él.

Esto es lo que él le habría dicho a su amada si ella le hubiera confesado sus inquietudes. Pero Molly no lo hizo y estas inquietudes no eran del tipo de sutilezas que la naturaleza del sureño fuera a adivinar. No sé de qué podría haber servido que ella se sincerara con él, aparte de ayudar a perfeccionar ese entendimiento mutuo entre amantes que, en efecto, es algo bueno. Pero no creo que él la hubiera tranquilizado mucho, y estoy seguro de que ella no habría sido capaz de todas formas de evitar que él escribiera la carta a su madre.

—Bueno, entonces —suspiró Molly finalmente—, si es eso lo que piensas, se lo diré.

Y ese suspiro de ella, bien entendido, no solo se debía a esas voces lejanas que se alzarían en su mundo a consecuencia de la buena nueva. También se debía a tener que decir adiós a ese mundo de cuento de hadas que ahora tendría que abandonar; ese territorio en el que él y ella habían convivido tan íntimamente solos, sin obstáculos y haciendo caso omiso del resto del mundo.

—Sí, díselo —le dijo su enamorado—. Y yo también debo decírselo.

—¿Los dos? —preguntó la joven.

¿Qué iba a contarle a su madre? ¿Qué le parecería a su madre la carta que él pudiera escribirle? Supongamos que escribiera mal alguna palabra. ¿No sería el inglés escrito un obstáculo más para su recibimiento y aceptación en Bennington?

—¿Por qué no le envías un mensaje a través de mí? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No le gustará, de todas formas —respondió—. Debo hablar con ella directamente. Sería como si escurriera el bulto.

Molly vio lo acertado que había sido el instinto del sureño en esta ocasión, y una tenue llama titiló subiendo desde los rescoldos de su amor y orgullo hacia él. ¡Oh, si al menos todos supieran cómo era en realidad cuando se le conocía! Ella no se atrevió a hablarle de sus temores por la carta que él iba a enviar a su madre. No se atrevió porque... bueno, porque le faltaba un poco de seguridad. Mucho me temo que se debió a eso. Y por ese pecado, ella se infligió a sí misma un castigo. Porque ese día, y otros muchos días por venir, el puro gozo de su amor quedó vejado y empañado, todo por su falta de seguridad; mientras que, para él, totalmente seguro de sí mismo, su gozo era cristalino.

—Dime lo que vas a escribir —dijo ella.

Él le sonrió.

—No.

—¿No me vas a dejar leerla cuando la hayas acabado?

—No —entonces, una mirada extraña invadió sus ojos—. Por supuesto que te dejaré leer cualquier cosa que escriba a otras mujeres —y entonces la besó con un beso largo—. Escribámosla juntos —le sugirió él, cuando regresaron a la habitación del enfermo, esa habitación que ella le había dejado—. Tú te sientas a un lado de la mesa y yo en el otro, y la escribimos; la acabaremos pronto.

—¡Oh cielos! —dijo ella—. Sí, supongo que esa será la mejor manera.

Así pues, tomaron sus asientos. El tintero se interponía entre ellos. Repartió suficientes hojas entre los dos como para escribir un discurso presidencial. Y plumas y lápices en abundancia. ¿No era aquel el cuartel general de la maestra de Bear Creek?

—Vaya, ¿no lo vas a escribir primero a lápiz? —exclamó ella levantando la mirada de su hoja en blanco. Él movía la pluma lentamente, pero con firmeza.

—No, no creo que lo necesite —respondió él con la nariz pegada al papel—. ¡Oh, maldita sea, un manchón! —Rompió la hoja en pequeños trozos y los lanzó a la chimenea—. Lo has llenado demasiado —comentó él y a continuación tomó el tintero y tiró un poco de su contenido por la ventana. Ella seguía perdida con varios comienzos fallidos. Si le hubiera oído maldecir, a ella no le habría importado. De hecho, le gustaba bastante cuando lo hacía. Él poseía esa cualidad de no ofender con sus imprecaciones. Es sorprendente lo mucho peor que puede sonar la misma palabra en los labios de un hombre u otro. Pero ella no le oyó. Tenía la mente rebosante de fragmentos de frases inacabadas. Cada pensamiento que iniciaba se desvanecía en el aire o se topaba con un muro de piedra. Así que allí estaba sentada, con los ojos fijos en esa hoja inexorable en blanco que se extendía frente a ella, a la espera, y entonces empezó a fijarse desgadamente en los distintos objetos del cuarto. Y mientras Molly seguía así sin avanzar nada, frente a ella, con la morena cabeza inclinada, la firme pluma se movía de una frase a la siguiente.

La joven advirtió que él le lanzaba miradas, ruborizado y solemne. Ese extraño color del agua marina que ella era incapaz de nombrar refulgía en sus ojos. Ahora ya doblaba su carta.

—¿La has acabado? —preguntó ella.

—Sí —dijo en voz muy baja—. Ahora me siento un hombre más honesto.

—Tal vez yo pueda hacer algo esta noche en casa de la señora Taylor —dijo ella mirando su hoja. En ella había escrito unas cuantas palabras tachadas. Eso era lo único que podía mostrar. ¡En esta tarea de escritura epistolar, sin duda el vaquero había superado con creces a la maestra!

Pero esa noche, mientras él dormía profundamente en su cama, ella seguía despierta en su habitación de la cabaña de los Taylor.

Por lo tanto, al día siguiente aquellas tres cartas partieron por el correo y la señora Taylor, por consiguiente, exclamó: ¡Por fin!

Un día antes de que el virginiano regresara al rancho del juez Henry para retomar su trabajo, Molly y él anunciaron la noticia. Lo que Molly dijo a la señora Taylor y lo que la señora Taylor le dijo a ella no es de ningún interés para nosotros, aunque sí lo fuera para las dos mujeres.

Pero dio la casualidad de que el señor McLean les visitó muy pronto por la mañana, para interesarse por la salud de su amigo.

—Lin —comenzó a decir el virginiano—, no hará ningún daño que lo sepas una hora antes que los demás. Yo...

—¡Dios mío! —dijo el señor McLean indulgentemente—. Todo el mundo lo ha sabido desde el día que ella te conoció en el manantial.

—Pero no había nada entonces —dijo el virginiano, molesto.

—¡Dios mío! Todo el mundo lo sabe desde siempre.

—¡Hum! —dijo el virginiano—. No sabía que este territorio estuviera lleno de cotillas.

El señor McLean se rio del amante con regocijo.

—Bueno —dijo—. La señora McLean se alegrará. Ella me dijo que te felicitara hace ya bastante tiempo. Ya tenía su felicitación lista para usarla en cuanto me dieras oportunidad —Lin se había casado felizmente hacía unos doce meses antes de esta conversación y ahora, a modo de intercambio de información, añadió—: Estamos esperando un pequeño McLean en Box Elder. Y eso es lo que esperarás tú también uno de estos días, espero.

—Sí —murmuró el virginiano—. Yo también lo espero.

—Y no hace falta ser adivino —dijo Lin—, para saber que ni tú ni yo vamos a andar mezclando los niños de otros nunca más.

Tras lo cual, se dieron la mano en silencio y se comprendieron perfectamente.

El día que el virginiano se separó de Molly, además del peso de la despedida que partía el corazón del sureño, los pensamientos de este también barruntaban tormenta por ciertas noticias. Los ladrones de ganado se habían vuelto más audaces. Desaparecían tanto cabezas de ganado como caballos, y todos empezaban a dudar incluso de sus vecinos.

—Alguien tendrá que tomar medidas pronto, supongo —dijo el enamorado.

—¿Tú? —preguntó ella, rápidamente.

—Lo más probable es que acabe mezclado en el asunto, sí.

—¿Y qué tendrás que hacer?

—No lo sé. Te lo contaré cuando regrese.

—¡Oh, espero, por favor, que no tengas nada horrible que contarme!

* * *

¿Y mientras tanto qué estaba ocurriendo en Bennington y en Dunbarton? Esas tres cartas, que simplemente por su exterior habían logrado conmover tanto a la señora Taylor, produjeron una dolorosa perturbación por su contenido.

Debemos recordar que Molly escribió a su madre y a su tía abuela. Abordó en primer lugar el anuncio a su madre. Su escritura le llevó tres horas y media y llenó once hojas, sin contar una posdata en la decimosegunda. La carta a la tía abuela solo le llevó diez minutos. No puedo pretender explicar por qué esta segunda carta era bastante superior a la otra, pero sorprendentemente así fue. Su comienzo, sin duda, hizo que la anciana diera un respingo; la mujer ya había descartado al vaquero de su lista de posibles candidatos.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó en voz alta en su dormitorio—. ¡Así que se ha echado a perder con ese tipo!

Pero algunas frases al final de la misiva la hicieron detenerse y quedarse sentada en silencio durante un buen rato. La severidad en sus facciones poco a poco se transformó en ternura.

—Ah, Dios mío —suspiró ella—. ¡Si el matrimonio fuera algo tan simple como el

amor! —A continuación, bajó las escaleras y salió al jardín, donde dio un largo paseo entre los parterres—. Pero ¿y si ha encontrado a su gran amor?... —se dijo la anciana dama por fin.

Regresó al dormitorio, abrió un cajón de su escritorio y leyó algunas viejas cartas.

A la mañana siguiente, recibió una notificación de Bennington. Esta nota había sido escrita frenéticamente por la pobre señora Wood. En cuanto pudo recuperarse de la impresión que recibió tras leer las once páginas y la posdata de su hija, la madre a su vez llenó ocho páginas dirigidas al miembro más veterano de la familia. Sin duda, la reacción de la pobre dama estaba más que justificada. Para empezar, Molly había llenado la primera página de la carta a su madre con la firme y expresa intención de prepararla. En consecuencia, perdió todo su sentido. Su efecto fue el efecto habitual de los comentarios destinados a revelar algo de forma suave. Meramente hizo que a la señora Wood comenzara a darle vueltas la cabeza y la invadiera un temor tremendo.

—Oh, por piedad, Sarah —exclamó la dama—, ven aquí. ¿Qué significa todo esto?

Y, a continuación, reforzada por su hija mayor, dio la vuelta a la primera hoja y descubrió lo que significaba en el primer párrafo de la segunda.

—¡Un salvaje con cuchillos y pistolas! —se lamentó la mujer.

—Bueno, madre, siempre te lo he dicho —dijo su hija Sarah.

—¿Qué es un capataz? —exclamó la madre—. ¿Y quién es el juez Henry?

—Se va a casar con una especie de subalterno de primera categoría —dijo Sarah—. Si se permite que esto acabe en boda dudo mucho que pueda asistir. —Esta amenaza también la repitió ante Molly y los resultados de la misma serán presentados en el momento adecuado—. Por lo visto, el hombre también me ha escrito —dijo la señora Wood.

—No tiene ni idea —dijo Sarah.

—¡Tonterías! —dijo más tarde el marido de Sarah—. Es algo que todo hombre debería hacer.

Y de esta manera la consternación se apoderó de la casa en Bennington. Molly podría haberse ahorrado todas sus frases asegurándoles lo mucho que la gente apreciaba a su vaquero y las buenas expectativas laborales que tenía. Así que, en los primeros estertores de su desesperación, la señora Wood envió aquellas ocho hojas no maduras lo suficientemente a la tía abuela.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó la tía abuela cuando las leyó. Sus facciones se mostraban mucho más duras ese día—. ¡Por la carta, uno pensaría que la joven ha sido raptada! ¡Caramba, pero si le ha hecho esperar tres años! —Y luego siguió leyendo, pero pronto dejó la carta sobre la mesa a carcajada limpia. Porque la señora Wood había repetido en su misiva la exclamación que profirió anteriormente sobre cuchillos y pistolas—. Ja, ja —rió la anciana— ¡qué idiota que es la pobre Lizzie!

Así que se sentó y escribió a la señora Wood una contundente respuesta conminándola a confiar más en su propia carne y sangre y recordándole entre otras

cosas que el propio general Stark solía llevar encima cuchillos y pistolas por imperativos de su oficio, pero que ocasionalmente se los quitaba, como sin duda aquel joven de Wyoming también haría. «Sería mejor que me hubieras adjuntado la carta que él te envió», concluyó la anciana. «Sabré mucho mejor qué pensar del caballero tras haber visto esa carta».

Probablemente, la señora Wood no sintió mucho alivio al leer esta misiva y su hija Sarah de hecho se puso furiosa.

—Se vuelve más perversa cuanto más chochea —afirmó Sarah.

Pero finalmente enviaron la carta del virginiano a Dunbarton, donde la vieja dama se sentó y la leyó con mucha atención.

Y esto es lo que el virginiano había escrito a la madre desconocida de su amada.

SEÑORA JOHN STARK WOOD,
Bennington,
Vermont.

Señora, si su hija la señorita Wood le ha contado algo acerca de salvar la vida a un hombre aquí cuando unos indios le dispararon, ese es el hombre que le escribe ahora. No creo que ella le haya hablado sobre el suceso como debiera porque es la única en este territorio que cree que fue una nimiedad. Así que yo se lo contaré, al menos lo principal. Su acción habría sido tenida en muy alta consideración en una joven del Oeste, pero con la educación de la señorita Wood nadie hubiera podido esperar algo así.

—¡Claro que sí! —resopló la tía abuela—. Bueno, él tendría razón si yo no hubiera tenido mucho más que ver en la «educación» de Molly que la propia Lizzie. Y continuó leyendo.

Yo estaba a punto de morir cuando la señorita Wood me encontró. No era consciente de lo que sucedía entonces, pero ella me arrastró y me sacó cuando estaba con un pie en el más allá. Ella no sabía si los indios la atacarían también, pero no pude convencerla de que me dejara allí. Yo soy un hombre pesado, de unos setenta y ocho kilos desnudo cuando estoy sano. Ella me levantó por sí sola del suelo y yo apenas podía ayudarla porque ya no me quedaban fuerzas ese día. Me lavó la herida y me reanimó con su propio whisky. Antes de llevarme sano y salvo a casa se me fue la cabeza, pero ella me mantuvo en el caballo y me distrajo hábilmente hablándome para que me concentrara en ella y no perdiera del todo la cabeza hasta dejarme postrado en cama. El médico afirma que habría muerto si ella no me hubiera curado de la forma en que lo hizo. Eso me hizo amarla más de lo que pensé que podría amarla. Pero no acaba ahí, porque escribir sobre eso me hace amarla aún más.

Y ahora, señora Wood, siento que estas serán malas noticias para usted. Sé

que jamás elegiría a un hombre como yo para ella porque no poseo ninguna educación y debo reconocer mi humilde cuna. Ojalá pudiera darle mejores noticias, pero es preferible la verdad.

Provengo de una vieja familia del territorio de la Virginia inglesa y una abuela irlandesa-escocesa que el padre de mi padre llevó desde Kentucky. Siempre hemos estado establecidos en el mismo lugar como granjeros y cazadores, sin progresar más en la vida, y con una vida bastante normal. Luchamos cuando tuvimos oportunidad de hacerlo, bajo las órdenes del viejo Hickory, y en México, y mi padre y dos hermanos murieron en Valley en el sesenta y cuatro. En nuestra familia, uno de los hijos siempre ha sido capaz de escapar de esa situación y me tocó a mí en esta ocasión. Tenía demasiados hermanos mayores como para sentirme a gusto. Pero ahora me va bien y con buenos presagios para el futuro; no soy demasiado viejo y poseo la suficiente fuerza después de resistir las embestidas que he sufrido en la vida. Ella dejará de enseñar en la escuela cuando sea mi esposa. Ojalá pudiera hacer que estas noticias fueran más llevaderas para usted, señora Wood. No me gustan las promesas, pues he escuchado demasiadas. Responderé a las preguntas que los hombres de su familia quieran hacerme, y el juez Henry puede responder sobre mi reputación. He visto muchas cosas desagradables, pero puedo decir que jamás he matado por placer ni por provecho, no soy de esa clase de hombres, y siempre he preferido la paz. He tenido que vivir en lugares donde tenían tribunales y abogados, pero en quinientas millas a la redonda no se podía encontrar más que a un hombre honesto. No le he contado a su hija estas cosas porque me avergüenzo de ellas, pero hay cuestiones demasiado oscuras para que una joven como ella las oiga.

Preferiría contarle por qué sé que amo a la señorita Wood. Ya no soy un niño y las mujeres no son algo nuevo para mí. Un hombre como yo, que ha viajado, conoce a muchas mujeres de paso, pero yo me paré en seco cuando conocí a la señorita Wood. De eso ya hace tres años, pero todavía no me he ido. ¿Y qué derecho tiene él?, se preguntará usted. Lo mismo dije yo después de que ella me salvara la vida. Se hizo difícil llegar a ese punto y seguir allí teniéndola tan cerca todo el día. Pero me dije a mí mismo que ya la había molestado durante tres años con mi amor, y que si permitía que mi amor la molestara es que no la amaba como se merecía y debía desistir por el bien de la persona que me salvó la vida. No sabía qué haría con mi vida después de eso, pero supuse que podría irme a otra parte y trabajar duro y, entonces, señora Wood, le dije que me rendía. Pero ella me dijo que no lo hiciera. Le va a resultar difícil acostumbrarse a un hombre como yo...

Pero, en este punto de la carta del virginiano, la vieja tía abuela ya no pudo leer más. Se levantó y se dirigió al escritorio donde guardaba sus propias cartas desvaídas.

Apoyó la cabeza sobre el paquete de correspondencia y, mientras derramaba sus lágrimas silenciosamente sobre este, susurró:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Y esto es lo que yo perdí!

Al día siguiente escribió a su niña en Bear Creek. Y estas palabras que llegaron de Dunbarton fueron como un bálsamo entre los duros aguijonazos que Molly estaba recibiendo. Las voces de su mundo le llegaban cada vez en mayor cantidad, y ni una sola de ellas, a excepción de las de su tía abuela, habían sido agradables. Sus días estaban llenos de heridas, y no había nadie a su lado para curárselas a besos. Ni tampoco supo nada de su amado desde ese momento. Solo sabía que se había marchado a regiones solitarias para cumplir un encargo.

Ese encargo lo llevó a tierras lejanas.

A través de la Cuenca, recorriendo los lugares secretos del Owl Creek, más allá de Washakie Needles, al otro lado de la Divisoria hasta el Gros Ventre, y desde allí a través de una barrera final de picos hasta los límites del este de Idaho. Allí, gracias a la invitación que recibí, me encontré con él y compartí parte de su encargo.

Viajé a su encuentro sin guía. Mencionó una pequeña estación de tren y desde allí planificó mi ruta empleando puntos de referencia. Si creyera en los augurios, la negra tormenta bajo la que partí sobre mi caballo me lo parecería hoy día. Pero yo había estado viviendo en ciudades y entre humo, así que Idaho, incluso bajo la lluvia, me resultaba todo un placer.

XXX

UN ESTABLO EN LA LLANURA

Cuando el primer punto de referencia, el solitario grupo de álamos, apareció por fin oscuro y borroso bajo la suave lluvia, destacándose tal vez a una milla de los lejanos edificios, mi exhausto cuerpo respiró aliviado ante la proximidad del reposo. A excepción de la parada del mediodía, llevaba sentado en la silla desde las seis y ahora eran de nuevo las seis. El rancho, mi lugar de descanso de aquella noche, eran unas ruinas... una cabaña-establo-corrал. Sin embargo, tras doce horas sin parar a través del silencio, la circunstancia de seguir con ese silencio, comer e irme a dormir se ajustaba perfectamente a mi estado tanto físico como mental. A las doce de la mañana, cuando me quité el largo impermeable, la simple visión del periódico medio asomando por el bolsillo me trajo el desagradable recuerdo del ferrocarril, de las ciudades y la vida ajetreada. En todo caso, de poco iba a servirme para encender una hoguera. Las grandes llanuras que me rodeaban se extendían frescas y sin polvo por el tiempo lluvioso, y desde ellas me llegaban dulces aromas. Frente a mí, en la lejanía, las colinas se alzaban bajo la lluvia, indefinidas y místicas. No deseaba hablar con nadie, ni tampoco la proximidad de ningún otro ser humano. Había quedado atrapado por el hechizo de la tierra primigenia; incluso los propios pensamientos dejaron de fluir. Tumbarse con animales salvajes, con alces y ciervos, hubiera hecho mi ensoñación perfecta, y como tal sueño no era posible, el ganado disperso alrededor de los edificios vacíos, meros puntos todavía en la lejanía que me separaba, fueron mis apropiados compañeros durante esa velada.

La noche siguiente probablemente estaría acampado con el virginiano a los pies de las colinas. Siguiendo las instrucciones de su carta había viajado al este por Idaho, tras abandonar la cacería en la sierra Saw Tooth para hacer este viaje con él de regreso atravesando las Tetons. Era una ruta que solo él y no muchos otros hombres honestos conocían. El Paso del Ladrón de Caballos fue el nombre con el que lo mencionó en su carta. Cuestiones de negocios (siempre era parco en estos temas) requerían de su presencia allí en estos momentos. A su regreso, debía atender ciertas cuestiones en el territorio del Wind River. Allí yo podía marcharme en diligencia hasta la estación de ferrocarril, o regresar con él a Sunk Creek. Eligió para nuestro encuentro la bifurcación de un pequeño río a los pies de las colinas que aparecieron ante mí al final del trayecto del día. No había posibilidad de que él recibiera un mensaje mío mientras tanto. Si, pasado un determinado plazo de tiempo, yo no había llegado a la bifurcación, daría por sentado que yo había hecho otros planes. Para mí era como volver a vivir en épocas pasadas, esta manera de encontrarme con mi amigo, esa elección de un río tan lejano y solitario, hasta el punto de que su propio curso estaba mal reflejado en los mapas. Y dejar atrás todo el ruido y las máquinas y partir plácida y lentamente, con un caballo de carga, hacia territorio salvaje, me hizo

sentir que la vieja tierra era en efecto mi madre y que la volvía a encontrar tras haber estado perdido entre edificios, convenciones y restricciones. Llegaría tres días antes a la bifurcación... tres días de margen me parecían una prudente precaución en caso de producirse algún retraso inesperado. Si el virginiano no estaba allí, bien; yo podría pescar y ser feliz. Si estaba ya allí pero no listo para partir, bien; podría también pescar y ser feliz. Y al recordar mi bisoñez de viajero del año que nos conocimos, me agradaba pensar cómo aquel hombre había llegado a confiar en mí. En aquellos tiempos no se me había permitido alejarme del rancho mucho más que para dar algún paseo a caballo vespertino y a menos que él me guiara con una soga, por decirlo de alguna manera; ahora yo solo recorría espacios ignotos sin ningún guía. El hombre capaz de hacer esto ya no podía ser considerado un «novato».

Mi vista, mientras cabalgaba, captaba plácidamente el borroso pie de las colinas (el objetivo para el día siguiente) y más cerca, en la vasta y húmeda llanura, el grupo de álamos, y aún más cerca mi alojamiento para la noche, con ganado esparcido alrededor. Y, entonces, mi caballo relinchó. Noté que su paso cogía fuerza hacia el final del camino, y cuando me incliné para darle unas palmadas en el cuello advertí que ya no tenía las orejas laxas y poco atentas, sino que apuntaban hacia delante, donde nos esperaban a ambos la comida y el descanso. Relinchó dos veces, con impaciencia y largos relinchos, y cuando aceleró el paso aún más, el caballo de carga hizo lo mismo y me di cuenta de que todavía quedaba en mí un atisbo del novato: esos puntos no eran ganado, sino caballos.

Mi caballo me había confundido. Había reconocido a los de su especie desde lejos y ahora corría hacia ellos. Yo todavía no poseía la agudeza visual del hombre de las llanuras y sonreí levemente mientras cabalgaba. ¿Cuándo llegaría a distinguir, de forma instintiva, los distintos aspectos de los caballos y el ganado a una distancia de unas dos o tres millas de llanura?

Recorrimos pronto esas millas. Los edificios cambiaron de aspecto al aumentar de tamaño, mostrando su desolación más claramente y, por algún motivo, provocando cierto temor en mi estado de ánimo. Y, alrededor de estos, todos los caballos con las orejas erectas, observándome mientras me acercaba al lugar... había algo extraño en ellos, ¿o se debía al silencio? Porque el silencio que tanto había disfrutado hasta ahora, de repente pareció hacerse inmenso ante la presencia de los edificios desiertos. Y, entonces, la puerta del establo se abrió y unos hombres salieron y se quedaron de pie, mirándome también. Cuando ya estaba desmontando aparecieron más. No tenía sentido que me sintiera tan incómodo y tuve que hacer un esfuerzo para que mi saludo sonara relajado. Les dije que esperaba que quedara espacio para uno más para pasar la noche. Algunos respondieron a mi saludo, pero ninguno me respondió a esa pregunta, y cuando empecé a sospechar que reconocía algunos de sus rostros extrañamente imperturbables, el virginiano salió del establo; ante tan esperada visión, la sensación de alivio que me embargó habló por mí.

—¡He llegado, mira!

—Sí, lo veo.

Le miré fijamente, porque en su voz detecté la misma extrañeza que había sentido en todo lo que me rodeaba. Pero él miraba a sus compañeros.

—Este caballero es amigo —les dijo.

—Podría ser —dijo uno al que ahora sabía que había visto antes en Sunk Creek —, pero no se le esperaba esta noche.

—Ni mañana —dijo otro.

—Ni siquiera pasado mañana —añadió un tercero.

El virginiano retomó su lento rezongueo.

—¿Es que ninguno de vosotros nunca habéis llegado antes de tiempo a nada?

Uno replicó, riéndose.

—Oh, no sospechamos que seas cómplice.

—Ni siquiera sabiendo lo idiotas que tú y Steve erais —dijo otro.

Fueran cuales fueran las bromas que pretendían con estos comentarios, no fueron recibidas como tales. Observé que algo parecido a un estremecimiento cruzó el rostro del sureño y luego enrojeció. Pero ahora se dirigió a mí.

—Esperábamos haber acabado antes de esto —dijo—. Siento muchísimo que hayas venido esta noche. Sé que habrías preferido mantenerte al margen.

—Queremos que se explique él mismo —intervino uno de los hombres—. Si nos convence, es libre de marcharse.

—¡Libre de marcharme! —exclamé yo, entonces.

Pero al advertir la indulgencia en las comisuras de sus labios al sonreír, me calmé.

—Caballeros —dije—, no sé por qué les interesan tanto mis asuntos. ¡Me siento halagado! ¿Podríamos ir bajo techado mientras me explico?

Ninguna otra petición habría sonado más natural, porque justamente se había puesto a diluviar en oleadas verticales. Sin embargo, se hizo un silencio antes de que uno de ellos respondiera.

—No es mala idea.

El virginiano decidió no decir nada más, pero entró junto a mí al establo. Dos hombres estaban allí sentados juntos y un tercero los vigilaba. Al ver la escena, supe de repente con lo que me había topado, y dejándome llevar por un impulso, murmuré al virginiano:

—Vais a ahorcarlos mañana.

Él se mantuvo en silencio.

—Tiene tres oportunidades para adivinarlo —dijo un hombre a mis espaldas.

Pero no las necesité. Y al sobresaltarme ante dicho descubrimiento, recordé de nuevo el bosquecillo de álamos, negros y lúgubres. No había otros árboles lo suficientemente altos en diez millas a la redonda. Este, entonces, era el asunto al que el virginiano había aludido en su carta con tanta brevedad. Dirigí la mirada a todos los rincones del establo, pero no había otros prisioneros allí. Esperaba ver a Trampas, y temí ver también a Shorty; porque la pobre y estúpida honestidad de Shorty resultó

no ser inmune a las tentaciones de la frontera y había abandonado la compañía de sus antiguas amistades. Frecuentemente, en los últimos tiempos había escuchado a los hombres de Sunk Creek hablar acerca de dar un golpe contra cierta cuadrilla de ladrones de caballos y ganado que robaban en un territorio y lo vendían en el vecino, y que sabían dónde esconderse en las montañas intermedias. Y ahora había llegado el momento; habían unido fuerzas, se formó una gran expedición y allí se encontraban, tras el éxito bajo el liderazgo del virginiano, pero un poco más tarde de lo esperado. Y allí estaba yo, demasiado pronto, y en consecuencia testigo de todo aquello. Mi presencia parecía algo fácil de explicar, pero cuando terminé de dar mis explicaciones, uno de ellos dijo con tono amistoso:

—Así que nos ha encontrado aquí, y nosotros le hemos encontrado aquí, ¿quiénes son los más sorprendidos, me pregunto?

—No hay manera de saberlo —respondí, manteniendo un tono lo más cordial posible—, ni tampoco quién tiene mayores problemas al respecto.

—Oh, ningún problema por nuestra parte. Es bienvenido a quedarse. Pero no a marcharse, supongo. No es bienvenido a marcharse, ¿verdad?

Por los rostros de los hombres como respuesta a su pregunta estaba claro que no.

—No hasta que hayamos acabado —dijo uno de ellos.

—No hace falta que vea nada —añadió otro.

—Será mejor que duerma hasta tarde mañana por la mañana —me sugirió un tercero.

No deseaba quedarme allí. Podría haber acampado separado de ellos en la oscuridad, pero no pude hacer nada ante su innecesaria cautela. No intenté preguntar qué clase de espía pensaban que era, qué clase de rescate podría realizar yo en ese solitario territorio; mi aparición demasiado temprana parecía ser lo único que les importaba. Y, de nuevo, mis ojos buscaron a los prisioneros. Sin duda, solo había dos. Uno mascaba tabaco y hablaba de vez en cuando con su guardia como si no ocurriera nada. El otro permanecía sentado en silencio, sin mover los ojos, pero sí sus facciones, y me percaté de que se humedecía los labios secos continuamente. Mientras miraba a aquellos prisioneros condenados, cuyo destino me habían recomendado que evitara durmiendo por la mañana, el que mascaba tabaco me saludó silenciosamente con un movimiento de cabeza.

—¿No me recuerda? —dijo.

¡Era Steve! ¡Steve de Medicine Bow! El agradable Steve que conocí en mi primera velada en el Oeste. Algún cambio en la barba hizo que tardara más en reconocer su rostro. Y allí estaba sentado, sentenciado a muerte. Un escalofrío doloroso me privó del habla.

Él no tenía unos sentimientos tan frágiles.

—¿Ha estado en Medicine Bow últimamente? —preguntó—. Hace ya bastante tiempo de aquello.

Asentí. Me habría gustado decir algo natural y agradable, pero las palabras se

rebelaban contra mi voluntad y me quedé paralizado e incómodo, advirtiéndome distraídamente que el otro llevaba una camisa de franela gris como la mía. Steve me miró y vio en el bolsillo el periódico que llevaba en el tren y en el que había anotado con un lápiz unos cuantos gastos. Me preguntó si me importaría dejárselo un rato y yo se lo ofrecí ávidamente, pidiéndole que se lo quedara todo el tiempo que quisiera. Me mostré excesivamente nervioso por la vergonzosa reacción que había tenido.

—No hace falta que me lo devuelva de todas formas —dijo—, esas anotaciones no son importantes. Por favor, quédeselo.

Él me lanzó una breve mirada y sonrió.

—Gracias —dijo—. No lo necesitaré a partir de mañana por la mañana —comenzó a examinar las hojas—. Se da casi por segura la elección de Jake —dijo a su compañero, que no respondió—. Bueno, el condado de Fremont se lo debe a Jake.

Y lo dejé inmerso en las noticias locales.

He visto hombres muertos en muchas ocasiones, incluso algunos yaciendo pálidos y horribles tras muertes violentas, y al final uno termina acostumbrándose, pero espero no tener jamás que estar en compañía de hombres a la espera de ser ajusticiados. A estas horas al día siguiente, la camisa de franela gris cubriría el cuerpo de un cadáver. ¿En qué momento Steve dejaría de mascar? Finalmente, logré que pensamientos como estos no ofuscaran mi mente, pero pedí que me dejaran pasar la noche en otro lugar y les sugerí la cabaña adyacente. Por sus rostros, vi que mis palabras tan solo lograron ahondar aún más su desconfianza hacia mí. En la cabaña había demasiadas goteras, dijeron; dormiría más seco allí. Un hombre me lo expuso más directamente:

—Si ya se había decidido a pasar la noche en este establo, ¿qué le ha hecho cambiar de idea?

¿Cómo podría decirles que me estremecía ante el más leve contacto con lo que estaban haciendo, aunque sabía que solo así se podía hacer justicia en ese territorio? Sus acerados nervios de hombres de frontera no sabían nada de ese tipo de finezas.

Pero el virginiano lo entendió en parte.

—Estoy profundamente apenado por la incomodidad —dijo, y ahora advertí que él sentía una tensión muy distinta a la relajación del resto de sus compañeros.

Tras doce horas a caballo, mis huesos ansiaban el descanso. Extendí la manta sobre un poco de paja en uno de los cubículos y me enrollé en ella; sin embargo, me quedé allí tumbado totalmente despierto, y mis sentidos excitados espoleaban cada pulgada de mi cuerpo extenuado. Durante un rato siguieron reunidos en consejo, susurrando cautelosamente, así que me entró la curiosidad al no poder escucharlos. ¿Eran los nombres de Trampas y Shorty los que pronunciaron una o dos veces? No estaba seguro. Oí que los hombres susurrantes se callaban y se separaban. Escuché las botas clavándose en el suelo. Y escuché las respiraciones de los durmientes que comenzaban y crecían en el silencioso interior. Uno tras otro el sueño les fue venciendo, pero no a mí. Fuera, se escuchaba el mortecino y persistente repiqueteo de

la lluvia contra el suelo y, en algún rincón, el constante palpitante de una gotera. En ocasiones, entraba una ráfaga de viento frío trayendo consigo el penetrante olor a humedad de la artemisa. Cientos de noches ese perfume había sido mi última sensación antes de dormirme; parecía ayudarme a conciliar el sueño, pero ahora seguía despierto y pensando en todo aquel asunto. En dos ocasiones, con el paso de las horas, los ladrones cambiaron de posición con torpes movimientos, intercambiando palabras quedas con su guardia. Y de igual manera, con frecuencia, escuché moverse y susurrar a otros compañeros en la oscuridad para volver a echarse otra vez. Fue la propia naturalidad y normalidad de todos los hechos de la noche: la paja del establo, la lluvia allí fuera, las mantas que me eran tan familiares, las frías ráfagas de viento, junto a la imagen de Steve mascando y el hombre de la camisa gris de franela, lo que hicieron que estas horas intempestivas me mantuvieran tenso por el suspense. Por fin, escuché que alguien se levantaba y se vestía. Poco después, percibí luz a través de los párpados cerrados y luego, de repente, la oscuridad volvió a cerrarse sobre ellos. Habían acercado un quinqué y me habían encontrado a mí por equivocación. Yo era el único al que no deseaban despertar. Hablando en voz baja al tiempo que se alejaban, me dejaron allí y comenzaron a salir del establo. Con los rayos de la luz del nuevo día que se coló en el establo, mi mente viajó hasta el bosquecillo de álamos y me quedé totalmente rígido con los pies y las manos cada vez más fríos. Ahora iba a pasar. Me pregunté cómo lo harían; en una ocasión un testigo me describió una de estas ejecuciones, pero en ese caso el ahorcamiento fue desde un puente y solo hubo una víctima. Esta mañana, ¿tendría uno que esperar y ver cómo ajusticiaban al otro primero?

Me llegó olor a humo, y a continuación el tintineo de los platos metálicos. Me había olvidado del desayuno y uno de ellos lo estaba preparando ahora en el espacio seco del establo. Estaba solo, porque todas las voces y pasos se escuchaban fuera del establo, y pude captar el ruido de los caballos que estaban siendo conducidos al interior del corral y ensillados. Luego percibí que el café ya estaba listo y casi inmediatamente el cocinero los llamó. Uno entró y cerró la puerta tras de sí, y el resto de los hombres hicieron lo mismo. Cada vez que se abría la puerta, yo veía la luz del día penetrando en el interior del establo y escuchaba el repiqueteo más fuerte de la lluvia. Entonces, el sonido y la luz volvían a apagarse, hasta que alguien, por fin, habló bruscamente, ordenando que dejaran la puerta abierta para que saliera el humo. ¿De qué se escondían?, preguntó. ¿Los fugitivos que habían escapado? Una risa siguió a esta ocurrencia y la puerta quedó abierta. Así averigüé que había habido más ladrones que los dos que habían sido capturados. Esto les daba más pie a sospechar de mí y de mi preocupación por pasar la noche en otro lugar. No les costó nada detenerme, y no querían correr ningún riesgo, por muy pequeño que fuera.

El aire fresco y la luz llenaron ahora el establo y yo presté atención mientras hablaban durante el desayuno. Parecían estar más a gusto ahora que yo no tenía nada más que hacer que continuar fingiendo que dormía en el cubículo; hablaban

cordialmente y como de costumbre, como si aquella fuera otra mañana más de la semana para ellos. Se dirigían a los prisioneros con una especie de fraternal amabilidad, sin incluirlos abiertamente en la conversación, pero tampoco dejándolos fuera. Me imaginé que debían de estar sentados en un círculo desayunando juntos, aquellos que tenían que morir y aquellos que tenían que ajusticiarlos. No escuché hablar al virginiano. Pero oí la voz de Steve; debatía con sus captores diversos aspectos de su captura.

—¿Recordáis un pajar? —preguntó—. ¿Bastante al norte de la bifurcación sur del Gros Ventre?

—Eso fue el jueves por la tarde —respondió uno de los captores—. Cayó un chaparrón.

—Sí. Llovió. Os engañamos en esa ocasión. Yo estaba echado sobre el saliente encima de vosotros para informar de vuestros movimientos.

Varios de los hombres rieron.

—Pensamos que estarías en Spread Creek...

—Me imaginé que pensarías eso por la ruta que tomasteis tras dejar atrás el pajar. El sábado os vimos daros la vuelta en dirección a Spread Creek. Nosotros estábamos escondidos entre los árboles de la orilla opuesta del río Snake. Esa fue otra ocasión en la que os engañamos.

Volvieron a reírse de ellos mismos. He oído a hombres mandar en una mano de whist con mayor acritud.

Steve continuó:

—¿Nos dirigíamos a Idaho? ¿O daríamos la vuelta y cruzaríamos la Divisoria? ¡No tenéis ni idea de lo que haríamos! Y cuando os condujimos hasta esa manada de caballos, pensasteis que era la manada que andabais buscando... ¡Ah, éramos un grupo letal! —y terminó con el primer atisbo de amargura que sentí en sus palabras.

—Nada es más fuerte que su punto más débil —fue el virginiano quien dijo estas palabras, y eran las primeras que había pronunciado hasta el momento.

—Naturalmente —dijo Steve.

El tono de este al dirigirse al virginiano era tan distinto, tan cortante, que supuse que con lo del punto más débil el virginiano se había referido a él. Pero pronto los demás me mostraron que me equivocaba.

—Eso es cierto —dijo uno—. El punto más débil es por donde una soga o una banda de hombres se rompe cuando comienza a tensarse. Y tú te juntaste con un socio débil, Steve.

—Tienes razón —dijo el prisionero, de nuevo con voz relajada y despreocupada.

—Deberías haberte separado de él, Steve.

Se hizo una pausa.

—Sí —dijo el prisionero, malhumorado—. Estoy sentado aquí porque uno de nosotros la fastidió —maldijo al que falló—. Al encender la estúpida hoguera lo echó todo a perder —añadió.

Mientras él seguía maldiciendo con gruesas palabras al culpable, los otros murmuraron entre sí varios «oh, te lo dije».

—Tú nunca habrías encendido esa hoguera, Steve —dijo uno de los hombres.

—Eso mismo dije cuando detectamos el humo —dijo otro—. Dije: «Eso desde luego que no es obra de Steve; encendiendo hogueras y desvelando su posición».

Se me ocurrió entonces que estaban colmando de halagos a Steve.

—Es una pena que el idiota escapara y a ti te atraparan —comentó un tercero.

Tras esta afirmación, todos parecieron esperar. Noté algo extraño en esta última conversación.

—Oh, ¿se escapó? —preguntó entonces el prisionero.

De nuevo, todos esperaron, y se dejó oír una nueva y ronca voz:

—Yo prendí esa hoguera, chicos. —Era el prisionero de la camisa de franela gris.

—Demasiado tarde, Ed —le dijeron suavemente—. No se te da bien mentir.

—¿Qué te hace tanta gracia, Steve? —dijo otro.

—Oh, las cosas que veo.

—¿Es porque Ed no ha sido lo suficientemente rápido en seguirte la corriente? Pero la broma pesada realmente te la han gastado a ti, Steve. Jamás deberías haber maldecido al que encendió la hoguera si querías que creyéramos que estaba aquí presente. Pero no le habríamos hecho mucho a Shorty, aunque le hubiéramos cogido. Lo único que necesita es un buen susto y volverá al buen camino, la bondad está en su naturaleza cuando no se junta con Trampas.

—Nos tenéis a Ed y a mí —dijo Steve, y su voz ahora sonó tensa—. Debería bastaros.

—Bueno, creo que pensamos de forma distinta, Steve. La huida de Trampas deja el asunto inacabado.

—Así que Trampas también escapó, ¿no? —dijo el prisionero.

—Sí, Steve, Trampas escapó... en esta ocasión, y Shorty escapó con él... en esta ocasión. Lo sabemos con tanta certeza como si les hubiéramos visto marcharse. Y nos alegramos de que Shorty ande suelto, porque volverá a encender otra hoguera o hará cualquier otra tontería la próxima vez, y entonces tendremos a Trampas.

La conversación derivó a otros temas y me quedé pensando en la tensión que se percibía bajo la superficie de su cháchara. Sí, la broma, como habían dicho, se la habían gastado a Steve. Había perdido uno a cero contra ellos. Ellos jugaban a buscar nombres y él, al ser un ladrón caballeroso, jugaba a esconderlos. Solo podían, entre sus varios socios posibles, adivinar los de Trampas y Shorty. Así que había cometido un desliz al maldecir al hombre que había encendido la hoguera. Al menos, así lo pensaban ellos. Porque, razonando con cierta fineza, uno solo maldice a los ausentes. Y mostré mi acuerdo en que Ed no sabía mentir bien; él debería haber reconocido inmediatamente la desgracia de haber echado a perder la expedición. Si Shorty fue el que gafó la expedición, entonces sin duda Trampas era el otro hombre; porque ambos eran tan inseparables como un perro y su amo. Trampas había alejado a Shorty del

bien para siempre y lo había entrenado para hacer el mal. Entonces se me ocurrió que, tras este simple comentario, el virginiano había permanecido en silencio durante la perspicaz conversación.

A continuación, oí que se dirigían al otro prisionero.

—¿No desayunas nada, Ed?

—Anímate, Ed. ¡Mira a Steve, lo bien que come!

Pero Ed, por lo visto, no quería desayunar. Y los platos de metal repiquetearon al ser recogidos y guardados para empacar.

—Bébetelo el café al menos —le aconsejó otro—, entrarás en calor.

Estas palabras me hicieron creer que se trataba de mi propia ejecución. Todo mi cuerpo se enfrió al igual que el del prisionero y, como si se hubiera producido un estruendo metálico, el ambiente se tensó a través de mis sentidos.

—Bueno, si todo el mundo está listo, podemos salir. —Fue la voz del virginiano la que se escuchó una vez más, diferente de las del resto.

Los oí levantarse tras su comentario y me tapé la cabeza con la manta. Sentí sus pasos cuando salieron, pasando junto a mi cubículo. La paja que tenía bajo mi cuerpo y a mi alrededor estaba revuelta como si algo pesado hubiera sido arrastrado o recogido por encima de esta.

—Cuidado, estás haciéndole daño a Ed en el brazo —le dijo uno a otro al tiempo que los pasos entremezclados con otros sonidos se alejaban lentamente. Escuché a otro entre aquellos que les siguieron diciendo: «El pobre Ed no podía tragarse ni el café».

Fuera, los hombres comenzaron a montarse en los caballos, y a continuación los cascos sonaron en la distancia, hasta que se hizo el silencio alrededor del establo, a excepción de la monótona y constante lluvia.

XXXI

LOS ÁLAMOS

No sé cuánto tiempo permanecí allí solo. Fue el virginiano quien regresó; mientras permanecía a los pies de mis sábanas, su mirada, tras cruzarse con la mía, se apartó. Jamás le había visto con esa expresión en el rostro, ni siquiera en el cañón Pitchstone cuando nos encontramos con los cuerpos de Hank y su esposa. Hasta este momento no habíamos tenido oportunidad de hablar, solo en presencia de otros.

—Parece que todavía llueve —dije, tras unos segundos.

—Sí, parece que es época de lluvias.

Miró hacia la puerta, atusándose el bigote.

Fui yo el que habló otra vez.

—¿Qué hora es?

Él examinó su reloj.

—Faltan doce minutos para las siete.

Me levanté y empecé a vestirme.

—El fuego se ha apagado —dijo el sureño, echando unos cuantos palos a las ascuas. Finalmente, se dio la vuelta con una taza.

—No me sirvas a mí —dije.

—Nos queda un largo viaje —sugirió él.

—Lo sé. Llevo galletas en el bolsillo.

Tras calzarme las botas, me acerqué a la puerta y observé las nubes.

—Parece que podría despejarse —dije, y a continuación saqué el reloj.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Falta un cuarto de hora... vaya, se ha parado.

Mientras le daba cuerda al reloj, él pareció consultar el suyo.

—¿Y bien? —pregunté.

—Son las siete y diez.

Mientras ajustaba las manecillas de mi reloj, él dijo lentamente.

—Steve le dio cuerda al suyo como si no pasara nada. Me tocó la guardia hasta las dos.

Habló como si estuviera en trance, o al menos así lo recuerdo hoy en día.

Contemplé de nuevo las nubes y la lluviosa inmensidad de la llanura. Los pies de las colinas al este, hacia donde nos dirigíamos, se veían de un color amarillo claro. Entre la artemisa verde grisácea se distinguían informes extensiones soleadas... pero todavía no era la luz de un cielo radiante, sino espacios donde la tormenta iba amainando; unas ráfagas de calidez atravesaron lentamente el aire que nos rodeaba. Mientras observaba las nubes y la tierra, mis ojos se toparon con el distante bosquecillo de álamos. Una capa de vapores procedentes de la tormenta que ya amainaba flotaba a su alrededor y, en efecto, se hallaban lejos, pero entré de nuevo y

comencé a enrollar mis mantas.

—¿No te echarás para atrás? —dijo el virginiano junto al fuego—. Son treinta y cinco millas.

Negué con la cabeza, sintiendo cierta vergüenza de que me viera tan alterado.

El sureño tragó un sorbo caliente, después se sentó pensativo y finalmente se pasó la mano por la frente cerrando los ojos. De nuevo, se sirvió una taza, la vació de un trago y se levantó bruscamente, como si quisiera librarse de algún peso.

—Recojamos todo y vayámonos de aquí —dijo.

Nuestros caballos estaban en el corral y nuestras pertenencias en el refugio de lo que en otro tiempo fuera una cabaña en aquel lugar abandonado. Lo recogió todo en silencio mientras yo ensillaba mi montura, y en silencio cargamos los dos caballos de carga; hizo un nudo de diamante y aseguró con fuerza las cuerdas destensadas y húmedas. Pronto estuvimos montados y, mientras nos encaminábamos hacia la ruta, eché la vista atrás al lugar donde habíamos pasado la noche.

El virginiano advirtió mi gesto.

—¡Hasta nunca! —me interpretó.

—¡Por Dios, eso espero!

—Lo mismo pienso —confesó.

Y este fue nuestro primer intercambio natural de esa mañana.

—Nos vendrá bien —dije, ofreciéndole la petaca, y ambos bebimos un poco y nos sentimos más cómodos con la situación y las palabras relajadas.

Durante una hora habíamos estado eludiendo una conversación de verdad, ciñéndonos al tiempo o a cualquier cosa, y todo el tiempo aquella verdad silenciosa que evitábamos se expresaba claramente en el aire que nos rodeaba y en cada sílaba que pronunciábamos. Pero ahora nos alejábamos de todo ello; lo dejábamos atrás en el establo y nos liberamos expresándolo. El alivio estaba comenzando a levantarme el ánimo.

—Nunca hiciste algo así antes —dije.

—No. Nunca tuve que hacerlo. —Cabalgaba junto a mí, con la mirada en el cuerno de la silla.

—No creo que yo fuera capaz de hacerlo —continué.

Cierto tono desafiante sonó en su respuesta.

—Pues yo lo volvería a hacer esta misma mañana.

—Oh, no me refiero a eso. Es lo correcto aquí. No hay otra forma de hacerlo.

—Lo haría todo otra vez esta mañana. Exactamente todo igual.

—Caramba, también yo lo haría... si fuera capaz de hacerlo.

Seguía con la impresión de que el sureño intentaba justificar su justicia ante mí.

No respondió y continuamos cabalgando. Mantenía en todo momento la mirada en su silla de montar. Pero de nuevo se pasó la mano por el ceño y cerró los ojos.

—Me gustaría saber si sabría comportarme en caso de estar condenado —dije a continuación.

Me había asaltado una idea... ¿Cuál sería mi comportamiento? ¿Podría leer el periódico y estar interesado por las elecciones del condado y discutir la muerte próxima como si hubiera perdido una partida de cartas? ¿O tendrían que sacarme de allí a rastras? Como aquel pobre desgraciado de la camisa de franela gris.

—Se encontraba mal en el establo —dije en voz alta.

Porque, al recordarlo, un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Por tercera vez, se pasó la mano por la frente y me aventuré a romper el hielo con un comentario afable.

—Me temo que te duele la cabeza.

—No quiero seguir viendo a Steve —susurró.

—¡Steve! —me quedé atónito—. Vaya, él... caramba, lo único que vi de él fue un comportamiento espléndido. Como debía ser. Fue...

—Oh, Ed. Estás pensando en él. Me había olvidado de él. ¿Así que no te agradó Ed?

Al oír esto, le miré inexpresivamente.

—No es posible que...

De nuevo, me paró en seco con una risa casi salvaje.

—No deberías preocuparte por Steve. Él mantuvo su entereza.

¿Por qué entonces el sureño seguía viendo a Steve... y por qué esa visión le hacía olvidar lo que todavía me hacía temblar a mí? Parecía cada vez más agitado a medida que yo me calmaba. Pero no le hice más preguntas y continuamos cabalgando en silencio durante varios minutos, él en todo momento pensativo, hasta que retomó la callosa indiferencia que antes me había sorprendido:

—¡Así que Ed te causó impresión! Esos estúpidos temblores y todo lo demás.

—Sin duda no estamos hechos de la misma pasta —repliqué.

Él hizo caso omiso de mi comentario.

—Y te habrías sentido más cómodo si hubiera actuado igual que Steve. Sin duda, no fue un plato de buen gusto ver a Ed de esa manera, supongo. Y eso que no le viste cuando llegó el momento. Bueno, así son las cosas; un hombre puede ser tan mala persona que la muerte sea la única cura para él, pero sigue siendo alguien de tu misma especie, y no deseas verlo caer al suelo y agarrarte las piernas y mostrarte su miedo tan crudamente. Le hace a uno avergonzarse. ¡Así que Ed te causó impresión y Steve te lo puso más fácil!

Pude detectar ironía en su voz mientras me miraba, pero pronto su tono volvió a caer en tristeza.

—Ambos eran malas personas —continuó—. Pero si Steve también se hubiera comportado como un cobarde, habría sido mucho más fácil para mí. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y Steve antes no era un mal tipo.

Le tembló levemente la voz y pude sentir la profunda emoción que pareció invadirle ahora que el castigo había acabado y no tenía otra cosa que hacer más que pensar. Y su opinión era bastante simple: uno debía morir valientemente. El fracaso

es una especie de traición a la hermandad, y penaliza la lástima. Fue el comportamiento perfecto de Steve lo que invadió su corazón de manera que se olvidó incluso del desprecio por otros hombres.

Pero esto no era todo. Retomó la idea de un prisionero que le pone las cosas fáciles a su verdugo.

—Fáciles hasta el final —continuó, mientras su mente revisaba los hechos de la mañana—. Caramba, hasta intentó devolverme tu periódico. Yo no...

—Oh, no —dije rápidamente—. Ya había acabado de leerlo.

—Bueno, se tomó la muerte de forma tan natural como se tomaba la vida. Como debieran tomársela todos los hombres. Como yo espero tomármela. —De nuevo, revisó las imágenes en su mente—. Nada de dramas, nada de últimas palabras. Simplemente, dijo adiós a los chicos cuando lo llevamos a caballo bajo la rama... no hace falta que seas tan delicado —se interrumpió—. No voy a darte más detalles escabrosos.

—Sé que soy un cobarde —le dije entre risas—. Nunca me aproximo a mirar cuando hay algún herido en la calle. Me alejo de allí.

El virginiano reflexionó sobre esto.

—No lo dices en serio. No habrías hablado de esa manera sobre acercarte a mirar si aprobaras la conducta de los que lo hacen. Mirar no significa ser valiente, es solo curiosidad morbosa. Pero tú no la sentías...

Había alargado la mano para señalar, pero la dejó caer e interrumpió la frase al tiempo que tiraba de las riendas del caballo hasta detenerlo.

Mis nervios se tensaron como un cable por su movimiento repentino y miré hacia donde él miraba. Eran los álamos, ya cerca de nosotros. Mientras avanzábamos conversando nos habíamos olvidado de ellos. Ahora se alzaban a unas cien yardas y nuestra ruta pasaba directamente a través de ellos.

—Vamos a bordearlos —dijo el virginiano.

Cuando regresamos al camino tras el desvío, continuó:

—Tú no tenías por qué hacerlo. Pero un hombre asume sus responsabilidades... y supongo que tú también podrías hacerlo.

—Eso espero —respondí—. ¿Y Ed?

—Él no era un hombre, aunque pensamos que lo era hasta ahora. Steve y yo empezamos a trabajar juntos de vaqueros en la cuadrilla de Bordeaux, al norte de Cheyenne. Lo hacíamos todo juntos en esa época... trabajar y jugar. Hace seis años. Steve tenía muchas y muy buenas cualidades por aquel entonces.

Debimos de avanzar unas dos millas sin que volviera a hablar. Y entonces:

—Probablemente no te diste cuenta de lo que hizo Steve, ¿verdad? Me refiero a cómo actuó conmigo. —Era una pregunta, pero no esperó mi respuesta—. Steve jamás me dirigió la palabra hasta el final. Lo evitó en todo momento. Ya viste lo amigable que fue con los otros chicos.

—¿Adónde han ido todos? —pregunté.

El sureño me sonrió.

—Sin duda, se nota la soledad ahora, eso es cierto.

—No sabía que la sintieras —dije.

—¡Sentirla!... se han ido al ferrocarril. Tres de ellos son testigos en un caso en Evanston y el juez quiere a nuestra cuadrilla en Medicine Bow. Steve me evitó. ¿Pensaría tal vez que yo me echaría atrás?

—¿Y qué si lo pensó? No fue así. ¿Y por eso nadie más va a Wind River?

—No. ¿No te fijaste en que Steve no nos dio ninguna información sobre Shorty? Era lo correcto. Yo habría actuado de la misma manera.

Y, de esta forma, volvía a llevarme al mismo tema.

El sol ahora brillaba calentando la tierra durante dos o tres minutos seguidos y brechas azules se abrían entre las grandes nubes blancas. Estas se movían y mezclaban unas con otras para luego separarse como manos extendidas tejiendo lentamente una capa de ensueño sobre el día tras la noche tormentosa en vigilia. Los enormes contornos de la tierra secándose al sol y ni un solo ser vivo, ni ave ni bestia, a la vista. La calma retornaba a mis sentidos reanimados, pero no parecía haber ninguna para el virginiano. Y mientras razonaba estos asuntos en voz alta, su estado de ánimo fue agitándose.

—Uno tiene un amigo, y su forma de conducirse en la vida es la misma que la tuya. Viajas con él, te diviertes con él en privado y os lleváis a las mil maravillas. Y un día lo descubres marcando con el hierro de un hombre el ternero de otro. Le dices a las claras que esa manera de comportarse nunca ha sido la tuya. Bueno, eso no le hace cambiar lo más mínimo, por lo visto el amigo está trastornado por hacerse rico rápidamente y hacerse un nombre en el territorio. Y los años pasan, hasta que te conviertes en el capataz del rancho del juez Henry, y él... ahora cuelga de un álamo. ¿De qué se puede quejar ahora? ¿Quién tomó la decisión? No puede decir «ahí está mi viejo amigo por el que yo me la hubiera jugado». ¿Puede?

—Pero él no lo dijo —protesté.

—No. Él me evitó.

—Escucha —dije—. Imagina que mientras estuviste haciendo tú la guardia te hubiera susurrado «Sácame de aquí»... ¿lo habrías hecho?

—¡No, señor! —dijo el virginiano, agitado.

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunté—. ¿Qué querías?

No pudo responderme... pero me di cuenta de que yo tampoco le había respondido, así que le presioné un poco más.

—¿Acaso querías la aprobación del hombre al que ibas a ahorcar? Eso es pedir demasiado.

Pero ahora había otra cosa que le confundía.

—Steve se mantuvo fiel a Shorty —dijo, reflexionando—. Fue el error de Shorty lo que le costó la vida, pero aun así no quería que nosotros lo atrapáramos...

—Estás mezclando cosas —le interrumpí—. Nunca te había visto mezclar dos

cosas diferentes. Y no fue un error de Shorty.

Mostró momentáneamente cierto interés.

—¿De quién fue entonces?

—El error es de quien metió a un idiota en su negocio.

—Eso es cierto. Bueno, Trampas metió a Shorty en el asunto y Steve tampoco supo verlo.

Aun así, seguí intentándolo.

—Todos estaban en el mismo barco.

Pero la lógica no servía de nada; el sureño estaba totalmente confundido en una nube de sentimientos. Estaba seguro, sabía que había hecho lo correcto, pero el silencio de su viejo amigo durante esas últimas horas dejó en él una marca que ningún razonamiento podría borrar.

—Se despidió de todos los chicos, pero no de mí.

Y nada de lo que yo pudiera decir intentando poner algo de sentido común en todo aquello podría hacerle salir de su letanía. Volvió de nuevo a darle la vuelta intentando encontrar alguna justificación.

—¿Era a él a quien estaba traicionando? ¿No fue él quien cometió la traición el día que yo le dije lo que pensaba sobre los ladrones de terneros? Yo he mantenido mi palabra. Él es quien cambió de parecer. El hombre con el que solía viajar no era el hombre que cuelga allí. El mismo nombre, sin duda. Y el mismo cuerpo. Pero diferente en... ¡y sin embargo se acordaba! ¡Uno no puede cambiar los recuerdos!

Dejó escapar un sollozo. Era la primera vez que oía algo así de su boca, y antes de saber qué estaba haciendo guie mi caballo junto al suyo y le pasé el brazo por los hombros. En cuanto le toqué se derrumbó completamente.

—Conocía a Steve muy bien —dijo.

Y así, en realidad, nos cambiamos los papeles; a primera hora de la mañana, él se había mostrado firme mientras que yo estaba nervioso, pero ahora era yo el que intentaba calmarle y reconfortarle.

Fui sensato y me quedé en silencio, y finalmente él me estrechó la mano, sin mirarme cuando lo hizo. Siempre se mostraba muy parco en cualquier demostración de afecto. Comenzó a dar palmaditas al cuello de su poni.

—Eh, caballo Monte —dijo—, te crees muy listo, pero hay un montón de cosas que no sabes.

Luego volvió a nuestra conversación.

—Es una lástima lo de Shorty.

—Una verdadera lástima —dije.

—¿Qué piensas de él? —preguntó el virginiano.

—Pienso que no hay verdadera maldad en él, que su bondad es genuina y que no tiene el suficiente cerebro para ser un ladrón de caballos.

—Eso es así. Muy cierto. Trampas lo llevó más allá de lo que Shorty es capaz de abarcar. Allá en el Este uno puede ser un mediocre y salir del paso. Pero si vas a

intentar hacer algo en el Oeste, lo tienes que hacer *bien*. Tienes que jugar *bien* a las cartas; tienes que robar *bien*, y si te pavoneas de ser rápido con tu arma, más te vale ser rápido, porque pasarás a ser una tentación pública y algún hombre puede que no se resista a probar que él es más rápido. Uno debe incumplir *bien* todos los Mandamientos en este territorio, y Shorty tendría que haberse quedado en Brooklyn, porque será un novato toda su vida. ¿No conoces su historia? En una ocasión me contó su vida. No recuerda a su padre, según me dio a entender podrían ser tres o cuatro hombres diferentes. Y supongo que su madre no mostró mucho interés por él ni antes ni después de su nacimiento. Fue dando vueltas por ahí, y cuando cumplió dieciocho años consiguió trabajo como ayudante en un comercio de comestibles. Pero se juntó con una chica que le sacaba toda la paga y le azuzaba para que le diera más, así que un día el encargado de la tienda descubrió a Shorty robándole dinero de la caja registradora y lo despidió. No tenía a nadie de quien despedirse, porque la chica tuvo que irse al campo a ver a su tía, o eso le dijo. Así que Shorty se pasó por la tienda y le dio un beso de despedida al gato del comercio. Me dijo que se había acostumbrado a alimentar al gato y este se sentaba en su regazo y ronroneaba. Ahora envía dinero a esa chica. Este territorio no es lugar para Shorty, porque toda su vida seguirá siendo un perdedor.

—Tal vez prefiera el camino honesto, después de salvarse por los pelos —dije.

Pero el virginiano sacudió la cabeza.

—Trampas lo tiene bajo su mando.

El cielo estaba totalmente azul y la tierra caliente y seca. Habíamos empezado a bordear y subir las primeras cuestas de las colinas y nos habíamos quedado en silencio. Al toparnos con el primer curso de agua nos paramos para hacer un largo descanso al mediodía y me dormí tumbado directamente sobre la tierra. Mi cuerpo estaba tan profundamente sumido en el sueño que cuando el virginiano me sacudió para despertarme no me desperté de inmediato; era el bosquecillo de álamos, pequeño y lejano en la llanura a nuestros pies, lo que me despertó del todo.

—Dejaremos de verlo pronto —dijo el virginiano. Intentó hacer una broma, pero supe que los dos nos sentiríamos aliviados cuando nos adentráramos en el territorio y entre los desniveles y curvas perdiéramos de vista la llanura. Descubrí que él no había dormido. Se excusó diciendo que tuvo que ajustar los fardos sobre los caballos de carga, tras lo cual recorrió el río arriba y abajo en busca de truchas. Pero su mirada ofuscada me reveló la verdadera razón: esta hablaba de Steve, daba igual lo que su boca hablara; no iba a ser algo sencillo para él.

XXXII

LA RUTA DE LA SUPERSTICIÓN

No recorrimos treinta y cinco millas ese día, ni siquiera veinticinco, porque el virginiano me dejó dormir. Acampamos pronto e intentamos pescar, aunque sin éxito, pero él se mostró animado y prometió que encontraríamos truchas al día siguiente, cuando estuviéramos en terrenos más elevados de las montañas. No volvió a tocar o tan siquiera rozar el tema que ocupaba sus pensamientos pero, mientras yo estaba sentado escribiendo en mi diario, él se acercó a su caballo Monte y pude oír que ocasionalmente hablaba con ese amigo.

Al día siguiente viramos hacia el sur, saliendo de la que se conoce por muchos como la ruta Conant, y nos dirigimos hacia aquel atajo que atraviesa las Tetons que muy pocos conocen. Bitch Creek era el nombre del arroyo que ahora seguíamos y allí encontramos tan buena pesca que nos entretuvimos un buen rato, y los caballos y yo al menos disfrutamos. Porque los animales encontraron pastos frescos y sombra en los bosques que ahora abundaban, y a mí los olores y la altura de la montaña me bastaban cuando la pesca no llegaba. Esta carretera nuestra ahora se convirtió en lo que parecía ser la ruta de una persecución previa a una captura. Avanzando un poco más, advertí las huellas de muchos cascos de caballo, emborronadas por la lluvia, pero recientes, y las huellas de los hombres que había conocido en el establo.

—Puedes ver las de Monte —dijo el virginiano—. Es el único con herraduras en las patas traseras. Hay varias rutas a partir de este punto que vuelven por donde hemos venido nosotros.

Subimos entonces a un saliente de piedra alargado, liso y ancho. Sobre nosotros, este saliente continuaba ascendiendo gradualmente formando un pequeño cañón lateral, pero delante, donde se encontraba nuestro camino, se hacía tan empinada la subida que desmontamos y condujimos a pie a nuestros caballos. Y así llegamos hasta el siguiente nivel de terreno elevado montañoso, un espacio más abierto de artemisa, donde las huellas borradas por la lluvia volvían a aparecer en el terreno más blando.

—Alguien ha pasado por aquí desde que llovió —dije al virginiano, que todavía estaba en la roca, avanzando detrás de los caballos de carga.

—¡Desde que llovió! —exclamó él—. De eso no hace ni dos días. —Se acercó y examinó las huellas—. Un hombre y un caballo —dijo, frunciendo el ceño—. Y se dirigen al mismo sitio que nosotros. ¿Cómo nos ha pasado y no lo hemos visto?

—Uno de los otros rastros —le recordé.

—Sí, pero no hay mucha gente que conozca estos caminos. Son rutas muy agrestes.

—¿Peores que la que estamos tomando ahora?

—No mucho más, pero ¿cómo las conoce? ¿Y por qué no tomó la ruta Conant, que es abierta, más fácil de transitar y no mucho más larga? Un hombre y un caballo.

No llego a entender quién pueda ser o qué se le ha perdido aquí.

—Probablemente sea un buscador de oro —sugerí.

—Solo una cuadrilla de buscadores de oro ha estado aquí alguna vez, y afirmaron que no había rocas con mineral en esta comarca.

Regresamos a nuestras monturas con el misterio sin resolver. Aparentemente, para el virginiano resultaba un misterio mayor que para mí; ¿por qué deberíamos dar cuenta de cada viajero perdido que estuviera por las montañas?

—Eso también es extraño —dijo el virginiano. Ahora cabalgaba delante de mí; de pronto, se detuvo y bajó la mirada al rastro—. ¿No lo has notado?

No se me ocurrió nada.

—Caramba, sigue andando junto al caballo, no va montado en él.

Por supuesto, nosotros ya llevábamos montados desde el comienzo del camino, una vez que mejoró tras las empinadas rocas, y de eso hacía media milla. Sin embargo, también para esto busqué una explicación natural.

—Va solo con un caballo de carga. Es un trampero pobre y va andando.

—Los caballos de carga normalmente no llevan las patas de delante y las de atrás con herraduras —dijo el virginiano y, tras bajar al suelo, tocó las huellas—. No tienen ni cuatro horas —dijo—. Esta ribera está a la sombra desde la una en punto y el sol todavía no las ha secado.

Continuamos la marcha y, aunque a mí no me parecía extraño que un hombre decidiera andar y conducir por las riendas a su caballo durante un rato (yo lo hacía con frecuencia para estirar los músculos), comenzó a contagiarme la sensación de inseguridad que le producían los pasos de aquel viajero en nuestra ruta, como si hubiera aparecido de la nada, y tuve que recordarme que debió de llegar a la enorme pared de roca desde otra ruta y que de esa manera se unió a nosotros, y que los tramperos indigentes normalmente solo poseían un caballo y solían llevarlos por las riendas con sus pertenencias por los lugares más apartados y solitarios de las montañas... pero nada de esto me devolvió la tranquilidad que había sentido desde que perdimos de vista los álamos en la llanura. Por ello, exclamé bruscamente: «¿Qué ocurre ahora?» cuando el virginiano de repente volvió a detener su caballo.

Miró el rastro, luego se volvió muy despacio en la silla de montar y me miró fijamente.

—Son dos —dijo.

—¿Dos qué?

—No sé.

—Debes saber si son dos caballos o dos hombres —dije, casi irritado.

Pero no respondió a esto y se quedó totalmente inmóvil en la silla contemplando el suelo. El silencio me envolvió ahora como un hechizo y espoleé el caballo impacientemente para verlo con mis propios ojos. Había huellas de dos hombres en el camino.

—¿Qué te parece? —dijo el virginiano—. ¿Resulta ridículo, no crees?

—Muy curioso —respondí, intentando encontrar una explicación. No había superficie de roca por la que poder andar sin marcar la tierra más blanda. Estos segundos pasos parecían haberse materializado aún más de la nada que los primeros. Y mi mente comenzó a jugarme malas pasadas revelándome a un hombre muerto con una camisa de franela gris.

—Son dos, ¿lo ves?, viajan con un caballo y se turnan para montar.

—¡Caramba, por supuesto! —exclamé, y continuamos avanzando unos pasos más.

—Ahí lo tienes —dijo el virginiano cuando el rastro confirmó sus sospechas.

—El número uno se ha montado. Dios mío, ¿qué es eso?

En una curva pronunciada del camino dentro del bosque y muy cerca de nosotros algo pasó volando y atisbamos fugazmente a un alce.

Nos dejó sorprendidos, un tanto sonrientes y nos miramos a los ojos.

—Bueno, no nos hacía falta la carne —dijo el virginiano.

—Era un alce *spike-horn*^[11] ¿verdad? —dije.

—Sí, solo un *spike-horn*.

Durante un rato, mientras cabalgábamos, mantuvimos una animada conversación sobre alces. Nos preguntamos si encontraríamos muchos más cerca de la ruta como este, pero tardamos muy poco en quedarnos en silencio. Habíamos entrado en un pronunciado cañón entre picos de montañas, de cumbres desnudas y afiladas como dientes y con extensiones de nieve un poco más abajo, todavía brillando a pleno sol allí arriba mientras que nuestros pinos y arboledas de la tarde ya se volvían sombríos. Durante todo el tiempo las huellas frescas del caballo y las huellas frescas del hombre nos precedían. Entre los árboles y en campo abierto, a través de terreno llano y de las elevaciones, allí estaban. ¡Y en efecto, se habían hecho hacía menos de cuatro horas! ¿Tan cerca estaban? ¿Podríamos en algún momento, en alguna curva, toparnos con los dueños de esas huellas? Me propuse prestar atención por si ocurría tal cosa. Y, de nuevo, mi mente me gastó una mala pasada contra la cual, de hecho, me sorprendí a mí mismo razonando de la siguiente manera: si se turnaban para cabalgar, entonces andar debía de agotarles, al igual que me agotaría a mí o a cualquier hombre. Además, había un caballo. Con tales pensamientos en la cabeza, combatí la absurda idea de que aquellas pisadas se producían inmediatamente antes de que pasáramos nosotros, y que eran las únicas señales de alguna presencia que nuestros ojos no podían detectar. Pero mi imaginación venció en esta ocasión a mis pensamientos lógicos. Fue solo la vergüenza lo que hizo que me abstuviera de preguntar al virginiano una cosa: ¿Habían usado solo un caballo para los dos ajusticiados bajo los álamos? Era algo que me intrigaba. ¿Un caballo... o los nudos corredizos habían arrastrado a los hombres de dos sillas diferentes a una sola señal? Probablemente lo segundo y, por lo tanto, estos dos aquí arriba... ¿Es que iba a regresar al parvulario? Me detuve en seco. Y me dije a mí mismo que debía calmarme; en este proceso mental que seguía su curso bajo mis razonamientos acechaba una amenaza peor que

los miedos infantiles que provocaba. Me recordé que era un hombre maduro de veinticinco años y que no solo debía parecerlo, sino además serlo.

—Supongo que no tienes miedo a la oscuridad. —Esto lo dije en voz alta, sin darme cuenta.

—¿Qué?

Di un respingo, pero como era de esperar se trataba del virginiano a mis espaldas.

—Oh, nada. El aire se está haciendo más frío aquí arriba.

Por fin, sentí un gran alivio. Llegamos a un lugar donde la ruta ascendía tan repentinamente que de nuevo nos vimos obligados a desmontar y llevar por las riendas a los caballos. Lo mismo habían hecho nuestros predecesores, y mientras examinaba los dos grupos distintos de pisadas observé algo y me apresuré a informar.

—Un hombre es mucho más pesado que el otro.

—Esperaba no tener que decírtelo —dijo el virginiano.

—¡Siempre te me adelantas! Bueno, de todas formas, voy progresando.

—Caramba, claro que sí. Si sigues esforzándote, pronto serás como un indio.

Era agradable hacer bromas y sonreí para mis adentros mientras continuamos la lenta subida. Remontamos la cuesta, dejamos el cañón a nuestros pies y volvimos a montar. Cuando recorríamos el último remonte hasta el borde de la gran cuenca entre los picos, el virginiano volvió a sus bromas.

—El Gordinflón se ha montado —dijo—, y el flaco camina.

Le eché una mirada por encima del hombro y él asintió mientras se ataba el raído pañuelo escarlata alrededor del cuello. Entonces, lanzó una piedra a uno de los caballos de carga que se quedaba rezagado en el camino.

—Maldita sea mi estampa —dijo arrastrando las palabras—. Se puede ver el paisaje desde arriba.

Resultaba tan natural su postura relajada sobre la silla y maldiciendo con su suave acento, que me reí al pensar en las alucinaciones que había tenido. La imagen de dos hombres muertos cabalgando en un caballo a través de las montañas se desvaneció y regresé a la vida normal.

—¿Crees que alcanzaremos a esos dos? —pregunté.

—No lo creo. Viajan al mismo paso que nosotros.

—El flaco debería ser el mejor caminante.

—Colina arriba, sí. Pero el Gordinflón seguro que puede bajar las cuestas echando chispas.

Remontamos la ribera de la cuenca. Esta quedó a nuestros pies, un gran tazón de naturaleza: rocas, bosques, claros y arroyos. Los altos picos se alzaban como agujas a su alrededor, magníficos y desnudos bajo los últimos rayos de sol, y contemplamos estas tierras altas, dejando que nuestros animales recobraran el aliento. La desolada y terrosa pared por la que avanzábamos se extendía como una muralla entre las altas cumbres, un semicírculo de unas cinco o seis millas, muy ancho en algunas partes y, en algunas otras, estrecho hasta dejar apenas espacio para una pisada, como aquí. En

este punto, nuestra ruta atravesaba la cuenca sobre dos rocas erosionadas de formas fantásticas, como grandes champiñones o cabezas deformes clavadas en unas picas. Unos bancos de nieve cubrían el terreno allí arriba, contrastando con las rocas negras, pero en media hora ya descendíamos hacia la vegetación y el bosque. Miré hacia abajo, ambos miramos hacia abajo, pero nuestros predecesores no estaban allí.

—Estarán acampados en algún lugar de la cuenca, creo —dijo el virginiano mirando hacia los negros pinos—. No han recorrido esta ruta por casualidad.

Una tenue ráfaga de aire frío sopló entre nuestras columnas de piedra para alzarse de nuevo en un remolino. Y al doblar una curva con este viento, llegó revoloteando una hoja de periódico que se quedó enganchada en el borde, cerca de mí.

—¿Cuáles son las últimas noticias? —preguntó el virginiano desde su caballo. Porque yo había desmontado y recogido la hoja—. Parece que son interesantes... —le oí decir a continuación—. ¿Es que no puedes decir qué es lo que hace que se te salgan los ojos de las órbitas?

—Sí —respondí maquinalmente, y mi voz me sonó como si fuera la de un extraño hablando bajito a mi lado—. ¡Oh, sí! Es sin duda alguna interesante. —Mi voz reprodujo la pronunciación del sureño—. Supongo que son de lo más frescas. Será mejor que lo veas tú mismo.

Se la ofrecí con una sonrisa, observando su rostro, mientras sentía como si una ráfaga de nubes estuviera atravesando mi mente.

Vi que recorría con la mirada y en silencio los titulares.

—¿Y bien? —preguntó tras examinar la hoja por ambas caras—. No capto la importancia. Se van a celebrar elecciones en el condado de Fremont. Veo que Jake se va a presentar...

—Es el mío —le interrumpí—. Es mi periódico. Esas marcas de lápiz son mías.

No creo que ni siquiera un microscopio hubiera captado algún cambio en su rostro.

—Oh —comentó, sujetando el papel y observándolo con ojo crítico—. ¿Quieres decir que este es el periódico que prestaste a Steve y que él quiso darme para que te lo devolviera? Y esa es tu letra —durante un segundo más lo sostuvo en alto a modo de prueba, como he visto sostener a algunos hombres un contrato cuyos términos finalmente aceptaban—. Bueno, pues ya lo has recuperado, de todas formas.

Y me pasó la hoja.

—¡Solo una hoja! —exclamé, siempre con tono jovial.

Pero, cuando cogí la hoja, toqué accidentalmente su mano. Estaba fría como el hielo.

—Pues aún no habrán acabado de leer el resto —explicó despreocupadamente—. ¡No la tires! Ya que se han tomado tantas molestias...

—Es verdad —respondí—. Me pregunto si es al Gordinflón o al flaco a quien le debo el detalle.

Y así continuamos bromeando mientras cabalgamos ladera abajo hacia la gran

cuenca. Frente a nosotros, las huellas del caballo y las botas destacaban en el barro blando por donde la nieve derretida discurría la mitad del día.

—Si va a ser una persecución de miguitas de pan —dijo el virginiano—, no creo que dejen más por aquí.

—A menos que anochezca —dije.

—Acamparemos antes. Quizás veamos su hoguera.

No vimos su hoguera. Descendimos envueltos en un gélido frío, mientras las rocas con forma de champiñón se quedaban en la lejanía y el sombrío bosque se acercaba. Desmontamos junto a un riachuelo, donde dos riberas nos cobijaban, pues un frío desapacible soplaba por encima de los riscos a rachas, haciendo que los pinos emitieran un gran gemido por la cuenca, como los rompeolas durante la mar revuelta. Pero nos acomodamos en la tienda. La montamos esa noche y me alegré de poder dejar fuera los picos de las montañas. Estos asomaban por encima de las riberas entre las que acampamos, y bajo la luz de las estrellas sus negras siluetas se alzaban recortándose en el cielo. Junto a los pinos y el viento, aquellas cumbres eran una alcoba demasiado sobrenatural para una noche como esa. Y en cuanto lavamos los platos de la cena nos metimos dentro con nuestro quinqué y nuestro tablero de *cribbage*.

—Aquí estamos resguardados —dijo el virginiano mientras jugábamos—. El viento no llega hasta aquí abajo.

—Fumar también reconforta —dije.

Así que contamos los puntos durante una hora, sin intercambiar ni una sola palabra a excepción de algún comentario sobre las cartas.

—Estaré encantado de salir de estas montañas —dijo el virginiano—. Son demasiado grandes.

Los pinos habían dejado de aullar, pero su silencio resultaba tan atronador como lo había sido su rugido.

—Pero no sé —dijo entonces—. Hay momentos en que las llanuras también pueden resultar terriblemente extensas.

Finalmente, acabamos una mano y dijo:

—Déjame ver esa hoja.

Se quedó sentado leyéndola aparentemente de cabo a rabo, mientras yo extendía mis mantas para hacerme un lecho confortable. Luego, como seguía absorto en la hoja, me preparé para acostarme y me metí entre las mantas para dormir.

—Pronto necesitarás otra vela en ese quinqué —dije.

Dejó la hoja en el suelo.

—Lo haría todo otra vez —comenzó—. Todo exactamente igual. Él conocía las costumbres del territorio y se la jugó. No tiene ningún motivo para culparme a mí por los usos y costumbres del territorio. Uno debe dejar en paz el ganado de otro, o aceptas las consecuencias, y Steve lo sabía desde el principio. ¿O es que pretendía que yo cobrara del juez e hiciera la vista gorda con él? Debió de cambiar mucho del

Steve que conocí si lo creyó así. No creo que fuera eso lo que esperaba de mí. Sabía muy bien que lo único que podría salvarle habría sido un jurado regular. Porque los ladrones tenían comprados a los jurados del condado de Johnson. Lo volvería a hacer todo otra vez, exactamente igual.

La llama moribunda saltaba en el quinqué y se tornó azul. Él hizo una pausa como si fuera a reponer la luz, pero no lo hizo. Se quedó sentado en silencio, apenas visible, mirando la llama agonizante. No supe qué decirle y pensé que estaba logrando recuperar la serenidad. Mantuvo su fachada exterior tan serena que me olvidé del frío toque de su mano y no llegué a adivinar entonces cuán alejada de la razón estaba su mente por la avalancha de emociones.

—Recuerdo una ocasión, en Cheyenne —volvió a hablar. Y entonces me habló de una visita a la ciudad que hizo con Steve el Día de Acción de Gracias—. Solo éramos unos potrillos por aquel entonces —dijo. Me habló de sus pillerías de potrillos, de las aventuras buscadas y tramadas en una amistad de juventud perfecta—. Steve y yo casi siempre cazábamos en pareja durante aquellos años felices —explicó. Y se puso a hablar de algo tan elemental como el sexo, una conversación propia de un alce o de un tigre, y contadas así por él, simplemente y con toda naturalidad, como si hablara del paso de las estaciones, o de la muerte, o de cualquier novedad, sin pretender ofender. Pero yo sí ofendería si repitiera aquí sus palabras. Entonces, interrumpiendo de repente estos recuerdos de él mismo y de Steve, salió de la tienda y le oí arrastrar un tronco al fuego. Cuando prendió, sobre la tienda se proyectó su sombra y la del tronco en el que estaba sentado con el corazón roto. Y durante todo el tiempo creí que era dueño de sí mismo, y lo justifiqué por la omisión de Steve al no despedirse de él.

Debí de quedarme dormido antes de que regresara, porque no recuerdo nada más que despertarme y encontrarlo allí entre sus mantas, a mi lado. La sombra del fuego había desaparecido y una luz gris y fría se filtraba tenuemente por la tienda. Él dormía agitado y tenía el ceño surcado con arrugas de dolor. Mientras lo miraba, se puso a susurrar y, de repente, comenzó a hablar de forma un tanto violenta.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Exactamente igual! —y así se despertó, con los ojos abiertos—. ¿Qué ocurre? —preguntó. Tardó un poco en darse cuenta de dónde estábamos, y cuando recobró del todo la consciencia se sorprendió sentado y con los ojos clavados en los míos. Estaban más turbados que nunca y sus siguientes palabras salieron directamente de su sueño—. Quizás sea mejor que me dejes. Este no es tu problema.

Me reí.

—Caramba, ¿cuál es el problema?

Seguía teniendo los ojos clavados en los míos.

—¿Crees que si cambiamos nuestra ruta ellos tal vez nos pierdan la pista?

Estaba preparando una respuesta jocosa acerca de lo buen caminante que era el flaco, cuando el sonido de unos cascos de caballo corriendo en la distancia interrumpieron mi respuesta y el sureño salió fuera de la tienda con el rifle en la

mano. Cuando le seguí con el mío, él ya se encontraba en la ribera con todos sus sentidos alerta. Pero no oímos nada en aquella penumbra a excepción del sonido de nuestros tres caballos, que habían salido en estampida. Toparon con unos árboles caídos y atravesaron campo abierto hasta donde su camarada atado pastaba. Se pararon junto a él y le contaron, supongo, lo que habían visto, porque ahora los cuatro miraban en la misma dirección, hacia el misterioso amanecer. Nosotros, igualmente, nos paramos a mirar y sentí el frío cañón del rifle en la mano. El amanecer era lo único que veíamos, el inescrutable amanecer, creciendo a través de los negros pinos y la gris extensión abierta de la cuenca. Y allí arriba se alzaban las cumbres, sin sol todavía en ellas, y a nuestras espaldas, en el arroyo, escuchamos un chapoteo.

—Un oso, supongo —dije yo, por fin.

Su extraña mirada volvió a clavarse en mí, y después la dirigió a los caballos.

—Los animales huelen cosas que nosotros no podemos oler —dijo muy despacio—. ¿Puedes convencerme entonces de que no pueden ver cosas que nosotros no podemos ver?

Me recorrió un escalofrío y no pude evitar lanzar una mirada aterrada hacia donde habíamos estado mirando. Pero uno de los caballos se puso a pastar y entonces se me ocurrió un comentario jocoso.

—Pues parece que se ha cansado de lo que ve —dije señalando al animal.

Una sonrisa apareció durante un segundo en el rostro del virginiano.

—Debe de ser una birria de espectáculo —comentó. Todos los caballos estaban pastando ahora, y añadió—: No parece haberles quitado el apetito.

Entonces nos pusimos a preparar nuestro propio desayuno. Cualquiera que fuese el terror misterioso que pudiera haberme afectado hasta el momento fue sustituido por una alarma real. La muerte de Steve estaba haciendo mella en el virginiano. Él mismo era consciente de ello; luchaba contra ese sentimiento con todas sus fuerzas, pero le estaba venciendo. Sin duda era como un elegante nadador contra el cual conspiran tanto el viento como la corriente. Y en esta soledad ahora funesta solo estaba yo para lanzarle una soga. Sus brazadas en busca de la seguridad eran tan enérgicas como la resaca que las anulaba incesantemente.

—Creo que monté demasiado escándalo en la tienda —dijo, tanteando mi reacción.

Le lancé una cuerda.

—Sí. Una pesadilla... indigestión... demasiado periódico antes de irnos a dormir.

Él se agarró a la cuerda.

—¡Eso es cierto! Tuve un sueño endiablado para un hombre ya adulto. Jamás lo habrías pensado de mí.

—Oh, sí, sí lo habría hecho. A mí también me ha pasado tras ingerir langostas y champán prolongadamente.

—Ah —murmuró—, ¡prolongadamente! Ahí está la clave —miró a sus espaldas—. Steve regresó...

—En tu sueño de langostas —le interrumpí.

Pero perdió esta cuerda.

—Sí —respondió, buscándome con los ojos—. Y me dio la hoja...

—Por cierto, ¿dónde está? —pregunté.

—Prendí el fuego con ella. Pero cuando la cogí de su mano resultó ser un revólver lo que sujeté, apuntando a mi pecho. Y entonces Steve habló: «¿Crees que mereces vivir?», dijo Steve, y yo me enfadé con él y supongo que le dije todo lo que pensaba de él. Tú lo oíste, creo.

—Afortunadamente, no. Tus palabras en ocasiones son...

Se rio con ganas.

—Oh, la explicación que puedo dar a todo lo que está pasando es exactamente como la tuya. Si expusiéramos nuestras opiniones, probablemente serían primas hermanas.

—Entonces ¿los caballos vieron un oso?

—Tal vez un oso. Tal vez... —pero aquí la corriente volvió a arrastrarle—. ¿Qué piensas de los sueños?

Lancé todas las cuerdas posibles.

—El hígado... los nervios —fue todo lo que se me ocurrió.

Pero ahora él nadaba contra corriente por sí solo.

—Seguramente piensas que soy una vergüenza —dijo—, sé que lo soy. Tendría que ser necesario algo más que... bueno, no es la primera vez que dos personas pierden la amistad. Feudos y guerras han partido en dos muchas alianzas. Y si voy a perder la cabeza por un simple viejo trozo de periódico... me avergüenzo de haberlo quemado. Me da vergüenza haber sido tan débil.

—Todos nos trastornamos alguna vez —le dije. Mis cuerdas se habían convertido en pequeñas ramitas y me esforcé por establecer algún tipo de plan para las siguientes horas.

Ya habíamos acabado de desayunar y nos dispusimos a recoger los caballos. Cuando ya los habíamos reunido, el virginiano comenzó a contarme una historia de fantasmas.

—A las tres y media de la mañana, la mujer vio a su hija fugada de pie con un bebé en los brazos, pero cuando se movió había desaparecido. Más tarde descubrió que la joven madre murió en Nogales a esa misma hora. Fue en busca del niño y lo crio ella misma. Los conocí a los dos en mi tierra natal. ¿Te lo puedes creer?

No dije nada.

—Tampoco yo lo creo —afirmó—. ¡Y mira esto! Hay una diferencia de tres horas entre Nogales y Richmond. No sabía esto por aquel entonces.

En cuanto saliéramos de las montañas, yo sabía que recobraría su ser, pero incluso yo, que no tenía pesadillas con Steve, sentía que este silencio de las cumbres me obsesionaba.

—Su hija y ella tal vez estaban pensando la una en la otra con mucha fuerza en

ese mismo instante —siguió—. Pero Steve está muerto. Acabado. Seguro que tú no piensas que haya nada más, ¿verdad?

—Ojalá pudiera —le dije.

—No, estoy convencido. Las cuestiones divinas nunca me interesaron demasiado. Pero si hubiera un mundo de sueños tras la muerte... —Se detuvo y apartó sus ojos ávidos de los míos—. Hay mucha oscuridad allá donde uno mira —dijo—, y entonces pensé que no malgastaría más tiempo dándole vueltas al tema. Mira —dijo, mientras enlazaba un caballo con destreza y, de nuevo, su espléndida cordura volvió a brillar gracias a su imaginación—, supongo que en muchos hombres maduros con cierta inteligencia siempre hay un niño dormido, el niño pequeño que fueron, y que todavía tiene miedo de la oscuridad. Ayer tú mencionaste la oscuridad. Bueno, esta experiencia ha despertado al niño que hay en mí... ¡y que me aspen si soy capaz de lograr que vuelva a dormirse! No hago más que repetirle que, sin duda, llegará la luz del día, pero él sigue llorando y aferrándose a mí.

En alguna parte, a lo lejos en la cuenca, se escuchó un débil sonido y nos quedamos quietos.

—¡Calla! —dijo.

Pero fue como cuando contemplamos el amanecer; solo se escuchó, pero no se vio nada.

—Han disparado al oso —afirmé.

No respondió, y se puso a ensillar a los caballos sin mediar palabra. No nos apresuramos demasiado, pero supongo que no tardamos más de media hora en partir con la carga. No era algo nuevo oír un disparo en lugares donde abundaba la caza, pero mientras cabalgábamos ese disparo ya resonaba en mi mente diferente a otros. Tal vez no debería creer en esto hoy en día, sino como algo que creí en el pasado. La noche anterior nos habíamos desviado de la ruta para acampar. Ahora seguimos el cauce del río durante un rato y a continuación tomamos una senda que cruzaba el bosque. De esta manera llegamos al rastro de nuestros propios caballos, por donde habían pasado galopando de regreso al campamento tras huir aterrados en estampida. Claramente habían removido las agujas de pino húmedas y embarradas por todo el trayecto.

—Pero nadie ha estado por aquí, solo los caballos —dije.

—Y no muestran ninguna señal de recordar alguna amenaza —dijo el virginiano.

Poco después salimos a un claro.

—Aquí es donde estaban pastando —dijo el virginiano, y las marcas eran bastante claras—. Aquí es donde debieron de asustarse —continuó—. Quédate con ellos mientras doy un rodeo.

Así que esperé y, en efecto, nuestros animales se mostraban muy calmados en aquel lugar. Cuando uno lleva un caballo allí donde recientemente se ha encontrado con un animal salvaje, sus orejas y sus ollares suelen estar totalmente alerta.

El virginiano había parado y me hacía una señal para que me acercara.

—Aquí está tu oso —dijo cuando llegué—. Con dos piernas, ¿ves? Y llevaba su propio caballo.

Había una estaca clavada en el suelo donde se había atado a un animal para pasar la noche.

—Parece el flaco —dije, examinando la marca de las botas.

—Es el flaco. Y el flaco estaba deseando tener su propio caballo para que tanto él como el Gordinflón pudieran viajar como verdaderos caballeros.

—Pero no parece que el Gordinflón estuviera ya con él.

—Oh, el Gordinflón estaría preparando café, en algún lugar más allá, cuando ocurrió. Ninguno pensó que habría otros caballos merodeando por aquí de noche, o habrían acudido ambos.

Se volvió de nuevo hacia nuestros caballos de carga.

—Entonces, ¿no buscaremos este campamento para asegurarnos?

—Prefiero explorar primero. Podrían estar esperándonos en ese campamento.

Sacó el rifle de debajo de la pierna y lo colocó previsoramente sobre la silla. Yo hice lo mismo y, de esta guisa y con precaución, reanudamos la marcha tomando una dirección ligeramente distinta.

—Esto no es lo único que vamos a encontrar —dijo el virginiano—. El flaco tuvo una buena idea, pero imagino que después cometió un grave error.

Ya habíamos encontrado bastante sin necesidad de encontrar nada más, pensé. El flaco había ido para recoger a su único caballo y, al encontrar otros tres más en el pasto, intentó atrapar a uno, pero fracasó y solo consiguió ahuyentarlos.

—Shorty jamás supo cómo echar el lazo a un caballo sin ayuda —comenté.

El virginiano esbozó una breve sonrisa.

—¿Shorty? Bueno, Shorty suena que podría ser el flaco. Pero no es ese el error que cometió en el que estoy pensando.

Sabía que no iba a decírmelo; muy propio de él. Durante los últimos veinte minutos, al estar atareado con diversas cosas, había vuelto del todo a su ser, había regresado a la tierra desde aquel peligroso territorio de su mente donde invocó a un Steve espectral. En sus ojos no quedaba nada más que esa pregunta que el dolor había dejado allí y me pregunté si su antiguo amigo, que parecía tan valiente y cordial, le habría infligido ese daño en aquel solemne final de haber sabido la envenenada herida que dejaría.

Remontamos un risco desde el que pudimos otear el paisaje.

—Siempre es mejor cabalgar por lugares altos cuando hay gente por los alrededores que no han dejado claras sus intenciones —dijo el virginiano. Y continuamos por los riscos durante un buen rato. Entonces, de repente, el sureño se volvió y nos guio casi de inmediato hacia la ruta.

—Eso es —dijo—. Mira.

Se veía la huella fresca de un caballo en el camino. Pero ahora se trataba de un caballo al galope y no había huellas de botas junto a las del animal. El jinete intentaba

ganar tiempo ese día. El día anterior, ese caballo había sido llevado montaña arriba a placer. ¿Quién lo cabalgaba? Nunca lograríamos responder con certeza a esa pregunta. Pero ¿quién no iba en él? Dimos la vuelta, de regreso al corazón de esa cuenca rodeada de altas cumbres como dientes bajo el sol en un cielo sin nubes, con los bancos de nieve blancos brillantes.

—Tuvo miedo de nosotros —dijo el virginiano—. No sabía cuántos habíamos llegado hasta aquí arriba. Tres caballos podían ser hasta una docena más de hombres por los alrededores.

Retrocedimos por la ruta entre los pinos y al cabo de un rato llegamos a su campamento. Entonces comprendí el error que había cometido Shorty. Tras su intento fallido, regresó al campamento y le comentó al otro hombre la presencia de caballos nuevos. Debería haberlo mantenido en secreto, porque tendrían que marcharse inmediatamente y dos hombres no pueden hacerlo tan rápido con un solo caballo. Pero fue el último error del pobre Shorty. Yacía allí junto a la hoguera apagada, con su rostro melancólico de perro abandonado hacia arriba y su espeso cabello rubio sin raya tal como siempre lo había llevado. El asesino le había atacado por detrás. Le cerramos los ojos.

—No había maldad en él —dijo el virginiano—. Pero uno debe hacer las cosas bien en este territorio.

No había rastro ni pista alguna del otro hombre, de modo que buscamos un lugar donde poder cubrir de tierra el cuerpo de Shorty. Cuando lo levantamos, vimos el periódico que había guardado para encender hogueras. Lo había cogido en el bosquecillo de álamos donde él y el otro hombre debieron de realizar una visita posterior a la nuestra para asegurarse del fin de sus amigos... o, posiblemente, con la esperanza de encontrar otro caballo. Evidentemente, cuando fueron sorprendidos, solo pudieron escapar con uno. Todo el periódico estaba allí, a excepción de la hoja que yo había recogido... todo y más, porque en este que sostenía ahora en la mano había algo escrito con lápiz que no era mi letra, ni al principio me percaté de ello. Pensé que podría ser una pista y lo leí en voz alta.

«Adiós, Jeff», decía. «No podría haber hablado contigo sin comportarme como un niño».

—¿Quién es Jeff? —pregunté.

Entonces, cuando miré al virginiano, lo recordé. Estaba a mi lado casi inmóvil; alargó la mano y cogió la hoja, y se quedó quieto mirando fijamente las palabras.

—Steve me solía llamar Jeff —dijo—, porque soy sureño, supongo. Nadie más me llamaba así.

Dobló lentamente el mensaje del muerto, lo enrolló y lo metió dentro del abrigo detrás de la silla de montar. Durante medio minuto se quedó con la frente apoyada en la silla; después contempló de nuevo el rostro de Shorty durante un rato.

—Ojalá pudiera agradecersele —dijo—. Ojalá pudiera.

Llevamos a Shorty a la fosa y lo cubrimos con tierra, y sobre esta dejamos unas

ramas de pino; luego, retomamos el viaje y hacia el final de la mañana ya habíamos recorrido parte de la ruta a través de las Tetons.

Según avanzábamos, las huellas del caballo mantenían su rápido paso, alejándose de nosotros con el transcurrir de las horas, hasta que a la tarde siguiente, en algún lugar, advertimos que ya no se veían, y después ya no volvieron a aparecer en la ruta.

XXXIII

LA SOLTERONA SE DESVELA

En algún lugar de la vertiente este de las Tetons, esas huellas de cascos desaparecieron al adentrarse en una reserva de montañas surcada por multitud de senderos enrevesados. El que robaba las posesiones o arrebató la vida a otro hombre siempre podía huir allí si la ley o la justicia popular andaban pisándole los talones. Elevadas sierras y bosques lo aislaban del mundo por los cuatro costados, casi sin una sola fisura, y todas las entradas eran pasos intrincados y solitarios. El río Snake discurría hasta aquel lugar a través de cañones, lúgubres pinos y pantanos al norte, y de allí salía por el sur desde simas formidables. Todos los afluentes que desembocaban en el Snake fluían entre altas cumbres, las remontaban y descendían hacia el valle por cauces casi impenetrables: Pacific Creek procedente del Two Ocean Pass, Buffalo Fork, que no llegaba por ningún paso, Black Rock procedente del To-wo-ge-tee Pass... todos estos afluentes y muchos más conformaban las aguas de la soledad en cuyos recovecos era fácil perderse. Abajo había una extensión de terreno llano, vasto y bello; las Tetons azules y plateadas se cernían sobre la cadena de lagos al oeste, y otras cumbres presidían los otros costados. Y subiendo y bajando, entrando y saliendo de este cuadrado de montañas hueco, donde discurrían las aguas en abundancia, al igual que abundaba la caza y el pasto, allí merodeaba una población nómada y recelosa. Esta población, con el paso del tiempo, construyó cabañas, trajo mujeres, crió niños y comenzó a hablar de sí misma como «Los honestos colonos de Jackson's Hole». Es un título con muchas pretensiones y, probablemente, hoy en día se ajusta más a la realidad que por aquel entonces.

En aquel lugar las huellas desaparecían. Todavía no había muchas cabañas allí, pero el jinete anónimo sabía bien que allí encontraría refugio y un buen recibimiento por parte de delincuentes de su calaña. Las fuerzas públicas podrían haber averiguado su nombre, pero ya no habría un siguiente paso, por falta de pruebas; y él esperaría, quienquiera que fuera, a que la ira de la justicia popular, que lo había perseguido junto a sus hermanos ladrones, amainara. Luego, poco a poco y con prudencia, se dejaría ver de nuevo.

Y ahora, tan misteriosamente como las huellas se habían esfumado, el rumor invadió todo el territorio. Nadie parecía haber contado por primera vez la noticia; un día, apareció el rumor, como alguna clase de conocimiento secreto. En Sunk Creek y en Bear Creek, y en todas partes a lo largo y ancho del territorio, antes de que nadie hablara, los hombres parecían saber secretamente que Steve, Ed y Shorty no volverían a ser vistos nunca más. Los jinetes se encontraban en las carreteras y tiraban de las riendas para comentar el suceso y su repercusión en el negocio ganadero. En los salones de la ciudad los hombres se echaban a un lado y murmuraban sobre ello en los rincones.

Y llegó a los oídos de Molly Wood, en un principio de forma velada e inofensiva.

Un vecino se unió a ella cuando la joven salió a cabalgar sola.

—Buenos días —dijo él—. ¿No se encuentra un poco sola? —y, cuando Molly respondió jovialmente, él continuó con la mejor de las intenciones—. Pronto volverá a tener compañía. Él ya ha acabado el trabajo. ¡Ojalá lo hubiera acabado *del todo!* Bueno, que pase un buen día.

Molly le dio muchas vueltas a estas palabras. No sabía por qué le producían una extraña sensación. Era imposible que, desde su mentalidad de Vermont, fuera capaz de adivinarlo por sí sola. Pero, tras despedirse del vecino, recordó de repente algo que el hombre le había dicho... algo en la manera de decirlo... Sintió entonces un gélido y vago presentimiento. La sospecha de ese día comenzó a tomar forma cuando regresó de su paseo. Porque, al entrar en la cabaña de los Taylor, se encontró con varias personas que callaron rápidamente al verla entrar, y no fueron lo suficientemente rápidas en retomar el hilo. Ella se sentó allí un rato, incómodamente consciente de que todos ellos sabían algo que ella no sabía, y que no debía saber. Entonces, un pensamiento la partió en dos: ¿le había pasado algo a él? No, no era eso. El hombre que había encontrado durante su paseo a caballo le dijo que pronto tendría compañía otra vez. ¿Cuándo? Preguntó ella. El hombre no supo decirle cuándo regresaría, y ahora, de repente, Molly sintió que el virginiano había estado envuelto en un profundo silencio últimamente: no era el simple silencio de la ausencia, de no recibir mensajes o cartas, sino otra clase de silencio que ahora, en ese momento, le pesaba inquietantemente. El frío aumentó.

Además, al día siguiente fue a la escuela. Durante ese intervalo conocido como recreo, se dio cuenta por la ventana abierta de que estaban jugando a un nuevo juego allí fuera. Unos fuertes gritos de júbilo le llegaron a los oídos.

—¡Salta! —ordenó una de las voces—. ¡Salta!

—No quiero hacerlo —contestó otra voz, incómoda.

—Dijiste que lo harías —dijeron varias voces—. ¿A que sí que lo dijo? Sí, dijo que lo haría. ¡Salta ahora, rápido!

—Pero no quiero hacerlo —dijo temblorosa la voz con un tono tan afligido que Molly salió a mirar qué pasaba.

Tenían subido a Bob Carmody sobre la verja, junto a un árbol, con una cuerda alrededor del cuello y cuatro niños sujetaban alegremente el otro extremo de la cuerda. El resto los miraba entusiasmado, tres niñas aplaudían y saltaban nerviosas.

—¡Pero, niños! —exclamó Molly.

—¡Ha rezado ya sus oraciones! —gritaron todos a una—. Es un ladrón y lo vamos a ajusticiar. ¡Salta, Bob!

—No quiero...

—¡Ah, cobarde, no quiere tomar de su propia medicina!

—Dejadle ir, chicos —dijo Molly—. Podéis hacerle daño de verdad.

Y, de esta manera, interrumpió el juego, pero ante la protesta general de todas

aquellas jóvenes voces de Wyoming.

—Dijo que lo haría —le aseguró Henry Dow.

Y George Taylor abundó en la explicación:

—Dijo que él haría de Steve. Pero Steve no se asustó.

Entonces George contó entusiasmado a la maestra todo el asunto de Steve y Ed, mientras la maestra le miraba con el rictus tenso.

—Le prometiste a tu madre que no lo contarías —dijo Henry Dow, después de que todo se descubriera—. Y tú vas y lo cuentas —y Henry Dow meneó la cabeza con aires de superioridad.

La joven de Nueva Inglaterra no habló de ello con nadie y se guardó para sí el disgusto. Él no estaba allí para defenderse. Tal vez, de alguna manera, era mejor. Pero, sin duda, aquellas fueron unas horas de total oscuridad para Molly Wood.

Durante esa visita a Dunbarton, cuando al ver por primera vez la fotografía de su amado vestido de frontera, su tía exclamó: «Supongo que habrá días en los que no matará a nadie», ella gritó con toda su buena fe y alegría: «¡Él nunca ha matado a nadie!». Más tarde, cuando yacía en su cabaña debilitado por la herida de bala, pero cada vez más fuerte bajo sus cuidados, tras ciertas palabras pronunciadas febrilmente, a Molly la recorrió un escalofrío de duda. Tal vez, en sus muchos viajes, había hecho algo en defensa propia, o por algún caso de justicia popular. Pero enseguida desechó la idea y la dejó apartada en los tiempos en los que ella aún no lo conocía. Si alguna vez pasó, prefería no saberlo. Luego, como cruel recompensa por el candor del virginiano por abrirse de esa manera a su madre en la carta que le había dirigido, las cartas que Molly recibió de Bennington utilizaron esa misma misiva como un arma contra su amado. Su hermana Sarah citó de su propia carta. «Dice con aparente orgullo», escribió Sarah, «que él “nunca mató por placer o provecho propio”. Esas son sus palabras exactas, y podrás suponer el efecto devastador que supusieron para madre. Te felicito, querida, por haber elegido a un protector tan escrupuloso».

Su hermana mayor había considerado apropiado escribirle esas líneas, y en cartas de familiares menos cercanos también se dejaba caer alguna alusión al mismo tema. Así que se vio obligada a reconocer este hecho que todos le señalaban. Sin embargo, esos sucesos habían tenido lugar antes de que ella le conociera. Eran lejanos, sin detalles ni contexto. Él apenas era un niño. Sin duda lo hizo para salvar su propia vida. Y, de alguna manera, la carga de su descubrimiento se vio ligeramente aliviada por el tono que su hermana usó en la carta y que le hizo defender a su vaquero.

¡Pero ahora!

A solas en su cabaña, después de medianoche, se levantó insomne de su lecho y, tras encender una vela, se acercó la fotografía de su amado.

«Tiene un rostro bondadoso», había dicho su tía abuela cuando examinó el retrato. Y estas palabras ahora le rondaban por la cabeza. Allí su retrato se alzaba en toda su grandeza, frente a ella: las espuelas en las botas, las chaparreras de cuero con flecos, la sogá enrollada en la mano, la pistola en la cadera, la tosca camisa de franela

y el pañuelo anudado en el cuello... y luego, esos ojos serios, mirándola. Al cruzar la mirada con él, le recorrió un temblor. Podía leer vida en esos ojos. Podía ver su color, cómo cambiaba en ocasiones según su estado de ánimo. Tenía la sensación de que manaba pasión de ellos; y luego, algo parecido al reproche. Se quedó un rato mirándolo, y a continuación, dando una palmada, apagó la luz y regresó a la cama, pero no para dormir.

—Se te ve pálida, querida —le dijo la señora Taylor unos días más tarde.

—¿En serio?

—Y no comes nada.

—Oh, sí que como.

Y, a continuación, Molly se marchó a su cabaña.

—George —dijo la señora Taylor—, ven aquí.

Podría parecer severa... creo que fue severa. Esa noche, cuando el señor Taylor regresó con su familia, George recibió una azotaina por desobedecer.

—Y supongo —dijo la señora Taylor a su esposo— que ella salió justo a tiempo para evitar que le rompieran el cuello a Bob Carmody.

Al día siguiente, la señora Taylor intentó lo imposible. Se dirigió a la cabaña de Molly Wood. La joven la saludó fríamente; la mujer se sentó y examinó la acogedora estancia.

—Un hogar muy bonito, querida —dijo—, si fuera un hogar. Pero podrás decorar de igual manera tu verdadero hogar, no tengo ninguna duda.

Molly no respondió.

—No sé lo que haremos sin ti —dijo la señora Taylor—. Pero no cambiaría la situación por nada del mundo. Él regresará pronto, espero.

—Señora Taylor —dijo Molly de repente—, por favor, no diga nada ahora. No puedo soportarlo —y rompió a llorar desconsoladamente.

—Vaya, querida, él...

—No, ni una sola palabra. Por favor, por favor... saldré de aquí si lo hace.

La mujer mayor se acercó a la joven y luego la rodeó con sus brazos. Pero cuando acabaron las lágrimas no pareció que la hubieran aliviado en absoluto; no eran como la tormenta que limpia el cielo... no todas las tormentas limpian el cielo. Y la señora Taylor miró a la pálida joven y comprendió que no podía hacer nada para tranquilizarla.

—Por supuesto —le dijo a su esposo tras regresar de su infructuosa misión—, tú deberías saber que ella se iba a sentir fatal.

—¿Por qué? —preguntó Taylor.

—Vaya, lo sabes tan bien como yo. Y te lo diré yo misma; espero que nunca tengas que ayudar a ahorcar a nadie.

—Bueno —dijo Taylor con cuidado—, si tuviera que hacerlo, entonces lo haría, supongo.

—Pues no quiero que pase. Pero esa pobre chica se está devanando los sesos

desesperada por ello.

—¿Qué ha dicho?

—Es lo que no ha dicho. No quiere hablar, y no me deja que le hable, y se queda sentada todo el tiempo.

—Iré a hablar con ella —dijo el hombre.

—Bueno, Taylor, pensé que tenías más sentido común. No lograrás que te escuche. Pero se pondrá enferma si no deja de preocuparse de alguna manera.

—¿Y qué pretende que hagamos en este territorio? —preguntó Taylor—. ¿Es que piensa que es como Vermont cuando...?

—No podemos hacer nada sobre lo que Molly piensa o deja de pensar —le interrumpió su esposa—. Pero ojalá pudiéramos ayudarla.

Sin embargo, no podían... y la ayuda llegó de otra fuente. El juez Henry les visitó al día siguiente.

—Oh, señor juez —dijo la señora Taylor—, las cosas se han puesto feas.

El juez la miró con gesto grave mientras la escuchaba.

—¿Debo intermediar? —preguntó.

—Sí, juez, debe hacerlo —dijo la señora Taylor.

—Pero ¿por qué no envió simplemente a mi hombre aquí directamente en cuanto regrese? Seguro que lo pueden solucionar entre ellos.

La señora Taylor sacudió la cabeza.

—Eso solo empeorará las cosas —le aseguró la mujer—. Es mejor que no se vean ahora mismo.

El juez suspiró.

—Bueno —dijo—, muy bien. Me sacrificaré, ya que insiste.

El juez Henry se quedó sentado y pensativo mientras aguardaba a que acabaran las clases en la escuela. No es que tuviera muchas ganas de enfrentarse a lo que tenía por delante. Habría preferido desentenderse del asunto. Había sido juez federal y un juez íntegro; había cumplido con las responsabilidades de su difícil tarea no solo educándose en leyes, lo cual es deseable, sino también con valentía y sentido común, y estas dos cosas eran esenciales. Había sido un servidor de la ley. Y ahora le invitaban a defender aquello que, a primera vista, no era ley... incluso a segunda y tercera vista, debía parecer un desafío a la ley más grave que el propio delito. Todo buen hombre en este mundo posee convicciones sobre lo que está bien y lo que está mal. Esos son sus tesoros espirituales, su oro espiritual. Cuando su comportamiento difiere de estos, sabe que está desviándose, y fracasando, y esta es una cuestión bastante simple y obvia. Si el fracaso fuera lo único que le ocurriera a un hombre bueno, sus días consistirían simplemente en esfuerzo y arrepentimiento. Pero no es todo. A este hombre se le presentan ciertas coyunturas, crisis, cuando la vida, como un asaltador de caminos, se abalanza sobre él exigiéndole que se levante y renuncie a sus convicciones en nombre de alguna causa justa, abocándole a hacer el mal para conseguir el bien. Yo no creo en esto. Pienso que cualquier hombre que justifique

honestamente tal curso de acción se está engañando a sí mismo. Pero sí puedo decir esto: determinar que una acción es mala inmediatamente plantea una cuestión. Muchos de los actos de los hombres son buenos o malos según el momento y el lugar que conforman, por así decirlo, su contexto; si uno los desnuda de sus circunstancias particulares, los vacía de significado. ¡Caballeros reformistas, cuidado con esta práctica tan común entre ustedes! ¡Cuidado con determinar que un acto es malo el martes porque el mismo acto era malo el lunes!

¿Aún no comprenden lo que intento explicar? Entonces, les ofrezco un ejemplo. El lunes doy un paseo por el campo de mi vecino; no hay nada de malo en dicho paseo. El martes él ha colocado una señal indicando que cualquier intruso podrá ser llevado ante la ley. Doy otro paseo el martes y entonces estoy quebrantando la ley. ¿Entienden ahora por dónde voy? ¿O tal vez desechen el ejemplo porque el paseo del martes no era *malo*, sino simplemente *ilegal*? En ese caso, les ofrezco otro ejemplo que tal vez les resulte un poco más embarazoso. Permítanme que les pida que consideren cuidadosamente el caso de un hombre joven y una mujer joven que salen de la iglesia el martes, acaban de ser desposados por una tercera persona puertas adentro. Da igual que el lunes, en sus corazones, ya se hubieran jurado amor eterno el uno al otro. Si no hubieran entrado por esa puerta y no hubieran recurrido a ese tercero, y se hubieran escapado el lunes tras haberse jurado amor eterno mutuamente, seguro que no les parecería una conducta moral. Consideren todo esto cuidadosamente, la señal en el campo del vecino y esa tercera persona... y la importancia de ambos. Y ahora, para acabar, retomemos el ejemplo de la señal en el campo.

Supongamos que me dirigí al campo de mi vecino el martes, después de que se hubiera colocado la señal, porque había visto que un asesino estaba a punto de cometer un asesinato en el campo, y por lo tanto corrí y lo detuve. En tal caso, ¿estaba yo haciendo algo malo para conseguir el bien? ¿No creen que quedarme fuera y dejar que el asesinato se cometiera habría sido el comportamiento amoral en este caso? Desobedecer esa señal era algo *bueno*; y espero que ahora comprendan que el mismo acto puede tener tantos matices diferentes del bien y del mal como un arco iris, según el contexto en el que tenga lugar. Nunca es seguro decir que un hombre «hizo el mal para hacer el bien». ¿Era esa acción que hizo en primer lugar realmente mala? Esa es la cuestión.

Perdonen que les pida que reflexionen. Es algo que ningún novelista debería esperar de sus lectores, y regresaremos de inmediato al juez Henry y sus reflexiones sobre los linchamientos.

El juez era totalmente consciente de que, si abordaba este tema con la joven de Nueva Inglaterra, no iba a convencerla con simples tópicos o fórmulas manidas; al menos, no si lo que pretendía era conseguir algo bueno. Era demasiado inteligente y él deseaba hacer el bien. Por ella, quería que el devenir de su verdadero amor fuera menos abrupto, y aún más lo deseaba por el virginiano.

«Yo le envié a hacer ese trabajo», reflexionó el juez, incómodo. «Soy en parte responsable por el linchamiento. Ya le habrá producido bastante infelicidad la muerte de Steve. Si logro al menos que se le meta en la cabeza esto, ella podría... ¡Válgame el cielo, qué incordio!», y suspiró. Porque como saben todos los hombres, él también sabía que muchas cosas deben mantenerse en ese mundo de silencio, y que hablar sobre ellas es un error.

Pero cuando acabó la escuela y la joven llegó a su cabaña, la mente del juez había logrado organizar sus ideas y llamó a la puerta preparado, como lo había expresado anteriormente, a sacrificarse por la noble causa del verdadero amor.

—Bueno —dijo, sin andarse con rodeos—, han tenido lugar algunos oscuros sucesos —y cuando ella no le respondió, el juez continuó hablando—. Pero no debe malinterpretarnos. La apreciamos mucho para permitir que eso ocurra.

—Juez Henry —dijo Molly Wood, sin andarse tampoco con rodeos—, ¿ha venido a decirme que le parecen bien los linchamientos?

Él le replicó.

—Quemar negros sureños en público no me parece bien. Ahorcar a ladrones de caballos de Wyoming en privado, sí. Usted puede ver la diferencia, ¿verdad?

—No difieren en cuanto al principio en el que se sustentan —dijo la joven, seca y escuetamente.

—¡Oh, válgame el Cielo! —exclamó lentamente el juez—. Lamento mucho que no sepa verla, porque yo sí la veo. Y también creo que usted tiene tanto sentido común como yo.

El juez se mostró a un mismo tiempo muy serio y muy afable. La pobre chica estaba con los nervios de punta y habló, a su pesar, con cierta dureza.

—¿Qué diferencia hay en cuanto al principio en el que se basan? —preguntó.

—Bueno —dijo el juez, calmado y pensativo—, ¿a qué se refiere con lo de principio?

—No pensé que fuera a venirme con objeciones tan burdas —dijo Molly rápidamente—. Yo no soy mujer de leyes.

Un hombre menos sabio que el juez Henry habría sonreído ante este desafío y luego se habría desatado una guerra inútil entre ellos, y tan solo habría empeorado lo que ya estaba mal. Pero el juez sabía que ahora debía tomar en consideración todas y cada una de las palabras que pronunciara la joven.

—No era mi intención objetar burdamente —le aseguró—. Conozco el truco de zafarse de una pregunta formulando otra. Pero no quiero huir de nada que usted quiera que yo le responda. Si es capaz de demostrarme que me equivoco, por favor, hágalo. Pero —y entonces el juez sonrió— también quiero que sea justa.

—¿Y qué le hace pensar que no lo soy?

—Quiero que me demuestre que está tan dispuesta a ser convencida por mí como yo lo estoy a serlo por usted. Y que cuando use una palabra como principio, usted debe ayudarme a responderle indicándome antes qué significa ese principio para

usted. Porque, con toda sinceridad, no veo ninguna similitud entre los principios que subyacen en el acto de quemar a negros sureños en público o los de ahorcar a ladrones de caballos en Wyoming en privado. Solo hay que considerar el hecho de quemar vivo a alguien, que únicamente viene a probar que el sur todavía está por civilizar, mientras que el ahorcamiento prueba que Wyoming está decidido a comportarse de forma civilizada. No torturamos a nuestros delincuentes cuando les linchamos. No invitamos a espectadores para que disfruten con su agonía. Jamás traeríamos tan terrible ignominia a los Estados Unidos. Ejecutamos a nuestros delincuentes por el método más rápido y más indoloro. ¿Sigue pensando que el principio en el que se basan uno y otro acto es el mismo?

Molly le había escuchado con atención.

—La forma es distinta —admitió Molly.

—¿Solo la forma?

—Eso me parece. Ambas desafían el orden público.

—Ah, ¿en serio cree en eso? Ahora estamos llegando a ese principio.

—Caramba, sí. En ambos casos, los ciudadanos ordinarios se toman la justicia por su mano.

—¡Ah, ahí tenemos el principio! —exclamó el juez—. Ahora dígame algo más. ¿A quién exactamente están arrebatando la justicia esos ciudadanos?

—A los tribunales.

—¿Y quién ha nombrado a esos tribunales?

—No le entiendo.

—¿Quién hizo que se crearan esos tribunales?

—La Constitución.

—¿Y cómo se creó esa Constitución? ¿Quién la hizo?

—Los delegados, supongo.

—¿Y quién nombró a los delegados?

—Supongo que fueron elegidos, o nombrados, o algo similar.

—¿Y quién los eligió?

—Por supuesto, la gente los eligió.

—Llamémosles ciudadanos ordinarios —dijo el juez—. Me gusta el término que ha empleado. De ellos es de donde emana la ley, ¿comprende? Son ellos los que eligieron a los delegados que hicieron la Constitución que instituyó los tribunales. Y ahí está el mecanismo. Esas son las manos en las que los ciudadanos ordinarios depositan la ley. Así que, como ve, en el mejor de los casos, cuando cometen un linchamiento tan solo están recuperando lo que anteriormente habían cedido. Veamos, tomemos los dos casos que usted dice que se basan en el mismo principio. Yo creo que no es así. Porque en el sur, detienen a un negro y lo sacan de la prisión donde espera ser ahorcado. El sur nunca se justifica diciendo que la ley lo dejaría libre. Pero en Wyoming la ley ha dejado libres a los ladrones de ganado durante dos años. Estamos en una situación muy penosa e intentamos mejorar la situación hasta que la

civilización nos alcance. De momento, vivimos fuera de su palio. Los tribunales, o más bien los jurados, en cuyas manos hemos depositado los ciudadanos la ley, no están impartiendo justicia. Son manos débiles o, más bien, manos falsas creadas para la ocasión, sin vida propia ni fuerza alguna. No son capaces de retener ni a un solo ladrón de ganado. Y entonces, cuando esos ciudadanos ordinarios ven lo que sucede y comprueban que han depositado su justicia en manos muertas, deben recuperar esa justicia y tomarla con sus propias manos, donde estuvo ya anteriormente, al principio de todas las cosas. Tal vez lo considere algo primitivo. Pero muy al contrario de ser un *desafío* a la ley, en realidad es una *afirmación* de esta... la afirmación fundamental de hombres que se gobiernan a sí mismos, sobre los cuales se basa todo nuestro tejido social. Ahí tiene un principio, señorita Wood, tal como yo lo veo. Ahora, ¿puede ayudarme a cambiar de opinión?

No, ella no podía.

—Pero tal vez siga manteniendo la misma opinión —inquirió el juez.

—Todo me resulta tan terrible... —dijo ella.

—Sí, y también lo es la pena capital. Y la guerra. Y quizás algún día podamos vivir sin ninguna de estas cosas. Pero ninguna de ellas es tan terrible como dejar que el robo y el asesinato campen a sus anchas.

Tras la marcha del juez a Sunk Creek, nadie habló a Molly sobre el tema. Pero el rostro de la joven no recuperó su jovialidad de inmediato. Estaba claro, a juzgar por sus ataques de silencio, que su mente estaba intranquila. Y, en ocasiones, por la noche, se quedaba de pie frente al retrato de su amado, mirándolo tanto con amor como encogido tenía el corazón.

XXXIV

«PARA PONÉRSELO EN EL DEDO»

Eran dos anillos lo que el virginiano solicitaba en su carta cuando recibí de nuevo noticias suyas. Después de mi oscura visión de lo que podía llegar a ser el Territorio Ganadero, pronto viajé de regreso a casa a través de Washakie y Rawlins. Steve y Shorty no abandonaron mi mente, y creo que jamás la abandonarán.

El virginiano había tocado el tema el día que le dejé. Se había dado cuenta de que yo miraba las llanuras y las montañas a modo de despedida.

—Regresarás —dijo—. Si hubiera una lápida por cada hombre que en alguna ocasión disfrutó de libertad aquí, verías una allá donde volvieras la cabeza. Es mucho más triste que un cementerio... pero uno lo ama igualmente.

La tristeza le había abandonado... al menos de su estado de ánimo más visible, cuando me escribió sobre los anillos. Por supuesto, en su interior había tanto tristeza como alegría. Porque conocía a Steve y había enterrado el cuerpo de Shorty. Había mirado a la vida con los ojos de un hombre, muy de cerca, y nadie, si es que tiene corazón, puede pasar por esto y que su alma no quede marcada por la tristeza para siempre. Pero pocas veces lo muestra abiertamente; lo reserva en su interior, abonando su alegría y haciéndolo mejor persona con sus semejantes.

Era un encargo de alegría el que ahora me había hecho, pues se encontraba lejos de las poblaciones donde comprar los anillos. No podía viajar al este para conseguir lo que tenía en mente. Podían adquirirse anillos en Cheyenne, y había una selección aún mayor en Denver, pero hasta el momento sus deberes de capataz no le habían permitido viajar tan lejos. No obstante, estaba decidido a conseguir unos anillos del Este. Debían proceder del mejor lugar del país; cualquier anillo inferior a eso no sería lo suficientemente bueno «para ponérselo en el dedo», como dijo. Las alianzas eran una cuestión sencilla. Solo tenían que ser las de tamaño apropiado: el oro más puro que pudiera usarse, con las iniciales de ella y las suyas juntas grabadas en el interior, así como el día del mes y el año.

Ya se había acordado la fecha. Habían llegado hasta allí y el tres de julio era el día elegido. Luego, durante sesenta días con sus noches sería un recién casado, liberado de sus deberes en Sunk Creek y con el tiempo suficiente para llevar a su esposa dondequiera que ella quisiera ir. Y ella ya había elegido.

Esas voces del mundo habían hecho algo más que enfurecerla; porque, después de la ira, quedó en ella un firme propósito. Su hermana no tendría ocasión ni de venir ni de ausentarse. Si al menos la carta del virginiano hubiera recibido alguna respuesta de su madre, tal vez se hubiera aplacado. Pero la pobre dama no se había portado de la forma apropiada, como en los demás momentos críticos de su vida; había enviado mensajes, sin duda todos ellos agradables, pero simples mensajes al fin y al cabo. Nadie en el mundo advirtió si el virginiano se sintió dolido por ello, y mucho menos

la joven en cuyo corazón quedó un frío y helado resentimiento. Dirán que no es el mejor estado de ánimo para casarse. No; los fríos resentimientos nunca son buenos. Pero la propia naturaleza de la joven le proporcionó el consiguiente castigo. Durante todos esos días de cálida felicidad, le recorría una corriente fría, como esas corrientes frías que interrumpen la perfecta felicidad del nadador. La joven estaba solo la mitad de contenta que su novio, pero se lo ocultó totalmente... hasta aquel momento final e intenso de ajuste de cuentas que poseía su naturaleza o, más bien, que su naturaleza le imponía, antes de que el castigo fuera levantado, y el resentimiento frío por fin se derritiera en su corazón.

Así que, mientras tanto, sentenció en contra de Bennington. No sería Vermont sino Wyoming el lugar de su casamiento. Ninguna voz del mundo susurraría ni los ojos del mundo mirarían cuando ella le jurara amor eterno y lo recibiera como su esposo. Esos juramentos serían pronunciados y ese anillo ofrecido en aquella tierra salvaje del Territorio Ganadero, donde por primera vez le vio cabalgar en el río caudaloso para llevarla hasta la orilla en su caballo. Era este cielo abierto el que brillaría sobre ellos y esa tierra de frontera la que sus pies pisarían. El mundo debería esperar su turno en segundo lugar.

Tras un mes con él junto al río y el cañón, un mes adentrándose en la vegetación de las montañas aún más profundamente de lo que él se había atrevido a llevarla antes, un mes a veces en una tienda y a veces con las estrellas sobre ellos, y solo sus caballos por toda compañía... Tras un mes así, ella decidió que irían a la casa de su madre y a Bennington; y la vieja tía lo miraría y podría una vez más afirmar que las Stark siempre habían preferido a los hombres hombres.

Así pues, se grabó el tres de julio en el interior de la alianza. En cuanto al otro anillo, el virginiano le había dedicado muchos y placenteros pensamientos, en secreto. Incluso había conseguido la medida correcta de su dedo sin que ella sospechara la razón. Pero este paso era el último de su plan.

Durante el tiempo que centró sus pensamientos en el otro anillo, por casualidad aprendió de la señora Henry una serie de antiguas curiosidades sobre las piedras preciosas. La señora Henry acompañaba con frecuencia al juez en sus arriesgadas escaladas por las montañas y, a veces, en los tramos más escarpados, ella tenía que usar las manos para sujetarse. Un día, cuando el virginiano fue con ellos para ayudar a marcar ciertos límites del terreno, ella se quitó los anillos para que no se rayaran y él, justo detrás de ella, se los guardó durante la escalada.

—Veo que está mirando mi topacio —dijo ella cuando se los devolvió—. Si hubiera podido elegirlo, habría sido un rubí. Pero nací en noviembre.

El sureño no la entendió en absoluto, pero las palabras de la mujer despertaron en él un gran interés, y tras descender unas cinco millas de la montaña volvió a hablar. Entonces le salió la vena ingeniosa, porque había medio adivinado a qué se refería la señora Henry, pero debía asegurarse. Por lo tanto, siguiendo su naturaleza asilvestrada y tímida, se puso ingenioso.

—Los hombres llevan anillos —comenzó—. Algunos hombres del rancho los llevan. No veo nada malo en que un hombre lleve anillos. Pero yo nunca los he llevado.

—Bueno —dijo la dama, sin sospechar todavía el rodeo que el sureño estaba dando—, probablemente esos hombres tengan enamoradas.

—No, señora. Ninguna enamorada por la que valga la pena llevar anillos... en dos casos al menos. Los ganaron a las cartas. Y les gusta cómo brillan. Nunca vi que un hombre llevara un topacio.

A la señora Henry no se le ocurrió ningún otro comentario al respecto.

—Yo nací en enero —continuó el virginiano, muy pensativo.

Entonces, la dama le lanzó una mirada y sin mayor proceso mental percibió exactamente lo que realmente quería aquel hombre.

—Es un mes muy lujoso para los anillos —dijo ella—. Enero es diamante.

—Diamante —murmuró el virginiano, cada vez más pensativo—. Bueno, da igual, porque no llevo anillos. Y noviembre es... ¿qué dijo que era, señora?

—Topacio.

—Sí. Bueno, las piedras son ciertamente unos objetos preciosos. En las Misiones Españolas se ven algunas grandes de vez en cuando. Y no son cristales, creo. ¿Así que cada uno de los doce meses tiene asignada una piedra preciosa?

—Sí —dijo la señora Henry sonriendo—. Una para cada mes. Pero el ópalo es el que estás buscando.

Él la miró y comenzó a ruborizarse.

—Al mes de octubre le corresponde el ópalo —añadió, y se rio abiertamente, porque el cumpleaños de la señorita Wood era el día quince de ese mes.

El virginiano le sonrió con expresión culpable a través de su rubor.

—No tengo duda de que puede marear la perdiz muy bien con otros hombres —dijo la señora Henry—. Pero es totalmente transparente para nosotras... al menos, en cuestión de sentimientos.

—Bueno, lo siento —dijo él finalmente—. No quiero darle un ópalo. No soy una persona que albergue supersticiones, pero no quiero darle un ópalo. Si su madre lo hiciera, o alguien parecido, caramba, de acuerdo. Pero no de mí. ¿Me entiende, señora?

La señora Henry comprendió este sutil razonamiento del hombre asilvestrado y se alegró de poder tranquilizarle acerca de los ópalos.

—No se preocupe por eso —dijo ella—. Se dice que los ópalos traen mala suerte, pero no cuando es tu propio mes. Entonces, se supone que no solo dejan de ejercer una mala influencia, sino que además poseen el poder de atraer la suerte. Que sea un anillo de ópalo.

Él le hizo varias preguntas directas y ella le mostró sus anillos y le dio algunos consejos sobre el engarce. Le dijo que no había una costumbre especial que marcara el estilo de un anillo como el que él quería ofrecer. La gema podía ser la favorita de la

dama o la favorita del amado, y elegir la gema del mes de la dama era, en efecto, muy buena idea.

Muy buena idea, pensó el virginiano. Pero no lo bastante buena para él. Su mente ahora le estuvo dando vueltas a estos usos y costumbres con relación a las joyas y pronto sus sentimientos le inspiraron algo que se propuso llevar a cabo.

Cuando consiguió el anillo, finalmente resultó ser un ópalo, pero engarzado con cuatro pequeños diamantes a su alrededor. La piedra del mes de ella unida a la de él, y que su suerte y amor quedaran así inseparablemente engarzados.

Averiguó el tamaño del dedo de Molly un día cuando el invierno ya se había marchado y la primera hierba crecía verde. Hizo un anillo para ella doblando una hierba, mientras ella extendía su mano para que él se lo atara. Se hizo otro anillo para sí mismo. Luego, tras llevar ambos anillos durante un rato, él le suplicó que se los intercambiaran. Y no desechó este regalo, sino que lo midió cuidadosamente. El anillo le iría bien y la lustrosa superficie del ópalo hacía vibrar su corazón cada vez que lo contemplaba. Porque estaba acabando junio y ese otro anillo de oro sin adornos, que, para guardarlo en lugar seguro, llevaba colgando del cuello día y noche, parecía infundirle un resplandor interior más profundo que el del ópalo.

Así pues, a su debido tiempo, llegó el dos de julio. Y el castigo de Molly había llegado a este punto: deseaba tener a su madre cerca en esos momentos, pero ya era demasiado tarde.

XXXV

CON PREMEDITACIÓN

La ciudad se hallaba a unas doce millas ante el sureño y su enamorada cuando remontaron la cima de la última colina. A sus pies el paisaje era como un mapa: no se distinguía ni animal ni hombre, tan solo la imagen venosa y amarillenta de un territorio, con sus lomas y llanuras dispuestas claramente en orden, brillando enormes e inmóviles bajo el sol. Se abrió a la vista de los jinetes cuando llegaron al abrupto borde de la meseta por la que habían estado viajando desde la mañana con las cabezas de ambos caballos a la par.

A la vista del final de su viaje, el virginiano dirigió la mirada hacia Molly, con los ojos inundados por la luz del novio enamorado; colgando sobre su pecho pudo sentir el anillo de oro que colocaría cuidadosamente en el dedo de ella al día siguiente. Retiró el guante de la mano izquierda de Molly y, tras agacharse, besó la gema del otro anillo que ahora le estaba ofreciendo. El fuego carmesí del ópalo pareció fundirse con el del corazón del sureño y con el brazo la levantó durante unos segundos de la silla de montar mientras la abrazaba. Sin embargo, una repentina punzada de soledad asaltó a la joven. Ninguno de sus allegados la esperaba en aquella lejana ciudad para verla convertirse en su esposa. Podría ver algunos rostros amistosos de camino, pero todos eran nuevos amigos, hechos en este territorio salvaje; ni un solo rostro de su niñez le sonreiría, y en lo más profundo de su ser una voz clamaba por la madre que se encontraba allá lejos, en Vermont. Que fuera a ver el amable rostro de la señora Taylor en su boda ya no la reconfortaba.

Allí se alzaba la ciudad en medio del esplendor del paisaje de Wyoming. A su alrededor se extendían los campos de regadío, hacia el oeste una porción pequeña, pero hacia el este abarcaba un gran espacio formado por cuadrados de cosechas verdes y amarillas; la ciudad no era más que un pobre retal en medio de aquel damero de campos. Más allá de los campos, al este, comenzaba la parda llanura y, con el tenue surco del río perfilando las ondulaciones del terreno, esta se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Pero al oeste de la ciudad se erguían las montañas Bow Leg, gélidas todavía con la nieve aún sin derretir y simas de oscuros pinares azules. A partir de los tres cañones fluían las tres vías de agua que daban origen al río. La confluencia se encontraba a más de dos millas sobre la ciudad; desde allí arriba parecían tan solo unos pasos, y en cada ribera el río discurría lentamente entre los álamos de los márgenes, como finos setos a lo largo del sendero de un jardín. Sobre todo este mapa flotaba el silencio en armonía, tremendo pero sereno.

—¡Qué belleza! ¡Me encanta! —susurró la joven—. ¡Pero es enorme!

Y se apoyó en su amado durante un segundo. Era su alma que buscaba refugio. Ese día, aquella vasta belleza, esa calma primigenia, producía en ella algo parecido al miedo. Las pequeñas, acogedoras y verdes colinas de su tierra natal se alzaban ahora

en su mente. Cerró los ojos y vio Vermont: la calle de un pueblo, la oficina de correos, la hiedra que cubría una vieja puerta de entrada y a su madre cortando rosas amarillas de un rosal.

Al escuchar un ruido, Molly abrió rápidamente los ojos y allí estaba su amado, vuelto en la silla, observando a otro jinete que se aproximaba. Vio que la mano del virginiano se movía a cierta posición y supo que tenía el rifle preparado. Pero el otro hombre simplemente les adelantó y pasó a su lado mientras ambos permanecían en la cumbre de la colina.

El hombre saludó al virginiano con un movimiento de cabeza y el virginiano le devolvió el saludo con otro, y pronto se encontró a sus pies descendiendo por la carretera. Para Molly Wood aquel hombre era un extraño, pero le había visto los ojos cuando miró y saludó a su amado y entonces supo, aunque no hubiera visto el rifle, que no se trataba de una enemistad a primera vista.

Y no lo era, en efecto. Cinco años de odio reprimido asomaron en la mirada de aquel hombre. Y Molly le preguntó a su amado quién era.

—Oh —dijo él con tono despreocupado—, es solo un hombre al que veo de vez en cuando.

—¿Se llama Trampas? —preguntó Molly Wood.

El virginiano la miró sorprendido.

—Caramba, ¿dónde lo has visto antes? —preguntó.

—Nunca hasta ahora. Pero lo conocía.

—¡Santo Cielo! Nunca me dijiste que podías leer mentes —y le sonrió calmadamente.

—Supe que era Trampas en cuanto le miré a los ojos.

—¡Santo Cielo! —repitió con un indulgente tono irónico—. Deberé tener mucho cuidado con mis ojos cuando me mires.

—Creo que él cometió ese asesinato —dijo la joven.

—¿De quién estás leyendo la mente ahora? —dijo el sureño arrastrando las palabras con afecto.

Pero no fue capaz de hacerle olvidar el asunto con bromas. Molly tomó la fuerte mano del virginiano en la suya, temblorosa, y abarcó todo lo que su pequeña mano le permitió.

—Sé algo sobre ese... ese... pasado otoño —dijo ella, vacilando al no encontrar palabras más concretas—. Y sé que tú solo hiciste...

—Lo que debía hacer —terminó la frase, muy triste pero también severo.

—Sí —afirmó ella, todavía sujetando su mano—. Supongo que ese... linchamiento —casi susurró la palabra— era la única solución. Pero cuando esos dos hombres tuvieron que morir solo por robar caballos, me parece tan perverso que este asesino...

—¿Y quién puede probarlo? —preguntó el virginiano.

—¿Pero no lo sabes?

—Mi corazón sabe muchas cosas. Pero eso no prueba nada. Solo se encontraron el cuerpo y las huellas... y lo que pudieron adivinar por las pistas.

—¡Ni siquiera le arrestaron! —dijo la joven.

—No. Ayudó en la elección del sheriff de ese condado.

Entonces Molly se arriesgó a dar un paso más allá del límite de la reticencia de su amado.

—Vi... —vaciló un segundo—. Justo ahora, vi lo que hiciste.

Él retomó su afectuosa ironía.

—Me vas a asustar mucho más si sigues viendo cosas.

—Tenías el arma lista para él.

—Caramba, eso creo. Pero era innecesario.

Y el virginiano volvió a sacar el rifle y sacudió la cabeza observándolo, como si le hubieran sorprendido cometiendo alguna pillería.

Ella le miró y supo que debía dar un paso atrás y dejar esa línea de reticencia que mantenía el virginiano. Por amor, y por su entrega a él, sus posiciones habían cambiado. Ahora él ya no era, como lo había sido durante su largo cortejo, su adorador medio obediente medio obstinado. Ella ya no era su superior medio indulgente medio desdeñosa. La mejor cuna y educación de ella, que en el pasado fueron armas que lo mantenían a distancia o la hacían salir victoriosa en sus encuentros, habían dado paso a la aparición del propio hombre en todo su esplendor. Ella sabía que su amado vaquero, con todos sus defectos, era más de lo que ella jamás llegaría a ser, con todas sus ventajas. Él todavía era su adorador, pero también su amo. Por lo tanto, ahora, ante la desconcertante sonrisa que él le ofreció, ella no pudo resistirse. Pero, de nuevo, una punzada de melancolía por no tener cerca a su madre ese día le recorrió el cuerpo. Apartó la mirada de su hombre indómito y la dirigió hacia el indómito desierto de Wyoming y la ciudad donde iba a tomarlo por esposo. Por él, no iba a permitir que percibiera la soledad que sentía.

El virginiano estaba sentado en su caballo Monte, observando el rifle. Luego le señaló una serpiente de cascabel enrollada junto a las raíces de un arbusto de artemisa.

—¿Crees que puedo dispararle? —preguntó.

—Normalmente no fallas —dijo ella, esforzándose por sonar alegre.

—Bueno, me han dicho que casarse trastorna los sentidos a algunos hombres —apuntó y reventó la serpiente—. ¡Tal vez aún sea pronto en mi caso para que haya empezado el trastorno!

Y con cierto descaro, disparó tres veces más a la serpiente.

—Supongo que es suficiente —dijo él.

—¿No lo fue ya la primera vez?

—Oh, sí, para la serpiente —y, a continuación, con una pierna doblada a la manera de los vaqueros por delante del cuerno de la silla de montar, limpió el rifle y cambió los cartuchos vacíos.

De nuevo, ella se atrevió a presionar la reticencia del sureño.

—¿Te has... te has visto con Trampas últimamente?

—Vaya, no, desde hace mucho tiempo. Pero supongo que no me habrá echado de menos.

El virginiano le habló con su voz más suave. Pero la amada desairada apartó el rostro y se secó una lágrima del ojo.

Entonces el virginiano guio con las riendas al caballo Monte al lado de Molly y ella sintió un beso en la mejilla.

—Tú no eres la única que puede leer la mente —dijo con infinita ternura. Y, tras oírle, ella se aferró a él y apoyó la cabeza sobre su pecho. Luego el sureño continuó —: He estado pensando que nuestro matrimonio debe ser el más hermoso de todos.

—Es el más hermoso —murmuró ella.

El sureño continuó expresando lentamente sus pensamientos, como si ella no hubiera dicho nada.

—Nadie que nos observe, ningún alboroto, ni bromas, ni lazos, ni sombreros elegantes, ni luz pública, ni gente murmurando cuando uno desea no escuchar nada ni decir nada.

Ella le respondió abrazándole con más fuerza.

—Solo el obispo de Wyoming con nosotros, y ni siquiera él una vez nos hayamos casado. Pensé que esa sería la mejor manera de casarse.

Volvió a callar y ella no respondió.

—Pero hemos dejado fuera a tu madre.

Ella le miró a los ojos con súbita sorpresa. Era como si el alma del virginiano hubiera oído el lamento de la suya.

—Y eso no está nada bien —dijo—. No es bueno.

—Ella nunca habría podido venir aquí —dijo la joven.

—Deberíamos haber ido nosotros allí. No sé cómo rogarle que me perdone.

—¡Pero no has sido tú! —exclamó Molly.

—Sí. Porque no me opuse. No te dije que debíamos ir con ella. Lo pasé por alto al estar demasiado cegado por mis propios sentimientos. Porque, mira, y nunca te lo he contado hasta ahora, tu madre sí hirió mis sentimientos. Cuando finalmente me aceptaste tras años de espera, le escribí esa carta en la que le hablaba de mí y de que mi familia no era como la vuestra y... y... le conté todo lo demás, vaya, me dolió que nunca me enviara una carta de respuesta, solo saludos y recuerdos a través de ti. Porque le hablé de mis esperanzas y mis fracasos. Le conté más cosas de las que jamás te he contado a ti, porque era tu madre. Quería que me perdonara, si podía, y que sintiera que yo podía cuidarte bien a pesar de todo. Porque ya era bastante malo para ella que su hija se marchara del hogar para irse a enseñar a una escuela aquí en Bear Creek. Lo bastante malo sin necesidad de que llegara yo y lo empeorara. Lo pasé por alto al cegarme con mis sentimientos.

—¡Pero no es culpa tuya! —repitió Molly.

Con su exquisita delicadeza, el sureño había presentado toda la cuestión como un castigo solo para su madre. Le ahorró que ella sufriera al tener que confesar o negar que también lo era para ella.

—Sí, es mi culpa —y luego dijo—: ¿Quieres que lo dejemos?

—¿Dejar qué? —Ella no le entendió.

—Caramba, el orden de lo planeado. Los planes son... bueno, no son nada más que planes. No me gusta la idea de cambiarlos, pero me gusta aún menos hacer daño a tu madre. O, en cualquier caso, *debería* gustarme aún menos. Así que podemos cambiarlos, si así lo decides. No es demasiado tarde.

—¿Cambiarlos? —titubeó ella.

—Me refiero a que podemos ir ahora a tu hogar. Podemos partir en diligencia esta noche. Tu madre podrá asistir a nuestra boda. Luego regresamos y terminamos en las montañas en lugar de empezar en ellas. Solo es una simple cuestión de cambiar el orden, ¿comprendes?

Apenas sacaba las suficientes fuerzas para decirle esto, pero aun así lo dijo incluso como si se lo exigiera. Implicaba una renuncia que casi no podía soportar imaginar. Posponer su día de bodas, la bendición de cruzar aquel umbral después de tres años de leal lucha por traspasarlo, y ese viaje nupcial que él había organizado: porque tenía las montañas en mente, los bosques y cañones donde había planeado ir con ella tras ser desposados por el obispo; las soledades que solo compartirían con animales salvajes. Los caballos, la tienda, el rifle, la caña de pescar, todo esto le esperaba en la ciudad listo para partir al día siguiente. Había conseguido muchas delicadezas para que ella se sintiera cómoda. Bueno, podía esperar un poco más después de tres años. No era lo que su corazón deseaba; tendrían «la exposición pública y la gente murmurando»... pero podría esperar. Ya llegaría el momento en el que por fin podría estar a solas con su esposa. Y por eso habló con ese afán apremiante.

—¡Jamás! —exclamó ella—. ¡Jamás, jamás!

Y se apartó de él. No iba a tolerar que aceptara tal sacrificio. ¿Acaso no iban a ver a su madre al cabo de cuatro semanas? Si su familia lo hubiera acogido de buen grado... pero no lo había hecho y, en cualquier caso, ya habían ido demasiado lejos, ya era demasiado tarde. Le dijo que ni hablar, y que si seguía hablando de ello se marcharía galopando a la ciudad a solas. Por amor a él le ocultó la soledad que la invadía, así como el dolor que le causó que él se negara a compartir con ella sus problemas con Trampas, cuando otros ya los conocían.

En silencio, descendieron la colina juntos, entreteniéndose para alargar esas últimas millas. Muchos paseos habían enseñado a aquellos dos caballos a cabalgar uno al lado del otro, y de esta manera avanzaron ahora, pero en silencio. Aunque no con el alma en paz. Entre ellos había demasiadas cosas por hablar y el hombre, con sus perneras de cuero, cartuchera y camisa de franela ya no miraba a la joven, sino que oteaba con semblante serio la distancia, con la mirada fija de la frontera,

reflexionando y debatiéndose.

Había leído la mente de su amada con toda claridad. Tenía por norma no hablar mal de ningún hombre delante de una mujer. Las peleas entre hombres no eran para oídos femeninos. En su visión de las cosas, las buenas mujeres solo debían saber un fragmento de las vidas de los hombres. Había vivido muchos años como fugitivo y su amplio conocimiento del mal le hacía apreciar doblemente la inocencia. Pero hoy debía incumplir su norma porque su propia reticencia había herido a su amada... ¿y no se encontraba ella, lejos de su madre y muy sola para que él hiciera todo lo que pudiera para reconfortarla? Ella conocería la historia de su pelea con palabras tan inofensivas y despreocupadas como pudiera para dulcificarla.

Comenzó de forma indirecta. No le dijo: «Te voy a hablar de esto. Me viste que me ponía en guardia al ver a Trampas porque llevo esperando que venga a por mí desde hace cinco años». Comenzó lejos del meollo de la cuestión con su habitual cautela... esa cautela compartida igualmente por el primitivo salvaje y el perfecto diplomático.

—Hay sin duda una gran diferencia entre los hombres y las mujeres —comentó.

—¿Estás seguro? —replicó ella.

—¿No es una suerte?... que haya dos, quiero decir.

—No sé si es una suerte. Las máquinas probablemente podrían hacer todo el trabajo pesado por nosotras sin necesitar vuestra ayuda.

—¿Y quién inventaría las máquinas?

Ella se rio.

—No necesitaríamos los enormes y ruidosos cacharros que fabricáis. Nuestro mundo sería más delicado.

—¡Oh, Santo Cielo!

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, Santo Cielo! ¡Vamos, Monte! ¡Un mundo delicado lleno de damas!

—¿Es que no consideras a los hombres delicados? —preguntó Molly.

—Bueno, pues ocurre algo curioso con eso. ¿Alguna vez has oído algún chiste sobre suegros? Hay tantos suegros como suegras, pero ¿de qué lado son tus chistes?

Pero Molly no se daba por vencida.

—Eso es porque los hombres escriben las tiras cómicas —dijo ella.

—¿Lo has oído, Monte? Los hombres las escriben. Bueno, si las damas escribieran las tiras cómicas, supongo que serían delicadas.

Ella se rindió deshaciéndose en risas y él continuó hablando:

—¿Pero no crees que es poco frecuente ver a un suegro corriendo de un lado a otro de la casa? En cuanto a la delicadeza... En una ocasión tuve que dormir en una habitación junto a una reunión de damas de la templanza. ¡Oh, cielos! Bueno, no pude cambiarme de cuarto y el hombre del hotel se disculpó a la mañana siguiente. Dijo que no le sorprendía que los maridos se dieran a la bebida.

Entonces el virginiano interrumpió sus fantásticas invenciones y dejó escapar una

jovial risotada compartiéndola con su amada.

—Sí, existe una enorme diferencia entre los hombres y la mujeres —dijo—. Por ejemplo, ese tipo y yo mismo.

—¿Trampas? —preguntó Molly, poniéndose rápidamente seria; a continuación, miró a lo lejos y distinguió la silueta de Trampas, todavía visible de camino a la ciudad.

El virginiano no deseaba que ella se pusiera seria... al menos no más de lo necesario.

—Caramba, sí —contestó señalando a Trampas—. Por ejemplo, él y yo. Él no tiene muy buena opinión de mí. ¿Cómo podría tenerla? Y no espero que la tenga nunca. Pero ya has visto cómo nos hemos tratado. Desde luego nada que ver con una reunión de templanza.

Ella no pudo evitar reírse al oír la entonación jocosa de su voz. Y entonces sintió que una calidez la colmaba; porque, en el tono del virginiano al hablar sobre Trampas, había algo ahora que ya no la excluía. Él comenzó su recital poco a poco, en una cadencia siempre relajada y cada vez más musical con el acento nativo del Sur. Con la luz que él le aportaba, la cruda fealdad de los hechos se transformó en un encantador relato.

—No, no tiene muy buena opinión de mí. En el pasado, un hombre en el John Day Valley tampoco la tenía, y en Cañada de Oro conocí a otro. Y siempre pasará aquí o allá, pero Trampas les gana a todos. Porque los otros siempre se han expresado abiertamente... y me lanzaron sus quejas a plena luz del día.

»Mira, tuve que poner las cosas claras con Trampas hace mucho tiempo, mucho antes de conocerte. No fue nada de importancia. Una pequeña disputa con las cartas en la época en la que podía gastarme el dinero y pasar las vacaciones bastante despreocupadamente. ¡Santo cielo, qué tiempos tan disparatados aquellos! Pero sabía ganar a las cartas, especialmente al póquer. Y Trampas me vio una noche y supongo que debió de pensar que era demasiado joven. Así que le molestó perder el dinero contra un hombre tan joven y así lo hizo saber. Tuve que poner las cosas claras, así que enseguida averiguó que, a pesar de mi edad, ya había madurado lo suficiente.

»Bueno, supongo que eso le enfureció aún más, tener que recibir mis explicaciones en público, delante de sus conocidos, y no supo qué responder en ese momento. Eso es lo que propició su mala opinión sobre mí, el quedarse sin saber qué responder en ese momento. Y los chicos continuaron jugando.

»Yo lo olvidé casi por completo. Pero la memoria de Trampas es uno de sus puntos fuertes. La siguiente ocasión... oh, tuvo lugar mucho más tarde... siguió amargado porque el juez Henry me puso a cargo de Trampas y de otros vaqueros para transportar ganado...

—Eso no fue lo siguiente —le interrumpió la chica.

—¿No? Vaya...

—¿No lo recuerdas? —dijo ella tímidamente, pero con avidez—. ¿No lo

recuerdas?

—¡Que me aspen si lo sé!

—¿La primera vez que nos vimos?

—Sí, mi memoria ha conservado ese recuerdo... al igual que conservo esto —y entonces sacó del bolsillo el pañuelo de Molly, aquel recuerdo que había recogido en un recodo del río, cuando la salvó de la diligencia volcada.

—Bueno, no es que nos conociéramos exactamente en ese momento —dijo ella—. Fue en ese baile. No te había visto todavía, pero Trampas estaba diciendo algo horrible sobre mí y tú dijiste... tú dijiste: «Ponte de pie, zorro apestoso, y reconoce que eres un mentiroso». Cuando lo escuché, creo... creo que casi me muero de la risa.

Un rubor escarlata inundó el rostro de Molly.

—Se me había olvidado —murmuró el virginiano y, a continuación, suspicazmente—: ¿Cómo lo oíste?

—La señora Taylor...

—¡Oh! Bueno, un hombre jamás le hubiera contado eso a una dama.

Molly se rio triunfal.

—Entonces, ¿quién se lo contó a la señora Taylor?

Al verse atrapado, el sureño sonrió.

—Supongo que los maridos son una clase especial de hombres —fue lo único que se le ocurrió decir—. Bueno, ya que lo sabes, ese fue el siguiente paso en el juego. Trampas pensó que yo no tenía ningún derecho a impedirle decir lo que quisiera sobre una mujer que no significaba nada para mí... entonces. Pero todas las mujeres deberían significar algo para un hombre. Así que tuve que volver a explicarle cuatro cosas a Trampas delante de los amigos, justo como durante la partida de cartas. Y, de nuevo, no supo qué responder. ¡Y aún se formó una peor opinión de mí!

»Y, bueno, no he tenido ocasión de mejorarla. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos... ya conoces sus últimas andanzas, y hoy es la primera vez que le he visto desde los acontecimientos del pasado otoño. Creo que también los conoces. Él sabe que no puedo probar que formara parte del grupo de ladrones de caballos. Y no puedo probar que asesinara al pobre Shorty. Pero sabe que estuve a punto de atraparlo y que le fastidié el negocio del robo durante un tiempo. Así que, ¿aún te preguntas por qué no tiene una buena opinión de mí? De todas formas, si hubiera vivido veintinueve años, como los que he vivido, y con todas mis andanzas no hubiera hecho un solo enemigo, me sentiría un fracasado.

Y así acabó su relato. Le había confiado asuntos sobre los que no había hablado con nadie y ella se sentía feliz de estar mucho más cerca de él. Logró atenuar ciertos temores que se habían entremezclado con su amor por él.

Durante las siguientes millas él permaneció en silencio, y ese silencio le bastó a Molly. Vermont se desvaneció de sus pensamientos y Wyoming le infundió menos soledad. Descendieron juntos hacia el mapa que se había extendido antes a sus pies,

de manera que dejó de ser un mapa y se convirtió en un terreno con criaturas creciendo en él y perros de las praderas sentados y, de vez en cuando, un pájaro volando por el cielo. Y un rato después ella le dijo:

—¿En qué piensas?

—He estado haciendo algunos cálculos. Calculado en horas, parece poco tiempo. Pero en minutos aumenta hasta hacerse un verdadero lío. Veinte por sesenta son mil doscientos. En segundos, son setenta y dos mil segundos. Setenta y dos mil. Setenta y dos mil segundos antes de que nos casemos.

—¡Segundos! ¡Y pensar que se ha convertido en una cuestión de segundos!

—Estoy pensando en ello. Voy descontando sesenta segundos cada minuto.

Con ese descuento, el tiempo pasaba más rápido. Más millas de carretera quedaban a sus espaldas y en la virginal naturaleza comenzaron a aparecer las cicatrices de nuevas acequias de agua, así como los primeros cercados de alambre. A continuación, pasaron cabañas y algún que otro campo, los puestos avanzados habitados. La carretera en campo abierto se cerró y ahora transcurría entre continuos cercados de alambre. A lo lejos, en el este, una columna en movimiento de polvo indicaba la diligencia que se acercaba y en la que viajaba el obispo, probablemente, con cuya visita habían hecho coincidir el momento de su boda. El día todavía rebosaba de calor y sol, pero la gran sombra diaria comenzaba a trasladarse desde los pies de las montañas Bow Leg hacia la ciudad. Finalmente, fueron encontrándose con los ciudadanos. Algunos los conocían y les saludaban con un movimiento de cabeza, mientras que los desconocidos tan solo les echaban un vistazo. Tras doblar una esquina en dirección a la calle principal de la ciudad, donde estaba el hotel, el banco, la droguería, el almacén y los siete salones, fueron recibidos con joviales vítores. Allí estaban sus tres amigos: Honey Wiggin, Scipio Le Moyne y Lin McLean, todos deseosos de beber a la salud del virginiano, si a su dama no le importaba. Los tres sonreían con los sombreros en las manos, pero, tras su alegría, el virginiano detectó otro propósito.

—Todos estamos muy bien —dijo Honey Wiggin.

—Bastante bien —dijo Lin.

—Bien —dijo Scipio.

—¿Cuál de los tres es el sincero? —preguntó Molly, contenta de verlos.

—¡Ninguno! —dijo el virginiano—. Mis viejos amigos me asustan cuando pienso en cómo pierden el tiempo.

—Es estar prometido lo que te asusta —replicó el señor McLean—. Creo que el matrimonio te hará recobrar el coraje.

—Bueno, me fío de todos ustedes —dijo Molly—. Me va a llevar al hotel y luego pueden beber a su salud todo lo que quieran.

Tras ofrecerles una sonrisa, se volvió para continuar y dejó que el caballo de él se uniera al suyo, pero él se quedó mirando a sus amigos. Entonces, los ojos de color azul claro de Scipio se entrecerraron y dijo lo que habían salido a anunciarle:

—No te cambies de ropa.

—¡Oh! —protestó Molly—. ¿Pero no está demasiado polvoriento y rústico?

Sin embargo, el virginiano había captado el verdadero significado de las palabras de Scipio. *No te cambies de ropa*. La inocente Molly apreció en esas palabras no más de lo que apreciaría un lector normal incapaz de distinguir entre el estilo de una obra maestra y el del periódico matinal. Esa era la intención de Scipio; no deseaba alarmarla.

En el hotel, dejó que su amado se marchara con un beso y sin pensar ni por un instante en Trampas. Ya en la habitación, abrió las cajas con sus posesiones, que ya les esperaban allí, y se cambió el vestido.

También les esperaban en el hotel los vestidos de novios y otra indumentaria civilizada apropiada para un verdadero hombre de frontera de visita en una ciudad, lista para que el virginiano se la pusiera. Solo un vaquero un tanto novato e inexperto se presenta en público con las espuelas y sus armas letales. Durante muchos años, el virginiano se había dedicado a hacer esa clase de niñerías. Se aseaba a fondo antes de salir a las calles. Nada más que su rostro y porte se salían de lo común cuando estaba en la ciudad. Pero Scipio le había dicho que no se cambiara de ropa; por lo tanto, salió con el revólver en la cadera. Pronto se unió a sus tres amigos.

—Te lo agradezco —dijo—. Nos pasó por la carretera esta mañana.

—No sabemos cuáles son sus intenciones —dijo Wiggin.

—Solo que anda por aquí —dijo McLean.

—Bebiendo —dijo Scipio—, lo cual me recuerda...

Entraron en el salón de un amigo donde, desafortunadamente, había algunos idiotas sentados. Pero a primera vista uno nunca sabe hasta qué punto llega la estupidez de alguien.

Bebían con moderación.

—¡Salud! —murmuraron en voz baja al virginiano. A lo cual él respondió «Salud», también en voz baja y apartando la mirada. Pero durante un instante se cruzaron las miradas, de pie, cerca unos de otros, tímidamente, y Scipio estrechó la mano del novio.

—Algún día —dijo, señalándose a sí mismo, porque en su corazón vagabundo comenzaba a sentir envidia de aquel hombre capaz de casarse. Y volvió a asentir, repitiendo—: Salud.

Permanecieron de pie junto a la barra, llenos de sentimientos y faltos de palabras, mientras los recuerdos y el afecto bullían en sus corazones. Todos ellos habían compartido días difíciles y sentían cierta culpabilidad por la emoción que los embargaba.

—Hace calor —dijo Wiggin.

—Más calor hace en Box Elder —dijo McLean—. A mi hijo le han empezado a salir los dientes.

El flujo de palabras volvió a secarse. Cambiaron de posición, se concentraron en

sus vasos y leyeron las etiquetas de las botellas. Intercambiaban alguna palabra de vez en cuando con el propietario sobre el negocio y los adornos del local.

—Buena cabeza —comentó McLean.

—Un viejo carnero enorme —informó el propietario—. Le disparé yo mismo en Gray Bull el otoño pasado.

—Había bastantes ovejas y carneros en las Tetons el otoño pasado —dijo el virginiano.

Sobre la barra había una máquina en la que el cliente ocioso introducía un níquel. La moneda entonces rebotaba por entre una serie de pinzas y descendía por fin en uno u otro de los distintos agujeros. Se podía ganar hasta diez veces lo apostado, pero no era ese el resultado más habitual, y con algunos níqueles los tres amigos y el novio jugaron un rato, cambiando monedas de plata cuando se les acababan.

—¿Eran carneros lo que buscaba allá en las Tetons? —preguntó el propietario, sabiendo que en realidad había ido a buscar ladrones de caballos.

—Sí —dijo el virginiano—. ¿Me puede cambiar diez níqueles más?

—¿Y encontró toda la caza que buscaba? —continuó el propietario.

—No tuve mucha suerte —dijo el virginiano.

—Creo que hay un amigo suyo en la ciudad esta tarde —dijo el propietario.

—¿Mencionó él que era mi amigo?

El propietario se rio. El virginiano observó otro níquel cayendo entre las pinzas.

Honey Wiggin ahora le hizo al novio una oferta directa.

—Nos podemos encargar nosotros de quitarte de encima ese problema —dijo.

—Cualquiera de nosotros, o todos —dijo Lin.

Pero Scipio se mantuvo callado. Su lealtad era tan férrea como la de los otros dos amigos, pero conocía con mayor profundidad al sureño. «No te cambies de ropa» era la primera y única ayuda que su amigo querría recibir en este asunto. El resto debía ser como estos asuntos deben ser siempre, un asunto entre hombre y hombre. Sin embargo, para los otros dos amigos, este era un caso muy especial, que iba más allá de cualquier caso precedente. Por lo tanto, se atrevieron a interferir en el asunto.

—Un hombre no se casa todos los días —se disculpó McLean—. Le haremos salir corriendo de la ciudad por ti.

—Te ahorramos así las molestias —añadió rápidamente Wiggin—. Tan solo dínoslo.

El propietario ahora añadió un comentario:

—Desde luego que recobrará la sobriedad si pasa una noche entre los matorrales. Entonces, dejará de hablar.

Pero de la boca del virginiano no salió ninguna palabra. Continuó jugando con los níqueles.

—Piensa en ella —susurró McLean.

—¿Y en qué otra persona podría estar pensando? —replicó el sureño. Su rostro se había vuelto sombrío—. ¡Ella se ha educado de forma tan diferente! —murmuró.

Reflexionó unos segundos mientras los demás esperaban atentos.

Al propietario se le ocurrió una nueva idea.

—Soy el alcalde de esta ciudad —dijo—. Lo meteré en el calabozo y lo encerraré ahí hasta que se haya casado y marchado de la ciudad.

—Solo di que sí —repitió Honey Wiggin.

La mirada de Scipio se cruzó con la del propietario y sacudió la cabeza un cuarto de pulgada. El propietario sacudió la suya en igual medida. Ambos se entendieron. Habían llegado a ese punto en el que no había ninguna salida, a excepción del antiguo y eterno enfrentamiento entre dos hombres. Solo los grandes mediocres acuden a la ley para dirimir tales cuestiones personales.

—¿Entonces ha hablado de mí? —preguntó el virginiano.

—Es el whisky —explicó Scipio.

—Supongo —añadió McLean— que saldría corriendo si estuviera en un estado mental que le permitiera darse cuenta de sus insinuaciones.

—Las cuales no vamos a repetirte —dijo Wiggin—, a menos que nos preguntes por ellas.

Algunos de los idiotas presentes se habían acercado para escuchar aquella interesante conversación. En reuniones de más de seis personas, generalmente hay al menos un idiota, y esta reunión debía de contar con unos veinte hombres.

—En este territorio todos saben —dijo uno de los idiotas con afán de protagonismo— que uno no debe marcar reses que no sean las suyas.

El melancólico virginiano le miró.

—Gracias —dijo, con rictus serio— por su apoyo a mi persona.

El idiota se sintió halagado. El virginiano se volvió a sus amigos. Con una mano, empujó ligeramente el sombrero hacia atrás y se rascó la morena cabeza mientras reflexionaba.

—Me alegra ver que lleva sus pistolas —continuó el idiota feliz—. ¿Sabe lo que Trampas anda contando sobre su viaje a las Tetons? Asegura que si se supiera todo sobre el asesinato de Shorty...

—Tome otro trago, paga la casa —le ofreció el propietario, afablemente—. Las noticias que traiga serán más frescas.

Y empujó hacia él la botella. El idiota entonces se sintió menos importante.

—Este rumor fue pasando de boca en boca antes de que nos llegara a nosotros —dijo Scipio—, o de lo contrario lo habríamos cortado. Trampas tiene amigos en la ciudad.

El virginiano frunció el ceño, perplejo. Esa comunidad sabía que un hombre le había acusado de ser un ladrón y un asesino, y esa comunidad también sabía que él lo sabía. Pero el caso, sin duda, presentaba unas circunstancias peculiares. ¿Podía evitar al hombre? La diligencia partiría pronto hacia el sur en dirección al ferrocarril. Ese día, el sureño ya le había propuesto a su amada que la tomaran. ¿Podía dejar sin responder a un enemigo charlatán en pleno campo de batalla por ella? Él mismo no

había oído personalmente la calumnia de boca del enemigo.

Mientras reflexionaba, el idiota volvió a entrar en escena.

—Por supuesto, en este territorio no se le da crédito a lo que diga Trampas —dijo—. Este territorio...

Pero no contribuyó con nada más. Desde algún lugar de la parte trasera del edificio que daba a los bidones de metal y los alrededores de la ciudad se detectó un movimiento de hombres, y Trampas estaba entre ellos, envalentonado por los efectos del whisky.

Todos los idiotas salieron a la luz en ese instante. Uno se cayó al suelo, noqueado por un puñetazo del virginiano al intentar aquel sujetar el brazo de este. Otros forcejearon con Trampas y una de sus balas impactó en el techo antes de que pudieran arrebatarle la pistola.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —le advertían—, no te conviene hablar así —porque, en esos momentos, Trampas estaba soltando una riada de odio y escarnio. Sin embargo, el virginiano permaneció en silencio junto a la barra y le dirigieron más de una mirada de sorpresa.

—Yo no aguantaría ese lenguaje —murmuraban algunos entre sí. Sin embargo, el virginiano esperó en silencio, mientras los idiotas razonaban con Trampas. Pero ningún pie terrenal es capaz de interponerse entre un hombre y su destino. Trampas, de repente, logró zafarse.

—Tus amigos te han salvado la vida —exclamó, añadiendo algunos epítetos obscenos—. Te doy hasta el crepúsculo para que abandones la ciudad.

Inmediatamente, se hizo el silencio.

—Trampas —dijo el virginiano—, no quiero tener problemas contigo.

—Nunca los ha querido tener —replicó Trampas dirigiéndose a los curiosos—. Ha estado esquivándome durante cinco años. Pero ahora lo tengo acorralado.

Algunos del grupo de Trampas sonrieron.

—Trampas —volvió a tomar la palabra el virginiano—, ¿estás seguro de que piensas lo que estás diciendo?

La botella de whisky salió volando por los aires; la había lanzado Trampas, y se estrelló contra la ventana del salón, a espaldas del virginiano.

—Eso ha sido excesivo, Trampas —dijo—, si realmente estás convencido de lo que has dicho.

—Vete antes de la puesta de sol, eso es todo —dijo Trampas y, tras girar sobre sus talones, salió del salón por la puerta trasera, tal como había entrado.

—Caballeros —dijo el virginiano—, sé que todos me disculparán.

—¡Claro! —exclamó el propietario cordialmente—. Nos encargaremos de que nadie se entrometa.

El virginiano ofreció un saludo general con la cabeza a la compañía y salió a la calle.

—Es una verdadera pena —suspiró Scipio— que no pudiera posponerlo.

El virginiano salió a cielo abierto con la mente inquieta.

«Dudo entre dos cosas sobre este asunto» —se dijo, incómodo.

Los rumores le precedían mientras andaba, pero cuando se aproximaba las conversaciones morían. Luego lo veían pasar y volvían a alzar las voces. Y de esta manera, un pequeño remolino de silencio acompañaba sus pasos.

—No parece muy preocupado —dijo uno, tras no vislumbrar nada en el rostro del virginiano.

—Pero puede que sí le preocupe a su chica —dijo otro.

—Ella no lo sabrá —dijo un tercero—, hasta que haya acabado.

—¿No se lo va a contar?

—Yo no lo haría. No es asunto de mujeres.

—Puede que no lo sea. Bueno, me habría sentado mejor que Trampas muriera antes.

—¿Y cómo te sentaría que viviera aún más? —preguntó un miembro de la facción opuesta, del que también se sospechaba que era un ladrón de ganado.

—Podría contestarte a esa pregunta si tuviera ganado ajeno que quisiera marcar.

Este comentario despertó tanto risas como silencio. Así hablaba la ciudad, pasando el rato antes de la puesta de sol.

El virginiano, que todavía caminaba al margen de todos a cielo abierto, se detuvo en los límites de la ciudad.

«Prefiero la enfermedad a esta indecisión», se dijo, y luego paseó la mirada arriba y abajo. Entonces se dibujó en su rostro una sonrisa melancólica a costa de sí mismo. «Supongo que la indecisión también haría que enfermara... pero no queda tiempo».

Allá a lo lejos, en el hotel le esperaba su amada, sola, lejos de su madre, de sus amigos, de su hogar, esperando el regreso de su hombre sin saber nada. Miró hacia el oeste. Entre el sol y las brillantes cumbres de las montañas todavía había un espacio de cielo, pero la sombra a los pies de las montañas se había desplazado a medio camino de la ciudad.

—Cuarenta minutos más —dijo en voz alta—. Ella se ha educado de forma tan diferente... —suspiró al dar media vuelta. Mientras avanzaba lentamente, no sabía lo grande que era la infelicidad que lo invadía—. La han educado de forma tan distinta —dijo otra vez.

Frente a la oficina de correos se encontró con el obispo de Wyoming y lo saludó. Su corazón solitario tembló al notar la calidez y la firmeza de la mano de su amigo. El obispo vio que los ojos del sureño se iluminaban de repente, como si estuviera al borde de las lágrimas. Pero no salió ninguna, ni nada más profundo que un «me alegro de verle».

Pero los rumores le habían llegado al obispo y también él se sentía profundamente turbado.

—¿Qué es todo esto? —dijo, yendo directamente al grano.

El virginiano miró al párroco con mirada franca.

—Sabe tanto del asunto como yo —dijo—. Y le responderé a cualquier cosa que me pregunte.

—¿Se lo ha contado a la señorita Wood? —preguntó el obispo.

El novio bajó la mirada y en el semblante del obispo aumentaron a un mismo tiempo la ansiedad y la turbación. Entonces, el novio volvió a levantar la mirada y el obispo sintió su aprecio por él. Le tocó el brazo, como a un hermano.

—Qué mala suerte —dijo.

El novio apenas era capaz de mantener el tono de voz firme.

—Hoy quiero hacer lo correcto más que cualquier otro día que haya vivido —dijo.

—Entonces, vaya y dígaselo de inmediato.

—No servirá de nada, solo la asustaría.

—Vaya y dígaselo inmediatamente.

—Esperaba que me dijera que saliera huyendo de Trampas. No puedo hacerlo, ya lo sabe.

El obispo lo sabía. Nunca, durante todos los años de trabajo en tierras indómitas se había enfrentado a algo así. Sabía que Trampas era un puro demonio en el territorio y que el virginiano era bueno. Sabía que los ladrones de ganado, los llamados cuatreros, iban aumentando en número y audacia; que eso llevaba a muchos jóvenes débiles a la ruina; que eran ellos los que ponían a sus hombres de confianza en puestos de poder y que controlaban a los jurados; que eran una amenaza espantosa para Wyoming. Su corazón estaba con el virginiano. Pero tenía la Palabra de Dios, que predicaba y en la que creía, y por la que intentaba guiarse en la vida. Se quedó mirando el suelo y se pasó un dedo por el ceño. Deseaba no haber oído nada de todo esto. Pero no era un hombre que se desentendiera de sus responsabilidades como siervo cristiano de la iglesia militante.

—¿Me equivoco —preguntó ahora lentamente—, al pensar que cree que soy un hombre sincero?

—No lo creo. Lo sé.

—Yo huiría de Trampas —dijo el obispo.

—Eso no es justo, señor. Todos entendemos que debe hacer las cosas que les dice a otros hombres que deben hacer. Y usted lo cumple, señor. Habla siempre como hombre y nunca se considera superior al resto. Sabe ensillar sus caballos. Y lo vi meterse desarmado entre aquel barullo del White River, con aquellos otros dos párrocos demasiado pretenciosos, por su propio bien. ¡Malditos sinvergüenzas!

El obispo condenó inmediatamente aquel lenguaje referido a hermanos de hábito, a pesar de que desaprobaba tanto sus personas como sus doctrinas.

—Cualquiera puede ser un instrumento de la Providencia —concluyó.

—Bueno —dijo el virginiano—, si eso es cierto, entonces la Providencia no parece usar a un obispo, ¿huiría usted de Trampas?

—¡Eso tampoco es justo! —exclamó el obispo, con una sonrisa—. Porque me

está pidiendo que adopte las convicciones de otro hombre y que, sin embargo, siga siendo yo mismo.

—Sí, señor, eso hago. Pero es cierto. Eso no nos lleva a ninguna parte. Supongo que ni yo ni usted podemos llegar a una respuesta.

—Si la Biblia —dijo el obispo—, que yo creo que es la palabra de Dios, significa algo para usted...

—Significa algo para mí, señor. He encontrado algunas verdades en ella.

—«No matarás» —citó el obispo—. Está claro.

Ahora le tocó sonreír al virginiano.

—Totalmente claro para mí, señor. Ahora, déjeselo claro a Trampas y no habrá ninguna muerte. No creo que lleguemos a ningún lado así.

Y, de nuevo, el obispo citó con entusiasmo.

—«Mía es la venganza y la retribución», dijo el Señor.

—¿Y qué pasa con los instrumentos de la Providencia, señor? Caramba, no llegaremos a ninguna parte de esta manera. Si se pone a usar la Biblia de esa forma, pronto se armará un lío, señor.

—Querido amigo —le conminó el obispo, y puso en ello todo su bondadoso y cálido corazón—, mi querido amigo... márchese tan solo esta noche. Él cambiará de idea.

El virginiano sacudió la cabeza.

—Él no puede desdecirse, señor. O, al menos, yo debo estar por aquí si lo hace. Vaya, le he sugerido que lo hiciera. Así que la elección es suya. La mayoría de la gente no habría aguantado lo que yo le aguanté a él en el salón. ¿Por qué no le pide a él que abandone la ciudad?

El bueno del obispo se quedó paralizado. De todas las actitudes militantes ninguna es más difícil de sostener que esta actitud de un cristiano practicante contra todo instinto humano.

—Pero me ha ayudado en algo —dijo el virginiano—. Se lo contaré a ella. Si creo que puede ser bueno para ella, se lo contaré.

El obispo pensó que tenía una última oportunidad para hacerle cambiar de opinión.

—Tiene veintinueve años —comenzó.

—Veintinueve y pico —dijo el virginiano.

—Y tenía catorce cuando se marchó de su hogar.

—Bueno, ya sabe, me cansé de que mis hermanos mayores me mangonearan de día y de noche.

—Sí, lo sé. De manera que su vida solo le ha pertenecido a usted durante quince años. Pero ya no le pertenece solo a usted. Se la ha ofrecido a una mujer.

—Sí, se la he dado. Pero mi vida no es todo lo que hay en mí. Le daría dos veces mi vida... cincuenta... mil veces. Pero no puedo darle, ni a ella ni a nadie en el cielo o en la tierra... no puedo darle mi... mi... ¡nunca llegaremos a ninguna parte, señor!

No sirven de nada las palabras. Adiós.

El virginiano estrechó la mano del obispo y le dejó.

—¡Que Dios le bendiga! —dijo el obispo—. ¡Que Dios le bendiga!

* * *

El virginiano abrió la puerta de la habitación del hotel donde había guardado su tienda, las mantas, las alforjas y las distintas provisiones para su viaje nupcial a las montañas. Por la ventana vio las cumbres azules bajo las sombras, pero algunos álamos lejanos en la llanura todavía brillaban verdes bajo el sol. Entre sus posesiones, tomó rápidamente un revólver, lo limpió y lo cargó. Luego, sacó la pistola que había probado y revisado por la mañana. Siguiendo su costumbre cuando iba a enfrentarse a algún riesgo, se colocó el arma por delante, entre los pantalones y la camisa. El arma que no había probado la colocó en la funda y la dejó asomar visiblemente sobre la cadera. Volvió a mirar por la ventana y vio las montañas del mismo azul profundo. Pero los álamos ya no estaban iluminados. Las sombras los habían cubierto y se habían acercado a la ciudad; quince de los cuarenta minutos ya había pasado.

«El obispo se equivoca», se dijo el sureño. «No tiene sentido que se lo cuente».

Luego se volvió hacia la puerta justo en el mismo instante en el que Molly entraba.

—¡Oh! —exclamó ella súbitamente, y corrió hacia él.

Él maldijo mientras la abrazaba.

—Idiotas —dijo—. ¡Idiotas!

—He tenido tanto miedo mientras te esperaba —dijo ella, apoyando la cabeza sobre su pecho.

—¿Y quién te lo ha contado? —preguntó él.

—No lo sé. Alguien entró y simplemente lo soltó.

—Qué mala suerte —murmuró él mientras le daba unas palmadas en la espalda.

—Quise salir corriendo a buscarte, ¡pero no lo hice! ¡No lo hice! Me quedé en silencio en mi habitación hasta que me dijeron que habías regresado.

—Qué mala suerte. Muy mala suerte —repitió.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó ella—. Bueno, da igual, ya te tengo aquí, ya ha pasado.

La ira y la pena invadieron al sureño.

—Debí suponer que se le escaparía a algún idiota —dijo.

—Ya ha pasado. No importa —y la joven abrazó con más fuerza a su amado. Luego se separó de él y preguntó—: ¿Qué vamos a hacer? ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —respondió él—. Ahora nada.

Ella le miró sin comprenderle.

—Sé que para ti es mucho peor —continuó hablando lentamente—. Sabía que lo sería.

—¡Pero ya ha pasado! —volvió a exclamar ella.

Fue él quien no entendió ahora. La besó.

—¿Pensaste que ya había acabado? —dijo, simplemente—. Todavía nos queda una espera por delante. Ojalá no tuvieras que esperar sola. Pero será rápido. —El virginiano miraba ahora al suelo y no vio cómo se congelaba la felicidad en el rostro de Molly, para transformarse luego en un miedo desconcertado. Él continuó—: He intentado hacerlo lo mejor posible. Creo que lo hice. Sé que lo intenté. Permití que me dijera delante de todos ellos lo que ningún hombre jamás me ha dicho, ni volverá a decirme jamás. Pensé en todo momento en ti... con todas mis fuerzas, de lo contrario supongo que lo habría matado allí mismo. Y le di la oportunidad de cambiar de idea. Dos veces. Le hablé tan calmadamente como te estoy hablando ahora. Pero él persistió. Y supongo que él sabe que fue demasiado lejos al hablar así ante todos para poder retirar ahora su amenaza. Ahora tendrá que llegar hasta el final.

—¿El final? —repitió ella, casi sin voz.

—Sí —respondió él en voz muy baja.

Los ojos dilatados de Molly se clavaron en los del sureño.

—Pero... —apenas podía articular palabra—, ¿pero tú?

—Yo estoy listo —dijo—. ¿Pensaste... caramba, qué es lo que pensaste?

Ella retrocedió un paso.

—¿Qué vas a hacer...? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Oh, Dios mío! —dijo casi gritando—, vas a...

Él dio un paso y se dispuso a rodearla entre sus brazos, pero ella retrocedió hasta la pared, mirándolo enmudecida.

—No voy a dejar que me dispare —dijo en voz baja.

—Quieres decir... quieres decir... ¡pero aún puedes evitarlo! —gritó ella—. Todavía no es demasiado tarde. Puedes huir de su alcance. Todo el mundo sabe que eres valiente. ¿Qué te importa ese hombre? Puedes dejarlo aquí. Me iré contigo a cualquier parte. A cualquier casa, a las montañas, a cualquier lugar lejos de aquí. Dejaremos este lugar horrible juntos y... y... oh, ¿por qué no me haces caso? —Le sujetó con las dos manos—. ¿Por qué no me haces caso?

Él retiró las manos de la joven.

—Debo quedarme aquí.

Ella continuó aferrándose a las manos del sureño.

—No, no, no. Hay algo más. Debe de haber algo mejor que derramar sangre sobre sangre ya fría. ¡Solo párate a pensar en lo que significa! ¡Párate a pensar! ¡Solo piensa en que tendrás que recordar algo así toda tu vida! ¡Por algo así es por lo que ahorcan a la gente! ¡Es asesinato!

Él bajó las manos.

—No lo llates así —dijo con voz severa.

—¡Cuando todavía hay elección! —exclamó ella, como si se lo dijera a sí misma, como si estuviera aturdida y hablara con el aire—. ¡Te estás preparando cuando

todavía tienes la posibilidad de elegir!

—Él fue quien eligió —respondió el virginiano—. Escúchame. ¿Me estás escuchando? —le preguntó, porque la mirada de ella era inexpresiva.

Ella asintió.

—Yo trabajo aquí. Soy de aquí. Es mi vida. Si la gente llegara a pensar que soy un cobarde...

—¿Y quién pensaría que eres un cobarde?

—Todo el mundo. Mis amigos se lamentarían y se sentirían avergonzados y mis enemigos irían por ahí diciendo que siempre lo habían dicho. No podría ir con la cabeza en alto ni entre enemigos ni entre amigos.

—Pero cuando se les explicara...

—No habría nada que explicar. Solo los hechos. —Él estaba empezando a enfadarse.

—Hay una valentía superior al miedo a la opinión de los demás —dijo la joven de Nueva Inglaterra.

Su amante sureño la miró.

—Sin duda, la hay. Eso es lo que te estoy demostrando al negarme a seguir tus deseos.

—Pero si ellos saben que eres valiente, y yo sé que eres valiente, oh, ¡querido, querido! ¿Qué más da todo lo demás? Cuánta más valentía es necesaria para que te quedes satisfecho...

—Voy a quedarme satisfecho —le interrumpió él—. ¿Es que no entiendes cómo son aquí las cosas para los hombres? No es por los amigos ni por los enemigos por quien tengo que hacer esto. Si alguien dijera que soy un ladrón y yo lo oyera, ¿puedo consentir que siga propagando tal calumnia sobre mí? ¿No le debo algo mejor a mi propia honestidad? ¿Me quedo sentado en un rincón acariciando mi honestidad y susurrándole «¡Ya pasó, ya pasó! Yo sé que no eres un ladrón»? No. ¡Jamás! Lo que los hombres digan sobre mi carácter no es algo que no me incumba. Porque si les permito que lo sigan diciendo estaré probando que no valoro mi naturaleza lo suficiente como para protegerla de las calumnias y castigar a los calumniadores. Y eso es ser un pobre hombre.

Molly estaba completamente pálida.

—¿Es que no entiendes cómo son aquí las cosas para un hombre? —repitió.

—No lo entiendo —respondió ella, con una voz que apenas parecía la suya—. Aunque debiera, no lo entiendo. Derramar sangre sobre sangre fría. Cuando me enteré de lo del pasado otoño... sobre el ahorcamiento de aquellos ladrones de caballos, me decía todo el tiempo: «Tuvo que hacerlo. Era un deber público». Y mientras estaba echada en la cama sin poder dormirme me acostumbre a que Wyoming fuera diferente a Vermont. Pero esto... —le entró un escalofrío—, cuando pienso en mañana, en ti y en mí, y en... Si lo haces, no puede haber mañana para ti y para mí.

Al escuchar estas palabras, también él se puso blanco.

—¿Lo dices en...? —preguntó, y no pudo continuar, ni tampoco pudo ella responderle, pero apartó la cara—. ¿Entonces, esto sería el final? —preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Él permaneció inmóvil; la mano le temblaba ligeramente.

—¿Eres capaz de mirarme a la cara y decírmelo? —murmuró él finalmente. Ella no se movió—. ¿Puedes hacerlo?

Su dulzura hizo que ella se volviera, pero no logró atravesar la helada determinación de la joven. Ella le miró desde la lejanía de su desesperación.

—¿Entonces es en serio? —preguntó él.

Los labios de ella intentaron articular palabras, pero fallaron.

Él miró por la ventana y no vio nada más que sombras. El azul de las montañas ahora se había convertido en un profundo morado. De repente, cerró la mano con fuerza.

—Adiós, entonces —dijo él.

Al escuchar estas palabras, ella cayó a sus pies, abrazándole.

—Hazlo por mí —le suplicó—. Por mí.

Un temblor recorrió el cuerpo del virginiano. Ella sintió que las piernas de su amado temblaban mientras las sujetaba y, al mirar hacia arriba, vio que sus ojos estaban cerrados, embargado por la tristeza. Luego los abrió, y en su mirada penetrante Molly leyó su respuesta. Él separó las manos que lo sujetaban y la levantó.

—No tengo derecho a besarte nunca más —dijo.

Y luego, antes de que su deseo pudiera hacerle dar marcha atrás, se marchó y Molly se quedó sola.

Ella no se derrumbó, ni corrió alterada, sino que permaneció inmóvil. Y, a continuación (le pareció un segundo, pero también una eternidad), escuchó en la distancia un disparo, y luego dos disparos más. Miró por la ventana y vio gente corriendo. En ese momento se dio la vuelta, huyó a su habitación y se derrumbó en el suelo boca abajo.

* * *

Trampas se había marchado solo del salón, dejando tras de sí su *ultimátum*. Su amenaza pública a voz en grito ya era conocida por toda la ciudad y esa misma noche ya sería conocida por todo el condado. Los jinetes llevarían las noticias con ellos para entretener a los habitantes de lejanas cabañas río arriba y río abajo, y ya de noche la diligencia se dirigiría al sur con las noticias... y también las noticias sobre el desenlace. Porque todo habría acabado al anochecer. Después de cinco años, llegaba el final... antes de la oscuridad. Trampas se había levantado esa mañana sin pensar en nada de esto. Era extraño pensar en esa mañana, le parecía algo tan lejano, tan irrevocable. Y recordó cómo había desayunado. ¿Cómo cenaría? Porque la cena

vendría después. Algunos ya estaban cenando, sin nada parecido a lo que enfrentarse. Le dolía el corazón y su sangre se heló al pensar en ellos, tan relajados y cómodos con sus platos y tazas de café.

Contempló las montañas y vio el sol brillando sobre las cumbres y las sombras expandiéndose a sus pies. Y allí, cerca y a sus espaldas, estaba la mañana a la que ya no podía regresar. La veía claramente; con sus pensamientos como brazos, intentó tocarla y estar en ella una vez más. Él no veía la noche venidera y sus ojos y pensamientos se encogieron al ser consciente de ello. Le había dado de plazo a su enemigo hasta la puesta de sol. No podía rastrear los pasos que había dado hasta llegar a esa situación. Recordó la primera vez que se vieron... hace cinco años, en Medicine Bow, y las palabras que encendieron inmediatamente su odio. No, fue incluso antes de que intercambiaran palabras; fue al encontrarse sus miradas. Porque en los ojos de todo extraño te mira siempre un amigo o un enemigo, esperando a ser descubierto. Pero ¿cómo cinco años de odio le habían jugado esta mala pasada, de repente, hoy? ¡Antes de que anoheciera! Desde el último otoño estaba deseando devolvérsela a aquel hombre que parecía presentarse en cada esquina de sus pasos desviados para robarle su botín. Pero ¿cómo había elegido tal manera de vengarse, cara a cara? Conocía mejores maneras, y ahora su propia proclamación apresurada lo había atrapado. Esas palabras eran como puertas que le impedían la huida y le obligaban a cumplir con su amenaza a pies juntillas, con testigos a mano para certificar que lo hacía.

Trampas miró al sol y de nuevo a las sombras. Estas estaban más cerca de él. Tenía hasta la puesta de sol. Los sentimientos en su interior le estaban dando la vuelta a la situación: era a *él mismo*, cegado por la ira, a quien le dio tan estrecho margen de gracia. Pero no se atrevía a abandonar la ciudad ante la mirada de todos, pues todos habían oído su desafío. Incluso sus amigos lo abandonarían tras semejante acto. ¿Podría (de hecho, la idea se le pasó por la cabeza), podría atacar antes de la hora establecida? Pero la idea era inútil. Aunque sus amigos pudieran cobijarle después de llevar a cabo la acción, sus enemigos lo encontrarían y sin duda perdería la vida. Su propia trampa se cerraba sobre él.

Llegó a la calle principal y vio a cierta distancia al virginiano hablando con el obispo. Se escondió entre dos caballos y los maldijo a ambos. La visión le había sentado bien, devolviéndole parte de la ardiente ira a su corazón desesperado. Entonces entró en un local y bebió whisky.

—Yo que usted —dijo el tabernero— me cuidaría mucho de beber demasiado.

Pero los nervios de Trampas superaban los efectos del alcohol, y bebió más, y luego volvió a salir. Ocurriría antes del anochecer. Finalmente, se encontró con algunos de sus hermanos ladrones de ganado y paseó con ellos durante un rato.

—Bueno, ya no falta mucho —le dijeron, y jamás escuchó palabras más desoladoras.

—No —logró responder—, no mucho.

La jovialidad de aquellos hombres le parecía una abominación y casi se le rompió el corazón en dos.

—Brindaremos por tu éxito —sugirieron.

Así que recalaron juntos en otro local y la visión de un hombre apoyado en la barra le hizo dar un respingo que el resto advirtió. Luego vio que el hombre era un forastero a quien no había visto antes.

—Se parecía a Shorty —dijo, y deseó haberse mordido la lengua.

—Shorty está callado allá en las Tetons —dijo un amigo—. No te conviene pensar en él. ¡A tu salud!

Luego todos le dieron una palmada en la espalda y él se marchó. Pensó en su enemigo y el odio espoleó su rabia como un caballo desfondado y sacó el valor del alcohol que había bebido. A cierta distancia vio a Wiggin, andando junto a McLean y Scipio. Vigilaban la ciudad para que los colegas de Trampas no intentaran hacer alguna jugarreta.

—Te dejamos el campo libre —dijo Wiggin.

—De esta no sales —dijo McLean.

—Nos vemos en la meta —dijo Scipio—. Ya queda poco.

Y pasaron de largo. A Trampas no le parecían reales.

Miró las paredes y las ventanas de las casas. ¿Eran reales? ¿Estaba él allí, andando en esa calle? Algo había cambiado. Miraba a todas partes, y al percibir esa misma sensación en todos los rincones, se preguntó qué podría ser. Entonces, lo supo: era el sol que se había puesto totalmente tras las montañas, y entonces sacó la pistola.

* * *

El virginiano, por precaución, no salió por la puerta delantera del hotel. Se dirigió a los callejones traseros y se detuvo en una ocasión. Notó contra el pecho la alianza colgando del cuello. Levantó la mano hacia ella, la sacó y la miró. La desenganchó de la cadena y echó el brazo atrás para lanzarla lo más lejos posible. Pero se paró, la besó con un sollozo y se la volvió a meter en el bolsillo. Luego salió a cielo abierto, vigilante. Vio hombres aquí y allá, y estos le dejaron pasar como antes, sin hablar. Vio a sus tres amigos, y estos no le dijeron nada. Pero se volvieron y le siguieron a cierta distancia, porque se sabía que a Shorty le habían disparado por la espalda. El virginiano encontró una posición donde nadie podía acercarse a él si no era de frente, y casi no pudo soportar la visión de las montañas, porque era allí donde se habrían ido al día siguiente.

—Ha pasado un buen rato desde la puesta de sol —se oyó decir.

Una súbita ráfaga sacudió la manga separándola de su brazo, y él respondió, y luego vio a Trampas caer hacia delante. Vio que Trampas levantaba el brazo del suelo y que este volvía a caer; después se quedó allí inmóvil. Un hilo de humo salía de la pistola del suelo; luego miró la suya y vio que un hilo de humo salía también de ella.

—Supongo que eso es todo —dijo en voz alta.

Siguió apuntando a Trampas mientras se acercaba. Se paró un segundo al ver que la mano del suelo se movía. Dos dedos se movieron y luego quedaron quietos; ese fue el final. El virginiano siguió mirando a Trampas.

—Las dos mías impactaron —dijo, de nuevo en voz alta—. La suya debió de pasar muy cerca de mi brazo. Le dije a ella que no sería yo.

Apenas era consciente de que le estaban rodeando y felicitando. Le estrecharon la mano y vio que era Scipio con los ojos llenos de lágrimas. La alegría de Scipio hizo que su corazón le pesara como si fuera de plomo. Estaba a punto de contárselo todo a sus amigos, pero no lo hizo.

—Si alguien me busca por esto —dijo—, estaré en el hotel.

—¿Y quién te va a buscar? —dijo Scipio—. Tres de nosotros vimos que desenfundó el arma —y, entonces, dio rienda suelta a su admiración—. ¡Lo hiciste con tanta sangre fría! ¡Tan rápido!

—Chicos, nos vemos luego —dijo el virginiano, apesadumbrado, y luego se marchó.

Scipio lo miró, sorprendido.

—Cualquiera pensaría que ha tenido mala suerte —le dijo a McLean.

El virginiano caminó hasta el hotel y se quedó frente al umbral del cuarto de su amada. Ella había oído sus pasos y se levantó. Tenía los labios entreabiertos y los ojos clavados en él, pero no se movió ni habló.

—Debes saberlo —dijo—. He matado a Trampas.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo ella, y cayó rendida en sus brazos.

XXXVI

EN DUNBARTON

Para el primer campamento nupcial eligió una isla. Durante muchas semanas previas había pensado en aquel lugar y lo había elegido entre muchos otros. Una vez decidido, el pensamiento se convirtió en un cuadro que veía mientras andaba y dormía. Había parado en la isla muchas veces a solas y en todas las estaciones, pero esta era la estación que más le gustaba. Con frecuencia, había añadido algunas millas a su viaje con tal de acabar el día en aquel lugar y tal vez pescar alguna trucha para la cena junto a cierta roca en el borde y dormir escuchando el arroyo corriendo por ambas orillas.

Para él, las primeras señales de que había llegado al verdadero mundo de las montañas comenzaban en la isla. Los primeros pinos crecían en ella, las primeras colombinas crecían bajo sus sombras y le parecía que siempre encontraba allí el primer aire puro de las montañas, su frialdad y el fresco aroma. Abajo, solo había álamos, las lomas y empinadas laderas con artemisa y el gran aire cálido de las llanuras; allí, a esa altitud, se notaba el cambio definitivo. Desde las tierras bajas y su denso aire espoleaba a su caballo hacia arriba, hablando con él en voz alta y prometiéndole sabroso pasto en breve. Luego, cuando por fin llegaba a la altura de los pinos de la isla, vadeaba el río hacia el claro protegido del terreno de su campamento, retiraba la silla y la manta de la espalda húmeda y caliente del caballo, se quitaba la ropa y, gritando, saltaba sobre el caballo a pelo. Usando una cuerda de brida, cabalgaba con él hacia el pasto prometido. Allí, en un repecho en la pronunciada subida de la montaña, había un espacio llano de pradera verde con hierba espesa. Cabalgaba hacia allí y después desmontaba de un salto y con la palma de la mano le daba una palmada rápida al lomo del caballo que retumbaba en la quietud y hacía que el animal saliera galopando y brincando para pasar su noche de libertad. Y mientras el animal retozaba en la hierba, su amo también retozaba y se estiraba y agarraba la hierba con ambas manos, y así recuperaba su forma corporal relajando los músculos tras un largo día a caballo. Luego se metía en el arroyo justo debajo del lugar donde pescaba, pues era lo suficientemente profundo para nadar, y cruzaba de regreso a su isla y se volvía a vestir, montaba la caña de pescar y la lanzaba. Después de oscurecer, se tumbaba somnoliento con la cabeza apoyada en la silla de montar mientras la hoguera se apagaba y el sueño llegaba con el murmullo del agua fluyendo a ambos lados de él.

Había visitado tantas veces esa isla, y había pasado tantas horas fantaseando en su embriagadora dulzura, que llegó a parecerle que aquel lugar le pertenecía. No pertenecía a ningún hombre, porque se encontraba en lo más recóndito de la virginal naturaleza; tampoco había acampado nunca allí con otro hombre, ni había compartido con ninguno el íntimo placer que aquel lugar le producía. Por lo tanto, durante

muchas semanas había estado planeando llevarla allí tras la boda, el mismo día del casamiento, y mostrar a Molly y compartir con ella sus pinos y su roca de pesca. Ella debía oler el primer aire de las montañas, debía observar con él la hoguera apagándose y escuchar el agua fluyendo alrededor de la isla.

Antes de estos planes de boda, en absoluto se había percatado de lo profundamente que había arraigado en él aquella isla. Sabía que le gustaba ir allí solo, pero no era un hombre que se examinara a sí mismo, ni su mente, ni sus propios sentimientos (a menos que alguna acción lo requiriera), de manera que descubrió su amor por aquel lugar a través de su amor por ella. Pero no le contó nada sobre la isla. Tras decidir que la iba a llevar allí, quiso dejar que ella misma la descubriera con sus propios ojos, evitando así que sus expectativas sobrepasaran la realidad.

Mientras avanzaban, cuando las casas de la ciudad quedaron reducidas a unos puntitos a sus espaldas y se aproximaban a las puertas de las laderas, Molly le hizo algunas preguntas. Esperaba que encontraran un campamento muy lejos de la ciudad. Podía cabalgar todas las millas que fueran necesarias. No estaba cansada. ¿No deberían continuar hasta que encontraran un buen lugar adentrándose en la soledad? ¿Había planeado él alguno? Al ver que asentía, y el silencio posterior que le dio por toda respuesta, supo que él tenía planes e intenciones que aún no serían reveladas.

Atravesaron el paso hacia las laderas que bordeaban el río y subieron por estas. Ya no se veían las interminables cercas ni el suelo de polvo pisoteado por el tráfico. De vez en cuando se elevaban y alcanzaban a ver los campos y las casas abajo en la llanura. Pero conforme fueron aumentando las millas y las horas, se alegraron de encontrar un camino menos transitado por los viajeros y donde desaparecía cualquier rastro humano. El territorio arado y con plantaciones, ese mosaico de muchos campos de distintos colores que habían contemplado el día anterior, permanecía en otro mundo distinto al que ahora recorrían. Solo la mano de la naturaleza había arado estas plantaciones de flores amarillas, estos bosquecillos de sauces y de altos álamos. En algún lugar del pasaje de roca roja se perdía el último rastro de ruedas de carro, y después el camino se convertía en un agreste sendero de montaña. Pero todavía soplaba allí el cálido aire de las llanuras que transportaba el aroma de la artemisa, y aún no olía a pino; ni tampoco había aparecido todavía ningún bosque que cubriera las colinas pardas por entre las que ascendían. En dos ocasiones, la pendiente pronunciada desajustó las cuerdas de los fardos y el sureño saltó para ajustarlas y evitar que los caballos terminaran con dolor de espalda. Y en dos ocasiones, el río que seguían se adentraba en cañones profundos de manera que durante un tiempo se debían separar de su curso. Cuando regresaron a la orilla por segunda vez, él le dijo a ella que se fijara en cómo el agua ahora se había vuelto totalmente cristalina. A ella ya le había parecido lo suficientemente cristalina hacía ya rato, incluso en la llanura en lo alto de la ciudad. Pero ahora vio que discurría resplandeciente y chispeante y supo que la tierra era tierra de montaña. Un poco más abajo, el agua transportaba una pequeña nube de caliche, que había enturbiado su transparencia. Ahora les rodeaba

una completa soledad, de manera que poco a poco fueron dejando de hablar, y cuando lo hacían era en voz baja. Pasaron por meandros y algunas zonas apropiadas para la acampada, con madera y agua a mano, y pasto para los caballos. En más de una ocasión, cuando llegaban a esos sirios, ella pensaba que su marido se detendría; pero él continuaba cabalgando delante de ella (porque el sendero era estrecho) hasta que, cuando ella ya no pensaba en esto, él tiró de las riendas y señaló un lugar.

—¿Qué? —preguntó ella, tímidamente.

—Los pinos —respondió él.

Ella miró y vio la isla, y el agua que la rodeaba formando ondas, y la extensión llana. El sol iluminaba las copas de los pinos con una luz dorada rojiza que poco a poco oscurecía y la sombra de la roca de pesca se proyectaba sobre una pequeña bahía de aguas tranquilas y orilla de arena. En este primer fulgor de la puesta de sol, el pasto relucía como si fuera de esmeralda, pues la mano reseca del invierno todavía no se había posado. El virginiano señaló hacia las altas montañas a las que se habían acercado y le mostró el lugar por donde el río conducía hacia las primeras cumbres.

—Mañana estaremos entre ellas —dijo él.

—Entonces —le murmuró ella—, ¿esta noche paramos aquí?

Él asintió por toda respuesta y ella contempló la isla y comprendió por qué no había querido parar antes; nada de lo que habían pasado antes era tan hermoso como aquel lugar.

Había espacio en el sendero para que cabalgaran uno al lado del otro, y de esta manera se dirigieron hasta el vado y cruzaron, conduciendo los caballos de carga delante de ellos, hasta que llegaron al claro resguardado, y él la ayudó a bajar donde había agujas de pino. Cada uno de ellos sintió cómo el otro temblaba y, durante un segundo, ella dejó la cabeza oculta en el pecho de él. Luego, la joven miró los árboles a su alrededor y las orillas, y el río, y el virginiano la oyó susurrar lo bello que era todo.

—Me alegro —dijo, sujetándole la mano todavía—. Así es como soñé que pasaría. Aunque es mejor que en mis sueños —y cuando ella le abrazó en silencio, él acabó—. Había planeado que viéramos nuestra primera puesta de sol aquí, y nuestro primer amanecer.

Molly se ofreció a ayudarle con los fardos de los caballos, para preparar juntos el campamento, encender juntos la hoguera y preparar la comida. Le recordó su promesa de que le enseñaría a enlazar y ajustar los fardos, y también las lazadas en las alforjas, y cómo montar una tienda. ¿Por qué no podía ser esta la primera lección? Pero él le dijo que ya tendría tiempo para aprender. Esa noche él lo haría todo. Y la envió fuera del campamento hasta que lo tuviera preparado. Le pidió que explorara la isla o que se llevara el caballo y cabalgara por el pasto, donde podría ver las colinas circundantes y el claro aislado que tenían para ellos.

—Todo el mundo está lejos de aquí —dijo él. Y ella le obedeció y se alejó para explorar su refugio; y le advirtió que no debía regresar hasta que él la llamara.

Entonces, en cuanto ella se hubo marchado, se puso manos a la obra. Retiró los fardos y alforjas de los caballos y soltó a los animales en el pasto de la ribera del río. Primero desplegó la tienda. Había imaginado muchas veces dónde debía colocarla y el aspecto que tendría su forma blanca bajo el verde de los pinos que los rodeaban. El terreno que había elegido era llano, sin piedras ni raíces, y estaba cubierto de agujas de pino. Si se levantara el viento, o se pusiera a llover, las ramas sobre ellos eran espesas y a su alrededor, por tres lados, las rocas y los matorrales formaban una barrera. Cortó las piquetas para la tienda y el palo frontal y estiró la cuerda; sujetó un extremo en una estaca y otro alrededor de un pino. Cuando la cuerda tensada levantó la lona hasta la altura apropiada del suelo, desplegó esta totalmente y sujetó con las piquetas los laterales y la parte trasera, dejando la abertura de manera que pudieran contemplar la hoguera y el río más allá. Cortó ramas de pinos tiernos y las esparció formando una gruesa capa para conseguir un suelo blando en la tienda, y sobre estas colocó la piel de búfalo y las mantas. A la cabeza colocó la pulcra bolsa de viaje con las pertenencias de ella. Para las suyas, cubrió un espacio con unos palos cruzados y una lona al otro lado de los primeros pinos. Encendió el fuego de manera que el humo se alejara de los árboles y la tienda, y cerca de la hoguera colocó las cosas de cocina y las provisiones y se dispuso a preparar esa primera cena durante el crepúsculo. Había mucho donde elegir, pero se puso a pescar durante unos diez minutos y logró capturar suficientes truchas. Cuando por fin Molly escuchó la llamada y regresó cabalgando junto al río, no tuvo nada más que sentarse a la mesa que él había dispuesto. Se sentaron juntos, contemplando las últimas luces del crepúsculo y la suave llegada de la oscuridad. El último resplandor del día se desvaneció del cielo y poco a poco llegaron las primeras estrellas, brillantes y muy apartadas unas de otras. Contemplaron cómo los espacios entre ellas se llenaban con más estrellas, mientras que cerca de ellos las llamas y las brasas de la hoguera brillaban cada vez más. Luego, él le dijo que se retirara a la tienda mientras él se encargaba de limpiar los platos y echaba un vistazo a los caballos para comprobar que no se habían alejado del pasto. Un poco después de que la oscuridad se hubiera instalado del todo, regresó con ella. Todo había sido tal como lo había imaginado antes: los pinos con el sol poniente sobre ellos, el fuego que se iba apagando, y ahora el sonido del agua que discurría con un murmullo junto a las orillas de la isla.

La tienda estaba orientada hacia el este y desde allí observaron juntos su primer amanecer. En su mente, él también había imaginado esa mañana; el despertar, el suave sonido del agua susurrando constantemente, el día cada vez más luminoso, la visión del río, la sensación de que el mundo se hallaba lejos de ellos. Y de esa manera ocurrió todo, aunque ahora él le susurró otra vez: «Mejor que en mis sueños».

Contemplaron la luz del sol subiendo por una colina y, finalmente, apareció el propio sol, y corrientes cálidas fluyeron por el aire, llenando lentamente aquella verde soledad. Por las orillas de la isla, las ondas de agua reflejaban los rayos solares.

—Voy a meterme en el río —dijo el virginiano, así que se levantó y dejó a Molly

en la tienda.

Ese era su lado de la isla, le había dicho a Molly la noche anterior; la otra era la de ella, donde le había preparado un rincón para que se bañara. Cuando él se hubo ido, Molly encontró el lugar tras atravesar un sendero entre árboles y rocas hasta la orilla. Y así, con una isla entre ellos, los dos se bañaron en las frías aguas del río. Cuando el sureño regresó, Molly ya estaba atareada en el campamento. El humo azul del fuego subía entre los árboles, rezagándose sin dispersarse en el aire mientras ella preparaba el desayuno. Había podido adelantarse a él porque el sureño se había demorado mientras se vestía y no quería regresar sin afeitarse. Ella le miró a los ojos, que eran limpios como el agua en la que se había bañado, y también vio el suave pañuelo de seda al cuello, anudado con sumo cuidado.

—¡No permitas que nos vayamos de aquí nunca! —exclamó ella, y corrió hacia él.

Se quedaron sentados juntos un largo rato después del desayuno, respirando el aire matinal de la tierra que olía a humedad del bosque y a pinos. Tras el desayuno, él no pudo evitar que Molly le ayudara a limpiarlo todo. Entonces, siguiendo la costumbre de los viajes de montaña, llegó la hora de que levantaran el campamento y partieran antes de que comenzara el calor del día. Pero, para empezar, se rezagaron sin motivo aparente, solo porque a esas horas les encantaba no hacer nada. Y, a continuación, cuando con cierta energía él se puso de pie y afirmó que debía ir a por los caballos, ella le preguntó que por qué. ¿No sería mejor que pescara allí y asegurarse las truchas para el mediodía? Y aunque él sabía que donde iban a parar a mediodía había tanta seguridad de pescar truchas como allí, decidió retrasar la partida.

Molly le acompañó a su roca de pesca y se sentó a observarle. La roca era alta, más alta que él. Sobresalía hasta la mitad del arroyo y el agua discurría allí espumeante. Pasado un rato, quedó claro que los peces ya no picaban.

Sin embargo, él continuó lanzando el sedal en silencio, mientras ella, sentada a su lado, le miraba. Al otro lado del río, los caballos paseaban o se tumbaban sobre el pasto. Por fin, el virginiano dijo con medio suspiro que tal vez deberían marcharse.

—¿Deberíamos? —repitió ella dulcemente.

—Si queremos llegar a algún sitio hoy —respondió él.

—¿Tenemos que llegar a algún sitio? —preguntó ella.

Su pregunta provocó en el sureño un escalofrío de placer que le recorrió como una riada.

—¿Así que no quieres que levantemos campamento hoy? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

Dejó a un lado la caña y se sentó junto a ella.

—Me alegro mucho de que no tengamos que irnos hasta mañana —murmuró.

—Ni mañana —dijo ella— ni pasado mañana. Ni ningún día hasta que no tengamos más remedio —y entonces señaló con sus manos la isla y el río y exclamó

—: ¡Nada puede superar esto!

Él la abrazó.

—Sientes por este lugar lo mismo que yo —dijo casi en un susurro—. Jamás pensé que pudiera haber otra persona a la que le atrajera tanto.

Finalmente, mientras permanecían en silencio junto al lago, se aproximó un pequeño animal nadando y bordeando la roca desde arriba. No los había visto, ni sospechaba de su presencia. Se quedaron quietos, observando la cabeza alerta del animalillo cruzando a través de las olas rápidamente y bajando por el lago; después nadó hacia la otra orilla. Allí salió a un pequeño banco de arena, volvió su pequeña cabeza gris y su nariz en punta a uno y a otro lado, sin verlos, y luego rodó boca arriba sobre la arena cálida y seca. Tras rodar un minuto, volvió a ponerse sobre las patas, se sacudió el pelo y salió trotando.

El virginiano lo siguió con la mirada y la posó en el lugar por donde había desaparecido.

—Yo soy como ese pequeño —dijo, con ojos soñadores—. Muchas veces he hecho lo mismo —y estirando lentamente los brazos y las piernas, se echó totalmente boca arriba dejando la cabeza sobre el regazo de ella—. Si pudiera hablar el idioma animal, hablaría con él —continuó—. Y él me diría: «Ven y rueda por la arena. ¿De qué sirve asustarse? ¿De qué sirve ser un hombre? Ven y rueda en la arena conmigo». Eso es lo que me diría —el virginiano hizo una pausa—. Pero el problema es que soy responsable. ¡Si al menos pudiéramos olvidarnos de todo para siempre! —De nuevo, hizo una pausa y luego continuó, siempre con expresión soñadora—. Con frecuencia, cuando he acampado aquí, me han entrado ganas de convertirme en la tierra, de convertirme en el agua, de convertirme en los árboles y mezclarme con todo. ¿Por qué me pasa eso? —preguntó, mirándola—. ¿Por qué? Tú no lo sabes, ni yo tampoco. Me pregunto si todo el mundo se sentiría así en este lugar.

—Creo que no todo el mundo —respondió ella.

—Nadie, solo los que entienden las cosas que no pueden ser expresadas con palabras. ¡Pero tú sí lo sentiste! —levantó una mano y la acarició—. Entendiste este lugar. Y eso es lo que hace... lo que hace que estemos como estamos ahora... mejor que en mis sueños. Y mis sueños ya eran bastante buenos.

Suspiró con una tranquilidad y felicidad supremas, y estiró su cuerpo aplastándolo más contra la tierra. Y en esa postura se quedó tumbado y habló a su amada como jamás lo había hecho con nadie, ni siquiera consigo mismo. Ella conoció entonces secretos del corazón del sureño que ignoraba: sus visitas allí, lo que significaban para él y por qué había elegido aquel lugar para su campamento nupcial.

—De lo que no tenía ni idea —dijo— era de la manera en la que uno puede suspirar por... por esto... y jamás adivinar qué le ocurre realmente.

Cuando terminó de hablar, continuó tumbado, relajado y sereno, y ella bajó la mirada y observó el maravilloso cambio que había experimentado su rostro, como un amanecer. ¿Era este niño soñador el mismo hombre de hace dos días? Le parecía una

distancia inconmensurable y, sin embargo, solo habían pasado dos días desde que ella se encogió de temor cuando él se mostró fiero e implacable. Ahora podía echar la vista atrás, a esas horas oscuras, aunque no podía hablar de ello. Había visto la destrucción como un acero penetrante brillando en sus ojos. ¿Eran aquellos los mismos ojos? ¿Era este joven con el cabello negro apoyado en su regazo el hombre con el que nadie debía medirse y cuya mano sabía cómo provocar la muerte? ¿Cómo se había transformado aquel hombre en este niño? Porque, al mirarle, no le parecía que pudiera tener más de diecinueve años. Ni siquiera en su primer encuentro, esa noche en la que el sureño dio rienda suelta a su espíritu más extravagante, le había parecido tan joven. Aquellas horas en la isla habían producido este cambio y habían llenado su rostro de inocencia.

Al poco rato se prepararon para el almuerzo. Por la tarde, ella habría explorado los bosques más cercanos con él, o habría dado un paseo por el río. Pero como aquel iba a ser su campamento durante varios días, él completó el mobiliario. Fabricó un tosco banco y una mesa; alrededor de la tienda construyó un alto parapeto por si venía una tormenta, y para el fuego recogió y cortó mucha madera y la apiló. Y así pertrechados pasaron seis días y seis noches allí, y ningún día ni noche les pareció lo suficientemente larga.

En una ocasión, el seto de arbustos que él había colocado cumplió su función cuando una tarde arreció una furiosa tormenta. El viento sacudía los pinos y barría la isla, el sol desapareció, las negras nubes retumbaban y unos truenos cayeron no muy lejos. Rompió a llover a través de las ramas de los pinos y el agua caía a cántaros sobre la tienda. Pero el virginiano había apartado todo lo que había en su interior, separándolo de la lona y evitando así que se filtrara el agua, y la lluvia corrió por la zanja que había cavado alrededor de la tienda. Mientras permanecían sentados dentro, contemplando la espumeante riada y los relámpagos blancos, ella le vio mirarla con expresión de preocupación, y le devolvió la mirada.

—No tengo miedo —dijo ella—. Si una llamarada nos consumiera ahora mismo a los dos juntos, ¿qué más daría?

Cuando, finalmente, se vieron obligados a abandonar la isla, o cuando tuvieron que despedirse de las montañas, no fue una despedida definitiva. Regresaron allí para pasar la última noche de su viaje.

Además, se prometieron mutuamente como dos niños que regresarían todos los años el día de su boda y, como dos niños, creyeron que sería posible. Y con el pasar de los años seguían acudiendo allí, en más de una ocasión, para celebrar el día de su boda en la isla, y cada vez que visitaban el lugar se pudieron decir el uno al otro: «Mejor que en nuestros sueños».

Durante treinta días no vieron ningún rostro, excepto los de ellos mismos, y cuando se callaban solo había silencio, a menos que el viento pasara entre los pinos o cuando el agua borboteaba cerca de ellos. En ocasiones, por las noches, encontraban alces, o ciervos de cola negra, que se alimentaban en los prados altos de las

montañas, y una vez, desde el borde de un bosque que les protegía, él le mostró un oso, sentado y con un viejo tronco levantado entre las zarpas. Ella le prohibió matar al oso, o a cualquier criatura que no necesitaran. Él la condujo montaña arriba por rutas y cañones, a través de bosques jamás explorados y por ríos cada vez más pequeños hasta llegar a sus nacimientos, lagos cerca de la cima de la sierra, llenos de truchas, con prados de hierba alta y miles de flores y sobre estas, las cumbres de roca y nieve.

Acamparon en muchos lugares, deteniéndose varios días en un sitio y una noche en otro, explorando las altas tierras solitarias y ahondando profundamente en su romance. En ocasiones, cuando él estaba trabajando con los caballos, o atareado lanzando la caña, ella le observaba con una mirada más llena de amor que de total entendimiento. Tal vez ella jamás llegó a entenderle del todo, pero le bastaba su completo amor por él. Él la amaba con toda la fuerza de su hombría. Ella le había oído murmurar en algunos momentos durante sus éxtasis: «Si la muerte nos llegara ahora, ¿te importaría?», pero ella le amaba más que eso, le amaba con todo su ser. Él había vuelto a ella con una pistola humeante, capaz de renunciar a su amor... y ella no pudo dejarlo marchar. En el último momento crítico de aquel amargo trago, fue ella la que renunció, y él quien se salió con la suya. Sin embargo, ella tenía más que suficiente, a pesar del suspiro que de vez en cuando dejaba escapar a través de su felicidad mientras le observaba con ojos más llenos de amor que de entendimiento.

No pudieron hablar de aquel funesto trance durante mucho tiempo, pero las montañas les unieron por encima de todo lo demás y de sus propias vidas. Al final, se amaban el doble que al principio gracias a estas confidencias añadidas que intercambiaron y compartieron. Era una nueva bendición para ella conocer tanto la manera de expresarse y los pensamientos de un hombre, recibir tanto de él, y para él era una bendición aún mayor fundirse con su amada dejando atrás esa reserva que su solitaria vida le había inculcado. Nunca se habría imaginado lo mucho que tenía guardado dentro y que no había expresado hasta ahora. No querían ir a Vermont y abandonar las montañas, pero llegó el día en el que tuvieron que darle la espalda a su sueño. Así pues, regresaron a las llanuras una vez más, y ya solo quedaba un viaje por delante entre ellos y Bennington.

—Si pudieras —dijo ella, riendo—, si pudieras al menos cabalgar a casa de esta manera.

—¿Con Monte y mi revólver? —preguntó él—. ¿A la casa de tu madre?

—No creo que mi madre pudiera resistirse a un hombre como tú montado a caballo.

—¿Es así como piensa que voy a llegar? —dijo él.

—He descubierto algo —dijo ella—. Te gusta más la ropa de calidad que a mí.

Él sonrió.

—Sin duda, me gusta. Pero no se lo digas a mis amigos. Dirían que es por el matrimonio. Cuando veas lo que he comprado para honrar a las gentes de

Bennington... caramba, no tendrás que preocuparte nunca más.

Y, sin duda, así fue. Después de que se pusiera uno de los trajes, ella se levantó y le besó allí mismo.

—En Bennington se pondrán tristes —dijo él—. Al final no verán ningún espectáculo del salvaje oeste. Ni un tipo haciéndose pasar por caballero de ciudad, tampoco —y se miró en el espejo con abierto placer.

—¿Por qué elegiste ese? —preguntó ella—. ¿Cómo sabías que la tela hilada a mano era exactamente la adecuada para ti?

—Vaya, he prestado atención. Recuerdo que un hombre del Este se me atragantó porque no iba vestido como la gente del Oeste. Entonces, yo era muy joven, o tal vez no tan joven. Fue cuando te vi por primera vez en Bear Creek. Los hombres del Oeste son buenos, y normalmente lo saben. Pero tienen mucho que aprender, y esto también lo saben. Así que me aficioné a observar a los visitantes del juez procedentes del Este. Especialmente, el señor Ogden, de Nueva York... el caballero que estaba allí cuando tuve que pasarme la noche entera sentado con el misionero, ya sabes. La ropa que Ogden llevaba era la que más me gustaba. Le quedaba muy bien y no era nada ostentosa. Tengo mi propio gusto, y cuando supe que iba a casarme contigo, envié mis medidas al Este... el sastre y yo somos ya viejos enemigos desde entonces.

Bennington probablemente quedó decepcionado. Ver bajar del tren simplemente a un hombre alto con un sombrero de paja normal, un traje de hilo escocés y un corte de calidad bastante superior a la que se podía encontrar en Bennington... les resultó aburrido. Y su conversación, cuando se lanzaba a hablar, parecía apropiada para cualquier hogar.

La señora Flynt se vengó chismorreando acerca de lo agradecida que estaba de que el pobre Sam Bannett fuera el pretendiente rechazado de Molly. Le había ido tan bien sin ella. Sam se había casado con la adinerada señorita Van Scootzer, de las segundas familias de Troy, y al combinar ambas riquezas esta feliz pareja ahora vivía en la residencia más cara de Hoosic Falls.

Pero la mayoría de los habitantes de Bennington pronto comenzaron a decir que el vaquero de Molly podía ser invitado a cualquier sitio y que se manejaba solo a la perfección. Llegó un momento en que dejaron de hablar de él como el vaquero y afirmaron que Molly había mostrado un excelente sentido común en su elección. Pero no todo quedó ahí.

¿Disfrutaron el novio y la novia su visita a la familia de ella? Bueno... dieron lo mejor de ellos. Todo el mundo dio lo mejor de sí, incluso Sarah Bell. Sarah afirmó que no encontraba nada que objetar al virginiano, eso dijo a la propia Molly. Su esposo Andrew fue incluso más allá. Le dijo a Molly que pensaba que había sido afortunada. Y la pobre señora Wood, sentada en el sofá, conversaba escrupulosa y tímidamente con su nuevo yerno y le dijo a Molly que estaba asombrada de lo gentil que era. Y sin duda tenía un aspecto excelente, sí, muy atractivo. Incluso pensaba que podría llegar a gustarle el acento sureño. ¡Oh, sí! Todo el mundo dio lo mejor de sí,

querido lector, cuando te ha tocado vivir con un número de personas que intentan dar lo mejor de sí, no hará falta que describa la divina atmósfera que se respiraba allí.

Después, la novia y el novio fueron a Dunbarton a visitar a la anciana tía abuela.

El primer recibimiento, el de Bennington, fue de la siguiente manera: Andrew Bell los recogió en la estación del tren y la señora Wood, que los esperaba en su salón, abrazó a su hija y recibió a su yerno. Entre todos se las apañaron para que la ocasión fuera tan fúnebre como cualquier velatorio familiar puede serlo, pero con las persianas subidas.

—Y contigo presente, querida —comentó Andrew Bell a Sarah—, no se percibe la ausencia del ataúd.

Pero en Dunbarton las cosas fueron totalmente distintas. El corazón de la anciana dama le había enseñado a tratar a todo tipo de gente. De Bennington a Dunbarton hay casi un día entero de viaje y llegaron a la entrada del hogar de la anciana por la tarde. La tía abuela se encontraba en el jardín, recogiendo algunas flores y les llamó cuando el carruaje paró.

—Tráeme a mi sobrino aquí, querida, antes de entrar en la casa.

Molly tocó el brazo del sureño.

—Sabía que ella se mostraría encantadora —susurró, y luego corrió a los brazos de su tía.

Él se acercó lentamente, con el sombrero en la mano.

La vieja dama se adelantó un paso para saludarle, temblando levemente y ofreciéndole la mano.

—Bienvenido, sobrino —dijo—. Qué alto eres, de eso no hay duda. Cuádrese, señor, y déjame echarte un vistazo.

El virginiano obedeció al tiempo que se ruborizaba desde la frente hasta el pescuezo.

Entonces, la anciana se volvió a la sobrina y le dio una flor.

—Pon esto en su abrigo, querida —dijo—. Y creo que entiendo por qué quisiste casarte con él.

Tras lo cual, la doncella les condujo a sus aposentos. Cuando se quedó a solas en el jardín, la tía abuela se sentó en un banco y se quedó allí durante un rato, pues la emoción que había sentido la había debilitado.

Cuando subieron al piso de arriba, Molly colocó la flor en el abrigo de su amado.

—Nunca conocí a una anciana así —dijo él—. ¿Crees que hay muchas como ella?

—Ninguna tía jamás fue como ella —afirmó la joven.

Durante el té y el resto de la velada, la tía abuela llevó a cabo sus planes aún más allá. Al principio, llevó la voz cantante en la conversación. Tampoco hizo preguntas al virginiano sobre Wyoming demasiado pronto. Llegó a ellas a su debido tiempo y averiguó aquello que deseaba saber. La anciana abordó el asunto a través del general Stark.

—Ahí está —dijo, mostrándole el retrato familiar—. Sin duda, pasó estrecheces

de vez en cuando. New Hampshire estaba lleno de jóvenes apuestos en aquel tiempo. Pero hoy en día, la mayoría se han ido en busca de fortuna al Oeste. Me pregunto si finalmente la encuentran allí.

—Sí, señora. Todos los que son buenos la encuentran.

—Pero no todos podéis ser... ¿cómo se dice?... Reyes del Ganado.

—Eso ya está acabándose, señora, justo ahora. Y nos estamos preparando para el cambio... bueno, al menos, algunos de nosotros.

—¿Y cuál va a ser ese cambio y cuándo llegará?

—Cuando los animales hayan agotado todo el pasto natural —explicó—. Lo llevo viendo venir desde hace tiempo. Y si los ladrones nos obligan a llevarnos el ganado, lo haremos. Si no lo hacen, tendremos nuestros grandes pastos cercados y heno y refugio suficiente para el invierno. Lo que gastemos en mejoras, nos permitirá ahorrar en sueldos. Estoy bastante bien situado para la nueva situación. Cuando conseguí mi terreno, elegí un lugar donde hubiera carbón. Y no falta mucho para que la nueva línea de ferrocarril lo necesite.

La sabia anciana averiguó más cosas sobre el esposo de su sobrina en una sola velada que toda la familia de Bennington durante su estancia con ellos. Porque, al mencionar Wyoming y su futuro, la anciana logró hacerle hablar. El sureño descubrió que a la anciana le interesaban las cuestiones del oeste: la irrigación, los indios, los bosques. Así pues, él se explayó revelándole sus amplios conocimientos y su perspicaz inteligencia. El sureño se olvidó por completo de su timidez. La anciana envió a Molly a la cama y estuvo hablando con el virginiano durante una hora. Luego le mostró las antigüedades que la enorgullecían: cartas antiguas, la espada del general Stark.

—Porque —dijo ella— nosotros también tuvimos algo que ver en la creación de nuestro país. Y ahora ve con Molly, o los dos pensaréis que soy una vieja pesada.

—Pienso... —comenzó a decir él, pero no encontró las palabras para expresar lo que realmente pensaba y, de repente, la timidez volvió a dominarle.

—En ese caso, sobrino —dijo ella—, me temo que tendrás que darme el beso de buenas noches.

—Buenas noches... tía —murmuró, apenas con un hilo de voz.

—¡Eso es! —rio la anciana.

Y así lo envió con su esposa.

—Servirá —se dijo a sí misma, asintiendo.

La visita a Dunbarton fue todo placeres y serenidad, y descanso tras los pesarosos días en Bennington. La anciana ofreció confort y consejos a su sobrina en privado, y cuando se dispusieron a marcharse, la dama permaneció en la puerta sujetando sus manos unos segundos.

—Que Dios os bendiga, queridos —les dijo—. Y cuando vengáis la próxima vez tendré el cuarto del niño preparado.

Y antes de abandonar este mundo, la tía abuela pudo sostener en sus brazos al

primero de los muchos hijos que tuvieron.

* * *

El juez Henry en Sunk Creek tenía ya listo su regalo de bodas. Sus crecientes negocios en Wyoming hacían que su presencia fuera requerida en lugares alejados del rancho, así que hizo al virginiano socio suyo. Cuando los ladrones de ganado vencieron, como ocurrió finalmente, forzando a los ganaderos a abandonar el territorio o a verse abocados a la ruina, el virginiano ya lo había previsto. El ganado marchó hacia Montana. Entonces, en 1892, comenzó la guerra del ganado, cuando, tras poner a sus propios políticos en el poder y hacerse propietarios de algunos periódicos, los ladrones se arruinaron ellos mismos. Porque, en un territorio en ruinas, ya no queda nada que robar.

Pero llegó el ferrocarril y construyó una línea hasta el terreno del virginiano, donde estaba el carbón. Para entonces, él ya era un hombre importante, con poder de decisión en muchos proyectos y capaz de dar a su esposa todo y más de lo que ella pudiera pedirle o desear. En ocasiones, Molly echaba de menos los años de Bear Creek, cuando ella y él salían a cabalgar juntos, y comentaba que el trabajo de su marido un día de estos terminaría por matarlo. Pero no parece que eso haya sucedido. Su hijo mayor cabalga a Monte y, entre nosotros, les diré que creo que al padre aún le quedan bastantes años de vida.

Notas

[1] Rueda de Virginia: energético baile campero norteamericano en el que un número indefinido de parejas bailan frente a frente en líneas paralelas (*Oxford Dictionary*).

<<

[2] *Honour* en inglés británico se deletrea *honor* en inglés americano (N. de la T.) <<

[3] «elk... will be out of the velvett» en el original, expresión que hace referencia a la caída del suave vello (velvet) que cubre la cornamenta de los alces jóvenes al llegar a la edad adulta. (N. de la T.) <<

[4] *Locoweed* (también *crazyweed* y *loco*) es el nombre que se le da en Norteamérica a ciertas plantas ricas en swainsonina, un alcaloide indolizidínico. Estas plantas provocan diferentes daños en el ganado, incluyendo la disminución del apetito, la parada del crecimiento en los animales jóvenes y la pérdida de peso en adultos, así como el cese de la reproducción. Al fenómeno se le llama «locoísmo». (N. de la T.)

<<

[5] «Poco», en español en el original. (N. de la T.) <<

[6] Lulú se refiere a una mujer bella, y al mismo tiempo alude a una buena mano de póquer. (N. de la T.) <<

[7] Se refiere a las feministas de finales del siglo XIX. (N. de la T.) <<

[8] Se trata de *The Mill on the Floss*, de George Eliot. <<

[9] *Padres e hijos*, de Iván Turguénev. <<

[10] Enrique V, I ii. Traducción de Salvador Oliva. <<

[11] *Spike-horn*: macho joven con cornamenta pequeña, afilada y de una sola punta.
(N. de la T.) <<